

Revista Temas Número 22-23 julio diciembre 2000

Aquella República

Ambrosio Fornet. La coartada perpetua: mitologías y mitomanías en los umbrales de la República. No. 22-23 julio diciembre 2000

Mely del Rosario González Aróstegui. Antinjerencismo y antimperialismo en los inicios de la República en Cuba. No. 22-23 julio diciembre 2000

María del Carmen Barcia Zequeira. Mujeres en una nueva época: discursos y estrategias. No. 22-23 julio diciembre 2000

Ricardo Quiza Moreno. Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930) . No. 22-23 julio diciembre 2000

María Antonia Marqués Dolz. Industrias menores y diversificación en Cuba (1880-1920) . No. 22-23 julio diciembre 2000

Federico Chang. Ejército y militarismo en Cuba (1899-1952) . No. 22-23 julio diciembre 2000

John Domoulin. Evolución del Estado cubano, 1930-1958: la regulación de las relaciones laborales y del azúcar. No. 22-23 julio diciembre 2000

Ricardo Luis Hernández Otero y Enrique Saíenz. Proyecciones e iniciativas culturales de los comunistas cubanos (1936-1958) . No. 22-23 julio diciembre 2000

Evangelina Ortega. La lingüística cubana en la República de papel. No. 22-23 julio diciembre 2000

Enrique Saíenz. Apuntes para una historia de la poesía cubana de la República. No. 22-23 julio diciembre 2000

Alan West-Durán. Cuba: música, anhelo y sociedad. No. 22-23 julio diciembre 2000

Jorge R. Ibarra Guitart. La crisis de los partidos políticos en Cuba (1955-1958) y la Sociedad de Amigos de la República. No. 22-23 julio diciembre 2000

Pedro Prada. La secretaria de la República. No. 22-23 julio diciembre 2000

Ambrosio Fornet, Julio García Espinosa, Vicente González Castro, María Teresa Linares, Helio Orovio, Frank Padrón, Germán Piniella, Luis Ríos, Alan West. Buena Vista Social Club y la cultura musical cubana. No. 22-23 julio diciembre 2000

Félix Hangelini. La vida es un viaje en paracaídas. No. 22-23 julio diciembre 2000

Roberto Zurbano. A campo traviesa: para llegar a las zonas críticas de la literatura latinoamericana (antes del sigloXXI) . No. 22-23 julio diciembre 2000

Ana Vera. Historia y antropología ante la familia como objeto de estudio. No. 22-23 julio diciembre 2000

La coartada perpetua: mitologías y mitomanías en los umbrales de la República

Ambrosio Fornet

Ensayista y crítico.

Para un simposio sobre 1898 que iba a celebrarse en la Universidad de Princeton (Estados Unidos),¹ me propuse estudiar las mutaciones que había sufrido el discurso épico en la llamada «literatura de campaña», como he denominado —por analogía con los diarios y partes militares— al conjunto de textos narrativos que recogen las experiencias relacionadas con nuestras guerras de liberación. Esa literatura —cuya primera muestra, entre las publicadas en forma de libro, es *Episodios de la Revolución cubana* (1891), de Manuel de la Cruz— surge en la manigua y se retoma en el contexto colonial como un intento de preservar la memoria épica de la nación y de vincular las hazañas del pasado —la Guerra de los Diez Años (1868-1878)— con los proyectos emancipadores del presente —la Guerra de Independencia (1895-1898). Sostenía yo la tesis de que, después de 1898, y sobre todo de 1906 —cuando se produjo la segunda intervención norteamericana, apenas cuatro años después de proclamarse la República— el vínculo entre el mito y la historia había ido perdiendo legitimidad y, en consecuencia, el discurso de la epopeya comenzó a sufrir una transformación y acabó diluyéndose en formas estereotipadas y

folletinescas. En un nivel superficial, yo identificaba la narrativa de campaña con los mitos porque también aquella alude a los orígenes —de la nación, en este caso— y exalta las acciones de los héroes, hombres de carne y hueso convertidos de pronto en arquetipos por sus virtudes cívicas y por la habilidad de los cronistas para enmarcarlos en los códigos propios de la épica. Pero en un plano más profundo me interesaban las implicaciones que para el análisis literario podía tener el hecho, señalado por Barthes, de que el mito, como todo sistema de signos, es histórico —y por tanto mutable— y tiene dos caras, puesto que sugiere y oculta a la vez lo que quiere expresar. El mito es un valor —subraya Barthes—; su legitimidad no consiste en ser verdadero, sino en ser significativo, motivo por el cual puede llegar a convertirse en «una coartada perpetua».² En ese sentido supone siempre una manipulación y no pocas veces la expresión de una conciencia culpable.

Convencido de que existe un vínculo secreto entre las estructuras de la sociedad y la naturaleza de sus expresiones simbólicas, yo asociaba las vicisitudes de la épica con la crisis institucional y moral de aquel período (1898-1923) en el que la conciencia colectiva parecía

hallarse totalmente dominada por sentimientos de frustración, pesimismo y decadencia. Para mí era obvio que ese desgaste precoz tenía múltiples causas, pero sobre todo una externa —la famosa Enmienda Platt,³ apéndice incrustado en la Constitución cubana durante el primer gobierno de Theodore Roosevelt—, y otra interna, el creciente deterioro que había experimentado la vida política del país en manos de aquellos «generales y doctores» que darían título a una de las novelas emblemáticas de la época.

La Enmienda Platt introdujo en el ámbito del derecho internacional lo que pudiéramos llamar el concepto de intervención preventiva, variante modernizada de la Doctrina Monroe, según la cual los Estados Unidos no se reservaban el derecho de intervenir en Cuba para protegernos de extraños, sino para protegernos de nosotros mismos. La corrupción, por su parte, había convertido el proyecto martiano de la nación «con todos y para el bien de todos» en una grotesca caricatura, resumida en la divisa liberal «Tiburón se baña, pero salpica». Es probable que hasta 1906 se pensara que todo podía ser distinto, pero ese año el fraude electoral del gobierno conservador provocó una sublevación de los liberales, que el presidente Estrada Palma convirtió en catástrofe al exigir, invocando la Enmienda Platt, la intervención militar de los Estados Unidos. Fue vilipendiado por sus adversarios y desautorizado por sus compinches, pero hay que reconocer que su decisión era coherente con el estatus de la República; quien admite ser considerado menor de edad, ¿por qué no ha de comportarse como tal en momentos de crisis? Lo cierto es que con la Segunda Intervención —que apenas duraría tres años gracias a la áspera benevolencia de Roosevelt— se desintegró de golpe el viejo sueño de la manigua. No es extraño que, en 1908, Regino Boti se negara a sumarse a la celebración del 20 de Mayo —sexto aniversario del establecimiento de la República— alegando que, dadas las circunstancias, era más adecuado hablar «de sepelio que de epopeya, de mausoleo que de capitolio, de sudario que de bandera». ¿Acaso el 20 de Mayo —remachaba— no era «un epitafio?».⁴ Por esos mismos años, Fernando Ortiz atribuía el abatimiento de la nación a «la caída de los ídolos que daban ideales a su existencia»,⁵ y todavía quince años después, un joven ensayista se atrevía a asegurar que el cubano miraba con indiferencia los valores históricos y la figura de los héroes. «Hay un escepticismo general —decía— respecto al valor de los símbolos...»⁶

Yo sentía que ese estado de ánimo generalizado bastaba para dar fundamento sociológico a mi tesis, la que además se vio reforzada por el descubrimiento de lo que Jorge Ibarra llamó «el mito de Roosevelt».⁷

Permítame abordar someramente ese fenómeno, tan curioso como previsible. En 1919, con motivo de la muerte de Theodore Roosevelt, intelectuales y dirigentes políticos cubanos, sin distinción de tendencias ni partidos, coincidieron en expresar su admiración y gratitud por el gran hombre que, además de pelear bravamente por la libertad de Cuba al frente de los intrépidos Rough Riders, había contribuido a la fundación de la República —una república «enmendada», cierto, pero tangible— e intentado por todos los medios evitar la Segunda Intervención, aunque solo fuera por razones de prestigio.⁸ Del fervor y la extraña unanimidad suscitados por una figura tan polémica —el agresivo Cazador de Darío— dedujo Ibarra que en la conciencia de los testimoniantes se había impuesto una visión mítica del personaje, estrechamente ligada a sus propios intereses, más allá de las diferencias ideológicas y políticas. Esa visión suponía un deterioro, o peor, una renuncia a los grandes ideales de antaño. Desde 1909, cuando se comenzó a invocar la Enmienda Platt con un signo positivo —como mecanismo anti-intervencionista—, se hizo evidente que la ideología de la sumisión había empezado a carcomer todo el tejido social; que «el dominio neocolonial», en otras palabras, «comenzaba a funcionar como un sistema».⁹ En efecto, la involución ideológica de los dirigentes políticos, principales beneficiarios del estatus neocolonial, planteaba la necesidad de disponer de una coartada, de un mito sobre los orígenes de la República. No se trataba de una operación caprichosa o malvada, sino de una respuesta tal vez inconsciente a la crisis de legitimidad por la que atravesaba el sistema, o como dice Ibarra, de una verdadera «dramatización ideológica de las estructuras sociales más profundas».¹⁰ Todo, hasta aquí, encajaba en mi proyecto.

Las dificultades comenzaron cuando traté de verificar mi hipótesis en la práctica. Había que demostrar que las estrategias discursivas y los propios modos de configuración genérica se habían ido transformando gradualmente hasta pasar de la epopeya a la saga, de los discursos épicos, con su énfasis tradicional en lo heroico, a aquellos donde se funden la crónica y el melodrama, esa extraña mezcla de elementos patrióticos y eróticos que, según Doris Sommer, caracteriza nuestros grandes relatos fundacionales. En suma, me había dejado arrastrar por el desatinado impulso de comparar dos tipos de relatos de naturaleza distinta, el puramente testimonial y el estrictamente novelesco, atribuyéndole además al primero una mayor adecuación a las exigencias de la épica. La mediocridad también tiene sus coartadas, y es posible que, en una primera lectura de ciertas novelas histórico-sentimentales,¹¹ yo haya tomado como estrategias narrativas lo que no era más que el resultado del mimetismo y la torpeza. Lukács observa que el *pathos*

de la gran novela realista —en contraste con la de tesis— radica en su capacidad para captar el flujo espontáneo de la vida, «la inmediatez de la vivencia histórica». ¹² En nuestra novelística, los idilios sentimentales en torno a los que se pretende reconstruir un pasado heroico carecen de esa carga de conflicto y agonía que está en la base de todo verdadero acto genésico. «La tradición se desvirtúa —afirmaba Lamar en *La crisis del patriotismo*—, la patria cubana pierde representación sentimental al privársele del elemento de verdad dolorosa y de desgarramiento que hay en sus orígenes». ¹³ Lo mismo pudiera decirse de las narraciones a que vengo aludiendo —modalidades ficticias y recreativas de la literatura de campaña—, pero lo cierto es que de ese exiguo *corpus* no logré obtener una muestra lo suficientemente representativa como para demostrar mi aventurada hipótesis sobre la posible decadencia del género. En cambio, en una zona alejada del *corpus*, aunque no ajena a él, hallé una imagen —la clásica imagen del naufrago que hace señas desesperadas desde la playa de una isla desierta— que bien pudiéramos llamar genitora, porque dio origen al tema que ahora intento bosquejar ante ustedes.

El hombrecito de la playa

En su iconografía *The Splendid Little War*, John Freidel asegura que al amanecer del 22 de junio de 1898 —día previsto para el desembarco de las tropas norteamericanas en el caserío de Daiquirí, al este de Santiago de Cuba— se pudo ver desde alta mar, sobre la línea difuminada de la costa, la figura de un hombrecito solitario «sacudiendo con fuerza un trapo blanco para indicar que los españoles se habían ido». ¹⁴ Esa curiosa instantánea adquirió de pronto para mí el carácter de una revelación: la de los mundos despoblados o habitados por seres invisibles. En algún lugar observa Bloch que la falta de información crea vacíos en la historia que se asemejan a mundos despoblados. Sospecho que el hombrecito solitario del caserío desierto era simplemente un soldado mambí que —cumpliendo lo acordado poco antes por los jefes cubanos y norteamericanos— anunciaba satisfecho a sus aliados que podían desembarcar sin temor, porque ya se había establecido allí una cabeza de playa. Detrás de aquella figurita gesticulante no era difícil evocar el desfile de una multitud de mambises perdidos en el anonimato —el coronel Carlos González Clavel, por ejemplo, quien con quinientos hombres había ocupado el caserío y las alturas de Daiquirí— o imaginar el impresionante despliegue de tropas auxiliares que estaba llevándose a cabo en los alrededores: cuatro mil hombres dispuestos a impedir la llegada de refuerzos,

cavar trincheras, apoyar el cerco de Santiago y, en caso necesario, participar directamente en la toma de la ciudad. ¹⁵ En el recuento de Freidel, todos ellos se han esfumado como por arte de magia. No descarto la posibilidad de que el autor conociera esos datos, pero los desestimara. De hecho, en algún momento admite que los cubanos habían prometido desalojar del caserío a las escasas fuerzas enemigas que lo guardaban, pero no sin antes referirse, como al pasar, a la «ineficiencia» de las tropas mambisas. ¹⁶ Ahora bien, Freidel escribe en 1958, a sesenta años de distancia del acontecimiento, basándose probablemente en opiniones e informes de terceros. Pero la opinión de testigos presenciales no coincide con la suya. En efecto, dos días antes del desembarco en Daiquirí, el general William R. Shafter, jefe de la fuerza expedicionaria, había bajado a tierra en compañía del almirante William T. Sampson y algunos de sus oficiales, para entrevistarse con el jefe supremo de las fuerzas cubanas en la región, el general Calixto García. La entrevista —en la que se acordaron los pormenores de la operación— se celebró en un campamento mambí recién instalado en las lomas cercanas. El teniente coronel John D. Miley, quien estuvo allí como ayudante de campo del general Shafter, cuenta lo siguiente:

Mientras se desarrollaba la entrevista, las tropas [cubanas] se iban concentrando para darle al general [Shafter] una solemne despedida. Frente a la tienda de campaña estaban formadas varias compañías que presentaron armas al verlo salir, y un regimiento lo escoltó por el sinuoso sendero que bajaba hasta la playa, flanqueado ahora por soldados que, en posición de firmes, guardando entre sí un metro de distancia, presentaban armas. La escena produjo una honda impresión en todo el grupo. Parecía haber allí tal seriedad y firmeza de propósitos que todos sentimos que aquellos soldados eran una fuerza poderosa. Cerca del cincuenta por ciento eran negros y los demás, mulatos, con un pequeño número de blancos. Vestían pobremente, muchos sin camisa ni zapatos, pero todos tenían armas y una canana llena de municiones. ¹⁷

Lo que, a mi juicio, se interpone entre esos hombres y el ejército andrajoso, famélico e «ineficiente» que se empeñan en describir algunos corresponsales, ¹⁸ no es algo ajeno a la imagen del hombrecito de la playa. Puede hablarse de exceso o ausencia de prejuicios, de ignorancia o conciencia del modo en que se desarrolla la lucha anticolonial —es obvio, por ejemplo, que Miley es un testigo desprejuiciado, para quien la fuerza de un ejército no reside en el color de la piel, los botones de la camisa o la suela de los zapatos—, pero lo que me interesa resaltar —pienso en *Orientalismo*, de Said— es la coherencia con que funciona el discurso de la dominación y la manera en que va recubriendo con su pátina los más disímiles aspectos de la realidad. Dicho de otro modo: la descalificación de los mambises que hace Freidel y la imagen del hombrecito de la playa

responden al mismo mecanismo de control ideológico: el de la producción de mitos en el contexto de los mundos despoblados. Huelga añadir que, en este caso, mito equivale a coartada y que con esta aclaración de reformulado el tema de mi ponencia, lo que creo haber insinuado desde el título, por lo demás.

Sabemos que los artefactos discursivos de orientación colonialista o imperialista se sostienen en un principio básico, el de la superioridad racial. En este caso, se trata de la superioridad anglosajona, pues aunque el título en cuestión se refiere al «discurso del 98», sin otras precisiones, aquí abordo únicamente, de modo muy somero, el que se origina en los Estados Unidos y, como un coro entusiasta, entona esa disonante melodía por todos los medios a su alcance. Tan curiosa unanimidad nos devuelve al mito de Roosevelt: no se trata de que todos repitan mecánicamente la vieja partitura de Gobineau sobre la desigualdad de las razas, sino de que todos responden, de modo deliberado o inconsciente, a las estructuras de poder donde se genera cierto tipo de consenso social. Es impresionante ver cómo funciona esa red de discursos y canales —tan perfecta, aunque no tan sutil, como una telaraña—, que abarca diferentes modos de producción —los propios de la literatura, el periodismo y la docencia—, cada uno de ellos con sus funciones específicas —estéticas, informativas, recreativas, didácticas— y sus distintos soportes materiales (periódicos, revistas, libros, folletos, documentales cinematográficos). La prueba de que no estamos ante papagayos o conspiradores es que esa actitud se manifiesta no solo en la esfera pública, sino también en la privada (cartas personales, documentos de circulación restringida). Los prejuicios o, si se prefiere, los ideogramas de la supremacía blanca se han interiorizado de tal modo que han acabado convirtiéndose en parte de las estructuras emocionales, de los estratos más profundos de la personalidad. Para que logren atraer a individuos de todos los sectores sociales, muchos de los cuales rechazarían —en nombre de sus creencias religiosas, por ejemplo— un racismo despiadado, se ofrece también la doble opción del racismo paternalista y misionero, estrechamente ligado a la dialéctica civilización/barbarie y a los imperativos morales de la fe cristiana. Lo que el vencedor anglosajón debía hacer en su flamante imperio insular —aquellas «grandes y hermosas islas tropicales», como decía Roosevelt, recién liberadas del yugo español— era, sencillamente, «imponer orden en el caos». ¹⁹ Ese acto, aunque compulsivo, estaba justificado moralmente, porque el orden de marras suponía una forma más alta de civilización, el progreso en todos los aspectos de la vida económica, política y social. Tamaña responsabilidad debía asumirse magnánimamente, sin tuteos ni ambigüedades. Fue lo que dijo Rudyard

Kipling —el «trovador del imperio británico»—, desde su recién estrenado hogar en Vermont, en un poema que, por cierto, envió a su amigo Teddy Roosevelt antes de publicarlo en una revista neoyorquina, a principios de 1899. Dijo que esa misión civilizadora era la carga, el «fardo» que el Hombre Blanco debía asumir y por la que al cabo lo juzgarían los propios pueblos «callados y taciturnos» que él iba a salvar. Una hermenéutica de la recepción podría ver en «The White Man's Burden» el acta de nacimiento poético del imperialismo norteamericano, porque Kipling lo escribió y publicó en medio de un intenso debate sobre la conveniencia o improcedencia de ocupar total y definitivamente el archipiélago de las Filipinas. ²⁰ Si el presidente McKinley leyó el poema debió de sentirse conmovido, aunque no convencido del todo, ya que en determinado momento consideró oportuno tantear la voluntad divina sin intermediarios. En efecto, a varios pastores protestantes que lo visitaron a fines de 1899 les contó que había pedido a Dios que lo iluminara sobre el espinoso asunto de las Islas y que cierta noche tuvo una revelación: «[Q]ue no podíamos hacer otra cosa que tomarlas y educar a los filipinos, instruirlos y cristianizarlos, Dios mediante, y portarnos lo mejor posible con ellos, porque son nuestro prójimo, por quien murió Cristo». ²¹

Es evidente —y permítanme la digresión— que quienes traducen el *burden* de Kipling por «responsabilidad» no han leído esa piadosa confesión de McKinley. «Responsabilidad» es un término aséptico, que carece de implicaciones emocionales; remite a alguna forma de contrato o compromiso mutuo. La metáfora del «fardo», en cambio, sugiere inmediatamente la idea de sacrificio: para redimir a esa parte del género humano que vive en el atraso y las tinieblas, el Hombre Blanco debe ser fiel a su misión, cargar estoicamente ese fardo, como cargó Cristo la cruz. La magnitud del consenso suscitado por el reclamo de Kipling produce a veces la impresión de que nos movemos en un campo semántico restringido, donde ciertos términos no cesan de reiterarse. El representante de una de las tendencias expansionistas más moderadas de la época le expone a McKinley su criterio de que la inmensa mayoría del pueblo norteamericano está contra la ocupación definitiva de Filipinas; solo quiere ejercer sobre las Islas —y en general sobre los territorios ocupados— «una influencia civilizadora», dice, además de «abrir nuevos mercados» para los productos nacionales; pero todo ello sin tener que asumir «la carga de las responsabilidades políticas» propias de un gobierno estable. ²² Este tipo de enfoque, por cierto, privaba al concepto «civilización» de gran parte de su contenido, puesto que todos daban por descontado que la «influencia civilizadora» se extendería

a las instituciones políticas. El colonizador se ve a sí mismo en el espejo del colonizado como una imagen invertida; el éxito definitivo de su misión consistiría en lograr que el colonizado se convirtiera en un remedo suyo: esos Tío Tom y Gunga Din y negros «con alma blanca» que pueblan el imaginario del racismo paternalista. Las formas de gobierno, sin embargo, no pueden imitarse como se imitan las normas de conducta; a veces se establecen simulacros, pero el sistema político del amo, en su conjunto, queda siempre como un modelo inaccesible. Huelga aclarar por qué: los sistemas políticos avanzados son privativos de las razas superiores, y los pobladores de los territorios ultramarinos no entraban en esa categoría. Como dice el profesor Draper, presidente de la Universidad de Illinois, en un libro que escribió para los estudiantes poco después de terminar la guerra: los soldados norteamericanos eran «dignos representantes de una república donde el pueblo se gobernaba a sí mismo, y ejemplificaban las virtudes y el heroísmo de la raza anglosajona». En Cuba intervinieron por compasión, no porque confiaran en nuestras virtudes cívicas, y en cuanto a Filipinas, ¿cómo iban a transferir el mando «a la población nativa, que era ignorante, indisciplinada y de momento incapaz de ejercer por sí misma las funciones de gobierno?».²³ A los españoles les llegó su turno cuando se debatió en el Congreso el tema de la guerra, poco después de la voladura del Maine. España insistía en que se trataba de un accidente; pero uno de los congresistas, el senador Perkins, convencido de que los españoles padecían de una crueldad innata, insinuaba que a una nación que había parido monstruos como el duque de Alba y el general Valeriano Weyler no le faltarían «hombres capaces de mandar al otro mundo a 266 marinos en momentos en que se hallaban entregados al sueño».²⁴ Meses después, ya terminada la guerra, Draper les explicaría a sus jóvenes lectores que no había sido la superioridad numérica ni de armamentos lo que condujo a una victoria tan fulminante, sino «la notable diferencia de caracteres de las dos razas que se enfrentaron», lo que se ponía de manifiesto, por ejemplo, en sus respectivas aficiones deportivas: del lado norteamericano, el beisbol y el balompié, que requerían fortaleza física y temple viril; del lado español, las corridas de toros, con sus toreros emperifollados y su gusto por la carnicería.²⁵ Si a todo esto se añade lo que, en el ya mencionado debate, afirmó el senador Clay sobre el pueblo cubano —que «era, y es, si se le deja quieto, una raza dócil, alegre, pacífica e inofensiva»—,²⁶ tendremos el esquema clásico del cuento popular tradicional, tal como lo analizara Propp y se reprodujera en la literatura caballeresca: de un lado, una Doncella martirizada (la Isla de Cuba) y un Vengador dispuesto a rescatarla a toda costa (el pueblo norteamericano);

del otro, un Villano incorregible (el gobierno español). En su revelador estudio sobre el tema,²⁷ Peter Hulme —con quien obviamente estoy en deuda—, ha señalado que el mecanismo en que se basa el discurso promedio del 98 es la identificación, y en especial el carácter exacerbado que esta adopta en los procesos de recepción del melodrama. La identificación superficial requiere, por lo pronto, acción dramática: intriga, peripecias, conflictos y, sobre todo, Buenos y Malos; es decir, personajes de una sola pieza, sin matices. Con esos ingredientes es fácil crear tensas expectativas y hacer vibrar de emoción el corazón del público.²⁸ En este caso, el drama estaba ahí. Para convertirlo en espectáculo solo hacía falta un hábil Director de Escena.

La puesta en escena

El genio de William Randolph Hearst —dueño de *The Journal* de Nueva York— consistió en lograr que la vida imitara al arte, convirtiendo en simples unidades dramáticas tanto los hechos reales como a las personas de carne y hueso. La historia —privada así de su dolorosa carga de verdad, como diría Lamar— se transforma en espectáculo para regocijo del gran público y, claro está, del gran empresario, que súbitamente ve multiplicados sus ingresos (durante la semana siguiente a la explosión del Maine, por ejemplo, *The Journal* duplicó su tirada, hasta superar el millón de ejemplares). Suele llamarse manipulación a esa falta de escrúpulos, pero lo cierto es que fue así, «dramatizando», como Hearst y sus colegas de la prensa amarilla se convirtieron en precursores de lo que hoy conocemos como Nuevo Periodismo. No me detendré en la obra maestra de Hearst —el «rescate» de Evangelina Cossío, llevado a cabo por uno de sus reporteros— porque ha sido tratada en detalle por Hulme. En cierta forma, la aventura sirvió de introducción al escándalo provocado por el estallido del Maine, apenas cuatro meses después, y de ella se dijo en el *Journal* que había sido el «episodio más audaz y romántico de los tiempos modernos».²⁹ En los sectores populares —que siempre habían simpatizado con la causa cubana³⁰ y ahora eran sometidos a un incesante bombardeo propagandístico que incluía las exhortaciones patrióticas, el clamor de venganza y las apelaciones al sentimiento humanitario— no tardó en manifestarse un estado de ánimo favorable a la guerra. Por lo demás, las argucias de Hearst y sus competidores crearon una expectativa sobre la situación cubana que había que satisfacer a cualquier precio. Horatio Rubens —abogado de la Junta Revolucionaria en Nueva York— cuenta que muy pronto los periódicos no se conformaron con las noticias oficiosas y decidieron contratar a hábiles reporteros para que les

enviaran desde Cuba informaciones y reportajes de primera mano. Pero no todas las fuentes eran confiables. Había periodistas cómodamente instalados en Tampa, Cayo Hueso y Nueva Orleans que fantaseaban a su antojo amparándose en la supuesta autoridad de reales o imaginarios informantes. Se explica así que tomaran cuerpo los más insólitos rumores, como el de la legión de Amazonas mambisas que sembraba el pánico en las filas del ejército español. Rubens observa, con admirable candor, que la patraña podría deberse a un equívoco: tal vez los corresponsales ignoraban que en español se les suele aplicar el epíteto de «Amazonas» a las jinetas. Aunque, por otra parte, el hecho de que algunas mujeres acompañaran a sus maridos a la manigua, montando sus propias cabalgaduras, no autorizaba a hablar de una «legión de Amazonas en zafarrancho de combate, sedientas de sangre», que mataban e infligían «las torturas más salvajes y atroces» a sus adversarios...³¹ Hearst mismo fue víctima del efecto bumerán cuando uno de sus corresponsales le hizo creer que estaba reportando la situación desde el campo insurrecto; en realidad, pasaba la mayor parte del tiempo «en el bar del Hotel Inglaterra, en La Habana, bebiendo cocteles y recopilando historias sobre atrocidades [de los españoles], que le suministraban los simpatizantes de los rebeldes».³² Los propios miembros de la Junta Revolucionaria en los Estados Unidos no parecían estar libres de sospecha: sus detractores los acusaban de librar verdaderas batallas de papel, reportando dudosos combates e imaginarias victorias mambisas.³³

Esas entelequias verbales, donde lo único real era el flujo incesante de discursos, tenían propiedades similares a las de aquellos sombreros mágicos que hacían invisibles a sus portadores: bajo ellas desaparecía como por encanto la verdadera historia de Cuba. Era lógico que eso pasara en el reino de lo efímero, representado por la prensa; pero no que ocurriera también en el de la historiografía. Lo cierto, sin embargo, es que los historiadores norteamericanos se dieron siempre el lujo de prescindir de la extensa bibliografía existente en español sobre este conflicto cuyo nombre tradicional (Guerra Hispano-americana) revela, como bien dice Foner, una crasa ignorancia o peor aún, un desprecio total hacia los cubanos y su larga lucha por la independencia. Cuando la ideología penetra en el terreno de la topografía se produce un curioso desplazamiento conceptual que pudiéramos llamar, en este caso, anglocentrismo. En él se vieron involucrados, inclusive, los cubanos residentes en los Estados Unidos, pues quien lee a los historiadores de ese país, según Foner, puede llegar a la conclusión de que la guerra no la libraban los mambises en los campos de Cuba, sino los miembros de la Junta Revolucionaria en los Estados Unidos, presididos por Tomás Estrada Palma, quienes

realizaban un intenso cabildeo y una constante actividad propagandística. En suma, incluso «algunos historiadores destacados escriben como si ni siquiera hubiese habido guerra en Cuba antes de que interviniesen los Estados Unidos».³⁴ Lo hacen siguiendo una técnica que metodológicamente está más cerca del arte que de la historiografía: consiste en aislar fragmentos de realidad y presentarlos como conjuntos. Para eso hay que prescindir de los contextos o, si se quiere, de los elementos cronotópicos, como diría Bajtín, que rigen los principios de temporalidad y causalidad en que se basa la narración realista. Se desemboca así en la historiografía de los mundos despoblados, que vista desde acá no es la de la memoria, sino la del olvido. Este *modus operandi* —cuya característica más sobrecogedora es que suele ser inconsciente— pudiera ilustrarse con lo que llamaré el mito de Rowan.

El mito del héroe y otros hombrecitos de la playa

En abril de 1898, ante la inminencia de la guerra con España —el Congreso de los Estados Unidos acababa de aprobar la famosa Resolución Conjunta, que reconocía el derecho de Cuba a la independencia—, el general Nelson A. Miles, Secretario de Guerra, consideró la conveniencia de ordenar un desembarco de tropas en las inmediaciones de Santiago de Cuba. Para realizar la operación con la mayor rapidez y el menor número de bajas posible, se necesitaba el apoyo del Ejército Libertador de Cuba, representado en la zona, como ya vimos, por el general Calixto García. Miles decidió solicitar directamente su colaboración sabiendo que Tomás Estrada Palma le había prometido al presidente McKinley que daría instrucciones al general García y otros altos jefes mambises para que, llegado el momento, apoyaran y ejecutaran «los planes de los generales americanos en campaña».³⁵ La persona escogida para trasladarse clandestinamente a la Isla, ponerse en contacto con el General y volver rápidamente a Washington con su respuesta, fue un subordinado de Miles, el teniente Andrew S. Rowan, cuyo nombre pasaría a la posteridad, tanto en los Estados Unidos como en Cuba. Sobre esta operación, Freidel es muy parco; se limita a decir que Rowan «atravesó Cuba para localizar al general insurrecto Calixto García» y que «esa hazaña fue celebrada por Elbert Hubbard en un folleto [*A Message to Garcia*], distribuido por millones, donde se elogiaba a aquellos que cumplían ciegamente las órdenes» de sus superiores.³⁶

Drapear es más explícito, aunque igualmente sobrio. Dice en esencia lo siguiente: que al declararse la guerra

con España se consideró necesario establecer contacto con los jefes de la insurrección, que se movían constantemente por zonas inaccesibles de la isla. Para llegar a ellos, en Cuba, había que jugarse la vida atravesando «cientos de millas de territorio enemigo». Rowan arribó a Kingston a finales de abril y, después de recibir instrucciones de Washington y de un fatigoso viaje a la costa, salió rumbo a Cuba —una distancia de cien millas— en un barquito de vela, con el que burló la vigilancia de la marina española. Desembarcó sin novedad y luego, guiado por militares cubanos, se abrió paso a través de la espesura —«durmiendo a la intemperie, alimentándose de boniatos, bebiendo agua de coco»...— hasta que llegó a su destino, situado «en el corazón mismo de la selva», donde entregó su mensaje. Al regreso tuvo que recorrer otras cien millas hasta la costa norte de la isla. Allí, simpatizantes de la causa cubana le facilitaron un bote de remos, con velas improvisadas, y acompañado por cinco cubanos atravesó las doscientas millas de aguas turbulentas que lo separaban de Nassau, en las Bahamas. Tomó un vapor para Cayo Hueso y luego un tren para Washington. Había cumplido su misión. El general Miles propuso que fuera ascendido a teniente coronel: «El teniente Rowan —afirmó— ha realizado un acto de heroísmo y de audacia raras veces superado en los anales de la guerra».³⁷

Este cuadro —aunque realista, salvo por algunos detalles— adolece de una falla técnica: no tiene dimensión de profundidad. Las figuras y los espacios que sirven o pudieran servir de modelos han sido omitidos o difuminados. Los personajes cubanos —esos oficiales mambises que reciben a Rowan, los «simpatizantes» que le facilitan un bote, los hombres que se embarcan con él rumbo a Nassau— carecen por completo de relieve. Son los eternos nativos, simples puntos de referencia, gracias a los cuales la figura del personaje principal se destaca vívidamente contra el fondo impreciso del paisaje. Y sin embargo, lo que la aventura de Rowan muestra con absoluta claridad es el nivel de coherencia y organización que tenían las fuerzas revolucionarias, tanto civiles como militares. Solo la existencia de una formidable red de comunicaciones y servicios auxiliares podía garantizar que el periplo de aquel curioso mensajero —que no hablaba una sola palabra de español y no conocía un solo palmo del agreste territorio que debía atravesar— pudiera cumplirse sin contratiempos en tan breve lapso. Veamos el mapa de la aventura, visto desde la perspectiva cubana.³⁸ Rowan llega a Kingston con una recomendación de Estrada Palma, que le permite entrar rápidamente en contacto con un veterano de la guerra del 68 (Gervasio Savio), cuya misión era mantener las comunicaciones marítimas clandestinas entre Cuba y

Jamaica. Desembarca en el extremo occidental de la Sierra Maestra (la ensenada de Mora), donde las postas mambisas, encargadas de la vigilancia de las costas, lo conducen al otro lado de las montañas, cerca del campamento del jefe de la División de Manzanillo (general Hernández Ríos). Allí se hace cargo de él un ayudante del General (el teniente de caballería Fernández Barrot) quien, por haberse educado en los Estados Unidos, tiene un perfecto dominio del inglés. Al día siguiente, ambos, con una escolta, se disponen a recorrer el centener de kilómetros que los separan del lugar donde supuestamente está acampado el general García (las márgenes del río Contramaestre, a poca distancia del poblado de Jiguaní). Por caminos casi intransitables, teniendo a veces que abrirse paso en la manigua a golpes de machete, llegan a las cercanías de un caserío (Bueycito, en las estribaciones de la Sierra Maestra). Al día siguiente reanudan la marcha hacia el valle del río Bayamo, donde unos campesinos les informan que el general García ha ocupado con sus tropas la ciudad. Al mediodía, en pleno centro de Bayamo, Rowan entrega su mensaje.³⁹ Esa misma noche, asiste a un banquete que el general García ofrece en su honor y luego a un baile de gala. Horas después, ya en la madrugada del día 2, parte de regreso. Lo acompañan tres altos oficiales mambises, entre ellos el general Enrique Collazo, quien por su conocimiento del inglés, va como enviado especial a Washington a precisar detalles. Salen rumbo a Nassau por la costa norte (la zona de Banes) en una pequeña embarcación conducida por un hábil marino (Nicolás Balbuena), también oficial del Ejército Libertador.

Dos cosas he querido subrayar con este minucioso recuento: primero, que aunque Rowan tenía, sin duda, un valor a toda prueba y una ilimitada confianza en sí mismo, no corrió ningún peligro en el cumplimiento de su misión;⁴⁰ segundo, que aquellas figuritas diseminadas por el paisaje tenían nombre, identidades y propósitos bien definidos. El destinatario del mensaje, además, era un personaje de leyenda. En esa época estaba a punto de cumplir sesenta años y, después de la muerte en combate de Antonio Maceo, había pasado a ser lugarteniente general del Ejército Libertador, el segundo hombre en la jerarquía militar mambisa, solo precedido por Máximo Gómez. Fue justamente allí, en Bayamo, donde se incorporó a la Revolución, treinta años antes, junto con otros setenta jóvenes. En 1898, era el único de ellos que, según sus propias palabras, no había cometido «la gran tontería de morir», aunque ocasiones no le faltaron: su hoja de servicios, en el curso de tres insurrecciones, incluía todo tipo de acciones de guerra: escaramuzas, combates y tomas de pueblos y ciudades. En 1874 cayó en una emboscada y, para evitar que lo hicieran prisionero, se disparó un tiro por debajo del mentón que le salió por la frente.⁴¹ Fue uno de los

primeros estrategias mambises que combinó las tácticas de guerrilla con el empleo de la artillería. Cuando Rowan lo visitó, era jefe del Departamento Militar de Oriente, un vasto territorio convertido en bastión de la lucha independentista. Apenas dos meses después cumpliría su compromiso, como ya vimos, situando en las inmediaciones de Santiago de Cuba cuatro mil hombres listos para apoyar el desembarco de las tropas norteamericanas y luego la toma de la ciudad.

En suma, la manigua estaba muy lejos de ser un espacio despoblado o habitado por fantasmagóricos nativos. En lo profundo del monte —como en la playa desde la que lanzaba su grito de júbilo el hombrecito del trapo blanco— había un pueblo empeñado en luchar por su independencia y por un ambicioso proyecto de justicia social. Tal vez sea eso lo que Escalante quiso decir cuando, a propósito de las imaginarias aventuras de Rowan, expresó el temor de que pudiera ocultarse allí «el deseo preconcebido de crear un mito» —un mito destinado a adormecer la conciencia criolla.⁴² Para él, semejante propósito era incompatible con el normal desarrollo de la identidad nacional, en un pueblo que aún no tenía medio siglo de haberse constituido en república y donde todavía el máximo emblema del poder era la Embajada americana. ¿Estaría pensando Escalante, quizás, en el mito del Superhombre —lo que hoy llamaríamos el mito de Rambo? En 1910 y 1935 se hicieron sendas películas norteamericanas sobre el tema —ambas tituladas *El mensaje a García*, ambas con la misma orientación ideológica— y la que Escalante tuvo oportunidad de ver no hizo más que confirmar sus temores.

Notas

1. El simposio 1898: War, Literature and the Question of Pan-Americanism se celebró, en efecto, del 27 al 29 de marzo de 1898, bajo los auspicios de The Program in Latin American Studies de dicha universidad. He modificado ligeramente el título y el texto de mi ponencia.
2. Roland Barthes, *Mitologías*, trad. de Héctor Schmucler, Siglo XXI, México D.F., 1980, pp. 200 y 215-6.
3. El artículo tercero daba a los Estados Unidos el derecho de intervenir en Cuba cuando lo creyera conveniente. Promovida por el senador Orville H. Platt, encontró fuerte oposición en el Congreso, puesto que debía imponerse a los cubanos como condición indispensable para retirar las tropas norteamericanas de Cuba. «Estamos realizando un acto de despotismo —observó un congresista durante el debate que tuvo lugar en el Senado— que no nos hemos atrevido nunca a realizar con una tribu de indios en los Estados Unidos». El texto del debate no se conoció en Cuba hasta 1935, cuando Emilio Roig de Leuchsenring lo incluyó en su Historia de la Enmienda Platt. Eran, en opinión del autor, «las páginas más sensacionales de la historia de Cuba republicana». Véanse en su *Los*

Estados Unidos contra Cuba Libre [1959], 2ª ed., Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1982, t. I y II, apéndices 1 y 2. (La cita en t.II, p. 263.)

4. Regino Botí, «Cartas a los orientales (1904-1926)», cit. por Jorge Fornet en «El síndrome del 98 en la literatura cubana», *Casa de las Américas*, n. 205, octubre-diciembre de 1996, p. 124.
5. Fernando Ortiz, *Entre cubanos* [1913], 2ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 72.
6. Alberto Lamar Schweyer, *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones*, 2ª ed., Editorial Martí, La Habana, 1929, p. 94. El autor tenía visión de pasado, sin duda, pero no de futuro. Escribía en medio de un clima de eferescencia intelectual y política que culminaría un año después en el inicio de la lucha frontal contra la dictadura de Machado.
7. Jorge Ibarra, *Cuba: 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, pp. 4 y ss., 375 y ss.
8. El artículo tercero de la Enmienda Platt se basaba en el poder de persuasión de la amenaza; es decir, en la peregrina idea de que el simple temor a la intervención la haría innecesaria. Al demostrar lo contrario, Estrada Palma hizo quedar mal a Roosevelt.
9. Jorge Ibarra, ob. cit., p. 375. El nivel de autoestima llegó a ser tan bajo y el deterioro ideológico tan profundo, que un distinguido veterano de la guerra de independencia —el teniente coronel Cosme de la Torriente— llegó a comparar a Roosevelt con Carlos Manuel de Céspedes y José Martí.
10. Jorge Ibarra, ob. cit., p. 12. En *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985), el autor exploró los modos en que esas estructuras se insinuaron en el discurso literario y artístico durante el período al que venimos refiriéndonos.
11. Por ejemplo, *Episodios de la guerra; mi vida en la manigua* (1898), de Raimundo Cabrera; *La insurrección* (1910), de Luis Rodríguez Embil; *La manigua sentimental* (1910), de Jesús Castellanos, y —como un fruto tardío y exangüe de esa corriente— *Cenizas gloriosas* (1941), de Miguel Ángel Campa. Un caso aparte serían los «Cuentos de la manigua», incluidos en el libro *Los héroes* (1941), de Carlos Montenegro.
12. Georg Lukács, *La novela histórica* [1955], tr. de Jasmin Reuter, Ediciones Era, México D.F., 1966, p. 357.
13. Alberto Lamar Schweyer, ob. cit., p. 96.
14. Frank Freidel, *The Splendid Little War*, Little, Brown and Company, Boston-Toronto, 1958, p. 82.
15. A esa vasta operación de apoyo se asocian, en la historia de Cuba, los nombres de media docena de generales, en especial los de la División de Bayamo y Jiguani, bajo el mando del general Calixto García Iníiguez. Baste citar a Demetrio Castillo Duany, Jesús Rabí, Saturnino Lora, Agustín Cebreco y José Manuel Capote.
16. Frank Freidel, ob. cit., p. 81.
17. John D. Miley, *In Cuba with Shafter*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1899, pp. 58-9.
18. Véase Louis A. Pérez, Jr., *Between Empires*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1983; y Peter Hulme, *Rescuing Cuba: Adventure and Masculinity in the 1890s*, University of Maryland at College Park (Latin American Studies Center Series, n. 11), 1996, pp. 26-8.

19. Theodore Roosevelt, *The Strenuous Life; Essays and Addresses* (1901), p. 7. Cit. por C. Douglas Dillon en su documentada tesis «Algunas causas extraeconómicas del tránsito de los Estados Unidos al imperialismo activo en 1898-1899» [1931], reproducida en *Casa de las Américas*, n. 209, octubre-diciembre de 1997. (Tr. de Esther Pérez.)

20. Sobre la popularidad de Kipling en los Estados Unidos y la difusión e influencia que tuvo «The White Man's Burden», véase C. Douglas Dillon, ob. cit., pp. 127-8. En esta última página se reproduce también el texto original del poema.

21. Charl Olcott, *The Life of William McKinley* [1916], v. 2, pp. 110-1. Cit. por C. Douglas Dillon, ob. cit., p. 127. Solo así pudo librarse McKinley de la diabólica tentación de abstenerse. Como dijo Cabot Lodge, después de consumado el hecho, «[I]odos los motivos egoístas, todos los intereses personales impulsaban al Presidente a abandonar las Filipinas, pero... guiado por el sentido del deber, por la herencia espiritual del pueblo estadounidense, por sus propias dotes de estadista [...] actuó con osadía y ocupó las islas». Henry Cabot Lodge, «The Retention of the Philippine Islands» (1900), cit. por C. Douglas Dillon, ob. cit., p. 125.

22. Carl Schurz, Carta personal al presidente McKinley, de septiembre de 1898. Cit. en «The Spanish American War: Business Recovery and the China Market. Selected Documents and Commentary.» [Michael E. Boylen, comp.], *Studies on the Left*, v. 1, n. 2, invierno de 1960, pp. 61-2. (Los subrayados son míos.)

23. Andrew S. Draper, *The Rescue of Cuba. An Episode in the Growth of Free Government*, Silver, Burdett and Company, Nueva York, 1899, pp. 148, 178 y 139, respectiv. (El ejemplar que he consultado pertenecía a una biblioteca escolar del condado de Marion, en Iowa.)

24. Véase debate en el Senado de los Estados Unidos (4 de abril de 1898), reproducido por Emilio Roig de Leuchsenring en *Los Estados Unidos contra Cuba Libre*, ob. cit., t. I, p. 275.

25. Andrew S. Draper, ob. cit., p. 6.

26. Véase Andrew S. Draper, ob. cit., p. 256.

27. Peter Hulme, *Rescuing Cuba...*, ob. cit.

28. En el caso de Puerto Rico, la ausencia de alguno de tales ingredientes explicaría quizá el tono descarnado que asumió el discurso sobre la Isla, considerada de antemano como botín de guerra.

29. Peter Hulme, ob. cit., p. 15.

30. Sobre ese vasto movimiento de solidaridad, véase Philip S. Foner, *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui* [1966.], tr. de Lidia Pedreira, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, t. 1, cap. VIII.

31. Véase Horatio S. Rubens, *Liberty. The Story of Cuba*, Brewer, Warren & Putnam, Nueva York, 1932, pp. 202 y 204. Entre los corresponsales, Rubens menciona expresamente a Sylvester Scovill, del *New York World*; a Crosby, del *Chicago Tribune*; a Summerfield, del *New York Herald*; a Karl Decker, del *New York Journal*; a Richard Harding Davis, a Charles Michelson y a Grover Flint. Luego habría que añadir los nombres de algunos que desembarcaron con las tropas en el 98: Steven Crane y Winston Churchill, por ejemplo. También el cubano José de Armas y Cárdenas vino en esa oportunidad, como corresponsal de *The Sun*.

32. Peter Hulme, ob. cit., p. 10.

33. De ahí el sarcástico comentario que apareció en un periódico de Cincinnati, el *Times Star*, apenas comenzada la guerra del 95: «Las fuerzas insurrectas parecen estar principalmente compuestas de corresponsales periodísticos armados de lápices, cámaras fotográficas y otras armas igualmente mortíferas». (Véase Philip S. Foner, ob. cit., p. 189.)

34. Philip S. Foner, ob. cit., pp. 7 y 189. Sobre el tema de la guerra en su conjunto, véase Araceli García-Carranza, comp., *Bibliografía de la guerra de independencia (1895-1898)*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1976. Para una visión detallada de los acontecimientos, desde la perspectiva cubana, véase Felipe Martínez Arango, *Cronología crítica de la guerra hispano-cubanoamericana* [1950], 3ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; y para una visión panorámica, desde la perspectiva española, Pablo de Azcarate, *La guerra del 98*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.

35. Véase comunicación de Estrada Palma, en Felipe Martínez Arango, ob. cit., pp. 203-4.

36. Frank Freidel, ob. cit., p. 46. (Véase retrato de Rowan en la misma página.)

37. Véase Andrew S. Draper, ob. cit., pp. 152-4. (Los subrayados —como el propio resumen— son míos.)

38. Para los detalles menos conocidos me baso en el relato de Aníbal Escalante Beatón, ayudante del general García que vio a Rowan en Bayamo y a quien Eugenio Fernández Barrot —el oficial que condujo a Rowan hasta allí— le contó los pormenores del recorrido. Véase Aníbal Escalante Beatón, *Calixto García y su campaña del 95* [1946], 2ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 432-64.

39. Era el 1º de mayo, día en que a miles de kilómetros de distancia se iniciaría el espectacular relevo de un imperio por otro con la destrucción de la escuadra española en la base naval de Cavite (Manila).

40. En alta mar, porque las naves españolas que patrullaban la costa sur, previendo lo que iba a ocurrir, se habían concentrado en Santiago de Cuba; en tierra, porque el escenario de la acción —las zonas rurales de la provincia de Oriente— estaba en poder de los mambises. Es obvio que Rowan tuvo suerte. Otras acciones igualmente temerarias y exitosas emprendidas por los mandos militares norteamericanos en el curso de la guerra suscitaron opiniones críticas o irónicas de algunos corresponsales, como la de Richard R. Davis, por ejemplo, quien llegó a la conclusión de que Dios protegía «a los niños, a los borrachos y a los Estados Unidos».

41. La profunda cicatriz que le quedó encima del entrecejo sería un permanente motivo de orgullo tanto para los patriotas cubanos como para los médicos militares españoles que le salvaron la vida.

42. Aníbal Escalante Beatón, ob. cit., p. 438.

Antinjerencismo y antimperialismo en los inicios de la República en Cuba

Mely del Rosario González Aróstegui

Profesora. Instituto Superior Pedagógico «José Martí», Camagüey.

La tradición de lucha contra la dominación, representada durante el siglo XIX en corrientes del pensamiento como el independentismo o dentro del elemento antimperialista del pensamiento martiano, se expresan en los primeros años de la República en un movimiento de rechazo a la injerencia y a la intervención yanqui en los asuntos cubanos, cuando también aparecieron ideas antimperialistas de corte liberal positivista; movimiento que se convirtió en la manifestación concreta de la cultura de la resistencia cubana en el período de 1898 a 1922. Este movimiento tuvo una orientación liberal reformista, de base filosófica positivista, sustentado en lo fundamental por la intelectualidad proveniente de la pequeña burguesía y representado por dos líneas de pensamiento: *el antinjerencismo y el antimperialismo de corte liberal positivista*. El movimiento abrazó causas comunes; todos sus representantes, en mayor o menor medida eran antianexionistas y antintervencionistas.

Sin embargo, aunque el antinjerencismo y el antimperialismo liberal como líneas ideológicas poseen un mismo esquema de pensamiento, deben diferenciarse

por dos aspectos de trascendencia cualitativa: el *antinjerencismo* asume el rechazo a la injerencia y a la penetración por el peligro que entrañan para el desarrollo de la nacionalidad cubana, por un problema ético y de resistencia política. No llega a determinar en toda su magnitud la responsabilidad de los Estados Unidos en la situación interna de Cuba, y las causas de los problemas las deriva de la corrupción, la incapacidad de los políticos, el desorden social, etc. El *antimperialismo de corte liberal* asume el aspecto económico de la penetración norteamericana, y aunque no llega a una claridad conceptual del imperialismo, define el peligro de la injerencia y su responsabilidad en los problemas cubanos. Por tanto, el antinjerencismo es una concepción política más limitada que el antimperialismo liberal, en el orden de la comprensión y análisis de las relaciones con los Estados Unidos. El antimperialismo liberal superó desde inicios del siglo XX las posiciones antinjerencistas, aunque no llegaron al radicalismo de Martí por la fundamentación positivista de que partían.

El antinjerencismo está representado fundamentalmente por intelectuales: ensayistas vinculados a importantes publicaciones de la época, como el caso de Mario Guiral, Carlos de Velazco, José Sixto de Sola y Julio

Premio *Temas* de Ensayo 2000 en la modalidad de Ciencias sociales.

Villoldo, de la revista *Cuba Contemporánea*, y Leopoldo Cancio, Roque Garrigó y Ricardo Oxamendi, de la revista *Cuba y América*; intelectuales vinculados al Movimiento de Revisión Histórica, como Enrique Collazo y Fernando Ortiz; escritores como Miguel A. Carbonell y Eduardo Abril Amores; otros incorporados, en alguna medida, al movimiento de la clase obrera y a las ideas socialistas, como José A. Ramos, Carlos Loveira, Miguel de Carrión y Juan Ramón Xiques (tendencia más radical dentro del antinjerencismo); periodistas como Manuel Márquez Sterling; abogados que apreciaron el fenómeno de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos a través del prisma de lo jurídico, como el caso de Eliseo Giberga (a pesar de sus ambigüedades) o los miembros de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, que observaron la proyección exterior del antinjerencismo cubano (Luis Machado, Juan C. Zamora y Raúl de Cárdenas). También incluimos a Rubén Martínez Villena en su proyección anterior a 1923, como miembro del Movimiento de Veteranos y Patriotas.

La idea general que movió al pensamiento en estas dos décadas fue la oposición a la injerencia, desarrollada en condiciones muy específicas. Esta oposición se manifestó en el rechazo a todo tipo de interferencia en los asuntos internos del país —fundamentalmente en cuestiones políticas—, en el rechazo a la imposición de mecanismos de dominación, como la Enmienda Platt, en el desarrollo y revisión de las leyes para enfrentar la penetración, motivo por el cual la jurisdicción alcanza un mayor desarrollo.

Hay que considerar también la aparición temprana en la República, de ideas de tendencia antimperialista como mediación entre el antinjerencismo y el antimperialismo radical de corte marxista, que surge después de 1922. Estas ideas manifiestan la *línea antimperialista de corte liberal positivista*. Apoyaban en lo fundamental las posiciones antinjerencistas, pero llegarán a realizar una crítica de los problemas, esboza sus raíces, y no se circunscriben a las cláusulas de la Enmienda Platt o a la incapacidad de los políticos, sino que señalan como clave cierta y real del coloniaje, las condiciones históricas, políticas, económicas y sociales en que Cuba se venía desarrollando, sin olvidar la absorción de nuestra economía por el imperialismo yanqui.

El grupo de figuras que representa la línea antimperialista liberal (Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Juan Gualberto Gómez, Salvador Cisneros Betancourt y Julio César Gandarilla) llega a reconocer —también con sus matices— la amenaza que entrañaban los Estados Unidos para Cuba, advierte el riesgo de la penetración económica, a pesar de no desconocer la necesidad de las inversiones para el progreso y el desarrollo de la Isla. De esta forma, las

ideas provenientes de una conciencia cubana, que rechazaba la dominación foránea, tuvieron una salida hacia el reconocimiento del peligro que entrañaba el sistema norteamericano en expansión en el ámbito económico y político; de ahí su proyección antimperialista.

La línea antimperialista se manifiesta desde el mismo surgimiento de la República al calor de las discusiones en torno a la Enmienda Platt. Esta línea vislumbró el lugar central que ocupaban los Estados Unidos en la solución del problema cubano, aun antes de que estuviesen creadas todas las condiciones económicas y políticas que permitieron en los años 20 esa delimitación de principios. Pero no obstante su agudeza de pensamiento, el antimperialismo liberal no podía captar con profundidad las contradicciones económicas que presidían la lógica del desarrollo del movimiento de la sociedad burguesa. Los más avanzados en el camino hacia un antimperialismo radical lo confundían con los imperios de la antigüedad, a pesar de haber señalado y adelantado muchos de sus rasgos. Dentro de estos pensadores no existió una comprensión completa, en el plano teórico, de la esencia cualitativamente diferente del fenómeno (aunque sí de algunos de sus rasgos).

La conciencia antinjerencista de estos intelectuales solo pudo apreciar al antimperialismo en sus manifestaciones externas, es decir, *se llegó a ver el peligro de la penetración económica norteamericana en Cuba, pero no se podía plantear la renuncia al modo burgués de producción*. La única forma de evitar la absorción de la economía de la naciente República por el vecino del norte era sacando al país de la lógica del mercado capitalista, pero para esto el país no estaba aún preparado. Tampoco existía una clase apta para sustentar un pensamiento radical en estos momentos.

Criterios de diferenciación interna del movimiento de rechazo a la injerencia y a la penetración foránea

El primer criterio con el que diferenciamos las diversas posiciones de todo el movimiento es el *concepto de las relaciones de Cuba con los Estados Unidos desde una perspectiva de resistencia a la dominación*. Aquí debe tenerse en cuenta cómo se enfrenta el problema de la intervención y la injerencia desde el punto de vista político, ético y cultural, y qué importancia se le concede al problema de la penetración económica y las inversiones extranjeras dentro del país.

A partir de este criterio, observamos dos posiciones que marcan diferencias cualitativas entre los representantes del movimiento: una, que concentra su rechazo a la injerencia por razones políticas, éticas y de

dignidad nacional, por el peligro que entrañaría al desarrollo de la nacionalidad cubana. En esta posición se insertaría —como ya se apuntó— el antinjerencismo. La segunda posición rechaza la injerencia, la intervención y la penetración por el peligro que representa, además, desde el punto de vista económico. La visión de figuras como Varona, Sanguily, Juan G. Gómez y Gandarilla nos darán una apreciación más clara.

El segundo criterio a tener en cuenta para representarnos el movimiento ideológico de inicios de la República es la *forma en que se llega a considerar la actitud dominadora del elemento español* permanente en la Isla, luego de finalizada la guerra (a través de instituciones, editoriales, periódicos, el clero católico, etc.). De aquí se desprenden dos posiciones: el rechazo a este elemento español por considerarlo el mayor peligro para el desarrollo de la Nación (José Sixto de Sola, Mario Guiral y Carlos de Velazco), y el rechazo a la influencia dominadora de España, reconociendo los valores culturales que nos legara esa cultura, al constituirse parte de nuestra identidad cultural (Fernando Ortiz).

El tercer criterio que consideramos fue el *nivel de comprensión de los problemas internos de la sociedad republicana*, observando las causas que señalan para explicar los desequilibrios sociales y las fórmulas que proponen para su solución (dado el carácter dual de la cultura de la resistencia). Las posiciones que se asumen dentro de este criterio serían: el reconocimiento de las causas de los problemas en factores internos (lo antifuncional de los gobiernos, la incapacidad de los cubanos, la corrupción administrativa, causas culturales y problemas de la economía cubana). En su gran mayoría, los antinjerencistas asumían esta variante. La segunda posición sería el reconocimiento de las causas de los problemas en factores externos (la responsabilidad de los Estados Unidos o los rezagos que quedaron de la colonia). Esta posición es asumida por el antimperialismo liberal y algunos representantes del antinjerencismo, como el caso de Miguel A. Carbonell, Eduardo Abril Amores y Emilio Roig.

El concepto de la relación Cuba-Estados Unidos desde una perspectiva de resistencia a la dominación

De acuerdo con la lógica establecida para diferenciar las posiciones existentes acerca de cómo interpretar la relación Cuba-Estados Unidos, se ha de tener en cuenta la posición asumida por las distintas figuras del movimiento en cuestiones como *la injerencia política, la intervención militar y la penetración económica de los Estados*

Unidos en Cuba. Estas actitudes se particularizan en los casos de la reacción ante las intervenciones militares, ante la Enmienda Platt y frente al Tratado de Reciprocidad Comercial, así como en el desarrollo de movimientos que desde una perspectiva historiográfica, cívica, cultural y jurídica, enfrentaron la injerencia norteamericana.

La reacción ante la intervención militar de los Estados Unidos en Cuba fue diferente en la segunda respecto de la primera. La primera fue aceptada por la mayoría, pues se vio como una «ayuda» para la obtención de su independencia. Incluso hay representantes del antinjerencismo que señalan la posibilidad de sacar provecho ante un hecho inevitable. Muchos cubanos vieron con beneplácito en los primeros momentos la intervención de los Estados Unidos en la guerra.¹ Emilio Roig comenta que en esta época los patriotas creían de buena fe que los americanos habían luchado contra España para ayudarlos a conquistar la independencia.² Se expresa un sentimiento de agradecimiento, pero acto seguido se manifiesta una preocupación por los peligros que representa la prolongada estancia de los norteamericanos en la Isla. Ellos debían intervenir para «ayudar» a los cubanos a obtener la independencia, no para quedarse en Cuba.

Hubo también una crítica cautelosa. Se comentaban las consecuencias negativas de la intervención, describiéndola como corruptora, por establecer el soborno e incitar las aspiraciones a puestos públicos, sin aptitudes reales para ejercerlos. Se hizo conocida la expresión de Manuel Márquez Sterling, al señalar que la intervención «dio un alto a la muerte que se cernía sobre todas las cabezas, y dejamos de ser colonia. Pero no comenzamos a ser República».³ El pensamiento se está moviendo aquí del agradecimiento a la crítica, en un llamado a ver las dos caras de la intervención. Se insta a reconocer lo que de provechoso pudo haber tenido (el saneamiento de las ciudades, el impulso a obras de utilidad, etc.), pero también se señalan los peligros de serias deformaciones en virtud del propio plan de «pacificación moral» que perseguían los norteamericanos. La cultura de la resistencia en esta etapa se desarrolló al calor de estas inquietudes, al mostrarse el rechazo a la intervención y manifestarse que el afán de la independencia estaba vivo aún.

Después de la segunda intervención, las posiciones de rechazo se generalizan. Tanto en las filas del antinjerencismo como en las del antimperialismo liberal hay una tendencia a criticar y denunciar las consecuencias negativas de este fenómeno en la sociedad cubana. Mario Guiral, a través de *Cuba Contemporánea* hace referencia a la actitud asumida por los Estados Unidos en los hechos, y declara: «después de eso [...] la nación

norteamericana ha perdido casi toda la fuerza moral de que hasta entonces estaba revestida», y hace un recuento de todas las dificultades que se derivaron de la intervención.⁴

El rechazo por parte de la línea antimperialista liberal se manifiesta también, en lo fundamental, luego de la segunda intervención, aunque no pueden obviarse las posiciones abiertamente antiyanquis de Salvador Cisneros, desde los mismos días de la intervención primera, y las de Gandarilla, unos años después, como consecuencia de la apertura de una línea de revisión histórica que más adelante señalaremos.

Dentro del análisis de la relación de rechazo a la injerencia de los Estados Unidos en Cuba se le concede un significativo lugar *al problema de la aceptación o no de la Enmienda Platt*, por la repercusión que tuvo en el desarrollo de la lucha política contra la injerencia norteamericana. El fenómeno de la Enmienda Platt y sus repercusiones en la vida del país se convirtieron en un referente del antinjerencismo cubano. Por su carácter reaccionario, la Enmienda motivó la resistencia por la parte cubana, extendida más allá de los marcos de la Convención, y convertida en un permanente movimiento de rechazo a lo largo de todos los años en que permaneció vigente. Tampoco puede circunscribirse el rechazo a los márgenes del documento; debe ser elevado, en el más amplio sentido, al rechazo a sus repercusiones y al espíritu que de él emanaba. De esta forma, pensadores como Manuel Sanguily, pueden ser considerados antimperialistas de corte liberal a pesar de haber votado a favor de una República con Enmienda.⁵ La división de los pensadores cubanos, defensores o no de la identidad nacional, no debe hacerse únicamente a partir del criterio de haber estado o no a favor de la Enmienda Platt; el asunto fue mucho más complejo y requiere de un análisis dirigido a apropiarse de la totalidad del fenómeno. Con esto queremos dejar sentada la idea de que el problema que nos ocupa va más allá de una simple división de fuerzas a partir de la aceptación o no de la Enmienda, el antinjerencismo se movió en un ámbito más amplio y complejo, que se escapa de toda división de tendencias o líneas a desde un criterio cerrado. Por lo tanto, un antinjerencista podía haber votado a favor de la Enmienda, como mismo habiendo estado en su contra, vemos a determinadas figuras, que llevadas por intereses personales o de partido, se proyectaron a favor de la injerencia de los Estados Unidos, ya fuese por vía de la injerencia sutil o la intervención militar más ruidosa.

Entre los que rechazaron totalmente el documento se encuentran Salvador Cisneros y Juan Gualberto Gómez. El voto particular contra la Enmienda emitido por Cisneros⁶ posee un carácter antinjerencista, pero

también antimperialista liberal, al considerar la «propuesta» como una interferencia en los asuntos cubanos, donde los Estados Unidos exigían prerrogativas a la Convención que respondían a sus intereses expansionistas, y al considerar también abiertamente el peligro que este apéndice representaba para la soberanía de Cuba. El antinjerencismo se movió aquí en un sentido de rechazo a la ofensa inferida al honor y orgullo ciudadanos por la limitación que hace a la soberanía, pero también por la violación de principios democráticos, elementales (de las facultades del poder ejecutivo y el legislativo) manejados y asumidos por hombres que conocían y habían participado de la tradición ya existente en Cuba a partir de los procesos constitucionales de la República en Armas.

En las publicaciones periódicas de la época se encuentran referencias de la repercusión que alcanzó el rechazo a la Enmienda (discursos, trabajos periodísticos, folletos, etc.).⁷ Fuera de la Convención y ya transcurridos algunos años de la imposición de la Enmienda, prácticamente todos los representantes del movimiento intelectual que nos ocupa persisten en sus análisis contrarios a dicha ley, desde las páginas de revistas como *Cuba Contemporánea* o a través de monografías editadas en Cuba y en el exterior.⁸ Posteriormente, a la altura de los años 20, Emilio Roig, reconoce que si bien la Enmienda facilitó que se constituyera la República, fue «fatalmente perjudicial», pues debilitó la confianza del pueblo en sí mismo y en el gobierno propio,⁹ y Márquez Sterling reflexiona sobre sus efectos; observando que los convencionales «no calcularon que la Enmienda produciría fenómenos contradictorios en la conciencia cubana, y que sus efectos, al cabo, resultarían contraproducentes y absurdos».¹⁰

En general, fuera ya de los marcos de la convención y de la aprobación o no de la Enmienda, el espíritu injerencista e imperialista que entrañaba, fue rechazado por los representantes del movimiento intelectual estudiado, aunque hubo algunos que siempre intentaron buscarle una salida provechosa para el país, a través del análisis de sus elementos jurídicos, como por ejemplo Giberga y Carlos de Velazco. Carlos de Velazco hace un llamado a delimitar las prerrogativas que los Estados Unidos tenían en relación con la Enmienda, sobre todo en lo vinculado a la intervención.¹¹ De esta forma podían irse transformando sus disposiciones a nuestro favor. Más tarde, en un comentario que hace sobre el libro de Evelio Rodríguez Lendíán *La interpretación de la Enmienda Platt*, Velazco comenta que si se sabía manejar la situación, la Enmienda garantizaría la independencia y obligaría a los Estados Unidos a mantenerla y defenderla.¹²

Luego de la Convención constituyente y de la aprobación de la Enmienda Platt el antinjerencismo se consolidó como corriente del pensamiento político cubano opuesta a la dominación norteamericana en Cuba. La reflexión acerca de la política de la época conduce a que se profundicen las ideas que conformaron los sentimientos y las concepciones promotoras de una conciencia política que buscaba la oposición frente al imperialismo yanqui. Es en la cultura política donde se manifiesta la oposición y la transición de las ideas antinjerencistas y la subyacente polémica que se gesta desde estos primeros momentos buscando una opción que pudiera satisfacer a los sectores portavoces del problema.

Las polémicas desatadas a partir de este momento, vinculadas a los criterios sobre la aceptación o no de la Enmienda y a las formas y límites de la penetración norteamericana en la Isla, fueron elementos de desarrollo de la cultura política en esta etapa. Las ideas políticas que en este orden se movieron, cumplieron un papel organizador, movilizador y transformador en el desarrollo de conceptos clave, como fueron el antinjerencismo y el antimperialismo.

Se produce además un desarrollo del Derecho y la diplomacia como consecuencia de la necesidad de buscar solución jurídica a la situación de dependencia que creaba la Enmienda Platt; hecho que influye en la formación de una conciencia jurídica, cada vez más sólida, en la medida en que las condiciones histórico-concretas provocaban cambios en las formas de penetración norteamericana y la conciencia cubana se veía obligada a buscar salidas a la situación.

Hasta aquí, el rechazo a la dominación norteamericana se mueve en el ámbito político y jurídico, con los matices de aspectos económicos que le imprimen los representantes de la línea antimperialista, contenidas en sus votos particulares contra la Enmienda. La aparición de nuevas ideas entre los intelectuales antinjerencistas sobre la necesidad de librar a Cuba del monopolio establecido por los Estados Unidos sobre sus productos, hablan ya de un reconocimiento a la necesidad de efectuar transformaciones económicas, aunque la prioridad se siguiera otorgando a las políticas. En sus inicios, el antinjerencismo funcionó bajo formas particulares adecuadas al carácter de la intervención, pero en su evolución fue adoptando la característica general que le permitió permear todos los estratos de la conciencia social. Esta forma general es la política como «expresión concentrada de la economía».

¿Cómo se llevó a efecto esta evolución? ¿Cuáles eran los planteamientos de Varona, Sanguily y Juan Gualberto, que los llevaron a representar, dentro del movimiento intelectual opuesto al dominio yanqui, como una vertiente más radical, portadora de ideas de tendencia

antinjerencista, como de elemento mediador entre el antinjerencismo y el antimperialismo de los años 20?

Las concepciones de Sanguily, Cisneros, Varona y Juan Gualberto Gómez, surgidas al calor de la Asamblea constituyente, del Tratado de Reciprocidad Comercial y de otros momentos de estos primeros años republicanos, no pueden ser considerados aun como ejemplos de antimperialismo radical, pero sí aparecen como contrarios a las concepciones netamente antinjerencistas que solo se movían en los planos político, jurídico y diplomático hasta ese momento. Las contradicciones surgidas de este enfrentamiento conceptual basado en una idea general —el rechazo a la dominación foránea— provocarán con posterioridad, y unido a otros factores de mayor magnitud, las condicionantes necesarias para realizar el salto a un nivel superior del pensamiento, cuando se agotaron las posibilidades que brindara a la conciencia nacional este movimiento intelectual antinjerencista.

El contenido económico de este antinjerencismo de orientación antimperialista aparece ciertamente de manera muy marcada en el rechazo a la penetración norteamericana con las manifestaciones contrarias al Tratado de Reciprocidad Comercial. En su polémica en el Senado, Manuel Sanguily descubre la absorción y explotación de la economía cubana por el capital yanqui.¹⁵

Vale señalar que Sanguily no pudo proponer soluciones concretas, más allá de las abstracciones positivistas ligadas al criterio evolucionista de la sociedad, propias de un pensamiento incapaz de comprender la esencia revolucionaria del antimperialismo martiano. Él asume la necesidad de llevar adelante reformas, pero así como desestima totalmente la puesta en práctica del Tratado, tampoco considera positivo predisponer los ánimos en contra de la «obra continua de evolución progresiva» a que debía conducirse al pueblo. Mucho menos acepta que se sembraran «odios en las conciencias» para enfrentar a las clases y de esa forma «comprometer» la paz de la República. No puede comprender el curso de los acontecimientos; observa paradojas donde en realidad se mueven grandes contradicciones epocales.

La resistencia a la situación que se avecinaba se advierte aquí en una posición cautelosa. Esta misma cautela caracterizó algunos planteamientos de hombres como Varona y Juan Gualberto Gómez, de probada honradez y de ideas con un significativo valor para la historia del pensamiento en Cuba. Abiertamente antiyanquis, Cisneros Betancourt y Juan Gualberto Gómez cerraron filas en el rechazo a la penetración norteamericana en la Isla. El fenómeno imperialista tampoco es definido como tal en ellos, pero sí se advierte una clara conciencia del daño que podía

ocasionar la protección de un país tan poderoso como los Estados Unidos, no solo a la soberanía de la Isla, sino también a su desarrollo económico.

Después de 1906, al analizar las condiciones económicas de Cuba (momento de maduración de su pensamiento) Varona comienza a ganar conciencia de la dependencia económica con los Estados Unidos a través de la importancia que desempeñaban los capitales extranjeros en el marco de nuestra economía. Denuncia el paso de la riqueza nacional a manos extranjeras y sus consecuencias negativas. «Esos capitales —dice—, los 400 millones pertenecientes a americanos, ingleses, españoles y alemanes, empleados en centrales, vegas, en fábricas de tabaco, en ferrocarriles, en empresas navieras, son la fuerza formidable que actúa en el fondo de ese caos».¹⁴

Se aproxima a una comprensión más exacta del problema de nuestra dependencia económica, ya que descubre en parte el papel de los intereses económicos extranjeros en el conflicto: *los efectos de la exportación de capitales*, uno de los rasgos distintivos del imperialismo. Pero entiende que el remedio debe buscarse en el cambio de nuestra organización política interna y no en la transformación de nuestras relaciones con los Estados Unidos.¹⁵ En este sentido Gandarilla le supera, porque su visión llega a ser más concreta: ubica al capital extranjero yanqui como la manifestación de la injerencia contra la que debe lucharse. (Aunque debe señalarse también que los sucesos de la segunda intervención hacen a Varona agudizar su crítica a la penetración económica del imperialismo; él también denuncia, como Sanguily, la posesión de las tierras cubanas por extranjeros).

Las ideas de tendencia antimperialista que se venían manifestando desde inicios del siglo en hombres como Varona, Juan Gualberto o Sanguily comienzan a tener más seguidores entre la intelectualidad que había abrazado el antinjerencismo desde posiciones más radicales, aunque sin llegar a definirse como antimperialistas. En representantes del antinjerencismo, en su vertiente más radical, encontraremos esbozada la idea de detener la penetración imperialista desde el punto de vista económico. Fernando Ortiz es en este caso representativo, pues sin llegar a ser un antimperialista radical fue capaz de señalar la inutilidad de un enfrentamiento a la penetración yanqui solo a partir de posiciones jurídicas. «El imperialismo no es una cuestión de derecho [...] es una cuestión social. Querer evitar la absorción imperialista con declaraciones jurídicas, es como detener la marcha de la ciencia contemporánea con parábolas bíblicas».¹⁶

A finales de la segunda década republicana, los puntos de vista expuestos por Sanguily sirvieron para que representantes del antinjerencismo —a través de la

prensa de la época— se proyectaran contra aquellos fenómenos evidentemente acatados por los gobernantes cubanos. Libros como el de Luis Machado y Ortega, *La Enmienda Platt*,¹⁷ escrito en 1923 a partir de algunos de los postulados analizados, atacan la existencia de carboneras en el suelo cubano, porque impedirían la neutralidad de Cuba en los conflictos internacionales que afectaran a los Estados Unidos. Ahora se trataba de un reconocimiento que comenzaba a convertirse en conciencia, avalado por las propias condiciones socioeconómicas del momento, y que provenía de intelectuales cercanos a las luchas de la clase obrera, como José A. Ramos, Juan Ramón Xiques o Miguel de Carrión, ya por entonces más fortalecida.

En el contexto de las relaciones Cuba-Estados Unidos desde una perspectiva de dominación, además del rechazo político y económico al hegemonismo norteamericano en la vida del país, debe destacarse una *línea historiográfica patriótica* que se abre a partir de la obra de Enrique Collazo, y marca el inicio del movimiento de revisión histórica que continuó Emilio Roig con la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

El movimiento de revisión histórica, que articula hechos históricos con una denuncia de la agresividad imperialista, influyó en la ubicación del problema de estas relaciones bajo otra luz dentro del antinjerencismo cubano, y estuvo vinculado a los más profundos sentimientos populares y nacionales, réplica de las voces que expresaban una visión deformada de la historia patria, réplica de todo lo anticubano.

La producción histórica de estos años fue fecunda, destacándose Ramiro Guerra en la tarea de escribir una *Historia de Cuba*, y de otro grupo de estudiosos, entre los que se destacaron Emilio Bacardí, Domingo Figarola Caneda, Manuel Márquez Sterling, Evelio Rodríguez Lendíán, Regino Botí, Manuel Sanguily y Carlos M. Trelles.¹⁸

La línea historiográfica abierta por Collazo mantuvo una idea fundamental para este análisis: *la afirmación de que Cuba no debía gratitud alguna al gobierno norteamericano*, pues la independencia había sido obra del esfuerzo propio de los cubanos.

A la altura de los años 20, pensadores como Roig hacen valoraciones mucho más concluyentes al respecto, al concretar que en el problema de las relaciones de Cuba y los Estados Unidos, estos habían procedido y procederían siempre, según su conveniencia, por lo cual había que mostrar de diferentes maneras esta situación al pueblo, para que viera el error y el ridículo de los que pregonaran el tan manoseado tópico de la «generosidad» de los Estados Unidos hacia Cuba, de su «amor» hacia los cubanos y de la «deuda eterna de gratitud».¹⁹

Pero no obstante su agudeza de pensamiento, el antimperialismo liberal no podía captar con profundidad las contradicciones económicas que presidían la lógica del desarrollo del movimiento de la sociedad burguesa. Los más avanzados en el camino hacia un antimperialismo radical lo confundían con los imperios de la antigüedad, a pesar de haber señalado y adelantado muchos de sus rasgos.

Se expresa el criterio contrario a reconocer el mito de que los Estados Unidos habían concedido la independencia a Cuba. Refiriéndose a la relación que tenían las leyendas de gratitud con las fiscalizaciones foráneas, Miguel Ángel Carbonell puntualiza que de esta forma se ataba al país a una esclavitud mayor. En definitiva, Cuba había satisfecho con crecidos intereses el «préstamo» que en esfuerzo habían hecho los Estados Unidos. Señala lo excesivo del precio que se había pagado. «[...] y sobre todo tengamos concepto nacional firme para no reincidir en la práctica infamante de llamar a nuestros aprovechados aliados para que funjan de jueces en querellas domésticas».²⁰

El hecho de que representantes de la intelectualidad cubana se proyectaran con más claridad sobre las intenciones imperialistas por estos años permitió que muchos jóvenes ingresaran más convencidos en la lucha contra la injerencia norteamericana. Por eso, la aparición del libro de Gandarilla, *Contra el yanqui*, inscrito en esta misma línea, representa, en el criterio de Julio Le Riverend, «un hecho ideológico de singular categoría».²¹ Gandarilla niega la ayuda yanqui a la liberación de Cuba y de ese modo engarza su pensamiento con el de Collazo y con el de Emilio Roig, quien transita del antinjerencismo a un antimperialismo liberal en la década del 20. Gandarilla asume una visión precisa de la necesidad de enfrentar toda aceptación de la injerencia, la intervención y la Enmienda Platt. Su alerta contra el imperialismo es abierta y clara: «Cubanos: sed celosos de vuestra soberanía, luchad contra los influjos imperialistas del que se dice vuestro amigo. El código Platt es vuestro vilipendio, urge una cruzada del sentimiento patrio contra el insigne abuso de los perjuros puritanos».²²

Se está introduciendo aquí con más profundidad el elemento de análisis económico de la dominación extranjera en consonancia con la línea de Manuel Sanguily, Juan Gualberto Gómez y Enrique José Varona. Gandarilla considera como problema esencial la penetración económica y reclama la nacionalización de los recursos del país. «¿De qué valdría una república de sabios y de atletas que no se alimentara con lo que produjera, que no se bastara a sí misma y fuera esclava

del extraño? [...] Queramos primero el suelo, guardemos la tierra, porque cuando el territorio sea ya extraño, no tendremos Patria. Cuando la tierra no nos pertenezca, ni los medios de producción, infame será nuestra cultura que sirvió para perder el patrio solar».²³

Otros dos momentos importantes están presentes en el pensamiento de Gandarilla que le dan a su caso un carácter muy singular, incluso dentro de los representantes del antimperialismo liberal positivista: *el pueblo tiene un lugar predominante* en la visión que da de las relaciones de Cuba y los Estados Unidos, «formula por primera vez la profunda antinomia pueblo-imperialismo que constituye el esquema teórico elemental de todo análisis de la historia republicana neocolonial».²⁴ Por otra parte, la forma en que Gandarilla asume a Martí es bastante profunda, pues aprehende, en lo fundamental, las concepciones sociopolíticas del pensamiento martiano acerca de la República, a través del análisis de documentos como las Bases del Partido Revolucionario Cubano y el Manifiesto de Montecristi.²⁵

Los años que siguen a 1906 se caracterizaron por una extensión de las ideas críticas acerca del nuevo dominio a que estaba sometida la Isla, pero sobre todo por el realce de posiciones éticas de rechazo a la injerencia. Se observa una tendencia a la generalización del debate con una amplia gama de ideas, en su mayoría agrupadas bajo la consigna cívica de Manuel Márquez Sterling: «contra la injerencia extraña, la virtud doméstica». A partir de aquí se desata todo un movimiento cívico estrechamente vinculado al problema de la injerencia. Esta manera de interpretar la necesidad de un enfrentamiento a la injerencia de los Estados Unidos en Cuba es asumida en general por el movimiento de intelectuales defensores de la nacionalidad cubana, portadores de una cultura de la resistencia, tanto de la línea antinjerencista como de la antimperialista liberal.

Observamos la tendencia al rechazo a la injerencia por cuestiones cívicas y patrióticas, por un problema de dignidad nacional, idea que se mantendrá, con diferentes matices durante toda la República, pero que puntualizamos aquí por su trascendencia en el

movimiento intelectual, que resistió la penetración yanqui en Cuba, fundamentalmente en la línea antinjerencista, con el apoyo de los más radicales de este movimiento; los representantes del antimperialismo de corte liberal.

Días antes de producirse la segunda intervención, Varona había abogado porque se desatara el patriotismo —valor incuestionable del cubano ante la crisis que padecía el país—, y en virtud de esta necesidad dirige su análisis a la ubicación de las condicionantes que, según su criterio, inducían al cubano a tratar de preservar un orden interno después de la contienda del 95.²⁶

Casi todos los intelectuales que en esta época abogaban por la lucha antinjerencista pensaban que la forma más eficaz para oponerse a estos daños era establecer un gobierno honrado capaz de dirigir y organizar el país. «La prueba más alta de patriotismo que pueda dar un gobierno cubano —escribió Manuel M. Sterling— es impedir, con su propia conducta, con la diafanidad y pureza de procedimientos, que aquellas advertencias del extranjero poderoso se fundan en arbitrariedades cometidas en el ejercicio del poder».²⁷ La forma definitiva a la idea la da el propio Márquez Sterling al hacer un comentario de los sucesos vinculados al Memorándum de Washington durante el gobierno de Menocal. «A la injerencia extraña solo podría responder la virtud doméstica». Y añade: «solo puede brillar la dignidad cubana con todo el fulgor del nacionalismo, si en la protesta ante el Memorándum se expresa la protesta de todos los ciudadanos y de todos los patriotas».²⁸

Esta fórmula era congruente con la idea de «orden y progreso» del positivismo de la época, diferenciándose del criterio de aquellos políticos que pedían «sumisión» y «acatamiento» de todo cuanto acaecía en el país para no indisponer a los gobernantes yanquis. Por el contrario, la fórmula de Márquez Sterling se identifica con el presupuesto de Carbonell de que «al germen podrido solo podía ahogarlo la virtud doméstica», o con el recordatorio de José A. Ramos, de lo que él llama «eterno problema socrático»: «o procedemos nosotros con honradez y pureza, para dejar a nuestros enemigos que nos venzan solo con la fuerza y la injusticia, o empleamos desde luego la injusticia y la fuerza [...]» Para señalar: «[...] ¿acaso podemos emplear esta con esperanza de éxito contra los norteamericanos?».²⁹ Ante las convulsiones políticas de 1916, entre liberales y conservadores, Carlos de Velasco afirma: «Estas amenazas, que preludian las elecciones, han continuado después de ellas. Y son contra la tranquilidad pública, contra el orden, contra la República misma, porque hacer peligrar la paz, es exponer a la nación a una nueva y tal vez definitiva caída en las garras de quien ya dos veces nos ha tenido entre ellas [...]».³⁰

Quizás, teniendo en cuenta estos criterios, el propio Le Riverand considera que casos como los de Márquez Sterling, se diferencian de los otros por el contenido patriótico de su crítica, y llega a considerar que la expresión propuesta por este intelectual, acogida por la mayoría de los patriotas cubanos, contenía elementos de resistencia y rebeldía. «Podiera pensarse —dice— que la virtud doméstica constituye una retirada si la comparamos con el programa revolucionario de 1895, y lo fue, en cierto sentido, pero como apela a la conducta ejemplar del pasado y compara la República frustrada con los ideales que la concibieron pura y la prefiguraron libre, fue también una adición positiva al pensamiento cubano».³¹

La idea de lograr un orden interno, seguida por numerosos intelectuales cubanos, es un llamado a la ética y al patriotismo que debían caracterizar a los políticos, de acuerdo con el carácter cívico del antinjerencismo.

Por eso Márquez Sterling, al igual que todo este grupo de intelectuales, concedía a la *defensa de la nacionalidad* tanta importancia y aseguraba que «intelectualizando» la política solucionarían los problemas de corrupción y entreguismo;³² de ahí los esfuerzos por lograr espacios para la crítica y la reflexión sobre los problemas nacionales.

La defensa de la integridad de la cultura nacional frente a la penetración imperialista en esta época, además de testimoniar la resistencia de la intelectualidad cubana, nos devela el desarrollo de una lucha moral por preservar «lo propio». Como consecuencia de la corrupción y el desorden social que ocasionó la segunda intervención norteamericana, la conciencia cubana se vio precisada a buscar elementos de moral y ética que sirvieran de valladar a la penetración norteamericana.

El problema de la identidad cultural se convierte en un elemento importante a tener en cuenta a la hora de analizar el curso de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, en lo referente a la injerencia de este último en nuestros asuntos internos.

En la primera parte del siglo xx fueron numerosos los ensayos de autores latinoamericanos que se dieron a conocer en el país sobre la temática de la identidad cultural, lo que de una forma u otra también influyó en su desarrollo, y en las referencias que hacen intelectuales cubanos a este problema: «Nuestra causa —señala Mariano Aramburo— estaría irremediadamente perdida si torpes y mal aconsejados rompemos [...] la tradicional unidad de nuestra vida, con la supresión de todo cuanto nos caracteriza y distingue como grupo humano en el concierto de las sociedades, de aquello que nos hace ser cubanos y pueblo cubano».³³

La permanente obsesión de los intelectuales por acercarse a la comprensión de la cubanidad denota una

voluntad de enfrentar el carácter dominador que adquirirían las relaciones con los Estados Unidos, y demuestra una rebelión del espíritu nacional contra la dominación foránea, especialmente en las figuras agrupadas en el movimiento que analizamos, expresada no solo en la forma de enseñar en las escuelas, en el carácter de las publicaciones periódicas, donde el periodismo adquiere una relevancia superior, sino también a través del arte y la literatura y en las agudas polémicas que se desataron alrededor de los problemas culturales.

Un momento de maduración del pensamiento proveniente del movimiento portador de la cultura de la resistencia cubana se observa a finales de la segunda década republicana, cuando comienza a señalarse *el peligro que representaban los Estados Unidos para el resto de los países caribeños y latinoamericanos*. Este elemento —que marca otro de los momentos presentes en la concepción que se iban formando los intelectuales cubanos del carácter dominador de las relaciones de los Estados Unidos—, se reveló a través de la actividad jurídica de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional.³⁴ En alguna medida, el entendimiento de los factores económicos que debían aparecer en la lucha contra la injerencia yanqui se produce gracias a la labor de esta sociedad, en la que un grupo de intelectuales vinculados a las leyes en Cuba, intentó ampliar, además, la esfera de las relaciones internacionales.

Se llamará la atención insistentemente sobre un elemento importante: *el peligro que representaban los Estados Unidos para Cuba*. Juan C. Zamora observará entonces que poco se había hecho en el sentido de las relaciones internacionales que contemplaban este fenómeno, salvo los esfuerzos de figuras como Sanguily, Rodríguez Lendián, Márquez Sterling y otros. Su interrogante acerca de la excesiva «protección» de que éramos objeto por parte de los Estados Unidos llamó a la reflexión a toda la sociedad de la época: «¿Quién nos protegerá del protector? Una supremacía irresponsable es peligrosa».³⁵

Entre sus objetivos, la Sociedad se proponía alertar sobre la adquisición de bienes raíces por sindicatos extranjeros, así como señalar el peligro yanqui para los países del área. Este elemento le permite observar la trascendencia del fenómeno imperialista en la arena internacional, de donde necesariamente debía partir cualquier análisis, dada la universalidad del fenómeno. Con esto, el antinjerencismo en Cuba madura aún más, y da un paso importante en el tránsito hacia el antimperialismo radical. Se llamaba la atención hacia el fenómeno imperialista y se develaban dos de sus más peligrosas aristas: *la expansión territorial y la penetración económica*.

A la altura de los años 20, se propone el empleo del derecho internacional como arma antinjerencista y la unión de los pueblos como remedio a la situación de dominio. En un trabajo presentado a la Sociedad Cubana de Derecho, Enrique Gay Calvó puntualiza que el imperialismo de Norteamérica es ya un hecho innegable y se ha extendido por toda Centroamérica y el Caribe.³⁶

Aun cuando algunas opiniones dentro de la Sociedad se movían hacia la defensa de los Estados Unidos, como la de Raúl de Cárdenas,³⁷ sus miembros, mayoritariamente, se proyectaron contra la injerencia norteamericana en Cuba y América Latina. A partir de 1919 se observa un fortalecimiento de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional. Nuevos elementos de resistencia jurídica y económica se unen a la lucha antinjerencista. Se producen más denuncias de la penetración yanqui en otros pueblos. Enrique Gay Calvó comenta el peligro que se cierne sobre las naciones, próximas a los Estados Unidos. «Parece que se opone entre los pueblos de América la voluntad de un Maquiavelo incontestable, que se empeñara en dividir para vencer».³⁸

Limitar el alcance de la Enmienda Platt y la Doctrina Monroe fue objetivo de muchos de los trabajos de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, convertidos en expresiones concretas del antinjerencismo. En los estudios vinculados a la Enmienda Platt sobresalen los trabajos de Emilio Roig y Luis Machado, de marcada tendencia nacionalista y, en alguna medida, antimperialista. El estudio de Emilio Roig tuvo como objetivo dar a conocer un grupo de elementos que demostraban la forma en que se fue distorsionando el contenido de la Enmienda a favor de los capitalistas que se disputaban las riquezas cubanas.³⁹

Otra de las causas por la que los Estados Unidos podían intervenir en Cuba era la de mantener un gobierno «adecuado» a la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual. De todos los casos, este era para Machado el más vago y el que más se prestaba para disimular la injerencia extranjera en nuestros asuntos internos. Pero al tratar de hacer valer la fuerza de las leyes en la lucha contra la injerencia cae en una absolutización: «Nosotros tenemos medios absolutamente legales y tan poderosos como las escuadras del Norte para defendernos: no es la fuerza todo lo que necesitamos, es el Derecho, el ejercicio del derecho internacional».⁴⁰

La Sociedad Cubana de Derecho Internacional sirvió de marco para que los intelectuales latinoamericanos expusieran también sus puntos de vista alrededor de la política exterior de los Estados Unidos, que la revista *Cuba Contemporánea* publicó luego en sus páginas, como los trabajos del colombiano Enrique

Pérez y el dominicano Federico Henríquez y Carvajal. Las ideas de este último, por su profundidad y por haber vivido en esos años en Cuba, tuvieron cierta repercusión entre los intelectuales contrarios a la dominación yanqui. En uno de sus trabajos aparece una importante idea, manejada entre otros por Varona: se ubica la penetración económica como precursora de la diplomática y la política, para llegar a una conclusión fundamental para la época: *la dependencia era el resultado de la penetración económica y política de los Estados Unidos*.⁴¹

Se había producido una nueva división del mundo como consecuencia de la guerra mundial. Lenin describía en su estudio sobre el imperialismo la expansión de este sistema de dominación hacia toda clase de territorios. La agresividad del imperialismo crecería como resultado de la rivalidad de las grandes potencias en sus aspiraciones hegemónicas.⁴² Por eso a la altura de los años 20, pensadores como Varona pudieron dejar al descubierto las intenciones imperialistas de aquellos momentos. Varona analiza la evolución del sentimiento nacional de los norteamericanos hacia la expansión por medio de la fuerza, su apelación a las armas para asentar su dominación política, y llega a comprender la esencia reaccionaria y guerrerista del imperialismo, aun en momentos en que muchos de sus contemporáneos se mantenían en posiciones conservadoras. «Tengo mis días de irreverencia en que me da por comparar la Enmienda Platt con la famosa carabina de Ambrosio. ¿Qué Enmienda han esgrimido los de arriba para tratar soldadescaamente a Santo Domingo, Haití y nuestras hermanas mártires? No es la Enmienda; es el dólar y es el puño».⁴³

José A. Ramos se muestra convencido de que los Estados Unidos no se atreverían ya a enviar sus cañones contra el pueblo cubano sin pagarlo caro. La unidad nacional resulta entonces un elemento importante para él: «Unámonos pues [...] hasta dar al extranjero la sensación de nuestra rebeldía, nuestra resolución inmovible de perecer, de arrasarse de un extremo a otro la Isla, antes que entregarnos al paternalismo del marinerero y al soldado extraños».⁴⁴

La proyección internacional del antinjerencismo, a través de la acción político-jurídica de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, le imprimió al movimiento que rechazaba la injerencia yanqui en la Isla un carácter más profundo, que representó un momento trascendente en la evolución de la idea de rechazo a la dominación. Este rechazo trascendía los marcos nacionales para entrar en una reflexión que consideraba a todos los pueblos de la región como víctimas potenciales de la voracidad imperialista. Este momento revela un acercamiento a la concepción martiana de unidad latinoamericana para detener la

penetración imperialista, a pesar de que no se concretara proyecto alguno, nivel al que sí supo llegar Martí.

El rechazo al elemento español

La necesidad de enfrentar la dominación de las viejas estructuras coloniales españolas que subsistían en la Isla se tuvo en cuenta por parte de los intelectuales cubanos del movimiento que se enfrentaba a la injerencia y a la penetración. De esta forma, el pensamiento cubano portador de la cultura de la resistencia se enfrentaba al *espíritu de dominación del elemento hispánico*.

La dualidad de la cultura de la resistencia cubana se manifestó en el rechazo a la dominación y la injerencia norteamericana, por un lado, y también por el repudio al dominio español persistente en el país luego de la guerra, como consecuencia de la permanencia, ya en la República, de las viejas estructuras coloniales, por otro. Ello produjo constantes choques sociales dentro de una contradicción colonia-república que recorrerá los primeros años del siglo xx, durante los cuales el país siguió rigiéndose, en lo fundamental, por los códigos y leyes de la colonia.⁴⁵

El rechazo a este espíritu de dominación español se manifiesta en la generalidad del movimiento intelectual resistente al dominio foráneo, pero se debe distinguir que algunos le concedían más importancia a la dominación derivada de las nuevas relaciones que se implementaban con los Estados Unidos.

Pueden presentarse en este caso las opiniones de dos connotados representantes del antinjerencismo. Mario Guiral hace propuestas para detener la intromisión de los extranjeros en nuestros asuntos internos a partir de una «campana reivindicatoria» de los derechos de libertad e independencia que habían sido conquistados por los cubanos. Entre otros aspectos, se señala la necesidad de poner en práctica todos los resortes para impedir que la prensa extranjera, en este caso la española, lastime el sentimiento nacional, así como exigir a todos los extranjeros residentes en Cuba el debido respeto a los símbolos y glorias nacionales, e impedir que se inmiscuyeran en la política interior. El rechazo a lo que de España quedaba en la Isla debía ser una premisa que permitiera el paso de la industria y el comercio de manos extranjeras a manos cubanas, con el fin de reconquistar el potencial económico de la nación.⁴⁶ Sin embargo, Guiral cae en una contradicción al pensar que solo debía rechazarse toda intromisión que no se fundamentara en el derecho reconocido por Cuba a los Estados Unidos a través de la Enmienda, para «preservar su independencia» y «coadyuvar al sostenimiento de un gobierno estable.» (No llega entonces a interiorizar el real alcance de la Enmienda, que propiciaba la política injerencista hacia Cuba, a pesar de haber criticado su aceptación en la

Convención). De esta forma, su rechazo a «lo extranjero» se dirige más hacia la presencia española en la Isla, que persistió después de fundada la República como consecuencia de las deformaciones estructurales que ocasionaron las relaciones económicas con la nueva potencia.

El hecho de que Cuba permaneciera «unida a la Nación descubridora», como señala Carlos de Velazco, llevó a muchos a considerar incumplido el programa revolucionario cubano: se había logrado la emancipación política de España pero no la moral, social y jurídica. Este fenómeno obligó a mostrar todo un cúmulo de deformaciones que impedían a la República constituirse sobre nuevas bases. Los intereses creados a la sombra de la colonia se desarrollaban en la República, las instituciones coloniales habían permanecido vigentes luego de la independencia, el comercio había quedado en manos de elementos contrarios a las fuerzas mambisas y el clero, fundamentalmente español, aspiraba a recobrar su poderío.

Existen otras opiniones que avalan estos criterios, a pesar de concederle en este caso más peso al daño que representaba la injerencia de los Estados Unidos. Resulta muy valiosa la percepción de Varona sobre el problema, quien observó ambas aristas, y apuntó hacia la relación vencedor-vencido reflejada en todo este proceso. Varona explica la permanencia de estructuras coloniales que llevaban en sí intenciones dominadoras, a partir del «legado» que nos dejó la intervención norteamericana, y señala que solo podrían contrarrestarse con la vigilancia, la prudencia y el esfuerzo de los cubanos. «La paz fue —dice— para cubanos y españoles. Pero estos no han considerado nunca como vencedores suyos a los cubanos. Han mantenido arrogantemente sus sociedades [...] vieron y sintieron que una parte del poder que poseían se les iba para siempre, pero solo una parte, y han procurado buscar en la otra amplias compensaciones, y lo han conseguido».⁴⁷ Varona se refiere sobre todo al peligro de que todo el clero católico en Cuba fuera español, por la influencia que las instituciones clericales podían ejercer en el problema de la interferencia en los asuntos internos del país.

Algunos intelectuales absolutizaron la necesidad de negar los viejos valores que España aún exhibía, para llegar a una posición de rechazo total de la vertiente hispana de nuestra identidad, como ocurre con Jesús Castellanos. La confusión propia del sector al cual pertenecía, en relación con los verdaderos propósitos de los Estados Unidos en aquel momento, le lleva a asumir el panamericanismo a ultranza, aunque siempre previendo la posibilidad de un expansionismo cultural por parte de este país. Enrique Ubieta comenta lo

paradójico de la afirmación de Castellanos: «panamericanismo y no panhispanismo», si se tiene en cuenta que asumía el panamericanismo para poder «resistir» el empuje de «la ola del Norte».⁴⁸

La obra de Fernando Ortiz en este ámbito llega a un reconocimiento pleno de los elementos culturales que nos unen a España. En su carta abierta a Unamuno, delimita qué parte del espíritu español hacía falta resucitar y asumir.⁴⁹ Abre así una brecha diferenciadora entre el hispanismo, que se asumía como parte de nuestra cultura y el hispanismo como corriente abarcadora de la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los pueblos de habla hispana. El antinjerencismo de Ortiz se mueve aquí hacia la detención de esos nuevos sentimientos «expansivos» de España, que ya no podía soñar con dominaciones militares o económicas, pero que evidentemente se proponía, al decir de Ortiz una «rehispanización tranquila» o un «neoimperialismo manso». Asimismo, describe el «latinismo» como caso extremo, que lleva al mismo racismo que la más racista corriente española, y aboga por aspirar a un ambiente de cultura mundial si queremos «Patria fuerte».⁵⁰

La respuesta de Fernando Ortiz a uno de los «embajadores» del panhispanismo, el profesor Rafael Altamira,⁵¹ de la Universidad de Oviedo, defiende el derecho de Cuba a «huir» de la injerencia material y moral de la hegemonía española:

[...] y cuando habléis de Cuba a vuestros compañeros decidles que aún no ha muerto el nacionalismo cubano, que aún se agita el separatismo en los maniguales de la idea para libertar al alma cubana de las zarzas del coloniaje espiritual que la aprisiona [...] que si no queremos ver absorbida nuestra modesta personalidad por los norteamericanos tampoco queremos ser mental ni políticamente españoles, que como dijo Lanuza, queremos ser modernos y americanos, o como decimos todos, queremos ser cubanos.⁵²

La visión del antinjerencismo y el antimperialismo de corte liberal acerca de los problemas internos de la sociedad cubana

El nivel de comprensión de los problemas internos de la sociedad republicana, y a partir de aquí el señalamiento de las causas fundamentales de los desequilibrios sociales y las fórmulas para su solución, fueron elementos recogidos en el tránsito del pensamiento cubano portador de la cultura de la resistencia hacia un antimperialismo radical.

El pensamiento proveniente de la línea antimperialista de corte liberal reconoció desde los primeros años republicanos, en mayor o menor medida, la responsabilidad de los Estados Unidos en los problemas cubanos, aunque hay que decir que después

de 1913, cuando la penetración económica pasa a su fase intensiva, la consideración de este elemento obtiene mayor madurez en pensadores como Julio César Gandarilla y Enrique José Varona.

El esfuerzo por salvar la dignidad y, al mismo tiempo, hacer viable aquella República por la que tanto se había luchado lleva a pensadores como Varona a un intento de explicar las razones del problema y alertar sobre la posibilidad de otros nuevos. Por haber aportado en el plano teórico concepciones mucho más profundas dentro del movimiento intelectual que analizamos, las ideas de Varona merecen mención aparte.

En gran medida, las causas que Varona analiza son de carácter económico. Para él, Cuba seguía siendo una tierra en explotación: primero, como una «factoría» gobernada y explotada por España, y luego, gobernada por los cubanos y explotada por capitales extranjeros.⁵³ Por eso critica a quienes se empeñaban en creer que el problema cubano era exclusivamente político. Ya desde 1899 señala que el problema era solo «muy secundariamente político». Se queja de la desatención de lo que a su juicio debía haber sido lo primordial luego de la independencia: la reconstrucción del país sobre bases sólidas.⁵⁴ Estaba claro que para él «bases sólidas» solo podrían hallarse lejos de la dependencia absoluta del factor extranjero.

Por eso, con su criterio de que una de las causas más eficaces de la estabilidad de un pueblo había que buscarla en su estructura económica (por su repercusión en toda la vida de la sociedad), Varona supera en este aspecto al positivismo que caracterizó, en general, a su pensamiento político y filosófico. Aun, al no coincidir plenamente con la tesis marxista sobre el sustrato económico de la historia, admite que esta teoría que hace depender toda la evolución social del factor económico «no es sino la exageración de un hecho cierto», y agrega: «Las necesidades económicas y las actividades que estas ponen en juego no constituyen el único motor de los complejos fenómenos que presenta una sociedad humana, pero sí están en la base de los más aparentes y decisivos».⁵⁵ No es de extrañar su cabal comprensión de las causas del fracaso español en sus colonias y las del período revolucionario del 68, y que en su análisis sobre el imperialismo, al resumir las formas de dominación que se establecieron a partir del desarrollo de este fenómeno, hiciera más énfasis en la dependencia política, sin soslayar la de carácter económico.⁵⁶

La posición que Varona aconsejaba adoptar es peculiar. No fue de los que exigieron para Cuba «un total señorío de su destino», como postuló Carlos Rafael Rodríguez, pero no aplaude tampoco la vía libre para la penetración norteamericana en la Isla. Su visión de la

resistencia en el plano económico se mueve en este prisma, que no está reñido con su afán de progreso, sobre la base del desarrollo de la libre empresa. Avizora el nuevo período de pugnas que se aproximaba, después del medio siglo de lucha de los cubanos, y que en su opinión, no sería menor en intensidad, que aquellas con las cuales se había conquistado la independencia.⁵⁷

Varona se aproxima a una comprensión más exacta del problema de nuestra dependencia económica, factor que deformaba totalmente la vida del país, y devela, en parte, el papel de los intereses económicos extranjeros en el conflicto, o sea, los efectos de la exportación de capitales, que, como se sabe, es uno de los rasgos del imperialismo.

Las vías de recuperación propuestas por Varona, parten de su clara perspectiva sobre los peligros que entraña la estructura económica cubana, deformada por su carácter monoprodutor e importador. Cualquier programa para perfeccionar la sociedad cubana debía partir de una corrección de esta deformación económica, estrechamente vinculada con la acción imperialista de los Estados Unidos en la Isla.

Desde 1906, su análisis de las tendencias económicas de la época, considera el protectorado y la anexión, como soluciones que causarían la definitiva transformación de Cuba en una factoría «explotada por sindicatos de no residentes». Para Varona, el remedio a los males cubanos debía buscarse no en simples cambios de forma de las relaciones con los Estados Unidos, sino de la organización política interna. A los que piden como «medicina» la acción de un agente extraño, les sugiere buscar en las «fuerzas vitales» del cuerpo social.⁵⁸

Varona maneja la idea del «gobierno a distancia» como uno de los más graves problemas políticos cubanos. En los días de la segunda intervención observa esta dificultad, en un momento en que considera mucho menos necesario que elementos extraños vinieran a complicar la situación. Y aún más grave resultaba para él, el hecho de que, estando subordinados a las «conveniencias» y necesidades de los Estados Unidos, nos arriesgáramos a complicar nuestras relaciones con el resto del mundo. Tenía en cuenta lo difíciles que resultaban las relaciones de los Estados Unidos con otros países, por la multitud de contradicciones y conflictos implícitos; lógicamente, heredaríamos, según su opinión, estas complicaciones.⁵⁹

Todo esto lo conduce a pensar que el remedio estaba en «concertar mejor nuestras leyes orgánicas», para que estas respondieran a necesidades políticas propias. Veía la necesidad de elaborar una política económica propia —una política de resistencia ante la penetración foránea—, como antídoto al daño que ya le hacían a la «personalidad» cubana los gigantes

centrales poseídos por una sociedad de accionistas, dirigida por un «capataz omnipotente»,⁶⁰ y niega las posibilidades de resolver con simples reformas la situación de Cuba. «De este círculo infernal —decía refiriéndose a la crisis— no se sale con teorías, ni con discursos, ni con artículos de periódicos, ni con leyes penales. [...] *Reorganice Cuba sus medios de producción*, si algo le ha enseñado esta tormenta, [...] y con algunos años de prudente economía podrá encaminarse a una prosperidad más modesta pero más sólida». ⁶¹ (Las cursivas son de la autora.)

No obstante, la manera de reorganizar esos medios de producción no llega a ser señalada por Varona. Al ver acrecentarse la división entre los obreros y las otras clases de la sociedad se opone a los violentos choques entre ellas. Se resignaba, como otros positivistas, a las fuerzas naturales, convencido de que no surgiría una sociedad nueva oponiendo «egoísmos» de clase. A pesar de esto —y como él mismo señalaba—, no consistía en esa «virtud pasiva» todo su remedio, porque también se dirigía a espolar la actividad dormida de los ánimos.⁶²

Otra de las soluciones propuestas por Varona fue que se reunieran hombres de buena voluntad representando los distintos valores sociales, poniéndose de acuerdo sobre un plan de reformas inmediato.⁶³ Dentro de ellas, le concede también un rol importante a la enseñanza, con la que se relaciona estrechamente su programa de resistencia, porque «para vivir de otro modo» había que «aprender de otro modo». Solo al comprender el sentido de las transformaciones fundamentales a que aspiraba podía interpretarse el espíritu de la reforma educacional que emprendió a inicios de siglo.⁶⁴

Otros representantes de la línea antimperialista comprenden la situación interna de Cuba vinculada a la dinámica del imperialismo, concretamente el imperialismo yanqui. La concepción de Gandarilla sobre el problema, parte incluso, de una visión histórica, que devela la actitud de los Estados Unidos hacia Cuba desde el siglo XIX, manda primero al capitalista y al aventurero, y paga periodistas que le hagan propaganda, luego pide la independencia para el territorio que codicia y de este modo prepara y obtiene la anexión o el coloniaje» [...] «La conducta de los Estados Unidos sobre Cuba no tiene nombre en la Historia, hay que inventar una palabra que sintetice en sus villanos tonos la siniestra mascarada ejercida sobre nuestro hospitalario y cándido pueblo». ⁶⁵

El mérito histórico del pensamiento de tendencia antimperialista liberal fue precisamente llegar a plantear con aguda visión el peligro que se cernía sobre la nación desde el ámbito económico con la penetración del capital yanqui. Este planteamiento, que no se hacía a

partir de un nivel filosófico y político-económico que permitiera una comprensión cabal del concepto, facilitó posteriormente la asimilación de las ideas marxistas que explicaban mejor el fenómeno cuando en Cuba se dieron las condiciones idóneas para ello, y la visión de hombres como Mella alcanzó la altura suficiente para acercarse al pensamiento más radical de Martí.

Ya a inicios de la década del 20, otros intelectuales antinjerencistas como Miguel de Carrión, José Antonio Ramos y Rubén Martínez Villena, realizan interesantes reflexiones alrededor de las desventajas de no ser dueños del capital que rige la economía del país. Carrión parte de la premisa de que Cuba había llevado la peor parte en la lucha económica, precisamente por no pertenecerle el capital y tampoco tener los individuos preparados para enfrentar un proceso de desarrollo del trabajo.⁶⁶

José Antonio Ramos apunta hacia el freno que constituían las condiciones económicas a que Cuba se enfrentaba:

Todo era política verbalista, partidos sin base y caudillismo militar, imitación tardía del movimiento constitucionalista de un siglo atrás: mientras las nuevas y viejas sociedades descubrían el principio económico como base verdadera sobre la cual interpretar el sentido de la historia y edificar sólidamente la prosperidad y la libertad de los pueblos, nuestra república echó sus muros sobre los mismos cimientos económicos de la colonia, sin indagar siquiera la resistencia del terreno [...] Fabricar y vender azúcar [...] y comprar con el producto todo lo demás. Eso era la Colonia. Y eso se creyó con error tremendo que podía ser la República.⁶⁷

Con esta reflexión estamos en presencia del *reconocimiento del estatus neocolonial de la República*, idea que marca un nivel de profundidad en el pensamiento antinjerencista y antimperialista liberal ya cercano a la década del 20 en que se produciría un salto a una etapa superior del pensamiento cubano.

Importantes resultaron las conclusiones de José A. Ramos en este análisis, sobre todo al señalar que la República no debió nacer en 1902, si había de fundarse sin base económica real y sin la plenitud necesaria de tiempo y libertad para desenvolverse a su manera, soberanamente.⁶⁸ No obstante, también deja planteadas las grandes dificultades de la vida pública cubana, cuando advierte los vicios de la colonia que se asumieron en la República y cómo esto incide en la capacidad de muchos políticos cubanos. Subraya el fenómeno del fulanismo y la necesidad de enfrentarlo con el ideal de la Revolución del 95: «Nuestra patria comienza ahora a luchar con sus propias fuerzas contra las reacciones del pasado [...] el capitalismo extranjero la primera, y la demagogia de los exsiervos la segunda. Nuestra misión ha de ser pues, consolidar las conquistas

A partir de los años 20, comienza un movimiento más profundo de las ideas en Cuba, que lleva a la creación y superación del pensamiento. El antimperialismo se convirtió en la base de la cultura de la resistencia, e incluyó no solo a la tendencia de base marxista, sino también a aquel antimperialismo que sin abrazarlo, fue capaz de reconocer la esencia económica y social de la crisis y se proyectó contra el fenómeno imperialista, en defensa de la nacionalidad y la cultura cubanas.

de la Revolución redentora, y preparar los ideales para el porvenir». ⁶⁹

Con una gran influencia del pensamiento de Varona y Sanguily, Rubén Martínez Villena trabaja conceptos de «patria» y «pueblo», ⁷⁰ provenientes de un profundo estudio de la ideología democrático-burguesa de 1789; también se identificó con el ideario del Manifiesto de Montecristi, pero no pudo penetrar en un análisis profundo de la estructura clasista de la época. Para él todos los cubanos que amasen la República, su historia y tradiciones eran el «pueblo», no importaba qué intereses los movían. Su conciencia de la nacionalidad cubana se queda encerrada en los marcos pequeño-burgueses que no encuentran las vías para contribuir a eliminar los vicios republicanos. Persiste la idea de que estos solo provienen de la corrupción estatal y la incultura del pueblo.

Es por esto que fue tan importante la relación de Villena con Mella, y su acercamiento posterior a los obreros y al Partido Comunista. Esto le permite superar el carácter reformista del pensamiento anterior a los años 20, para entender la esencia de la tragedia cubana, vinculada al fenómeno imperialista, que posteriormente explicará a profundidad. «Rubén Martínez Villena —señala Carlos Rafael Rodríguez— contribuyó a la doctrina de la Revolución Cubana con esclarecimientos certerísimos sobre el papel del imperialismo en la opresión y retraso de nuestro país. Sus palabras en el histórico debate de la Universidad Popular contra Pavletich [...] y Bustamante, fueron, junto con el análisis implacable de Mella, el réquiem del aprismo entre nosotros». ⁷¹

El fracaso de muchos de los movimientos reformistas, entre los que se encontraba el Movimiento de Veteranos y Patriotas, demostró, además, la necesidad de una revolución para reestructurar las instituciones republicanas, eliminándose la posibilidad de éxitos de un movimiento reformista sin contradicciones económicas con la metrópoli imperialista y sus intereses con Cuba.

La revista *Cuba Contemporánea*, portavoz en gran medida del pensamiento antinjerencista publicó en los años 20 una serie de editoriales, con las cuales hizo su aporte al movimiento de ideas que ya alcanzaba una nueva altura. Al reflexionar alrededor de las agitaciones sociales que se observaban, justifica las acciones de los obreros ante el abuso y olvido del Gobierno. La revista parte de que esos mismos problemas conmovían al mundo, porque «es demasiado brusco el contraste entre la miseria de las muchedumbres desposeídas y la opulencia de las minorías poseyentes». ⁷² Hay, pues, un reconocimiento de la contradicción entre ricos y pobres, cuya base es el conflicto entre el trabajo y el capital, base de los antagonismos del capitalismo». ⁷³

Al hacer un balance de todas las perturbaciones sociales dimanadas de la organización peculiar de la gran industria y las ambiciones promovidas en torno a él, la revista señala la absorción de casi toda la actividad económica de la población cubana, por las exigencias y alicientes de la industria azucarera, la dependencia económica de un solo mercado exterior, la incitación al capitalismo extranjero adueñado de más del 80% del valor de las fincas, el encarecimiento de la vida por el abandono de los demás cultivos, entre otras razones que nos muestran una reflexión alrededor del fenómeno de la absorción imperialista. ⁷⁴

En intelectuales ligados al movimiento obrero encontramos otros elementos que dirigen al antinjerencismo hacia un reconocimiento del peligro yanqui en lo económico, al relacionar la situación de Cuba con la situación económica internacional. Carlos Loveira, por ejemplo, hace alusión a que en ese período de posguerra, que los socialistas estimaban como una gran crisis de la sociedad económica capitalista, se veían surgir los gérmenes de nuevas formas morales, políticas, jurídicas y de otros órdenes que habrían de sustituir a las leyes, instituciones y costumbres del estado de cosas existente. ⁷⁵

En su gran mayoría, los antinjerencistas asumían que las causas de los problemas cubanos estaban en el interior de la sociedad, en la incapacidad o corrupción

de los políticos, en la falta de propaganda cívica, en problemas éticos y culturales. De ahí el surgimiento de sociedades que tenían el objetivo definido de levantar el espíritu público cubano para llevar a efecto reformas sociales que sirvieran, al menos, como paliativos a los problemas existentes.

Con el objetivo de levantar el espíritu público cubano, detener la penetración yanqui y llevar a efecto reformas sociales, también se intentó la creación en 1914 de la Asociación Nacional de Propaganda Cívica (promulgada por intelectuales que en su mayoría provenían de la revista *Cuba Contemporánea*: Carlos de Velazco, Adrián del Valle, Sixto de Sola, Mario Guiral, Julio Villoldo, etc.).

El programa de la Asociación aspiraba a la realización del Programa Martiano, y pedía a la juventud cubana que desplegara en la vida pública las virtudes y energías propias de su edad, para de esta manera extirpar los males republicanos.⁷⁶ La polémica que suscitó este programa en los marcos del grupo de intelectuales reunidos puso sobre el tapete los intereses de clase que en el fondo movían a muchos de ellos (en su mayoría provenían de la pequeña y mediana burguesía). José Sixto de Sola, por ejemplo, fue muy objetivo al señalar la ingenuidad de un enfrentamiento a los problemas sociales al margen de la lucha contra los partidos políticos, y precisó la necesidad de «descender al terreno de las ideas» para combatirlos.⁷⁷ Esta claridad, sin embargo, no es igualmente demostrada por él al analizar el programa de reformas sociales que pedía la Asociación. Las reformas sociales requerirían de reformas económicas y hasta ellas Sixto de Sola no estaba dispuesto a llegar. El programa intentaba poner coto a la penetración del capital extranjero en Cuba, pero Sixto de Sola consideraba a la penetración como una necesidad insoslayable. Ante las simpatías de la Asociación por las clases menos pudientes de la sociedad, expresó: «Si se suscitasen en Cuba de manera verdaderamente radical los conflictos entre el capital y el trabajo yo me inclinaría al lado del capital, no de los obreros».⁷⁸

Este tipo de planteamiento, propio de aquellos intelectuales que nunca pudieron trascender los marcos del reformismo liberal de la pequeña burguesía —se hace en un momento en que dentro de la propia intelectualidad patriótica y nacionalista se evidenciaban serias contradicciones, en la medida que las condiciones exigían de un pensamiento más radical. Luego del congreso obrero de 1914 se observó cierto auge del movimiento de la clase obrera que propició un acercamiento entre los diferentes grupos y sectores que enfrentaban el injerencismo yanqui, por eso el espíritu que primó en la intelectualidad no fue ya tan conservador como el de Sixto de Sola. En el programa

de la Asociación se recordaba que la democracia «imponía a todos el deber de participar activamente en la obra del gobierno propio», por lo que pedía a los políticos que antepusieran a todos los intereses de clase el interés común.⁷⁹ Esta petición pone de manifiesto la responsabilidad que le concede el antinjerencismo a los políticos en cuanto a la solución de los problemas internos de la sociedad cubana.

Al observar cada vez más síntomas de protesta cívica, sobre todo entre la nueva generación que iba surgiendo, Carlos de Velazco dedica a los jóvenes las páginas de una de sus más reconocidas obras, en las cuales indica las maneras de agruparse para enfrentar a una sociedad cuyas costumbres era preciso reformar, para enfrentar tanto a enemigos internos como externos. «Agrúpanse todos los que sientan el vigor juvenil, todos los capaces de alentar un ideal, y enfréntense con una sociedad cuyas costumbres es preciso reformar; luchen sin descanso, en todo terreno lícito, contra las malas prácticas que surgen o resurgen en nuestro medio y esperemos y confiemos».⁸⁰ Nótese que Velazco señala solo la necesidad de transformar costumbres, malas costumbres que, por demás, están dentro de la sociedad y son responsabilidad de los propios cubanos, por tanto las soluciones están en el interior de la sociedad. Hasta ese momento, los intelectuales provenientes de la línea antinjerencista, en su mayoría, hacían recaer las causas de los problemas que el país enfrentaba en cuestiones históricas y culturales. Se percataban de las consecuencias negativas de la penetración política y diplomática norteamericana sin advertir su esencia económica, y la responsabilidad que las relaciones de dominio y poder establecidas con los Estados Unidos tenían en toda esta situación. El problema de la lucha cívica pasaba a un primer plano para intelectuales como Carlos de Velazco y otras figuras provenientes de la revista *Cuba Contemporánea*, pero no así para aquel grupo de antinjerencistas que, más cercanos al movimiento obrero y a las ideas socialistas, comenzaban a cuestionarse la práctica de una penetración económica sin límites, que ponía en peligro seriamente la independencia y soberanía del país, o para aquellos representantes del antimperialismo liberal que desde el inicio del siglo se habían manifestado con estos cuestionamientos: Sanguily, Varona, Juan Gualberto y otros.

El gobierno de Washington había ido modificando la forma de intervenir en Cuba. Del intervencionismo como «derecho» establecido por la Enmienda y ejercido ante situaciones límites, se pasa a una injerencia «constante» que no fue más que la permanente intervención, conocida con el nombre de «política preventiva»: evitar por medio de advertencias oportunas la necesidad de recurrir a acciones violentas y costosas para ambas naciones. Se inicia un período de muy activa

injerencia en la vida institucional cubana después de 1913, en coincidencia histórica con el comienzo de la fase de expansión imperialista en la Isla. Los Estados Unidos debían velar por sus intereses, y a los gobiernos no les quedaba otra alternativa que soportar estas sutiles agresiones a partir del sometimiento económico en que se encontraba el país.⁸¹

La tendencia nacionalista del antinjerencismo de la intelectualidad cubana en esta etapa se manifestó en el esfuerzo por crear asociaciones como «fuerza salvadora» que aglutinara y uniera a los cubanos e influyera de alguna forma en los gobernantes, desde las bajas hasta las más altas esferas: Márquez Sterling describe así todo este movimiento:

[...] se trata de una asociación cívica, de una asociación reivindicadora de la moralidad en la familia: «Regeneración nacional», quieren asociarse los dueños de ingenios, los colonos; a iniciativas de un grupo se estudia el problema de las subsistencias; el Club Rotario trabaja tenazmente para conseguir soluciones que no obtiene la junta de defensa; y el Congreso Médico Nacional ha sido un éxito, y promete algo, por lo menos, la Sociedad Cubana de derecho internacional. Este espíritu no ha entrado en el parlamento ni da señales de vida en las altas esferas de gobierno.⁸²

Esta tendencia a la elevación del espíritu ético y nacionalista de la sociedad cubana tuvo mucho arraigo dentro del movimiento intelectual estudiado; tendencia que ya habíamos señalado al inicio del trabajo, pero que ahora retomamos por la necesidad de enfatizar en la proyección nacionalista que va adquiriendo el antinjerencismo cubano en estos años, avalado por figuras de la línea antimperialista como fue el caso de Sanguily, y de figuras vinculadas al movimiento obrero como fueron Juan Ramón Xiques, Carlos Loveira, José Manuel Carbonell y otros.

Dentro de la campaña periodística que propugnaba el rechazo a la llamada «superstición intervencionista» (es el término que usa Márquez Sterling para denominar el espíritu plattista de muchos cubanos), está la labor realizada por él entre 1916 y 1919, dirigida contra las proyecciones de algunos dirigentes del partido liberal, proclives a reclamar una nueva intervención norteamericana que propiciase elecciones limpias.⁸³

Al calor de esta campaña surge un movimiento nacionalista, que logra reunir en Asamblea del 4 de julio de 1919, a figuras tan prominentes como el propio Márquez Sterling, Manuel Sanguily, José Manuel Carbonell y Juan Ramón Xiques. En el seno de esta Asamblea se realiza una declaración⁸⁴ donde se aclara que el propósito de este grupo de intelectuales no era formar un partido, sino actuar sobre ellos para que abandonaran sus criterios intervencionistas. De todo este movimiento fluyen tres ideas que necesariamente hay que tener en cuenta a la hora de analizar el desarrollo que iba adquiriendo el antinjerencismo como expresión

de la cultura de la resistencia cubana: *la idea de la unidad nacional, la idea del servicio honrado en la vida pública y la idea de la necesidad de atraer a los obreros.*

El problema de la *unidad nacional* surge en el intento de producir un acercamiento entre todos los sectores nacionales para provocar un fortalecimiento de la nación ante la crisis. Incluso Varona se refiere a este elemento dentro del grupo de intelectuales reunidos en la Asamblea de La Habana en 1919.

Pienso que le prestan un gran servicio a Cuba. Se lo prestan porque desde el primer momento han procurado dar a conocer lo que piensan y sienten respecto a nuestra situación actual. Han visto que lentamente va oscureciéndose la idea de la Patria cubana, y comprenden que sin que la idea brille clara y ante todos los ojos y dé calor a todos los corazones, no hay verdaderamente un pueblo.⁸⁵

La idea del servicio honrado en la vida pública como un problema necesario en la búsqueda de soluciones al caso cubano es también observado por Varona. Un cambio de régimen, según los criterios manejados, no solucionaría nada. Se redundaría en la necesidad de establecer administraciones honradas, en la virtud de la vida pública. Todos estos momentos fueron a lo largo de la República motivo de preocupación de los que luchaban contra la corrupción de los gobiernos de tránsito.

Estas ideas se desarrollan aún más cuando se llega a interiorizar la *necesidad de acercar a los obreros*. El sector obrero también comienza a ser reconocido por algunos representantes del antinjerencismo, lo que tenía que ver con un acercamiento de muchas de estas figuras a las organizaciones obreras. «Atraeremos a un elemento que hoy es maltratado y menospreciado entre nosotros —plantea Juan Ramón Xiques— y que es, sin embargo, la médula de la nacionalidad y de la verdadera fuente de la prosperidad. Me refiero a esa clase obrera tan explotada por las políticas ocasionales que padecemos. En nuestro movimiento formarán fila los intelectuales, los patriotas y los obreros. Todo el que tenga las manos limpias tiene un puesto de honor entre nosotros».⁸⁶ El hecho de reconocer estas necesidades no fue casual, tenía mucho que ver con la presencia dentro del movimiento de figuras cercanas a la clase obrera o al sector socialista. Por eso, el propio Juan R. Xiques induce a objetivos más radicales: «Llegaremos a revolucionar la República» —había sido su divisa. Para expresar sus opiniones antinjerencistas en estos años, la intelectualidad tuvo que apelar no solo a las ideas y postulados que, según su posición clasista, les eran privativas, sino también a aquellas propias del resto de las clases oprimidas. Aún sin comprender plenamente los intereses de las masas, aún sin confiar completamente en sus posibilidades, a mitad de la segunda década se

está observando un movimiento que coadyuvó a la unidad espiritual del pueblo.

Refiriéndose a la fuerza que estaba adquiriendo el movimiento obrero en Cuba, Carlos Loveira señala la posibilidad de que a partir de aquí se abrieran paso las ideas socialistas. Se adelanta a proponer la creación de un organismo nacional de acción obrera, una federación cubana del trabajo, para que los trabajadores tuvieran una definida orientación, acorde a las exigencias del momento. Loveira llega incluso a proponer la creación de una Universidad Popular para la instrucción de los trabajadores.⁸⁷

Otros representantes del antinjerencismo más radical, como fue el caso de José Antonio Ramos, fueron capaces de reconocer el papel de las ideas provenientes del movimiento socialista para poder enfrentar la situación existente en la sociedad cubana del momento, aunque no llegaron a ser realmente consecuentes con la forma de hacer real este papel. Unos meses después de haberse producido la Revolución de Octubre, Ramos reconoce que «es posible que en nuestros días esté incubándose una verdadera revolución, un salto [...] en la evolución histórica de la humanidad, que arruine las viejas formas de nuestra organización económica contemporánea, y dé a luz, cristalizándola en alguno de nuestros sueños de hoy, una realidad nueva».⁸⁸

El reconocimiento a la necesidad de una revolución social en los marcos de la realidad existente, con la perspectiva de un cambio en el plano universal, nos da la medida de que ya en estos momentos existía cierta madurez en el pensamiento de la intelectualidad proveniente del movimiento antinjerencista, capaz de infundirle una mayor claridad en análisis futuros relacionados con el problema cubano más concretamente.

El hecho de que se intentara movilizar a la opinión pública a favor de las ideas antinjerencistas, con la creación de un movimiento capaz de cambiar la actitud de los políticos cubanos, para de esta forma transformar la sociedad, demuestra el carácter utópico que las sustentaba. Aún así no debe desdeñarse, en tanto provocó el desarrollo de proyecciones, tendientes a la búsqueda de métodos y programas que propiciaran el robustecimiento de la nacionalidad.

En el segundo período menocalista, las campañas cívicas surgidas al calor de las demandas intervencionistas de los liberales, que ya intuían el fraude electoral que se avecinaba, sirven de colofón para la aparición de varias obras que atacan como mal de fondo la llamada política preventiva. Tal es el caso del libro de Eduardo Abril Amores *El águila acecha*, producto de una compilación de artículos periodísticos publicados en el *Diario de Cuba* en la sección «Notas del momento».⁸⁹

En la misma línea se encuentra el libro de M. A. Carbonell *El peligro del águila*, de orientación nacionalista y abiertamente antinjerencista, donde el autor se expresa contra la intervención extraña en las «disputas domésticas» de Cuba.⁹⁰

El antinjerencismo de la intelectualidad cubana en esta etapa —dirigido a la defensa de la nacionalidad y la integridad de la Nación—, se esforzó por proteger nuestros valores nacionales y fue expresión del momento de conservación del proceso de la cultura de la resistencia en Cuba. Fue la confirmación de lo nacional frente a una relación de dominación y poder que enfrentaba el país, sin obviar la necesidad de asumir y asimilar los elementos de esa cultura dominadora (y de otras culturas) para preservar y desarrollar la conciencia nacional.

Desde las posiciones políticas y jurídicas propias del entorno en que se desarrolló inicialmente, el movimiento ideológico intelectual de inicios de siglo, logró en la generalidad de sus miembros una censura a la acción política norteamericana de injerencia en los asuntos domésticos de Cuba; censura, que se expresa en el ámbito político, diplomático, jurídico. El movimiento ideológico de rechazo a la penetración y la injerencia de los Estados Unidos coadyuvó a la unidad espiritual del pueblo cubano, convertido en valladar frente a la penetración yanqui. Aunque sus constantes denuncias en lo político, lo jurídico, lo educacional, no encontraban las vías idóneas de solución (su orientación reformista no le permitía atacar las bases del problema), llamaron la atención hacia lacras tan negativas como la injerencia de los Estados Unidos en nuestros asuntos internos, el peligro de su expansión y penetración económica en el área, la corrupción política dentro de Cuba, el entreguismo de los gobiernos de turno. De este modo convocó a la conciencia nacional a reflexionar alrededor de todos estos problemas, lo cual constituyó un paso importante hacia la radicalización del pensamiento.

El movimiento intelectual representado por el antinjerencismo y el antimperialismo de corte liberal positivista evoluciona a la década del 20 no solo a partir de la maduración de elementos propios de su esquema de pensamiento y de la idea general que lo movía: el rechazo a la penetración foránea, sino también por la influencia de acontecimientos como la Revolución de Octubre y la Reforma Universitaria. Al consumarse el proceso de absorción de la economía cubana por los Estados Unidos se crearon las condiciones para la comprensión del fenómeno imperialista como la verdadera causa del problema cubano. Se produce además la articulación del marxismo y el pensamiento martiano, fundamentalmente del ideario más radical de Martí.

Bajo las nuevas condiciones creadas después del 20, entraron en crisis muchos de los postulados del antinjerencismo, pues la solución del problema cubano pasaba inevitablemente por el prisma del antimperialismo. La línea del antimperialismo liberal maduró para perfilarse dentro de un nacionalismo antimperialista que trató de resolver la crisis de la sociedad cubana en un enfrentamiento frontal con los Estados Unidos. Producto de la ruptura de esta etapa con la anterior surge una nueva línea del pensamiento cubano: la línea antimperialista de corte marxista y leninista, que superó radicalmente las limitaciones del liberal reformismo, sobre todo en lo concerniente a las vías de solución del problema cubano.

A partir de los años 20, comienza un movimiento más profundo de las ideas en Cuba, que lleva a la creación y superación del pensamiento. El antimperialismo se convirtió en la base de la cultura de la resistencia, e incluyó no solo a la tendencia de base marxista, sino también a aquel antimperialismo que sin abrazarlo, fue capaz de reconocer la esencia económica y social de la crisis y se proyectó contra el fenómeno imperialista, en defensa de la nacionalidad y la cultura cubanas.

Todo este devenir de reflexiones, búsquedas y hasta confusiones, van marcando el proceso de formación de la cultura de resistencia cubana en estos años. Discrepo del panorama excesivamente derrotista que muchos han dado sobre los años posteriores al 98. Coincido con Luis Álvarez en que no significó un período de total asfixia del desarrollo espiritual del pueblo cubano. Fueron años de tanteo, en los que las ideas se movieron desde el ámbito de lo nacional (en elementos políticos y culturales) para llegar a un proceso de maduración del análisis económico de la situación imperante; proceso que solo llega a radicalizarse dentro de los intelectuales que lograron asumir posturas marxistas en los años 20.

Notas

1. Incluso el Marqués de Santa Lucía, acérrimo luchador contra la penetración norteamericana y la Enmienda Platt, se refiere así al momento en que los Estados Unidos intervienen en la Guerra: «...en uno de los momentos más críticos de su mortífera epopeya, este les prestó tan invaluable servicio a la causa de la independencia en la Isla que nunca se podrá borrar de la memoria de los cubanos ni de asegurar su imperecedera gratitud». Véase Salvador Cisneros Betancourt, «Llamamiento al pueblo americano a favor de Cuba», en Miriam Fernández, comp., *Selección de lecturas de pensamiento político cubano II*, t. I, Universidad de La Habana, 1985, p. 11.

2. Véase Juan Gualberto Gómez, *Por Cuba libre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 82.

3. Manuel Márquez Sterling, *Alrededor de nuestra psicología*, Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1916, p. 208. Establece los siguientes vicios como consecuencias de la intervención: «I- La aspiración al puesto público careciendo de aptitud para desempeñarlo, y sin cuenta del daño que con ello se infiere a la Patria. II- Una vez alcanzada la anterior aspiración del egoísmo típico, llenar de parientes y amigos los más altos puestos al alcance de su influencia, haciendo guerra de intriga a los aptos y a los intelectuales. III- El engrimiento, la fatuidad y el desmedido amor al oro y al lujo. IV- El caciquismo.»

4. Mario Guiral, «La intromisión de los extranjeros en nuestros asuntos domésticos», *Cuba Contemporánea*, n. 2, febrero de 1915, p. 151.

5. En carta a Matías Duque del 31 de julio de 1919, Sanguily recuerda sus argumentos en la Convención Constituyente: «yo resueltamente mantuve en la Convención Constituyente la ineludible necesidad, para que sobreviviere la República, amenazada gravemente desde su misma cuna, de que se aceptara la Enmienda Platt, ofrecida cortés pero firmemente a los Constituyentes cubanos como condición *sine qua non* del establecimiento y proclamación de la República. Y pienso ahora, como siempre, que mientras nos obligue, es ella parte muy importante, elemento muy principal de nuestro derecho público [...] y debemos los cubanos [...] procurar con vigilancia y ánimo sereno que los americanos, que se adjudicaron el derecho exclusivo de decidir sobre la oportunidad y las causas o motivos de su justificada aplicación, se ciñan estrechamente a su texto». Manuel Sanguily, «Carta de Manuel Sanguily a Matías Duque del 31 de julio de 1919», *Heraldo de Cuba*, 1º de agosto de 1919.

6. Véase Salvador Cisneros Betancourt, «Voto particular contra la Enmienda Platt», en Hortensia Pichardo, *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, p. 122-36. Cisneros revela las verdaderas intenciones de los Estados Unidos y considera que de aceptar sus condiciones, estarían los cubanos haciendo concesiones que pesarían de por vida a la República naciente. Parte de un análisis lógico que otros cubanos también señalaban: ¿cómo establecer líneas de relaciones entre los dos países si aún no se había reconocido la independencia de Cuba? «Cuba no tiene aún personalidad propia —dice— no es nación reconocida por las demás naciones, ni aún por los mismos los Estados Unidos. ¿Cómo puede, pues, contraer compromisos y hasta dónde serían estos válidos?»

7. Según refiere Antonio Bravo Correoso, delegado a la Convención, en su obra *Cómo se hizo la Constitución de Cuba*, publicada en 1928, «el país entró en un período de agitación extraordinaria. Las manifestaciones se suceden unas tras otras en todos los pueblos, en son de protesta que repercutió en Washington, contra la imposición de los Estados Unidos [...] el patriotismo se exhibió tan profundamente que pudo crear conflictos de orden público.» (Citado por Juan Gualberto Gómez en *Por Cuba Libre*, ob. cit., p. 116.) Véase además Manuel Márquez Sterling, «La primera sesión», *El Figaro*, a. XVI, n. 42, 11 de noviembre de 1900, p. 1.

8. Mario Guiral hace una crítica a su aceptación, haciendo referencias a la intervención de 1906 y a la actitud negativa que asumió el Gobernador provisional. (Véase Mario Guiral, ob. cit., pp. 147-50; Luis Machado y Ortega, «La Enmienda Platt», *Cuba Contemporánea*, a. XI, t. XXXI, enero de 1923, n. 121, La Habana, pp. 101-5.

9. Véase Emilio Roig, «Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos internos de Cuba», *Cuba Contemporánea*, a. XI, n. 125, marzo de 1923, p. 142.

10. Manuel Márquez Sterling, *Las conferencias del Shoreham. (El Cesarismo en Cuba)*, Ediciones Botas, México, 1933, p. 12.

11. Véase Carlos de Velazco, *Aspectos nacionales*, Jesús Montero Editor, Librería Studium, La Habana, 1915, p. 48.

12. Véase Carlos de Velazco, «La única interpretación racional de la Enmienda Platt», *Cuba Contemporánea*, a. V, n. 4, agosto de 1917, p. 340.
13. Véase Manuel Sanguily, «El Tratado de Reciprocidad», *Defensa de Cuba*, La Habana, 1948, p. 123. Cuba recibía de los Estados Unidos el beneficio de un 20% y ellos, en cambio, una serie progresiva de beneficios. En primer lugar devela lo inapropiado del término «reciprocidad», porque el Tratado —y así lo demuestra— no ofrecía iguales ventajas para ambas partes. Por otro lado, no incluía en sus disposiciones relativas a la navegación, a las patentes, a libros, a la propiedad literaria y otras condiciones que en la opinión de Sanguily comprenden la vida comercial entre pueblos cercanos. Estaba claro que el Tratado no perseguía el desarrollo armónico de Cuba, que implicaba solo «una política comercial» por parte de los Estados Unidos en relación con el porvenir de la Isla: agravante que Sanguily precisa en su primer discurso.
14. Enrique José Varona, *Mirando en torno*, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, La Habana, 1910, p. 25.
15. *Ibidem*, p. 45.
16. Fernando Ortíz, *Entre cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1987, p. 77.
17. Luis Machado y Ortega, ob. cit.
18. La obra de estos intelectuales está recogida en *El libro de Cuba, Obra de propaganda nacional*, La Habana, p. 595.
19. Véase Emilio Roig, «Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba», *Cuba Contemporánea*, t. XXXII, no. 125, mayo de 1923, p. 139.
20. Miguel Ángel Carbonell, *El peligro del águila*, Imprenta Seoane y Fernández, La Habana, 1922, p. 174.
21. Julio Le Riverend, «Nota preliminar», en Julio César Gandarilla, *Contra el yanqui*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 4.
22. Véase Julio C. Gandarilla, ob. cit., p. 66.
23. *Ibidem*, p. 109.
24. Julio Le Riverend, ob. cit., p. 6.
25. Véase Julio César Gandarilla, ob. cit., p. 32-45.
26. «Había que reconstruir la riqueza, había que combatir los gérmenes morbosos en las nuevas generaciones, había que sanear la atmósfera moral del pueblo, había que educar e instruir a los niños y a no poca parte de los adultos, [...] Esta obra gigantesca demandaba ante todo paz, paz inalterable, respeto a las leyes, aunque fuesen deficientes, tolerancia mutua, ya que no amor y concordia.» (Enrique J. Varona, ob. cit., p. 11.)
27. Manuel Márquez Sterling, *Doctrina de la República*, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1937, p. 145.
28. *Ibidem*.
29. Véase J. A. Ramos. «Los Estados Unidos y el patriotismo», *Cuba Contemporánea*, a. XII, n. 136, abril de 1924, p. 310.
30. Carlos de Velazco, *Cuba Contemporánea*, a. V, t. XIII, 1917, p. 5. Con los sucesos de 1916 que ocasionaron «La Chambelona» se produce un resurgimiento del anti-intervencionismo.
31. Julio Le Riverend, ob. cit., p. 3.
32. Llevar al poder a hombres de inteligencia y de cultura, de «elevación moral» y «carácter sólido», salvaría a Cuba de una crisis cuyas causas veían en la Historia más que en todo. El fundamento ético de la misión intelectual se fortaleció cuando al identificar los problemas nacionales como problemas culturales que exigirían soluciones de la misma índole. Se había desarrollado además la impresión de que el espacio político cubano era campo de toma de decisiones totalmente erradas, dificultad que solo podían resolver ellos, los intelectuales. (Véase Jorge Núñez Vega, «El campo intelectual cubano (1920-1925)», *Debatos Americanos*, n. 5-6, 1998, La Habana, p. 72.)
33. Mariano Aramburo, *Discursos patrióticos*, Imprenta y Papelería El Arte, La Habana, 1918, p. 17.
34. La Sociedad Cubana de Derecho Internacional había sido inaugurada en 1916, convirtiéndose en una organización que aglutinó esfuerzos para enseñar al pueblo a juzgar «no tan solo los actos de la administración interna, sino también la gestión política externa de los hombres que aspiran a ocupar puestos gobernantes». (Juan C. Zamora, «La Sociedad Cubana de Derecho Internacional», *Cuba Contemporánea*, t. X, no. 1, enero de 1916, p. 81.) Con motivo de su inauguración, Zamora se refiere a lo poco que se había hecho en el orden internacional para suprimir la interferencia de los Estados Unidos, salvo algunos intentos entre los que señala la declaración de varios partidos políticos tratando de suprimir la Enmienda Platt, los esfuerzos de figuras como Sanguily, Bustamante, Márquez Sterling, etc.
35. Juan C. Zamora, ob. cit., p. 79.
36. Véase Enrique Gay Calvó, «La intromisión norteamericana en Centroamérica», *Cuba Contemporánea*, t. XXIX, n. 113, mayo de 1922, p. 25-42.
37. Raúl de Cárdenas, secretario y ex miembro de la Cámara de Representantes por la provincia de La Habana, presentó un trabajo en la Sociedad, donde intenta refutar la tendencia imperialista que muchos escritores atribuían a los Estados Unidos. Presenta a este país como un «fiel defensor de la independencia de nuevas nacionalidades», negando el expansionismo yanqui ya visible desde el siglo XIX. «Hemos oído decir y repetir —dice en su artículo— que los Estados Unidos fingieron defender la independencia de Cuba y fomentaron la insurrección con el fin de suplantarlo al primer ocupante, y nos parece que va siendo ya hora de que voces cubanas se levanten para contradecir esos dichos...» (Véase Raúl de Cárdenas, «Cuba no puede invocarse en testimonio del imperialismo norteamericano», *Cuba Contemporánea*, a. V, t. XIV, n. 3, julio de 1917, pp. 246-90.)
38. Enrique Gay Calvó, «Centroamérica intervenida», *Cuba Contemporánea*, a. XXXII, n. 115, mayo de 1923, (trabajo leído en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional).
39. Véase Emilio Roig, «La Enmienda Platt, su interpretación primitiva y sus aplicaciones posteriores (I)», *Cuba Contemporánea*, t. XXIX, no. 115, julio de 1922, pp. 197-224; (la segunda parte de este trabajo aparece en el número 116).
40. Véase Luis Machado, «El derecho de intervención», *Cuba Contemporánea*, t. XXIX, n. 116, agosto de 1922, p. 343. En un estudio de la revista *Cuba Contemporánea* sobre el libro de Luis Machado *La Enmienda Platt*, se comenta cómo asumió la tarea de destruir cualquier vestigio de desconfianza que pudiera existir hacia las posibilidades del pueblo cubano, de siendo libre e independiente tener una actuación brillante en la arena internacional, rechazando cualquier forma de injerencia. El libro de Machado aclara conceptos, da interpretaciones lógicas, establece las diferenciaciones precisas

entre los deberes de Cuba en el orden internacional y los límites que el decoro imponía a esos deberes.

41. Véase Federico Henríquez y Carvajal, «Desnudando el mito de Monroe», *Cuba Contemporánea*, n. 116, octubre de 1921, pp. 144-52.

42. Véase Vladimir I. Lenin, «El imperialismo, fase superior del capitalismo», *Obras escogidas en tres tomos*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, p. 767.

43. Enrique J. Varona, *Con el eslabón*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 194.

44. José A. Ramos, «Sentido económico de la emancipación de la mujer», *Cuba contemporánea*, a. X, n. 109, enero de 1922, p. 29.

45. Véase Hortensia Pichardo, ob. cit., p. 63. La primera alocución del Gobernador Militar, el 1º de enero de 1899, al inaugurarse de forma oficial la ocupación, fue una sentencia para la totalidad del período que duró la República Neocolonial: «El Código civil y criminal existentes al terminar la soberanía española quedarán en vigor, con aquellas modificaciones y cambios que de tiempo en tiempo se crean necesarios en interés de un buen gobierno».

46. Véase Mario Guiral Moreno, ob. cit., p. 153.

47. Véase Enrique J. Varona, «La reconquista», *Cuba Contemporánea*, t. IX, a. 3, diciembre de 1915, p. 33-4.

48. Véase Enrique Ubieta, *Ensayos de identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 51.

49. En esta carta le dice a Unamuno: «Nos hace falta, como a vosotros, resucitar a Don Quijote, a nuestro ideal que anda a tajos y mandobles con la farándula [...] Nos hacen falta caballeros andantes que nos sacudan, que nos despierten de esa modorra tropical en que la victoria nos ha sumido y que nos conduzcan como caudillos de fe a la conquista de nuevos lauros, que los laureles mambises no deben servirnos de dormidera». (Véase Fernando Ortiz, ob. cit., p. 5).

50. Véase Fernando Ortiz, *La reconquista de América*, Librería de Ollendorff, París, 1910, p. 9.

51. Rafael Altamira (1866-1951) fue un historiador y profesor de la Universidad de Oviedo, interesado en propiciar un diálogo entre especialistas de toda Hispanoamérica. Había fundado la revista *Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas* (1895). En el discurso de apertura del curso académico titulado «El patriotismo y la Universidad», aboga por un establecimiento de relaciones intelectuales permanentes entre los centros de educación superior de España y América, publica en 1900 un libro donde recoge parte de este discurso (*Cuestiones hispanoamericanas*), asumiendo este tipo de proselitismo en la revista *España* que editaba en Buenos Aires. (Véase Ana Cairo, «Contra el panhispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz», *Temas*, n. 12-13, La Habana, 1998, p. 100).

52. Fernando Ortiz, *La reconquista de América*, ob. cit., p. 97.

53. «Esos capitales —planteaba Varona—, los 400 millones pertenecientes a americanos, ingleses, españoles y alemanes, empleados en centrales, en vegas, en fábricas de tabaco, en ferrocarriles, en empresas navieras, son la fuerza formidable que actúa en el fondo de este caos, lo que ha traído la escuadra surta en nuestro puerto, y la que ha conducido por la mano a los mediadores...» (Enrique José Varona, *Mirando ...*, ob. cit., p. 25).

54. *Ibidem*, p. 37.

55. *Ibidem*, p. 33.

56. Lenin logra establecer el vínculo entre la dependencia económica y la política años más tarde en el contexto del análisis crítico de la posición oportunista de Karl Kaustky (quien mantiene opiniones que no se diferencian en principio de las sostenidas por Varona). Salvando las distancias que separan culturalmente las circunstancias en que se desempeñan ambos pensadores (Kaustky y Varona) y sin pretender comparaciones absurdas, queremos dejar planteado que al asumir nosotros la esencia del planteamiento leninista, apreciamos la diferencia entre el oportunismo de Kaustky, quien reniega de una teoría clara, y el proceso de desarrollo ideológico de Varona, que lo lleva con honestidad a coincidencias muy interesantes con la teoría marxista. (Véase Vladimir I. Lenin, ob. cit., p. 768).

57. Enrique José Varona, *De la Colonia a la República*, La Habana, 1919, p. 83. Más tarde Varona plantea: «Yo no pretendo que de la noche a la mañana se haga competencia a esos poderosos centrales, pero si se despiertan en el cubano la previsión, el espíritu de empresa y de asociación, utilizando su espíritu industrial que no es pequeño, su gran laboriosidad, estará en situación de no ver su situación económica con el espanto con que hoy tenemos que mirar al porvenir. Si el cubano no hace guerra al capitalista extranjero con sus mismas armas, si no le opone la industria y la asociación, vano será su empeño».

58. Véase Enrique José Varona, *Mirando...*, ob. cit., pp. 45-51.

59. Sobre el desacierto de entregar nuestros asuntos a otros hombres de Estado, plantea: «Por grande que sea el deseo de acierto que dirija a esos hombres de Estado, en lo que se refiere a nuestros asuntos y por mucho que se interesen por nosotros, tienen por fuerza que mirar a la cuestión cubana dentro de un ángulo visual americano, hoy por hoy, como una complicación embarazosa en el desarrollo de su política, tanto interna como exterior [...] Los que se han acostumbrado a contar con el gobierno de Washington como el Mesías harían bien en considerar este aspecto de la situación. Mientras otros nos gobiernen, nuestros problemas, de por sí difíciles y complicados se complican y dificultan más...» (Enrique José Varona, ob. cit., p. 42).

60. Véase «La actual situación de Cuba juzgada por Varona», *Cuba Contemporánea*, a. X, t. XXVIII, enero de 1922, n. 109, p. 90.

61. Enrique José Varona «Sobre el problema económico y la reforma constitucional», *Cuba Contemporánea*, a. IX, t. XXVI, n. 103, julio de 1921, p. 197.

62. Véase «La actual situación de Cuba juzgada por Varona», *Cuba Contemporánea*, a. X, t. XXVIII, enero de 1922, n. 109, p. 93.

63. Véase Enrique José Varona, ob. cit., p. 15.

64. Véase Carlos Rafael Rodríguez, «Varona y la trayectoria del pensamiento cubano», en Enrique J. Varona, *Por la patria en la Colonia y en la República*, Oficina del Historiador, La Habana, 1949, p. XXXV.

65. Julio César Gandarilla, ob. cit., pp. 14-5.

66. Véase Miguel de Carrión, «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años», *Cuba Contemporánea*, t. XIV, n. 3, julio de 1917, p. 21.

67. Véase José Antonio Ramos, «Sentido económico de la emancipación de la mujer. Conferencia en el Club Femenino de Cuba, 5 de diciembre de 1921», *Cuba Contemporánea*, a. X, t. XXVIII, n. 109, enero de 1922, p. 25.

68. *Ibidem*, p. 28.

69. Véase José A. Ramos, *Manual del perfecto fulanista*, Jesús Montero Editor, La Habana, 1916, p. 16.
70. «Patria —precisa Rubén Martínez Villena— no es ausencia de arrepentimiento y de dolor, y de cosecha abundante (para que nos la compren al precio que nos la quieran dar) y constitución con apéndice mal entendido, y cargos públicos desempeñados por ineptos, y política de lodo, y vivir desconociendo y desmintiendo la propia historia noble para befa de los extraños, todo bajo la protección de los extraños, todo bajo la protección de la bandera que cobijó la agonía de los que la alzarón. No. Patria no es estómago contento y conciencia muerta. Patria es independencia política y funcionamiento ordenado del mecanismo estatal, hogar honrado y gobierno virtuoso y arca nacional llena y conciencia nacional limpia». (Rubén Martínez Villena, citado por Ana Cairo, *El Movimiento de Veteranos y...*, p. 129)
71. Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, t. 3, Ediciones Unión, La Habana, 1987, p. 322.
72. «Agitaciones sociales», *Cuba Contemporánea*, t. XXXIV, n. 135, enero de 1924, p. 78.
73. «La única vía para alcanzar alguna vez la estabilidad social sin pasar por cataclismos que puedan poner en peligro de naufragio los valores esenciales de la civilización, se encuentra en la reforma fundamental de las condiciones económicas del mundo, encaminadas en el sentido de incluir en la participación de los bienes que el trabajo produce, a sus propios creadores, esto es, a los trabajadores mismos, únicos excluidos en la actualidad de su disfrute». (Ibídem.)
74. Véase «Palpitaciones de la vida nacional», *Cuba Contemporánea*, t. XXXIV, n. 135, marzo de 1924, p. 254-65.
75. Véase Carlos Lobería, «El problema obrero en Cuba», *Cuba Contemporánea*, a. VII, n. 74, febrero de 1919, p. 167.
76. El programa y las bases de la Asociación fueron redactados por Luis Marino Pérez, bibliotecario de la Cámara de Representantes. (Véase «Necesidad de propaganda cívica cubana», *Cuba Contemporánea*, año IV, n. 4, diciembre de 1916, p. 304.)
77. En esa ocasión planteó: «Pedirle a la mayoría de nuestros políticos que antepongan el interés público al suyo propio, es una petición que peca de cándida». (Ibídem, p. 306).
78. Ibídem, p. 312.
79. Ibídem, p. 306.
80. Carlos de Velazco, ob. cit., p. 43.
81. Véase J. M. Cabarrocas, «Cuba y los Estados Unidos», *Cuba Contemporánea*, n. 2, t. VIII, junio de 1915, pp. 135-53. En este trabajo se comenta sobre las «notas» que el Gobierno de los Estados Unidos emitía a Cuba cuando algún hecho ponía en peligro la seguridad de los ciudadanos norteamericanos en Cuba, la seguridad de la Hacienda ante crisis políticas, etc.
82. Manuel Márquez Sterling, *Doctrina de la República*, ob. cit., p. 224.
83. Márquez Sterling llegó a publicar cerca de 500 artículos contra el intervencionismo en esta etapa.
84. Véase «Declaración de Márquez Sterling en *Heraldo de Cuba*, julio 28 de 1919», *Asamblea reunida en La Habana el día 24 de julio de 1919*, (folleto en la Colección Coronado de la Universidad Central de Las Villas).
85. *Asamblea reunida en La Habana...* (s/p).
86. Juan Ramón Xiques, «Declaraciones», *La Prensa*, La Habana, 19 de julio de 1919.
87. Véase Carlos Loveira, «El problema obrero en Cuba», *Cuba Contemporánea*, n. 74, febrero de 1919, p. 167-72.
88. José A. Ramos, «Seamos cubanos», *Cuba Contemporánea*, a. V, n. 4, diciembre de 1917, p. 259. (Prefacio del drama «Templadera»).
89. Partiendo de la grave crisis económica por la que atravesaba el país, Abril Amores denuncia el «delirio intervencionista» de los que por cualquier razón miraban hacia los Estados Unidos para pedir ayuda. Cuba necesitaba hombres «brújulas», pero con otro Norte que no fueran los Estados Unidos. Crítica la estancia en Cuba de Mr. Crowder, así como la posición de Orestes Ferrara, por pedir prácticamente la intervención de los Estados Unidos. (Véase Eduardo Abril Amores, *El águila acecha*, Imprenta Diario de Cuba, Santiago de Cuba, 1921, p. 35.)
90. «Yo dije que la persistencia suicida en la injerencia foránea era arma de filo y contrafilo [...] De toda esta campaña ha quedado en pie una fiscalización humillante, que pudiera tener su desenlace en un control definitivo». Y asegura que «los pueblos que no mantienen como principio primordial la conservación de su independencia y condenan toda injerencia extraña en sus asuntos como una claudicación [...] los que fían al capricho de las naciones poderosas la decisión de sus cuestiones domésticas, [...] son pueblos destinados a desaparecer. (M. A. Carbonell, *El peligro del águila*, Imprenta Seoane y Fernández, 1922, p. 32.)

Mujeres en una nueva época: discursos y estrategias

María del Carmen Barcia Zequeira

Profesora. Universidad de La Habana.

Una de las cuestiones más útiles, pero también más complejas para un historiador, es el diseño de un período histórico; su elaboración presupone enmarcar en un determinado lapso acciones, conductas, sucesos y evoluciones singularizadas, para responder al fenómeno cuyo inicio y fin se enmarca.

Los procesos económicos y sociales sobre los cuales se construyó la República cubana se iniciaron veinte años antes de que se estrenara el siglo xx y no concluyeron hasta la década de los años 30 de este. Cincuenta años de historia es un plazo que nos aleja de la impronta coyuntural, pero también de un período que pudiera considerarse extenso; sin embargo, tanto el tiempo como el espacio que enmarcan la etapa que abordamos pueden ser considerados como altamente significativos para el desenvolvimiento de la sociedad cubana. Esta se vertebró, en la esfera social, en torno al papel asumido por las capas populares ante la modernización.

Parte de un trabajo más amplio inscrito como resultado del Proyecto de Investigación PB 96-068 (DCES) del CSIC de Madrid, en el que participé como investigadora en régimen de Año Sabático.

Por estas y otras razones de índole política, el acontecer de esa época fue sumamente complejo y dinámico para todas las capas, grupos y sectores de la sociedad, en especial para las mujeres, sobre todo para aquellas que pertenecían a las capas populares.¹

Sus discursos y estrategias fueron múltiples y variados y algunos merecen ser reseñados. Nada les resultaba fácil, aunque tampoco lo es para quienes pretendemos interpretarlos. ¿Cómo establecer los marcos en que debían moverse, si la mayor parte de sus limitaciones eran no solo consecuencia de la Ley, sino de costumbres establecidas por una sociedad diseñada por y para los hombres? ¿De qué forma pueden ser recogidas las estrategias, consensuadas o no, de que se valieron para lograr, paso a paso, pequeñas mejoras?

Seleccionar no es obviar; por eso, sin ignorar que marginamos aspectos de gran trascendencia, nos introduciremos en los discursos y estrategias relacionados con su superación y aspiraciones laborales.

En general, la educación de la mujer fue un tema muy divulgado durante los años 80 del siglo XIX, en ellos comienza a elaborarse un discurso destinado a combinar la necesidad —social e individual—, del

trabajo femenino con la «moralidad burguesa», pues su inserción en el mundo laboral debía lograrse a partir «de la más severa disciplina, calcada en los principios morales y religiosos».²

Para nada se habían rebasado los criterios de mediados del siglo: para los hombres estaba muy presente el papel —importante para la sociedad, pero subordinado y enclaustrado— que, como consigna «inviolable», adjudicaban a las mujeres: «Si queréis rejenerar [sic] un gobierno, rejenerad la sociedad, rejenerad la familia y si queréis rejenerar la familia, rejenerad al individuo [...] ¡Oh mujeres! las sublimes rejeneradoras del mundo moral!»³

Al igual que en España, el discurso de la domesticidad condicionó en Cuba, de forma decisiva, la realidad socio-cultural y ocupacional de las mujeres. Su proyección influyó tanto en la configuración, como en las expectativas y trayectorias de las trabajadoras en su ámbito laboral.⁴ Debe destacarse que este utilizaba, como idea fundamental, la teoría de Ruskin sobre la división de las esferas,⁵ según la cual el varón tenía su papel social en la esfera pública de la producción y la política, en tanto que la mujer debía desenvolverse en el espacio doméstico. Esta era supuestamente una manera de pensar la división sexual del mundo y de organizar «racionalmente» tareas y espacios, reconciliando la vocación natural con la utilidad social. En el fondo, se basaba en su consideración de que la mujer era inferior al hombre, quien era el generador de la inteligencia, en tanto ella solo constituía un instrumento de la reproducción, destinado a perpetuar la especie.

Sobre la base de una aparente protección a las débiles mujeres, se diseñaba una relegación que tenía por base y también por trampa a la familia.⁶ Esta construcción ideológica construyó a su vez un prototipo de mujer modelo: «la perfecta casada» o el «ángel del hogar», cuya «misión» esencial radicaba en el culto a la maternidad y la administración de la morada familiar como sus máximas aspiraciones. Ser pacientes, abnegadas, sufridas, «guardar la honra» y consolar las aflicciones del marido y de los hijos, eran sus virtudes máximas.⁷ De esta forma, su proyecto de vida quedaba limitado a la familia; su identidad personal solo debía desarrollarse a partir del matrimonio y la maternidad, contextos en los cuales no tenía cabida la posibilidad de crear un proyecto social, cultural o laboral autónomo.

Lenta y paulatinamente, se fueron introduciendo en esa estrategia discursiva nuevos elementos que aspiraban a diseñar una mujer que resultase el complemento armónico del hombre; es decir, que sin cuestionar sus roles tradicionales como madres y esposas, se insertaron algunos nuevos intereses como, por ejemplo, el de la educación femenina, sobre la base de que una mujer instruida sería capaz de servir mejor al hombre y a los

hijos. Desde este punto de vista, la educación no tenía por objeto el desarrollo autónomo de las féminas para superarse y realizarse como seres humanos independientes, sino que pudiesen ser mejores madres y esposas; no obstante, ello contribuyó de modo indirecto a su emancipación,⁸ pues las mujeres supieron apoderarse de los espacios que se les dejaban y expandir sus influencias: salir de la casa, compartir en las calles, penetrar en espacios hasta entonces prohibidos, como cafés, reuniones políticas y profesionales, viajar solas, tener una opinión propia y expresarla públicamente, transgredir —en resumen— el papel que hasta ese momento les había sido asignado, quebrantar el sometimiento y comenzar a asomarse a los beneficios de una independencia pública y privada, todavía remota.

Resulta sumamente interesante analizar, en el contexto de la sociedad cubana de esos años, la forma en que se relacionaban las funciones femeninas de las mujeres que laboraban fuera de la casa, con las de madres, ciudadanas y esposas, y observar cómo, en todas esas direcciones, las exigencias estaban presentes de antemano. Según el discurso conservador a que hemos hecho referencia, la mujer debía dedicarse al trabajo asalariado solo cuando lo exigiesen las circunstancias especiales de la familia, pero no como un deseo, una condición o un logro hacia la emancipación social, a partir de su independencia económica. Bajo cualquier circunstancia tenía que ser una «esposa modelo», sumisa y dedicada a todo lo que desease su marido, y una «madre cariñosa y educadora de los hijos». Su formación debía ser religiosa, moral y puramente civil, y excluir de sus pretensiones la participación en la vida política.⁹

El progreso comenzó a relacionarse, como ya se expresó, con la educación de la mujer, pero no por lo que esta representara en tanto ser humano, sino porque era la encargada de guiar y educar a los hijos, es decir en su carácter de formadora de hombres, para que estos pudiesen asimilar, encarnar y desarrollar ese progreso de que se hacía gala. Para cumplir esa «misión», no podía ser, por supuesto, «ignorante, fanática o supersticiosa»,¹⁰ pues los niños —nunca se hablaba de las niñas—, llegarían a ser ciudadanos que habrían aprendido de sus madres los errores y las preocupaciones.

También se hacía referencia —lo que puede parecer una paradoja—, a que debía evitarse que la mujer fuese educada para el hombre, pero una lectura profunda nos lleva a apreciar que, lejos de constituir un avance en su libertad como tal, esta concepción se extrapolaba a su relación sexual con el marido. A partir de que su principal dedicación debía ser la educación de los hijos, se establece una «santificación de la esposa madre». Todo conduce a la sumisión de la mujer al marido y,

por supuesto, a la obligada aceptación de la sexualidad extraconyugal, motivada porque la familia quedaba diseñada bajo preceptos educativos conventuales, en los cuales el amor de la pareja, si alguna vez había existido, desaparecía rápidamente. Esta situación se manifestó primero de manera velada y después de forma abierta, cuando comenzó a discutirse la posibilidad de una ley para el divorcio.

Trabajar en la calle: necesidad y estrategia

Una de las principales fuentes de trabajo que tenían las obreras en las ciudades, además del trabajo que realizaban como domésticas a sueldo —traslación en el espacio de las funciones que por tradición les habían sido asignadas—, era la elaboración y envase de tabacos y cigarros. Esta faena se realizaba fundamentalmente en las manufacturas habaneras, aunque también en las zonas rurales laboraba un número apreciable de mujeres en la «recogida» de las hojas de tabaco, cosiéndolas para ponerlas a secar en los cujes,¹¹ dentro de las casas de tabaco, o como «escogedoras» y «despalilladoras», durante las zafras tabacaleras.

Ocupaciones	% de negras y mestizas		% de extranjeras	
	1899	1919	1898	1919
Costureras	63,47	53,09	2,52	4,55
Criadas	76,25	55,78	5,04	35,86
Lavanderas	83,67	76,17	1,81	3,43
Tabaqueras	75,87	43,58	3,28	7,03

La mujer trabajadora, profesional u obrera, dueña o empleada, se abría paso en un nuevo mundo; unas amparaban el trabajo de otras, y esto era reconocido, de una u otra forma por toda la sociedad. A partir de 1899, primero con la ocupación norteamericana y después con el establecimiento de la República, se fueron introduciendo, de modo paulatino, formas de conducta más liberales. Junto a los oficios que tradicionalmente habían desempeñado, como lavanderas, costureras, o sirvientas, se incrementó la presencia femenina en ocupaciones también proverbiales como las de comadronas o maestras y, poco a poco, comenzaron a proliferar las mecanógrafas y las taquígrafas. Algunas accedieron a otros empleos novedosos para su sexo, como el de dependientas de comercio.

La sección de envases de la fábrica Crusellas y Hno., fue atendida por mujeres, algunas de ellas negras o mestizas.¹² De igual forma, desde finales del siglo XIX, desempeñaban diversos trabajos en las fábricas de tabaco y también laboraban con éxito como «cajistas» en numerosas imprentas. En este contexto debe destacarse que Domitila García de Coronado había

fundado, en los años 90, una escuela de tipógrafas; la revista *Página Azul*, de Cárdenas, era confeccionada en un establecimiento donde laboraban nueve personas, de las cuales cinco eran mujeres.¹³ La profesión de enfermera había comenzado a desarrollarse desde 1899; en 1902 existían siete escuelas a lo largo de la Isla, que habían graduado a 23 profesionales y contaban con 205 alumnas. Cinco de las profesoras eran cubanas,¹⁴ y muy pronto tuvieron su Asociación.¹⁵

Las mujeres profesionales y también las costureras, sombrererías y peinadoras, comenzaron a anunciarse en las revistas, algunas de las cuales —por ejemplo *La Crónica Habanera* o *Cuba Libre*— eran dirigidas por las de su sexo.¹⁶ También aparecieron durante esta etapa redactoras femeninas colaborando en diversos órganos de prensa, tanto de las asociaciones peninsulares como de los sectores negros y mestizos, o de la intelectualidad blanca.

Pascuala Bacallao, comadrona partera, Socorro Sánchez de Frank, profesora en partos y Florinda Jagrenaux, partera de la Facultad de Medicina, se anunciaban en *Azul y Rojo*;¹⁷ Tomasa Agüero y Clemencia Díaz, lo hacían en la revista *Galicia*, como comadrona graduada de la Facultad de La Habana y comadrona facultativa, respectivamente. Las revistas profesionales, especialmente las de mecanógrafas, taquígrafas y maestros, también informaban sobre las academias particulares y el trabajo de las mujeres en ellas; en la revista *Minerva*,¹⁸ se hacía especial hincapié en las profesiones desempeñadas por diversas mujeres «de color».

Muchos admitían la participación femenina en la vida laboral; pero, en líneas generales, no había desaparecido el discurso de los años 80 con respecto a su condición de esposa modelo y madre dedicada, aunque frente a él comenzaba a esbozarse otro, en el que se destacaba que la mujer no podía ni debía seguir siendo educada para el harén, porque «la sociedad cubana descubre horizontes mucho más amplios [...] entramos en la esfera política de los Estados Unidos con la Intervención [...] en nuestra vida entera tiene que reflejarse el carácter de la nación vecina».¹⁹

La resistencia masculina a los cambios que se avizoraban fue solapada, pero inmediata. Algunos comenzaron a decir que las labores que desempeñaban las mujeres no eran el resultado de sus méritos, sino de las relaciones de sus familias con las esferas de poder público o privado, —cuestión que no tenía que ser considerada como excluyente, pues posiblemente muchas mujeres capacitadas, igual a lo que ocurría con los hombres, podían acceder a determinadas plazas a partir de sus relaciones sociales. Para subvertir la intención femenina de acceder al mundo del trabajo, decían que este se lograba mediante la utilización de

sus «cuerpos de palmera criolla» y la belleza de sus rostros. Algunos chistes de doble sentido, en forma de versos, circularon por La Habana:

*La señorita Asunción
guapa y de reputación
en su destino ha cambiado:
estaba en Gobernación
y dicen que está en Estado.*²⁰

Paralelamente, sobre todo en el caso de las inmigrantes peninsulares, se señalaba la necesidad de que tuviesen una ayuda efectiva, sin sacrificar medios para ello; de no ser así, habría que difundir, entre estas, los versos firmados bajo el pseudónimo de Ayguales de Izco:

*La mujer que pretenda
salir de agobios,
es preciso que entienda
de cazar novios.*²¹

La participación, cada vez mayor, de las mujeres en la esfera laboral hizo que, progresivamente, algunas cuestiones tuvieran que comenzar a variar: el cuidado de los menores hijos de las madres trabajadoras, por ejemplo, constituía un problema. En 1904, La Habana solo contaba con dos asilos diurnos para niños de hasta seis años de edad, de uno y otro sexos; se abrían a las 5:30 de la mañana y se cerraban a las 6:00 de la tarde. Para que sus hijos fuesen admitidos, las madres tenían que llevar una boleta de su buena conducta en el trabajo que desempeñaran. Al asilo solo podían entrar las madres a la hora de lactar a sus hijos —cuestión que, con seguridad, debió constituir un problema laboral—, y para recogerlos tenían que mostrar el comprobante de trabajo que se les entregaba cada día.²² Con todas las limitaciones que este sistema pudiera tener, era una forma de admitir la necesidad del trabajo femenino y de tratar de encontrar soluciones a las naturales limitaciones que tenían las trabajadoras con hijos menores.

Algunas mujeres progresistas comenzaron a apoyar a las de igual condición con menos recursos económicos y posibilidades culturales; bajo el lema «Por la mujer en Cuba», se fundó la *Sociedad Protectora de Sirvientas y Artesanas «La Caritativa»*, que dirigía la señora Dolores Laseville de García.²³

También comenzaron a desarrollarse formas de sociabilidad desconocidas hasta entonces en el mundo del trabajo femenino. Auspiciado por el periódico *La Caricatura*, se abrió un certamen para obreras; entre las candidatas figuraba una de la perfumería de Crusellas y Hermanos, y otra de la fábrica de tabacos Las Tres Coronas, de Calixto López.²⁴

La modernidad había traído la proliferación de los anuncios y la utilización de las encuestas como una forma de conocer la opinión pública con respecto a

determinados fines.²⁵ Pronto estas fueron utilizadas, por algunas publicaciones, con diferentes propósitos. Aparecieron, por ejemplo, los concursos femeninos, pero no de belleza, como se proyectaban desde los años 90, sino relacionados con otros atributos. En los promovidos por la revista *Azul y Rojo*, llama la atención que, junto a categorías superficiales, como la de la mujer más elegante, aparecían otras, que no solo respondían a la presencia femenina en las artes y profesiones tradicionales, como la de mejor poetisa, prosista, pianista, pintora, actriz, maestra, o profesora de obstetricia, sino aquellas que respondían a las mujeres que desempeñaban profesiones modernas y oficios, como los de mecanógrafa, modista, corsetera o peinadora, mucho más modestos. De todos los premios alcanzados se hacía una justificación interesante. La mejor mecanógrafa, por ejemplo, fue Panchita Estévez, que por el retrato que acompaña a la argumentación, era una joven muy bella. A su favor se dice que trabajó primero en la casa de Champion y Pascual y después en la administración del periódico *La Discusión*, y que al crearse el Departamento de *Monolínes* [sic], fue destinada a dirigir la sala de máquinas. «Algún sábado sorprende a Panchita la noche en el trabajo. Hay que ver entonces cómo se enarca su fina silueta sobre la máquina: con su delantal de obrerita, la cara enrojecida por la fatiga, las manos manchadas de hollín, labora calladamente [...] parece el hada del trabajo». La mejor peinadora fue la española Emilia Sánchez; la mejor modista Madame Ablanedo, y la mejor corsetera la francesa Henriette Erard, a la cual se consideraba como una gran educadora, porque sus talleres estaban siempre llenos de aprendizas, ya que prefería educar a sus operarias para que hiciesen las cosas tal y como ella las concebía.²⁶

Mecanógrafas y taquígrafas: nuevas opciones para el trabajo femenino

Un aparte, por su vinculación con la modernidad merece el análisis de las profesiones de mecanógrafas y taquígrafas. La primera mujer que en Cuba se desempeñó como taquígrafa fue María Cortés, que en 1898, con solo quince años de edad, trabajó en las Cámaras Autonomistas.²⁷ En los primeros años del nuevo siglo, las mujeres trabajaron tanto en la esfera pública como en la privada. En la Aduana de La Habana laboraban Hortensia Rodríguez Batista y Dulce María Valdés, en tanto Josefina García renunciaba a su puesto en el Departamento de Ingenieros de la Ciudad, para trabajar en las oficinas de La Habana Comercial Co.²⁸

Con las mecanógrafas y taquígrafas, al igual que ocurría con las maestras y también con las obreras de las fábricas, comenzó a producirse una relación

Junto a los oficios que tradicionalmente habían desempeñado, como lavanderas, costureras, o sirvientas, se incrementó la presencia femenina en ocupaciones también proverbiales como las de comadronas o maestras y, poco a poco, comenzaron a proliferar las mecanógrafas y las taquígrafas.

interesante entre su trabajo y la formación de nuevas familias. Se observa que, con frecuencia, muchas de ellas se casaban con individuos de igual o similar profesión; es decir, se produce cierta endogamia profesional y obrera; esta cuestión tiene una doble importancia, porque implicaba el reconocimiento, por parte de algunos hombres, del trabajo femenino, no como una necesidad para sostener una familia ya constituida, sino como un respeto a la independencia económica de la mujer. También debe destacarse que cuando los enlaces matrimoniales se producían con sujetos solventes, las mujeres, por lo general, dejaban sus profesiones y se dedicaban al cuidado de los hijos y al control de las actividades domésticas. Probablemente entre las capas populares, cuyas integrantes habían desempeñado diversas ocupaciones para ganarse la vida, se producía una mayor comprensión con respecto al trabajo femenino que entre las capas con mayores recursos económicos.

En relación con las profesionales de la mecanografía y la taquigrafía se manifiestan, por lo menos, dos discursos: uno que reconoce la calidad del trabajo femenino,²⁹ y otro que, bajo una apariencia protectora, solo las considera aptas para determinadas labores dentro de estas profesiones.³⁰ Este discurso, más reaccionario, desencadenó una polémica dentro de la revista *Cuba*, cuya repercusión, por ser una publicación que circulaba esencialmente entre los hombres y mujeres dedicados a la profesión, fue impactante, y desde luego encontró respuesta.

Algunos veían, con supuesto agrado, que la mujer siguiera emancipándose «rompiendo las cadenas de la esclavitud de espíritu con las que ha estado sujeta por tanto tiempo, durante el cual solo ha sido considerada como una cosa incapaz de raciocinar [sic] con juicio y apta solo para las labores que sarcásticamente se denominan propias de su sexo». Se referían al acierto con el cual habían ejercido su profesión las médicas o abogadas; insistían en que el mejor espacio para que las mujeres desarrollasen sus aptitudes era el del arte, o en las profesiones de escritoras, maestras, telefonistas, telegrafistas y hasta las llegaban a admitir como mecanógrafas y taquígrafas comerciales, «en una oficina pública, en un bufete particular, o en una casa de comercio; esto es, en cualquier parte en que la velocidad

del dictado no pase de cien palabras por minuto, en que las horas de oficina sean las corrientes y siempre las mismas y en las que la entrega del trabajo no apremie»; pero esta percepción sobre el trabajo femenino variaba con respecto a las funciones parlamentarias.³¹ ¿Temor a la competencia, solo marginación o también un criterio solapado sobre la inferioridad femenina? La respuesta surgió de la propia revista y la dio otro hombre, Manuel Martín, quien se refirió a la competencia de una taquígrafa en la célebre «causa de correos»³² y aun cuando se proclamaba como antifeminista expresaba en otro artículo «Eduquese, enséñese a la mujer, que ella llegará a la altura del hombre, para que pueda arrojarlos del campo que ellos invadieron (sin tener en cuenta la moral en algunas profesiones) y cuyo campo es propio de la mujer».³³

La polémica concluye con un reaccionario artículo, en el que ni siquiera se reconoce la idoneidad de las mujeres para algunas profesiones y se llega a refrendar que no es su misión «maltratar su delicada constitución con los trabajos que al hombre pertenecen. La mujer fue hecha para algo muy grande, para el sostenimiento de la humanidad, para conservarla, produciendo nuevos seres. ¡Respetemos los designios de la naturaleza!»³⁴

A pesar de todos los criterios adversos, el número de mujeres mecanógrafas y taquígrafas se fue incrementando paulatinamente; en una foto tomada al finalizar el primer curso de la Academia de Taquigrafía del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana,³⁵ aparecen 35 féminas.

En 1904 se fundó el Sindicato de Señoras Taquígrafas [sic], cuyas Presidenta y Secretaria eran, respectivamente, Carmen Acebal Mantilla y Hortensia Hiraldez. En tanto, en la Asociación Profesional de Estenógrafos de Cuba figuraban otras como Eloísa Rocafor, Secretaria de la Sección de Propaganda y Relaciones y María Quintero y Ana Quintero como presidentas de las Secciones de Introducción y Sistemas y de Taquigrafía Comercial, respectivamente.

El discurso de esas mujeres profesionales era moderno y concluyente:

El número de mujeres taquígrafas [sic] es limitado, ¿pero acaso es más extenso el de los hombres que poseen el arte taquígráfico?. Ciertamente no, y la proporción es análoga en los dos sexos, ya que solo llegan a ser taquígrafos aquellos

que poseen la base de una instrucción sólida y completa [...] como mecanógrafo [sic], en cambio, vence la mujer al hombre y no lo desaloja de todos los destinos por la sencilla razón de que este domina en todos los terrenos y aquella tiene que pasar las horcas caudinas del poder varonil para presentar sus demandas y hacer valer sus derechos [...] No os asustéis, compañeros. Esto no es una revolución contra el sexo fuerte. Nosotras reconocemos vuestra superioridad, vuestra mayor inteligencia, vuestra constitución más robusta. Pero puesto que en este siglo la mujer debe bastarse a sí misma, para realizar ese propósito debe aspirar a todos los puestos en los que sus aptitudes tengan aplicación útil[...].³⁶

Indiscutiblemente, el debate en torno a la emancipación femenina y su reflejo en la profesión estaba a la orden del día en los primeros años del siglo xx, debido al creciente número de mujeres que desempeñaban funciones como mecanógrafas y taquígrafas.

En 1911 se editó una novela que ha trascendido escasamente en la literatura cubana, pues no se destaca por su excelencia; sin embargo resulta muy útil para analizar, no solo la situación de la mujer, sino también la postura asumida por los hombres en tan controversial etapa. Su título, sugerente y también alegórico, *Purita Rosal. La novela de una tiperrita*,³⁷ nos anuncia su contenido esencial: los avatares de una mecanógrafa. El término tiperrita es una castellanización del inglés *typewriter*. La «moral» femenina ante la modernización, resulta enlazada con la pureza —el nombre de la protagonista—, y con la defensa por las espinas del rosal que refieren el apellido. La trama escogida es abordada por el autor con una concepción contestataria a la que predominaba en la sociedad cubana de la época. Se desarrolla durante el segundo gobierno de Tomás Estrada Palma, y el personaje masculino es Paco Palmira, sobrino de un General de la Guerra de Independencia, el cual, gracias a las relaciones de su tío, obtiene un puesto destacado en la administración pública. Tres mujeres centran la acción, Teté Avila, niña bien y prima de Paco, y dos mecanógrafas: Purita, de unos 20 años, y Lola Antuña, de mediana edad.

En tanto Teté Avila permanece en su casa, llena de mimos y atenciones, portadora de una mentalidad lujuriosa, que encubre bajo la apariencia de conductas infantiles, Purita y Lola, *tiperritas* municipales, viajan en tranvía, se visten sobriamente, pero a la moda, y se manifiestan como mujeres francas, con una forma práctica de actuar, que entrañaba cierta provocación a las costumbres establecidas. El personaje de Purita se construye como el de una joven liberal, huérfana de un padre médico, sin bienes de fortuna y formada a la «americana», pues había estudiado en los Estados Unidos durante catorce meses. Era feminista, leía las novelas de Eduardo Zamaçois y el periódico *La Saeta*, de Madrid. Para unos era una joven moderna y honrada,

y para otros aparecía como superficial y amante de tener juegos amorosos con sus pretendientes. La trama transcurre por diversas líneas de acción. Al final, resulta que la recatada prima Teté es la más ligera de todas. La solterona Lola se casa con un amigo de Palmira y este, frenado en sus intenciones, termina casándose con Purita. La moraleja es obvia y favorece francamente a las mujeres que trabajan «en la calle», a la vez que muestra todas las aristas negativas de una moral pacata, tendiente a subvertir la realidad, en cuanto Teté, la joven de «su casa», resulta más arriesgada y sensual que la protagonista y su compañera.

Discursos por un reconocimiento social: feminismo y antifeminismo

Analizar algunas cuestiones relacionadas con el feminismo en Cuba precisa de ciertos antecedentes, capaces de permitir la ubicación de las distintas y tendencias. Un paradigma de la mujer que defendía su participación en la esfera pública, a través del trabajo, de la política, o simplemente de la necesidad de ser reconocida en algunos espacios, fue construido y divulgado. Según este, las feministas fueron proyectadas como mujeres viriles, toscas, y bruscas, características todas ajenas a su sexo.

Por esos años, las tácticas desarrolladas por el feminismo europeo, oscilaban entre una tendencia liberal intelectual y otra permeada por el moralismo social protestante, muy ajeno a la sociedad cubana en la que formalmente predominaba el catolicismo, razón por la cual la religión fue usada para oponerse a gran parte de las demandas más progresistas presentadas por las mujeres, como el divorcio, por ejemplo.

Las acciones de las mujeres europeas inscritas en ese movimiento, se manifestaban a través de la utilización de determinadas técnicas de propaganda, de la desobediencia civil, y de la violencia física. En 1920, sus integrantes más radicales se proclamaron socialistas, y utilizaron *slogans*, se identificaron a partir de la utilización de determinados colores, se resistieron a pagar multas, hicieron huelgas de hambre, llegaron a utilizar los espacios públicos con sus manifestaciones, y presentaron sus demandas en las sesiones del Parlamento. Emmeline Pankhurst, líder de las sufragistas inglesas, promovió formas de violencia extremas, como incendios intencionales, que incorporó a partir del movimiento nacionalista irlandés.³⁸ Estas acciones reforzaban la imagen del modelo construido y divulgado en la Isla.

Más cercana a las mujeres de Cuba, en los primeros años del siglo xx, se presentaba la estrategia del feminismo norteamericano, que formaba parte de una

tendencia burguesa reformista consagrada a reconstruir la vida institucional norteamericana a partir de principios racionalistas e igualitarios. Las cuestiones vitales de esta reforma se manifestaban en el marco de la sociedad civil, y pretendían alcanzar cierto poder en la esfera pública, a partir de definirse, no solo como madres y esposas, sino también como ciudadanas.³⁹

Al iniciarse el siglo, las mujeres cubanas comenzaron a reclamar su lugar en la sociedad y a proclamar una equidad que consideraban justa y necesaria. En esta contienda las mujeres negras y mestizas desempeñaron un papel importante; en una posición de vanguardia aparecía *La Sibila*, pseudónimo utilizado por Úrsula Coimbra de Valverde, quien a finales de los años 80 del siglo XIX, bajo el sobrenombre de *Cecilia*, había defendido los intereses femeninos desde las páginas de la revista *Minerva*.⁴⁰ Ahora, desde *El Nuevo Criollo*, proclamaba: «Ni en Cuba, ni en otros países es la mujer inferior al hombre, ni aun faltándole armas apropiadas para entrar en la lid; lo que resulta es que el hombre ha sido y es siempre egoísta, porque se cree dueño nuestro y superior a nosotras en inteligencia y condiciones», y añadía, «la mujer [...] ha dado pruebas inequívocas de su valer».⁴¹

Una posición similar tuvo, desde las páginas de ese periódico, Salie Derosme, quien comenzó a escribir una serie de artículos sobre la situación de la mujer y sus derechos en la sociedad moderna y pretendía colocar a las de su sexo en el lugar que les correspondía. Ante las continuas manifestaciones que establecían, como esenciales para las féminas, los papeles de madre y esposa, declaraba que también el hombre había sido creado para esposo y padre, y añadía que «las leyes naturales se encargan de enseñarnos de modo concluyente que las diferencias establecidas las creara el hombre, no solo en su sed insaciable de mando y en su desconocimiento del derecho, sino que fueron debidas [...] a cierto erróneo celo y a cierta injustificada negación del progreso y del avance femenino».⁴² También se refiere a los hombres que desplazaban a las mujeres de los trabajos que estas podían desarrollar, pues «los establecimientos y oficinas están ocupados todos por hombres jóvenes y robustos».⁴³ Decisivamente consideraba que la emancipación femenina era imprescindible para lograr el equilibrio social, pero también que se necesitaría mucho tiempo para alcanzar ese propósito.

Esta actitud defensiva de las mujeres, reflejada en la prensa «de color», no era gratuita; desde 1899 en que estas comenzaron a acceder a nuevas profesiones y a defender su lugar en las que ya habían logrado establecerse, la discusión en torno a sus obligaciones y posibilidades ocupaba un primer plano. Personalidades de un supuesto pensamiento avanzado en esferas como

la salud y la educación, como era el caso del Dr. Manuel Delfín, se caracterizaron por su conservadurismo. Este se valió de la revista que dirigía para divulgar sus ideas extremadamente retrógradas con respecto a las mujeres que se preocupaban por demandar y obtener nuevas «libertades». El debate encontró un momento puntualmente favorable con la invitación de los maestros cubanos a la Universidad de Harvard; para que los hombres viajasen no había ningún problema, pero no ocurría lo mismo con las mujeres, quienes —según el Dr. Delfín—, debían ir acompañadas de una persona respetable de sus familias, y añadía, con una concepción peyorativa sobre lo cubano, «es preciso que nos demos cuenta de nuestras costumbres, de nuestro temperamento y hasta de nuestro carácter, que dependen irremisiblemente de nuestro clima y de nuestra raza».⁴⁴

A esas consideraciones denigrantes para las nacidas en Cuba, añadía el calificativo de «marimachos» para las mujeres que pretendían ocupar algún lugar, cualquiera que este fuese, fuera del hogar. Consideraba que estas representaban un papel ridículo a los ojos de los hombres sensatos, e insistía en el discurso tradicional, que se encargaba de traspolar del «hogar» a la «patria»: «la misión de la mujer es superior a la del hombre, ella es la que [...] tiene a su cargo la educación de los hombres [...] por consiguiente, los que desean lanzarla a la plaza pública, los que la arrancan del hogar para llevarla por las calles y los *meetins* [sic], son enemigos de nuestra regeneración social».⁴⁵

Algunos, ante el avance del feminismo y la vinculación de estas actitudes con la proyección social de las mujeres norteamericanas, trataban de divulgar un paradigma negativo de estas en relación con las cubanas que siempre eran descritas como delicadas, bellas, sumisas, frágiles, maliciosas, tropicales; aunque, desde luego, no se hacía referencia a las diferencias relacionadas con el lugar que ocupaban en la escala social:

Entre ellas [las norteamericanas] el mismo tipo se encuentra en casi todas las capas sociales [...] siempre estarán viajando solas, trabajando en las oficinas, despachando en los establecimientos, educando en los colegios, sirviendo de *nurses* [...] No saben amar, es decir, aman, pero a su manera [...] difícilmente se prostituyen de cuerpo [...] Sienten un horror a la suciedad, que les obliga a ser siempre aseadas, escrupulosas aunque se revuelquen en el vicio [...] Carecen sin duda de la picardía caliente, de la malicia que caracteriza a las criollas [...] reflexionan poco porque son más inteligentes [...] Aman para satisfacer una íntima necesidad [...] después que se aburren, dejan al hombre plantado [...] si él no la dejó a ella plantada antes [...] Nunca se hacen criadas al hacerse esposas.⁴⁶

Desde luego, las cubanas no se veían a sí mismas bajo ese patrón de estúpida belleza tropical, ni se

consideraban inferiores a las norteamericanas, ni tenían de estas un criterio peyorativo porque trataran de acceder a un lugar superior en la sociedad. Desde las páginas de *La Colonia Española*, La Marquesita, definía a la cubana como una mujer «airosa en el andar, altiva, feliz en la conversación, abnegada, austera, afable, sonrosada, esbelta, gallarda, laboriosa, maternal, hermosa, decidida, varonil, escultural, hebraica en su tipo, honrada y ardiente». ⁴⁷ La hacía portadora de características contradictorias que conformaban su personalidad en un sentido positivo. También añadía, sin sutilezas que «los mismos individuos que blasonan de obsequiosos con las damas son los que las conducen a la pendiente de los vicios [...] los que la adoran en los salones y en el círculo de sus amigos empañan su reputación con el dedo de la maledicencia, esos son sus peores enemigos», ⁴⁸ y en una clara referencia al tipo de familia burguesa, cuyo modelo defendían los hombres, expresaba que «los vínculos del matrimonio les crean una familia [a las mujeres], cuyo jefe, convertido en tirano, busca en otros lugares un pasatiempo a lo que él llama su desgracia». ⁴⁹ La Marquesita concluía destacando que, por fortuna, ya habían concluido los tiempos del relegamiento femenino de la vida social.

La simbología transgresora que significó el uso de las faldas pantalón, constituyó otra provocación en un contexto tan machista como el de la sociedad cubana. Considerada como una prenda ideal y práctica, fue una verdadera revolución en su época. Pero para algunos hombres implicaba que las mujeres se convirtiesen en «seres fuertes, recios, masculinos» y, no sin cierta intención amenazadora, concluían «¡Qué profanación [...] siempre habrá una gran timidez en hacer el amor a una señorita en pantalones!». ⁵⁰

A pesar de todos los obstáculos y limitaciones, las posiciones feministas se fortalecieron en 1910, y fueron divulgadas entre las mujeres a través de órganos de prensa muy diferentes; por ejemplo, la revista *Fémína*, con una proyección francamente burguesa ⁵¹ y de *Minerva*, que continuaba siendo un espacio para la divulgación de las ideas de las negras y mestizas. ⁵² Cabe, no obstante, destacar las diferencias: la primera publicaba la fundación en la Argentina de *La Liga Femenina Nacional* y resumía sus bases, según las cuales el matrimonio no haría perder a las mujeres ninguno de sus derechos civiles, y se aspiraba a que lograsen similares derechos políticos que los hombres, y que alcanzaran la posibilidad del divorcio absoluto y la protección a la infancia. ⁵³ La segunda sostenía un discurso pasado de moda y superado ampliamente por la realidad, al insistir esencialmente en el carácter de la mujer como madre y esposa, en la importancia de su educación en tanto depositaria de la formación de los

hijos que «en un día no lejano» sería «un guerrero, un político, un magistrado, un gobernante o un sabio». ⁵⁴

En los años sucesivos fue la revista *Fémína* la encargada de recoger el discurso de las feministas cubanas. Este se caracterizó, en esos momentos, por su dimensión social, al pretender cuidar el bienestar de las mujeres, conseguir leyes protectoras y lograr reformas que les facilitasen la vida; declaran, además, no ser sectarias. En 1913 se fundan dos periódicos destinados a divulgar sus ideas e intenciones, *La Luz*, dirigido por Amalia Mallén de Ostolaza, ⁵⁵ que fue órgano del *Partido Nacional* y *El Feminista*, vocero del *Partido Feminista Cubano*. ⁵⁶

En el carácter social que asume el feminismo en esos años insiste Amparo Hidalgo, quien expresa que este había evolucionado en Cuba «por un camino grato que no propende a la imposición violenta de las doctrinas, sino al logro de ideales firmemente sentidos». Las feministas se dedicaban a ayudar a las mujeres hambrientas, a las que se inclinaban al vicio, a las que rehusaban hablar en público y expresar sus ideas. Se quejaban, sin embargo, de que la campaña que habían emprendido no hubiese repercutido más. Reiteraban la necesidad de resolver un doble problema, el de la casa y el de la comida y, a pesar de que consideraban que no eran del todo reconocidas por las autoridades, habían logrado que el Ayuntamiento habanero rebajara en un 25% las contribuciones de algunos establecimientos como las sederías, perfumerías y quincallerías que empleasen un 80% de mujeres. Insistían en que las mujeres que podían vivir de su trabajo no eran capaces de convertirse en prostitutas, «la redención de la mujer no puede vivir más que por el trabajo», por lo cual era lamentable que los hombres les disputasen los puestos fáciles; «las leyes que defienden al bello sexo han de ser admitidas con simpatías». ⁵⁷

Cuatro años más tarde, el discurso de *Fémína* había variado, de ello dan cuenta una intelectual y una antigua maestra; la primera, María Vilar Buceta, mujer de gran inteligencia y raigalmente progresista, tanto desde el punto de vista social como político, escribió un breve artículo titulado «Misoginia», en el cual subrayaba que no le gustaba escribir para mujeres, en especial; ni tampoco para los hombres «enfermos de lo femenino». Con intención, hace una sutil referencia a Emilio Zamaçois, novelista que estaba de moda entre las mujeres, ⁵⁸ porque estas buscaban en sus obras cuestiones que la sociedad de la época consideraba tabúes y que este autor abordaba con cierta proyección erótica: el adulterio, la prostitución, el crimen pasional, la violación; cuestiones para las cuales siempre encontraba una actitud justificativa en el caso de las féminas. ⁵⁹ María Vilar Buceta resume esa incomprensible preferencia, en tanto se proyectaba

Al iniciarse el siglo, las mujeres cubanas comenzaron a reclamar su lugar en la sociedad y a proclamar una equidad que consideraban justa y necesaria. En esta contienda las mujeres negras y mestizas desempeñaron un papel importante.

como una moda: «Oye chica, ¿te gusta el estilo Zamaçois? —No [...] ¡usa unas corbatas tan ridículas!, ¡y es porque comprendéis que la corbata es “el estilo” del Hombre!».

La antigua maestra, devenida burguesa gracias a un matrimonio que la convirtió en rica, precisa, sin embargo, que la revista podría serle útil para «adornar suntuosamente su *home*», pero que no ayudaba en nada a «la mujer cuyo esposo gana un modestísimo haber que apenas si le permite comprar el indispensable sustento de cada día». Aboga porque la revista sea una guía para las mujeres, en general; que logre eliminar distancias clasistas y ayudar a las menos favorecidas. Finalmente, pregunta si la revista es órgano oficial del Partido feminista y si su política, en tal caso, seguirá a las inglesas, «rabiosas y rudas como hombres»⁶⁰ o a la escuela benaventiana. Aunque las posiciones de *Fémima* se habían alejado del corte social y progresista de su primera etapa, al menos tenía la valentía de publicar los criterios que no resultaban afines a sus nuevos intereses.

Otra cuestión que sembró la alarma entre los anti-feministas, fue la polémica en torno al divorcio, iniciada a principios del siglo. Durante la Convención Constituyente, se pidió, desde la revista *Cuba Libre*, el voto femenino, que solo fue respaldado por once de sus miembros. Tras este fracaso, un grupo de mujeres destacadas decidieron que en el Congreso Feminista, que debía efectuarse en la Habana en 1904, se reconocieran, como parte esencial de su programa, la defensa de los derechos civiles, el mejoramiento de la condición económica de las mujeres y otras concesiones que les permitiesen tener una capacidad jurídica similar a la que disfrutaban las mujeres en otros países. Para eso resultaba necesaria la reforma del Código Civil. En ese marco comenzó a desarrollarse la polémica sobre la ley del divorcio.⁶¹

Esa figura legal estaba presente en el Código Civil español, pero solo eliminaba «la vida común entre casados». La causa que posibilitaba la separación de la pareja era el adulterio, en el caso de que este fuese realizado por el marido; solo se aceptaba el divorcio si hubiese habido escándalo público o menosprecio, también conocido. En el caso de las mujeres, los motivos eran maltrato, violencia para obligarla a cambiar de religión, proposiciones para ser prostituida,

corrupción o prostitución de los hijos o ambas cosas, y cadena perpetua del cónyuge. El divorcio solo podía ser solicitado por la parte inocente y, de admitirse, ninguno de los miembros de la pareja podía casarse nuevamente.⁶² Pero ahora se aspiraba a eliminar todas esas limitaciones.

El divorcio, sin embargo, no era una aspiración importante para las capas populares, menos aún para las negras o mestizas, entre las cuales ni siquiera las que tenían un nivel económico relativamente estable aspiraban a esa conquista. Durante muchos años, la mujer «de color» había luchado porque el matrimonio civil fuese una realidad, pues solo bajo esa forma jurídica garantizaban la legalidad de sus hijos y su derecho a heredar a los padres.⁶³ Por otra parte, la mayoría de las negras y mestizas, de las peninsulares y de las cubanas pobres que integraban las capas populares, estaba vinculada a sus parejas por uniones consensuales; para ellas, poco o nada significaba la ley del divorcio.

Esta es la causa de que periódicos como *El Nuevo Criollo* o revistas como *Minerva*, que defendían los intereses de los negros, tuviesen un discurso aparentemente conservador. Para ellos, la palabra divorcio resultaba menos alarmante que los raptos que continuamente se producían en plena capital, que no preocupaban a nadie, según decían, porque «no afectan más que a las masas populares que solo son consideradas como insensibles bestias», y añadían, «alarma aquí el divorcio, pero no alarma el concubinato, no alarma que nazcan tantos hijos sin padres, que por confusión se detenga a una señora o señorita que por no tener 25 pesos se la ponga a dormir con criminales y rameras».⁶⁴

La posición de *Minerva* era menos contestataria, y analizaba la cuestión desde diversos puntos de vista: el relativo a los hábitos y costumbres de la sociedad cubana, que aconsejaban que la aprobación no fuese inmediata; el vinculado al aspecto económico, según el cual la víctima principal sería la mujer, con limitadas posibilidades de trabajo remunerado y cuya actividad se reducía, por lo general, «a los trabajos domésticos [...] con el divorcio se vería abandonada y sin recursos y vendría sobre ella la degradación; y, finalmente, el relacionado con la religión, pues, de aceptarse el divorcio, el matrimonio se reducía a un contrato civil. La conclusión de esta página feminista podría resultar

sorprendente: «¡Abajo el divorcio!. ¡Arriba la indisolubilidad del matrimonio!».⁶⁵

Desde luego que, en ciertos casos, se veía como una solución; algunas, sin ser partidarias del divorcio, lo aceptaban en casos límite: «Pero si el hombre ama la mujer de su vecino y es amado por ella, si su compañera se le hace insufrible, si el hogar que antes amaba ya para él carece de encantos, ¿qué ley puede obligarlo a seguir en un contrato que él hizo una vez y ya se le hace intolerable el continuarlo?. En esta disquisición se dejaban de lado las consecuencias económicas de las mujeres que no tenían recursos para subsistir». ⁶⁶

La polémica con respecto al divorcio afectaba, esencialmente, a la familia burguesa, y fue recogida por Miguel de Carrión, en las páginas de *Azul y Rojo*⁶⁷ —diario del que era director, de abril a noviembre de 1903. Novelista destacado, años más tarde consagró su prestigio literario con dos novelas: *Las honradas* y *Las impuras*, que pusieron sobre el tapete muchos de los problemas de esos años, el adulterio, la doble moral, los problemas de la familia burguesa, las situaciones en las ciudadelas; en fin, el complejo mundo de la sociedad cubana en su tránsito hacia la modernidad y el enfrentamiento de códigos morales tradicionales con situaciones que, por esa vía, no podían encontrar solución. ⁶⁸

¿Cuáles eran los preceptos que se discutían en ese contexto? El principal, la familia individual que «no es más que la unidad económica de la sociedad». El varón «instituyó la monogamia en provecho suyo, al reglamentar la trasmisión de bienes adquiridos, [...] entonces el derecho de la mujer, y la mujer misma, se hundieron bajo las ruinas del derecho materno hecho polvo». Una segunda consideración se basaba en que «la mujer es esclava y el hombre hipócrita». La tercera, menos dramática, que la familia solo tiende a una finalidad positiva: «asegurar la paternidad de la prole, harto problemática para el hombre».

Ante las dificultades que se derivaban del matrimonio civil y religioso, cuyos inseparables compañeros eran «el hetairismo y el adulterio», los ricos burgueses concluían, con una verdad de Pero Grullo, que «las uniones más duraderas y menos mentirosas son las que se verifican entre hombres y mujeres de la más humilde condición social, los menos instruidos y educados.

Finalmente, se insistía en que la aprobación del proyecto de Ley solo implicaba la posibilidad de una separación legal y la reconstrucción de la vida futura, «sin que proclamara la anarquía y obligara a los matrimonios a pedir el divorcio». ⁶⁹ Según el periódico, Carrión recibió cientos de felicitaciones por sus artículos, sobre todo de mujeres; para los hombres ricos, la situación era la misma, ya que, con o sin divorcio, ellos

mantenían, por lo general, relaciones extraconyugales, sin que la sociedad se escandalizase por eso. Sin embargo, el atrevimiento epistolar también tenía un límite, pues las cartas solo se firmaban con las iniciales.

Algunas de las consideraciones de Carrión son francamente reaccionarias e inhumanas, sobre todo las que hace a partir del nacimiento de hijos naturales que, según él «suele ser en el hogar de los desheredados un obstáculo, cuando no es un enemigo [...] Allí hay madres que viven fuera de la ley común, [...] seres que forman como un sedimento de la evolución social y que no debían vivir me diréis, pero que viven y forman parte de las colectividades y están sujetas también a sus disposiciones jurídicas». Es decir, los pobres y los marginados quedaban fuera de todo plan, y los hijos legítimos —en una increíble concesión a las burguesas que leían con apasionamiento sus artículos— eran «los únicos en que debemos ocuparnos hasta el presente». ⁷⁰

Un divorcio, amplio, liberal, sin eufemismos ni reservas, se encargará de demostrar que la mayor parte de los casados apenas se enterarán de que dicha Ley se ha promulgado, concluía Carrión.

En este entramado resulta obvio que, para las mujeres, todo resultaba muy complejo: la superación, el trabajo, los derechos ciudadanos. La importancia de sus discursos y estrategias en esta etapa descansa en la transgresión y el rompimiento de marcos y conductas tradicionalmente establecidos. Paso a paso, fueron defendiendo su independencia económica, su presencia en los espacios públicos y la equidad ante todo tipo de derechos. Iniciaron un camino que aún siguen desbrozando.

Notas

1. Utilizo el concepto de capas, en lugar de clases sociales, para definir los diversos integrantes de la población cubana relacionados con el mundo del trabajo, tanto en la producción como en los servicios, en la etapa que abordamos. Bajo esta categoría ubico a gentes tan diversas como obreros, artesanos, jornaleros —urbanos y rurales—, pequeños comerciantes de venta «al detalle», empleados del comercio —conocidos generalmente por el nombre genérico de «dependientes»—, pequeños propietarios rurales, y también profesionales liberales como los maestros de escuela, los litógrafos, y algunos periodistas que, por origen social o por simpatías, defendían los intereses de la población común.

2. «Educación de la mujer III», *La Voz de Cuba*, La Habana, 7 de enero de 1887, p. 2.

3. Heráclito, «La madre de familia», *Semanario Cubano*, Santiago de Cuba, domingo 25 de febrero de 1855, p. 58. Fragmento citado por Lucía Provencio Garrigós en «Educación moral en Santiago de Cuba (1ª mitad del siglo XIX), principio organizador de los modelos de feminidad y masculinidad», en Juan Andreu y Roland Forgues, eds., *Ser mujer y tomar la palabra en América Latina*, Universidad de Murcia y Presses Universitaires de Pau, 1999, pp. 63-81.

María del Carmen Barcia Zequeira

4. Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 4, Taurus, Madrid, 1993, p. 586.

5. Esta teoría aparece en su obra, *Of Queen Gardens*, editada en 1864.

6. Georges Duby y Michelle Perrot, ob. cit., p. 588.

7. *Ibidem*, pp. 586-7.

8. Michelle Perrot, «Salir», en Georges Duby y Michelle Perrot, ob. cit., p. 688.

9. «La educación de la mujer I», *La Voz de Cuba*, La Habana, 4 de enero de 1887, p. 2.

10. La Marquesita, «La educación de la mujer», *La Colonia Española*, n. 2, La Habana, 20 de enero de 1907, p. 8.

11. Los cujes son ramas delgadas de árboles, que se desbrozan y utilizan para colocar las hojas de tabaco, ya cosidas y ponerlas a secar en las casas de tabaco.

12. «Los que triunfan, la Casa de Crusellas», *Minerva*, La Habana, n. 7, 1 de abril de 1911, pp. 16-7.

13. «Página Azul», *El Dependiente*, La Habana, n. 7 y 8, 1 de marzo de 1903, p. 13.

14. Manuel Delfín, *Memoria Anual 1902-1903*, Imprenta Ancha del Norte 219ª, La Habana, 1903, pp. 77-90.

15. En 1912, era su presidenta América Arias y aparecían como socias de honor Carmela Nieto de Durland y América Goicuría. Véase *Minerva*, n. 3, La Habana, febrero de 1912, p. 11.

16. En este caso por Domitila García de Coronado y por Rosario Sigarroa, respectivamente.

17. La dirigía Alfredo Montes y comenzó a publicarse en 1902.

18. Esta revista que en los años 80 del siglo XIX había estado prácticamente en manos de las mujeres negras y mestizas, durante el siglo XX tuvo una proyección mucho más masculina. No obstante, algunas mujeres continuaron escribiendo en ella.

19. Miguel de Carrión, «El triunfo de las mujeres», *Azul y Rojo*, n. 21 y 22, La Habana, 31 de mayo de 1903, p. 2.

20. Alvaro Catá, *De guerra a guerra*, La Habana, Imprenta La Razón, 1906, pp. 15-6.

21. Juan Ramón Somoza, «Por la mujer gallega III», *Galicia*, n. 35, 30 de agosto de 1903, p. 2.

22. Uno de los asilos estaba en San Miguel 188 y el otro en Apodaca 73. *El Nuevo Criollo*, La Habana, 3 de diciembre de 1904, p. 2, c. 4.

23. Véase *Cuba Libre*, La Habana, n. 2, 11 de enero de 1903, p. 6.

24. Véase *El Comercio*, La Habana, 29 de marzo de 1900, p. 3.

25. La revista *El Figaro*, las aplicó desde 1899, ese año para conocer el criterio de la población con respecto a la estatua que debía sustituir, en el Parque Central de La Habana, a la de Isabel II, y en 1901 para detectar la forma en que se proyectaba la votación de los candidatos a la presidencia de la República.

26. *Azul y Rojo*, La Habana, n. 20, 17 de mayo de 1903, p. 1. En este número se dan las conclusiones. La mujer más elegante fue la condesa de Loreto; la mejor poetisa, Mercedes Matamoros; la mejor prosista, Luisa Pérez de Zambrana; la mejor pianista, María Adam de Aróstegui, la mejor pintora Adriana Billini (que dirigía una academia de pintura en La Habana), la mejor actriz, Chalia Herrera (en segundo lugar quedó Luisa Martínez Casado y en tercero, Esperanza Iris); la

mejor maestra, María Luisa Dolz y la mejor profesora de obstetricia, la Dra. Celia Núñez.

27. «Noticias», *La Escritura Veloz*, La Habana, n. 8, octubre de 1903, p. 92. En la redacción de esta revista colaboraba un apreciable número de mujeres que pertenecían a esa profesión.

28. *La Escritura Veloz*, n. 2, La Habana, abril de 1903, p. 23-4.

29. Una posición favorable a las mujeres se observa en la revista *La Escritura Veloz*, en cuya dirección y redacción participaban. Esta revista, dirigida por Enrique L. de Orellana, comenzó a editarse en marzo de 1903 y era el órgano de la Asociación Profesional de Estenógrafos Cubanos. Orellana era español. Había fundado la primera cátedra de taquigrafía en el Centro de Dependientes, en 1889, y fue el organizador del primer cuerpo de taquígrafos que funcionó en las Cámaras Autonómicas. Esto le procuró determinados enfrentamientos, por lo general profesionales, en cuya discusión desempeñaba un papel su condición de español no independentista, cuestión que puede observarse en sus polémicas con el Conde Kostia desde *La Lucba*, por las acusaciones de plagio que Orellana hizo a Frank Betancourt, quien dirigía la academia oficial de taquigrafía; por esa y otras «inmoralidades», Betancourt fue detenido y destituido. Su lugar al frente de la academia lo ocupó Luis E. Lecuona. Orellana fue un defensor a ultranza del trabajo femenino.

30. Esta es la posición que defendía el director de la revista *Cuba Taquigráfica*, Francisco Ledón, licenciado en Derecho, jefe de la sección de taquígrafos de la Cámara de Representantes y vicepresidente de la Asociación Taquigráfica de la Isla de Cuba.

31. Francisco Ledón, «El feminismo en la taquigrafía parlamentaria», *Cuba Taquigráfica*, n. 4, La Habana, 15 julio de 1903, pp. 1-4.

32. Manuel Martín, «El feminismo en la taquigrafía parlamentaria», *Cuba Taquigráfica*, n. 5, La Habana, 15 agosto de 1903, p. 4.

33. Manuel Martín, «El feminismo en la taquigrafía parlamentaria», *Cuba Taquigráfica*, n. 6, La Habana, 15 octubre de 1903, pp. 8-10.

34. S/a, «El feminismo. Postdata», *Cuba Taquigráfica*, n. 11, La Habana, 15 de enero de 1904, p. 2.

35. Fue fundada por la Orden 107 del 14 de marzo de 1900, promulgada por Leonardo Wood. La taquigrafía se enseñaba en la escuela del Centro de Dependientes desde el año 1889. En 1901, se abogó por la creación de escuelas municipales.

36. Véase *La Escritura Veloz*, n. 3, mayo de 1903, pp. 10-11.

37. Manuel Villaverde, *Purita Rosal. La novela de una tiperrita*, Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1911.

38. Georges Duby y Michelle Perrot, ob. cit., p. 519.

39. *Ibidem*.

40. Para mayor información al respecto véase María del Carmen Barcia, «Mujeres en torno a Minerva», *Rábida*, n. 17, Huelva, 1998, pp. 113-20.

41. La Sibila, «La mujer en la poesía cubana», *El Nuevo Criollo*, La Habana, 22 de octubre de 1904, p. 2.

42. Salie Derosme, «Amor y deber», *El Nuevo Criollo*, La Habana, 21 de enero de 1905, p. 2.

43. *Ibidem*.

44. Manuel Delfín, «El viaje de los maestros a los Estados Unidos», *La Higiene*, n. 12, La Habana, 30 de abril de 1900, p. 133.

45. Manuel Delfín, «Marimacho», *La Higiene*, La Habana, 10 de abril de 1900, p. 109.
46. E. Castañeda, «Siluetas norteamericanas», *Azul y Rojo*, La Habana, 1 de noviembre de 1903, p. 40.
47. La Marquesita, «Cubanas y españolas. Paralelo», *La Colonia Española*, n. 2, La Habana, 20 de enero de 1907, p. 8.
48. «La educación de la mujer», *La Colonia Española*, n. 4, La Habana, 20 de abril de 1907, p. 8.
49. *Ibíd.*
50. Urbano del Castillo, «Páginas aristocráticas», *Fémima*, n. 3, a. 3, La Habana, marzo de 1911.
51. *Fémima* comenzó a editarse en 1909. Era dirigida y administrada por hombres. En su redacción había cuatro mujeres únicamente: Clotilde Adolfo, Adelina Correa de Malvey, América Pintó y Catalina Kruger. En 1910, empezó a colaborar con la revista la intelectual española Carmen Burgos, profesora de la Escuela Normal de Maestros de Madrid, quien firmaba sus artículos con el pseudónimo de Colombine. Su mentor era el periódico *Cuba*.
52. Para algunos elementos sobre el feminismo en la República puede consultarse el artículo de Julio César González, «Historia de la mujer en Cuba: del feminismo liberal a la acción política femenina», en José Antonio Piqueras Arenas, ed., *Diez nuevas miradas de Historia de Cuba*, Universidad Jaume I, D. L., Castelló de la Plana, 1998.
53. *Fémima*, n. 7, La Habana, julio de 1910, s/p.
54. Cristina Sarracent, «Influencia de la mujer en el porvenir de la sociedad», *Minerva*, n. 4-5, La Habana, 1 de noviembre de 1910, pp. 10-1.
55. En los años 30 dirigía la Asociación Pro Paz Universal, el Partido Nacional Sufragista y la Federación de Asociaciones Femeninas.
56. Rosa Sandoval, «La vida feminista en Cuba», *Fémima*, n. 12, La Habana, diciembre de 1913, s/p.
57. Amparo Hidalgo, «¿Qué trae 1915 para las mujeres cubanas? ¿Por caminos de redención?», *Fémima*, n. 1, La Habana, enero de 1915, p. 2.
58. La lectura de novelas por parte de las mujeres siempre fue una cuestión criticada por los hombres. Según estos, las introducían en una vida de fantasías muy distintas a la realidad y solo eran capaces de inducir las a cometer transgresiones morales. En esta dirección puede consultarse el libro de Nancy Armstrong, *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, Editorial Cátedra, Madrid, 1991, pp. 124-36.
59. María Vilar Buceta, «Misoginia», *Fémima*, n. 2, La Habana, 15 de septiembre de 1919.
60. «Carta a la señora Susana Luis de Amaro, directora de la Revista», firmada por La Maestra, *Fémima*, n. 2, 15 de septiembre de 1919, p. 2.
61. Pedro Becerra Alfonso, «Los derechos de la mujer», *Cuba Libre*, n. 26, 16 de octubre de 1904, p. 10.
62. Joaquín Abella, *Novísimo Código Civil español. Precedido de una introducción histórico-crítica, comentado y concordado con la antigua legislación y con las leyes vigentes*, Artículo 104, La Riva, Impresor de la Casa Real, Madrid, 1888, pp. 91-2.
63. Véase María del Carmen Barcia, «Mujeres en torno a Minerva», *ob. cit.*
64. «¿De quién será la culpa?», *El Nuevo Criollo*, La Habana, diciembre de 1904, p. 1.
65. Carmelina Sarracent, «Páginas feministas», *Minerva*, n. 6, La Habana, 30 de marzo de 1911, pp. 7-8.
66. Salie Derosme, «El divorcio», *El Nuevo Criollo*, 4 de marzo de 1905, p. 1.
67. Fernando Ortiz refiere que para su proyecto de estudio de la mala vida en La Habana, Mario Muñoz Bustamante estudiaba la mendicidad y Miguel de Carrión la prostitución. Véase Fernando Ortiz, «Brujos o santeros», *Estudios Afrocubanos*, v. III, 1939, pp. 85-90.
68. Tal vez por casualidad, los artículos de Carrión sobre el divorcio cesaron a finales del año 1903, pero es cierto que, en 1904, contrajo nupcias con Lucía Rivero, joven perteneciente a la más rancia burguesía criolla.
69. Miguel de Carrión, «La Ley del divorcio I», *Azul y Rojo*, n. 15, La Habana, 12 de abril de 1903, p. 4.
70. Miguel de Carrión, «La Ley del divorcio IV», *Azul y Rojo*, n. 18, La Habana, 3 de mayo de 1903, p. 4.

Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930)

Ricardo Quiza Moreno

Investigador. Instituto de Historia de Cuba.

Los enemigos de todo pueblo, son todos,
absolutamente todos los pueblos extraños
[...] no porque esto sea un mal querer un
odio enconado, sino porque esto es
necesidad de la vida [...] y para luchar se
impone la necesidad de un enemigo, que será
constante o transitorio según la permanencia
o movilidad de los intereses opuestos.

Fernando Ortiz, *Entre cubanos*.

Yo soy el Sur que ansía el Norte y el hielo.
Tayeb Salih, *El emigrante*.

A propósito del torneo de autoestima que inspiraran las celebraciones quintocentenarias, un humorista sudamericano daba fe de los dispares pero inseparables motivos del «homenaje». La historieta muestra a un chico condenando la aventura colombina: «si no fuera por los colonizadores —arguye el pequeño— estaríamos muy tranquilos con nuestros taparrabos viendo el fútbol por televisión».

Este remolino de sentimientos ha invadido las retóricas de la elite nacionalista, particularmente en aquellos países que pasaron de la dependencia colonial hacia otras formas de subordinación. Un exponente

del desconcierto provocado por las circunstancias neocoloniales en la mayor de las Antillas fue *La crisis política cubana: sus causas y remedios* (1919),¹ especie de diagnóstico clínico sobre lo doméstico donde se agrupaban tesis comunes al campo intelectual en el período posterior a la independencia. Tales pronunciamientos —elaborados por Fernando Ortiz— estuvieron rodeados de tantas paradojas que los exégetas de la transición republicana concordaron en soslayarlos.

Para algunos especialistas el «pesimismo» y «confusión» reinantes a principios de este siglo condujo a numerosos malentendidos; a pesar de ello, «independentistas» y «anexionistas» han figurado en la historiografía como bandos escindidos e identificables, portadores de programas nítidos y radicalmente desiguales. Sin embargo, el texto citado, así como otros referidos al curso sociopolítico de la nación —compuestos por la intelectualidad entre 1902 y 1930— estuvieron cargados de medias tintas, lo que hace pensar en la preminencia de un discurso oscilante, desprovisto de esa bipolaridad que se le confiere.

No pocas veces la defensa de lo nacional —un tema obligado y recurrente para la «ciudad letrada» criolla²— fue esgrimida a partir de presupuestos nebulosos, develadores de una construcción de la autoctonía fundada en estrategias capaces de enaltecer u ocultar, según el caso, aquello que se estimaba como rasgo típico o deseable de la «cubanidad».

Entre las razones que explican tales titubeos está la que alude al desencuentro entre el carácter de «transacción» que asumen las relaciones coloniales y neocoloniales³ y la naturaleza de las narrativas periféricas, sostenidas en el choque con el *alter* metropolitano, aunque los contactos con este último estuviesen asistidos no solo del poder y la violencia que ejerce el «dominante» sino también de una ambigua y «cordial intimidad».⁴

Quizás por eso, reconsiderar la proyección de la *intelligentsia* vernácula en la coyuntura de «entre imperios», signifique reflexionar sobre las conexiones —a ratos «conflictivas», por momentos «amorosas»— que se establecen en torno a la Isla y su nuevo (o antiguo) tutor.⁵

Allí donde el resultado de la hegemonía imperial fuese interpretado como desventajoso para la identidad, será elaborado, y enarbolado, un *corpus* de nociones que refuerzan las diferencias; por el contrario, cuando los términos del intercambio se visualizan como beneficiosos para el robustecimiento de lo nacional, abundarán las filiaciones.

El pensamiento de Fernando Ortiz es en ese aspecto ilustrativo. Intelectual de renombre y sujeto activo en la vida pública, el destacado académico constituyó un punto de referencia para sus contemporáneos.

Como patriota convencido, Ortiz no tuvo reparos en señalar los factores que, a su juicio, conspiraban o contribuían al fortalecimiento del «alma cubana»; solo que un examen de sus pronunciamientos deja entrever la estructura «gaseiforme» del discurso identitario.

En tal sentido propongo distinguir, en los principales textos confeccionados por Ortiz durante el «primer ensayo de República»⁶ aquellos zigzagueos que hacen del relato nacionalista una instancia estructurante, contradictoria y móvil. Para ello intentaré mostrar como la hidalguía y el utilitarismo suelen ser motivos de una retórica o de una práctica que ensalza y desacredita indistintamente el nexo con las metrópolis. De manera circunstancial aparecerán textos de otros autores que confirman el nivel de consenso y la existencia de un diálogo fluido alrededor de la problemática nacional.

La presencia de ideas contrapuestas en un mismo texto, en escritos y alocuciones próximos en el tiempo y en otros lejanos entre sí, desechan la hipótesis de una actitud ingenua de la élite nacionalista y posibilita reconocer el papel del letrado en el espacio público de la Cuba transicional.

El rescate del Quijote

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España.*

Rubén Darío

Los combates por la identidad en Cuba poscolonial se libran en un escenario rodeado de tensiones y complicidades entre la secular tradición hispana —que se insinúa como garantía del ser nacional— y el espíritu siempre incómodo pero necesario de la modernidad, personificado por los Estados Unidos. Tales clamores de reafirmación compartirían, en ocasiones, los puntos de vista de las élites españolas y latinoamericanas en relación con el tránsito de sus respectivos países al *via crucis* trazado por el imperialismo. Desalojada España del ámbito latinoamericano, los pensadores de la región comenzarían a potenciar la pertenencia a un tronco común —el de la latinidad e hispanidad— para enfrentarlo a las apetencias del capitalismo inglés o norteamericano, de modo que las afinidades con la «madre patria», expresadas en la supuesta comunidad de raza, lengua y religión, confirman una cultura ancestral, lo suficientemente sólida como para oponerse al grosero «utilitarismo» anglosajón.

El antídoto para extirpar el presunto mal habría de hallarse en el fortalecimiento de la tradición, o sea, en el rescate del antiguo esplendor de las élites criollas, para que fungiesen como fuerzas capaces de educar al pueblo y como entidades aptas para conseguir la importación de inmigrantes europeos, en especial ibéricos, lo que resucitaría el idealismo continental. De hecho los intelectuales de Nuestra América apuestan al surgimiento de sociedades monitoreadas por «razas pensadoras»,⁷ prestas, desde su altura, a catequizar al «buen salvaje». De esas tesis —resumidas en la expresión de Rodó, «gran civilización, gran pueblo»— se desprenden proposiciones que reproducen la lógica excluyente de las metrópolis imperiales.⁸

Las soluciones al problema nacional se fundan en la obsesiva contraposición élite-masa, traducida en el universo de la cultura a la vieja antinomia civilización *versus* barbarie, e interpretada a escala sociológica como el choque entre «orden» y «anarquía», entre el principio «selectivo», a la manera darwinista, y la voluntad democrática. Si la reconciliación con la ex metrópoli se resuelve mediante códigos que subliman las desigualdades, entonces la «espiritualidad» y «alcurnia» atribuibles a Don Quijote tenderán a incluirse en el relato nacionalista, una saga cuyos visos de científicismo y

religiosidad delatan los turbios parentescos entre «tradición» y «progreso». Al «ingenioso hidalgo» se le dará la misión de iniciar una «cruzada civilizatoria» que conjurase ciertas «patologías sociales» e impidiese la amenaza extranjera; para ello inculcaría a las muchedumbres del subcontinente la «idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas».⁹

Pudiera afirmarse que el clan letrado latinoamericano suministró las tácticas para que los ilustrados de la mayor de las Antillas resguardasen el acervo «nacional» de posibles «contaminaciones»; sin embargo las representaciones patéticas que de la transición hicieran los intelectuales cubanos de principios de siglo se debieron en parte al tono trágico que adoptaran los escritores españoles de la generación del 98. Un imperio nostálgico por lo que fue y una isla intervenida en un par de oportunidades por los *yankees* acreditaban el pesimismo a ambos lados del Atlántico. En todo caso, el perfil tremendista del relato nacional sugiere la revitalización de una identidad agónica, en peligro de desvanecerse ante el «huracán» de fuerzas ajenas.

Ese contexto de reiterados ataques a la soberanía produciría encontradas opiniones con respecto a las potencialidades de la sociedad cubana. No faltaron voces que invocaban de forma unilateral las bondades o perjuicios del tutelaje «americano»; no obstante abundaron los enjuiciamientos intermedios, inclinados, al igual que los restantes, a ofrecer «terapias» que procurasen el «sanamiento» del «organismo colectivo». Bajo ese sello salieron a la luz un grupo de artículos firmados por Fernando Ortiz que pretendían dar cuenta de la actualidad política y sociocultural cubana, casi todos preparados entre 1906 y 1908, coincidiendo con la segunda estancia de los norteamericanos en la Isla. Los textos en cuestión se compilaron bajo el título *Entre cubanos, psicología tropical*.¹⁰ El argumento de la trama se construyó en virtud de una red de alusiones que giraban alrededor del presumible deterioro ético-espiritual del cubano, un sujeto desprovisto de requisitos para convivir «civilizadamente» en la vida moderna.

Según Ortiz, una suerte de quietud espiritual obstaculizaba la soberanía e impedía la conducción del país hacia un estatus de prosperidad y una eficiente organización civil. El «marasmo» provocado por el clima y el mestizaje requería de una política cultural y pedagógica que despertase al «soñoliento hijo de los trópicos»¹¹ del entusiasmo provocado por la independencia. Escritos en primera persona y frecuentados por los giros apocalípticos de la literatura del «desastre», los textos reunidos en *Entre cubanos...* bosquejan el perfil del letrado visionario, empeñado

—cual Virgilio— en iluminar los senderos que conducen a la «regeneración» nacional.

A ti que duermes al borde del camino de la vida, mientras los fuertes van pasando en sus carros augustales de victoria [...] a ti dedico esta colección de articulejos regados por diarios y revistas antillanas.¹²

Para el destacado hombre de letras, esa conciencia, encarnada en las «voces aisladas» que «claman por una fuerza de fe y por la dominación dictadora de nuevos ideales»,¹³ se encargaría de estimular «una nueva cruzada, una locura colectiva» que permitiría «apoderarnos del sepulcro del Caballero de la Locura, profanada por los hidalgos de la Razón».¹⁴

De cualquier manera, la identificación con el Quijote se aviene al deseo de incorporar en el entramado social los rasgos asignados comúnmente al hidalgo, como son la perseverancia, voluntad de liderazgo y capacidad para afrontar las adversidades. A ello se agrega la correspondiente «distinción» del caballero así como su desdén por lo terrenal, gesto que Ortiz asocia con la posibilidad de superar el afán de lucro y el oportunismo que corroen la vida republicana.

El rescate de la hidalguía constituye un recurso nemotécnico que informa sobre el remoto origen de la identidad, sin herir las susceptibilidades surgidas del enfrentamiento hispano-americano. Al mismo tiempo el «viaje a la semilla» autoriza el reencuentro de los nacionales con el espíritu «empreendedor» de épocas pasadas dejándolos en condiciones de aceptar el reto de los «americanos».

Sean fuertes, y ricos de savia [...] los brotes intelectuales de la joven generación [...]; sepamos arrancar de su tronco de robustas raíces los hongos que distraen [...] el jugo de la vida nueva, si no queremos que cuando vengan las nevadas del Norte, mueran en flor nuestras pocas y tiernas esperanzas, y el tronco en pie y firmemente arraigado en el pasado aparezca muerto y tétrico.¹⁵

La fórmula estribaba en ensamblar —mediante esfuerzos de divulgación cultural— un colectivo disciplinado y menesteroso que hiciera innecesaria la intervención extranjera. Así, el apego a las cláusulas de la ilustración convirtieron la reforma espiritual en vehículo para el «mejoramiento» de la patria.

«En Cuba, más que en otros pueblos, defender la cultura es salvar la libertad»¹⁶ afirmaría el presidente de la Sociedad Económica Amigos del País, Raimundo Cabrera, en 1923, dando continuidad a una idea recalada por Ortiz desde la aparición de su primer libro, *Los negros brujos* (1906), hasta las postrimerías de la década de los 20. Este criterio figuraría en las prédicas de diversas generaciones y tendencias; desde Enrique José Varona, hasta Rubén Martínez Villena. Asimismo, se animarían programas de «evangelización», promocionados por no pocas instituciones como la

Falange de Acción Cubana, la Junta Cubana de Renovación Nacional y el Grupo Minorista.

Para ejecutar la propuesta de reconstrucción espiritual, la hermandad letrada sugirió la fundación de un ejército de pensadores comparables a los de la primera mitad del siglo XIX. Luego de imaginar una historia protagonizada por unos «pocos plantadores dueños de vidas y haciendas [...] y unos escasísimos militares y magnates»,¹⁷ Ortiz enmarca, entre los albores del ochocientos y el comienzo de la guerra, el verdadero esplendor de la colonia: [...] antes que el machete dejara de ser arma pacífica, fueron armas poderosas la palabra y la pluma.¹⁸ Pero este proceso fue abortado —según palabras de Ortiz— por la gesta emancipadora:

[C]uando la élite de nuestro pueblo pudo ser más coherente, el estallido de movimientos insurreccionales, genuinamente separatistas, vino a disgregar los escasos elementos de nuestra aristocracia y separarlos con honda sima.¹⁹

A contrapelo de la legitimidad que se le concede, el proceso independentista es visto por Ortiz como un factor disociador que frenó la evolución espiritual de la Isla e impidió que fructificase el canon cultural de a élite. A propósito de este tópico, el ensayista Jorge Mañach aseguraría —como antes lo hicieran Manuel Sanguily y Manuel Márquez Sterling— que «la guerra de independencia [...] nos conquistó la dignidad política a cambio del estancamiento intelectual».²⁰

Curiosamente, quienes retroceden a la Hispania medieval para curtir la ficción nacionalista terminan por invocar a los antiguos sabios. Esa maniobra conduciría a los partidarios del quijotismo a trocar «espada» por «pluma» procurando un espacio para el «hombre culto». El retorno propuesto por Ortiz se detiene en la primera mitad del siglo pasado, cuando la sociedad colonial, en períodos de relativa calma, pudo ofrecer pensadores y asociaciones de cultura más cercanos al estereotipo del «filósofo rey» que a las representaciones del «detrado guerrero». Saco, el «mentor»; el «estadista» Arango; Varela el «sacerdote» y «Don Pepe, el maestro del civismo cubano», son «luminarias que forman el santoral de la religión patriótica»;²¹ entretanto la Sociedad Económica Amigos del País es «santuario de las tradiciones de la intelectualidad», «cuna» de la «civilización criolla», «panteón de los héroes de nuestras luchas seculares por el pensamiento y la idea nacional».²²

Las batallas por la identidad pasan por la fundamentación del «sabio cívico»²³ en el manejo de los asuntos públicos. Los intelectuales de estirpe señalan una sociedad necesitada de sujetos como ellos para ordenar el caos, mientras los «pinos nuevos» devalúan el presente para promocionarse como salvadores de la República, pero todos coinciden en destacar la «decadencia cubana».

De algún modo, muchos artículos, ensayos, discursos, conferencias y obras artístico-literarias de las primeras décadas republicanas cuestionaban la solidez del edificio nacional atendiendo al grado de imperfección del sistema en las circunstancias neocoloniales.²⁴ Como norma, los juicios vertidos respondían a una cosmogonía racionalista, deudora del conocimiento aportado por las ciencias naturales y exactas. Una lectura geométrica, aritmética, mecánica y médico-biologizante de lo social —arraigada desde el siglo anterior— aconsejaba la «higiene social» mediante una profilaxis redentora.²⁵

En 1905, Varona disertaba sobre la emergencia del imperialismo describiendo el fenómeno expansionista como un proceso de fagocitosis.²⁶ Dos años más tarde se publica *Cuba y su evolución colonial*, texto en el que Francisco Figueras hacía una radiografía etnocultural y sociológica de la Isla para advertir su inminente debacle como consecuencia del mestizaje y el medio ambiente.²⁷ En 1905 y 1920, Enrique Lleria editó los dos tomos de *Evolución super-orgánica*, en ambos se intentaba adoptar los métodos de la neurología en el área de los estudios sociales.²⁸

En esa «voluntad de saber» se inscribieron el grueso de las realizaciones de Ortiz, en especial su serie de estudios etnológicos e históricos bajo el denominador de «Hampa afrocubana», así como los textos antologados en *Entre cubanos...*, que dieron sistematicidad y coherencia al tema de la decadencia. En todos ellos se argumenta la fragilidad de la «nación» y la urgencia de incorporar los paradigmas cognocitivos de la modernidad. La paradoja consistía en abusar de un instrumental científico que objetaba el deseo de movilidad social —implícito en esas mismas doctrinas racional-emancipadoras—, y promovía las instancias jerárquicas.

Como es obvio, Ortiz y muchos de sus contemporáneos enfrentaron también el dilema que supuso adecuar el arsenal de teorías provenientes de Europa y Norteamérica a un entorno que disentía de los moldes académicos occidentales. El desfasaje entre proceder científico y propósito nacionalista daría lugar a retóricas espurias, atravesadas por proposiciones tan contrarias —como complementarias— con respecto a la «cubanidad».

Para los que observaban a Cuba con lentes de naturalistas, la sociedad aparecía como un «cuerpo» cuya debilidad se debía a la acción devastadora del calor y la negritud. Para «sanar» males «complejamente sociales, étnicos y telúricos»²⁹ se recurrió al teorema del entrecruzamiento racial, de modo que el aumento en la proporción de blancos —y obsérvese la obsesión por las cifras— eliminara los «atavismos» de la «gente de

color». De ese criterio fueron partícipes Varona, Trelles, Mañach, Ramiro Guerra y Raimundo Cabrera, heraldos del decadentismo.³⁰

El «blanqueamiento» se lograría con el fomento de una política migratoria que captase los grupos humanos oriundos del viejo continente, en particular de la ex metrópoli, solución que había sido orquestada con frecuencia por los intelectuales del siglo XIX. De forma abierta o tácita, la cofradía de letrados se inclina por «iberizar» al país, considerando la proclividad del peninsular a trasladarse a una región próspera en lo económico y familiar en lo cultural, como apuntara Enrique José Varona.³¹ Por ello entre los «remedios» insinuados por Ortiz para enmendar la «crisis política cubana» se hallaba el «favorecimiento de la inmigración hispana, acompañada de nutridos contingentes europeos, para aumentar la importación de brazos, y, lo que es al menos tan beneficioso, la importación de ideas».³²

Por contraste, de estos y otros textos de Ortiz podemos extraer afirmaciones que cuestionan cada una de sus tesis, lo que prueba el despliegue de un discurso contradictorio y ambivalente con respecto al «deber ser» nacional.

Le beau geste des yankees

En un vaso de 8 onzas, ½ onzas de ron y cubos de hielo, con Coca-Cola y gotas de limón; revolver.

Cuba Libre (receta)

La influencia norteamericana en Cuba obligó a la élite a superponer parlamentos contrastantes en relación con el vínculo al imperio emergente. Por momentos se advierte la admiración hacia los Estados Unidos como arquetipo tecnológico y democrático, reconociendo los auxilios prestados en el terreno militar y en el área pedagógico-sanitaria. El retroceso de la «civilización» insular —asumido como déficit cultural y orgánico— precisaba de la imitación del modelo «americano», acreedor de comportamientos y saberes competentes.

Para ubicar al país en un estadio «superior» había que desembarazarse del lastre hispano. Los criterios de algunos medios académicos españoles sobre las lealtades entre la «madre patria» y sus «hijas» trasatlánticas hicieron que Fernando Ortiz desencadenara una campaña publicística contra lo que consideró un intento de recolonización por conducto de la política y la cultura. De la polémica con los hispanistas salieron impresos varios artículos en el diario *El Tiempo* y la restrenada *Revista Bimestre Cubana* (1909-1910),

antologados con premura en *La reconquista de América* (1910).³³

La celeridad editorial que, según el historiador Julio Le Riverend pospuso la salida de *Entre cubanos* (un volumen con textos más antiguos), obliga a meditar sobre la época que rodeaba a esta empresa bibliográfica. Ese ejercicio académico y propagandístico se enmarca en la antesala de 1914, cuando las potencias imperiales habilitaron ideológicamente el nuevo reparto del mundo. Aunque extemporáneo, el panhispanismo promovido por los círculos intelectuales y de poder en la península se articulaba con la proyección hegemónica del pangermanismo y el paneslavismo que sirvieran de preludios discursivos a la «era de los extremos». En ese complot se contemplaba a la masa de inmigrantes españoles venidos a América, cuyas cifras habían crecido de modo ostensible.

En los «espontáneos escritos» de *La reconquista...* subyace la renuncia a la reinserción de Cuba bajo el dominio espiritual de España. El debate con los catedráticos de Oviedo y Valladolid, Rafael Altamira, Adolfo Posada y Vicente Gay, así como con el poeta Salvador Rueda y el ex autonomista Rafael María de Labra, expresa la negativa a un proyecto de integración que sanciona el tutelaje. Vocero de una identidad agredida, Ortiz refuta los presupuestos de equidad lingüística, racial y religiosa con argumentos que deshacen el mito de la mancomunidad hispanoamericana e insinúan la aproximación del país a los Estados Unidos.

Al remitirse a la presunta unión idiomática, Ortiz presenta el ejemplo suizo como muestra de unidad nacional conseguida sin la participación de la lengua común. En la cuestión de las razas, el intelectual cubano señala la diferencia entre el concepto antropológico y su definición sociológica, para concluir que solo una interpretación física del fenómeno étnico autoriza a instituir distinciones entre grupos humanos. De paso, Ortiz descalifica el concepto de «raza ibérica» al valorar a España como «mosaico étnico». En tal dirección no hay pueblos «superiores» o «inferiores», ni razas «malditas» o «elegidas», sino que «la historia es un eterno cambio de posiciones en el ejército humano».³⁴

La ofensiva de Ortiz se extiende al ámbito de la supuesta contraposición entre latinismo y cultura anglosajona. Respondiendo al discurso de un connotado político, que incluía a Cuba como parte de la civilización «latina» o «hispanica», Ortiz recordaba cómo Francia e Italia fueron también troncos del latinismo y se enfrentaron muchas veces entre sí, al tiempo que exhortaba a aprehender los cánones de otras civilizaciones.

Los combates por la identidad en Cuba poscolonial se libran en un escenario rodeado de tensiones y complicidades entre la secular tradición hispana —que se insinúa como garantía del ser nacional— y el espíritu siempre incómodo pero necesario de la modernidad, personificado por los Estados Unidos. Tales clamores de reafirmación compartirían, en ocasiones, los puntos de vista de las élites españolas y latinoamericanas en relación con el tránsito de sus respectivos países al *via crucis* trazado por el imperialismo.

El tema religioso no quedó exento de la disputa; en esta oportunidad, las discusiones se centraron en la pertinencia de la enseñanza religiosa, a lo que Ortiz riposta con la tesis de la libertad de cultos, preconizando la escuela pública y laica.

Para el autor de *Los negros brujos* y para muchos de sus colegas el peligro mayor no estaba en la improbable vuelta a la situación prerrepública, sino en admitir patrones culturales que retrasasen el desarrollo nacional; y es aquí donde *La reconquista...* cumple —al igual que todos los textos orticianos—, un papel preceptivo y preventivo, aunque entre estos y aquel hay contradicciones que iluminan el lado extravagante del discurso nacionalista. En *La reconquista...* predominan las concepciones del relativismo cultural y la heterogeneidad étnica por sobre los credos de raíz lombrosiana que —aun en este acto discursivo— destacara Ortiz; de manera que el negro desaparece como agente «patógeno» y pasará a engrosar la lista del «agregado» nacional.

Otro signo del giro retórico dado por Ortiz se encuentra en la desproporcionada y obsesiva negación del legado colonial, aun cuando en textos contemporáneos a este, el estudioso acude a esa «España negra» que ahora disminuye. La situación se torna más desconcertante al descubrir que tales prédicas se hacen acompañar del elogio hiperbólico al paradigma norteamericano.

Por lo general, la élite nacionalista reconoce el peligro de la expansión yanqui, pero a su vez comprende la fatalidad del proceso y se apresta a extraer beneficios del intercambio. Ortiz escribe:

[...] queramos o no queramos, es evidentemente cierto que por grande y fuerte que sea el sentimiento que anime nuestros ideales patrios, no ha de poder olvidarse, ni es de recomendar siquiera el olvido, que Cuba necesita para afianzar su posición en el concierto de las naciones, del apoyo, del báculo y de la colaboración fraternal de la diplomacia americana.³⁵

Aunque insólita, detrás de esa afirmación se construían líneas de defensa que, por sutiles, merecen comentarse. Cuando Ortiz recaba la «colaboración fraternal» de los norteamericanos, no hace sino aceptar los dividendos del «contrato», al tiempo que se anticipa a la penetración yanqui usando el elogio como recurso para inhibir las consecuencias negativas de la dependencia neocolonial. Con realismo inaudito los letrados convienen en «regatear» los términos de la soberanía y cosechar las ventajas que se derivan de la alianza con los norteamericanos tanto en el plano diplomático como en el comercial, político y académico. No es menos cierto que buena parte de la industrialización del país, así como sus logros educacionales y democráticos, se debían a la relación bilateral con los norteamericanos, o al menos así lo entendía la élite. Que el dictamen orticiano no es ajeno al punto de vista del campo intelectual se corrobora con la publicación de trabajos firmados, entre otros, por Varona, Carlos M. Trelles y Ramiro Guerra. Este último llega a afirmar que:

Esa situación peculiar de Cuba, le crea la posibilidad de un rápido progreso y un brillantísimo porvenir por una parte; tremendos peligros de desintegración y de desnacionalización [...] por la otra.³⁶

Pero, ¿cómo aunar en un solo programa la crítica y el panegírico? Sin dudas, el pragmatismo de la élite desempeñó su papel en el diseño de estrategias de contención. Más allá de la doctrina filosófico-pedagógica —que tuvo muchos adeptos— el pragmatismo devino gesto político configurador de la resistencia. Luego de admitir el peso específico de la geopolítica y acatar el protagonismo de los norteamericanos, «reconocemos —dice Ortiz— que la Enmienda Platt y los tratados resultantes de la misma conceden a los Estados Unidos derechos especiales, en relación con los asuntos de Cuba», el estudioso agrega, «pero también creemos que esos mismos derechos llevan consigo e imponen a los Estados Unidos correlativos deberes».³⁷

Por consiguiente, los letrados sitúan a los norteamericanos en la obligatoriedad de mantener una relación equitativa con la periferia. Tales juicios se asientan en el abc de la maniobra política y encuentran un aliado en el tradicional eclecticismo de los intelectuales isleños, desde el padre José Agustín Caballero hasta la fecha.

Sin embargo, dada la ambigüedad de la fórmula nacionalista, urgida de la norteamericanización para conducir al país por la senda del «progreso» y balancear la pretendida hegemonía hispana, se abren las puertas a la gratitud desmedida. En «La despedida al señor Altamira»; «Las sugerencias del egoísmo»; «*Nosce te Ipsum*», artículos colectados en *La Reconquista...* y en algunos aparecidos en *Entre cubanos...* o que circularon de forma independiente,³⁸ se incita al aprendizaje de «esa ola de actividad civilizada que nos viene del Norte»,³⁹ y se ofrecen apologías a la gestión interventora de los Estados Unidos, al decir de Trelles la que más hizo por el desarrollo de Cuba desde su descubrimiento.⁴⁰

Es obvio que al ponderar las virtudes del «poderoso vecino» la élite, quiera o no, minimiza el orden neocolonial y escamotea cualquier contribución que, desde la modernidad, pudiera conferírsele a la ex metrópoli.⁴¹ Tras la amnesia se esconde la invención de estereotipos enfilados contra el «rival» de turno, lo que explica que lo «nacional» se presentase como *collage* adaptable al arbitrio de sus creadores. Las opiniones de Ortiz comprueban la plasticidad del discurso nacionalista y la naturaleza construida de lo «cubano».

No nos importe hacer uso del crédito, temamos cual colonos rutineros al extraño refaccionista para préstamo de energías y de ejemplos, aun cuando haya que pagarles intereses de usura, rica será la hacienda si en ella trabajamos y la gobernamos.⁴²

Y es en los préstamos y en los usufructos, en las alianzas o «transculturaciones» —para decirlo con vocablo orticiano— donde se fragua el discurso de la identidad.

Entre dos aguas

God save, ancient Mariner! the fiends,
that plague thee! Why look'st thou so?
«With my crossbow I shot the Albatross».

S. T. Coleridge
«The rime of the ancient mariner»

El argumento de la cubanidad mantiene un maridaje tempestuoso y cómplice con la instancia «enemiga»; por ello las élites criollas consideraron la conveniencia de

administrar dosis de «odio» o «amor» a esa especie de «mujer perjura» representada por los imperios. Ser modernos, sin dejar de ser, implicaba acudir a un conjunto de operaciones que resolviesen —al unísono— poner a buen recaudo los fueros de la élite ante la avalancha económica, política y cultural yanqui; insertarse en la «modernidad» sin perder el sistema de referencias que otorgan legitimidad al Estado-nación y a los grupos que ocupan la cima social, y hacer pasar como plurales los metavalores del estamento hegemónico.

Todo esto supuso dilucidar en dos niveles un problema del otro. Un nivel exógeno, probablemente el más importante, estuvo representado por el desplazamiento de la instancia exterior que condiciona la noción de identidad. El cambio de la dominación española por la norteamericana debería fijar los límites cronológicos del enfrentamiento, o sea, señalar quiénes eran, y en qué momento los que constituían un peligro para la trama nacional. En primer orden había que resolver —más bien justificar—, la reconciliación con el otro, desplazado en términos lo suficientemente sinuosos como para dar cobertura a la rivalidad precedente, de lo cual resulta un nacionalismo retroactivo que opera con benevolencia o crudeza según las circunstancias. La recuperación de la hidalguía funciona aquí como alusión a un cuerpo de nociones trascendentes que fijan la identificación con el otrora otro, en tanto que la exposición de hechos concretos —cuestionadores del estatus colonial— activa el lado beligerante de la identidad. El área de lo sagrado —portadora de un tiempo inaprensible— concede *pedigree*, prestancia y ancianidad a la autoctonía y así confirma su carácter necesario. El espacio de lo profano descalifica cualquier acción que anule la capacidad de convocatoria de la élite.

La metamorfosis del dominador ocurrida a raíz de 1898, reanimaría, desde otra perspectiva, la fórmula de aceptación-rechazo. Si el nuevo peligro se conjura con el añejamiento de la identidad, la puesta al día del guión nacionalista reclamará, en cambio, la pertinencia de lo moderno: «Americanicemos nuestra cultura si no queremos americanizar nuestra bandera. Americanicémonos, para no ser americanos».⁴³

En un nivel endógeno, la élite nacionalista tuvo que afrontar la cuestión del subalterno. Encarnar la figura bíblica de David frente a Goliat significaba trasladar hacia una esfera lejana las discriminaciones derivadas del ejercicio del poder, al tiempo que se suprimen las exigencias de movilidad social. Aun así, no pocas veces el imaginario colectivo produjo representaciones afines a las ideologías dominantes.⁴⁴

En todo caso, las variaciones sobre el tema de la cubanía esconden bajo su manga las cartas que pudieran propiciar la inteligibilidad del relato. En tal sentido los

recordadores de la hidalguía pasan por alto los actos de violencia y exclusión colonial, mientras los antihispanistas —que no son sino los mismos— intentan desconocer el nexo cultural.

De igual forma es evidente que los paladines del «progreso» obvian la fragilidad de la soberanía política y, quizás en circunstancias inversas, oculten la contribución «americana» en áreas sensibles como la educación y la salud.

Todo indica que conflicto y contacto se definen como enunciados equidistantes, elegidos según la naturaleza del diálogo y el interlocutor, fuese el adversario-colaborador del presente o el enemigo amistoso del pasado. Reconocer que ambas propuestas parten de un mismo origen equivale a aceptar el acomodo del «guión» a la «situación dramática». De la iberofilia a la hispanofobia, del antiyanquismo a la opción panamericana, hay solo argucias gramaticales.

Despojadas de sus matices, cada variante discursiva se hará acompañar de ciertos aires fundamentalistas que inducen a creer en los espejismos de la coherencia. Sin embargo, el «drama» de los animadores de la identidad fue el de no esclarecer la ambivalencia legitimadora de la ficción nacionalista; un poco por ignorancia, y el otro, porque sus respectivas teleologías se hallaban amalgamadas en una serie de maniobras políticas y escriturales ancladas en la suspicacia y el eclecticismo.

Lejos de lo que pudiera pensarse la insularidad no acredita la pureza de los proyectos identitarios. Las islas —Cuba incluida— están bañadas por aguas disímiles; acaso por ello, deslindar el Caribe del Atlántico será siempre una faena doble: fútil... fatal.

Notas

1. Fernando Ortiz, *La crisis política cubana. Sus causas y remedios*, Imprenta La Universal, La Habana, 1919.
2. Aplico esta nomenclatura para señalar la conformación de un grupo especializado que, mediante el dominio de la escritura, ha ejercido un protagonismo excesivo en las sociedades ágrafas o semialfabetas de América Latina, tal y como lo apuntara Ángel Rama en *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hannover, 1984. Para un estudio pormenorizado del proceso de sustitución de la oralidad por la escritura en el nuevo mundo véase Martin Lienhard, *La voz y su huella*, Casa de las Américas, La Habana, 1990.
3. Sobre la «negociación» asumida en la bilateralidad Centro-Periferia resulta ilustrativo el texto de Edward Said, *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993. La repercusión en Cuba de la obra de Said así como de los denominados «estudios poscoloniales» podrá seguirse en la revista *Casa de las Américas* (n. 200 al 204, a. 1995 y 1996).
4. Fernando Ortiz, ob. cit., p. 16.
5. Asumo la denominación acuñada por Louis Pérez Jr en *Cuba between empires: 1878-1902*, University of Pittsburgh, Pittsburgh, 1983, desde dos perspectivas: en un sentido estrecho para hacer notar el cambio de relaciones de dominación ocurrido en Cuba entre 1898 y 1902. En cambio una utilización más flexible del término nos permite abordar la «transición», proceso que abarca desde la década de los años 80 del siglo pasado hasta 1930 aproximadamente.
6. Parafraseo la denominación usada por Teresita Yglesia Martínez en *El segundo ensayo de república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
7. José Enrique Rodó, *Ariel*, (s/e), Montevideo, 1900, p. 127. Uso una edición temprana, presidida por la siguiente dedicatoria: «Al insigne pensador americano don Enrique José Varona. Homenaje de admiración y simpatía. El autor. Montevideo, 1900».
8. *Ibidem*. Para abundar en esta problemática el lector puede acudir a Partha Chatterjee, *Nationalism Thought in the colonial world: a derivative discourse*, Zed, Londres, 1986, y al texto de Ashis Nandy, *The intimate enemy: Loss and Recovery of self under colonialism*, Calcuta, 1983. A los efectos de Cuba resulta útil el texto de Arcadio Díaz Quiñones, «El enemigo íntimo: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra Sánchez y Antonio S. Pedreira», Boletín del Centro de Investigaciones Históricas, Facultad de Humanidades, Puerto Rico, 1992.
9. José E Rodó, ob. cit., p. 74.
10. Fernando Ortiz, *Entre cubanos, psicología tropical*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987. En lo adelante, se precisará el nombre del artículo y el año de su primera edición.
11. Fernando Ortiz, «Al dormido lector» (1913), prólogo del libro original, *Entre cubanos...*, ob. cit., p. 1.
12. *Ibidem*, p. 1.
13. *Ibidem*, p. 2.
14. Fernando Ortiz, «Carta abierta al ilustre Señor Don Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca» (1906), *Entre cubanos...*, p. 5.
15. Fernando Ortiz, «La librería cubana» (publicado originalmente bajo el título «La crisis librera», 1907), *Entre cubanos...* p. 34.
16. Raimundo Cabrera, «Llamamiento a los cubanos», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 2, marzo-abril de 1923, La Habana, p. 82.
17. Fernando Ortiz, «La irresponsabilidad del pueblo cubano» (1908), *Entre cubanos...*, ob. cit., pp. 26-7.
18. *Ibidem*, p. 27.
19. *Ibidem*.
20. Jorge Mañach, «La crisis de la alta cultura en Cuba», *Revista Bimestre Cubana*, v. XX, n. 3 y 4, mayo-agosto de 1925, La Habana, p. 138.
21. Fernando Ortiz, «El doctor de la Torre y la crisis cultural», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 1, enero-febrero de 1923, La Habana, p. 11.
22. *Ibidem*, pp. 9-10.
23. *Ibidem*, p. 11.
24. Vista como resultado del desgaste corporal de la nación, la noción de «crisis» o «decadencia» (extraída del concepto de degeneración de Max Nordeau) se consolidó en el debate sobre la enseñanza. Problemas tales como la merma de discípulos, la persistencia de métodos pedagógicos anticuados, la adopción de

«psicopatologías» ajenas al contexto nacional y la situación del sistema escolar como objeto de la política y la corrupción estatal figuraron en el pensamiento de las personalidades asociadas al universo educativo quienes interpretaban el asunto como «síntoma» de la «Fatiga muscular» (Ramiro Guerra) y de la falta de «unidad psíquica» de la nación (Arturo Montori). Más tarde se retomaría el tema a raíz de una serie de sucesos internos e internacionales que afectaron a Cuba (Primera Guerra Mundial, crisis económica de 1920, dictadura de Machado etc.) y estaría representada con singular coherencia en la *Revista Bimestre Cubana*, sobre todo en los ejemplares publicados entre 1922 y 1930.

25. Según consta en la *Bibliografía social cubana* de Carlos M. Trelles (publicada originalmente en la década de los 20), existieron diversas instituciones, revistas y publicaciones interesadas en el estudio y «corrección» de las «patologías colectivas», entre ellos la Liga de Higiene Social; la *Revista Antillana*, órgano de la Academia Católica de Ciencias Sociales, y *Vida Nueva*, revista mensual de higiene y ciencias sociales.

26. Enrique J. Varona, *El imperialismo a la luz de la sociología*, Editorial Apra, La Habana, 1933 (el original corresponde a 1905).

27. Francisco Figueras, *Cuba y su evolución colonial*, Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1907.

28. Enrique Lluvia, *Evolución super-orgánica*, (s/e), Madrid, 1905. *Solución al problema social* (segunda parte de *Evolución super-orgánica*), Imprenta El Score, La Habana, 1921.

29. Fernando Ortiz, «Miserere», (1913, escrito especialmente para este volumen), *Entre cubanos...*, ob. cit., p. 25.

30. A los ya citados textos de Mañach, Varona y Raimundo Cabrera (veáanse notas 21, 27 y 17) se añaden otros no menos importantes como los escritos por Carlos M. Trelles: «El progreso y retroceso de la República de Cuba», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 2 y 4, marzo-abril y julio-agosto de 1923, así como otros publicados en la misma revista con la rúbrica de Ramiro Guerra, Alfredo M. Aguayo y el propio Ortiz, como es el caso de «La decadencia cubana» (1923) de este último.

31. Enrique J. Varona, *El imperialismo...*, ob. cit.

32. Fernando Ortiz, *La crisis política...*, ob. cit., p. 16.

33. Fernando Ortiz, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería de P. Ollendorff, París, 1910.

34. Fernando Ortiz, «¿De Cam o de Israel?», *La reconquista...*, ob. cit., p. 27.

35. Fernando Ortiz, «Cuba en la paz de Versalles», *Revista Bimestre Cubana*, v. XV, n. 2, julio-agosto de 1920, La Habana, p. 100.

36. Ramiro Guerra, «Un programa nacional de acción pedagógica», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVII, n. 6, noviembre-diciembre de 1922, La Habana, p. 349.

37. Fernando Ortiz, «La Isla de Pinos es y será cubana», *Revista Bimestre Cubana*, v. XIX, n. 6, noviembre-diciembre de 1924, La Habana, p. 438.

38. Algunos de los textos a los que hacemos alusión fueron repetidos de una u otra manera ya fuera en pequeños folletos que reproducían lo ya escrito en publicaciones periódicas o viceversa. Las intervenciones más importantes respecto al lugar de Cuba en el concierto de las naciones fueron compilados por Rubén Martínez Villena en *En la Tribuna, discursos cubanos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1923. Algunos textos de interés, referidos en particular a las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos son, entre otros: *Las relaciones económicas entre Cuba y Estados Unidos*, (s/e), La Habana, 1923; *La creación de colegios panamericanos*, Imprenta La Universal, La Habana, 1928 (publicado también en *Revista Bimestre Cubana*, v. XXII, n. 4, julio-agosto de 1927)..

39. Fernando Ortiz, «Foot-ball», (1908), *Entre cubanos...*, ob. cit., p. 31.

40. Carlos M. Trelles, «El progreso y el retroceso...», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 2, marzo-abril de 1923, p. 314.

41. En tal sentido resulta reveladora la tesis de la existencia de una modernidad colonial expuesta en el texto de Ana Meylin de la O Torres y Adrian López Denis, «Entre la plaza y la plana: conmemoraciones colombinas y carnaval político en la Habana de 1892», *Debates Americanos*, n. 4, La Habana, diciembre de 1997.

42. Fernando Ortiz, «Al dormido lector», ob. cit., p. 3.

43. Fernando Ortiz, «La crisis política...», ob. cit., p. 20.

44. Sobre el particular resultan prometedoras las indagaciones de Pablo Riaño San Marful, especialmente *La construcción social de un paradigma: los Estados Unidos en la literatura y el teatro popular cubanos*, 1997, (inédito).

© TEMAS, 2000.

Industrias menores y diversificación en Cuba (1880-1920)

María Antonia Marqués Dolz

Profesora. Universidad de La Habana.

Jorge Ibarra afirma que al concluir el primer cuarto del siglo xx, en Cuba «más que un desarrollo burgués industrial, parece existir un desarrollo manufacturero de pequeños productores artesanales.¹ Víctor Bulmer-Thomas, al analizar el desempeño económico de los países latinoamericanos en vísperas de la Primera Guerra Mundial, considera que «Cuba no había desarrollado un sector manufacturero moderno».² Collin M. Lewis es todavía más drástico, ya que para él, a finales de la década de 1920, la economía cubana era «una excepción notable en el proceso continental de crecimiento industrial inducido por las exportaciones».³

¿Podría asegurarse entonces que las manufacturas no azucareras ni tabacaleras, a las que Julio Le Riverend denominó industrias menores,⁴ estaban organizadas como talleres artesanales y no se desarrolló una industria moderna; o inferir que la evolución industrial y empresarial de la Isla fue excepcional dentro del contexto latinoamericano? La respuesta a tal interrogante debe tomar en consideración los argumentos de Maxine Berg sobre los orígenes de la industrialización. Para ella, ese proceso no fue lineal ni unidireccional, aun en el caso británico; en su arrancada coexistieron

«tecnologías energéticas y tareas manuales, artesanos y trabajo femenino y familiar, sistema fabril y sistema doméstico...».⁵

Su opinión resulta clave, pues —salvando las distancias y también las diferencias—, este artículo se refiere a la «era de las manufacturas» en industrias menores, pero en el contexto de una Isla que recibía el impacto de la Segunda Revolución Industrial, protagonizada por los países industrializados, y de una economía donde el azúcar lideró la modernización.

La industria: estructura, localización y emplazamiento⁶

Al parecer fue en la década de 1880 cuando comenzó en Cuba un cierto despegue manufacturero localizado en la capital del país y, en menor medida, en la mayoría de las restantes ciudades portuarias. Si se compara la información ofrecida por la *Guía Comercial de la Isla...* —publicada en 1886 con las *Noticias Estadísticas...* de 1862—, se percibe un ensanchamiento de la estructura industrial.⁷ Además de las manufacturas

tabacaleras y de unidades productivas que fabricaban fósforos, jabón, velas, licores, calzado, carruajes, muebles, ropa, papel, y de las talabarterías, tenerías, fundiciones, hojalaterías, aserraderos mecanizados y tostaderos de café, registrados en el decenio de 1860, en los años 80 encontramos otros establecimientos dedicados a la elaboración de alimentos y bebidas, sobre todo de cerveza, hielo, pastas alimenticias; una mayor explotación de los recursos arbóreos del país, empleados en la fabricación de envases para los productos de exportación, y un incremento de las plantas curtidoras y de las que destilaban alcohol.

La estructura industrial se modificó durante las primeras décadas del siglo xx. Las industrias menores extendieron su espectro productivo y experimentaron importantes cambios. En ese contexto, la capital se destacó en tanto escenario donde se manifestaron ambas tendencias. En 1920, esta contaba con instalaciones industriales inexistentes al comenzar ese siglo; en su perímetro se edificaron plantas que preparaban abonos, oxígeno, pienso, envases metálicos, tintes, cemento, carros de ferrocarril; se levantaron mataderos y locales que fabricaban una amplia gama de artículos asociados a la construcción. Rubros tradicionales, aparentemente más proclives al uso de métodos artesanales como las talabarterías, carpinterías, hojalaterías, imprentas, y las confecciones textiles, habían duplicado sus talleres con respecto a los registrados en 1886. Otros rubros productivos, menos homogéneos en cuanto a su organización industrial, entre los cuales sobresalen la elaboración de calzado, jabón, mosaicos, tejas y ladrillos, y las fundiciones, triplicaron o cuadruplicaron sus unidades productivas en igual período. Por último, crecieron poco las instalaciones productoras de fósforos, papel, envases para tabaco, hielo y cerveza.

En otras ciudades también tuvieron lugar procesos de crecimiento manufacturero de diverso tipo y a menor escala que el habanero. En general, en núcleos de escasa actividad industrial a principios de la centuria, como Pinar del Río, Camagüey, Santa Clara o Manzanillo, al finalizar la tercera década del siglo xx la composición de sus industrias menores se acercaba a la que exhibía la capital dos decenios antes; sin embargo, en comparación con el estado de estas localidades en la década de 1880, el progreso había sido notable. A su vez, en urbes como Matanzas, Cárdenas o Cienfuegos, además de incrementarse el número de establecimientos en rubros que ya eran tradicionales, surgieron otros más novedosos, como fábricas de ácido sulfúrico y jarcia, en Matanzas; de forraje, en Cienfuegos, y de leche pasteurizada y carros de ferrocarril, en Cárdenas.

En 1925, si nos atenemos a la información ofrecida por la Comisión Nacional de Estadísticas y Reformas

Económicas, detectamos que la transformación de productos alimenticios contaba con 216 instalaciones y empleaba a 4 972 individuos. Dentro de ellas, se destacaban las de bebidas, pues las producciones cervecera y licorera absorbían el 47% de la mano de obra contratada en esta rama, seguida por la preparación de chocolates, dulces, confituras y helados, sectores ambos (dulces y confituras) muy relacionados con la agroindustria azucarera. Debido a su impacto sobre la ocupación, el segundo lugar le correspondía al cuero, fundamentalmente al calzado, con el 88% de los trabajadores ocupados en esa rama. También desempeñaba un papel significativo la industria del barro y de la piedra, sobre todo la del cemento y los mosaicos, que agrupaba al 50% de la mano de obra contratada en materiales de construcción.

En resumen, las industrias menores aportaban, como mínimo, unos 741 establecimientos y 16 025 puestos de trabajo a la economía cubana, en 1925. En ese año, la industria azucarera tenía unos 20 000 empleados permanentes en 181 ingenios; y la tabacalera, con 170 plantas, ocupaba a 9 532 trabajadores.⁸ Por tanto, una estimación sesgada a la baja, dada la infravaloración de que adolecen las estadísticas de 1925, indica que por lo menos un tercio de la mano de obra empleada permanentemente en actividades industriales, al mediar el decenio de 1920, trabajaba en aquellas industrias. Estas habían contribuido a la ampliación del aparato productivo insular, en el cual se fueron insertando como parte de un proceso de crecimiento económico presidido por la producción de azúcar.

Resulta difícil establecer las causas que habrían conducido a la arrancada de esa diversificación. El avance de la urbanización, en tanto rasgo que distinguió a Cuba dentro del contexto latinoamericano, y el proceso que puso fin a las relaciones esclavistas de producción en 1886, asociados, al parecer, con un aumento de los salarios reales entre 1872 y 1894, debieron estimularla desde el ángulo de la demanda. Desde el lado de la oferta, entre los incentivos para una ampliación del aparato productivo se encuentran la ralentización del crecimiento exportador que alentó la dispersión del riesgo, mediante la transferencia de capital comercial a la industria, y el hecho de que los precios internos insulares se redujeran menos que los internacionales, en el último tercio del siglo xix.⁹

Pero en la naturaleza y alcance del proceso descrito había influido un conjunto de factores institucionales. Entre ellos cabe destacar: la Ley de Relaciones Comerciales del 20 de julio de 1882; el Tratado Foster-Cánovas firmado en 1891; los Aranceles de 1892 y 1897; la modificación de la legislación mercantil y sobre la propiedad industrial, dictada en la coyuntura

finisecular, y el Tratado de Reciprocidad Comercial rubricado en 1902.

La Ley de Relaciones Comerciales —que debía conducir al cabotaje después de una década de sucesivas rebajas arancelarias a las mercancías españolas colocadas en el mercado interno insular— resultaba sumamente adversa para las industrias menores que fabricaban artículos equivalentes a los metropolitanos. Si cotejamos la composición de las exportaciones peninsulares a Cuba en 1885 con la *Guía Comercial de la Isla...* correspondiente a 1886, inferimos que la competencia tuvo que ser muy reñida en el abastecimiento de calzado, chocolate y jabones. Así lo corrobora, al menos para este último producto, la polémica sostenida entre los fabricantes afincados en La Habana y los establecidos en Barcelona.¹⁰

El Tratado Foster-Cánovas afectó virtualmente la totalidad de las mercancías norteamericanas exportadas a Cuba, ya bien fuera mediante franquicia o por medio de rebajas arancelarias que oscilaban entre un 25 y un 50%.¹¹ De hecho, favoreció a las industrias menores que consumían materias primas o insumos de esa procedencia (jabón, cerveza, refinerías de petróleo, hojalaterías, fundiciones), perjudicó a aquellas que transformaban productos similares a los importados desde los Estados Unidos, sobre todo los alimenticios, y puso en situación competitiva difícil —entre otros— a los productores insulares de papel, litografías, cordelería y jarcía, materiales de construcción y calzado. A su vez, los aranceles puestos en vigor en 1892 y 1897 facilitaron la colocación de las mercancías peninsulares en el mercado insular. Sin embargo, debido al tratamiento recibido por el Arancel de 1892, por ejemplo, rubros como la fabricación de papel, la jarcía y la cordelería y la cerveza mejoraron su posición en el mercado o contrarrestaron, según el caso, los efectos negativos del Foster-Cánovas.

La legislación mediante la cual se aplicó a la colonia, en 1880, la Ley de Patentes de Invención, vigente en la península desde 1877; la Real Orden del 31 de marzo de 1882 aprobando el Reglamento para la inscripción de las marcas industriales en Cuba; la extensión a la Isla del Código de Comercio dictado el año anterior en España, y la fundación de las Cámaras oficiales de Comercio, Industria y Navegación de La Habana y Santiago de Cuba, entre otras disposiciones tendientes a regular, pero también a estimular la actividad económica en la mayor de las Antillas —las cuales sufrieron pocas transformaciones con el cambio de siglo—, mejoraron la cobertura legal y la representación empresarial de la industria durante este período.

El Tratado de Reciprocidad Comercial, de 1902, ha sido objeto de un análisis exhaustivo por parte de la historiografía. Se le considera un instrumento clave en

la consolidación de un modelo monoexportador y se le responsabiliza con la escasa diversificación del aparato productivo insular durante el período que nos ocupa. Ambas afirmaciones, tomadas a modo de generalización, resultan válidas. De igual modo que, en su momento, el Foster-Cánovas, las prerrogativas arancelarias concedidas a las mercancías norteamericanas a partir de 1902 abarcaron todo género de bienes importados y, de hecho, la mayoría de las industrias cubanas se vieron afectadas por la competencia de artículos similares.

No obstante, para determinar el grado de afectación sufrido por las industrias menores habría que realizar estudios puntuales, ya que producciones insulares como las de cerveza, jabón y calzado, cubrían más del 40% del consumo interno al mediar la década de 1920, aunque sus equivalentes importados disfrutaban de rebajas arancelarias que oscilaban entre un 30 y un 40%. También hay que investigar el posible efecto protector, de carácter indirecto, que tuvo el decreto número 44, de agosto de 1904, dictado con el fin de atenuar la disminución de las recaudaciones aduaneras provocada por el Tratado de Reciprocidad Comercial, el cual elevó las tarifas entre un 15 y un 30%, y revisar la estimulación arancelaria que recibieron aquellas industrias menores a las cuales se les otorgó franquicia para la importación de maquinarias y materias primas, a partir del segundo lustro del siglo xx, pues tales disposiciones pueden explicar la pervivencia de las manufacturas insulares frente a la avalancha de las mercancías importadas.

A modo de hipótesis, se puede sostener que, directa o indirectamente, los tratados concertados con los Estados Unidos en la etapa de entresiglos indujeron un crecimiento manufacturero dependiente de insumos y/o materias primas de procedencia norteamericana, desplazaron a varios géneros insulares hacia los segmentos inferiores del mercado interno, especializaron a algunas industrias en la terminación de artículos semi-elaborados o en la fase final de sus procesos de producción, estimularon las funciones de mantenimiento o reparación industrial en detrimento de las de fabricación propiamente dicha, e incentivaron la competitividad de las manufacturas cubanas en el abastecimiento de un mercado desigualmente compartido.

Tales factores institucionales, y otros de índole coyuntural, pero con implicaciones estructurales a mediano plazo como la Primera Guerra Mundial y la deflación de la inmediata posguerra que concluyó en Cuba con el *cracké* bancario de 1920, influyeron en la dinámica industrial y empresarial del país antes de que la finalización del ciclo alcista de las exportaciones en 1925 y, con ella, el inicio de la crisis estructural de la

economía cubana, pusieran término al período que nos ocupa.¹²

No resulta ocioso, sin embargo, indagar acerca de las características de las instalaciones industriales que enfrentaron la competencia de las importaciones y que, incluso en algunos rubros, ganaron terreno en el abastecimiento del mercado interno.

En una ojeada a las guías comerciales, salta a la vista la localización urbana de la mayoría de las industrias menores. Tal localización —común a la mayoría de los países latinoamericanos en igual época— no solo estuvo condicionada por el acceso a medios de transporte y servicios públicos y, por tanto, a la realización de economías externas; el desarrollo de relaciones monetario-mercantiles, alentadas por el crecimiento de las agroindustrias azucarera y tabacalera y del sector terciario, crearon incentivos para el emplazamiento de instalaciones dedicadas a producir bienes de consumo destinados a los mercados urbanos.

Esas instalaciones se distinguieron por su heterogeneidad. De tal suerte, al concluir el primer cuarto del siglo xx, en el panorama productivo insular observamos plantas capital-intensivas que operaron a gran escala y especializaron su producción, adoptando el sistema fabril, como las refinerías de petróleo y las plantas productoras de cemento, cerveza y papel, así como otras que integraron horizontal o verticalmente distintos procesos productivos mediante «enlaces hacia adelante» y «hacia atrás», diversificando su oferta o disminuyendo costes de transacción, como las unidades productivas dedicadas, en La Habana, a la elaboración de chocolates, dulces y confituras, perfumes y jabón.

Algunos establecimientos industriales habían avanzado en el proceso de mecanización e incorporado «tecnología de punta», con lo cual disminuyeron costes de producción, como la fabricación de jarcía y cordelería y las fundiciones modernas. Otros rubros industriales aprovecharon la demanda del azúcar y el tabaco y tuvieron eslabonamientos productivos o destinaron parte de su oferta a satisfacer las necesidades de aquellos, por ejemplo: las fundiciones y talleres de reparación de maquinaria, la fabricación de tejas de fibrocemento y de ladrillos refractarios —en lo que respecta al azúcar—, y las litografías y las plantas productoras de envases de madera, en lo que atañe al tabaco.

Debido a los riesgos de inversión (por lo general las industrias menores no contaban con tarifas arancelarias protectoras ni con financiación bancaria), a lo largo del período mencionado distintas manufacturas habían diversificado el producto (a nivel ramal o intraramal), u operaban simultáneamente en los sectores secundario (producción) y terciario (reparación y venta). Junto a la concentración obrera en los establecimientos,

disminuyeron costes mediante el sistema de *putting out*, y lograron producir con una calidad reconocida internacionalmente, según indican los distintos premios alcanzados en exposiciones y ferias celebradas en Europa y los Estados Unidos.

Las industrias menores buscaron ventaja competitiva mediante el uso de materias primas nacionales, cuando la disponibilidad, calidad y precio de estas hacían rentable la opción, o las importaron, cuando no se producían en el país o cuando la calidad y precio de las extranjeras así lo recomendaban. Si bien es cierto que al parecer predominó esta segunda variante, no lo es menos que diferentes industrias, y no solo las situadas en el sector exportador, desarrollaron relaciones económicas intersectoriales.

Aun los renglones que sustituyeron importaciones, compartieron el mercado con estas últimas. En algunos casos vincularon su producción al consumo de los segmentos inferiores del mercado, con el fin de cubrir la demanda de los sectores populares, pero la mayoría tuvo una oferta socialmente amplia, como indica la publicidad, recurso al que apelaron con mayor o menor éxito para formar patrones de consumo y captar nichos de mercado, a contrapelo de los equivalentes importados.

El liderazgo del azúcar no fue cuestionado por industrias complementarias y dependientes de la renta y la demanda generadas por aquella. Pero de lo expuesto hasta aquí se infiere que no contábamos solamente con talleres artesanales, aunque todo el sector no estaba organizado en fábricas. La industria moderna no se generalizó, pero estuvo presente en los rubros donde los métodos de producción, la tecnología, las dimensiones del mercado y la competencia de las importaciones, así lo exigían. En tal sentido, la situación cubana pudo haberse destacado por su especificidad dentro del contexto latinoamericano, pero no por su excepcionalidad en materia de crecimiento industrial.

Llegados a este punto, se impone la adopción de una perspectiva comparada que precise, hasta donde las fuentes lo permitan, la posición relativa de las manufacturas cubanas dentro del contexto latinoamericano. Si tenemos en cuenta que en 1913 Cuba era el país de América Latina con un mayor consumo per cápita de alimentos importados y que todavía en 1927 los bienes de consumo abarcaban el 65% de sus importaciones,¹³ nos inclinaríamos a comparar la situación de la industria cubana con la de Honduras o Guatemala, pero el desarrollo de la manufactura en esos países era más incipiente que en la Isla.¹⁴

Tampoco podemos parangonar la situación industrial de Cuba con la del cono sur, pues en la Isla la contribución industrial a la renta nacional, estimada de

forma preliminar entre 11 y 13% para inicios de la década de 1920, era inferior a la de Argentina, con un 18%, o a la que alcanzaba Chile, ligeramente por encima del 20%.¹⁵ Sin embargo, la cubana no era una contribución desdeñable si tomamos en consideración que en México la industria representaba un 14% del ingreso en 1925, y que Colombia tuvo que esperar a 1941 para que esta llegara a un 12,3%.¹⁶ Por otra parte, la concentración media de la fuerza de trabajo empleada en la industria insular, ascendente a 20 trabajadores por establecimiento en 1925, no era baja dentro del contexto latinoamericano. En 1910 y 1914, respectivamente, ese promedio era de 10 trabajadores en México y de 21 en Brasil.¹⁷

Quizás, si contrastamos la composición ramal de la industria cubana con la de otros países de América Latina, una de las diferencias más notables que salta a la vista es la virtual ausencia, en la Isla, de un sector pionero en el crecimiento industrial latinoamericano como es el textil, pues la demanda insular se satisfizo con los tejidos procedentes, sucesivamente, de España y los Estados Unidos. En comparación con otros países, sobre todo con México también destaca la debilidad insular en el campo metalúrgico. Pero a nuestro entender, el escaso impacto macroeconómico de las industrias menores cubanas y el hecho de que no se produjera un cambio estructural, entendido como una gradual transformación de la composición sectorial de la economía a favor del sector secundario, tuvo una relación más estrecha con la escala de producción, que se tradujo en la existencia de pocos establecimientos y pequeños volúmenes productivos, que con la composición ramal de la industria.

Los industriales: orígenes, estrategias y organización

Todavía los historiadores siguen interrogando a las fuentes para conocer quiénes eran los industriales en América Latina. A veces se privilegia el análisis de clase y se busca a una burguesía industrial, envuelta en procesos previos de acumulación, la cual inició el tránsito hacia el sistema fabril. En ocasiones, las inversiones en la industria son atribuidas a una oligarquía enfrentada con el imperialismo por el control del aparato productivo latinoamericano. Asimismo, hay historiadores que han ubicado a los industriales entre las élites y las clases medias, y otros que prefieren adoptar una posición menos comprometida y denominarlos fabricantes.¹⁸ La historiografía cubana los ha incluido en la burguesía y los sectores intermedios, pero escasean las investigaciones sobre la sociedad postabolucionista,

y la inversión de capital en industrias menores ha sido abordada tangencialmente.¹⁹

En las páginas que siguen no pretendemos arribar a conclusiones sobre el carácter de clase de los fabricantes. En realidad, desconocemos el mundo del trabajo y, por tanto, las relaciones de producción o formas de explotación de la mano de obra empleada en manufacturas; no contamos con suficientes elementos empíricos para determinar hasta qué punto era importante la industria para aquellos comerciantes que transfirieron el capital, ni para determinar el rango fabril de múltiples instalaciones que tampoco eran ya simples talleres artesanales. Por tanto, nuestro propósito es más modesto, pues formulamos las interrogantes de siempre, pero desde el prisma de la historia empresarial: ¿quiénes invirtieron capital y fundaron empresas en industrias menores, cuándo lo hicieron, cómo las organizaron y qué estrategias desplegaron para mantenerse produciendo?

La trayectoria del empresariado puede reconstruirse mediante la consulta de las guías comerciales publicadas entre las décadas de 1880 y de 1920. Si leemos sus páginas, encontramos sociedades mercantiles que explotaban varias instalaciones industriales en 1886, 1902 y 1920, así como algunas situadas inicialmente en el comercio y las finanzas, cuyas inversiones se extendieron a la industria en la coyuntura finisecular, pues como cabía esperar, los cambios registrados en el aparato productivo de la Isla tuvieron su contrapartida en la dinámica empresarial del país. La mayoría de esas sociedades operaban en La Habana, aunque el conocido liderazgo capitalino no fue óbice para que, en ciudades como Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Santiago de Cuba y Manzanillo, se formaran empresas polivalentes, entre 1886 y 1920.²⁰

Al mediar el decenio de 1880 la polivalencia empresarial adoptó diversas modalidades. Una de ellas fue el desempeño de funciones productivas y comerciales en el mismo establecimiento mercantil. Las talabarterías, tasajerías, camiserías, mueblerías y sombrererías emplazadas en la Isla, así lo sugieren. Otra modalidad consistió en el fomento de manufacturas por parte de empresarios azucareros, que operaban en ingenios, comercio y tonelerías, o de fabricantes-vendedores situados en igual rubro, como la empresa productora de papel en La Habana, que también tenía un establecimiento de papelería.

En el contexto histórico finisecular tuvieron lugar actuaciones empresariales de distinta índole. Además de las anteriores, destaca la colocación de capital en distintos sectores productivos, como las empresas ferroviarias con fundiciones y construcción de máquinas de vapor o aquellas que explotaban refinerías de petróleo y alambiques. En dichas circunstancias resultó

de igual modo significativo el comportamiento de comerciantes-banqueros que invirtieron capital en la fabricación de licores, chocolate, pastas y conservas alimenticias, y la de empresarios involucrados en actividades portuarias de lanchaje y consignación de buques, en el almacenamiento urbano y en la explotación de ingenios azucareros, quienes además transfirieron capital hacia actividades productivas orientadas al mercado interno.

En consecuencia, las redes mercantiles a través de las cuales se almacenaban, distribuían y vendían las mercancías en la Isla, no solo funcionaron a tenor de las necesidades del sector exportador, sino de las industrias menores. A la inversa, en los albores del siglo XX era frecuente que distintos productores de calzado, cajones para tabaco y licores, contaran con almacenes propios, así como el desarrollo de estrategias de integración vertical mediante las cuales algunos empresarios tabacaleros actuaron dentro de un circuito productivo que se iniciaba en los aserraderos, continuaba en las carpinterías y concluía en las fábricas de tabaco; los licoristas almacenaban vino y construían los toneles en los que envasaban sus bebidas y los curtidores importaban artículos de talabartería, edificaban talleres de calzado y disponían de zapaterías.

Además de lo dicho anteriormente, los empresarios distribuyeron capital y riesgo al actuar simultáneamente en empresas que acometían distintas actividades económicas, según lo indica la reiteración de los mismos apellidos en las sociedades mercantiles formadas durante el período estudiado.²¹

Por último, debemos destacar que la trayectoria del empresariado insular fue afectada por procesos paralelos de crecimiento y ajuste. Si de crecimiento se trata, la lectura de la *Guía Comercial de la Isla...* publicada en 1886, y de la *Guía-Directorio de la República de Cuba...* correspondiente a 1920, muestra que de los empresarios registrados en la segunda, solo una ínfima minoría operaba en la primera. Entre aquellos pioneros había personalidades del mundo comercial y financiero como R. Herrera, N. Gelats o H. Upmann, quienes en la coyuntura de entresiglos ampliaron sus negocios con la elaboración de alimentos o perfumes y jabones, al estilo de Crusellas, cuya familia operó casi un siglo en industrias menores, o talabarteros como Incera, también de larga presencia en el entramado empresarial del país.

En paralelo con el incremento del empresariado insular, se produjo una redefinición y decantación de su membresía, motivada, entre otras causas, por la desaparición física o legal de los individuos involucrados en la arrancada de los proyectos empresariales, y por la incidencia, a nivel de las empresas, de las transformaciones que afectaron a la economía cubana. Sobre todo el *crack* de 1920, condujo a la liquidación

—y no fueron los únicos— del Banco Nacional de Cuba y el Banco Español de la Isla de Cuba, entidades sumamente comprometidas con la formación de sociedades anónimas en industrias menores, e indujo un reajuste en la organización empresarial del país.

La descripción anterior apenas introduce algunos elementos informativos sobre el asunto tratado. La composición del empresariado insular fue más heterogénea que la apuntada hasta aquí, el *modus operandi* que condujo a la inversión de capital en la industria incluyó otras estrategias y no solo las de integración vertical y dispersión de riesgos. Desde cualquier perspectiva analítica, el tratamiento del tema conduce al origen de los empresarios.

Ahora bien, entre las industrias menores hubo importantes diferencias. Distintas escalas de producción, grados de mecanización, recursos energéticos, insumos, procesos productivos y fuerza de trabajo, corroboran tal afirmación. También fueron disímiles la procedencia y el estatus de los empresarios en rubros donde se emplazaron desde talleres artesanales hasta fábricas, pasando por formas intermedias de organización industrial e, incluso, por la combinación de todas ellas en el interior de un mismo establecimiento. A las desigualdades implícitas en el monto de las inversiones, se sumaron las relativas a la experiencia y las relaciones de cada fabricante.

Comerciantes, operarios y empleados de manufacturas, inmigrantes y personalidades inmersas en la vida pública, se iniciaron en la fabricación a partir de ventajas de distinta naturaleza. El dominio del mercado, característico de los comerciantes importadores, la capacidad financiera de los comerciantes-banqueros, la clientela de los comisionistas y detallistas, la cultura productiva de los empresarios azucareros y tabacaleros, los situaron en posiciones privilegiadas a la hora de invertir en la industria. También actuaron como premisas favorables en ese sentido la pericia adquirida en el desempeño de los oficios, la existencia de redes familiares e interétnicas en el caso de los inmigrantes, y el poder de los que Carlos Loveira denominara «Generales y Doctores». Transitando distintos caminos, en uno u otro momento, todos arribaron a la industria.

Ese proceso revistió tal heterogeneidad, que no utilizamos el término de empresariado industrial o el de burguesía industrial con el fin de agrupar a los inversores de distinta índole emplazados en industrias menores. Se les enfoque o no bajo un prisma de clase, las diferencias saltan a la vista. Entre los comerciantes (banqueros, importadores, exportadores), hacendados o no, con instalaciones en los rubros industriales mencionados y los propietarios de pequeños talleres mediaba un abismo. Las desigualdades iban desde la

El liderazgo del azúcar no fue cuestionado por industrias complementarias y dependientes de la renta y la demanda generadas por aquella. Pero de lo expuesto hasta aquí se infiere que no contábamos solamente con talleres artesanales, aunque todo el sector no estaba organizado en fábricas.

cuantía de los capitales invertidos hasta las formas adoptadas por las empresas, pasando por las relaciones sociales que caracterizaban a estos.

Sin caer en reduccionismos, podemos vincular la procedencia social y/o los recursos financieros con los sectores en los cuales unos y otros invirtieron capital. En este sentido, destaca el hecho de que la transición al sistema fabril en aquellos rubros más afectados por el cambio tecnológico promovido por la Segunda Revolución Industrial, fuera acometida por algunos de los individuos que llevaron a cabo la modernización del sector exportador. Pero además de la liquidez financiera, en el acceso a la industria incidió la pericia profesional de una variada gama de operarios, empleados y técnicos que edificaron plantas intensivas en trabajo.

Las tendencias anteriormente mencionadas no resultaban excepcionales dentro del contexto latinoamericano. Al margen de particularidades nacionales, visible sobre todo en el alcance o la incidencia de tales conductas en el aparato productivo de cada país, estas se manifestaron con sorprendente semejanza en algunas ciudades de Argentina, México, Brasil o Colombia. Con una simple ojeada a las historias de vida recogidas por Jorge Sábato, a las publicaciones de Donna Guy, a la evolución de familias notables analizadas por Balmori, Voss y Wortman, encontramos «hombres de empresa», cuyos rasgos concuerdan con los exhibidos por una parte de los empresarios polivalentes que, en Cuba, colocaron capital en los sectores primario, secundario y terciario y se desplazaron de uno a otro con una movilidad ajustada al cambio de las circunstancias.²²

Tampoco la situación empresarial cubana difería de la vivida por los restantes países de América Latina, receptores de la «emigración europea en masa». Hacia 1927, el 45% de la industria en Cuba estaba en manos de ciudadanos españoles; pero en 1908 los inmigrantes poseían el 60% de las industrias establecidas en Uruguay, y en 1914, dos tercios de los empresarios industriales en Argentina habían nacido en el extranjero.²³

Desde otro ángulo, en industrias menores detectamos la existencia de disímiles formas de organización empresarial: sociedades colectivas, comanditarias y anónimas mostraban un panorama

diverso, pese al predominio de las primeras. Las empresas formadas en industrias menores corroboran los beneficios y limitaciones tanto de las formas jurídicas tradicionales como de las modernas. Flexibilidad, autofinanciación y continuidad del proyecto empresarial, en detrimento de las economías de escala, caracterizaron las sociedades colectivas y comanditarias. La captación de recursos financieros, el poder negociador y el entrelazamiento de capitales, pero casi siempre acompañados por la especulación, distinguieron a las sociedades anónimas.

Pese a que no podemos tomar el tamaño de las empresas y las técnicas de producción como indicadores exclusivos al ubicar a los industriales en la organización empresarial, consideramos que no resultó fortuita la adopción de la responsabilidad limitada, en paralelo con la implantación del sistema fabril en rubros como la cerveza, los tejidos, el cemento, el papel y el procesamiento de productos cárnicos. No obstante, admitimos que tal interdependencia no explica la formación de sociedades anónimas, por fusión, en la gráfica, las confecciones textiles, el barro y la alimentación; estas tuvieron otros móviles: aumentar la escala de producción, disminuir costes, abaratar precios o ampliar cuotas de mercado.

Desde otro punto de vista, las formas tradicionales (sociedades colectivas y comanditarias) estuvieron casi siempre asociadas a instalaciones artesanales o manufactureras, y a empresas pequeñas y medianas. En algunos casos, la estrechez y los patrones de consumo del mercado interno no incentivaron su modernización más allá de ciertos límites; en otros, el mantenimiento de estas estuvo influido por las características de sus procesos de producción. Ello explica que, incluso, algunos empresarios, con suficiente liquidez para asumir inversiones de mayor envergadura, fundaran varias sociedades de esa índole u operaran simultáneamente diversos establecimientos industriales. Con independencia de particularidades ramales, se trataba de aquellos rubros menos afectados por el cambio tecnológico finisecular.

Existe suficiente evidencia acerca de la viabilidad de las empresas tradicionales que operaban industrias menores en cuanto a propiciar la carrera empresarial de sus socios industriales, reinvertir utilidades y

modificar el proyecto productivo a tono con el cambio de las circunstancias. No obstante, no se pueden pasar por alto los obstáculos que afrontaron sociedades que no pudieron movilizar grandes sumas de capital. Estrategias como la diversificación del producto, el aprovechamiento de economías externas, el uso intensivo de sus instalaciones productivas, la consolidación de sus patrimonios mediante la vía matrimonial, atenuaron tales desventajas, pero no las eliminaron.

En algunos rubros industriales y, sobre todo, para los estratos medios y altos del empresariado insular, la sociedad anónima constituyó una alternativa. Fuese resultado de la transición desde formas tradicionales o no, todavía tenía un carácter embrionario en industrias menores cuando se inició la crisis estructural de la economía cubana. Su apego a intereses familiares, regionales y sectoriales, lastraron en cierta medida el avance que, para la evolución capitalista de la organización industrial, comportaba su progresiva aplicación en actividades destinadas al mercado interno.

La heterogeneidad, expresión de la estructura industrial—en tanto rasgo de los empresarios colocados al frente de los establecimientos—, se manifestó, asimismo, en los planos jurídico y organizativo. Las empresas que asumieron la responsabilidad ilimitada y las que limitaron el riesgo, actuaron bajo la condición de socios en las agrupaciones empresariales fundadas desde finales del siglo XIX. Entre ellas resultan significativas: la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de La Habana y la de Santiago de Cuba, formadas en la década de 1880; el Centro General de Comerciantes e Industriales, articulado en plena ocupación norteamericana; la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de la Isla de Cuba, creada en 1905; el Centro Nacional del Fomento Fabril e Industrial de Cuba, establecido en 1904, y la Asociación Nacional de Industriales de Cuba (ANIC), surgida en 1923.

Al pasar revista a la integración de las agrupaciones empresariales anteriormente mencionadas, observamos que en estas se nuclearon empresarios que, por su ubicación sectorial en la economía y la envergadura del capital invertido, ocupaban distintas posiciones sociales. La correlación de fuerzas se inclinó a favor de una parte de los empresarios asociados en estas agrupaciones, según el tipo y las circunstancias históricas. En tal sentido, observamos el predominio de los tabacaleros en la sección de industria de la Cámara de Comercio de La Habana a finales del siglo XIX, de estos últimos, así como de los destiladores y los licoristas, en el Centro General de Comerciantes e Industriales; de los establecidos en la rama alimentaria (incluidos los azucareros) en la sección de industria de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de la Isla de Cuba a comienzos

de la década de 1920; de los productores de alimentos y los fabricantes de calzado en el Centro Nacional del Fomento Fabril e Industrial de Cuba.

Si nos atenemos a las juntas directivas de esas corporaciones económicas, encontramos que Ramón Herrera Gutiérrez, Segundo Alvarez o Saturnino Martínez, empresarios polivalentes que operaban en la cerveza y el tabaco, respectivamente, como figuras clave en las cámaras comerciales habaneras hasta bien entrado el siglo XX, se diferenciaban de fabricantes medianos como Eduardo Planté (perfume) y Antonio Cabrisas (calzado), directivos del Centro Nacional del Fomento Fabril. Finalmente, el liderazgo de la ANIC representó los intereses de todo el espectro social trazado por industrias menores: empresarios españoles y cubanos, ejecutivos norteamericanos establecidos en Cuba, hombres afincados en manufacturas no azucareras ni tabacaleras y también en el tabaco, individuos que habían aplicado estrategias de integración y asumido la dispersión del riesgo, así como fabricantes más cercanos al artesanado que al empresariado industrial, se agruparon en su seno.

A pesar de los elementos de continuidad que caracterizan al período comprendido entre los decenios de 1880 y 1920, la coyuntura finisecular, y la correspondiente a la Primera Guerra Mundial y a la inmediata posguerra, influyeron de distintos modos en las formas organizativas y en el discurso de las corporaciones analizadas. La creación de las cámaras de comercio en las postrimerías del siglo XIX se adecuaba al desarrollo mercantil que había alcanzado la Isla en ese momento. La configuración del mercado interior, y la modernización de la agroindustria azucarera y de algunas industrias menores, acompañadas por el auge del capital comercial y por el carácter incipiente de la división social del trabajo en el sector económico estudiado, explican el establecimiento de un tipo de organización que reunía a empresarios establecidos en la producción y circulación de mercancías. Por otra parte, la elección de esa modalidad corporativa no constituía una peculiaridad histórica, pues las cámaras de comercio se generalizaron en España y en diversos países latinoamericanos durante el último tercio del siglo XIX.

La coyuntura, signada por la Primera Guerra Mundial y la inmediata posguerra, inauguró la declinación relativa de tales instituciones. Aún las cámaras de comercio constituían un importante vehículo organizativo para el empresariado afincado en distintas ciudades de la Isla, pero los empresarios situados en la capital del país buscaron otros espacios institucionales desde los cuales defender intereses que se habían diversificado. Entre 1918 y 1923, bajo el efecto combinado de ese último fenómeno y de los ajustes

económicos posbélicos, surgieron, entre otras, la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba, la Asociación de Comerciantes de La Habana, la Asociación de Representantes de Firms Extranjeras y la ANIC.

Las asociaciones empresariales de fabricantes muestran el contenido y el alcance de la diversificación industrial que tuvo lugar en el período estudiado. El Centro Nacional del Fomento Fabril estaba en correspondencia con el estado incipiente de las industrias menores en el primer lustro del siglo xx, mientras la ANIC resumía el saldo del crecimiento manufacturero, alentado, indirectamente, por el auge de las exportaciones. Si tenemos en cuenta la fundación de la Unión Industrial Argentina (1886), de la Sociedad de Fomento Fabril en Chile (1883), de la Sociedad Nacional de Industrias de Perú (1895), llama la atención el carácter tardío de las corporaciones insulares. Sin embargo, la lentitud del proceso que conducía a la formación del empresariado y de las instituciones industriales en Cuba, no era excepcional. Precisamente fue en 1923 cuando se creó la Asociación de Industriales y Comerciantes de Arequipa (Perú), promovida por los fabricantes para separarse de la Cámara de Comercio. A su vez, los industriales de Sao Paulo (Brasil) se independizaron de los plantadores en los años de la Primera Guerra Mundial.

La mentalidad empresarial también condicionó los límites de la diversificación productiva cubana. A riesgo de simplificar las posiciones asumidas por las agrupaciones empresariales en este último extremo, valga apuntar que la importancia dada al problema dependió de la composición social de las diferentes corporaciones económicas. Situada en un primer plano por el Centro Nacional del Fomento Fabril y por la ANIC, ocupaba un lugar secundario en las plataformas de cambio elaboradas por las sucesivas cámaras de comercio que operaban en la capital. Asimismo, variaban los medios empleados en la defensa de industrias menores. El proteccionismo, acompañado por concepciones nacionalistas, fue defendido por agrupaciones en las cuales era visible una presencia significativa de fabricantes pequeños y medianos, afincados en instalaciones trabajo intensivas y situados al frente de sociedades colectivas o comanditarias. Por el contrario, la estimulación arancelaria, como recurso de política económica, fue expuesto principalmente por las cámaras de comercio emplazadas en La Habana.

En el tratamiento de la diversificación industrial y los medios para alcanzarla, también influyeron las circunstancias históricas. En las coyunturas económicas críticas, se potenciaba el nacionalismo y, como parte de él, se destacaba el papel económico que podían desempeñar los rubros industriales diferentes al azúcar

y al tabaco. Sin embargo, en las etapas de bonanza azucarera, o cuando la sustitución de importaciones lesionaba importantes intereses vinculados con el mercado norteamericano, se imponía la racionalidad de un sistema que optó por las ventajas comparativas de las agroindustrias. Esta última tendencia fue la dominante. Desde una lógica inversa a la seguida en este artículo, podríamos apuntar que tal concepción puso límites al crecimiento de las industrias menores y a la diversificación productiva en Cuba.

En suma, entre los años comprendidos entre 1880 y 1920, las estructuras industrial y empresarial de la Isla se diversificaron, bajo el efecto combinado de disímiles estrategias empresariales. Este proceso no constituyó una alternativa, sino un complemento al modelo económico que lo promovió. Las relaciones monetario-mercantiles, la movilidad social, los eslabonamientos productivos del azúcar y el tabaco, las vías de transporte y los servicios públicos desarrollados a instancias del sector exportador, así como la formación de un mercado nacional de bienes y factores, crearon un mínimo de condiciones socioeconómicas que incentivaron la colocación de capital y la formación de empresas en industrias menores.

Sin embargo, la pequeñez del mercado interno, la carencia relativa o el alto coste de los recursos financieros, tecnológicos, energéticos y humanos, la ventaja comparativa de las agroindustrias, el predominio de formas tradicionales de organización empresarial, así como la asimetría de las relaciones comerciales sostenidas por la Isla, impusieron límites a tal diversificación. No se transitaría entonces, de la «era de las manufacturas» (pese al establecimiento del sistema fabril en distintos rubros industriales) a la «era de las fábricas». En tal resultado, o en el avance y las insuficiencias de la diversificación alcanzada, fueron decisivos la procedencia e intereses de un empresariado social y nacionalmente heterogéneo, que arribó a industrias menores por distintas vías, en diferentes momentos históricos y con desiguales fines, características todas que influyeron en la composición y propósitos de las agrupaciones empresariales y en su capacidad para influir en la toma estatal de decisiones.

Notas

1. Jorge Ibarra, *Cuba: 1898-1920. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 147.
2. Víctor Bulmer-Thomas, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, FCE, México, D.F., 1997, p. 181.
3. Collin M. Lewis, «La industria en América Latina antes de 1930», en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*. América Latina. Economía y sociedad., Crítica, v. 7, Barcelona, 1991, p. 277.
4. Véase Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, Pueblo y Educación, La Habana, 1985, p. 545.

5. Maxine Berg, *La era de las manufacturas*, Crítica, Barcelona, 1987, p. 27.
6. Industria se emplea en su acepción sectorial, no como sinónimo de empresa industrial moderna o de sistema fabril.
7. Debido a la carencia de censos industriales y de series de producción y precios, así como a las insuficiencias de los censos de población para determinar qué parte de la población económicamente activa estaba empleada en industrias menores, tenemos que apelar a la *Guía Comercial de la Isla de Cuba*, de 1886, publicada en Madrid por la Casa Bailly y a la *Guía-Directorio de la República de Cuba*, editada en Barcelona por la Casa Bailly-Baillere en 1920, para ofrecer una imagen de la evolución experimentada por la industria en el período que nos ocupa.
8. Véase Comisión Nacional de Estadísticas y Reformas Económicas (CNERE), *Estadísticas*, La Habana, 1928; CNERE, *Cuadros estadísticos de las fábricas de cervezas y licores y su producción en 1926*, La Habana, 1928; CNERE, *Estadísticas en relación con la elaboración de cigarrillos y tabacos en el año 1926*, La Habana, 1928.
9. Sobre urbanización véase James R. Scobie, «El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, c. 1870-1930», en Leslie Bethell, ob. cit., pp. 202-30, y acerca del comportamiento de salarios y precios, Antonio Santamaría, «Precios y salarios reales en Cuba. 1872-1914», *Revista de Historia Económica*, a. XIX, n. 2, 2000.
10. Véase *Balanza del comercio exterior de España en 1885*, Madrid, 1886; José Crusellas, *Contestación de los fabricantes de jabón de La Habana a la Intervención de La Vanguardia de Barcelona con los fabricantes Sres. Rocamora...*, La Habana, 1891 y María A. Marqués, «Las industrias menores en la Cuba finisecular: problemas de un mercado compartido», *Estudios de Historia Social y Económica de América*, Revista de la Universidad de Alcalá de Henares, n. 13, 1996, pp. 449- 57.
11. Véase Julio Le Riverend, ob. cit., pp. 520-1, y Oscar Zanetti, *Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1998, pp. 188-206.
12. Indudablemente, la Primera Guerra Mundial no influyó en Cuba del mismo modo que en países latinoamericanos dependientes de importaciones europeas, en los cuales se produjo una contracción drástica de estas y se aceleró un cambio en la composición sectorial de la economía que benefició a la industrialización a mediano plazo. Pero en Cuba disminuyó el ritmo de crecimiento de las importaciones, produciéndose lo que en la época se denominó una «crisis de subsistencias». Pese a que no podemos cuantificar el fenómeno, durante la etapa generada por la coyuntura bélica se incrementaron las inversiones y la formación de empresas en industrias menores. Por el contrario, todo parece indicar que el lapso comprendido entre el crack de 1920 y el inicio de la crisis estructural de la economía cubana en 1925 fue desfavorable a la industria.
13. Víctor Bulmer-Thomas, ob. cit., p. 152, y «La reforma arancelaria», *Revista del Banco Nacional de Cuba*, enero de 1958, p. 18.
14. Víctor Acuña, ed., *Historia general de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras (1870-1945)*, t. IV, Siruela, S. A., Madrid, 1993.
15. Antonio Santamaría, «Auge, alteración y crisis y ajuste de una economía de exportación. Cuba: 1898-1939», en Enrique Cárdenas et al, eds., *The export age: the Latin American Economics in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, McMillan, Londres, 1999.
16. E. V. Fitzgerald, «La reestructuración a través de la depresión: el estado y la acumulación de capital en México, 1925-1940», en Rosemary Thorp, *América Latina en los años treinta. El rol de la periferia en la crisis mundial*, FCE, México, D.F., 1989, p. 290, y José A. Ocampo, «La economía colombiana en la década de los treinta», en Rosemary Thorp, ob. cit., p. 166.
17. Ciro Cardoso, *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*, Nueva Imagen, 1992, p. 392, y Warren Dean, «La economía brasileña, 1879-1930», en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina. América del Sur, c. 1870-1930*, v. 10, Crítica, Barcelona, 1992, p. 363.
18. Sobre tales posturas véase Mario Cerutti y Menmo Vellinga, comps., *Burguesías e industria en América Latina y Europa meridional*, Alianza, Madrid, 1989; Marcelo Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina*, Crítica, Barcelona, 1984; Ezequiel Gallo, «Política y sociedad en Argentina, 1870-1916», en Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, ob. cit., pp. 41-66, y Collin M. Lewis, «La industria en América Latina antes de 1930», ob. cit.
19. Véase Alejandro García, *La gran burguesía comercial en Cuba, 1899-1920*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990; Jorge Ibarra, ob. cit.
20. Alejandro García (ob. cit., p. 37) introduce el concepto «polivalencia mercantil» entendiéndolo por esto «en primer lugar, el ejercicio de ambas vertientes del comercio exterior —importación y exportación— y, en segundo lugar, la importación simultánea de productos de distinto género». María A. Marqués («El empresariado español en la industria no azucarera insular», en Consuelo Naranjo, Miguel A. Puig-Samper y Luis M. García, *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Doce Calles, Madrid-Aranjuez, 1996, pp. 251-65), pone énfasis en el carácter no solo comercial y financiero de dicha polivalencia, sino también su dimensión industrial. Sobre la base de estos últimos supuestos, en este artículo se emplea el término «polivalencia empresarial».
21. Por ejemplo, en 1902 la familia Crusellas aparecía registrada como Crusellas, Rodríguez y Cía., en la fabricación de aguas minerales; Ramón Crusellas, en la preparación de harina de plátano; Crusellas, Hermano y Cía., en la elaboración de jabón, y Crusellas y Cía. en el comercio minorista. En 1920, Solana y Cía., estaba al frente de un taller de encuadernación y Solana, Hno. y Cía., tenía montado el establecimiento «La Habanera», dedicado a litografías y sellos de goma. También en 1920, el hacendado azucarero Manuel Galdo aparecía registrado como Manuel Galdo y Cía., con una fundición, Kates y Galdo, en la «Metalúrgica Cubana», para fabricar tornillos y remaches, y Manuel Galdo Cía, con una ferretería.
22. Jorge F. Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Imago Mundi, Buenos Aires, 1991; Donna Guy, «La industria argentina, 1870- 1940. Legislación comercial, mercado de acciones y capitalización extranjera», *Desarrollo Económico*, octubre-diciembre de 1982, pp. 351-73, y Diana Balmori, Stuart F. Voss y Miles Worstman, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, FCE, México, D.F., 1990.
23. Consuelo Naranjo, «La población española en Cuba, 1880-1953», *Cuba, la perla de las Antillas*, Doce Calles, Madrid-Aranjuez, 1994, pp. 121-36; y Collin M. Lewis, «La industria en América Latina antes de 1930», ob. cit., p. 269.

Ejército y militarismo en Cuba (1899-1952)

Federico Chang

Profesor. Universidad de La Habana.

La primera ocupación militar norteamericana —después de frustrar todo sentido transformador de la revolución radical iniciada por José Martí en 1895— fue la encargada de garantizar el dominio de los intereses norteamericanos en Cuba y ordenar la estructura económica y política de la nueva República mediante una institucionalización que se ajustara a sus fines.

La disolución del ejército mambí se efectuó en el propio año 1899 y dio lugar a la creación y organización —a cargo de cada uno de los jefes de los siete departamentos militares en que se encontraba dividido el territorio cubano—¹ de una fuerza de guardia rurales cuya función consistía en conservar el orden de los distritos rurales, y auxiliar la policía municipal en el desempeño de idénticas funciones en las zonas urbanas.

Origen y desarrollo del Ejército Nacional

En febrero de 1900, el general Leonardo Wood, gobernador militar norteamericano en Cuba, determinó por Orden civil número 90 que las fuerzas de guardias

rurales fueran organizadas en compañías y tropas. Esto constituyó un primer paso hacia la adopción de una base organizativa propiamente militar, aun cuando la naciente institución no estaba dotada todavía de un mando único.² No fue sino hasta enero de 1901, cuando se propuso un plan para la organización de la Guardia Rural en junta de jefes y oficiales de esas fuerzas, celebrada en los Quemados de Marianao y presidida por su superintendente, el capitán norteamericano H. J. Slocum.

La naciente fuerza fue atendida con cuidado por los personeros políticos del imperialismo norteamericano en Cuba. No solo situó como superintendente de la nueva organización al ya mencionado capitán Slocum (quien pertenecía al 7mo. de caballería del Ejército norteamericano) sino que veló directamente por las designaciones de los oficiales y alistados que habrían de integrarla. De ese modo, en el informe correspondiente a enero-mayo de 1902, el capitán Slocum informa al gobernador militar acerca de las exigencias observadas para el reclutamiento de los miembros del cuerpo, y hace hincapié en señalar que las solicitudes de ingreso fueran acompañadas de

«cartas de recomendación por lo menos de dos individuos bien conocidos y de buena reputación, con preferencia propietarios, además de ser imprescindible acreditar buena conducta y gozar de buen nombre en la comunidad, y saber leer y escribir en su propio idioma».³

La institución militar cubana se integra al juego del imperialismo y de las clases dominantes criollas como instrumento encargado de velar por la propiedad capitalista y por la legalidad burguesa que la sustenta. La conservación del ordenamiento social vigente está en dependencia directa del mantenimiento y la seguridad de ambas, y la alteración más grave que puede tener lugar dentro del sistema es la que atenta contra la propiedad. La misión fundamental de la institución militar cubana consistirá entonces en reprimir toda manifestación contra ella. A su vez, la fuerza militar de la metrópoli imperialista será la encargada directa —mediante la intervención o la ocupación— de la integridad y de la estabilidad del sistema⁴ ante cualquier tentativa de transformación social o alteración del equilibrio del sistema.

No obstante, la función correspondiente a la organización militar cubana habría de mixturarse en el proceso evolutivo de la institución. En un país arruinado por la guerra y dependiente de las inversiones de capital imperialista, el ejercicio del gobierno no tardó en convertirse en una abundante y casi única fuente de sinecuras y de poder económico personal. La detentación del poder asegura y posibilita la toma de decisiones capaces de favorecer a diversos grupos de «hombres de negocios» o de crear nuevos «empresarios» de la noche a la mañana. Y hace que la lucha entre los distintos partidos políticos por alcanzar el gobierno no solo se reduzca a la pugna por el ejercicio del poder político, sino que se vea, además, fuertemente enrarecida por pasiones y ambiciones, que no rebasan el plano del interés económico personal y de grupos.

La institución militar cubana es arrastrada, desde su surgimiento, a este enfrentamiento. El aparato de coacción y represión puede hacer inclinar la balanza a favor de uno u otro de los grupos contendientes. Su estabilidad interna y su unidad son debilitadas por su participación en la lucha política. En particular, los mandos resultan altamente afectados: su designación, así como la obtención de grados y ascensos pasan a ser resultado del re juego político.

El contenido fundamental de esta nueva relación se establecía en la «lealtad»: los compromisos personales, la dependencia de los favorecidos, la identificación individual y la comunidad de intereses que posibilitan el triunfo de políticos y militares. Esta deformada e interesada relación de «lealtad» pasa a constituir el centro de la vinculación entre ellos. En el contexto de la

república neocolonial cubana, no fueron insólitos ni excepcionales los oficiales que habían hecho carrera política, o los casos de figuras procedentes de los mandos militares, en las nóminas de los partidos políticos tradicionales. A lo largo de las tres primeras décadas del siglo, la alta oficialidad del Ejército nacional debió sus grados, designaciones a mandos y «méritos» militares, a sus relaciones y vínculos personales, y no a una preparación militar adquirida en cursos. Aunque en menor medida, la oficialidad media (capitanes, primeros y segundos tenientes) también se vio afectada por estas circunstancias.

La organización de una institución militar para la naciente República se inició —como ya se ha dicho— durante la primera ocupación. En 1902, pasó a ser reorganizada al disponer el gobernador militar la creación de un cuerpo de artillería integrado por tres compañías, «de las cuales dos serán de blancos y una de color».⁵ La organización de este cuerpo, que radicaba en La Habana, se realizó por el capitán norteamericano Dwight E. Aultman, del cuerpo de artillería de los Estados Unidos. Ese mismo año, se consolidó, como la recién creada Guardia Rural, y ambos constituyeron la fuerza armada del nuevo Estado cubano. El gobernador militar designó al Mayor General Alejandro Rodríguez para la jefatura; quien, con anterioridad, ocupaba la jefatura de la Guardia Rural; había desempeñado además el cargo de alcalde de La Habana en 1900 y, posteriormente, fue delegado a la Asamblea Constituyente de 1901.

Por la reorganización efectuada en 1903 —después de haberse inaugurado el primer gobierno neocolonial, presidido por Tomás Estrada Palma—, ambas fuerzas estuvieron integradas por una dirección general y tres regimientos. Cada regimiento contaba con ocho escuadrones y dos compañías. La fuerza total ascendía a 2 856 alistados, de los cuales 2 400 eran guardias rurales, 21, jefes y 143, oficiales.⁶

La insurrección de las fuerzas pertenecientes al Partido Liberal contra la reelección de Tomás Estrada Palma —y que culminó con una nueva intervención y ocupación militar desde 1906 a 1809— dio motivo a la constitución de una milicia temporal (decreto presidencial 370 de agosto de 1906) y al completamiento de la organización dada a las fuerzas armadas cubanas (decreto presidencial 375 de septiembre del mismo año).

Quedó sentado así un precedente, seguido por todos los gobiernos posteriores: ni uno solo dejó de decretar modificaciones que afectaban el número de alistados o de oficiales, o medidas que otorgaban nuevos grados a miembros de la oficialidad, «por méritos adquiridos en campañas militares». De este modo, las «campañas» contra los liberales en 1906;

contra el Partido de los Independientes de Color, en 1912; contra las insurrecciones provocadas por la reelección menocalista en 1917 y por la llamada «ley de los sargentos», decretadas por Zayas en 1923, permitieron tanto la introducción de aumentos de salarios en las fuerzas armadas por designación presidencial, como el otorgamiento de «méritos» militares, sobresueldos, plus o dietas de campaña, y sobre todo, grados militares que beneficiaban a aquellos miembros cuya «dealtad» política ya se tenía asegurada o se buscaba obtener.

De la situación señalada, resulta con frecuencia además de la sustitución del jefe del Ejército como corolario del cambio presidencial, una gran movilidad en los cuadros de toda la oficialidad, consecuencia no solo de los aumentos y ascensos decretados, sino de las renunciaciones y expulsiones, que junto con los naturales fallecimientos, afectaron durante todo el período la estabilidad del cuerpo militar en su totalidad. Baste señalar que entre 1900 y 1917, se produjo un total de 207 bajas por diversas causas en las filas de la oficialidad, y 500 ascensos en el período, más breve aun, de 1910 a 1917.⁷

En conjunto, durante este período tuvieron lugar 767 movimientos debidos a bajas y ascensos, en una cantidad promedio de 342 oficiales.⁸ A esto es necesario agregar que el cuadro de oficiales ascendió de 164 en 1903, a 521 en 1918; o sea, 357 nuevos oficiales, equivalente al 218%.

Al contrario de lo que sucede en los estamentos de la oficialidad alta y media, la base de la pirámide militar mantiene una mayor estabilidad: las clases (sargentos y cabos) no resultan favorecidas en igual medida por esta política de ascensos irregulares, que vincula tan estrechamente a la oficialidad con los políticos de turno. Sus relaciones con el nivel político se encuentran interferidas por la propia estructura de los mandos militares superiores.

Sin embargo, los sargentos y los cabos son puntos nodales de la comunicación con los alistados, aunque carecían de la influencia y significación política que, vinculadas a una jerarquía social, pudieran motivar un tratamiento más personal y directo por parte de las esferas políticas. Por tanto, solo podían ser objeto de un tratamiento basado en el paternalismo o el oportunismo político. El incipiente descontento y agitación populares, las grandes desigualdades en los niveles de vida y las cada vez más difíciles posibilidades de ascensos, que gravaban internamente la institución, explican las condicionantes de la «ley de los sargentos» emitida por el gobierno de Alfredo Zayas, que tendía a beneficiar a este estamento al reconocerle su antigüedad en el grado y en la organización. Esta ley concedía el nombramiento de oficial supernumerario

a todos aquellos sargentos con ocho años de servicio en el grado y más de veinte como alistados, con el requisito de haber mantenido buena conducta. Los beneficios incluían un aumento en los haberes y la posibilidad de disfrutar de las asignaciones correspondientes al grado de segundo teniente, y considerárseles como tales a los efectos de una eventual jubilación.

La alta oficialidad presentaba diferencias con la media, en cuanto a posiciones políticas y formación técnica. La oficialidad media, en determinada medida, surge y es impactada tempranamente en su formación (1909) por la creación de cursos en la Academia de ampliación, primero, y por el establecimiento de una academia destinada a la preparación de oficiales, después. Este impacto de carácter técnico-profesional —que implicaba una constante elevación del nivel y las exigencias docentes y un aumento de la duración de los cursos— afecta y se hace sentir solo dentro del grupo de la oficialidad media, sin extenderse a la totalidad del cuerpo de la institución. Y aunque se trata de un fenómeno de precaria existencia, no podía dejar de provocar considerables tensiones en las relaciones de este grupo con los demás integrantes del organismo militar.

La alta oficialidad pertenece —o está fuertemente vinculada— a la oligarquía nacional. La ideología y la acción política de sus miembros está claramente definida por el mantenimiento del *status quo* vigente en la sociedad neocolonial. Emergió y fue ratificada en los rigurosos procesos selectivos llevados a cabo directamente por los Estados Unidos, durante la primera y segunda ocupación. Desde el punto de vista económico, sus miembros están insertados en los sectores privilegiados, de altos ingresos, dentro de la sociedad. La discriminación racial y social existente contribuyó aún más a cerrar las puertas de esta oficialidad a individuos procedentes de otros sectores sociales.

Por su parte, los tenientes pertenecen o se vinculan a la llamada clase media urbana, constituida en su gran mayoría por profesionales, empleados del Estado, trabajadores de oficinas, etc., y al propio sector militar. En este último caso, la existencia de vínculos familiares y educacionales —particularmente con la alta oficialidad— determina una mayor identificación con los móviles y la conducta política de los estamentos militares superiores.

La penetración directa ejercida por el imperialismo norteamericano complementa el carácter del entorno político de este grupo. Esta influencia comenzó a gestarse muy tempranamente, ya desde 1908, cuando fueron creadas las primeras escuelas de instrucción para oficiales, bajo la dirección del comandante retirado del Ejército

La institución militar cubana se integra al juego del imperialismo y de las clases dominantes criollas como instrumento encargado de velar por la propiedad capitalista y por la legalidad burguesa que la sustenta.

norteamericano H. A. Barber y de los capitanes Winternmayer y A. J. Dougherty del 5º, y del 30 de caballería, respectivamente. Continuó manifestándose de modo directo hasta 1912, en que fue relevado de Cuba el capitán Phillips S. Golderman y llegó a su fin la última dirección norteamericana en la Academia preparatoria creada en 1911. A partir de entonces, las invitaciones a cursos y el otorgamiento de becas a los graduados de esas academias fueron —conjuntamente con las constantes misiones militares enviadas con fines de reorganización militar— los principales mecanismos utilizados para asegurar y fortalecer la penetración ideológica, política y técnica norteamericana en la institución militar.

En el caso de sargentos y cabos, el enrolamiento voluntario fue la forma mediante la cual había sido establecido el reclutamiento de sus miembros. Y esta, interrumpida escasamente un año por el Servicio Militar Obligatorio —establecido por la administración de Mario García Menocal, en 1918, después de interminables debates en el Congreso, y derogado un año después—, tuvo dos importantes efectos sobre el conjunto de la estructura militar.

En primer lugar, condicionó la constitución de la organización militar sobre una base totalmente salarial. La mayoría de los alistados no concurría al enrolamiento movida por convicciones de tipo social vinculadas al servicio de la patria y la defensa de su soberanía. Ni siquiera eran compelidos por elementos de disciplina social e individual. Las determinantes del enrolamiento estaban relacionadas con las necesidades y el interés económico inmediato, así como con los elementos de falso prestigio social que el uso del uniforme confería. En segundo lugar, a sus filas acudieron de modo mayoritario, hombres procedentes de aquellos sectores más marginados y, por tanto, socialmente más excluidos y retrasados de la población. Este hecho estuvo condicionado por la imagen —vigente en todos los sectores sociales y recogida como opinión más generalizada— del ejército como institución alejada de ejercer la defensa de la soberanía, y cuya función era la vigilancia semipolicial y la represión.

Cuando, en 1917, tuvo lugar la insurrección conocida como «La Chambelona», las instancias militares encargadas del reclutamiento voluntario autorizaron el alistamiento de elementos analfabetos e

incluso con antecedentes penales y delictivos, al dejar a la consideración y «buen criterio» del oficial reclutador toda decisión relacionada con estos últimos requisitos. Un fenómeno similar tuvo lugar en el período de auge económico, artificialmente generado por la Primera Guerra Mundial. Predominaron entonces los reclutamientos a cargo de comisiones creadas al efecto, las cuales actuaron, en lo fundamental, en zonas no urbanas durante los años 1918 y 1919. Este reclutamiento captó, sobre todo, elementos procedentes de sectores agrarios muy marginados, cuya inestabilidad laboral y nivel educacional y cultural (por pertenecer a las clases y grupos sociales más golpeados y explotados por el sistema de dominación) los convertían en elementos moldeables y fácilmente controlables por los diversos estratos del mando militar a los que se subordinaban, al tiempo que excluían para ellos toda posibilidad de superación técnica y profesional.

Son estas las condicionantes que están presentes en el Ejército cuando asume la primera magistratura el General Gerardo Machado y Morales.

El machadato: crisis y disolución del Ejército nacional

No había transcurrido un año y medio de haber iniciado Machado su gobierno, cuando decidió reorganizar la maquinaria militar mediante el decreto número 1100, del 20 de julio de 1926. La nueva Ley orgánica y de efectivos del Ejército, introdujo un cambio significativo en el estado militar de los oficiales. El artículo 44 establecía dentro del estado militar y del oficial tres situaciones: la de activo, cuando está en desempeño de las funciones militares; la de remplazo, cuando esta condición haya sido concedida por el Presidente de la República.; y la de retiro, cuando el oficial pasa a la vida pasiva, con los derechos que las leyes le conceden.

El artículo número 49 de esa ley explicaba los derechos del oficial en la situación de remplazo:

1º A ausentarse del territorio nacional en tiempo de paz notificándolo previamente al Jefe del Estado Mayor. En tiempo de guerra o de grave alteración del orden público necesitará la autorización del Presidente de la República.

- 2º Al goce de los derechos políticos. Perderá el derecho a volver al servicio activo cuando acepte una postulación para cargos públicos de elección popular y retribuidos, dentro de los seis meses siguientes a la fecha en que se le hubiese concedido el remplazo.
- 3º A desempeñar cualquier cargo retribuido por el Estado, la provincia o el municipio.
- 4º A que le sea abonado el tiempo servido en caso de guerra o de grave alteración del orden público.
- 5º A que se le apliquen las disposiciones de la Ley de Retiro Militar.
- 6º A que se le tributen los honores y cortesías militares cuando vista de uniforme, y a vestir este en los casos y circunstancias que exprese el Reglamento general.
- 7º A figurar en su escalafón especial, conservando el puesto que le corresponda por su antigüedad en el grado.
- 8º A disfrutar los haberes y asignaciones correspondientes a su grado y obtener los ascensos y recompensas que merezca durante el tiempo que permanezca en servicio activo en el caso del número segundo del artículo siguiente.
- 9º A volver al servicio activo cuando lo solicite con seis meses de antelación, siempre que exista vacante de su grado en el escalafón a que pertenezca.

Como podemos apreciar la situación de remplazo vinculaba más directamente a la oficialidad con toda la maquinaria del aparato gubernamental. De hecho, pasaba a constituirse en un funcionario, seleccionado para cualquier desempeño dentro de las funciones del Estado y a disposición directa del Presidente de la República (léase Machado) que era la única jerarquía que concedía ese singular estado militar.

Los gastos militares habían alcanzado el máximo de crecimiento que la endeble estructura neocolonial permitía. Esta situación imposibilitaba mantener el continuado aumento del presupuesto militar. Ello —unido a la pretensión de Machado de presentarse como un gobernante que intentaba desarrollar la educación, la construcción de caminos, carreteras, acueductos, etc.— lo obligaba a buscar una solución que cumplimentara la tradicional práctica de favorecer las aspiraciones de mejoras económicas de la oficialidad. La condición de remplazo fue la solución *sui generis* que ofreció.

El deterioro que sufría el machadato empieza a reflejarse no solo en la repulsa que directamente se manifiesta por parte del pueblo, sino también en la oposición que se evidencia en la propia institución militar por aquellos estamentos menos comprometidos o identificados con el papel represivo.

El aumento de la oposición por parte de los sectores revolucionarios y de los elementos simplemente opositores va a propiciar la aparición de las contradicciones en el seno de la propia institución militar. Su carácter estará en dependencia de los contenidos ideológicos y de clases que se manifiestan en la lucha. Al analizar las diversas conspiraciones que se produjeron

en la época, debemos hacer una distinción importante: si se concibieron en el seno de la institución militar o si fueron gestadas por elementos civiles que buscaron el apoyo o la participación directa de los militares.

Podemos afirmar que no hubo en realidad conspiración alguna fraguada en el seno del Ejército. Todas fueron movimientos promovidos por políticos civiles que buscaron con afán el apoyo militar —preferentemente de los mandos—, con lo cual confiaban aumentar la participación del elemento militar y provocar una sublevación parcial o total de la institución. Esto provocó los contactos con la alta oficialidad, así como con la media. Perseguían, sobre todo, obtener compromisos de los altos mandos militares y, por ende, de la alta oficialidad. Ello se reflejó en la oficialidad media, la cual no logra, en todas estas conspiraciones, tener un comportamiento autónomo. Trató de obtener la participación de sus superiores jerárquicos o, por lo menos, su actitud expectante. Pero nunca tuvo una conducta de enfrentamiento u oposición a ellos.

La conducta del Ejército, como regla, se definió al lado del gobierno. Ni en una sola de las conspiraciones ocurrió un levantamiento militar, no solo por la traición personal de algunos de los comprometidos y la indiferencia de la mayoría, sino porque la institución militar, sus mandos y oficiales actuaban como instrumentos totalmente identificados con la defensa del gobierno y del orden establecido. Solo en la conspiración de 1930 participó, de modo significativo el estamento de los sargentos. La mayoría de los pertenecientes al séptimo distrito (fortaleza de La Cabaña) estaba comprometida y fue precisamente uno de sus miembros quien delató el complot.

La pobre participación de los sargentos en estos movimientos conspirativos y esta misma delación demuestran la desconfianza y recelos mutuos que existían entre la oficialidad y las clases. Es indudable que la integración de los militares en estas conspiraciones no los vinculó con los sectores populares y más revolucionarios. Ideológicamente, no logró profundizar sus contenidos, ni conformar fines políticos más radicales en ellos.

Es de observar cómo, a partir de la crisis que experimentan en 1931 los personeros, partidos y grupos antimachadistas políticamente tradicionales, y cuando las nuevas fuerzas sociales y sus organizaciones políticas asumen la dinámica del movimiento contra Machado, no hay ni una sola conspiración más en las filas del Ejército. Tal pasividad no es consecuencia de la falta de interés de las nuevas fuerzas insurgentes por establecer contactos con grupos y miembros de esa institución militar, sino de la posición abiertamente reaccionaria que asumen sus mandos y la totalidad de su oficialidad.

El pequeño grupo de oficiales participante en las anteriores conspiraciones había sido licenciado, preso o neutralizado por completo. A partir de 1931 es indudable el deterioro político del gobierno, pero la institución militar permanece a su lado.

Los sectores políticos tradicionales le habían retirado su apoyo, sin embargo; y el auge del movimiento estudiantil y obrero junto a la creciente actividad terrorista y las manifestaciones populares de repulsa, aislaron a la camarilla gobernante que, como única respuesta, practica la más violenta y feroz represión.

La aguda crisis obligó al imperialismo norteamericano a iniciar, el primero de julio de 1933, la Mediación a cargo de su embajador Sumner Welles. Esta maniobra estuvo dirigida, en primer lugar, a neutralizar la acción revolucionaria de las capas medias y los obreros que con sus organizaciones y sus decididas acciones a partir del año 31, habían tomado el peso de la lucha contra Machado. En segundo lugar, intentaba organizar la oposición burguesa representada por los políticos tradicionales enemistados con Machado, y los jefes del ABC, que accedieron a participar en la Mediación. Si no era posible la permanencia de Machado en el poder su sustitución debía hacerse sobre la base de garantizar el poder en manos de las clases oligárquicas y de los políticos fieles a los intereses imperiales.

La ofensiva política de las masas obreras, iniciada con la huelga, destruyó esos planes. Se encontraron ante una situación no prevista en su estrategia. Los partidos y figuras políticas burguesas opositoras, reunidas en la Mediación (ABC, OCRR, Unión Nacionalista, marianistas, Conservadores ortodoxos), habían sido desconocidos por las clases, sectores y organizaciones revolucionarias que con su accionar derrocaron a Machado. En esta situación, el Ejército pasa a ser la única organización del Estado burgués con un dispositivo nacional que podía actuar bajo su mando único y garantizar el traspaso del poder dentro de los sectores oligárquicos, puesto que continuaba disponiendo de las armas y de su uso, en caso extremo. Por tanto, el traspaso del poder, desde una solución conservadora, se ve dispuesto e impuesto a pasar por la institución armada.

El ejército se hacía del poder y lo ejercía directamente o se lo entregaba a una figura no comprometida con el machadato pero que contaría con esa base. La primera opción era peligrosa y se tornaba irreal. Los dos últimos años de Machado habían comprometido demasiado al Ejército en su criminal represión. La oposición en su contra estaba muy extendida, no solo en los sectores populares, sino en los burgueses. En la propia institución castrense era

común el sentido de culpa, para emprender tamaña responsabilidad: asumir el gobierno.

En la obra citada de Adam Silva, el ex oficial trasmite ese estado de ánimo: «La oficialidad estaba cansada de la repulsa de que era objeto de parte de casi todas las clases sociales y harta de verse odiada, víctima de un deber que pesaba demasiado y del que estaba ansiosa de sacudirse».⁹

Solo la miopía de Welles, provocada por su posición en extremo reaccionaria, podía pretender la imposición del mayor general Alberto Herrera como sustituto de Machado.

La segunda opción devino como la única realizable. La designación de Carlos Manuel de Céspedes, —personaje con el cual convino Welles—, no podía sino significar la continuidad del orden ya superado, es decir, la crisis que había decretado la caída de Machado. Las luchas de los propios sectores y personeros de la política tradicional, nuevamente empeñados en una campaña de acusaciones mutuas, en lucha por el gobierno, destruía aún más su ya decadente hegemonía.

La situación interna del Ejército va respondiendo en igual sentido. La liquidación del régimen machadista y la lucha política que había provocado su caída dejaron muy al descubierto la crisis institucional y de las estructuras políticas y económicas. Y significó para el ejército la agudización de las contradicciones internas de la propia oficialidad y de esta con la base. La demanda de depuración de sus miembros había prendido con fuerza en sus integrantes. Las desigualdades que existían entre oficiales y alistados habían aparecido a los ojos de estos últimos, ante la ola de reivindicaciones que la acción del pueblo ponía en el orden del día. También se imponía la necesidad de un cambio en la relación que tradicionalmente regía la conducta de la institución militar con el nivel político del país, ante la crisis que atravesaba la nación.

Todas esas condiciones se reflejaban en demandas y soluciones exigidas por la mayoría de sus integrantes, que no podía sino chocar violentamente con la inacción general provocada por la debilidad política de los sectores conservadores que dirigían tanto al país como a la institución militar.

La continuación de la crisis, ineluctablemente, desembocó en una nueva reorganización del gobierno y en una liquidación de las fuerzas políticas más comprometidas con la inacción conservadora —entre ellas el Ejército— que caracterizó el breve, pero convulso tiempo que medió entre el 12 de agosto y el 4 de septiembre de 1933.

Las clases y sectores populares no podían resignarse a perder el combate iniciado en la lucha contra Machado. Todavía quedaban por librar muchas

batallas antes de que la reacción y el imperialismo pudieran tener un respiro.

Esta vez se inició de nuevo la lucha con un movimiento dentro del Ejército; en esta ocasión, gestado por el estamento de los alistados.

La alta oficialidad como casi todo el conjunto de la media había demostrado su reaccionaria incapacidad. Sus vacilaciones y compromisos habían ofrecido pruebas fehacientes de su posición. El estamento de los alistados (sargentos, cabos y soldados) respondió con una sedición al estado de inseguridad y de insatisfacción que minaba a la institución militar. El movimiento, en términos generales, se mantuvo en su carácter reivindicativo, no rebasó los límites de una acción de índole castrense. El carácter político y las repercusiones que originó se lo imprimió la profunda crisis que conmovió al país. El deterioro de las fuerzas políticas de la reacción motivó la espontánea y frágil vinculación que estableció con otras fuerzas políticas, algunas de las cuales eran partidarias de un cambio social.

Fue la participación del Directorio Estudiantil Universitario la que nutrió de una proyección política al movimiento de los sargentos. En tal sentido, Pablo Rodríguez, uno de los autores del pronunciamiento de los sargentos, dice:

Conocida en la ciudad nuestra rebelión, al campamento concurrió un crecido número de revolucionarios, en su mayoría miembros del Directorio Estudiantil Universitario. El movimiento se extendió por toda la Isla con rapidez vertiginosa y desde la jefatura de Columbia comenzaron a hacerse designaciones para los mandos de los distritos del interior y para los servicios de policía.

[...] En las primeras horas de la madrugada del día 5, regresamos [Pablo Rodríguez e Inda] de la ciudad de Matanzas, y después de un rápido cambio de impresiones, decidimos que Batista se traslade al Club de Oficiales en cuyo lugar quedaría instalado, provisionalmente, el Estado Mayor del Ejército, Batista fue autorizado por nosotros, los miembros de la Junta Revolucionaria Militar, para que, de acuerdo con los dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario, llegaran a organizar un nuevo Gobierno, si ello fuera necesario; pero recordándole que este tendría que organizarse de acuerdo con el programa del mencionado Directorio y que no olvidara nuestra solemne promesa de que los militares no debíamos ocupar ningún cargo en el nuevo Gobierno.¹⁰

La unidad entre sargentos y estudiantes dotó de programa político al movimiento, que dio paso a la creación de un Gobierno provisional encargado de realizar las reivindicaciones de la Agrupación Revolucionaria de Cuba integrada «por alistados del Ejército, la Marina y por civiles pertenecientes a distintos sectores encabezados por el Directorio Estudiantil Universitario».¹¹

La situación se torna crítica para la reacción. La función hegemónica que los partidos políticos burgueses tradicionales habían ejercido desaparece. Las organizaciones de centro o de izquierda pasan a dominar la situación. Sin embargo, la inexistencia de unidad entre esas fuerzas y sus contradicciones crecientes junto a la labor de zapa del imperialismo y de los sectores contrarrevolucionarios abren el camino de su fracaso.

A esa labor se dirigió Welles y la culminaría Caffery con sus actividades «diplomáticas»: a captar a cuantos elementos se mostrasen dispuestos a la traición, alentar las diferencias políticas de individuos, grupos y sectores participantes en el gobierno o en el escenario político creado, y aglutinar y organizar las fuerzas reaccionarias.

El imperialismo alentó, sistemáticamente, las conspiraciones, alimentó el clima de inestabilidad mediante amenazas intervencionistas y la persistente negativa al reconocimiento diplomático. En ese escenario actuó la alta y media oficialidad, y contribuyó al clima de tensión e inestabilidad con amenazas y acciones.

La oficialidad media se retiró de sus puestos y se refugió en el Hotel Nacional, en actitud hostil y en connivencia con el embajador norteamericano. Tal conducta refleja el espíritu de cuerpo que adopta ante la crisis. Reacciona en defensa de los intereses de todo el grupo de oficiales, y apoya de forma decidida las líneas jerárquicas que tradicionalmente habían regido la organización y la vida interna del Ejército Nacional.

El ataque contra el Hotel Nacional tuvo una importante repercusión para los grupos contendientes, tanto para la oficialidad desplazada como para las clases sostenedoras del 4 de septiembre. La confrontación armada definió la autoridad y el poder de los contendientes. Pues si bien, con el abandono de la oficialidad de sus puestos, habían sido los sargentos quienes ocuparon los mandos de toda la organización, aún subsistía una cierta ilusión de retorno de aquellos oficiales no maculados, lo que constituía un foco de tensión para la autoridad y el mando que se habían otorgado sargentos y cabos.

El combate, con su resultado final: la muerte de una parte de los oficiales participantes y el encarcelamiento de la mayoría, liquidó esa ilusión y el foco de tensión que creaba. Confirmó la autoridad y el poder autoconcedido por el movimiento septembrista a los sargentos. En la acción, desapareció totalmente la autoridad de la vieja oficialidad; los pocos oficiales que se mantuvieron o volvieron a las filas del Ejército lo hicieron no como sus representantes, sino como elementos captados por los nuevos mandos establecidos.

A poco más de un mes, el 8 de noviembre, vuelve a producirse una sublevación contrarrevolucionaria; esta vez con la participación del ABC como principal instigador y la cooperación de un pequeño resto de viejos

oficiales del Ejército, aviadores y oficiales de la policía de La Habana. La acción culmina con otro enfrentamiento armado. Nuevamente los sargentos liquidan la nueva intentona reaccionaria, en los combates del campo de aviación, y en la toma de la jefatura de la Policía, de las estaciones, el Cuartel de Dragones y el Castillo de Atarés.

Ambos intentos tienen como común denominador la presencia de oficiales del Ejército Nacional convertidos en la punta de lanza de las acciones reaccionarias. Su derrota determina la destrucción política y como grupo militar de la oficialidad, tanto alta como media. Los decretos de 14 y 27 de diciembre de ese año —1933— estipulan la separación de más de 520 oficiales.

La prensa burguesa presentó esas acciones como enfrentamientos entre revolucionarios honestos que habían luchado contra Machado, traicionados por los elementos promotores del movimiento del 4 de septiembre.¹²

El saldo favoreció absolutamente al ejército de los sargentos. La reacción perdió a un grupo decidido: los ex oficiales del Ejército Nacional. La revolución se vio envuelta en una intensa campaña de tergiversaciones y difamaciones que resquebrajó aún más la precaria unidad, aumentó las vacilaciones de los elementos del centro o políticamente débiles, y las dudas sobre la posibilidad del triunfo.

Aunque el ejército de los sargentos sufrió una campaña difamatoria, obtuvo un inestimable beneficio: logró cohesionarse internamente. Los sargentos, al tomar la dirección y los mandos de los soldados, lograron percibir la importancia que ese poder les confería y se adiestraron en el empleo de la violencia.

En esas circunstancias solo faltaba la presencia de un individuo inescrupuloso que se decidiera a actuar en favor de su provecho político personal y que, empleando el poder conferido al ejército septembrista, consumase la traición reaccionaria. Esa reacción, nacida dentro de las propias filas del movimiento, liquidaría al «Gobierno de los 100 días», en el cual descollara la intransigencia de Antonio Guiteras, con cuyo asesinato, perpetrado por órdenes de Batista y ejecutado por el ejército de los sargentos, termina el proceso revolucionario del 30.

El Ejército Constitucional: restructuración militar y predominio batistiano

El Ejército Constitucional fue creado por Decreto Ley No. 671 de noviembre de 1934; en plena provisionalidad reaccionaria, durante el gobierno de Mendieta. Es necesario valorar cuatro aspectos que nos permitirán la caracterización y el enjuiciamiento de la nueva institución militar creada. En primer lugar, lo

relativo a las funciones para las cuales ese ejército es creado y las relaciones interinas que se establecen.

En el Capítulo I, artículo 1, de la *Organización del Ejército Constitucional*, se establece que el Ejército es una institución nacional cuya finalidad consiste en «sostener la independencia de la patria» y el «imperio de la vigente Ley Constitucional» (promulgada el 3 de febrero de 1934) o cualquiera otra que en debidas convenciones se redactase; así como las leyes y disposiciones emanadas por los poderes del Estado.

Como se aprecia, tal artículo crea un ejército no destinado, en teoría, a la defensa de la propiedad privada, ni del capital doméstico e internacional. Todavía existe el peligro de una acción subvertora de todo el estatus. Por tanto, el Ejército Constitucional ha sido creado para defender la constitucionalidad y la independencia de la patria. En esencia, lo que se regula es la defensa del estatus (la patria en manos de la oligarquía y del interés imperialista), de la Ley Constitucional —que es la expresión orgánica del Estado burgués neocolonial que ella ordena y organiza—, y de los poderes encargados del mantenimiento del orden establecido. El funcionamiento de todo el sistema capitalista neocolonial es el que se encuentra en peligro, y a su preservación se consagra por entero el Ejército Constitucional.

El segundo aspecto es el mantenimiento de la base salarial, que permanece inviolable en la nueva institución militar, tanto para la oficialidad como para los alistados.

Por el artículo 86 se estatuye que el ingreso, en tiempo de paz, será voluntario y los requisitos para ello siguen las exigencias establecidas por las anteriores Leyes Orgánicas las de 1915 y 1926. Por tanto, se mantiene el alistamiento sobre principios salariales y móviles nada identificables con objetivos patrióticos.

Sueldos establecidos para el Ejército Constitucional

<i>Grado</i>	<i>Salario anual (en pesos)</i>	<i>Salario mensual (en pesos)</i>
Coronel	4 131.00	344.25
Teniente Coronel	2 272.08	189.34
Comandante	1 749.60	145.80
Capitán	1 399.68	116.64
Primer teniente	1 181.06	98.42
Segundo teniente	1 006.08	83.84
Cadete graduado	900.00	75.00
Subteniente	787.32	65.61
Sargento de primera	639.00	53.25
Sargento de segunda	567.00	47.25
Sargento de tercera	447.00	37.25
Cabo	351.00	29.25
Soldado	303.00	25.25
Guardia Rural	327.00	27.25

Sobresalen las enormes diferencias de salario entre la alta oficialidad y un simple soldado. Con los Coroneles es de más de 13 pesos por uno, con los Tenientes Coroneles de más de 7, y con los Comandantes de más de 5. Ello, sin considerar las gratificaciones y sobresueldos. Por ejemplo, el artículo 69 del Capítulo XX del citado Decreto Ley establecía que todo oficial recibiría un aumento del 10% de su haber por cada cinco años de servicio, hasta que el aumento alcanzara un 50%. Mientras, el artículo 118 del Capítulo XXII regulaba que después de cinco años de servicio continuo, como clase o soldado de primera, los alistados tendrían un sobresueldo de un peso mensual por cada año de servicio.

A pesar de que este proceso esgrimía la necesidad de cambiar la estructura aristocratizante y discriminatoria que existía en el Ejército Nacional, salarialmente en el Ejército Constitucional se estableció una desproporción mayor de la que regía en el Nacional durante el machadato. Los Coroneles, en época de Machado, devengaban, por ley, un sueldo anual de 3 600 00 pesos (300 pesos mensuales), mientras los soldados tenían un salario anual de 288 00 pesos (24 pesos mensuales). O sea, un Coronel percibía 12, 50 pesos por cada peso de un soldado. En el ejército batistiano, en cambio, recibía 13, 63 pesos por cada uno que ganaba un soldado.

Observemos lo que ocurre con los salarios de los restantes grados de la oficialidad:

	<i>Salario en 1926</i>	<i>Salario en 1934</i>	<i>Diferencia negativa</i>
Tte. coronel	275.00	189.34	86.66
Comandante	200.00	145.00	54.20
Capitán	160.00	116.64	43.36
1 ^o teniente	135.00	98.42	36.58
2 ^o teniente	115.00	83.84	31.16

Como se ve, se producen disminuciones en la escala salarial —decretada por esta nueva Ley orgánica— para esta oficialidad. El único grado favorecido es al que Batista había accedido y al cual asciende a sus hombres de confianza. Los Coroneles se constituyen en un grupo altamente favorecido, con vinculación estrecha y personal con él.

Veamos los salarios de las clases y alistados:

	<i>Salario en 1926</i>	<i>Salario en 1934</i>	<i>Diferencia positiva</i>
Sargento de primera	52.00	53.25	1.25
Sargento de segunda	46.00	47.25	1.25
Sargento de tercera	36.00	37.25	1.25
Cabo	28.00	29.25	1.25
Soldado	24.00	25.25	1.25
Guardia Rural	26.00	27.25	1.25

Se le ha otorgado un aumento mínimo de 1.25 pesos a cada uno de ellos. El concedido al grado de Coronel es de 44.25 lo que da una proporción de más de 35 por uno a favor del único grado de la oficialidad beneficiado. Como vemos, se ha intentado disminuir las diferencias entre los distintos estamentos, mediante la reducción de salarios de los grados de Teniente Coronel a Segundo teniente; disminuciones que son del 27% como promedio, y se produce un aumento de los salarios de clases y soldados que solo alcanza a un 4,46% más sobre los pagados por Machado. A ello se redujo todo el intento de democratización interna de la institución.

El tercer aspecto que debemos considerar sobre la Ley Orgánica que creó el Ejército Constitucional es el relativo a los ascensos de sus miembros.

El artículo 54 del Capítulo XVII trata sobre el ascenso de los oficiales. Se fijaba que para los grados de primer teniente, de cada seis vacantes se ascendieran cinco por antigüedad y uno por oposición; para el de Capitán, de cada cinco vacantes, cuatro por antigüedad y uno por oposición, y para Comandante de cada tres vacantes dos por antigüedad y una por oposición. Sin embargo, para los ascensos a los grados de Teniente Coronel y Coronel no se estableció ninguna regulación, ni para la facultad que formalmente tiene el Presidente de la República para su otorgamiento; por lo que para esos grados los ascensos eran obtenibles solo por la vía de proposiciones de la Jefatura del Ejército; o sea, Batista, que era en realidad el factor determinante.

En lo concerniente al ascenso de alistados no se establecen disposiciones especiales. Los dos artículos más significativos son el 111 y el 112. El primero permite que todo cabo que haya cumplido 20 años de servicio y no menos de ocho en el grado sea nombrado Cabo de Primera; el segundo establece que todo soldado que lleve más de 20 años de alistado pueda ser nombrado soldado de primera.

El artículo 84 de esta Ley dispone que los suboficiales que tengan 29 años de servicio y ocho en el grado de sargento y suboficial podrán solicitar su ingreso en las Escuelas de Oficiales en lugar de la de Cadetes. Con lo cual garantiza el paso al grado superior y al estamento de la oficialidad media.

Un último aspecto es el relacionado con el número de efectivos que la Ley fija para el Ejército Constitucional, contenido en el Capítulo XXXVI, artículo 163. Este artículo establece para el Cuartel General, las Academias Militares, las Armas de Infantería, Caballería y Artillería, y los Cuerpos de Ingenieros y Señales,¹³ las siguientes cantidades:

Para la oficialidad (Coroneles a segundos tenientes): 487
Para la sub-oficialidad (subtenientes a suboficiales): 251

Para las clases (sargentos de primera a cabos): 2 540
 Para los alistados (soldados): 10 475

Hemos ceñido las cantidades a la siguiente estructura: El Cuartel General, ocho Regimientos del Ejército, 44 escuadrones de la Guardia Rural, un cuerpo de ingenieros y uno de señales. Como se puede apreciar constituyen la estructura fundamental del Ejército en aquel año 1934. Las cantidades asignadas permiten afirmar que se produce un aumento de alistados (tanto de soldados como de guardias rurales) en relación con los existentes en 1933. Y una disminución de oficiales: de más de 950 a 487. Esto significa una proporción de 21 soldados por cada oficial. El número de las clases (sargentos y cabos) se mantiene próximo a los que mantenía el Ejército Nacional en tiempos de Machado (unos 2 300). Por tanto, el hecho más notable consiste en el incremento del número de soldados que responde a la persistencia de la crisis social que aún vivía el país.

Tal aumento de las fuerzas militares, expresado en más de 14 600 miembros del Ejército Constitucional, arroja la existencia de un militar por cada 285 habitantes.¹⁴ La extensión de la función represiva se expresa también en los presupuestos del país:

Presupuestos para las Secretarías de Defensa y Gobernación (en miles de pesos)¹⁵

Período fiscal	Secretaría de Defensa	%	Secretaría de Gobernación Nacional	%
1934/35	12 201,1	22,0	2 844,6	5,1
1935/36	14 536,2	22,3	3 649,5	5,6
1936/37	18 429,0	25,2	845,0	2,5
1937/38	18 477,9	23,4	2 431,4	3,1
1939	17 408,2	22,9	1 727,9	2,9
1940	17 416,2	22,9	1 446,2	1,9

Fuente: Gacetas oficiales, ediciones extraordinarias.

Durante este septenio (1934-1940) se inició —y se continuó desarrollando en el gobierno constitucional batistiano que le sucede— toda la labor remodeladora que permitió la construcción de la infraestructura material de la institución militar. Esta incluyó la creación de la Ciudad Militar de Columbia, construcciones y remodelaciones de los cuarteles militares a lo largo del país, la dotación de plantas eléctricas, telefonía, correos, telegrafía y radiotelegrafía; edificaciones para el alojamiento de tropas, redes de alcantarillado y agua, calles y alumbrados, y construcciones defensivas perimetrales en la red cuartelaria del país. No faltaron en ese empeño las obras de beneficio para la membresía del Ejército, como las realizadas en alojamiento, y en la creación y construcciones de enfermerías, clínicas, hospitales; e incluso otras de tipo recreativo como balnearios, cinematógrafos, comedores. Algunas eran destinadas a favorecer, de forma directa y personal, a

miembros de la oficialidad (en primera instancia), y a clases y alistados, como fue la construcción de viviendas.

Todo este proceso reorganizativo, le permitió a Batista dejar establecido nexos muy directos con toda la membresía de aquel Ejército Constitucional, no solo con sus mandos. Y posibilitó el surgimiento del mito del septembrismo batistiano, al cual se enfrentarían los gobiernos auténticos.

El interludio auténtico. De la destrucción del mito batistiano a la del orden constitucional

El gobierno de Ramón Grau San Martín diseñó el objetivo de eliminar la herencia batistiana de la institución militar. Para lograrlo se dirigió inicialmente a la destitución de la oficialidad y los mandos comprometidos. Durante los días 3, 10, 11, 15, 20 y 23 de noviembre de 1944 se produjeron innumerables licenciamientos, que sumieron al Ejército y al resto de los organismos armados en una intensa actividad.

Licenciamientos (noviembre, 1944)

Causa	Ejército	Marina	Policía	Total
Por años de servicios	18	-	-	18
Inutilidad física	10	8	1	19
Sin causa explícita	22	20	35	77
Otras	1	1	57	59
Total	51	29	93	173

A estos siguieron otros siete licenciamientos en el siguiente mes de diciembre., sin determinar las causas: cinco en el Ejército, uno en la Marina y uno en la policía.

Como puede observarse, en la mayor parte las causas no se exponen, lo cual hace suponer su intención depuradora: se trata de separar de los organismos militares o armados todo el elemento batistiano.

Conjuntamente con estos licenciamientos se producen renuncias y traslados, así como nombramientos para cubrir las plazas con elementos adictos al gobierno.

Nombramientos noviembre-diciembre 1944

Grado	Ejército	Policía	Total
Primer teniente	32	65	97
Segundo teniente	5	6	11
Capitán	25	33	58
Comandante	17	10	27
Teniente Coronel	8	1	9
Coronel	3	6	9
General de brigada	1	-	1
	<i>Marina</i>		
Capitán de fragata	2		
Capitán de corbeta	4		
Teniente coronel de navío	8		
Alférez de navío	8		
Alférez de fragata	1		

La alta oficialidad pertenece —o está fuertemente vinculada— a la oligarquía nacional. La ideología y la acción política de sus miembros está claramente definida por el mantenimiento del *status quo* vigente en la sociedad neocolonial.

Si comparamos los licenciamientos y los nombramientos tenemos que la cifra de estos últimos sobrepasa a los primeros en 66. Así se cumplió el propósito de desplazar a la oficialidad adepta a Batista y además aumentar su número con personal confiable para el Gobierno recién constituido. Ello se logró mediante el nombramiento de personal civil convertido en oficiales por designio presidencial. Así fueron nombrados 43 primeros tenientes en la Policía Nacional; cinco coroneles, siete comandantes y 15 capitanes en el Ejército. Todo este movimiento se produjo con una buena dosis de arbitrariedad, lo que provocó tensiones en las fuerzas armadas. Existen varios ejemplos, pero solo reseñaremos uno: el caso del Coronel José M. Pino Donoso, quien se encontraba retirado por disposición de Batista. Grau lo llamó a servicio el 3 de noviembre de 1944 en virtud del Decreto Ley no. 3871 y fue situado en la jefatura de la Policía Nacional. Seis días después, es destituido del mando, sin explicación alguna, por el Decreto no. 3900.

Es necesario apuntar otros dos fenómenos: la jefatura de Genovevo Pérez Dámara y la conducta que, durante el autenticismo, registró el proceso de profesionalización y tecnificación dentro del Ejército. Genovevo Pérez Dámara no solo ejemplifica la arbitrariedad con que el primer gobierno auténtico manejó el nombramiento para ese mando; sino que implicó un fenómeno más pernicioso y negativo: la presencia dentro del Ejército de toda la corrupción que experimentó tanto el Gobierno como la vida nacional. Su jefatura se caracterizó por el afán de lucro personal y la ilegalidad. Empleó el Ejército y utilizó con impunidad el poder de su mando para escandalosas prácticas de contrabando. Para ello se valió de aeropuertos, aviones y buques de las propias Fuerzas Armadas, con lo que siguió debilitando la moral y la imagen del Ejército.

El proceso de profesionalización y tecnificación se desarrolló de la siguiente forma: en la Academia militar se cursaban estudios para aspirantes a oficiales, con una duración de cuatro años, así como para aspirantes a suboficiales y sargentos, con un tiempo de dos años. Contaba, además, con un curso básico de instrucción militar para cadetes de aviación, que comenzó en el año 1947.

Según las memorias de este centro, el primer curso comenzó en el año 1943, y funcionó hasta 1949.

Durante estos años la matrícula registrada se comportó de la siguiente forma: 114 alumnos en el curso 1945-1946; 140 en el curso 1946-1947; 52 en el de 1947-1948, y 68 en el curso 1948-1949.

Un número relativamente pequeño de militares (200) concurre a la preparación técnica y profesional en los años de 1945 a 1949. En ese período, solo un promedio de 40 hombres ingresó a capacitarse en las academias para desempeñarse como oficiales y clases. De ahí la pobre preparación técnica que registra la oficialidad y las clases pertenecientes al aparato militar. A ello contribuye también la corta duración de los cursos. La mayoría son cursos medios (de dos años como promedio). Únicamente el de cadetes de 1945 —no reabierto con posterioridad— es de cuatro años, con una matrícula oficial de 15 hombres. Solo hay uno debido a una novedad técnica: el de instrucción militar de aviación, de dos años de duración, iniciado en 1947 con una matrícula 26 hombres.

La contribución a la profesionalización y tecnificación que realiza esta Academia militar es de muy corto alcance. No logra preparar una oficialidad numerosa ni tampoco impactó, con su existencia, al resto de los militares (clases y soldados).

Es indudable que los intentos de remodelación de las Fuerzas Armadas que realizaron ambos gobiernos auténticos presentan como signos caracterizadores la arbitrariedad y la inconsistencia, expresadas en la conducta y las medidas adoptadas.

Si a ello unimos la corrupción político-social, que expresa su accionar en la actividad gubernamental del partido en el poder, y que estuvo presente en la vida de las Fuerzas Armadas, no hay duda alguna de que la liquidación de la herencia septembrista (basada en una política de privilegios y beneficios no superada por los auténticos) no pudo hacer desaparecer el mito Batista entre los militares; mito solo erradicable por un reordenamiento, en el que nuevos paradigmas y móviles construyesen una nueva conducta y una nueva moral.

Notas

1. El territorio cubano quedó dividido en siete departamentos militares: La Habana, provincia de La Habana, Pinar del Río, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba. (Véase Alejandro Rodríguez y Velazco, *Memoria explicativa de la fundación y*

Federico Chang

organización del Cuerpo y los trabajos realizados por el mismo durante el año fiscal de 1904, Imprenta Papelería y Encuadernación de Rambla y Bouza., La Habana, 1905).

2. Véase *Civil Report of General Wood. Military Governor of Cuba. For the period from December 20th. 1899 to December 31st. 1900*, v. 1.

3. Véase «Report of Cap. H. J. Slocum», *Civil Report of General Wood. Military Governor of Cuba. For the period from January 1st. 1902 to May 20th. 1900*, ob. cit., v. 2.

4. En el caso de Cuba esta función estuvo garantizada no solo por la posibilidad —ya devenida realidad por el propio hecho de la ocupación norteamericana— de emplear la fuerza directa en la defensa y conservación del sistema, sino que ese empleo encontró además su sanción jurídica dentro del derecho internacional burgués en los artículos del Tratado de París firmado entre España y los Estados Unidos en 1898, primero, y en las cláusulas intervencionistas de lo que fue para Cuba la expresión jurídica de la imposición y el sometimiento neocoloniales: la Enmienda Platt.

5. Orden general número 5, La Habana, Cuba, 1º de abril de 1902, en *Recopilación de Órdenes generales* efectuada por el Estado Mayor del Ejército.

6. Alejandro Rodríguez Velazco, ob. cit., p. 9.

7. Mario García Menocal, *Memorias de la administración*, 1º de julio de 1917 y 30 de junio de 1918.

8. Esta cantidad no constituye el promedio anual real para el período 1903-1918. Por no contar con las cifras anuales, hemos utilizado solamente la cantidad correspondiente a 1903 (164 oficiales) y la de 521 que aparece integrando el cuadro de los oficiales en 1918. Sin embargo, no debe alejarse mucho del promedio real para estos años, ya que los aumentos máximos solo empiezan a tener lugar a partir de 1918.

9. Ricardo Adam Silva, *La gran mentira. 4 de septiembre de 1933*, Talleres tipográficos de Editorial Lex, La Habana, 1947, p. 43.

10. Pablo Rodríguez Silverio, Artículos periodísticos aparecidos en el periódico *Hoy* de México.

11. Véase «Proclama de la Agrupación Revolucionaria de Cuba», *El Mundo*, 5 de setiembre de 1933; «Proclama de la Comisión Ejecutiva», 4 de setiembre de 1933, en Ricardo Adam Silva, *La gran mentira...*, ob. cit., p. 485.

12. Véase, por ejemplo, *Carteles*, v. XIX, n. 36, 17 de diciembre de 1933; *Bohemia*, v. XXV, a. 25, n. 36, 15 de octubre de 1933; *Bohemia*, n. 37, 29 de octubre de 1933; *Bohemia*, n. 39, 12 de noviembre de 1933.

13. No son considerados ni los Cuerpos de Aviación, Veterinaria, Jurídico ni de Sanidad militar; tampoco la banda de música del Cuartel General y Regimientos, por cuanto no son unidades fundamentales en las condiciones técnicas represivas del momento.

14. En la Ley Orgánica del Ejército Constitucional se fija por su artículo 163 la cantidad total de 14 688 militares (Estado Mayor, las Armas de Artillería, Infantería y Caballería, los Cuerpos de Ingenieros y Señales, de Aviación, Veterinaria, Jurídica y Sanidad Militar. En el libro *Características fundamentales de la economía cubana*, de Julián Alienes Urosa (s/e, s/a, p. 12), aparece el cuadro «Desarrollo de la población cubana», del cual nos hemos valido para el cálculo de la proporción.

15. He creído necesario reflejar no solo el presupuesto asignado a la Secretaría de Defensa Nacional (para el Ejército y la Marina) sino también los gastos de Gobernación (correspondientes a la Policía Secreta, Gabinete de Identificación, establecimientos penales) por cuanto ambos recogen erogaciones destinadas a la defensa mediante la represión. Más de una quinta parte de los presupuestos del período son destinados esencialmente a esas funciones.

© TEMAS, 2000.

Evolución del Estado cubano, 1930-1958: la regulación de las relaciones laborales y del azúcar

John Dumoulin

Investigador y profesor. Estados Unidos.

«Trabajadores de Antillana de Acero solicitamos intervención». Como forastero, me sorprendió ver, en La Habana, a principios de los años 60, lemas como este en carteles y banderas, colgadas en las puertas de diferentes centros de trabajo grandes y, más tarde, pequeños. No atiné a comprender a fondo en qué consistía esa «intervención» ni por qué los trabajadores la solicitaban preferentemente, en lugar de otra cosa. Pude saber que la pedían al gobierno revolucionario, en el cual confiaban. Confundí la intervención con la expropiación: se me aclaró que no afectaba la propiedad, sino que era la administración temporal de una empresa privada, por el gobierno, de acuerdo con una ley que existía antes del triunfo de la Revolución.

Cuando, unos meses más tarde, de hecho llegó la expropiación, y me dijeron que en el pasado quienes mandaban en el país eran los ricos y los Estados Unidos, se me hizo todavía más difícil entender la aprobación entonces de una medida tan peculiar como la intervención. Develar ese misterio me costó estudiar la compleja trayectoria del Estado cubano y su relación con las luchas populares del país.

La cuestión del Estado y la relación Estado-sociedad es un aspecto fundamental de la historia republicana de Cuba. Ha sido abordada muchas veces en el contexto de luchas sociales e independentistas, o parcialmente, en relación con una figura o episodio determinado. En pocas palabras, los temas más tratados han sido:

- La existencia en la República de una élite o clase de políticos.
- Las pugnas disolventes entre ellos, que repetidas veces condujeron al quebrantamiento del orden institucional que se habían encargado de defender.
- El patrimonialismo que permeaba el ambiente; la expectativa y la realidad de utilizar el poder público para enriquecimiento particular de los políticos.
- La corrupción de los funcionarios públicos por empresarios interesados en una u otra prebenda;
- La filiación de clase de los gobernantes, que en general defendían, todo lo posible, los intereses de los adinerados.
- El hecho de que, a pesar de todo, podrían tener y tuvieron —unos más sinceros y consecuentes que

otros— actitudes, ideas y gestos patrióticos y de beneficio popular.

- Y el hecho de la subordinación del Estado cubano, como del país entero, a intereses diversos, económicos y políticos, de la potencia dominante —los Estados Unidos—, desde el nacimiento de la República en 1902.

En este artículo quiero destacar otro aspecto conocido, pero que no ha recibido suficiente atención: la evolución del Estado cubano, y de la relación Estado-sociedad, entre principios del siglo y 1958.

Junto a los rasgos de gobierno señalados, se produjeron, a partir de la crisis económica y la convulsión revolucionaria de los años 30, importantes adiciones a las funciones y facultades del Estado y la complejización de sus relaciones con diversas zonas de la sociedad, en especial con ciertos sectores populares. La regulación económica pocas veces pudo anticiparse al surgimiento de grandes conflictos sociales: emergió ya en presencia de ellos, y lidiando con ellos, agotadas las posibilidades de contención mediante la represión. En esas circunstancias, la negociación de soluciones se realizaba a menudo bajo la presión de las masas, que tenían la sensación de luchar con un fin propio, aunque el resultado fuera adverso o mediatizado.

Esa no había sido la característica del primer período republicano. Aunque las pasiones políticas se enardecían tras la experiencia de la lucha independentista, parcialmente frustrada, la pugna entre personalidades y las lealtades de grupo político, predominaban, por lo general, sobre las cuestiones de fondo. Las decisiones fundamentales respecto al rumbo modernizador venían de los Estados Unidos, tomadas por los gobernantes en Washington y los inversionistas concentrados en Nueva York. Eran limitadas y poco públicas las posibilidades de los políticos cubanos para influir en ese rumbo y discrepar entre ellos sobre cuestiones fundamentales. Sus pujas enérgicas se reducían a la disputa por el poder. Por lo mismo, la actividad popular en relación con medidas de fondo solía concentrarse en la protesta contra algunas decisiones adversas, ya tomadas por el gobierno de los Estados Unidos.

El Estado se había constituido sobre la base de estrictas reglas de libre concurrencia, por lo que eran limitadas sus posibilidades de guiar el desarrollo del país. El *laissez-faire* era la filosofía de gobierno predominante en la primera época republicana, y la que les convenía a los Estados Unidos. Además, los tiempos resultaban favorables por la expansión azucarera progresiva.

La crisis de los años 20 y 30 impulsó el surgimiento de diversos elementos de regulación que caracterizarían la evolución del Estado cubano. A grandes rasgos, se pueden señalar dos vertientes de la acción estatal.

Primero abordaremos la que se enfrenta a la crisis agro-exportadora, que es agraria y a la vez de relaciones económicas internacionales. Comienza por el azúcar antes de extenderse por otras ramas; sus protagonistas en pugna son los agricultores e industriales del ramo, ambos divididos en diversos grupos según su vulnerabilidad. Otra vertiente de acción estatal abordó las relaciones obrero-patronales, terreno de grandes conflictos sobre el cual se había pretendido actuar casi sin legislación específica, empleando solo el prestigio personal de los veteranos o la represión. A partir de la crisis revolucionaria de 1933 se construyó un sólido andamiaje de medidas sociales destinado a contener y compatibilizar las principales fuerzas en pugna, cohesionarlas en lo posible, y estabilizar el sistema capitalista existente (desde luego, al proceso de toma de decisiones tuvieron acceso quienes se preocupaban por la suerte de los obreros, y otros que defendían, antes que todo, a los patronos).

Veremos una serie de momentos y episodios que constituyeron hitos en este proceso; en primer lugar, por la regulación de la producción agro-exportadora, desde la perspectiva del azúcar.

El primer atisbo de la nueva tendencia se produjo durante la Primera Guerra Mundial, cuando la demanda de azúcar se desbordaba y los Estados Unidos impusieron a sus productores y a los de Cuba la venta de la zafra entera por un precio único, fijado por un Comité oficial de compra.¹ De este modo, los mecanismos de competencia espontáneos resultaron excluidos de la fijación del precio azucarero, mientras los de los bienes de consumo personal y productivos fueron objeto de especulación en Cuba. Dada la dependencia cubana del azúcar como monoproducción, convertir su precio, de variable a parámetro fijo, tenía que ocasionar un hondo efecto en las ecuaciones económicas y sociales del país.

Ante la necesidad y la posibilidad de defender sus intereses de manera activa, se movilizaron varios sectores. Surgió una oleada de actividad obrera en los ingenios, que repercutió en otras ramas. Los colonos productores de caña iniciaron la formación de una poderosa asociación propia, separada de los dueños de los ingenios. Entre estos surgió una viva pugna que enfrentó a un grupo, que especulaba con el alza del precio del azúcar, con la representación oficial, que aceptaba el propuesto por los Estados Unidos. La actitud del Estado cubano carecía de fuerza y elaboración propias. Se limitó a poner un cuño en una decisión inconsulta tomada en Washington.²

En este episodio se destacan varios elementos que se repetirían más tarde. El control estatal del azúcar era consecuencia de una crisis internacional que hacía inviable la regulación por el mercado. Fue un fenómeno

internacional, pero en Cuba tuvo un efecto sesgado, debido al monocultivo, y adquirió un color especial al llegar por medio de una decisión del gobierno de los Estados Unidos.

Fue breve el episodio. Dos años más tarde, el cese de la guerra y de la regulación abrió las puertas a una fiebre especulativa en el mundo del azúcar, que Cuba sufrió en particular por ser entonces el país donde se concentraba el potencial de expansión de esa industria. Sobrevinieron los acontecimientos de 1920-1921: un grupo de productores cubanos intentó sostener el precio, pero fracasó y en la debacle quebró gran número de empresas, entre ellas, los principales bancos. El débil Estado cubano no tenía la visión ni la capacidad que requería la situación. La medida de este déficit se puede ejemplificar en el gesto de mayor dignidad que se produjo, el del ministro de Hacienda, Cancio, a quien le correspondía firmar los documentos que darían cauce formal al derrumbe. Sin negarse abiertamente, ni hacer denuncias ni análisis público, evitó dar su firma, hasta obligar al recién llegado representante de las finanzas públicas norteamericanas, a usurpar sus facultades y firmarlos en su lugar, sin derecho pero con la autoridad del imperio. La actitud pública de mayor envergadura en ese momento no pasó de una llamativa abstención.

Esta crisis removió la conciencia del país, en particular la de las clases medias cubanas, que a partir de entonces comenzaron a alimentar diversas corrientes, con la aspiración a un gobierno eficaz. A partir de este episodio se agudizó la pugna en la industria azucarera entre quienes especulaban al alza aumentando a toda marcha su producción y los que aspiraban a un acuerdo para restringirla y estabilizar el precio. A principios de los años 20 hubo un tanteo de productores norteamericanos para un acuerdo de restricción, pero lo impidieron los afectados por la fiebre especuladora, muchos de ellos financistas norteamericanos. Sucesivas bajas de precio perjudicaron a numerosos productores débiles y prepararon el terreno para sentimientos de rechazo al estado de cosas existente. Se trataba de un fenómeno internacional, propio de la crisis agraria de los años 20 y 30, que tuvo expresión en la búsqueda de amparo, por agricultores pequeños y medianos, dentro de sus respectivos marcos nacionales. La agricultura norteamericana todavía estaba en manos de productores modestos, influyentes políticamente por su número; su caudal de votos encontró eco en un poderoso bloque en el Congreso de ese país, que impuso una serie de aranceles, cada vez más altos, sobre la importación de azúcar.

En Cuba, hacia mediados de los años 20, empezaba a ser evidente que la competencia irrestricta podría lesionar gravemente a muchos ricos e influyentes

propietarios y a cientos de miles de trabajadores: amenazaba una debacle social. Ante la incapacidad manifiesta de los particulares para autorregularse colectivamente, el gobierno cubano ganaba legitimidad, como medio para imponer una restricción de la producción y asignar un tope a cada uno de los ingenios, sobre la base de su producción anterior. Este rumbo, que toma forma a partir de la aprobación de la Ley Verdeja de 1926, se afirmaría poco a poco en los años sucesivos.

Cuba veía reducirse inexorablemente su mercado por la crisis económica internacional y la presión política de sus competidores norteamericanos, expresada en las alzas de aranceles contra la importación de azúcar. Resultaron insuficientes los intentos de regular el azúcar y sostener su precio mediante acuerdos entre financistas y diferentes grupos de productores de azúcar. La única vía eficaz requería la capacitación del Estado para actuar, imponer acuerdos internos y representar al país no solo en negociaciones con sus homólogos de los Estados Unidos, sino en el mercado externo. Para fines del año 1930, cuando comenzaba a ahondarse la crisis, el Estado cubano empezó a adquirir esta capacidad institucional, a partir de la Ley de Estabilización Azucarera, que le proporcionó financiamiento y estructura.³

Aun así, solo tres años más tarde, el deterioro económico y social arrasó con el gobierno que había conducido el esfuerzo regulador en el azúcar: Gerardo Machado y sus personeros. Cayó incluso un elemento tan fundamental del Estado como la estructura jerárquica de las Fuerzas Armadas. No obstante, el rumbo hacia la regulación de la industria azucarera se mantuvo invariable. Y continuaría profundizándose.

En 1934, dentro del paquete de reformas con que los Estados Unidos y los representantes cubanos trataron de solucionar la crisis agro-exportadora, se tomaron dos medidas de largo aliento. Mediante un tratado de reciprocidad, se acordaron rebajas arancelarias de ambas partes en el comercio bilateral, lo que consolidó la relación preferencial y dificultó el desarrollo del intercambio comercial cubano con terceros países. Los Estados Unidos —por su parte— rebajaron el arancel, pero impusieron un sistema de cuotas en su importación azucarera; sistema que limitaría la participación cubana en el mercado de ese país, extendida luego a muchos productos agrícolas menores. Estas medidas tuvieron hondas consecuencias en Cuba y han sido muy analizadas en la literatura. Lo que quiero señalar aquí es el hecho de que ejemplifican el crecimiento del papel del Estado en la vida cubana, y que los perjuicios que de ahí derivaban, serían atribuidos a la debilidad y falta de voluntad del Estado cubano frente a su homólogo más poderoso.

Por otra parte, el sistema de cuotas de exportación tendría importantes derivaciones en lo interno. Con la Ley de Coordinación Azucarera de 1936, se hizo extensivo no solo a cada ingenio, sino al colono individual. Se introdujo protección especial para los pequeños productores, amenazados con la ruina. Muchas regiones del campo cubano eran vulnerables a la pérdida de su principal fuente de trabajo. El azúcar llevaba ya casi un decenio afectado por el desempleo y el subempleo masivos. La Ley también reguló lo que el colono arrendatario debería pagar al ingenio por la tierra y su derecho de permanencia en ella, y estableció la proporción del valor del azúcar que le correspondía al colono.

Adentrándose en el terreno de las relaciones de trabajo, la Ley de Coordinación Azucarera también fijó una escala salarial para las labores fundamentales de la caña, siempre en relación con el precio de venta del azúcar. El sistema se mantuvo, con ulteriores elaboraciones, durante el resto del período republicano. Por ejemplo, tras el desarrollo de la organización sindical en los cañaverales, el sistema de cuotas llegó a hacerse extensivo al obrero individual: le tocaba a cada trabajador registrado en la nómina de la finca su parte alícuota de la cuota cañera del predio. Este sistema regulador tenía, desde luego, ventajas y desventajas: defendía los eslabones más débiles, pero suponía el estancamiento de la producción.

La regulación del azúcar se vio como necesaria desde comienzos de la crisis, en los años 20; alcanzó consenso, pero el proceso de su instalación fue gradual y progresivo. La regulación de las relaciones laborales, que constituye la segunda gran vertiente de desarrollo de la actividad estatal republicana, surgió de manera más abrupta y conflictuada, y más dependiente de los giros en la competencia política nacional. ¿Por qué esta diferencia?

En la producción agroexportadora, están a la vista los hechos externos, las relaciones con el gobierno de los Estados Unidos y con los factores determinantes en su mercado. Además, la monoproducción azucarera se prestaba a una regulación por separado; allí radicaba la principal riqueza del país y el mayor número de propietarios influyentes, tanto nacionales como extranjeros. Al destacar la importancia del azúcar, como postura incuestionable, y compatibilizar los intereses de sus distintos factores, el Estado cubano les garantizaba un tratamiento especial.

Diferente en todos estos aspectos era el contexto político de las relaciones de trabajo, a pesar de que los problemas inmediatos (condiciones de vida, conflictos sociales) fluctuaban según la suerte del azúcar; a menudo de manera más aguda. En 1930, se trataba aún de una clase social con una unidad de intereses, en general, sin

reconocer; que carecía de defensores en el exterior y de representantes en las esferas del poder, y cuyos problemas no eran aislables, sino que recorrían lo largo y ancho de la sociedad cubana.

Los gobernantes libreconcurrentistas del primer cuarto de siglo habían abordado los problemas laborales con la política de inmigración, con apelaciones políticas de los veteranos de la Guerra de Independencia, y con la represión. Muy poco hicieron para normar las relaciones laborales que, en general, se regían por el derecho civil y criminal. Habían tardado también en abordar la regulación agro-exportadora; y el gobierno de Machado, que finalmente lo logró, no fue capaz de reformarse en lo laboral, no obstante la gravedad de las circunstancias. En un ambiente de deterioro catastrófico de las condiciones sociales y de vida en los primeros años de la década de los 30, un pequeño Partido Comunista, con principios de absoluta oposición entre la burguesía y el proletariado, tuvo gran eco en las masas obreras, dispuestas a enérgicas acciones colectivas. Cuba estaba electrizada.

Cayó el régimen de Machado. Surgió un Gobierno Provisional Revolucionario encabezado por Ramón Grau San Martín, compuesto por elementos radicales de clase media, de diversa orientación, ansiosos por crear un Estado diferente, más representativo de los intereses nacionales y populares, independiente, y eficaz en la solución de los problemas de la crisis. Los Estados Unidos se deshicieron de este gobierno revolucionario en cien días, pero no antes de que comenzara un conjunto de reformas que de una u otra forma continuarían. Quizás su dimensión más controversial y de mayor envergadura fue la de la legislación laboral. Si se suman todas las medidas gubernamentales relacionadas con lo laboral y aprobadas entre 1902 y 1958, se observará que solo el 4% corresponde al período anterior al 4 de septiembre de 1933; el 96% restante es posterior a esa fecha.⁴

No hubo una tendencia uniforme en esta nueva legislación y su aplicación, especialmente durante los primeros años, sobre todo en lo que respecta a la relación con el movimiento obrero. Se trató siempre de influir y controlar, unas veces se intentó la prohibición de organizaciones o de actividades y otras el encauzamiento legal.

En estas circunstancias, se creó y desarrolló la Secretaría de Trabajo. Desde fines de la década, los sindicatos obreros se institucionalizaron; desempeñaron un papel estabilizador dentro de la pugna de intereses clasistas, pero nunca fueron independientes de los vaivenes de la política nacional. En el fondo de la acción de los gobernantes latía un deseo de aliar los sindicatos a una u otra de las coaliciones políticas rivales.

No obstante estos condicionamientos, el flujo de medidas de uno u otro carácter mantuvo y aumentó continuamente la complejidad e intensidad de la relación Estado-sociedad en Cuba; su otra cara eran las reacciones y las iniciativas de los distintos sectores obreros.

Este surgir de elementos nuevos caracteriza una nueva fase del Estado republicano, que si bien prolongaba muchos rasgos del pequeño Estado libreconcurrentista de principios de siglo, fue sumando muchas funciones reguladoras y adquirió una penetración mucho mayor en diversas dimensiones de la vida del país. Para indagar más en detalle el carácter de esta modificación de la relación Estado-sociedad en el terreno de las relaciones obrero-patronales, tomaré el ejemplo de la legislación sobre intervención.⁵

La legislación sobre intervención

El origen de esta figura en Cuba se remonta a los decretos del Gobierno Provisional Revolucionario de 1933-1934. En su génesis más remota —en el derecho administrativo español— la noción de intervención se refería a la facultad de las máximas instancias del Poder Ejecutivo, de raíz absolutista, para hacer inspección de labor de una instancia inferior y, por extensión, para tomar las medidas necesarias a fin de ponerla en orden. Así se designaba el control que hacía Hacienda sobre las finanzas de cada una de las dependencias del Estado. Con tal objetivo, existía en Cuba, en la primera etapa republicana, una Intervención General, muy ineficaz por cierto, que debía auditar los libros de las distintas dependencias en forma permanente. El Estado tenía otra potestad, de concepto y aplicación muy diferente, que era la de expropiar, u ocupar temporalmente, determinados bienes de particulares, cuando una necesidad pública imperiosa lo requería.

A raíz de la gran depresión económica y la crisis de la sociedad cubana, en todos los órdenes, el Gobierno Provisional Revolucionario, impulsado por Antonio Guiteras Holmes en la Secretaría de Gobernación y Guerra, tomó algunas medidas que extendieron el alcance habitual de estas potestades. El problema del paro patronal por abandono surgía muy visiblemente en el caso de los prófugos de la justicia que se habían enriquecido bajo el desaparecido régimen de Machado. El 18 de octubre de 1933, el gobierno incautó por decreto dos fábricas, una de pintura y otra de calzado que, al resultar abandonadas por sus dueños, daban lugar a repetidas solicitudes de los obreros de que se reanudara la producción, a fin de no constituir una carga pública. Las fábricas serían «dirigidas por uno o más administradores designados libremente por el Estado

Mayor del Ejército, quienes tendrían a su cargo todas las facultades necesarias para el mejor desenvolvimiento de las mismas».⁶ Los productos se destinarían a cubrir el consumo estatal, salvo que hubiera excedente. En tal caso se vendería, y las ganancias irían a un fondo de las Fuerzas Armadas. El Decreto no empleó los términos incautación ni intervención y mucho menos expropiación o confiscación. Se dejó la puerta abierta para reclamaciones. Un decreto del 9 de enero de 1934 apuntó a los problemas de la desocupación, la paralización por abandono, y el hambre de tierras, en el caso de las fincas rurales, al autorizar al Secretario de Agricultura y Comercio (en los casos antes mencionados), para «alojar, a título provisional, familias campesinas sin recursos en las fincas abandonadas».⁷ En estos casos la acción del gobierno no se originó en un conflicto obrero-patronal.

En vísperas de la zafra de 1934, algunos conflictos laborales creaban ya situaciones que exigían solución inmediata. Uno de ellos surgió en Puerto Padre, donde la administración de los centrales «Chaparra» y «Delicias», propiedades de poderosos intereses norteamericanos, determinó hacer un paro patronal, clausurar todas sus instalaciones, comprendidos los departamentos comerciales, hospitales, carnicerías, panaderías y otros. Dado el aislamiento de la zona, las empresas tenían el monopolio de estos servicios. El 6 de enero de 1934, el gobierno determinó reabrir estos departamentos por su cuenta y de manera temporal, para lo cual alegó «razones de utilidad, necesidad, conservación del orden público, salubridad e higiene» y señaló, para el caso, el hecho de que las empresas habían contraído una responsabilidad al fomentar estos centros productivos y poblacionales. El decreto conceptualizó el acto como «ocupar provisionalmente» los mencionados departamentos, bajo custodia militar.⁸ El conflicto de clases tendía a una prueba de fuerza y el gobierno, aunque en muchos casos no gozaba de la confianza de los obreros, tampoco se definía como aliado del gran capital.

Fue en su último día de gobierno cuando Guiteras y Grau dieron un contenido más definido a sus acciones, al variar la forma jurídica y utilizar por primera vez el término *intervención*. Ante un sostenido conflicto en la Compañía Cubana de Electricidad, decretaron, el 14 de enero, la «intervención provisional» de toda oficina, fábrica y taller de esta gran empresa extranjera de servicio público. Respecto al conflicto, el decreto señaló que «es absolutamente necesario en nombre del orden y la seguridad pública dar fin inmediatamente a la paralización y perturbación grave que [...] ha producido en todo el territorio nacional, que afecta seriamente la vida económica en todas sus manifestaciones». La intervención estaría a cargo de «los inspectores de la

Secretaría de Gobernación y Guerra u otras personas que esa Secretaría señale, [...] quedando dichos interventores autorizados para realizar todos los actos que estimen necesarios o convenientes con el propósito de evitar que se interrumpa el servicio».⁹ La intervención terminaría tan pronto como obreros y patronos llegaran a un acuerdo.

De tal modo, intervención significaba una ocupación por el Estado, o incautación temporal, practicada ante un conflicto laboral, con interrupción funcional, que creaba una situación de necesidad de mantener en funcionamiento una empresa privada, para el orden y la seguridad pública. Aparte de su referencia específica a casos de conflicto laboral, el uso del término, aplicado a una empresa, sus oficinas, edificios y talleres, recordaba inevitablemente su contenido anterior en Derecho administrativo, referido al control directo ejercido por una instancia superior del Estado sobre la vida interna de una dependiente. De esta manera, el concepto de intervención de Guiteras y Grau recalcaba la interdependencia de las diferentes partes del todo social, por la cual la paralización de una sola empresa podría precipitar o agravar una situación de emergencia nacional, y asimismo la responsabilidad del Estado, como órgano de dirección de la sociedad, de interponerse y asumir temporalmente el control de la empresa, como si esta fuera, metafóricamente, una dependencia estatal en desorden. Estado y sociedad empezaban a verse casi como co-términos diferentes, pero de similar alcance.

Poco después, el gobierno pronorteamericano de Carlos Mendieta procedió a liquidar, lo más rápida y discretamente posible, las intervenciones de empresas extranjeras. Pero afrontó centenares de nuevos conflictos laborales. Sus primeros tres meses fueron de legislación represiva, condimentada con demagogia. Tras el fracaso de esta política, el gobierno de Mendieta encontró conveniente habilitar la intervención como figura jurídica, definirla, y crear un instrumento legal dotado de cierta generalidad. El Decreto-Ley 251 del 22 de mayo de 1934 ubicó la intervención en el terreno de los conflictos entre empresas y obreros, para el caso de que la Secretaría del Trabajo ya hubiera dictaminado una solución sin obtener el cumplimiento cabal de las dos partes. Dice escuetamente: «se autoriza al Presidente Provisional de la República para nombrar, a propuesta del Secretario del Trabajo y cuando lo creyese necesario, delegados con facultades para intervenir las empresas afectadas por resoluciones de dicha Secretaría, al objeto de hacerlas cumplir».¹⁰

El Gobierno afrontaba la semiparalización de los servicios de la Cuban Telephone Company, empresa norteamericana que monopolizaba los servicios telefónicos. El 2 de junio de 1934 ensayó una

intervención para tratar de contentar a patronos y trabajadores, y regresar la situación al punto anterior a la huelga. Esta tenía el apoyo activo de los distintos sectores políticos vinculados al movimiento obrero, sin excluir, al parecer, el ABC, organización radical de tendencia derechista, que integró el gobierno de Mendieta hasta el tercer trimestre del año. El Decreto citó la existencia de interrupciones e irregularidad en el servicio, al que calificó de «indispensable para satisfacer las necesidades básicas y generales de la colectividad». Afirmó que había agotado todos los métodos persuasivos y conciliatorios a su alcance y concluyó que «para situar el mencionado conflicto en vías de solución es urgente e indispensable, por lo pronto, crear dentro de la Cuban Telephone Company el ambiente de neutralidad dentro del cual se hallen por igual amparados provisionalmente los intereses de la Empresa y del personal en pugna con ella». El Decreto conceptuó la acción como intervención provisional e insistió que tenía por objeto solo la regularización de los servicios, «independientemente de las demandas patronales u obreras que se encuentren planteadas».¹¹ Es decir, las partes tendrían que resolver su diferendo de común acuerdo, y contar con el gobierno solo para garantizar el servicio y crear un ambiente de neutralidad en el conflicto clasista.

El diferendo se redujo a la demanda de reposición y compensación de los huelguistas que trabajaban en la empresa el 20 de febrero de 1934, requerida ya por una resolución de la Secretaría del Trabajo con fecha 18 de abril. La empresa había obtenido del Tribunal Supremo la suspensión de esa resolución, por mayoría de 9 a 6, alegando daño irreparable para ella. Animada, la Cuban Telephone quiso llevar el asunto a mayores y promovió un famoso litigio: que los huelguistas, al abandonar el trabajo, habían incumplido sus contratos de arrendamiento de servicios. Citando los artículos 1124 y 1544 del Código Civil, la empresa se creyó con derecho para rescindir esos contratos y despedir a los trabajadores. En conclusión, alegaba la inconstitucionalidad de la Resolución de la Secretaría de Trabajo que ordenó la reposición de los huelguistas, invocando el Artículo 13 de la Ley Constitucional —recién promulgada por Mendieta—, donde estipulaba que el Estado no estaba facultado para modificar ni anular los contratos, puesto que estos eran civiles y no públicos. Promovió, pues, un pleito constitucional que tocaba a la esencia jurídica del nuevo accionar estatal y la validez del derecho civil y criminal para regular las relaciones laborales. Estaba puesto el escenario para una sentencia histórica.

Había entonces incomodidad entre los magistrados por las incoherencias del cúmulo de medidas gubernamentales, incluyendo la violación de los

La regulación económica pocas veces pudo anticiparse al surgimiento de grandes conflictos sociales: emergió ya en presencia de ellos, y lidiando con ellos, agotadas las posibilidades de contención mediante la represión. En esas circunstancias, la negociación de soluciones se realizaba a menudo bajo la presión de las masas.

procedimientos judiciales en la actuación de los cuerpos represivos, pero también el reciente intento de dar categoría legal a la contravención de esas normas mediante el establecimiento, para la represión de huelguistas y revolucionarios, de los llamados Tribunales de Urgencia. En ese momento la crisis cubana evidenciaba la endeblez de los lazos sociales, lo que movería a pensar en la necesidad de fundamentar una nueva normativa para reforzarlos.

El Tribunal Supremo se pronunció sobre el caso de la Cuban Telephone Company con su Sentencia 20, del 30 de junio de 1934.¹² Los magistrados hablaron por primera vez del carácter no civil de los contratos de trabajo, los cuales hasta entonces venían siendo conceptuados como de arrendamiento de servicios, celebrados entre personas privadas.

El fallo, dado en pleno, resultó un memorable punto de giro en el Derecho cubano. Se estableció, por primera vez, que los convenios colectivos de trabajo no son asuntos privados, materia de Derecho civil como los contratos en general, sino que constituyen una nueva materia de carácter social, en la cual hay un manifiesto interés público. Fue una de las primeras contribuciones del poder judicial —otra instancia del poder estatal—, al proceso de reforma de las relaciones laborales.

La cuestión produjo un profundo disgusto en la reacción libreconcurrentista, que siguió oponiéndose al nuevo concepto durante largos años. Es interesante señalar la actitud tomada por la comisión de asuntos cubanos de la Foreign Policy Association —agrupación no gubernamental norteamericana dedicada a cuestiones de política exterior, influyente en Washington y cercana al gobierno de Roosevelt— al analizar el asunto en esos meses. No comentaron el fundamental cambio de concepto jurídico, que plasmaba el saldo duradero del conflicto;¹³ pero hicieron un extenso análisis pragmático del desarrollo del diferendo, que bien lo merecía, pues reunía, en forma destacada, varios problemas clave del devenir de todo el proceso revolucionario de los años 30: el conflicto entre las firmas monopolísticas norteamericanas y la clase trabajadora cubana, el carácter social de los convenios laborales, la inamovilidad de los huelguistas, y la

intervención de las empresas por el Estado con el fin de resolver conflictos obrero-patronales y garantizar los servicios. El grupo de asesores del gobierno norteamericano criticó al de Mendieta por vacilante, «responsable de la prolongación de la huelga y de los serios daños consiguientes que sufrió la estructura de la economía de Cuba».¹⁴ Valoraron las buenas intenciones al tratar de no repetir la represión indiscriminada que caracterizó al gobierno de Machado, pero consideraron que la huelga era asunto de un pequeño grupo de terroristas que habían desafiado abiertamente a la autoridad, y que había que obrar en consecuencia, vale decir con mano dura. Este punto de vista, que invitaba sin ambages a frenar las luchas obreras y la reforma laboral, no era unánime en la Comisión. Perteneció al capítulo sobre los servicios públicos, redactado por Ernest Gruening, uno de los directores de la Foreign Policy Association.¹⁵ Pero el autor de los capítulos sobre problemas laborales, Charles Thomson, secretario a su vez de la Comisión para Cuba, expresó reservas al respecto.¹⁶ Es evidente que Thomson quería menos dictadura y Gruening, más. Ambos estaban al parecer inquietos con la política de intervención, aunque por distintos motivos, pero ninguno de los dos la enfrentó directamente.

El curso ulterior de la intervención de la Cuban Telephone fue bastante accidentado y sujeto a los vaivenes políticos de una crisis de gobierno, que implicó la salida del ABC. Apoyándose en la mencionada sentencia, el 24 de julio de 1934 el Gobierno hizo obligatoria la reposición de los huelguistas en cuestión, pero la empresa logró un acuerdo con la mayoría de los trabajadores originales y con los rompeshuelgas para rechazar la reposición de un grupo de dirigentes. El Gobierno rubricó esa solución con otro decreto en septiembre de 1934.¹⁷

Este conflicto adquirió nueva resonancia con la huelga general de marzo de 1935 y la acumulación de paros parciales, que hicieron de los despidos y los conflictos sobre derecho de permanencia un problema nacional. El problema de la Cuban Telephone siguió vivo durante muchos años, de una forma u otra, pues el delicado equilibrio de la solución alcanzada implicaba ciertas compensaciones para los obreros afectados, cuyo incumplimiento fue motivo de prolongada agitación y

acciones legales. Todo este proceso hizo de la huelga de la Cuban Telephone el conflicto más significativo y conocido de la historia laboral cubana.

Las intervenciones y el movimiento obrero

Realizar una intervención significaba asumir muchas responsabilidades para un gobierno dedicado a la defensa de la propiedad privada. Los tribunales especiales de represión resultarían el instrumento legal preferido. Las huelgas eran tantas en 1934 y 1935 que la intervención de empresas privadas parece haberse evitado durante años, aunque ya en 1936-1937 hubo un engorroso conflicto en la Cooperativa Ómnibus Aliados que tomó este camino y creó insatisfacción en los elementos más reaccionarios del capital.

Hacia finales de la década, se legitimaba la actividad sindical y surgía una poderosa central sindical, la Confederación de Trabajadores de Cuba. El Decreto 798 del 13 de abril de 1938 —que reguló muchos aspectos, algunos en forma perdurable y otros no— estableció las causales y el procedimiento para que un patrono pudiera promover un expediente de despido contra un trabajador. Decía específicamente que, en caso de que el Secretario del Trabajo resolviera a favor de la reposición de un trabajador —de haber incumplido el patrono—, podría «designar un delegado interventor de la empresa patronal, conforme al Decreto-Ley 251 del 22 de mayo de 1934, al efecto de hacer cumplir la orden de reposición».¹⁸ Sin embargo, las aplicaciones de la potestad interventora continuaron siendo escasas hasta bien entrados los años 40.

La Constituyente de 1940 ratificó el reconocimiento de derechos sociales y del trabajo en Cuba, y la obligación del Estado de garantizarlos. Confirmó y generalizó el discurso social que se había gestado en la década de los años 30. Desde luego, no tocó el tema de la intervención, que se ubicaba en un plano legislativo más particular. En enero de 1942, el país estaba en pleno reajuste a las condiciones de la Guerra Mundial. Una de las medidas clave fue el Acuerdo-Ley No. 5 sobre Producción y Abastecimiento, dictado el día 20, poco después de un conflicto del Gobierno con los hacendados, los cuales se quejaron de que el Ministerio del Trabajo se estaba independizando de ellos y prestando demasiados oídos a los obreros. El Acuerdo-Ley 5, tras señalar que la guerra afectaba las relaciones económicas de toda índole, estableció en su artículo segundo que en esas condiciones el Presidente estaba facultado para practicar la «expropiación y ocupación [...] así como la ocupación o intervención». Se realizaría «por causas de utilidad pública o interés social de los

artículos y productos que sean necesarios para el sustento inmediato de la población, para proveer a la defensa del territorio o para mantener el ritmo de la producción nacional».¹⁹

Esta medida volvió a ensanchar el campo de aplicación de la intervención, que al menos durante la guerra no se limitaría a los conflictos laborales ni a los casos de paralizaciones del trabajo, sino que tendría el objeto más general de mantener el ritmo de la producción. El Estado asumía una responsabilidad mucho más amplia en relación con la actividad económica, pero los instrumentos típicos fueron otros: el concepto ampliado de la intervención apenas llegó a aplicarse en la gestión práctica, aunque quedó como un precedente.²⁰

Antes de 1945 —vale decir, en sus primeros once años de existencia jurídica—, la medida de la intervención fue aplicada solo once veces. En los años 1945-1948, que corresponden al gobierno constitucional de Grau San Martín, hubo 29 intervenciones, en 1949-1952, durante el gobierno auténtico de Carlos Prío Socarrás, fueron 61. Bajo el régimen de fuerza de Fulgencio Batista, entre 1953 y 1958, prácticamente no hubo ninguna.

El primer incremento de las intervenciones ocurrió a finales de la guerra, al comienzo del gobierno de Grau; un período de gran inflación, de brote de muchas huelgas y de importantes elevaciones de salarios nominales. Luego se observa un descenso y una nueva y prolongada alza de las intervenciones, junto con el desarrollo de la Guerra fría, que coincide, más o menos, con el período (1948-1952) de Carlos Prío en el Ministerio del Trabajo. Se trata también de una etapa de importantes huelgas obreras.

La lucha de clases estaba en alza. Tanto las huelgas como las intervenciones lo manifiestan.

La intervención en los gobiernos auténticos

El golpe de Estado de Batista y la instalación de un régimen de fuerza vino a sustituir las intervenciones como medida estatal en el campo laboral; mientras, la actividad huelguística alcanzó niveles aún mayores. La tiranía terminó tan pronto como pudo con las intervenciones, pues no eran gratas para los capitalistas afectados y motivaban un creciente disgusto entre el gran capital en su conjunto. Pero ya antes del golpe se observaba una evolución en el contenido de la intervención que alcanza un momento de cambio cualitativo a finales de la etapa de Prío. Más adelante retomaremos esta cuestión de las intervenciones a partir de 1951, con el fin de realizar un análisis más detallado

de lo que significó para el proceso capitalista en aquella etapa.

Las intervenciones de los gobiernos auténticos reúnen algunas características que es importante examinar, aun sin entrar en una exposición extensa. Una de ellas fue la tendencia a utilizar la fuerza para ganar apoyo, tanto entre los sindicatos como entre los empresarios. Era el período de la Guerra fría y de los intentos de la burguesía, y específicamente del gobierno, por fomentar la desunión en el movimiento obrero organizado y desalojar a los comunistas de las direcciones sindicales. Este no era el motivo ostensible de las intervenciones de empresas, pero el gobierno, al tomar en sus manos todos los asuntos de la empresa, trataba de obtener, entre otras cosas, la promoción de sus partidarios a la dirección de los sindicatos en importantes fábricas del país. El aspecto laboral de la intervención estaba a menudo relacionado con los mecanismos para la regulación del salario mínimo.

La Constituyente había establecido que los salarios mínimos serían fijados por comisiones paritarias «de acuerdo con el nivel de vida y con las peculiaridades de cada región y de cada actividad industrial, comercial o agrícola».²¹ A partir de 1945, y durante doce años, todas las mejoras de los salarios mínimos para hacer frente a la elevación del costo de la vida en el país, se hicieron, sin excepción, en relación con sectores y localidades determinados. El Tribunal Supremo vetó las elevaciones generales como anticonstitucionales, a pesar del hecho de que la inflación era un fenómeno general y muy secundarias sus particularidades regionales. Lejos de asegurar un trato paritario a los diferentes sectores obreros, esta interpretación condujo a la desigualdad y a la división. Tendió a reducir la autoridad de la Confederación de Trabajadores de Cuba como organismo unitario del movimiento obrero y a facilitar a los gobernantes un trato diferencial para con uno y otro sector obrero o empresarial, mediante negociaciones en las cuales el respaldo político al gobernante era, de hecho, una prioridad.

Las intervenciones eran muchas veces un caso particular de este tipo de situación. Ante un conflicto laboral en una fábrica importante, que no alcanzara solución por medio del sistema establecido de Comisiones de Cooperación Social, los gobiernos auténticos, sobre todo en el período 1946-1951, intervenían la fábrica y asumían la responsabilidad de la empresa, situación que a veces se prolongaba durante un período de muchos meses. Se fundamentaban jurídicamente en la concepción del interés social de las relaciones laborales y de la producción. Pero al no asumir la responsabilidad de nacionalizar la empresa, y mucho menos de tomar en sus manos todos los medios

fundamentales de producción y emprender la verdadera dirección de la economía, el método de la intervención tendía a viciarse en función de la maniobra política.

En el río revuelto de la intervención auténtica se movían diversos intereses particulares, generalmente en torno a la política de ese Partido. Se daba el caso de que, en una industria para consumo interno, a un productor preponderante en los textiles, como Hedges, podría interesarle una crisis en su fábrica Ariguanabo como medio de llevar al gobierno a una política más decidida de protección a su industria contra la competencia extranjera. En efecto, Ariguanabo, una fábrica muy grande para la época y con un peso decisivo en la producción textil cubana, fue envuelta en un complejo proceso de huelga e intervención que duró más de un año y dio lugar a recambios en la dirección sindical, alguna compensación para los obreros, y elevación de los aranceles sobre la importación en los rubros correspondientes.

En lugar de completar la obra de estabilización y de armonización social que se habían propuesto sus iniciadores, la intervención se convertía en un nuevo motivo de desasosiego. Los dirigentes sindicales honestos y los intereses de la masa obrera se vieron amenazados, a la vez que los dueños se preocupaban por la indefensión social y por el posible deterioro de sus propiedades en manos de la intervención. Y todo esto era una responsabilidad política, asumida *motu proprio* por el gobierno. Este fue uno de los motivos por los cuales la supresión de la intervención por Batista vino a resultar atractiva para las fuerzas clasistas dominantes en el país. Pero su política no tuvo éxito y el régimen fue derrotado por nuevas fuerzas revolucionarias que habían asimilado la experiencia histórica y se encaminaban a una transformación fundamental de su país.

La intervención en la Revolución

La existencia de la facultad de intervenir implicaba, desde sus inicios en el antiguo derecho administrativo, una limitación sobre la autonomía de una instancia inferior. En el Derecho laboral cubano se desarrolló con el sentido de establecer un límite potencial para la autonomía de propietarios y trabajadores de una empresa privada, en crisis respecto al Estado como representante del bien público. El derecho de intervención ilustra el surgimiento de elementos nuevos que caracterizaron a una nueva fase del Estado republicano, que si bien prolongaba muchos rasgos del pequeño Estado libreconcurrentista de principios de siglo, fue sumando muchas funciones reguladoras y

adquiriendo una penetración mucho mayor en diversas dimensiones de la vida del país.

Constituyeron una premisa del cambio revolucionario iniciado en 1959, al menos en lo que respecta a la fluidez de su acelerado desarrollo. La rapidez de su evolución, a partir del Primero de enero, tuvo entre sus condicionantes una serie de características de la relación Estado-sociedad que despuntaba en el período anterior. Lo ilustra el derecho de intervención, adquirido por el Estado durante la revolución de los 30, aplicado luego por todos los presidentes, validado por el Tribunal Supremo, comprendido y experimentado por el pueblo durante décadas. Facultaba al Ejecutivo para tomar el mando de una empresa paralizada por conflictos obrero-patronales y administrarla mientras no se solucionara dicho conflicto. En la situación revolucionaria de 1959-1961, esta facultad sería ejercitada muchas veces por el Gobierno Revolucionario para impedir una paralización de empresas. En este contexto, la intervención vino a limitar la capacidad de los propietarios, individual o colectivamente, de presionar sobre los trabajadores y/o el gobierno mediante el cierre total o parcial de sus empresas. Se atravesaba en el camino de huelgas patronales. Facilitaba la marcha acelerada.

A modo de conclusión

Entre 1930 y 1958 el Estado cubano acumuló una importante capacidad de regulación sobre las producciones de exportación y todo el complejo de las relaciones laborales. Surgió de intentos por evitar el quebrantamiento de sectores económicos y sociales medios y de trabajadores organizados con peso, de canalizar las inquietudes y luchas sociales en direcciones que no amenazaran la estabilidad del sistema. Se desarrolló una relación entre el Estado y la sociedad en la cual sectores populares —no solo la cúpula social— devienen permanentemente atentos a muchos aspectos de la actividad de gobierno y se movilizan para presionar en una u otra dirección. Surgió así el «populismo» burgués de los años 1940-52, fundiendo estos rasgos con el patrimonialismo y las luchas intestinas que ya caracterizaban a los gobernantes de la anterior época republicana, que había sido de plena libre concurrencia.

En este proceso se destacan varios aspectos: el creciente conocimiento y capacidad de control adquirido por el Estado en ciertas áreas importantes, la atención crecida que prestaron los sectores populares a la relación entre su suerte en el corto y mediano plazo y los cambios de actitud de los gobernantes, y la

conciencia de la posibilidad de movilizarse para intentar influir en ellos.

Esa modificada relación Estado-sociedad, con la cultura política que comportaba, contribuiría luego a facilitar la transformación acelerada que comenzó en 1959. La segunda premisa para el cambio acelerado, radica en los artefactos estatales, las leyes e instituciones reguladoras, plenamente legitimadas social y jurídicamente, que seguían en vigor en 1959 y que otorgaban al Gobierno facultades amplias y precisas para controlar la actividad empresarial. Una de ellas es la facultad de intervenir empresas cuyas actividades fuesen paralizadas por conflictos obrero-patronales u abandono. La intervención, aplicada frecuentemente en el ámbito urbano durante los primeros años de la revolución de 1959, resultó, en paralelo a la Ley de Reforma Agraria, un mecanismo jurídico clave en la disputa por el control de la estructura productiva del país.

Notas

1. John Dumoulin, *Azúcar y lucha de clases, 1917*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
2. La Colección Braga de la Universidad de la Florida contiene una interesante documentación sobre esta disputa, del archivo de Manuel Rionda, hacendado y principal representante del oficialismo en esta ocasión. Rionda siempre consideró acertada su posición y al efecto citaría el grado de conocimiento que tenían en los Estados Unidos sobre los costos de producción en Cuba, muy superior al de los propios cubanos, particulares y del Estado. Señalaba también las consecuencias nocivas que tuvo la especulación de posguerra.
3. Oscar Zanetti, «Cuban Sugar Workers and Labor Regulation», *Cuban Studies/Estudios Cubanos*, 1995. El autor marca esta ley como el fin de la libre competencia en la producción azucarera cubana.
4. John Dumoulin, «La regulación estatal de las relaciones obrero-patronales en Cuba, 1933-1958», inédito, 1987.
5. *Ibidem*. El estudio de la intervención se reproduce aquí del capítulo 8.
6. Decreto 2233 del 18 de octubre de 1933, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 19 de octubre de 1933, a. XXI, t. 4, p. 5033. Lleva las firmas de Grau y Guiteras. Aquí se reflejan los esfuerzos de Guiteras por llevar el Ejército a tareas constructivas de interés nacional.
7. Decreto 116 del 9 de enero de 1934, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 10 de enero de 1934, a. XXXII, t. 1, n. 8, p. 383. Autorizó también el reparto de tierras del Estado a campesinos cubanos.
8. Decreto 96 del 6 de enero de 1934, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, a. XXXII, t. 1, n. 8, p. 241. Sustituido el Gobierno Provisional Revolucionario, Carlos Hevia, en uno de sus pocos actos oficiales, prometió la devolución sin condición ni limitación alguna. Se hizo efectiva con el Decreto 283 del 29 de enero, firmado por Mendieta y Méndez Peñate, sin más consideraciones excepto el beneficio para la zafra.
9. Decreto 172 del 14 de enero de 1934, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, Edición Extraordinaria, n. 4, 14 de enero de 1934, firmado

por Grau y Guiteras. El gobierno de Mendieta, mediante el Decreto Presidencial 278 del 30 de enero de 1934, designó a Luis Machado, Eduardo Chibás y Jesús Portocarrero y Montero para informar sobre la situación de la empresa intervenida. Y, asesorado por ellos, dictó el 3 de febrero el Decreto 337 que dejó sin efecto la intervención

10. Decreto-Ley 251 del 22 de mayo de 1934, firmado por Mendieta y el Secretario de Trabajo Miguel Suárez, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, Edición Extraordinaria n. 48, 23 de mayo de 1934, p. 1. Repetidas oleadas de huelgas sacudieron al país en los primeros meses de 1934. Las medidas represivas dictadas por el gobierno de Mendieta incluían el Decreto-Ley 51 del 6 de marzo, la llamada Ley de Defensa de la República, que estableció nuevas figuras delictivas de carácter político y de huelga. Los Decretos-Leyes 52, 63 y 82, de carácter antiobrero, dictados casi de inmediato, ampliaron las restricciones y sanciones especiales para extranjeros y amenazaron a los sindicatos infractores no solamente con la disolución sino con la nulidad de sus convenios de trabajo, y negaron el derecho a ejercer a los dirigentes sindicales sancionados, por espacio de dos años. En tácito reconocimiento del desacato universal de las medidas explícitamente antiobreras antes mencionadas, muchas de las violaciones de sus disposiciones fueron amnistiadas solo seis semanas más tarde.

11. Decreto-Ley 263 del 1º de junio de 1934, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 2 de junio de 1934, a. XXXII, t. 6, n. 128, pp. 884-6.

12. Véase Mariano Sánchez Roca, Carlos Manuel Raggi Ageo y Andrés Escanaverino, *Las leyes del trabajo en Cuba*, Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1942, pp. 425-8. El Tribunal consideró inaplicable el Artículo 13 de la Ley Constitucional implantada en los primeros días del gobierno de Mendieta. Este artículo decía que «Las obligaciones de carácter civil que nazcan de los contratos o de otros actos u omisiones que los produzcan, no podrán ser anuladas ni alteradas por ninguno de los poderes del Estado». (*Gaceta Oficial de la República de Cuba*, Edición Extraordinaria, n. 10, 3 de febrero de 1934). El precepto reflejaba un aspecto del envión contrarrevolucionario que traía el nuevo gobierno: reforzar la ilegalización de las huelgas y frustrar la tendencia a que los distintos órganos del Estado se convirtieran en agentes de los cambios sociales, resaltando los valores de la propiedad privada y la libre concurrencia. La sentencia 20 del 30 de junio de 1934 fue un primer golpe rotundo contra esta línea desde el Poder Judicial.

13. El grueso tomo que publicaron fue influyente tanto en los Estados Unidos como en Cuba. Foreign Policy Association, «Problems of the New Cuba», *Report of the Commission on Cuban Affairs*, Nueva York, 1935, p. 431. Gruening, el autor del capítulo, se limitó a registrar el hecho de que el fallo fue en contra de la empresa. Es típico de la comisión y de sus miembros individualmente el subestimar la creciente importancia del nivel social general de los acontecimientos en Cuba, y por tanto de las soluciones que se requerían, en particular mediante la asunción de responsabilidades por el Estado. Incluso cuando discrepan entre ellos, cada uno tiende a fundamentarse en una posición contraria a la intervención.

14. *Ibidem.*, p. 432.

15. Gruening, junto a Buell y Thomson era uno de los tres miembros de la Comisión que desempeñaban un papel destacado en la Foreign Policy Association. Su capítulo, que cubría los servicios públicos, tenía necesariamente que tomar posición sobre un problema central, la solución de los conflictos en esas empresas vitales, y el papel del Estado. La actitud de Gruening tiende a reflejar la defensa del capital norteamericano invertido en esa esfera y las viejas consignas represivas del libreconcurrencismo en la esfera de las relaciones laborales. Decisión y energía.

16. *Ibidem.*, p. 442. Thomson parece más favorable a la posición de los huelguistas, pero no necesariamente a la del gobierno; se oponía en general a los intentos de gobernar al movimiento obrero por decreto. Frank Leslie Buell, el presidente de la Asociación y a la vez de esta comisión en particular, no se responsabilizó con ningún capítulo en especial, y puede haber funcionado como editor general. Vale la pena señalar que las conclusiones de Gruening fueron motivo de otra reserva, esta de parte del sociólogo Carle Clark Zimmerman (p. 442); aunque no la explica, sus otras reservas lo marcan como uno de los más dogmáticos opositores a la intervención económica del Estado.

17. Decreto 1902 del 24 de julio de 1934, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, Edición Extraordinaria n. 65, 24 de julio de 1934. Las otras medidas referidas son el Decreto-Ley 529 del 28 de septiembre, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 29 de septiembre de 1934, a. XXXII, n. 77, t. 3, pp. 5589-91, y la Resolución de la Secretaría del Trabajo del 5 de enero de 1935, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 9 de enero de 1935, a. XXXIII, n. 10, t. 1, pp. 414-5, que estableció definitivamente la separación de 49 huelguistas. Las primeras medidas, al ordenar la reposición de los trabajadores, constituyen un antecedente del Decreto-Ley 397 del 21 de noviembre de 1935, que constituía un paso significativo en el desarrollo del derecho laboral en el país. En lo legal, debería atenuar también la presión que entonces llovía sobre el proletariado cubano; pero la contrarrevolución no se ceñía a normas legales.

18. Decreto 798 del 13 de abril de 1938, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 24 de abril de 1938, a. XXXVI, n. 237, t. 4, p. 72-82. Ya en 1936, el Código de Defensa Social, Decreto 802 del 4 de abril, en su Artículo 265, había introducido una novedad jurídica de gran interés al extender al Poder Judicial la facultad de disponer la intervención de las empresas que se resistían al cumplimiento de cualquier resolución emanada de la Secretaría del Trabajo o de sus órganos jurisdiccionales (Mariano Sánchez Roca, *Leyes penales*, t. 1, La Habana, 1943, p. 446): «podrá acordar el Tribunal la suspensión de los administradores, directores o representantes responsables, y la constitución de una administración gubernamental de los negocios de la entidad durante el tiempo que requiera la suspensión, o el que fuera necesario para restablecer la normalidad del servicio» (*Código de Defensa Social*, art. 265, Jesús Montero, La Habana, 1938).

19. Acuerdo-Ley 5 del 20 de enero de 1942, *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 21 de enero de 1942, a. XL, n. 39, t. 2, pp. 1089-90. Poco después, en su sentencia 19 del 5 de mayo de 1942, el Tribunal Supremo ratificó que el Decreto-Ley 251 del 22 de mayo de 1934, que fundamentaba el concepto de intervención, no estaba en pugna con el Artículo 85 de la nueva Constitución, ya que tendía al cumplimiento de las Resoluciones de la Secretaría del Trabajo y no implicaba la confiscación de bienes, siendo por naturaleza de carácter transitorio.

20. Una excepción fue la intervención de la Empresa Naviera de Cuba, una entidad privada que desde hacía muchos años tenía la posición principal en la pequeña marina mercante cubana. Operaba los buques que había comprado el Estado bajo Grau y parece haber sido de ahí que originara la intervención, y no por conflictos laborales. Véase *Cuba Económica y Financiera*, junio de 1950, La Habana, p. 19.

21. Andrés Lazcano Mazón, *La Constitución de Cuba*, ob. cit., Art. 61, t. 2, p. 415.

Proyecciones e iniciativas culturales de los comunistas cubanos (1936-1958)

Ricardo Luis Hernández Otero

Investigador. Instituto de Literatura y Lingüística José Antonio Portuondo Valdor.

Enrique Saínz

Crítico y ensayista. Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

En el período 1936-1958, de auge de las ideas marxista-leninistas, el partido de los comunistas cubanos —bajo diferentes denominaciones hasta alcanzar la definitiva de Partido Socialista Popular (PSP) a finales de 1943—, realizó una serie de iniciativas y proyectos culturales de variada índole, sin paralelo en las instituciones homólogas de esos años y que respondía a necesidades del país en el campo de la vida espiritual, estrechamente interrelacionadas con las demandas económicas y sociales. Tales proyectos e iniciativas, algunos de efímera existencia, otros de más sostenida trayectoria, surgieron y se desarrollaron en circunstancias difíciles, imposibles de resumir en este espacio. Vamos solo a apuntar que el período anterior había quedado cerrado con una fuerte represión del movimiento ascensional de las masas populares que habían derrocado a Gerardo Machado en 1933 y

acababan de ver troncharse el proceso revolucionario subsiguiente por la falta de unidad entre sus fuerzas, lo que hizo fracasar la huelga de marzo de 1935 y culminó con el asesinato de Antonio Guiteras en el Morrillo, apenas dos meses después.

En ese año se habían iniciado, y desaparecieron, publicaciones legales de los comunistas cubanos como *La Palabra*, su primer cotidiano (39 números entre enero y marzo), que se autodefinía como «Diario del pueblo, por el pueblo y para el pueblo».¹ Dirigido por Juan Marinello, tuvo un *Magazín semanal* de carácter cultural (a cargo de Ángel Augier), en el cual aparecieron dos manifiestos encaminados a la creación de la Unión de Artistas y Escritores Revolucionarios (UAER) que llevaría el nombre de Rubén Martínez Villena.² Este empeño no cuajó entonces, pero serviría de experiencia para un futuro próximo. La clausura de *La Palabra* motivó la creación del semanario *Resumen. Síntesis de acontecimientos y opiniones*, con Carlos Rafael Rodríguez como subdirector, y del que solo salieron cinco números que fueron suficientes, sin embargo, para integrar «un núcleo de escritores —Nicolás Guillén, Augier, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio

Relaboración y reordenamiento de aspectos tratados por los autores en el panorama sobre la vida cultural en Cuba en la etapa 1925-1958, que forma parte del tomo 2 de la *Historia de la literatura cubana*, escrita por un colectivo de autores bajo la dirección del Instituto de Literatura y Lingüística del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente de Cuba, aún inédita.

Portuondo, Mirta Aguirre, Edith García Buchaca, Jorge Rigol—, que impulsaría una literatura de contenido revolucionario».³

El nuevo período comenzó signado, pues, por la necesidad de reagrupación y unidad de las fuerzas populares de izquierda y por la definición de nuevos objetivos y métodos de lucha, para cuya consecución se halló cauce apropiado en el apoyo al pueblo español en defensa de la República, amenazada por el fascismo internacional, así como por la convocatoria a una Asamblea Constituyente y por la legalización del Partido y la creación de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), logrados en 1938 y 1939, respectivamente,

Entre los proyectos culturales de los comunistas cubanos hechos realidad en 1936, debe destacarse en primer lugar la publicación de *Mediodía* (104 entregas hasta el cese de su salida en 1939), en cuyo número fundador (junio) expresaban sus editores,⁴ que la suya no sería «una empresa de entretenimiento artístico», porque ellos estaban «enterados del papel social que todo arte cumple, aunque ese efecto queda sin percibir». Y añadían: «Y advertidos de ello se disponen a que esa función pública tenga en nuestras páginas un destino profundamente humano, y sea leal a las circunstancias peculiares de Cuba». Asimismo, expresaban su creencia en que «el pensamiento debe, inexorablemente, estar a contribución de la vida y participar en las contiendas históricas de nuestro tiempo», pero sin detrimento de las calidades estéticas, como manifestaban a continuación:

Como el intento de acomodar el arte al servicio de lo humano no está reñido con el rigor estético, *Mediodía* pretende ejercer una vigilancia sobre sus colaboraciones, que mantenga a la revista en tono de excelencia literaria y artística. Pulcritud sin narcisismo, acercamiento al mayor número de lectores, pero sin ese halago de vulgaridad, que es innecesario y que tan habitualmente se utiliza entre nosotros.⁵

En su primera etapa (las cuatro entregas iniciales) *Mediodía* se perfilaba como una publicación eminentemente literaria y artística, con textos de creación y crítica de autores de notable calidad, gran parte de ellos inéditos entonces y renombrados posteriormente, así como ilustraciones de dibujantes tanto reconocidos como noveles

La calidad literaria de *Mediodía* en ese momento inicial puede aquilatarse con solo relacionar autores y títulos del sumario del número fundacional: un poema de Nicolás Guillén, «Elegía a un soldado vivo» —según su bibliografía, la primera publicación del texto, que pasaría a su libro del año siguiente *Cantos para soldados y sones para turistas*—; «La casa de los Aldana», introducción de Luis Felipe Rodríguez para la nueva edición de su novela *La conjura de la ciénaga* (1923), que

aparecería en 1937 bajo el título de *Ciénaga*; ensayos de Juan Marinello —su medular y fuertemente crítico acercamiento a la novela de Carpentier *Ecué-Yamba-O*, escrito en la cárcel, e incorporado a su *Literatura hispanoamericana. Hombres. Meditaciones* (1937), pero no republicado y que es probablemente el más extenso, analítico y desfavorable juicio sobre la obra de Carpentier en el momento de su aparición—; Fernando Ortiz, «Contrastes económicos del azúcar y el tabaco»,⁶ el primer esbozo de lo que sería su monumental y trascendente *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940)—, y Carlos Rafael Rodríguez, «Aforo de la poesía negra», también de fuerte y polémico tono crítico, con reminiscencias del lenguaje de la etapa vanguardista. Súmese a estos medulares trabajos la traducción de Edith García de Buchaca —que continuaría en los dos números siguientes— del ensayo de George Lukacs «La teoría de la literatura y de la crítica literaria de Federico Engels», las notas de libros a cargo de Portuondo, Augier, García Buchaca y Alfonso Bernal del Riesgo, y las ilustraciones de Jorge Rigol, Domingo Ravenet y Luis Martínez Pedro.

En los tres números siguientes se incluyeron poemas de Regino Pedroso, Rafael Alberti y Manuel Navarro Luna; en narrativa, un capítulo de la entonces inédita novela de Carlos Montenegro *Hombres sin mujer* —que motivó el inicio de un proceso contra los editores y hasta la detención de Guillén, acusados de «pornografía y propaganda subversiva», lo cual implicó la demora en la salida de la cuarta entrega y el cambio de formato de la publicación—; en crítica y ensayo literarios, los ponderados estudios «Martínez Villena y los poetas de su generación», «Miseria y soledad de Plácido, el mulato» y «Significación de García Lorca» (de Augier, Portuondo y Marinello, respectivamente), amén de otros trabajos y notas de libros cubanos y extranjeros a cargo de Elías Entralgo, Guillén, Marinello y Augier. Entre las notas de libros, que solo conformaron sección especial en las tres primeras salidas, resultan de mucho interés las de José Luciano Franco sobre la novela de Georges Simenon *Barrio negro*, ambientada en Panamá —acaso la recepción inicial en Cuba del después famoso autor policial—, y la que aborda una obra de Gabriel D'Annunzio, a la que hace fuertes críticas por sus ideas profascistas.

A partir de enero de 1937, *Mediodía* sufrió transformaciones de forma y de fondo, al convertirse, sin hacerlo explícito, en una publicación del partido de los comunistas cubanos, aún en la ilegalidad entonces.⁷ También en 1937 desapareció de los créditos su comité editor y figuraron entonces, como director y subdirector, respectivamente, Guillén y Carlos Rafael Rodríguez. En lo que concierne a su contenido, se fue abriendo cada vez más al reflejo del acontecer histórico, político y

social de Cuba y del mundo —en especial México y España—, aunque las colaboraciones de carácter literario continuaron ocupando espacios en sus páginas, pero en menor medida cada vez, hasta llegar, en ocasiones, a no incluir ningún texto de este cariz. Al celebrar el primer aniversario de su nueva orientación (número 50, enero 10 de 1938) se expresaba en uno de sus editoriales:

Iniciada como publicación estrictamente literaria, sus fundadores comprendieron pronto que si Cuba estaba requiriendo un vehículo de expresión para sus letras y artes, necesitaba también, de modo inaplazable una revista en que se resumieran las ansias nacionales opacadas entonces.⁸

A partir de estos cambios, la colaboración de figuras políticas del partido de los comunistas cubanos se hizo cada vez más frecuente. Entre ellos se destaca Blas Roca, quien firmó numerosos trabajos con el seudónimo *Marcos Díaz*, desde el cuarto número. Como conclusión, puede afirmarse que *Mediodía* desempeñó un papel fundamental en los difíciles momentos por los que transcurrió su existencia. Vista desde una perspectiva actual, puede estimársele como una de las más importantes publicaciones del período en Cuba.

La hermandad de los jóvenes cubanos

Si bien desde 1935 habían comenzado a crearse los Comités pro hermandad de los jóvenes cubanos, no fue hasta fines de 1936 y el año siguiente cuando esta organización logró afianzarse. La Hermandad de los jóvenes cubanos fue una extraordinaria agrupación, con más de 22 000 miembros en todo el país, sustentada sobre principios de igualdad y de unión, como se expresaba en su Primer Congreso, celebrado entre el 28 y el 31 de enero de 1938 y al que asistieron más de 200 delegados e invitados, muchos de ellos extranjeros:

Estamos convencidos de que solamente a través de una unión compacta entre todos los jóvenes, sea cual sea su raza o clase, ideología o profesión, pueden vencerse los innumerables obstáculos que imposibilitan que la juventud lleve una vida alegre y feliz. Unidos seremos fuertes para vencer todo lo que pueda dificultarnos el adquirir la cultura, la vigorización física y el bienestar general, elemental aspiración humana. No le tememos a la diferencia ideológica aparente, sea política o religiosa, más temible e insuperable es la situación deplorable que confrontamos y sin esta coordinación de esfuerzos y voluntades nunca podrá ser destruida.⁹

Más adelante se añadía: «Después de épocas de violencia, de desorientación o de desaliento llegó, con la Hermandad de los jóvenes cubanos, el momento de organización: nada podrá detener en su marcha hacia un futuro mejor, a nuestra juventud organizada»;¹⁰ reclamos estos, de orden cultural y político, que recogían,

de hecho, las demandas de toda la población a lo largo y ancho del territorio nacional. Así, al constituirse la Hermandad en Puerto Padre, antigua provincia de Oriente, hizo públicas las peticiones de playas, escuelas y otras obras sociales; creó nuevas escuelas campesinas, para mujeres y jóvenes obreros, e integró bibliotecas; luchó a favor de los derechos de la mujer y por la erradicación del analfabetismo y la elevación del nivel de vida de la juventud campesina; cooperó con las organizaciones obreras en el enriquecimiento de su vida cultural; integró, con la Agrupación de los Jóvenes del Pueblo, la Asociación de Ayuda a la República Española, y en 1938 realizó un acto de solidaridad con Puerto Rico. Auspició la celebración del Primer Congreso Campesino de Cuba, que se llevó a cabo en 1937; se unió al Partido Comunista y a los sindicatos para lanzar una vigorosa campaña pro amnistía de los presos políticos, que logró un éxito completo y demostró las posibilidades de unidad frente a los males imperantes; promovió actividades culturales conjuntamente con sus acciones por la consecución de reivindicaciones sociales. Contó con *Juventud*, mensuario de escasa duración que salió en 1938 como órgano de la agrupación, y con la emisora CMCW, por la que se radiaba «La Hora de la Hermandad de los jóvenes cubanos», todos los domingos a las 2:00 p.m. En su primer congreso fueron elegidos como miembros de su Comité ejecutivo, Eladio León (presidente), Ramiro Valdés Daussá, Osvaldo Sánchez Cabrera, Alfonso Bernal del Riesgo, Rosario Fernández, Clementina Serra, Jaime Gravalosa y Eduardo Cañas.

Prensa y cine

Otros tres proyectos culturales, de mayor envergadura y trascendencia, pudieron comenzar a materializarse los comunistas cubanos en 1938: el diario *Noticias de Hoy*, la Cuba Sono Film y la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. *Noticias de Hoy*,¹¹ con talleres propios gracias a la colaboración económica de las masas populares, abordó diferentes cuestiones políticas y sociales desde una óptica distinta a la imperante en la mayoría de los órganos de prensa de entonces, labor que lo distinguiría de manera especial y se hacía extensiva a sus preocupaciones en el terreno de la cultura, a través de secciones, páginas y suplementos especializados, con trabajos de autores de gran renombre entre la intelectualidad cubana de entonces; algunos de ellos, incluso, sin vínculos ni afinidades con la ideología del Partido. De particular significación puede estimarse la labor de Mirta Aguirre, quien durante años se ocupó de su sección diaria de cine, teatro y música.

La Cuba Sono Film, fundada como empresa privada, realizó fundamentalmente documentales, entre los cuales pueden mencionarse *Talleres para Hoy*, *Por un Cerro mejor*, *El desarrollo de Hato del Estero*, *Manzanillo, un pueblo* *Alcalde*, *La lucha del pueblo español contra el nazismo*, *Un héroe del pueblo español*, cuyos títulos son claramente explícitos de sus contenidos e intenciones ideopolíticas y de concientización de las masas sobre problemas acuciantes de la época. Colaboradores de estos empeños fueron escritores como Guillén, Alejo Carpentier, Marinello, Mirta Aguirre, Portuondo, Augier y Luis Felipe Rodríguez, entre otros. La Cuba Sono Film no podía exhibir sus creaciones en salas comerciales, pero logró difundirlas en centros obreros, bateyes, centrales azucareros, etc. Produjo también, en sus primeros momentos, pequeños cortos para el Noticiero Gráfico Sono Film, y más tarde cortometrajes de ficción, entre ellos *El desahucio* —basado en un cuento de Vicente Martínez, con guión de Marinello, musicalización de Carpentier y protagonizado por obreros del transporte público— que dejó de existir en 1948— fue la filmación de los funerales del líder azucarero Jesús Menéndez, asesor de uno de sus documentales: *Azúcar amargo*. El quehacer de la Cuba Sono Film debe inscribirse como uno de los más serios esfuerzos realizados en la neocolonia por hacer un cine de denuncia y altos contenidos sociales, y constituye un antecedente, de manera indirecta, de *El Mégano* y la nueva industria prohijada por el Estado revolucionario, con posterioridad a 1958.¹²

La Unión de Escritores y Artistas de Cuba

Con la fundación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UEAC), a fines de 1938, se hacía realidad el sueño, acariciado desde 1935, de crear una entidad que nuclease a los artistas y escritores revolucionarios. Existe una versión mimeografiada de su Proyecto de Declaración de Principios, redactado por Guy Pérez Cisneros con la «eficaz cooperación» de José Lezama Lima y a la cual se adscribían Jorge Arche, Gastón Baquero y Justo Rodríguez Santos; pero no hay referencias sobre ello en la prensa de la época consultada al respecto, donde sí aparece otra, de diferente contenido y orientación ideológica y política, suscrita por los miembros de su Comité Nacional, entre ellos, Juan Marinello, Mariblanca Sabas Alomá —en cuya casa se comenzó el trabajo gestor de la entidad, de fuerte sentido unitario en su proyección inicial—, Nicolás Guillén, Fernando G. Campoamor, José Manuel Valdés Rodríguez, Enrique Serpa, Emilio Ballagas y Enrique Labrador Ruiz.

Aunque fue legalizada a fines de septiembre de 1938, la primera actividad pública de la UEAC se efectuó en diciembre de ese año: un homenaje a Pablo de la Torriente Brau en el segundo aniversario de su caída en combate en España, y en el que usaron de la palabra, además de figuras cubanas, las personalidades extranjeras Gabriela Mistral, Fernando de los Ríos y Alfonso Castelao. Una indagación a fondo sobre la UEAC, las circunstancias que propiciaron y/o dificultaron su creación, el quehacer llevado a cabo en su breve trayectoria, el olvido en que se ha mantenido hasta no hace mucho, espera por su realización; pero puede decirse que Marinello y Guillén fueron electos Secretario y Vicesecretario en momentos en que ocupaban, respectivamente, los cargos de Presidente del Partido Unión Revolucionaria Comunista y miembro del Comité Nacional. La UEAC tuvo secciones de Literatura —con Luis Felipe Rodríguez al frente— y Artes Plásticas. Promovió exposiciones, homenajes diversos, puestas en escena, gestiones públicas en defensa de escritores y artistas cubanos, y anunció la salida de su órgano, la revista *Unión*, que no llegó a ver la luz, al parecer por el cese de sus actividades, de las que se tienen noticias hasta marzo de 1940, a través del diario *Pueblo*.¹³

Cuatro revistas

Dos importantes proyectos editoriales que alcanzarían prolongada existencia, orientados directa o indirectamente por el partido de los comunistas cubanos, se materializaron simultáneamente en noviembre de 1939: las revistas *El Comunista* y *C.T.C.* La primera apareció con el lema «Estudiar y luchar» y era publicada por el Partido, con un consejo de redacción integrado por sus destacados dirigentes Blas Roca, Aníbal Escalante, Fabio Grobart y Carlos Rafael Rodríguez. Con total claridad, expresaban en el primer número sus propósitos: «Todos los problemas fundamentales, que afectan la vida de nuestro pueblo, serán analizados aquí a la luz del marxismo leninismo, en forma accesible y popular»,¹⁴ para lo cual acogieron trabajos de Severo Aguirre, Rubén Calderío, Santiago Álvarez, Manuel Luzardo y de los integrantes del Consejo de redactores. Dieron a conocer además fragmentos de textos de Lenin y Stalin. Sus objetivos estaban bien delimitados: analizar las circunstancias del país desde los postulados del materialismo dialéctico e histórico; pero de una forma que contribuyese, en lo esencial, a enriquecer y profundizar la conciencia de la clase obrera a la que estaba dirigido el esfuerzo de sus páginas. Esta labor de sustentación proletaria, con el estudio —sin pretensiones académicas—, de las causas

de los conflictos sociales, fue continuada en *Fundamentos* al cesar, en enero de 1941. A lo largo de sus doce primeros años de existencia (de abril de ese año a julio del 1953, al parecer), esta nueva publicación, se limitó a valorar «las cuestiones cubanas e internacionales desde el ángulo de los intereses populares y con el enfoque de la teoría revolucionaria del proletariado, así como a proporcionar los rudimentos para la educación de las masas», con lo cual se proponían, según sus propias palabras, contribuir «a la formación de los cuadros del movimiento popular». ¹⁵ Estuvo bajo la dirección de Blas Roca y entre sus colaboradores se contaron Carlos Rafael Rodríguez, Mirta Aguirre, Marinello, Lázaro Peña, Severo Aguirre, Pelegrín Torras, Raúl Valdés Vivó, Ladislao González Carvajal, Jacinto Torras y Faustino Calcines.

Fundamentos, como órgano del Partido, contribuyó a la orientación política de las masas, en especial de los militantes, afiliados y simpatizantes. Se detuvo en el análisis de las verdaderas causas de la Segunda Guerra Mundial, considerada en su carácter de lucha antimperialista, y en la valoración de la política de «guerra fría» llevada a cabo por los Estados Unidos al finalizar el conflicto armado en 1945. Denunció el deterioro de los niveles de vida del pueblo cubano y se encargó de dar a conocer el crecimiento de los países europeos que habían comenzado a construir el socialismo. Fue, en resumen, un oportuno medio de defensa de la clase obrera y de divulgación de los más avanzados ideales sociales, en momentos en que la penetración norteamericana en lo político, social, económico y cultural era mayor que nunca antes. No menos importantes resultan hoy sus páginas —en especial aquellas destinadas a hacer públicas algunas críticas realizadas en el seno del Partido a escritores que militaban en sus filas y que, en alguna de sus obras o en su quehacer profesional, parecían apartarse de los principios y fines de la organización.

Simultáneamente con *Fundamentos*, el Partido comenzó a publicar, en 1942, *Dialéctica. Revista continental de teoría y estudios marxistas* (que salió de forma irregular hasta 1945 aproximadamente), concebida con un mayor rigor y expresamente encaminada a «exponer las más interesantes indagaciones científicas realizadas a la luz del marxismo y [a] ser órgano de combate contra los adversarios de la cultura y el decoro de la humanidad», así como (según la ampliación de sus fines, señalados en el número 8) a servir «de vehículo a la necesaria polémica marxista sobre problemas de la América Latina». ¹⁶ Tenía una función igualmente divulgadora, pero más bien dirigida a las capas intelectuales, de ahí el carácter polémico que quiso imprimir a sus trabajos. La dirección corrió a cargo de Carlos Rafael Rodríguez

y dio a conocer textos de Marinello, Portuondo, Augier, Roig de Leuchsenring, Luis Felipe Rodríguez, entre otros. Con la obra ensayística de sus principales exponentes y la tarea llevada a cabo en las publicaciones hasta aquí mencionadas y las que aparecerían en años venideros, el pensamiento marxista cubano ponía en evidencia el desarrollo alcanzado desde 1923.

C.T.C. por su parte, con una periodicidad mensual hasta fines de 1947 (y variada en su decursar posterior hasta una fecha no precisada en los comienzos de la década de 1950) y cambios de formato en varias ocasiones, era órgano oficial de la Confederación de Trabajadores de Cuba y estuvo siempre bajo la dirección del máximo líder de la organización, Lázaro Peña. Aparte del contenido propio de la entidad que representaba (unidad de los trabajadores en sus luchas por mejoras económicas, políticas y sociales, lo que implicaba, denuncias, campañas, discursos de sus dirigentes, informaciones sobre logros en otros países, principalmente la URSS) dio paso a textos de interés histórico y literario, así como mantuvo secciones de cine y teatro, y una página dedicada a la mujer. Entre sus colaboradores se contaron Marinello, Félix Pita Rodríguez, Navarro Luna, Augier, Julio Le Riverend, Emilio Roig de Leuchsenring y Paco Alfonso.

Teatro popular

En 1943, la labor de los comunistas cubanos en el campo de la cultura alcanzó nuevas cotas. En enero de ese año ofrecía su primera presentación Teatro Popular, fundado por Paco Alfonso, con la aspiración de ser «vehículo de expresión artística de las masas cubanas» y para fomentar y desarrollar el teatro nacional, lograr una real comunicación del autor cubano con el pueblo, llevar a cabo una triple misión educativa en la enseñanza de escritores, actores y público, a más de otras muy válidas razones.

Paco Alfonso sabía lo que se traía entre manos cuando encauzó su quehacer en ese sentido y colocó la entidad bajo los auspicios de la C.T.C. y de la Federación Obrera de La Habana. Tenía valiosas experiencias en el teatro revolucionario de calle en los convulsos años treinta y sabía por ello el enorme valor propagandístico que la actividad teatral podía significar si se trabajaba con sinceridad y empleándose a fondo en la tarea, aun cuando dificultades de diversa índole, lógicas en el medio y en la época en que se emprendía, ensombrecieron el horizonte entrevisto. Para la consecución de sus fines, Paco Alfonso aunó voluntades dispersas; detectó e incorporó al movimiento a figuras

que, con el tiempo, descollarían en los medios artísticos; estimuló actitudes y aptitudes de autores y actores noveles; confraternizó con quienes, en otra dirección, se entregaban a la tarea de renovar y vigorizar nuestro movimiento teatral.

Para ello contó siempre con la ayuda de la prensa obrera —que abrió calurosamente sus páginas a la propaganda de su actividad— y muy especialmente del periódico *Noticias de Hoy*, órgano del partido de los comunistas. En las páginas de *Hoy* —como comúnmente se le conoce— ha quedado recogida la historia de Teatro Popular. La reseña de sus funciones, el destaque de las figuras que en ellas tomaban parte, el constante anuncio previo de sus estrenos y el comentario sobre sus ensayos recreaban el necesario clima de expectación ante cada nueva obra que se representaría en las funciones mensuales. Celebradas estas, venía entonces la pupila certera del crítico a comentar merecimientos y deficiencias de dramaturgos y actores, directores y técnicos, siempre con la intención de estimular logros y superar desaciertos, a veces numerosos, como ocurre con toda obra novedosa y apresurada; pero siempre salvables por la fraterna disposición colectiva de enfrentarlos resuelta y críticamente. Al poco tiempo de haber ofrecido su primera representación, Teatro Popular pudo encararse a obras tan plenas de dificultades técnicas e interpretativas para el medio teatral cubano de entonces como *Todos los hijos de Dios tienen alas* y *Camino del tabaco*, de los norteamericanos O'Neill y Caldwell, respectivamente; *Mariana Pineda*, de Lorca; *El Alcalde de Zalamea*, de Lope de Vega, entre otras. Produjo también el relevante estreno de *Sabanimar*, del propio Paco Alfonso, quien con esta obra se convirtió en «el primero de los escritores teatrales cubanos que asumió con plena conciencia histórica la creación de un teatro político en Cuba».

Numerosas fueron las obras de denuncia, de autores cubanos, que estrenó o repuso Teatro Popular: *La recurva* y *Tembladera*, de José Antonio Ramos; *El relevo*, de Félix Pita Rodríguez; *Los perros de Radzivil*, de Carlos Montenegro; así como también presentó en sus funciones importantes piezas de la literatura soviética como *La madre*, de Gorki e *Invasión* de Leonov, con la cual se convertía en la única institución que realizó una labor de este tipo en la época de la república neocolonial. Gran actualidad tenían todas cuando eran seleccionadas para su puesta en escena. Algunas, sin embargo, acrecentaban su valor porque entroncaban directamente con el fundamental propósito de Teatro Popular de hacer, en los momentos en que una terrible y sangrienta conflagración asolaba a medio mundo, un teatro de combate que expresara «la aspiración nacional e internacional de ganar la guerra a las hordas

desbordadas del bárbaro hitlerismo». En 1944, Teatro Popular logró editar tres volúmenes de su revista *Artes* —también bajo la dirección de Alfonso y con excelentes colaboraciones— e inaugurar el Teatro Portátil, gracias a la contribución de los sindicatos, «para ofrecer funciones gratuitas al público en zonas populares». La destacada labor de Teatro Popular se extendió hasta 1945.

La emisora del pueblo

En el propio año 1943 comenzó una de las más atrevidas iniciativas del partido de los comunistas cubanos en el terreno de la cultura, en el período que venimos abordando, se trata de la labor desarrollada a través de Mil Diez, conocida como «La emisora del pueblo», adquirida mediante una recaudación popular en apenas dos meses (su costo era de \$100 000) a partir del llamamiento lanzado por el Partido Unión Revolucionaria Comunista —denominación que entonces ostentaba la organización. Su lema era: «¡Todo lo bueno al servicio de lo mejor: el pueblo! El primer esfuerzo para realizar algo distinto que oriente, eduque y distraiga».¹⁷ Sus fines se sintetizaban en los siguientes puntos: ser instrumento al servicio de la defensa del pueblo, sin distingo de opiniones ideológicas; orientar a nuestro pueblo en este momento; elevar su nivel cultural; distraer a sus oyentes, presentándoles los espectáculos más gustados, pero con contenido nuevo y diferente.¹⁸ Desde el momento de su compra quedaron claramente definidos sus objetivos, expuestos por su director general, Ibrahim Urbino, en el acto de inauguración: «construiremos una organización radial, de verdad al servicio del pueblo [...] De verdad en pro del progreso nacional, de la elevación del estándar de vida de las masas laboriosas de la ciudad y del campo, de la diversificación agraria, del desenvolvimiento industrial de Cuba; de verdad a favor de la mejor cultura y del más sano e instructivo recreo para nuestras masas».¹⁹

Y ratificados por Blas Roca en una ocasión posterior: «Esperamos organizar de tal modo la planta, que nuestros programas lleguen a ser los mejores programas de Cuba por su calidad artística y cultural, por su belleza, por su originalidad y por su orientación popular y progresiva».²⁰

La programación de Mil Diez fue, según la crítica especializada, de extraordinaria calidad.²¹ La música contó con la actuación de orquestas, solistas cubanos y extranjeros y serias indagaciones en las fuentes, en busca de partituras del acervo nacional, una rica labor de profunda seriedad que dio magníficos frutos, entre ellos un pequeño programa de piano, diario y variado, con

«compositores de los siglos XVII y XIX, a cargo de Oscar Calle, quien realizaba las interpretaciones y redactaba las notas de comentarios, un trabajo hecho con buen gusto y rigor. Valioso fue asimismo el quehacer de la emisora en el teatro, expresión en la que contó con los programas «Los forjadores de la victoria», escrito por Félix Pita Rodríguez, un dramatizado de «episodios de la lucha contra el fascismo», en el aire tres veces a la semana; «Entrevistas extraordinarias», centradas «en temas e ideas políticas» con personajes singulares: la muerte, la nada, el hombre de las cavernas, con «variedades de tipos históricos, identificados con la situación existente en el mundo en esos momentos», escrito por Honorio Muñoz; «Sandokan», en el que «se idealizaba, al estilo de Salgari, cierta forma de lucha anticolonialista», diariamente en el aire, escrito por el poeta Guillermo Villarronda; «El fantasma», la conocida aventura, vista «con sentido nuevo» por Juan Herbello; «Desfile de titanes», a cargo también de Félix Pita Rodríguez, «biografías de las figuras más destacadas en la lucha por el progreso humano», todos los domingos; narraciones dramatizadas de cuentos para niños en la voz de Violeta Casals; «Ronda infantil», enteramente hecha por niños con cantos y representaciones, escritos los dos primeros por Honorio Muñoz y los restantes por Blas Roca, bajo la dirección de Thelma Norton, maestra y actriz, con conocimientos de música. De esa labor de dramatización en la emisora salieron enriquecidos, en su experiencia como actores, algunos de los que serían después profesionales reconocidos, como Raquel Revuelta, Ricardo Dantés, Ángel Toraño, Reinaldo Miravalles, y Asseneh Rodríguez y Leonel Valdés, ambos entonces niños. Para Mil Diez escribieron además Onelio Jorge Cardoso, Paco Alfonso, Marcos Behemaras, Marcelino Arozarena, Mirta Aguirre, Luis Felipe Rodríguez, entre otros autores. En la nómina de programas hay que mencionar, junto a los ya citados, «El alma de las cosas», «El gran teatro del mundo», «La novela de la Mil Diez», «Episodios nacionales», «Yayo Sandoval», «La isla de las tormentas», «Noticiero en Letra y Música».

En lo noticioso, Mil Diez cultivó maneras similares a las que caracterizaron al periódico *Hoy*: nada de crónicas de crímenes pasionales ni asesinatos comunes, solo hechos relevantes y significativos del extranjero y de Cuba, expuestos con veracidad y desde una perspectiva clasista, expresión de la ideología marxista-leninista en la que se sustentaba toda su labor. Contó con doce ediciones de noticias cada día, distribuidas en treinta, quince, cinco y dos minutos, y con importantes informaciones intercaladas en los programas, datos de sumo interés, en especial para la lucha obrera. Nunca entró en acuerdos con los anunciantes a favor de sus intereses capitalistas, sino en beneficio del proletariado,

como el que estipulaba que, en los contratos, aquellos admitirían la transmisión de noticias que ponían al descubierto las luchas contra los empresarios.

Los más connotados dirigentes obreros (Lázaro Peña, Jesús Menéndez, Aracelio Iglesias, José María Pérez) se escucharon a través de sus ondas. Salvador García Agüero transmitía todos los domingos un programa informativo-valorativo que se recuerda como uno de los mejores, en su línea, de la radio en Cuba.

En todas las direcciones en que trabajó Mil Diez lo hizo con rigor y seriedad. Músicos e intérpretes de calidad, actores y locutores, escritores y comentaristas, dirigentes administrativos y programadores, todos laboraban con singular eficiencia, de modo tal que lograron aportes sustantivos para la radio en Cuba. Al ser clausurados violentamente por la policía, los locales de este baluarte de la cultura nacional,²² Mil Diez había superado dificultades de muy diversa índole y había dado un ejemplo de las posibilidades que la radio poseía para el enriquecimiento de la nación, aun en un medio hostil desde tantos puntos de vista.

Otras revistas

Muestra de la diversidad de empeños culturales del partido de los comunistas cubanos y de cómo intentaban cubrir, de modo simultáneo, diferentes esferas, fue la publicación, en 1944, de dos revistas: *Gaceta del Caribe* y *Nuevas Letras*. Creada «con ánimo polémico y creyendo en la eficacia saludable de ciertas controversias». Según se expresa en el editorial «Primeras palabras/ Pues señor...» de la entrega inicial,

Combatirá sin excesos, pero sin descanso a cuantos huyen, a la hora de crear, de todo contacto con el alma y la sangre del pueblo, todo roce con las grandes cuestiones humanas, por temor a rebajar la categoría de su obra... Solo nos guía el afán de servir a la cultura en esta parte del mapa con el limpio espíritu solidario hacia los pueblos con los que estamos hermanados en el Caribe.²³

Los editores se proponían, además,

Patrocinar actos públicos de carácter cultural, rendir homenaje fervoroso a los hombres de artes y letras que ayudaron a darnos dimensión de nacionalidad, propiciar ediciones de obras cubanas, antiguas y contemporáneas; contribuir a la difusión de nuestros elementos de cultura, dando a conocer nuestros literatos y nuestros artistas al resto de América y del Mundo; realizar, en fin, sin estrecheces de criterios ni mezquindades rivalistas, la obra crítica de que carecemos y plantear con energía los problemas más vitales de nuestra inquietud.²⁴

En su fugaz existencia de menos de un año —de marzo a diciembre de 1944—, en la que llegó a

La labor de los comunistas cubanos en la esfera de la cultura en el período que nos ocupa alcanza sus concreciones mayores en la década de los años 50, cuando rediseñaron su política cultural en un profundo proceso autocrítico y crearon la Comisión para el Trabajo Intelectual (1953), integrada por Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Mirta Aguirre, junto a otros miembros del propio Partido.

publicar diez números, *Gaceta del Caribe* desempeñó una atendible y estimable labor. Editada por un grupo de prestigiosos intelectuales: Guillén, Portuondo, Augier, Mirta Aguirre y Félix Pita Rodríguez, animó la vida cultural del momento con textos creativos —poesía y narrativa— y con trabajos acerca de literatura, historia, música, artes plásticas, teatro y otros, firmados por varios de los más relevantes escritores cubanos de entonces, como Carlos Rafael Rodríguez, Marinello, Carpentier, Enrique Serpa, Labrador Ruiz, Fernando Ortiz, José Antonio Ramos, Emilio Roig de Leuchsering, Julio Le Riverend, Onelio Jorge Cardoso, José Luciano Franco, Lino Novás Calvo, Dora Alonso, José Manuel Valdés Rodríguez, Elías Entralgo, Loló de la Torriente, así como por conocidas figuras del ámbito antillano y caribeño como Juan Bosch y Jacques Roumain, entre otros. Se destaca, al igual que las restantes revistas de filiación marxista, por la perspectiva desde la que abordó los problemas de la cultura y por sus aportes al conocimiento de la historia, la literatura y el arte nacionales, vistos como parte de un todo. El carácter beligerante de sus páginas no excluía la diversidad temática y la apertura hacia cuestiones y tópicos universales, como señaló, al exponer los principios rectores de la publicación, el editorial antes citado:

El narcisismo intelectual, pues, no cabrá en *Gaceta del Caribe*. Pero cabrá, en cambio, todo lo demás, porque el mensuario aspira a tener una anchura en la que pueda entrar todo, salvo lo que no debe entrar. Por eso no habrá de extrañarse que se encuentren en sus páginas junto a un poema revolucionario, lirás de San Juan de la Cruz; ni la caricatura política local a la vuelta de un estudio dedicado a Van Gogh; ni el artículo encendidamente antinazista a continuación del comentario sobre Goethe.²⁵

Esa amplitud de criterios y la calidad de los textos que dio a conocer fueron factores decisivos en la importancia de este esfuerzo cultural, sobre el que no puede obviarse la referencia al surgimiento simultáneo con *Orígenes*, a cuyos antecedentes se alude explícitamente en el editorial fundador: «Aquí, dicho sea sin alusiones, todo el mundo parece lo que es, y nadie necesita de *plateadas espuelas* para hacer andar a Pegaso». ²⁶ *La Gaceta del Caribe* también empeñada en el rescate y salvaguarda de lo

más genuino de la cultura nacional, pero desde otros presupuestos y modos de acción.

Nuevas Letras —por su parte—, era un «Mensuario bibliográfico», publicado por la Editorial y Librería Páginas, entre mediados de 1944 y finales de 1945, bajo la dirección de Roberto Fernández y dedicado a dar a conocer notas bibliográficas de libros cubanos y extranjeros, así como a anunciar catálogos y colecciones de libros en venta. En sus páginas colaboraron Carlos Rafael Rodríguez, Ángel Augier, Roig de Leuchsering, Mirta Aguirre, José Antonio Ramos, Jenaro Artilles y Antonio Martínez Bello.²⁷

Proyecto cultural del PSP

En este recuento del quehacer de los comunistas cubanos en el campo cultural no puede dejar de aludirse el *Programa Socialista* adoptado por la II Asamblea Nacional del PSP (1944), en cuyo acápite «Arte, Cultura y Educación», se expresaba:

El Partido Socialista Popular aspira a eliminación del analfabetismo, el desarrollo de la cultura y el arte en toda sus manifestaciones, a la extensión progresiva de la enseñanza secundaria hasta hacerla, en un futuro, gratuita y obligatoria para todos los jóvenes menores de dieciséis años, y a que la enseñanza superior orientada como toda la educación a preparar a los jóvenes para el trabajo y la construcción de una patria mejor, sea accesible a todos los individuos, varones y hembras, negros y blancos [...] sostiene la autonomía universitaria y la demanda de ampliación de la matrícula gratis, de las becas y facilidades de alojamiento para los estudiantes pobres.²⁸

Y seguidamente reclamaba, entre cerca de veinte medidas concretas, las siguientes (con su orden y numeración originales):

1. Que se dicten los decretos y reglamentos necesarios para el estricto cumplimiento de las disposiciones constitucionales sobre cultura y educación.
2. Aprobación general de la Ley General de la Reforma de la Enseñanza para darle a esta el sentido democrático popular que ordena la Constitución.
3. Que el gobierno emprenda una campaña intensa, a través de los medios oficiales y con la cooperación de entidades y personas particulares, contra el analfabetismo.

4. Adopción de un plan de multiplicación de escuelas públicas preferentemente rurales, orientando la enseñanza en un sentido práctico y preparando a los alumnos de la enseñanza rural para el mejor desenvolvimiento de sus actividades en el campo.
5. Aumento y adecuado empleo del fondo anual destinado a promover las diversas manifestaciones artísticas: literatura, música, declamación, pintura, escultura, etc.
6. Construcción del palacio o Casa de la Cultura Nacional, con delegaciones provinciales y en los municipios más importantes para alojar en la primera el Museo, la Biblioteca y las distintas academias artísticas nacionales, y en las segundas las instituciones locales artísticas y culturales.
7. Construcción del Teatro Nacional.
8. Establecimiento de la Imprenta Nacional.
9. Creación de Escuelas Normales Rurales en que se especialicen debidamente los maestros que han de impartir la docencia primaria en las regiones campesinas.
10. Creación de nuevos centros de enseñanza universitaria orientados de acuerdo con las necesidades nacionales, y a crear el grupo de técnicos altamente calificados que nuestro desarrollo presente y futuro exige.
11. Plan para la organización de escuelas nacionales en todas las provincias.
12. Que sea reformada la actual legislación sobre la propiedad intelectual, de manera que proteja debidamente la producción de artistas y escritores cubanos.²⁹

Como se puede apreciar se trataba de un ambicioso programa de difícil realización en las condiciones de la república neocolonial, pero que ha podido ser cumplido con las debidas readecuaciones en algunos de sus aspectos fundamentales, con posterioridad al triunfo de la revolución en 1959.

Aunque no es explícita la vinculación del partido de los comunistas cubanos en su creación, parece evidente que tuvo participación destacada en el proceso constitutivo y en el desarrollo del intenso quehacer del Instituto de Intercambio Cultural Cubano-Soviético, oficializado en abril de 1945 y con oficinas en la sede de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, cuyo presidente, Fernando Ortiz, lo fue también de la nueva entidad, que contó con secciones de Ciencias Sociales y Económicas, Historia, Ciencias Físico-Matemáticas, Prensa y Publicaciones, Urbanismo, Medicina, Música y Baile, Artes Plásticas, Artes Dramáticas y Cine, Educación, Literatura. Al frente de estas estuvieron relevantes personalidades cubanas quienes, junto a los restantes miembros y colaboradores de la institución, trataron de hacer conocer al pueblo cubano los logros de la URSS en el período de la guerra fría, y tendieron al estrechamiento de lazos de amistad entre los dos pueblos.

El Instituto tuvo como órgano difusor de su actividad, y de la vida soviética en todos los órdenes, la revista *Cuba y la URSS* (1945-1952), publicación de extraordinario interés por su perfil editorial y la amplia nómina de colaboradores cubanos que le prestaron su concurso, así como por la variedad de temáticas abordadas en sus páginas.³⁰

El PSP estuvo también, aunque no de manera explícita, tras *La Última Hora*, que salió como diario desde fines de 1950. En febrero de 1952 se convirtió en semanario, y en junio de 1953 en mensual, con una notable ampliación del número de páginas y con Mirta Aguirre como jefa de redacción y subdirectora (cargo este último que ocupaba desde octubre del año anterior). En su etapa como semanario y mensual, *La Última Hora* realizó fuertes críticas al régimen capitalista, dio espacio a trabajos sobre el quehacer del movimiento obrero cubano en la época difícil que este vivía, dedicó números a fechas y acontecimientos históricos cubanos y extranjeros, destacó la vida de figuras relevantes del movimiento comunista nacional, divulgó aspectos de la existencia en los países socialistas, promovió la lucha por la paz y el conocimiento de la actualidad cultural de Cuba, publicó cuentos cubanos y extranjeros, poemas, críticas cinematográficas y otros artículos sobre temas de interés literario y general. Todo desde la perspectiva en que se fundaban sus propósitos de denuncia de la situación del país en todos los órdenes, en aquellos años de represión del movimiento revolucionario, de la guerra fría y de resistencia y combate ante la fuerte penetración yanqui en la vida, costumbres y cultura cubanas. Entre sus colaboradores se contaron Marinello, Sergio Aguirre, Carlos Rafael Rodríguez, Gaspar Jorge García Galló, Alfredo Guevara, Enrique Serpa, Félix Pita Rodríguez, Ángel Augier, Antonio Núñez Jiménez, Raúl Valdés Vivó, Jacinto Torras, Gregorio Ortega y Gustavo Aldereguía.

Nuestro Tiempo

La labor de los comunistas cubanos en la esfera de la cultura en el período que nos ocupa alcanza sus concreciones mayores en la década de los años 50, cuando rediseñaron su política cultural en un profundo proceso autocrítico y crearon la Comisión para el Trabajo Intelectual (1953), integrada por Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Mirta Aguirre, junto a otros miembros del propio Partido. Esta Comisión orientó, con sumo cuidado y acaso con apasionamiento partidista, no exento de errores en alguna ocasión —cuestión explicable por las circunstancias en que desarrollaban su labor, el nivel de conocimiento de la teoría en aquellos años y la dependencia de decisiones emanadas de la dirigencia del movimiento comunista internacional al que se adherían— a escritores y artistas vinculados con la organización; trabajó en la formación de un frente amplio donde tuviesen cabida diversos sectores de la intelectualidad y los artistas, en la lucha común contra la guerra fría y por la preservación de la paz, así como alentó y dirigió el quehacer de instituciones progresistas que promovieran la literatura y el arte de

los creadores cubanos en las difíciles circunstancias que atravesaba el país bajo la dictadura de Batista.

La realización mayor de esa política fue la Sociedad Nuestro Tiempo, que había sido fundada en 1951 y que desde 1953 estuvo orientada por la Comisión a través de Mirta Aguirre. En el manifiesto que dieron a conocer sus promotores al constituirse la entidad se expresaba:

El afán creador implícito en el hombre, al tomar en nuestro medio la fuerza de presencia, ha motivado que concentremos nuestros esfuerzos para hacer realidad lo que, como nueva generación cubana, creemos deber histórico: la preservación de los valores logrados y la divulgación de aquellos que apuntan su importancia vital. Nuestra estética es la de un arte americano, libre de prejuicios políticos o religiosos, enaltecidos por encima de concesiones, que sea síntesis de lo que estimamos vigente y permanente en América. No nos interesan ni la oscuridad muerta ni la endeblez académica, sino una estética tan infinita como el hombre mismo. Surgimos para traer el pueblo al arte, acercándonos a las inquietudes estéticas y culturales de nuestro tiempo, precisamente ahora en que intuye ya estas realidades, demanda un vehículo que le permita palparlas y asimilarlas para su más rápida formación y madurez cultural.³¹

Y añadía poco después en el propio manifiesto: «Somos la voz de una nueva generación que surge en el momento en que la violencia, la desesperación y la muerte quieren tomarse como únicas soluciones. Nos definimos por el hombre, que nunca está en crisis, por su obra que es su esencia permanente».³²

La Sociedad Cultural Nuestro Tiempo realizó su primera actividad en febrero de 1951 —exposición de cuadros de Fidelio Ponce en su local inicial, que había sido sede de Mil Diez, lo que muestra ya los vínculos de la institución con el PSP—; pero según su director, el compositor Harold Gramatges, su verdadera inauguración tuvo efecto el día 10 del mes siguiente con un programa variado que comprendió actividades como las siguientes: exposición de veinte pintores y ocho escultores cubanos contemporáneos, con palabras de apertura a cargo de Raúl Roa —a la sazón director de Cultura del Ministerio de Educación—, selección de canciones contemporáneas cubanas para coro mixto, y puesta en escena de *La más fuerte*, de A. Strindberg, bajo la dirección de Francisco Morín. En sus constantes actividades posteriores —que se extendieron hasta después del triunfo de la Revolución en 1959—, fruto del esfuerzo intelectual, creativo y económico de sus miembros y de otras instituciones afines que los apoyaban, se desarrollaron diversas manifestaciones artísticas (música, pintura, escultura, cine, teatro para adultos y para niños, literatura, ballet) en las continuas presentaciones públicas que programaban; se sostuvo una decisiva batalla contra la cultura oficial, al servicio de insustanciales expresiones del arte y la

literatura o de los intereses de penetración ideológica del imperialismo; se asumió la cultura desde una perspectiva contemporánea —de ahí el nombre de la institución—, con una dinámica que rompía los esquemas academicistas e inertes; se promovió el quehacer de escritores y artistas en una dimensión social, posición ineludible a la altura de los años 50, cuando la lucha de clases se recrudecía hasta la violencia armada, si se era consecuente con los principios que movieron a sus fundadores.

A través de las secciones que la integraban (Música, Artes Plásticas, Biblioteca, Teatro, Cine-Debate) y de su revista fueron tomando cuerpo esos objetivos capitales para el desarrollo intelectual e ideológico en tan conflictiva etapa de la historia de Cuba; una formidable obra de reivindicación y de creación que tuvo, entre otros méritos, el de mantener la continuidad del riquísimo pasado (inmediato y remoto) y el futuro, vinculada como estaba la agrupación a las preocupaciones generales de los sectores más progresistas en la compleja lucha que entonces se libraba en lo social, lo político y lo económico, reflejada en la vida cultural. Todo el trabajo desplegado por la Sociedad, desde su fundación, adquirió nuevos relieves en su enfrentamiento con la política del Instituto Nacional de Cultura, expresión del batistato, y en su propugnación de un modo de hacer que tuvo quizás su más alta manifestación en la experiencia cinematográfica, que daría los primeros frutos del nuevo cine cubano con posterioridad a 1959, pero cuyo más cercano antecedente se halla en el documental *El Mégano*, realizado por jóvenes cineastas de la Sociedad. Junto con el Departamento de Cultura del PSP, Nuestro Tiempo constituyó el más sólido baluarte del arte y la literatura revolucionaria en los últimos años de este período.

El sostenido e inteligente quehacer de la Sociedad, se afianzó más aún a partir de la aparición de su órgano, la revista *Nuestro Tiempo*, en 1954. Sus páginas alcanzaron extraordinarios relieves en la defensa de los más auténticos y valiosos aportes de la cultura cubana y en la calidad intrínseca de sus textos, de una diversidad ejemplar. Surgida como una manifestación más de la institución, un medio difusor que permitiría ampliar su radio de acción hasta las provincias y fuera del país, fue, por definición, una publicación crítica, polémica, hondamente preocupada por el rescate de la cultura, no solo contra la penetración norteamericana, sino además contra el mal gusto y el arte falso y vacío, como lo demuestra, por ejemplo, el artículo de Mario Rodríguez Alemán «El teatro en Cuba: formas de una expresión por definir», en el que analizaba, sobre todo, el estado en que se encontraba esa manifestación artística y exponía algunas propuestas de solución.

Los colaboradores de la revista —Mirta Aguirre, Portuondo, Vicente Revuelta, José Ardévol, Edgardo Martín, Félix Pita Rodríguez, Tomás Gutiérrez Alea, Amado Palenque, Fornarina Fornaris, Juan Blanco, Julio García Espinosa, José Massip, Alfredo Guevara, María Teresa Linares, Fernando Ortiz, entre otros—, mantuvieron siempre el tono y la calidad que hicieron de estas páginas las más significativas de cuantas publicaciones culturales se editaban entonces en Cuba. Se caracterizó por su modernidad, por la dinámica de su diseño y la actualidad de sus trabajos, siempre renuentes al elogio insustancial e injustificado. Como la sociedad cultural de la que fue órgano, contribuyó notablemente a la difusión de nuevos y de reconocidos valores y prestó gran atención a las artes plásticas y al cine, y en no menor medida al teatro, la literatura y la música. Dio a conocer importantes acontecimientos culturales de otros países; mantuvo al día a sus lectores al comentar significativos libros de autores cubanos del momento. Desde mayo de 1955, publicó poemas y cuentos de prestigiosos escritores nacionales —Guillén, Onelio Jorge Cardoso, Manuel Navarro Luna, Regino Pedroso, Labrador Ruiz, Rosa Hilda Zell— junto a otros que comenzaban —Pablo Armando Fernández, Raúl Aparicio, Rosario Antuña, Adolfo Martí.

Nuestro Tiempo, dirigida por Harold Gramatges y administrada por Juan Blanco —dos importantes músicos— fue la más beligerante de las publicaciones culturales de Cuba en ese período, actitud determinada en buena medida por su existencia bajo el gobierno de Batista, durante el cual la cultura se vio sometida a la crisis general por la que atravesaba el país y a los conflictos inherentes a la lucha de clases, más aguda entonces que en los años anteriores a la caída de Machado. Los editores enfrentaban no solo determinadas posiciones estéticas e ideológicas, sino los errores y la desatención del Estado y las instituciones oficiales en lo referente al trabajo cultural. Así, por ejemplo, en el primer número (abril de 1954) se comentan la Exposición Plástica Cubana Contemporánea y dos conciertos de música cubana, actividades ambas promovidas por la Sociedad, con las que también se conmemoró el centenario martiano desde criterios auténticamente nacionales, frente a la Bienal Hispanoamericana, auspiciada por el gobierno de Batista. En el número de noviembre de 1956 se denuncia la pretensión del Instituto Nacional de Cultura de suspender la subvención oficial al Ballet de Alicia Alonso, decisión considerada como un atentado contra la cultura; en ese propio número se eleva una bien fundada protesta contra el filme *Santiago*, realizado en Hollywood, en que se tergiversa y denigra a Martí. En otras entregas se reiteran las denuncias y las protestas para reivindicar la cultura y darle su valor social, tesis

fundamental en la que descansaba el trabajo llevado a cabo por la Sociedad y su revista.

Este formidable esfuerzo editorial constituyó, pues, un baluarte en defensa de los valores culturales de la nación en tanto expresiones de la propia identidad y un aporte intrínseco al enriquecimiento de la vida espiritual, labor que fue llevada adelante por un numeroso y activo grupo de intelectuales y artistas con fructíferas y avanzadas ideas, bajo la orientación, entre bambalinas, del PSP.³³

Mensajes clandestinos

En las difíciles condiciones que vivió el país bajo la dictadura de Batista, los intelectuales y artistas vinculados al partido de los comunistas cubanos, algunos exiliados, otros en una fecunda clandestinidad durante gran parte del lapso, desarrollaron también campañas ideológico-culturales que esclarecían posiciones y se enfrentaban al enemigo ideológico —no solo al descubierto sino también al solapado—, así como a la introducción y asimilación de corrientes contemporáneas de pensamiento y de expresión artística no siempre bien encaminadas. Así, el mismo año en que aparecía *Nuestro Tiempo* veía la luz *Cuadernos de Arte y Ciencia* (al parecer disuelta en 1956, en su número 5), destinada, según consta en la «Presentación» de la primera entrega, a ser «tan solo un vehículo de la comunicación cultural». Y se añadía de inmediato:

No se trata de una empresa polémica, mucho menos de una empresa política. Sus páginas serán expositivas. Se limitarán a reproducir una selección —por desdicha inevitablemente parcial y pequeña— de aquellos artículos, ensayos e informaciones artísticas y científicas soviéticas, que puedan considerarse representativas de la vida cultural en aquel país.³⁴

Como editor figuraba Luis Pérez Rey, a quien únicamente parece deberse el trabajo íntegro de la publicación, sustentado en realidad por el PSP, oculto para evitar la represión dictatorial. Divulgó, en su rústico formato de páginas mecanografiadas y presilladas, carentes de ilustraciones y con un modestísimo diseño de portada, textos de escritores, científicos, músicos y especialistas de arte, todos soviéticos. Su importancia radica en que dio a conocer a los intelectuales cubanos los caminos por los que transitaban el arte, la ciencia y la literatura soviética en los años 50, problemáticas apenas divulgadas en Cuba por entonces, pues ya *Cuba y la URSS* había desaparecido. Esa labor tenía asimismo una evidente función propagandística, de exaltación y defensa de la sociedad socialista frente a las circunstancias nacionales, caracterizadas por la dependencia económica y toda la secuela de males que

el régimen imperante desde marzo de 1952 había ahondado y agravado. Prueba de ello es el carácter paradigmático que se da al trabajo de N. K. Goncharov «Los métodos de la educación moral en la escuela soviética» (número 5), a propósito de los debates suscitados en torno al proyecto de reforma de la enseñanza presentado por el gobierno de Batista.

Otra publicación de «los intelectuales y artistas que tienen al marxismo como ideología», editada por el PSP en esos años finales del período fue *Mensajes. Cuadernos marxistas* (1956-1958, reaparecida en 1960), de circulación clandestina, presentación rústica y editada con escasos medios (mimeografiada). Se desconoce quienes fueron sus editores, pues no aparecen consignados en ningún ejemplar. En su doble propósito de «unidad y deslinde, se plantea la necesidad de trabajar a favor de la cultura cubana, analizada y valorada desde la perspectiva ideológica del materialismo histórico y dialéctico». Publicó textos de carácter político y sobre arte y literatura, así como noticias acerca de sucesos en el ámbito cultural. En sus páginas vieron la luz interesantes, alertadores y polémicos trabajos ensayísticos de Juan Marinello («Conversación con nuestros pintores abstractos», «Carta a la Asociación de Escritores y Artistas Americanos», «El homenaje nacional y el deber de los intelectuales»); Carlos Rafael Rodríguez («Los comunistas ante el proceso y las perspectivas de la cultura cubana», «Las instituciones culturales y la situación cubana»), y Mirta Aguirre («¿Instituto Nacional... y de Cultura?», «En torno al neorrealismo italiano», «Amelia Peláez, Siqueiros y la Primera Bienal de Pintura y Grabado»), textos todos de imprescindible conocimiento —siquiera sea para refutarlos en algunos aspectos desde una perspectiva más cercana a nuestro presente— para quienes intenten acercarse al momento tan difícil para la cultura y la nación toda, en que fueron pensados y escritos.

Algunas conclusiones

El período 1936-1958 puede caracterizarse en lo cultural como un lapso en que se buscó la universalidad desde la cubanía. En su transcurso se fue creando un extraordinario acervo que situó a la nación a la altura de Latinoamérica y, en algunos casos, en un rango de universalidad solo manifestado antes, quizás, en los mejores momentos del siglo XIX. En sus años finales, la cultura padeció el recrudescimiento de represión interna, la penetración norteamericana y el exilio de algunos de sus más connotados representantes y de otros que emergían entonces, pero batalló contra la situación imperante y defendió la integridad y la identidad nacionales, factores que fueron preparando las

condiciones para el salto cualitativo que tendría lugar un poco más tarde y que abriría una nueva época en la historia y la cultura de Cuba, la literatura y el arte incluidos. En ese batallar y esos logros, el aporte del partido de los comunistas cubanos y sus miembros, colaboradores y simpatizantes, a través de las iniciativas y proyectos culturales de diverso tipo y trascendencia como los comentados, y otros que urge rescatar también del olvido,³⁵ fue decisivo y debe constituirse en objeto de estudio profundo y abarcador. A despertar el interés por ello intentan contribuir estos apuntes.

Notas

1. Sobre casi todas las publicaciones citadas en el texto puede hallarse información en el *Diccionario de la literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980-1984, elaborado por el Departamento de Literatura del Instituto de Literatura y Lingüística, en cuyos dos tomos tienen entrada independiente, en las cuales hemos basado, en lo fundamental, nuestras apreciaciones. De algunas de ellas han aparecido sus respectivos índices analíticos. En el tomo 2 de la referida obra pueden consultarse asimismo las entradas «Páginas literarias», «Suplementos literarios» y «Periodismo» para buscar alguna información y para la inserción de todas en el panorama histórico de la prensa y el periodismo en Cuba.
2. Ambos manifiestos pueden leerse en Ana Cairo, *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 409-22.
3. Ángel Augier, «Los trabajos y los días», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, a. 61, 3a época, v. 12, n. 2, mayo-agosto de 1970, p. 87.
4. El consejo editorial lo formaba el núcleo integrado en *Resumen*, ya aludido, exceptuada Mirta Aguirre y sumados Carlos Montenegro y Aurora Villar Buceta, a los que se uniría, desde el segundo número, Juan Marinello.
5. Instituto de Literatura y Lingüística. Departamento de Literatura, *Diccionario de la literatura cubana*. ob. cit., t. 2, p. 589.
6. Parte de un capítulo del libro *Antillas*, edición española de una *Geografía universal*, dirigida por un especialista francés y redactado por Ortiz y otros cubanos.
7. Entre sus números 5 y 22 (enero a junio de 1937 salió como *Decenario popular*; después —desde julio del mismo año— como «Semanaario popular»).
8. Citado por Ricardo L. Hernández Otero en «Lo literario de *Mediodía*», ponencia (inédita) presentada en el Coloquio «*Mediodía* en su 60 aniversario», coauspiciado, en 1996, por la Fundación Nicolás Guillén, el Instituto de Literatura y Lingüística, la Editorial Letras Cubanas y la Sociedad Económica Amigos del País.
9. Sobre el proceso formativo de la Hermandad de los jóvenes cubanos y su quehacer, puede verse, entre otros, el libro de Enrique Crespo Frutos, *Episodio de la Liga Juvenil Comunista y la Hermandad de los jóvenes cubanos*, Editora Política, La Habana, 1985.
10. *Ibidem*.

Ricardo L. Hernández Otero y Enrique Saíenz

11. *Noticias de Hoy*, fue clausurado tras los sucesos del Moncada en 1953, para reaparecer en 1959 y continuar saliendo hasta 1965, cuando de fusionó con *Revolución* para dar paso a *Granma*.

12. En torno a la Cuba Sono Film existe un documentado trabajo de Miriam Saceiro, «¿Qué fue la Cuba Sono Film?», *Bohemia*, La Habana, a. 76, n. 26, 24 de junio de 1984, pp. 14-9, en el que nos basamos para nuestras informaciones y apreciaciones. Una valoración más reciente incluye su labor como muestra del «cine sumergido» cubano (véase Juan Antonio García Borrero, «El cine cubano sumergido», *Extramuros*, La Habana, n. 2, marzo 2000, pp. 14-9). Lamentablemente los archivos de la Cuba Sono Film y las copias de su producción, que pudieron conservarse durante años, han desaparecido, lo que impide apreciar in vivo sus valores.

13. Aunque no hay constancia cierta de que las gestiones para la creación de la UEAC partieran de los comunistas cubanos, la incluimos como proyecto cultural suyo dados los antecedentes de la UAER en 1935 y tomando en cuenta la preeminencia que tuvieron en su Comité Nacional a través de su máximos dirigentes (Marinello y Guillén), de filiación comunista bien conocida ya. Un trabajo bastante reciente al respecto es el de Ricardo L. Hernández Otero «Una Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1938. Algunos documentos para su estudio», aparecido en *Unión*. La Habana, a. VIII, n. 25, octubre-diciembre de 1996, pp. 78-86, donde se reproducen íntegramente las dos declaraciones de principios comentadas.

14. Instituto de Literatura y Lingüística, Departamento de Literatura, ob. cit., t. 1, p. 223.

15. *Ibidem*, p. 359.

16. *Ibidem*, p. 277.

17. Citado en «Radio estación popular Mil Diez», *Radio Guía*, La Habana, a. 9, n. 106, abril de 1943, p. 32 y ss.

18. *Ibidem*.

19. Citado por Oscar Luis López, *La radio en Cuba*, 2a ed., Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1998, pp. 299-300.

20. *Ibidem*, p. 300.

21. En lo concerniente a Mil Diez, nos basamos en las documentadas informaciones y valoraciones de Oscar Luis López, ob. cit., pp. 291-330, por lo cual obviamos las notas correspondientes a las breves citas textuales incluidas en nuestro trabajo

22. Este hecho ocurrió en abril de 1948, recién transmitido el discurso que pronunciara Jesús Menéndez el 6 de enero de ese año; palabras que, probablemente, fueron determinantes en la decisión de asesinarlo, lo que ocurriría poco después, el 22 del propio mes.

23. Instituto de Literatura y Lingüística. Departamento de Literatura, ob. cit., t. 1, p. 363.

24. *Ibidem*.

25. «Primeras palabras / Pues señor...», *Gaceta del Caribe*, La Habana, a. 1, n. 1, marzo de 1944, p. 1.

26. *Ibidem*. (El subrayado es nuestro).

27. La Editorial Páginas, que tuvo como antecedente una revista homónima cuya segunda época transcurrió entre octubre de 1937

y marzo de 1938 (véase Instituto de Literatura y Lingüística. Departamento de literatura, ob. cit., t. 2, pp. 700-1), fue un notable empeño cultural del partido de los comunistas cubanos. Su consejo de dirección estuvo integrado por Marinello, Augier y Carlos Rafael Rodríguez, mientras que del Comité asesor formaban parte Fernando Ortiz, Roig de Leuchsenring, Elías Entralgo, Roberto Agramonte y Manuel Bisbé. La editorial, en activo hasta 1953 aproximadamente, dio a conocer, entre sus obras fundamentales, *La España de Martí* (1938) de Roig de Leuchsering, *Los fundamentos del socialismo en Cuba* (seis ediciones entre 1943 y 1949) de Blas Roca, y la *Elegía a Jesús Menéndez* (1951) de Nicolás Guillén, acaso la más lograda en lo literario y lo artístico.

28. Véase *Los socialistas y la realidad cubana*, Editorial del PSP, La Habana, p. 303.

29. *Ibidem*, pp. 303-5.

30. Una interesante aproximación al tema es la de Migdalia Pérez Cabrera, «Un símbolo de amistad: la revista *Cuba y la URSS*», *Anuario L/L*, La Habana, n. 7-8, 1976-1977, pp. 303-5.

31. Citado por Harold Gramatges en su conferencia «La Sociedad Cultural Nuestro Tiempo», *Revista Nuestro Tiempo. Compilación de trabajos publicados*, Selección [de] Ricardo Hernández Otero, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 389.

32. Harold Gramatges, ob. cit., p. 390.

33. Se ha escrito que mediante la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, «por primera vez [los comunistas] pudieron concretar, en la práctica, un trabajo sistemático respecto a la cultura» (Véase Mayra Cardoso y Tania Parson, «Nuestro Tiempo en la cultura cubana», *Temas*, n. 1, 1ª época, La Habana, 1983, p. 86). Con propósitos y quehacer similares a Nuestro Tiempo (sociedad y revista) surgieron después, también en la década de 1950, en el interior del país, instituciones como la Galería de Artes Plásticas de Santiago de Cuba, que tuvo como órgano la revista *Galería* (1956-1960), Tiempo Nuevo, en Camagüey, con su revista homónima, de escasa duración.

34. «Presentación», *Cuaderno de Arte y Ciencias*, n. 1, 1954.

35. Sean, por ejemplo, el estudio de la significación del trabajo de divulgación de literatura revolucionaria (fundamentalmente política) por el Partido, sus campañas emulativas para ampliar las ventas, la labor de sus publicaciones —algunas no literarias, pero fundamentales para la comprensión de los problemas del período— y editoriales, entre ellas, además de la aludida Páginas, Ediciones Sociales (con publicaciones entre 1939 y 1947), Ediciones del P.S.P. (en activo en el lapso 1944-1954, por lo menos), Ediciones de la revista *Fundamentos*, Ediciones *Gaceta del Caribe*, Ediciones de Mil Diez (1944), por ejemplo. Además, su quehacer dirigido a los sectores juvenil y estudiantil, en especial universitario, a través de instituciones, publicaciones y otras formas de propaganda y proselitismo.

© TEMAS, 2000.

La lingüística cubana en la República de papel

Evangelina Ortega

Profesora. Universidad de La Habana.

El siglo xx en Cuba había dejado atrás los despojos del imperio colonial español, pero comenzaba a enfrentar, sin violencia, con expectación y desconfianza, un incipiente poder voraz y prepotente que, desde hacía mucho tiempo, esperaba que la fruta tropical cayera en su cesta.

Desde 1898, con la primera intervención, la Enmienda Platt y posteriormente con la de 1906 y la injerencia por memorándums a partir de 1921, el pueblo sentía escamoteada su independencia —por la que habían sacrificado su vida cientos de miles de cubanos—, y convertido el país en una neocolonia hasta el triunfo de la Revolución, en 1959.

Diferentes actitudes afloraron en el campo intelectual y político de la época, en medio de interventores, traidores, tiburones y mayores. Aunque se insistía en que Cuba era libre, y que el sagrado juramento de sus hijos en la manigua se cumplió virilmente, muchos de los luchadores de la guerra se volvieron hijastros de una república que, desde el Tratado de París, encontró diezmada su soberanía. Comenzó para ellos el oficio de medrar y escalar. Algunos decían que el cubano no estaba bastante educado para la vida social, y ensalzaban

en cambio la educación norteamericana. «Más mérito hay —decía Ramón Meza en 1908— en ser obediente, disciplinado y discreto...».¹ Y Manuel Sanguily, con lenguaje diplomático y no sin cierta ironía, advierte al Secretario de Estado de los Estados Unidos: «No es la espada poderosa de la conquista, símbolo de violencias y de ultrajes, lo que empuñáis con mano firme, sino glorioso caduceo, símbolo de prosperidad y beneficencia».² Para recordar después que los cubanos, famélicos y desnudos, guerrearon incansables medio siglo y lograron la victoria junto a ellos (los yanquis), que la alcanzaron en rápida campaña «porque se apoyaban en nuestras huestes».³

A propósito de William H. Taft —presidente de los Estados Unidos entre 1909 y 1913— se comentaba que en pocos minutos nos había visto la conciencia y comenzó a barajarnos como si fuésemos «un pueblo de naipes». Desde el principio, los políticos e ideólogos norteamericanos intentaron absorber a la Isla, no solo su economía, sino también su cultura, y en ello el idioma tenía una importancia vital. En abril de 1899, decía Robert Porter:

The importance of teaching English in all Cuban public schools most not be overlooked, because the Cuban people will never understand the people of the United States until they appreciate our institutions.⁴

[La importancia de la enseñanza del inglés en todas las escuelas públicas cubanas no debe ser obviada, porque el pueblo cubano nunca entenderá al pueblo de los Estados Unidos hasta que aprecie nuestras instituciones]

A través de la lengua inglesa y de la «comprensión» de sus instituciones pretendían seducir al pueblo cubano con sus costumbres, riquezas y poder. Editaban libros en los que adulteraban nuestra historia. La idea de enviar cerca de dos mil maestros a Harvard, para estudiar métodos de enseñanza modernos, era parte de un plan bien concebido para expandir la cultura norteamericana por intermedio de todas las escuelas de la Isla. Todo ello ligado a la paulatina invasión de tierras y propiedades. Sin embargo, aunque hay que reconocer que se notó una mejoría en la escuela pública, nunca prosperó el bilingüismo en nuestro país, por lo arraigado de la tradición hispana. El mantenimiento del español formaba parte de la lucha por la nacionalidad y contra la anexión a los Estados Unidos, siguiendo el eco de las palabras de Martí:

Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver a su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones solo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter.⁵

En medio de la frustración, las rivalidades y la corrupción de una sociedad destruida económica, política y moralmente, primó sobre todo la voluntad de no romper la unidad histórica de la patria, reavivar su memoria, no destruir lo sustancial de su identidad, mantenerla erguida, vigorizarla con instituciones que tuvieran su raíz en las entrañas de nuestra tierra y en el ideal de los libertadores. Una de esas instituciones tendría que ser la cultura y dentro de ella, como organismo enriquecedor, la lengua castellana y sus cultivadores.

Ni aun Latinoamérica, independiente de España desde las primeras décadas del siglo XIX, ponía en tela de juicio que su lengua fuera la herencia legítima que había recibido de la Metrópoli. Andrés Bello vivió con la aspiración de conservar «la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un providencial medio de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes». ⁶ Asimismo, Martí quiere para el idioma de España en este lado del Atlántico un «dominio sumo luego del acrisolamiento indispensable». ⁷

No fue extraño que la actividad intelectual se desarrollara, que se sucedieran veladas en sociedades,

para divulgar y exaltar la cultura, que surgieran o se proyectaran instituciones para estudiar la historia, la obra de los maestros de la literatura, la oratoria, el teatro, la ciencia; y también quienes se dedicaran, casi sin bibliografía, a los estudios de lenguas, en especial, la castellana. Nicolás Heredia, por ejemplo, aspiraba a la existencia de una Academia de la Lengua en nuestro país para mantener por todos los medios el idioma libre de modificaciones por la inserción de dislates y de elementos que desvirtuaban su pureza.

En las primeras décadas republicanas llegaron visitantes distinguidos, entre ellos, Ramón Menéndez Pidal, que dejó una estela de saber y erudición, teñida de una modestia proverbial. Durante su estancia en Cuba desarrolló conferencias sobre temas nuevos o renovados; fue a montes y pueblos y repartió sabiduría y espíritu de lucha. Pidal contribuyó con sus palabras al proyecto de creación del Instituto Superior de Cultura y del Seminario de Investigaciones Filológicas, obras urdidas por Fernando Ortiz y José María Chacón y Calvo para formar en Cuba especialistas de talla en los estudios filológicos. Una frase nos legó el profesor español: «En un estilo sobra todo lo que no hace falta». ⁸

La tradición humanista cubana tenía base firme, que se había conformado en el siglo XIX, con los estudios de latín, gramática, retórica... Y aunque España se negaba a abrir su colonia a modernas ideas, los estudiosos de la Isla bebieron no solo en los textos de la Real Academia de la Lengua, de obligada consulta, sino que miraron los textos de Condillac, Destutt de Tracy y otros. Las gramáticas escolares, de mejor o peor calidad, fueron las reinas de las escuelas privadas para que los estudiantes dominaran el «*ars bene dicendi*», de Quintiliano. A falta de una educación técnica y científica, se volcó el interés en los estudios humanísticos, entre ellos los de la lengua. Cirilo Villaverde decía que en nuestro país había un continuo «gramatiguear». Y Félix Varela —que no escribió gramáticas— fue, sin embargo, uno de los más notables cultivadores de esta rama y su crítico más exigente. Ya a fines del siglo, las ideas lingüísticas renovadas que proliferaban en Europa encontraron en Cuba capacidades para desentrañar sus misterios y seguir las nuevas corrientes.

La Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de La Habana comenzó a publicar —desde 1905 hasta 1930—, bajo la dirección de Evelio Rodríguez Lendíán, artículos de diversa índole, mediante los cuales es posible conocer las ideas académicas que se gestaban. Pero es en los discursos, artículos, notas y reseñas bibliográficas dedicadas a la Lingüística, escritos por el Dr. Juan Miguel Dihigo, como llegamos a conocer la orientación, en aquella primera etapa republicana, de los estudios que, desprendidos de escolasticismos y dogmas, adoptaron la Lingüística histórico-comparativa

—convertida en ciencia desde el siglo XIX por los estudiosos europeos, predominantemente alemanes—, para el análisis de lenguas particulares. Deja así la Lingüística de ser normativa y analiza los fenómenos, los describe, halla parentescos entre las lenguas, busca en las fuentes, que van más allá del sánscrito y de las lenguas clásicas, hasta la reconstrucción de la llamada lengua indoeuropea.

Esta adopción cambió el giro de nuestros estudios de lengua en la Universidad: del dogma a la ciencia, de lo normativo a lo realmente hablado por el pueblo. Sin embargo, se mantenían los prejuicios. Solo se consideraba la lengua culta; salvo excepciones, se desconocían las legítimas formas populares y se seguían, en cuanto a Gramática, los dictados de la Academia de la Lengua Española (RAE).

Fue Juan Francisco de Albear quien primero enseñó, en la Universidad de La Habana, la nueva ciencia lingüística y filológica. Nacido en 1863, ingresa en la Universidad en 1881 para realizar estudios de Filosofía y Letras, Derecho Civil y Canónico. En 1900, toma posesión como profesor de Lengua Griega y de Lingüística General y Filología, cargos que ostenta hasta su muerte en 1920.⁹ Fue sustituido por Dihigo, quien continúa la tradición científica europea y pone en alto los estudios lingüísticos en nuestro país.

Al paso de las primeras décadas, surge un nuevo interés por los orígenes de nuestros vocablos —tradición que desde el siglo XIX no solo produjo glosarios y lexicones, sino calientes polémicas— todo ello unido a los serios trabajos de Fernando Ortiz, que cristalizaron en la demostración de la importancia de la influencia negra en la variante cubana del español. Por otra parte, muchos estudiosos escribieron en defensa de nuestra lengua. Se centraban en el habla coloquial y escrita y sus corruptelas; además, trataron de frenar la invasión de anglicismos que fueron permeando nuestra vida cotidiana a través de la etapa republicana.

Anglicismos y galicismos

El principio de nacionalidad se halla adherido a la aparición de las lenguas, de modo que al formarse un idioma [...] es cuando su conjunto social se reconoce como grupo homogéneo capaz de realizar el papel histórico que le ha sido encomendado.

Nicolás Heredia

Efectivamente, el idioma es uno de los elementos más resistentes y efectivos en el grupo social, como insiste Heredia. El autor de *Leonela* se preocupa porque, de pocos años a la fecha en que escribe (primera

intervención norteamericana), vocablos espurios han invadido la prensa y la literatura burocrática, y se han introducido en el habla familiar. «Y no se alegue —dice— que idioma por idioma importa más optar por el inglés, que si no es tan bello ni tan sonoro como el nuestro, es más universal y más útil».¹⁰

Heredia y Mota tenían toda la razón. Basta abrir las primeras páginas del *Diario de la Marina*, por ejemplo el número del 8 de enero de 1900, para comprobar que el anglicismo hacía su entrada solapada y hasta ridícula: «Los concejales —dice allí— luego de jurar sus nuevos cargos, salieron, obsequiándose con un espléndido (sic) «*lunch*», y una vez terminado el *lunch*...». Tal vez este anglicismo sea antológico por aparecer en fecha tan temprana en el conservador y españolizante *Diario*. Para colmo de entreguismo, también aparece una columna escrita en inglés, con noticias internacionales.

Enrique Hernández Miyares, en un punzante artículo costumbrista titulado «Carboneras morales»,¹¹ comenta sobre la continua exhibición de rótulos en la lengua de los interventores. Y señala la responsabilidad que en ello tienen los propios españoles. «Pero eso no es nada nuevo, donde tantos barbarismos, o mejor, tantos bárbaros se nos han metido por las aduanas desde los tiempos del Gran Almirante». Admite, sin embargo, que se han incrementado «con la novedad del gobierno exótico».

Lo cierto es que los tenderos de La Habana, en su mayoría españoles, fueron los primeros en rotular sus establecimientos con nombres y anuncios en inglés [...] En la calle Obispo, cuando aún no se habían evacuado las tropas españolas se leía: «*shirt store*», «*american shoes*»; como si ya contaran de antemano los comerciantes con que la transformación iba a ser violenta, que se iba a hablar en inglés desde el siguiente día del cambio de bandera en el Morro.¹²

Pero no todo era ironía o gracejo; la amargura se escapa cuando habla de las otras «carboneras morales», que le ponían «miedo en el ánimo: la crítica a diario de nuestras costumbres privadas y políticas que nos fueron impuestas, unas por la heterogeneidad de las razas que pueblan la Isla o que nos vienen en legítima herencia de otras».

El galicismo tiene una partida de nacimiento mucho más antigua. Desde el siglo XVIII, y antes, fueron introducidos términos franceses en nuestra lengua. Entraron en los salones, la literatura y el periodismo español. Se percibía un cierto afrancesamiento de las costumbres, gustos, modas, que no dejó de reflejarse en Cuba. Incluso en lo puramente académico, las teorías francesas ejercieron influencia, de modo velado, en los textos gramaticales.

En las primeras décadas del siglo XX, la revista *El Figaro* emplea a diestra y siniestra *la poupée*, *la soirée*, *parmi*

La tradición humanista cubana tenía base firme, que se había conformado en el siglo XIX, con los estudios de latín, gramática, retórica...Y aunque España se negaba a abrir su colonia a modernas ideas, los estudiosos de la Isla bebieron no solo en los textos de la Real Academia de la Lengua, de obligada consulta, sino que miraron los textos de Condillac, Destutt de Tracy y otros.

les invités, caché, charme, etc., estilo que se mantuvo en la crónica social de periódicos y revistas hasta 1959.

El empleo de voces extranjeras cuando en español existen otras equivalentes fue atacado por nuestros lingüistas. La obra del profesor Esteban Rodríguez Herrera, *Gramática, el lenguaje y los periódicos*¹³ es un esfuerzo plausible para divulgar las formas correctas del idioma y salirle al paso a las inconsecuencias de los periodistas, no solo por el abuso de extranjerismos, sino por el poco cuidado a la hora de redactar. Comprende que el periodista está siempre apremiado por la falta de tiempo para producir notas y artículos, que apenas puede revisar lo que escribe; pero considera que este tiene que sentir respeto por su lector y prepararse más para emplear la lengua en su mayor pureza.

Apunta Rodríguez Herrera la entrada de galicismos y, sobre todo, de anglicismos a través del mundo de los deportes y las películas. Y aclara que si muchos ya han sido castellanizados no hay razón para seguir usando términos como *champagne, reporter, chauffeur, football, clubs, knock out*, etc. En este texto incluye listas de corruptelas con el nombre y fecha del periódico que las comete. Es una obra valiosa y sirvió de guía no solo a periodistas, sino a todos los que tenían la responsabilidad de hacer buen uso del idioma.

Gramáticas, gramáticos

El Dr. Alfredo Padrón, profesor del Instituto de La Habana, fue uno de los estudiosos más preocupados por las cosas del idioma. Era purista, razón explicable por su dedicación a la enseñanza y los profundos conocimientos que alcanzó. Escribió un breve texto, *Cuestiones lingüísticas y gramaticales* (1947), que dedicó a la sintaxis, la morfología y el léxico. Su vida académica se caracterizó por las polémicas que sostuvo en la prensa con Félix Callejas (Billiken) —quien escribía una sección en el periódico *El Mundo*—, las cartas que se cruzó con este y otros lingüistas, y por algunos artículos sobre diferentes cuestiones gramaticales.

Era reacio a entregar nuestra lengua a manos del vulgo que la distorsiona y «nos la pone hecha una

lástima»; de ahí que escribiera monografías para aclarar asuntos que se trataban con ligereza y errores, tanto en la radio como en la prensa. Por ejemplo, en 1938 aparece su trabajo sobre *tl*, como grupo medial. Defendió allí la pronunciación de palabras como a-tleta, A-tlántico, a-tlas, y no at-leta, at-las, como recomendaba Billiken en su sección de *El Mundo*, siguiendo, según él, a la Academia.

Otras discusiones tuvieron lugar acerca del mejor uso del español. Entre ellas «[miembro] correspondiente de» —en este caso de la Academia—, forma defendida con buen fundamento por Padrón, contra «correspondiente a», según criterio de Billiken. El conocido gramático español Felipe Robles Dégano terció en el asunto a instancias de Padrón y le dio a este la razón. Otra polémica en la prensa fue motivada por «cien por cien» o «ciento por ciento». Billiken abogaba por la primera forma, diciendo que así lo reflejaba la Academia. Padrón demostró que la forma adecuada era «ciento por ciento».

Profesor admirado por sus alumnos del Instituto, Padrón fue de los cubanos que defendieron la identidad nacional tratando de mantener limpio de corruptelas el idioma e interesando a los jóvenes en el estudio de una lengua que no podía ser disminuida por la invasión de formas ajenas a nuestra tradición. Siempre salió airoso, desde su sección en *Diario de la Marina*, en las muchas polémicas en las que intervino, como en el caso del plural de los apellidos y aun en cuanto a la pronunciación inglesa de un profesor que daba clases por radio. Llegó a ser miembro de la Academia Cubana de la Lengua. Su texto *Cuestiones lingüísticas y gramaticales*, poco conocido hoy, aborda temas de interés no solo para especialistas. Cuenta con un índice de voces y una amplísima bibliografía de más de cien títulos. Es reflejo del interés existente por dar a conocer mejor el idioma entre los lectores de la prensa y de la preocupación por contribuir a hablar con mayor corrección.

Rodríguez Herrera, por su parte, también se dedicó a la crítica no solo de los anglicismos, sino de los errores que se cometen con las voces castellanas.

Pudieran mencionarse muchos otros nombres de autores que escribieron gramáticas en la primera

época republicana, entre ellos, Bernardo Machín Arduengo, Miguel Garmendia, Rodolfo Poey y José Rodríguez García, quien se destacó por su estudio sobre loísmo, leísmo y láismo, que le sirvió de tesis para graduarse en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1900. Son apuntaciones críticas basadas en textos literarios, no en el uso regional. Hace un estudio diacrónico del pronombre: origen, uso, declinación, desinencias del acusativo y dativo. Para ello emplea obras de diferentes autores cubanos: Plácido, Villaverde, Sanguily, Piñeyro, etc.

En aquella época, cuando la escuela pública era casi indigente, y había un elevado porcentaje de analfabetos, era difícil la divulgación de conocimientos mediante la prensa o los textos de lingüistas y gramáticos. Pero a las escuelas privadas asistían las capas medias y altas de la sociedad y de ese modo se mantenía vivo el afán de conocer la lengua materna y de emplearla con propiedad. Y por otra parte, los lingüistas investigaban las características del español de Cuba; por ejemplo, el hecho de que, entre el campesinado, los cambios de pronunciación eran más bien arcaísmos a partir del habla de los inmigrantes, que se mantenía viva en las zonas rurales.

Desde luego, estos arcaísmos y provincialismos estaban prescritos en textos escolares; aparecían, a veces, con una nota: «No se usa... debe decirse...». Pero muchos se mantuvieron, a pesar de las críticas del *Diccionario* de la RAE, por no corresponder al léxico de uso en la Península.

Lingüistas y lexicógrafos cubanos, en su afán de defender nuestra identidad y el derecho a suscribir formas de habla que nos pertenecían por legítima herencia, fundamentaban en sus escritos la razón del giro y su evolución en el medio cubano. Esto no fue un hecho aislado: más de cien años atrás, el cubano defendía su lengua y enjuiciaba, en periódicos y revistas, los errores en que incurría la Academia.

En cuanto a la escuela —se dice que no hay nadie más conservador que un autor de Gramáticas—, mantenía los preceptos transmitidos de generación en generación. Ello era lógico: el afán de renovación pesaba menos, casi siempre, que el deseo de no entrar en contradicción con las Juntas de Superintendentes que, en definitiva, aprobaban el empleo de los textos escolares. Por ejemplo, se conocía la obra de Andrés Bello, pero —todavía en 1847 y aun después— se continuaba empleando, para los modos y tiempos verbales, la nomenclatura de la Academia, mucho menos asequible y lógica que la del primer hispanista americano. En textos editados en 1857 aparece la aclaración acerca de que la Academia es la autoridad que mantiene la pureza del idioma y estudia su evolución,

y que el *Diccionario* y la *Gramática* de esa institución son las fuentes fundamentales.

No es criticable este afán de mantener la lengua en su pureza, ni el respeto por la Corporación; pero sí la obstinación de rechazar una voz usual porque no aparezca en el *Diccionario* de la RAE. La Academia es «notario» que registra y recoge las voces de la lengua. Pero no se usan porque estén en el diccionario, sino que están allí porque el pueblo las ha hecho suyas. Si tenemos que librarnos de la vulgaridad, no por ello podemos cerrarles el paso a formas populares legítimas, aunque no estén aceptadas por el cuerpo académico.

Conservadurismo, pues, y no casticismo hispanizante, marcó, en términos generales, las Gramáticas en la República. Hay que reconocer, no obstante, un avance en cuanto a claridad en las exposiciones, procedimientos inductivos, páginas de ejercitación, inserción de bibliografías y recapitulaciones. Sobre todo, el siglo xx nos libró del método de la pregunta con su respuesta, rezago del escolasticismo y de prácticas memorísticas. En fin, en esas Gramáticas tradicionales estudiaron muchos de los futuros lingüistas de la Universidad revolucionaria.

La obra de Juan Miguel Dihigo

No cabe duda de que Dihigo fue la figura señera de la lingüística cubana en las primeras cinco décadas del siglo xx. Gracias a sus artículos, ensayos, discursos académicos, críticas bibliográficas y reseñas de la obra de muchos de sus contemporáneos y antecesores, fue posible reconstruir el estado de la disciplina lingüística en los siglos xix y xx, no solo en nuestro país, sino en Europa.

Pudiera considerársele —salvo por algunos trabajos de aplicación de métodos e investigaciones— un historiador de la lingüística, un divulgador en Cuba de la lingüística histórico-comparativa. Fue profesor de griego y conocedor de lenguas muertas. Se dedicó a la Fonética y escribió una importante obra lexicográfica, que quedó inconclusa. Su labor debe analizarse, pues, en sus variadas aristas. No fue un creador de teorías, tampoco se dedicó a la especulación acerca del lenguaje. Es más, sus ideas propias hay que rastrearlas en la crítica bibliográfica que hace de notables lingüistas europeos. Amplía sus explicaciones, aporta nombres de autores que hicieron trabajos semejantes o discreparon.

Sigue a Bopp y a Breal, su discípulo, en cuanto al comparativismo y las lenguas indoeuropeas. En la semántica de Breal aprecia la importancia de lo subjetivo de la lengua, al igual que los neogramáticos; estos prescriben el estudio de las lenguas actuales en su forma

hablada. Ir al pueblo para comprobar sus verdaderos usos y formas. Dihigo considera que la lengua es un acto del hombre que carece de realidad fuera de su naturaleza y que la relación entre formas y función de las palabras es puesta de manifiesto; también el examen de la parte externa de la voz se aclara por el examen del significado.

Coincide con el lingüista italiano Torino en no reconocer siempre la ley del menor esfuerzo como causa de evolución científica y considerar la importancia de la analogía. Dihigo sigue a Meillet, en el criterio de que la lengua tiene un método para llevar a cabo su estudio: el de la ciencia fonológica, gramatical y lexicográfica. La lengua comprende el habla local y literaria; la historia de la lengua y la del lenguaje de su tiempo son modos indispensables de conocer. Admira al español Cejador y Frauca por barrer con los embustes etimológicos y descubrir las fibras secretas del organismo del lenguaje. Aplauda los intentos de Cejador para diferenciar los objetivos de la Filología y la Lingüística y hacer patente que esta no se vale solo de los estudios históricos de las lenguas, sino del conocimiento de las causas y evolución de todo el lenguaje.

Pero no solo se dirigió a la obra de los europeos. Latinoamérica y sus hombres de letras influyeron en él, como Lenz, con *La oración y sus partes*; Cuervo con sus *Apuntes del lenguaje bogotano*; Bello, con su *Gramática*, tan avanzada que no desmerecía en nada de la española. Su admiración por Cuervo lo lleva a afirmar que las «Notas» de este a la *Gramática* de Bello la perfeccionó tanto, que podía decirse que era más Cuervo que Bello —afirmación no totalmente justa.

Como profesor auxiliar del laboratorio de Fonética de la Facultad de Letras y Ciencias, su interés lo llevó al Colegio de Francia, donde conoció al afamado abate Rousselot, quien dirigía un avanzado laboratorio. Allí se puso en contacto con los aparatos acústicos más modernos de la época para comprobar puntos de articulación, nasalización, particularidades en la pronunciación, longitud y vibración de ondas, etc. A su regreso solicitó un crédito para adquirir los elementos esenciales y montó el más moderno laboratorio de Fonética de América.

Consciente de que sobre la fonética del habla popular cubana no se habían hecho estudios en ningún sentido, se propone analizar las voces en su evolución fonética y señalar las leyes generales de esas mutaciones. Quiere presentar las transformaciones, las alteraciones, al compararlas con las aceptadas como correctas.

También se interesó por la reforma ortográfica. Menciona la propuesta que hizo Teodoro Roosevelt para modificar la inglesa y la de Amunátegui, en Chile. Ninguna de las dos fue aprobada por el Congreso de los respectivos países. En cuanto a estas reformas,

Dihigo es de la opinión de que no debe olvidarse lo bueno de la etimología y las leyes de la fonética. Si perdemos la razón de los elementos gráficos necesarios, la orientación se desvirtúa. Por lo tanto, no siempre el deseo de simplificación ortográfica debe ser fundamento para una alteración de la estructura de una lengua y del sello que la caracteriza.

Su vocación lingüística tenía un sentido de universalidad. En 1910, dicta una conferencia sobre *La Biblia*, desde el punto de vista lingüístico, que fue publicada en 1912.¹⁴ Lo motiva la polémica que tuvo lugar por el descubrimiento de unas tablillas en escritura cuneiforme, en la Gran Biblioteca mesopotámica de Kuyunyk, Asiria. Las tablillas hacían una referencia a la Creación que presentaba semejanzas con lo que se relata en los versículos de la Biblia hebrea. Cuando el profesor alemán Federico Deletsch pronunció dos conferencias sobre el tema, causó mala impresión, al tomarse como un ataque a las Sagradas Escrituras. Dihigo se interesó en analizar las tablillas y comparar su contenido con prestigiosas versiones de la Biblia. Analizó cada vocablo motivo de discusión, y comprobó las semejanzas entre ambos documentos, y que, por tanto, el profesor alemán tenía razón al hallar insospechadas similitudes.

En 1923, realiza un estudio lingüístico de *Las siete partidas*, de gran importancia histórica como exponente de los conceptos jurídicos del siglo XIII, en España. Según el filólogo, el documento aún «las ideas jurídicas con la belleza de la expresión: castiza dicción, correcta didáctica, sencillo decir, rigor en el empleo de las voces, manejo fluido de la sintaxis».¹⁵ Al analizar palabra por palabra cada una de las leyes, tiene el propósito de llamar la atención sobre las características de la lengua romance en el documento. Investiga el fonetismo y la morfología en la natural evolución experimentada en el paso del latín vulgar hasta el romance en que está escrito el texto analizado. Lo más valioso de este estudio es la convicción del autor acerca de que esa evolución se produce merced al carácter social de la lengua.

En un trabajo posterior sobre el lingüista griego Jorge Hatzidakis, insiste en que si bien hay que estudiar el aspecto físico, fisiológico y psicológico del lenguaje, es necesario sobre todo destacar la importancia de su aspecto social y reconocer la lengua como elemento esencialísimo de nacionalidad.

El hecho de seleccionar a un científico es generalmente la consecuencia de su admiración por su trabajo, del valor de la investigación realizada por este, y de compartir, en términos generales, sus criterios y razonamientos. Pero no siempre asiente; con firmeza y sólidos juicios, no exentos de elegancia y delicadeza, manifiesta opiniones opuestas a las del autor que enjuicia. Aunque estos casos no son habituales.

En 1916, Arturo Montori escribe *Modificaciones populares del idioma castellano en Cuba*. En la crítica que le hace Dihigo,¹⁶ expresa que esperaba un estudio más profundo. Apunta que Montori no explicó las transformaciones del habla popular en nuestro país de acuerdo con los principios de la ciencia del lenguaje; que si bien añade elementos de la evolución primitiva del castellano y las formas jergales del hampa, estas en nada afectan a los cambios populares del habla cubana. Insiste en que faltaba en el trabajo una colección de hechos glóticos, comparación, clasificación y la aplicación de leyes que se derivan de ellos, causa fundamental de los principios de la lengua.

Enjuicia también el *Vocabulario cubano* de Constantino Suárez,¹⁷ por desechar voces consideradas arcaicas o corrompidas. Además, por confundir el uso de provincialismos y no explicar los fenómenos lingüísticos a los que se enfrenta.

Los estudios sobre cubanismos y formas populares fueron apenas abordados por el profesor en las dos primeras décadas del siglo xx, salvo en el trabajo titulado «El habla popular al través de la literatura cubana. Estudio sobre su transformación».¹⁸ Es una monografía extensa y pormenorizada. Emplea fragmentos de textos del siglo xix (narrativa y poesía) para demostrar la sustitución de vocales en el habla popular y otros fenómenos lingüísticos. Utiliza trece cuadros con los correspondientes cambios de vocal en las palabras seleccionadas, así como las obras donde aparecen y sus autores. Por ejemplo: jabre por jabra: López, *Nadie sabe para quién trabaja*, p. 21, y Creto Gangá, *El Faro Industrial*, 23 de julio de 1847; yunte por yunta: Zamora, *El hacendado ridículo*, p. 64. Después expone ejemplos de crasis (fusión de dos vocales seguidas en dos dicciones para formar una larga o un diptongo): «mentiendo» por «me entiende», aféresis (pérdida de vocablo inicial): «lacrán» por «alacrán»; apócopies: «tien» por «tiene», «fuer por fuera»; síncope: «unque» por «aunque»; metátesis: «presonaje» por «personaje», etc., siempre indicando obra y página en donde se encuentran estos cambios.

Una de las obras más conocidas de Dihigo es *El movimiento lingüístico en Cuba*.¹⁹ En esta extensa monografía hace un recuento prolijo del desarrollo lingüístico durante la etapa colonial, fundamentalmente en lenguas extranjeras y en textos de gramática, estos últimos desde 1831. Menciona también obras del siglo xx. Este texto surge a raíz de su participación en el Congreso de orientalistas, celebrado en Atenas en 1912, adonde llevó una recopilación de los estudios sobre griego realizados en nuestro país.

Considera las obras que menciona en *El Movimiento...* como tanteos indispensables en los comienzos, que sirven no solo de base para exégesis posteriores, sino

para comprobar el interés existente por los estudios de lengua en las escuelas privadas de la época colonial. No es extraño, pues, que el siglo xx haya dado trabajos lingüísticos tan maduros y sólidos; la tradición favorecía este resurgimiento y sobre todo la conciencia de nacionalidad, implícita en una lengua, que se crece cuando advierte que puede ser sojuzgada. Y si en las esferas literarias e históricas Cuba ha dado escritores de la talla de Varela, Luz, Bachiller, Martí, Piñeyro y otros, en la lingüística no han brillado menos los cubanos.

El centro de su ensayo está constituido por la mención y valoración de muchos cubanos que dedicaron su vida a escribir obras filológicas. Llamen su atención los especialistas en lenguas orientales: chino, japonés, indostano (hindi), sánscrito. Destaca la obra del políglota matancero Enrique Lecerff, que discurre sobre sonidos, tonos, formación de palabras, en una metódica exposición progresiva. Entre sus obras se cuentan *Guía de la conversación en el dialecto de Cantón* y una *Gramática castellana para uso de los chinos* (en caracteres chinos). Además, *Gramática japonesa*, en la que expone escritura, pronunciación, formas corteses y familiares, la ortografía de la Roma-Ji-Kwai (japonés con letras romanas), etc. También conoció el sánscrito y escribió una breve gramática de esa lengua. Dihigo menciona igualmente a profesores y traductores de lenguas de la India; él mismo tradujo los sutras de Panini, mientras otros sanscritistas —Juan José de la Maza y Artola y José Alemany— traducían, en 1870, poemas de Kalidasa y fragmentos del *Bhagavad-Gita*, respectivamente.

Del mismo modo, hace una larga exposición de los estudios clásicos en Cuba. Explica que, desde 1831, se enseñaba el idioma griego, con métodos memorísticos, en los centros educacionales privados, dirigidos por los jesuitas. Menciona su evolución en los sucesivos planes de estudio: desde 1842, cuando se estableció la cátedra de griego en la Universidad, bajo la dirección de Franchi Alfaro, hasta el plan de 1863, que los inició en la enseñanza secundaria. Más adelante se suprimió la cátedra y se introdujo el estudio de la prosodia y los estudios críticos.

En cuanto al latín, se estudió desde los primeros tiempos de la colonia en los centros religiosos. Incluso se empleó como lengua viva para explicar el resto de las disciplinas, hasta la secularización de la Universidad en 1842, en que solo fue una asignatura más hasta nuestros días.

Dihigo también presta atención a los estudios de lenguas modernas en Cuba. Aunque varios cubanos del xix conocían el alemán, como José de la Luz y Caballero, José Silverio Jorrín, los hermanos Sellén, y otros, no hubo en Cuba —como bien anota el filólogo— desarrollo de esta lengua. Fue el siglo xx el

que la impulsó por la influencia de los estudios lingüísticos alemanes.

Sin hacer alusión a la intervención norteamericana en la Isla, y al influjo que pudo haber tenido en los estudios del inglés, considera inapropiados los métodos para su enseñanza. Desde 1847 se editaban textos de inglés, que se multiplicaron en la República. No los considera de calidad a la mayoría de ellos, ya que, según él, no tenían un carácter didáctico y abusaban de las reglas. No obstante, encomia los de Carricaburu y los de Baralt —este último por el empleo de un método armónico y natural para la enseñanza de esa gramática. Dihigo hace referencia a otros muchos textos, escritos por extranjeros y al Diccionario tecnológico en inglés y español de Néstor Ponce de León.

Sobre la lengua castellana se dedica a mencionar decenas de títulos y autores de gramática. Como ya habíamos dicho, son normativos: siguen indefectiblemente a la RAE, tanto los textos escritos por peninsulares radicados en Cuba, como por maestros cubanos. Muchos de ellos son criticados por Dihigo por falta de método y de rigor, por ser muy simples y poco científicos. No obstante, menciona las Gramáticas de Juan Justo Reyes, Claudio Díaz y Joaquín de Dueñas. Considera ingentes los esfuerzos de estos hombres en medio de una etapa tan difícil para los cubanos, sin recursos —salvo excepciones—, para experimentar, viajar, consultar bibliografía, que hubieran podido llevarlos a estudios lingüísticos más avanzados.

Se puede enjuiciar esta monografía de Juan Miguel Dihigo como un primer intento para divulgar los avances en este campo del saber en el XIX, y parte del XX; superada hoy por otras doctrinas modernas, pero novedosa y útil en su época. Como prueba de que se había alcanzado en Cuba una cierta madurez que permitió llegar después a la lingüística científica. En su lectura se aprecia cierto desorden cronológico y mezcla o repetición de nombres de épocas distintas. Además, el interés del autor por dar a conocer a tantas figuras que se dedicaron a los estudios de lengua, le impidió tratarlas en profundidad. No obstante, hace una extensa explicación de la labor lexicográfica de los siglos XIX y XX. Sin dudas, su reedición podría contribuir a los estudios de historia de nuestra lingüística.

José Miguel Dihigo puso de manifiesto el vínculo estrecho de lo social y la identidad cubana con nuestra lengua. Nunca sobrepuso sus estudios a la necesidad de darle continuidad a la historia patria, de no olvidar lo esencial de la época. En la *Revista de Letras y Ciencias*, se reseña una intervención de Dihigo sobre los padres de la lingüística moderna.²⁰ En ella manifiesta preocupación por la situación imperante de casi un cuarto de siglo de humillación; y más que la erudita disertación sobre los precursores de la lingüística, lo

enaltece el mencionar una versión de las palabras de Enrique Piñeyro en su obra *Cómo acabó la dominación de España en América*, de 1908, capítulo que Antonio Iraizoz menciona en un libro que le dedica a Piñeyro «Repudia a los indignos —dice Dihigo— que sí creen que debemos la Libertad a la voluntad del pueblo amigo. Ni Miller, ni Shafter hubiéranse desenvuelto sin Calixto García y sus huestes».

Labor lexicográfica de Cuba republicana

Desde el siglo XIX surge en Cuba el gusto y la necesidad por el estudio de vocablos provinciales, voces más o menos castizas, indigenismos y cuantas investigaciones contribuyeran a confirmarnos como una identidad social, como la «huella dactilar» de la nacionalidad que se avizoraba en el XIX y que en el XX se escamoteaba. Ejemplo de ello fue Pichardo con su *Diccionario de provincialismos* (1836), y los intentos de Domingo del Monte de reunir voces de nuestro suelo, así como aquellos casi fantásticos glosarios de lenguas aborígenes que pretendían ser origen de la lengua actual. Muchas polémicas se levantaron en la prensa, pero la especulación continuó durante un buen tiempo.

La Memoria leída por Fray Luis María Peñalver en la Sociedad Económica, en 1795, es el llamado de la cultura que se abría al nuevo siglo: la necesidad de organizar y sistematizar los vocablos empleados entre los criollos —los nacidos en Cuba—, mediante la redacción de un *Léxico* que los reflejara. Eso sí, apuntó el fraile, «los que usa la negrería por corrupción de voz castellana no son del Plan, a menos que los haya prohijado el común de los blancos». A su vez, Antonio Bachiller y Morales se preocupa por la desfiguración a que está expuesto el idioma al contacto y mezcla de las razas.²¹

Estos dos autores, distantes casi un siglo, temían la contaminación y proscibían lo negro en los glosarios. Y entre ambas épocas, en 1856, Joaquín de Dueñas, un gramático cubano que no era lexicógrafo, autor de la mejor *Gramática* escrita en el siglo XIX, tan conocedor de los misterios de la evolución de las lenguas, tampoco pudo ver con claridad que se había gestado ya la variante cubana del español peninsular, teñida por todas las corrientes llegadas de fuera. Y así comenta:

Desde que nace un niño o se bautiza [...] entre algunas de nuestras familias ilustradas, se le destina un negrito de su misma edad para que tenga con quien jugar [...]. Desde que aquel empieza a hablar, las primeras palabras vienen ya tiznadas con la bárbara pronunciación que ha mamado junto con la leche de su postiza madre; crece y se cría más en la cocina que en la sala, más al lado de los otros criados que al lado de sus padres.²²

No cabe duda de que Dihigo fue la figura señera de la lingüística cubana en las primeras cinco décadas del siglo xx. Gracias a sus artículos, ensayos, discursos académicos, críticas bibliográficas y reseñas de la obra de muchos de sus contemporáneos y antecesores, fue posible reconstruir el estado de la disciplina lingüística en los siglos xix y xx, no solo en nuestro país, sino en Europa.

A pesar de los prejuicios que marginaban voces «teñidas» de negro, la tradición lexicográfica continuó viva en el siglo xx y produjo en la época republicana, entre otras más conservadoras, obras de indiscutibles valores lingüísticos, muchas verdaderamente científicas y libres de intolerancia. Fueron sus cultivadores, entre otros, Fernando Ortiz y Dihigo.

La obra de Don Fernando, al surgir en las dos primeras décadas del siglo, para salir al paso de quienes no reconocían el tinte negro de nuestra lengua y en general de nuestra idiosincrasia, pone orden en la mesa del ajiaco, en que lo palpa todo, lo huele todo, lo saborea todo, como sugirió lúcidamente Calixta Guiteras en artículo publicado en *La Gaceta de Cuba*.²³

Fernando Ortiz, como bien dicen sus biógrafos, dedicó su obra a descubrir la cultura cubana y a llegar a sus raíces, para ello pregunta, inquiere, y crea en la *Revista Bimestre Cubana*, que dirige en su segunda etapa, la Sección «Inquisitiva», «por lo escasas que son en un país como el nuestro las inquisiciones científicas o literarias, donde la historia de la patria y las aplicaciones científicas al ambiente nacional cubano están demasiado descuidadas».²⁴ Los lectores preguntan sobre el significado de un término, que los editores responden en el número posterior. Ofrece ilustración sobre palabras y expresiones: *quimbo*, *guaracha*, *chévere*, *picota*, jerga criminal, padre de menores, historias locales, centros regionales, sociedades de beneficencia. Esta sección reaparece en algunos volúmenes con preguntas y respuestas de variada índole.

En 1923, Ortiz publica *Catauro de cubanismos*, motivado por un *Diccionario de voces cubanas* que, como complemento a la decimocuarta edición del Diccionario de la RAE, había publicado Constantino Suárez, «el Españolito», en 1921. Quiso añadir voces de origen africano al léxico de ese autor. «En él —dice en el «Prólogo» del *Catauro*— pusimos algunos frutos de la tierra, que habíamos recogido cruzando la selva del lenguaje criollo, en busca paciente de raíces y flores traídas y arrojadas al azar por los esclavos africanos».²⁵

El *Catauro* sería revisado y ampliado a lo largo de su vida, con nuevos aportes, con críticas a voces que se decían indoamericanas y eran africanas o portuguesas. Incluso hace correcciones a lo que antes había escrito y

afirmado. Este trabajo de ajuste, ampliación y perfeccionamiento de su obra póstuma, fue publicado en 1974 con el título de *Nuevo catauro de cubanismos*.²⁶

Otra obra de Ortiz que no se puede ignorar es el *Glosario de Afronegrismos* (1924), con prólogo de Juan Miguel Dihigo, quien dice:

Ha espigado en el lenguaje dentro de la raza y no solo dice lo que significan las voces, sino que aborda y ha pensado que el lenguaje humano, más que un elemento fundamental de la ciencia antropológica, es un factor principalísimo en la rama sociológica y depende de hechos pasados [...] Ha escudriñado para comprobar que el Glosario es resultado de determinadas condiciones sociales que han influido en la formación de las jergas, que surgen y se renuevan como la lengua común.²⁷

El mérito indiscutible de Fernando Ortiz, en una época en que la mediocridad y los prejuicios raciales imperaban —sobre todo, los de los nuevos conquistadores—, fue desentrañar los secretos del mestizaje cultural cubano, conocimiento esencial para seguir siendo los mismos en épocas en que muchos trataban de que lo nuestro fuera dejando de serlo y cuando nuestra idiosincrasia peligraba bajo la algarabía de voces ajenas.

Sus estudios etnosociológicos, su interés por la época prehispánica y el hurgar en la vida de los esclavos, le dieron los elementos necesarios para saber cuándo un sonido aislado o complejo pudiera pertenecer a la cultura aborigen o en qué momento el habla negra comenzó a formar parte de nuestro léxico. Porque Ortiz no era lingüista, llegó a esa disciplina por su necesidad de explicarse fenómenos con los que tropezaba a diario. La cultura negra tenía una lengua, una envoltura de conceptos, sin cuya expresión sería imposible penetrar en ella. Había, además, que discernir entre los diferentes grupos de lenguas traídas a Cuba. Su laboriosidad, su talento y su agudeza en la observación lo convirtieron en conocedor de flexiones, analogías, fonetismo, matices. Pudo así registrar la importancia lingüística del aporte negro a nuestro idioma.

Antes de Ortiz, hubo algunos cubanos que se interesaron por el estudio de las lenguas africanas.²⁸ Pero el creador del término «transculturación» seguía

haciendo los aportes más interesantes sobre el tema. Aludiendo al libro de Alfredo Nicéforo *Il gergo nei normaille, nei digerati e nei criminali*, dice:

Al estudiar un culto cualquiera se descubre que el autor bien pudo añadir la jerga sagrada, que al igual que otras, por supervivencia o atavismo, como la de los criminales y las infantiles, no solo es hablada, sino que aún conserva la más primitiva forma de comunicar pensamientos, como es el gesto, la mímica. El empleo del latín y de ciertas expresiones griegas y hebreas por los sacerdotes católicos, así como el significado ritual de ciertos gestos (persignarse, golpes en el pecho, genuflexiones, etc.), comprueban la existencia de la jerga sagrada. Nicéforo aceptó el concepto.²⁹

No se piense que el interés de Ortiz en las jergas y en la lengua popular lo desvió de las formas cultas del castellano; todo lo contrario, luchó durante varios años junto con José María Chacón y Calvo para crear la Academia Cubana de la Lengua.

En el siglo xx, volvió a tomar auge la corriente indigenista (indoamericana) en la lexicografía cubana. Esta vez bajo los auspicios de Alfredo Zayas, quien publicó en 1914 *Lexicografía antillana*.³⁰ Zayas va a los primeros historiadores de Indias y a los archivos, para encontrar voces que no tuvieran origen castellano ni árabe. Cree que muchas tienen origen caribe y que todas las lenguas en las pequeñas islas son una sola; aunque nombran de distinto modo objetos diferentes. Menciona la tosquedad de la lengua de los guanahatabeyes y ciboneyes, sin hacer referencia a lo arauaco, y comete un error al decir que no tenían determinados fonemas. Los críticos coinciden en que no tiene rigor científico, aunque presenta un rico material. Su autor es enjuiciado por Ortiz por su obstinación de considerar como indoamericanas voces que no lo eran. Probó que algunas palabras usadas por Zayas no eran aborígenes, como «batea», préstamo del portugués.

Como una contribución al estudio de las voces que forman el léxico cubano, Juan Miguel Dihigo escribe una obra lexicográfica monumental, *Léxico cubano*,³¹ en dos tomos, en los que detalla con esmero y pulcritud no solo el significado de miles de vocablos técnicos o coloquiales, sino la versión «vivaz y pintoresca del objeto al que se refiere». Da cuenta de quiénes documentaron las palabras y nunca falta la referencia a Pichardo, de quien es epígono en el siglo xx. De este texto, que solo alcanzó a completar las letras A y B, dice Cejador y Frauca: «Desde hoy [es] el más acabado, completo y profundo diccionario de provincialismos americanos». En 1928 se publica el primer tomo y en 1946, el segundo.

También existe un *Léxico mayor de Cuba*,³² organizado y editado en 1958 por Esteban Rodríguez Herrera. Con él «quiere ofrecer a los estudiosos un léxico razonado, comparado, documentado que no arrastre exclusivamente voces cubanas». De ahí que ofrezca,

además, barbarismos y neologismos que forman parte de nuestro patrimonio lingüístico. Empleó periódicos y revistas de todas las épocas y ha seguido al pueblo en la degeneración de algunos vocablos. Esta obra fue aplaudida por afamados lingüistas de la época, y sigue siendo considerada útil hasta hoy.

Se adscribe a quienes consideran que el «mal» que hicieron los africanos en el orden lingüístico fue asimilar, conservar y transmitir las diversas aportaciones dialectales de los inmigrantes españoles no castellanos. Estas deformaciones, insiste, no fueron creadas ni deformadas en Cuba por africanos ni campesinos, sino introducidas por los inmigrantes de la Península. Pone ejemplos de cómo, a través de los gallegos, se fijan formas corruptas: *lamber, mesmo, nengún, agora, agüelo, gomitar, haiga, delante*. Del castellano viejo han quedado, entre otras, *dende, naide*. De Murcia llegaron: *diferencia, emprencipiar, entoavía, estilla*. Aunque dichas con seguridad por el estudioso, tales procedencias no parecen estar firmemente documentadas.

Discrepa de Ortiz al afirmar que en el esclavo africano no debe buscarse un aporte léxico tan grande como para decir que ha enriquecido la lengua de Cuba, aunque los estudios etnográficos llevados a cabo por Don Fernando impiden esta absolutización.

Un estudio interesante con el léxico lo llevó a cabo Israel Castellanos, penalista y abogado forense al recopilar los «alias» o «apodos» usuales en prisiones. Los clasifica en étnicos, nacionales, regionales, geográficos, anatómicos, fisiológicos, psíquicos, profesionales, patronímicos, caprichosos. El breve pesquisaje se convirtió en un ensayo, aunque no escrito por un lingüista, de interés para los estudiosos.³³

Influido por Fernando Ortiz, se dedica a los afronegrismos, pero con una óptica diferente. No es el lingüista que observa, analiza, describe; es el fiscal que acusa y el juez que enjuicia para condenar. Por supuesto, tiene atenuantes. Su obra es *La Briba hampona*, de donde deriva sus conclusiones nada halagüeñas para los brujeros y los ñañigos, a quienes considera que se agitan en la atmósfera delictiva del mal vivir e influyen en las costumbres de los blancos y en sus formas de hablar. Anota la promiscuidad, los bailes, la falta de futuro. En cuanto al léxico, hace un breve glosario de voces del hampa, de ahí que no faltara en este esbozo.

Otro estudioso que se refiere al lenguaje de los ñañigos —en un capítulo de 30 páginas— es José A. Rodríguez García, para afirmar que carece de gramática y es solo un lenguaje bárbaro, indescifrable. Tal vez podrían llegar a él —dice— los portentos de la lingüística, pero no vale la pena que pierdan sus energías en una lengua tan tosca e inarmónica. Olvidaba el Doctor en Filosofía y Letras que no es solo en las lenguas cultas donde hay que realizar investigaciones.

La Academia Cubana de la Lengua

A la tenacidad de Fernando Ortiz para llamar la atención de los indiferentes en Cuba, y a los desvelos de José María Chacón y Calvo para desperezar a los interesados en Madrid, debe su existencia la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Española (1926). Institución que consideraban imprescindible para conservar en toda su integridad el castellano, sin renunciar a los cubanismos, los provincialismos y a voces que continuaban usándose, aunque en la Península se consideraban arcaísmos. Fue su primer presidente Enrique José Varona y como vice, Don Fernando.

Sorprendió a todos que el mejor lingüista de Cuba, Juan Miguel Dihigo, no estuviera entre sus miembros fundadores. Pero el propio erudito declinó el honor por discreción. Esgrimió una razón:

No es ético ni correcto pertenecer a una Corporación a la cual dediqué un artículo para hacerle reparos al *Diccionario de la Academia Española* por la incorrecta etimología de ciertas voces: algunas originales del latín, dicen que del griego; otras no son griegas. A veces emplea vocablos como fuentes de otros; algunos no dan lugar a las voces que se expresan. Otros no son griegos, sino de origen árabe (alcázar, alcaparra). Agronomía dicen que es griego, pero su origen es dudoso. Además hay acentos mal colocados.³⁴

En «Reparos etimológicos al *Diccionario de la Academia Española*. Voces derivadas del griego», al que se refiere Dihigo, sus observaciones tienen como único objetivo auxiliar a la docta corporación en la nueva edición que hiciera del Diccionario de la lengua. Fue buena la intención, pero aceptar críticas de un cubano no podía haber caído muy bien en la Real Academia, y Dihigo debió haber sentido algunos dardos; de ahí su actitud tan honesta. Tiempo más tarde sí perteneció a la Academia. Su saber no podía estar fuera de las paredes de la augusta institución.

Cuba asistió con éxito a los dos primeros Congresos de Academias de la Lengua. El primero se realizó en México, en 1951, donde se defendió la unidad de la lengua española como manifestación e instrumento de la cultura de raíz hispana. Los delegados de Cuba abogaron por la constitución de la Academia de Puerto Rico, aunque no tuviera igual estatus político que el resto de los países americanos, ya que Filipinas tenía una Academia en las mismas condiciones. Porque el estatus político de una nación no es causa determinante de sus valores espirituales, sino el acervo de sus tradiciones y el saldo de las riquezas arraigadas en el alma nacional. Se aprobó también, a propuesta de Cuba, que se prefiriera el gentilicio «puertorriqueño», de raíz hispana, aunque el Diccionario de 1950 hubiera aceptado también la forma «portorriqueño». Igualmente se pidió

a las Academias allí reunidas que conmemoraran en sesiones solemnes el Centenario del nacimiento de José Martí, en 1953.

En el Segundo Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en 1956 en España, se leyó una moción de trascendencia en el campo de la filología, referente al «seseo», o sea, la pronunciación de la c y la z como s, considerándola una realidad lingüística. Su autor, Adolfo Tortoló, profesor cubano del Instituto de La Habana, hizo una fundamentación, de unas sesenta páginas, desde el punto de vista histórico, social y lingüístico. Se terminó, al fin, oficialmente, con las críticas a los cubanos —que no «sabemos» pronunciar z ni c— que hacían desde siglos atrás los puristas peninsulares.

Consideraciones finales

En 1968, Francisco M. Mota realizó un recuento de la lingüística a lo largo de diferentes décadas del siglo xx y del anterior.³⁵ En él consideraba que hay obras trascendentes, casi desconocidas, «que han pasado sin pena ni gloria por la indiferencia y mediocridad imperantes». Los valoraban como entretenimientos de aficionados, con dinero suficiente para costearse el ocio. Considera con justicia que la figura descolante fue Juan Miguel Dihigo, y que, además, «hay una gama de intereses de temas, de búsquedas que conforman un quehacer que tiene que ser recibido con respeto y con asombro».

No ha sido fácil explicarse este paralelismo de unas obras asombrosas, en todos los órdenes, de la intelectualidad cubana —en este caso solo mencionadas las de carácter lingüístico— y lo chato y mediocre del ambiente que la rodeaba, la poca o ninguna ayuda oficial, la falta de recursos para conseguir bibliografía y conocer lo hecho en otros horizontes. Pero hay una razón comprensible: el intelectual honesto, al desarrollar su obra, iba descubriendo nuestro acervo cultural y, a la vez, destapando nuestras lacras; reconstruyendo los jalones dispersos de la historia patria, denunciando sus males. Y en la creación y la investigación se iba proyectando, por encima de todo, hacia un porvenir mejor.

En fin, en una república mediatizada en que las aspiraciones políticas parecían ahogar cualquier entusiasmo creador en el orden intelectual, los hombres que nos legó la historia construyeron unos cimientos tan sólidos que el país resistió embates de nuevos filibusteros, de ladrones disfrazados de patriotas, de caudillaje y analfabetismo. Nuestra cultura se fortaleció, nuestra lengua no se dejó destruir y la intención de

absorción cultural por parte del «vecino poderoso» es un mal recuerdo. Fue vidente Enrique José Varona, en un discurso admonitorio:

Aquí sobre mi mesa de trabajo tengo una familiar escultura: la Victoria de Samotracia. Ha perdido un fragmento. No importa. Todo su cuerpo nervioso y musculoso avanza, se precipita con ímpetu irresistible; la túnica se le adhiere a los miembros resistentes y un viento de tempestad parece trazarle una estela. Sus alas aquilinas están completamente desplegadas. Vuela, ¿a dónde? ¿Quién lo sabe? De todos modos, a conquistar lo futuro que le tiende los brazos.³⁶

Notas

1. Ramón Meza, «La educación en nuestro medio social» (Discurso), *El Avisador Comercial*, La Habana, 1908.
2. Manuel Sanguily, «Dos discursos diplomáticos», *Revista Letras y Ciencias*, v. II, n. 1, 1912, pp. 27-8
3. *Ibidem*.
4. Robert Porter, «The Future of Cuba», citado por Dolores Corona y Ofelia García, «English in Cuba», en *PostImperial English*, Monton de Glizter, Nueva York-Berlín, 1996, p. 85.
5. José Martí, «Vindicación de Cuba», *Páginas escogidas*, t.1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 65.
6. Andrés Bello, *Gramática de la lengua castellana*, Pueblo y Educación, La Habana, 1983, p. 15.
7. José Martí, «Ni será escritor», citado por Juan Marinello, *Caminos en la lengua de Martí*, Dirección de publicaciones, Universidad Central de Las Villas, 1961, p. 133.
8. Véase José María Chacón y Calvo, *Los días cubanos de Menéndez Pidal*, Publicaciones de la Academia Cubana de la Lengua, 1961.
9. Véase Juan Miguel Dihigo, «Elogio del Dr. Francisco de Albear» (7 de mayo de 1921), *Revista de Letras y Ciencias*, v. XXXI, 1921.
10. Citado por Juan Miguel Dihigo, *Elogio del Dr. Nicolás Heredia* (Claustro Universitario, 11 de enero, 1902), *La Moderna Poesía*, La Habana, 1902.
11. Enrique Hernández Miyares, «Carboneras morales», *Obras completas*, t. II, Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1916, p. 253-55.
12. *Ibidem*.
13. Esteban Rodríguez Herrera, *Gramática, el lenguaje y los periódicos*, Fascículo Primero, La Habana, s/a.
14. Juan Miguel Dihigo, *La Biblia desde el punto de vista lingüístico*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1913.
15. Juan Miguel Dihigo, «Las siete partidas», *Revista de Letras y Ciencias*, v. XXXIII, 1923, pp. 1-71.
16. Juan Miguel Dihigo, «Crítica a “Modificaciones populares del idioma castellano en Cuba”», *Revista de Letras y Ciencias*, v. XXIII, 1916, p. 353.
17. Constantino Suárez, *Vocabulario cubano*, Bauzá, Barcelona, 1921.
18. Juan Miguel Dihigo, «El habla popular al través de la literatura cubana. Estudio sobre su transformación», *Revista de Letras y Ciencias*, v. XX, 1915.
19. Juan Manuel Dihigo, *El movimiento lingüístico en Cuba*, *Revista de Letras y Ciencias*, v. XXIII, 1916.
20. Juan Miguel Dihigo, «Algunos grandes pensadores de la Ciencia del lenguaje», t. XXXIV, 1924.
21. Antonio Bachiller y Morales, «Desfiguración a que está expuesto el idioma castellano al contacto y mezcla de las razas», *Revista de Cuba*, v. XIV, a. VII, 1883.
22. Joaquín Andrés de Dueñas, *Tratado de Gramática castellana*, Imprenta de *El Tiempo*, La Habana, 1856.
23. Calixta Guiteras, «Fernando Ortiz, palparlo todo, olerlo todo, saborearlo todo», *La Gaceta de Cuba*, a. IV, n. 42, enero-febrero de 1965, p. 48.
24. Fernando Ortiz, «Inquisitivas», *Revista Bimestre Cubana*, v. IV, n. 2, marzo-abril, 1910, p. 77.
25. Fernando Ortiz, «Prólogo», *Catauro de cubanismos*, La Habana, 1923, p. 15 (Colección cubana de libros y documentos inéditos o raros, v. IV).
26. Fernando Ortiz, *Nuevo catauro de cubanismos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
27. Juan Miguel Dihigo, «Prólogo» a Fernando Ortiz, *Glosario de afronegrismo*, 1924. Tomado de la edición de Ciencias Sociales, 1994.
28. Se destaca el nombre de Tranquilino Sandalio de Noda, quien profundizó en la lengua conga, la carabalí—no documentada como lengua— y la mandinga. Del congo hablado se ha dicho que guarda analogía en su gramática con muchas lenguas de Hispanoamérica. De declinación difícil, tiene recursos para variar los tiempos y modificar la significación mediante sufijos.
29. Fernando Ortiz, «Alusión a Nicéforo para proponer un epígrafe más: la jerga sagrada», *Revista Bimestre Cubana*, v. 7, 1912
30. Alfredo Zayas, *Lexicografía antillana*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1914.
31. Juan M. Dihigo, *Léxico cubano. Contribución al estudio de las voces que lo forman*, Editorial Selecta, 1946.
32. Esteban Rodríguez Herrera, *Léxico mayor de Cuba*, Editorial Lex, La Habana, 1958.
33. Israel Castellanos, «La briba hampona», *Revista Bimestre Cubana*, v. IX, 1914, p. 94.
34. Juan Miguel Dihigo, «Reparos etimológicos al Diccionario de la Academia Española. Voces derivadas del griego», *Revista de Letras y Ciencias*, v. X, 1910.
35. Francisco Martínez Mota, *La lingüística en Cuba (1868-1968). Ensayo histórico-biográfico*, Instituto de Literatura y Lingüística, ACC, 1968.
36. Enrique José Varona, «Por Cuba» *Discursos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1918, p. 342.

Apuntes para una historia de la poesía cubana de la República

Enrique Saínz

Crítico y ensayista. Unión de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC.

La historia de la poesía cubana durante los años de República mediatizada (1899-1958)¹ se inicia bajo el signo de la frustración. Los dos poetas mayores de finales del siglo XIX, Martí y Casal, habían muerto en 1895 y 1893 respectivamente; la intervención norteamericana (1898) en la guerra que liberaban los cubanos contra España y la consecuente derrota del ejército español por las tropas del poderoso enemigo del norte, impidieron que los ideales de independencia se hiciesen realidad y que se instaurase en Cuba una verdadera República. Quedaban insatisfechas, pues, las necesidades históricas de la sensibilidad literaria y las pretensiones políticas, sociales y económicas de los próceres de nuestra guerra independentista, el más conspicuo de los cuales era precisamente Martí. Los discípulos de Casal (tres inmediatos, según Boti: los hermanos Carlos Pío y Federico Uhrbach y Juana Borrero)² y prácticamente todos los que publicaban libros antes de 1913, fallecen (el primero de los Uhrbach y Juana Borrero) o toman otros caminos (Federico Uhrbach, Francisco Díaz Silveira, Bonifacio Byrne, Francisco Javier Pichardo, Dulce María Borrero), en tanto que la descendencia literaria de Martí demoraría

en asimilar su obra, por lo que las posibilidades creadoras del modernismo no encuentran en esos años los talentos capaces de enriquecerlas o, al menos, de defenderlas en el plano teórico. Veamos estas afirmaciones de Esteban Borrero Echeverría en la presentación del libro *Fugitivas* (1901), de Díaz Silveira:

Dieronse aquí entonces por no sé qué aberración de gusto, los poetas jóvenes, a la imitación de una poesía para mí dos veces exótica; rara en el fondo y extraña en la forma, que llaman por allí poesía decadente o modernista; y huyendo, sin que yo sepa por qué, del medio real en que vivían se crearon uno artificial, en el cual buscaban la inspiración, que Cuba exuberante de vegetación [*sic*], inundada siempre de luz; y, en lo moral llena de tétricas sombras no les brindaba a lo que parece. Cualquiera de ellos hubiera podido decir a Ud. quién era Baudelaire, el menos culto hubiera podido recitar fragmentos de Richepin, pero desdeñaban a Heredia y por nada del mundo le habrían recitado a Ud. «La madrugada».³

Porque se trata de un criterio emitido muy temprano, nos interesa en la medida en que revela dos cosas: las preocupaciones estéticas y éticas que por entonces se levantaron contra el modernismo y, dentro de ellas, la importancia que Borrero concede a la poesía patriótica,

una de las líneas que florecería en esa década junto a los temas de la desolación, la lejanía y la nostalgia, de fuerte ascendente romántico. Frente al exotismo, lo nuestro; un llamamiento que podría interpretarse, a la luz de ese momento —tan cerca de la intervención norteamericana que nos conduciría en breve a la dependencia económica y, por ende, cultural—, como una exhortación al afianzamiento de los valores nacionales para salvaguardar la identidad propia. Es decir, Borrero propone un retorno a lo que considera la tradición de la poesía cubana, pero pierde de vista la significación del modernismo, su esencial americanidad, el hecho de que sus hallazgos pueden constituirse —y de hecho había ocurrido con Martí y Casal— en parte de la tradición lírica de la nación. Los poetas que publicaron libros poco antes de la aparición de *Arabescos mentales* (1913), de Regino Boti, no fueron capaces de lograr una obra a la altura de sus grandes antecesores modernistas y románticos. Los textos patrióticos de esos poetas menores, acaso sus más perdurables entregas, no llegan a conformar un cuerpo de obra de relevantes calidades artísticas, si bien esas páginas contrastan con el nihilismo y la frustración por los amores lejanos e imposibles, tan frecuentes en esos años. Ese contraste quedó apuntado en el primer capítulo de mi libro *Trayectoria poética y crítica de Regino Boti* (1987),⁴ donde intento esclarecer las diferencias entre algunos textos de contenido patriótico y la raigal desilusión de otras zonas de la lírica de la etapa.

En los libros de Bonifacio Byrne posteriores a 1899 (*Poemas*, 1903, y *En medio del camino*, 1914) hallamos a un poeta hondamente tocado por un medular sentimiento de nostalgia, incluso en las páginas dedicadas a la patria, sentida como un hecho lejano e imposible después de la instauración de la República. El tema patriótico o cívico tiene un tratamiento similar al de los amores frustrados y las esperanzas irrealizadas, lo que de hecho ocurría con el ideal de independencia. En otros creadores, como Francisco Javier Pichardo, hay una preocupación social que sustenta algunos de los aportes de *Voces nómadas* (1908), pero siempre en un tono melancólico, propio de amores insatisfechos, apreciable, por ejemplo, en «El trapiche», si bien el libro posee otros valores, sobre todo su entrañable enumeración de vivencias del poeta en la naturaleza cubana, un rasgo que lo distingue de mucho de lo escrito entonces, por su calidad intrínseca y su buen gusto. Díaz Silveira dejó también páginas de cierta fuerza en esta línea patriótica («Himno de guerra», «La bandera», «Después del silencio», «Nueva campaña»), pero menos logradas que las de Dulce María Borrero en *Horas de mi vida* (1912) («Tu bandera», «Tierra propia», «Desde la cumbre», «Sin nombre», «La canción de las palmas»). Volvamos, siquiera sea brevemente, a Pichardo. Puede decirse que

su poesía se caracteriza por la experiencia de la soledad, explicable paradoja en un hombre que fue a combatir a los campos de batalla por la libertad de su país, una actitud que demuestra conciencia histórica en quien la asume. Años más tarde, con el advenimiento de la República, fue madurando en él un sentimiento de soledad y desamparo que lo condujo a los límites del nihilismo. Sus poemas son el reflejo de una sensibilidad que se fue conformando al calor de las nuevas circunstancias, de la misma manera que su decisión de combatir con las armas en la mano fue el resultado de una esperanza que el contexto de la etapa 1890-1898 alimentó día a día. Inmerso en su propia desilusión, hasta los poemas de contenido social son una constatación de la subjetividad antes que un reflejo directo de la problemática económica evocada: un testimonio de cómo percibe Pichardo el acontecer y cómo lo incorpora a su concepto del arte antes que un trasunto objetivo de los hechos. La denuncia se disuelve en la tristeza o en los recuerdos de una plenitud perdida. Es la suya una síntesis de la herencia romántica de los epígonos y de un parnasianismo que no llegó a dar obras perdurables, pero que influyó en todos los que se expresaban con la mirada vuelta al pasado en ese decenio de los comienzos republicanos.

Dulce María Borrero es un caso parecido. Quizás la característica más sobresaliente de su poemario sea la viva pasión con que está escrito, pasión auténtica de una sensibilidad muy femenina. La frustración amorosa está en el centro creador de estos poemas, pero más como expresión de una conciencia del sentimiento universal que como testimonio de una experiencia íntima. La memoria, la distancia del amado, la soledad, la tristeza por un acontecer que siempre nos habla de desventuras y desdichas, son elementos definidores de este libro. Su autora, fuertemente influida por el romanticismo —especialmente español—, mezcla, como una constante, la identificación del mundo natural con los sentimientos y los estados de ánimo, sobre todo en los primeros textos y en «Lección muda», «En sueños» y «Bajo la noche». Conjuntamente con el ascendente romántico, hay notas modernistas muy tenues que no logran conformar un estilo, ni siquiera una incipiente propuesta de renovación. *Horas de mi vida* y los libros de Díaz Silveira, Byrne y Pichardo, y en general los ejemplos recogidos en *Arpas cubanas* (1904), quedan por debajo de lo mejor de René López,⁵ representante, él también, de esa poesía de impresiones desdibujadas en la memoria y de recuerdos nostálgicos, deudor de un romanticismo decimonónico y de ciertos hallazgos formales de los parnasianos, un estilo que en todos se mostró insuficiente para alcanzar un más profundo develamiento de la realidad. ¿Por qué estos poetas, sin dudas conocedores de Casal y de Darío,

En la lírica cubana de la República coexisten tres modalidades de la tendencia social, de acuerdo con el tema predominante: aquella en que se canta al mundo del obrero y del campesino, la que exalta figuras históricas de un pasado más o menos lejano y la que denuncia la injusticia.

fueron incapaces de continuar por la senda del modernismo? Estaban, creemos, demasiado atados al pasado literario, a las viejas concepciones artísticas, dependencia en la que mucho tuvo que ver la situación histórica de la nación. La formación espiritual y las vivencias —no basta el conocimiento y la lectura de otros poetas para asumir creadoramente un modo de escribir y para renovar la tradición— determinaron que esos libros fuesen exponentes de otra concepción del diálogo poeta-realidad. Pedro Henríquez Ureña valoró esa etapa como un «período de transición» hacia «ideas y formas nuevas»,⁶ juicio que encontraría su corroboración en 1913 con el primer libro de Boti: *Arabescos mentales*. Pero lo que trajo esa obra no era realmente nuevo en el sentido que le daba el crítico dominicano a su afirmación, pues él se refería a transformaciones que no se inscribían dentro del modernismo, un estilo que ya había dado para esa fecha sus mejores frutos en la obra de Darío y de otros creadores de relieve, Martí y Casal entre ellos.⁷

Se imponía un cambio que no podía hacerse esperar y que ya se fraguaba en la escritura paulatina de *Arabescos mentales* algunos años antes de 1913. Al conjunto de aportes que hace Boti a la poesía cubana de su momento hay que añadir uno muy importante y apenas o nunca citado: su apertura hacia posiciones de vanguardia, la carga de futuridad de una de las líneas del poemario, la de maneras sobrias y mesuradas, de la que más tarde surgiría *El mar y la montaña*, escrito entre 1919 y 1920, y publicado en 1921, antecedente, en el propio creador, de los cuadernos que dio a conocer en la etapa siguiente: *Kodak-ensueño* (1929) y *Kindergarten* (1930). Boti trae además —con Poveda— otro elemento renovador en su contexto, definido por Cintio Vitier como «el rescate del sentido de la poesía como creación verbal autónoma»,⁸ una concepción que se acerca a los postulados de la poesía pura y, por ello, precursor de hallazgos y modos de importantes frutos posteriores en la historia de la lírica cubana. En *Trayectoria poética y crítica de Regino Boti* intenté sintetizar de esta manera la significación de este primer libro de la renovación modernista, rápida conclusión después de extensas consideraciones acerca de sus más notorios rasgos integradores:

Uno de esos aportes, quizás el de mayor significación, es el del retorno a la grandeza. Diríamos que esa es una preocupación central, de primer orden, que se manifiesta de muy diversas maneras. La encontramos en las palabras de Boti a propósito de la tradición, en su panteísmo, en su sentido del paisaje, en su desprejuiciado concepto del amor y en sus ideas acerca del trabajo artístico. Se impone, como una necesidad que no puede esperar, el replanteamiento de grandes temas desde una dimensión profunda, como hicieron los dos poetas mayores de fines del XIX, Martí y Casal, hacia quienes es preciso volver la mirada para retomar el centro de gravedad de nuestra poesía. La mediocridad del romanticismo venido a menos ha traído como consecuencia la ruptura de la continuidad histórica, de la tradición que se frustra con la muerte de Martí en 1895. Los sentimientos más puros y fuertes han perdido su vitalidad y su capacidad fecundante en los poemas que se escriben en los años subsiguientes, desde 1895 a 1913. Es apremiante entonces un renacimiento que nos haga sentir la pujanza y el esplendor de la naturaleza y nos entregue la plenitud de una experiencia erótica verdaderamente auténtica. Con este libro la percepción se enriquecerá en profundidad y en amplitud, desde los matices luminosos de un fragmento de realidad hasta la conciencia de la soledad y de la muerte que atraviesa estas páginas de un extremo a otro. Se establece ahora un nuevo diálogo, de una riqueza inaudita en esos momentos, entre el poeta y el mundo natural. Esa nueva relación implica a su vez un nuevo concepto de la poesía.⁹

Calidades artísticas aparte, las pretensiones de este libro son las de remover no solo la sensibilidad poética, sino incluso la actitud ante la cultura. Esto explica, en cierta medida, la adopción de un estilo grandilocuente, asumido como la más dinámica expresión de la voluntad transformadora en un medio tradicionalista que se regodea en imágenes gastadas y convencionales, incapaces de fecundar las posibilidades creadoras. Más allá de los aciertos estéticos, esta obra de Boti nos entrega una poética, sólidamente fundada en «Yoísmo. Estética y autocrítica de *Arabescos mentales*», extensa sustentación teórica en defensa de la poesía. Tenemos que distinguir los valores intrínsecos de los históricos a la hora de emitir juicios y de proponer conclusiones para interpretar la trascendencia de estas páginas, ciertamente nuevas en la lírica nacional. Las secciones «Ritmos panteístas» e «Himnario erótico» no están, en verdad, a la altura de sus propósitos en lo que concierne a su propia creatividad, pues dejan mucho que desear en su exultante desmesura, en la que se entremezclan la grandilocuencia romántica —del gran romanticismo,

al que aspiraba Boti como antítesis del romanticismo decadente y epigonal de sus coetáneos— y una supuesta modernidad que no llega a realizarse. Sin embargo, esos excesos removieron la conciencia y se erigieron en un despertar de la sensibilidad, suficientes en sus intentos para propiciar otro ambiente a la poesía. La tradición modernista y con ella la de la literatura hispanoamericana quedaban incorporadas a la cultura cubana —necesidad que no alcanzó a ver Borrero Echeverría al proponer el retorno a nuestra tradición anterior a Martí y Casal— para acceder más tarde, en los años prevanguardistas, a nuevas maneras y perspectivas de penetración en la realidad.

Antes de 1923 aparecen algunos libros de calidad: *Ala* (1915), de Agustín Acosta; *La casa del silencio* (1916), de Mariano Brull; *Versos precursores* (1917), de José Manuel Poveda; *Una ciudad del trópico* (1919), de Federico de Ibarzábal, y *El mar y la montaña* (1921), de Boti, quien además escribe *La torre del silencio* (1912-1919), editado en 1926. En todos apreciamos logros que sitúan a la lírica modernista a una altura superior, de aliento y calidades formales que rescatan el pasado y se proyectan al porvenir, como sucede en Brull y en Boti. El caso de Poveda —Acosta e Ibarzábal son realmente menores en ese contexto— es sin dudas singular, pues su obra es la más honda y desgarrada de la etapa 1913-1923, sin embargo, no lleva en sí la carga de futuridad que le permita abrirse a los nuevos tiempos. Con mayor intensidad y pasión que Boti, su compañero de preocupaciones renovadoras, y con poemas que conjugan antípodas inconciliables (vitalismo-decadencia, indescifrados impulsos-artesanía verbal, entusiasmo-pesimismo, júbilo-angustia, exultación-esteticismo), a través de conferencias, artículos periodísticos y severas y halagadoras críticas, fue conformando Poveda una atmósfera espiritual que tiene mucho de la rebeldía de los inconformes e inadaptados, un modo de expresar su frustración que difiere notablemente de los poetas menores de la década precedente. En él, como en Boti, todo era un estilo y se integraba en la labor renovadora en que ambos se empeñaron durante años. Hallamos de nuevo en sus poemas la mirada al pasado, pero no como evasión, sino como inquietud reivindicadora: rescate y enriquecimiento frente al presente de miseria espiritual, moral y económica; una respuesta desde el arte y sus postulados teóricos a problemas esenciales que comprometen, de hecho, la integridad del hombre. No comparto la idea del desarraigo que sostienen Roa y Marinello¹⁰ al enjuiciar a Poveda, al menos no en su sentido más inmediato: el de un radical desinterés por su país, pues su exaltación de las virtudes y capacidades de la cultura traía implícita la amarga experiencia del desamparo y el vacío existencial de un medio hostil a los más genuinos y auténticos valores del espíritu.¹¹

Los aportes de Agustín Acosta a la obra de transformación modernista son menos significativos, como ya insinuamos. La lectura de *Ala* nos recuerda, por más de una razón, el tono y la concepción general de la poesía de René López, Francisco Javier Pichardo o Byrne. Se entremezclan en sus páginas diferentes influencias y maneras, fecundas algunas y otras epigonales, una indefinida proyección estética como para que su quehacer pueda ser estimado en la dimensión que la crítica reconoce en sus dos compañeros de generación. Vistas las cosas en un sentido más amplio, podría pensarse quizás que sus poemas estaban más cerca de Darío o de cualquier otro maestro del modernismo que los de Boti y Poveda, pero si analizamos la cuestión en sus vínculos con el contexto literario cubano del período, veremos que Acosta está más cerca de los representantes del neorromanticismo que de Casal o de Martí. Entre los rasgos que definen *Ala* están, junto a los más sobresalientes, la imprecisión de las imágenes evocadas, la nostalgia, la tristeza, un patriotismo retórico. Cintio Vitier sintetiza en tres las características del primer período del autor: «el modernismo artificioso y decadente [...] la sencillez sentimental y “filosófica”, con suave dejo irónico [y] el fervor patriótico»,¹² gérmenes de las posteriores entregas dentro de su propia evolución personal. La ascendencia modernista y la sencillez carecen en su caso de la fuerza y la creatividad de las páginas mejores de la renovación y de *La casa del silencio*, de Brull. Estas perspicaces palabras de Juan Marinello definen de manera magistral el entrecruzamiento de corrientes en Acosta: «Su queja romántica descompone el plumaje de sus cisnes y la seda decorativa de sus princesas; su sed de aguas recién alumbradas altera gravemente su compostura de meditador lírico».¹³ *Ala* propone otro modernismo, menos abierto hacia el futuro y más cercano al antecedente romántico que subyace en la escuela encabezada por Darío. Sentimos que el poema no tiene en estas páginas de 1915 la autonomía que posee en *Arabescos mentales* y en *Versos precursores*, y que está puesto al servicio de efusiones sentimentales y exaltados recuerdos del pasado.

Siguiendo el esquema de la división en etapas para la historia de la poesía en la República, veremos que la segunda se inicia en 1923, el año de la Protesta de los Trece contra la corrupción del gobierno de Alfredo Zayas, y se cierra en 1958, el de la caída de la tiranía de Fulgencio Batista, con dos períodos divididos en 1935: el vanguardista —con tres subperíodos: de transición (1923-1927), de auge (1927-1930) y de disolución (1930-1935)— y el posvanguardista. El primer período rompe, en los años de transición, con los postulados y la esbeltez modernista, y replantea, desde una

perspectiva contemporánea, la relación tradicional entre literatura y circunstancia histórica, ahora vista desde otra dimensión. Los más importantes poetas de la transición hacia la vanguardia: José Z. Tallet, Rubén Martínez Villena y María Villar Buceta, formados en la sensibilidad y el gusto modernistas, en los que se inscriben plenamente sus textos iniciales, introducen en la lírica cubana de 1923-1927 un fermento disociador, con dos elementos fundamentales: la antipoesía y un cuestionamiento del yo desconocido en Cuba hasta entonces. En sus mejores textos apreciamos lo que podríamos denominar una voluntad desestructurante, correlato artístico de la beligerante conducta política asumida por los escritores y expresión de todo el clima insurgente que comenzaba a integrarse a la vida del país, resultado de múltiples causas, entre ellas, las crisis de la República dependiente y subdesarrollada. Se ahonda entonces la estrecha interdependencia entre la literatura y las condiciones históricas, un rasgo definidor de nuestra cultura desde *Espejo de paciencia* (1604-1608), e incluso desde el siglo XVI, menos evidente en los representantes menores del modernismo. La concepción misma del poeta y de la función de la poesía adquieren ahora una nueva categoría. El ejemplo de Martínez Villena es el más revelador en ese sentido.

En sus páginas de mayor trascendencia hay un cuestionamiento del yo que rompe no solo con el concepto modernista del yo lírico, sino incluso con el egotismo de raíz romántica, consecuencia de un despertar de la conciencia creadora desde una perspectiva diferente, de más hondos alcances. Los poemas de contenido histórico y de preocupaciones esteticistas, algunos de calidad excepcional por su acabado artístico, no representan el quehacer de su autor, precisamente por ser incuestionables exponentes de maneras convencionales, presencia de la impronta modernista en la que se formó en sus años de adolescente. La ironía, cierto desenfado, versos prosaistas, juego desacralizado con estructuras formales y conceptuales, son los rasgos perdurables de la obra de este singular poeta que decidió abandonar la palabra literaria para consagrarse por entero a la acción política reivindicadora, el sentido de su vida por el cual clamó en ocasiones en sus textos. Similares inquietudes conforman *La semilla estéril* (1951), de Tallet, y *Unanimismo* (1927), de Villar Buceta, dos libros que ejemplifican también el tránsito hacia la vanguardia por esa propuesta de una nueva poética que parte de un replanteo del diálogo creador-circunstancia, poeta-poesía. En otros, la presencia modernista fue muy significativa y no llegaron a constituirse en expresiones del prevanguardismo. Es el caso, en especial, de Juan Marinello (*Liberación*, 1927) y Manuel Navarro Luna (*Refugio*, 1927), el primero cercano también a la

tendencia purista y el segundo representante de la vanguardia con su siguiente entrega, *Surco*, de 1928. Los poemas que entonces escriben (Marinello abandonaría la poesía en 1930, cuando su vida se decide por los caminos de la lucha política y del ensayo), vienen marcados por las primeras lecturas y la atmósfera propia de la sensibilidad de los decenios 1900-1920, en los que Navarro publicó otros dos libros: *Ritmos dolientes* (1919) y *Corazón adentro* (1922). En 1923 aparece *Hermanita*, de Agustín Acosta, dentro de una de las líneas de *Ala*, la de más fuerte acento neorromántico; en 1926, publica *La zafra. Poema de combate*, representante de la línea de poesía social que cobraría auge en el período posvanguardista como derivación de la labor renovadora que se inicia en 1923. El tema, con algunos antecedentes más o menos identificables, puede hacernos pensar que se trata en verdad de un texto dentro del espíritu de transición de esos años, pero no creemos que sus alcances estén a la altura de las propuestas de ese otro orden estético, pues incluso se mantiene a distancia de las preocupaciones que en 1927 inicia, en la vertiente obrera, «Salutación fraterna al taller mecánico», de Regino Pedroso; aunque contribuyó a crear el ambiente heterodoxo de la transición prevanguardista, no se proyectaba hacia el futuro como una poética de la renovación.

El subperíodo de auge de la vanguardia (1927-1930, los años de publicación de *Revista de Avance*, el órgano de las nuevas ideas) es breve y consta de apenas unos pocos libros (*Surco*, 1928, de Navarro Luna, *Kodak-ensueño* y *Kindergarten*, de Botí, los tres elaborados con algunos elementos novedosos y otros convencionales, por lo que su pertenencia íntegra a la estética renovadora es cuestionable), y poemas dispersos (entre ellos los de la primera etapa de Félix Pita Rodríguez y el ya mencionado «Salutación fraterna al taller mecánico», de Pedroso). El fruto mayor de ese momento de auge está en el fermento de inquietud que trajo a la poesía cubana y en las líneas que se derivaron de las propuestas sustentadas por el movimiento. Hacia 1935 puede considerarse disuelto el período de la vanguardia y aparece una verdadera eclosión de gran poesía que sitúa al género a la altura de las realizaciones de España e Hispanoamérica. Durante los años vanguardistas comienzan a fructificar las líneas que se estiman derivaciones suyas: *Poemas en menguante* (1928), de Mariano Brull; *Trópico* (1930), de Eugenio Florit; *Júbilo y fuga* (1931), de Emilio Ballagas, en la tendencia purista; «Bailadora de rumba» (1928), de Ramón Guirao; «La rumba» (1928), de Tallet; *Motivos de son* (1930) y *Sóngoro cosongo* (1931), de Nicolás Guillén, en la tendencia negrista, y «Salutación fraterna al taller mecánico» (1927), de Pedroso, en la tendencia social.

A partir de 1936, pasado ya el fervor de la renovación, se observan cuatro direcciones en la sensibilidad: la purista, la intimista, la del Grupo Orígenes y la social. La primera, representada solo por la obra de Mariano Brull y poemas aislados de otros creadores, se desentiende de todo acontecer y, en su momento inicial, va en busca de un ente absoluto mediante la experiencia frutiva del poeta con una realidad ahistórica (*Poemas en menguante*, 1928; *Canto redondo*, (1934); más tarde mediante un diálogo intelectualista con el ser inmediato (*Solo de rosa*, 1941, y finalmente *Tiempo en pena*, 1950; *Nada más que...*, 1954), desde el cuestionamiento de la propia individualidad, consciente el poeta del esencial fracaso gnoseológico de sus pretensiones. Como ningún otro escritor cubano, Brull representa el trascendentalismo idealista de ascendencia neoplatónica en una obra de severas y ceñidas maneras, sin concesiones a efusividades ni desbordamientos de la afectividad, siempre dentro de un estilo sobrio que quiere aprehender el suceder libre de toda contingencia. El intimismo, por su parte, en la trayectoria de tres poetas capitales (Ballagas, Florit, Dulce María Loynaz) y de otros de un quehacer menos relevante (Gustavo Sánchez Galarraga, prolijo autor de numerosos poemarios; José Ángel Buesa, célebre y ampliamente leído; Carilda Oliver Labra: *Al sur de mi garganta*, 1949, de un erotismo de cierto desenfado, y *Memoria de la fiebre*, 1958; Rafaela Chacón Nardi: *Viaje al sueño*, 1948, de acendradas maneras, refinado lirismo que mereció elogios de Juan Ramón Jiménez) no intenta penetrar en el misterio de las cosas y los acontecimientos, sino solo establecer un diálogo afectivo con el entorno presente o evocado, una actitud que, en cierto sentido, puede identificarse con los postulados fundamentales del romanticismo. Los hechos históricos y, en general, toda experiencia que no pertenezca a la más cerrada intimidad, carecen de interés como problemática central del texto. En la evolución de esos tres creadores significativos, un proceso que en cada uno tiene rasgos muy propios, puede apreciarse la calidad que alcanzó entonces esa línea, para la cual, sin embargo, las posibilidades reales de edificar un cosmos de verdadera riqueza cognoscitiva, que iluminara zonas desconocidas de la realidad o de las relaciones del hombre consigo mismo, eran muy limitadas, en primer lugar por la extraordinaria historia de esta modalidad, de abundante fruto incluso en la propia literatura cubana.

Exceptuando el momento inicial de Florit dentro de esta línea (*Doble acento, 1930-1936*, 1937, uno de los cuales se ha caracterizado como «de poesía jadeante, más estremecida, por donde el poeta quebranta los bordes de la poesía pura»),¹⁴ las mejores páginas las encontramos en Dulce María Loynaz a todo lo largo de su obra desde 1920 (*Versos. 1920-1938; Juegos de agua*,

1947; *Poemas sin nombre*, 1953, todos recogidos en *Obra lírica*, 1955, y finalmente *Últimos días de una casa*, 1958). Sus poemas, trabajados con ejemplar cuidado —rasgo que caracteriza a los mejores representantes del intimismo entre nosotros—, son expresiones de un conflicto ontológico profundo: la necesidad de anonadamiento para un yo sobresaturado de su propia imagen, una problemática inusual. En Florit hallamos, en sus libros sucesivos, un trascendentalismo cristiano de vieja estirpe, trabajado con calidades y riqueza conceptual muy suyas, textos relevantes dentro de la lírica hispanoamericana, como se aprecia en *Poema mío* (1947) —compilación de prácticamente todo lo escrito hasta ese año—, *Asonante final y otros poemas* (1955) —donde incluye un magnífico texto de 1949, antecedente de la posterior corriente de coloquialismo en la poesía cubana: «Conversación a mi padre»— y en todo lo que escribe después de 1959, publicado en los Estados Unidos como parte de sus obras completas. Ballagas, cerrada su etapa purista (*Júbilo y fuga*, 1931, y *Blancohuido*, 1932-1935, parte de *Sabor eterno*, 1939) y su incursión en la línea negrista (*Cuaderno de poesía negra*, 1934), dos maneras que no llegaron a constituirse en él en estilos, entra en una angustiada experiencia existencial que tiene sus raíces en un conflicto entre la vida del espíritu y las apetencias carnales, también un dilema ancestral en la cultura cristiana cuyas inquietudes nuestro poeta integra en *Elegía sin nombre* (1936), *Nocturno y elegía* (1938) y *Sabor eterno* (1939), poemarios de un intimismo de signos explícitos que en ocasiones privan de hondura y de poder intelectual a lo que fue en verdad una desestructuradora experiencia interior. La adopción, en lo formal, de maneras sosegadas (contrastantes con las irregularidades métricas que reflejaban, a su vez, la desazón espiritual del poeta) y su incursión en temas sagrados —la patria, encarnada en Martí (*Décima por el júbilo martiano en el centenario del Apóstol José Martí*, 1953), y la fe en la Virgen de la Caridad del Cobre (*Nuestra Señora del Mar*, 1943)—, son manifestaciones ambas de esa su manera neoclásica de «raíz católica»¹⁵ con la que se conforma *Cielo en rebenes* (de 1951, pero publicado en 1955 en la edición póstuma de su poesía) y se cierra la trayectoria de Ballagas.

La línea del Grupo Orígenes¹⁶ surge en la segunda mitad de la década de 1930, al aparecer *Muerte de Narciso* (1937), de José Lezama Lima, la figura central de la tendencia. Sus miembros, herederos de los más generales postulados de la vanguardia, asumen esos elementos renovadores como lecciones de un estado de la sensibilidad antes que por la influencia directa de los representantes del vanguardismo en Cuba. Se observa de inmediato en esta poesía un tono diferente, otra manera de plantearse la concepción misma del fenómeno creador. Pero hay que subrayar que este

Resulta incuestionable, dentro del conjunto de tendencias y obras que conforman ese rico panorama, que la extraordinaria obra de los poetas reunidos en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956) constituyó el más trascendente movimiento renovador de toda esa época de nuestra historia.

grupo, sin dejar de serlo, se caracteriza por una extraordinaria heterogeneidad, pues cada uno de sus integrantes posee su estilo bien definido. Roberto Fernández Retamar, en su tesis *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)*, de 1954, ha señalado el carácter de esta poesía al denominarla «trascendentalista». En el creador se plantea la intelección de lo real desde lo que se ha dado en llamar la solución unitiva. La realidad trasciende lo inmediato, pero a su vez permanece en él. La experiencia artística acumulada hasta esos momentos por sus contemporáneos resultaba insuficiente para el empeño de aprehender en su totalidad el suceder, una necesidad de primer orden en esta poética. La poesía social parte de un humanismo inmanentista de profundas raíces éticas, elaborado a partir del concepto del hombre como ente histórico. La estética purista, por su parte, se desentiende de todo acontecer y se detiene ante los hechos o ante los objetos como entidades necesariamente insuficientes para que el hombre alcance su propia definición. Humanismo actuante y evasión serían, respectivamente, los términos que mejor caracterizarían a esas tendencias. Vistas desde una perspectiva gnoseológica, la primera es expresión de un historicismo radical, en tanto que la segunda se resuelve en un agnosticismo ya insalvable en sus últimas instancias. Sin pretensiones polémicas, la poética del Grupo Orígenes se adentra por otros senderos. En cierto sentido, podría decirse que estos poetas se proponen una ruptura con la tradición inmediata como hasta entonces no había sido planteada por tendencia alguna de la poesía cubana. El problema de la frustración política, que subyace en la actitud de los creadores desde los inicios de la primera década republicana y determina sus posiciones frente al hecho literario, plantea a los origenistas una problemática de gran alcance desde todo punto de vista: es necesario recomenzar asumiendo toda la cultura precedente para crear otra posibilidad de realización del hombre. Esta preocupación, que tiene un fundamento gnoseológico más que político, surge en la búsqueda de una respuesta a los cuestionamientos que asedian al escritor en sus relaciones con la realidad. Desde los primeros momentos de su madurez espiritual y rebasada la etapa de las influencias iniciales durante los comienzos de su quehacer, Lezama ya tiene claros sus propósitos y

conformada su concepción de la poesía, hasta entonces un ejercicio que no quiso dar a conocer porque no era todavía su verdadera voz. El grupo Orígenes, después de la aparición del primer poema representativo de su estética y de la publicación de *Enemigo rumor* (1941), decisivo libro de Lezama en la integración de estos poetas, se encamina por la senda de la cultura en busca de lo que el propio Lezama llamó «una Teleología Insular». ¹⁷ Es un intento por superar lo que para esta poética era una posibilidad insuficiente: una concepción del acontecer que se agotaba en sus propios hechos.

Para Lezama —y para los restantes miembros en lo esencial de sus respectivas obras— era imprescindible rebasar todo dualismo infructífero para alcanzar la unidad de un sentido trascendente, un sentido que rompa los límites de la interpretación causalista de la Historia y se integre en una visión totalizadora de un destino individual y colectivo. La oposición poesía pura-poesía social y, en un plano de mayor universalidad, la oposición vida-cultura (expresiones de un dualismo que se halla asimismo en la problemática Ser-No Ser, raíz de un existencialismo que también era ajeno a Lezama en tanto propuesta cosmovisiva) queda superada en los postulados para la integración de una imagen única de la cultura como naturaleza creadora. La relación que se establece en esta poética entre pasado y futuro es evidente a partir de lo expuesto: es necesario volverse hacia los orígenes en busca de esa imagen integradora para alcanzar un sentido de futuro, de realización en el tiempo. El intento de superación de los dualismos trae en su seno un ahistoricismo definidor, causa primordial de la actitud de desentendimiento del acontecer histórico como expresión de la dialéctica del suceder. En estos poetas, ciertamente, no se encuentran, durante esos años, los temas de la historia inmediata, causalista, tratados en su factualidad, como suceder inmediato, sino hasta después de 1958, sustancial diferencia con los textos de los creadores de la tendencia social. Esta frase de Lezama sintetiza de manera magistral los rasgos que han sido esbozados en estas reflexiones: «No nos interesan superficiales mutaciones, sino ir subrayando la toma de posesión del ser». ¹⁸ Ello no significa que los poetas origenistas hayan sido indiferentes a los destinos del país, preocupación visible en las «Señales» que publicó Lezama en *Orígenes* y en poemas de Vitier; son

textos en los que se evidencia la importancia que la problemática nacional tuvo en sus obras, significación que se resume en aquella «angustia de historicidad» de que nos habla Vitier en «Noche intacta. Hojas», de *Capricho y homenaje* (1947).

La obra de estos creadores deja ver, en lo más externo, una avidez de penetración en lo real que no se observa en sus coetáneos. Y no se trata de la aprehensión de la poesía pura, obsesionada por develar, en su etapa de plenitud, lo que podría llamarse el cuerpo imperceptible de la realidad, razón última de su esplendor y de su agotamiento como palabra artística. En el Grupo Orígenes hay una preocupación más ambiciosa: apresar el cuerpo real de las cosas y los hechos en toda la dimensión de su ser (a un tiempo imagen y cuerpo resistente). La realidad y el poeta intercambian un diálogo extraordinariamente fructífero no solo por la calidad intrínseca de los sucesivos poemarios de los miembros del grupo, sino además por las propias inquietudes indagadoras que los animan. El poeta no busca la perfección ni la belleza de las cosas, no se propone conmover a sus lectores ni compulsarlos a la acción, o descubrirles su identidad a partir de postulados éticos previamente elaborados por el pensamiento conceptual: su propósito es ir entregando el sentido último del ser, proceso que Vitier explica en términos esclarecedores al referirse a la poesía de Lezama,¹⁹ conceptualización válida, en su sentido más general, para los más significativos integrantes del grupo.

El lirismo de estos poetas no tiene, pues, relaciones estrechas con ninguno de los que conforman el panorama de la poesía cubana de la etapa 1923-1958. Con estilo hermético (Lezama, Vitier en su primera etapa, Octavio Smith: *Del furtivo destierro*, 1946, Lorenzo García Vega: *Suite para la espera*, 1948) o diáfano (Fina García Marruz: *Transfiguración de Jesús en el Monte*, 1947, *Las miradas perdidas*, 1951; Eliseo Diego: *En la Calzada de Jesús del Monte*, 1949, *Por los extraños pueblos*, 1958), extremos que se fusionan a medida que el lector se compenetra con las obras, esta poesía quiere hacer suya la fuerza germinadora de la sobreabundancia. Ese rasgo posee extraordinaria fuerza en Lezama (en todos sus poemarios y particularmente en *Dador*, 1960, páginas totales, de inaudita plenitud), en García Vega (su único libro de poemas de entonces, memoria onírica, escritura que nos entrega la realidad en sus reversos, lo cotidiano deshecho en imágenes rotas, dispersas, suceder transfigurado y visto en planos, herencia cubista) y en Virgilio Piñera (*Las furias*, 1941; *La isla en peso*, 1943; *Poesía y prosa*, 1944), representante, dentro del origenismo, de su vertiente negadora, antítesis de los postulados de la teleología insular, pero expresión a su vez de las búsquedas del sentido integrador de nuestra historia, de nuestra identidad. Gastón Baquero (*Poemas*, 1942;

Saúl sobre su espada, 1942) despliega un discurso diferente, metafísica indagadora de la sustancia última de la realidad, búsqueda de una aprehensión que se adentra en el cuerpo invisible del suceder y que no parte del cuestionamiento de lo inmediato.

La experiencia (conservada por la memoria, un elemento de gran importancia en la tendencia origenista, en especial en Vitier y en Diego), la asimilación de la cultura como sucesivas imágenes, la lección de la historia, partes todas de una totalidad indivisible, alcanzan en estos libros una integración que no tiene antecedentes en la poesía cubana. El texto se logra por una sucesión de asedios que en muchas ocasiones lindan con la prosa o la penetran. El verso es amplio y no pocas veces despreocupado de las tradicionales virtudes del esteticismo purista. En Lezama, Vitier y García Vega, el léxico y la sintaxis tienen cierta aspereza; en García Marruz, Diego, Smith, en cambio, hallamos otro dibujo de la realidad, iluminada por la memoria o por un anhelo íntimo, poetas en los que hay ciertas comuniones con el intimismo y un diálogo diferente con las cosas y los hechos —una manera a la que más tarde se incorpora Vitier con un estilo que ya era visible en *Visperas. 1938-1953*, 1953, compilación de su obra hasta esa fecha—, una cercanía con lo real que encuentra acabada manifestación en los dos poemarios de Diego de 1949 y 1958, en los que hay una ruptura con el lirismo precedente y coetáneo. En el cuerpo de obra de los origenistas hay una propuesta de rescate de la identidad nacional por los caminos de la cultura, los «cotos de mayor realeza» a los que se refirió Lezama.²⁰ Pero dejaron, además, un nuevo concepto de la poesía en Cuba: la poesía como posibilidad de posesión.

En la lírica cubana de la República coexisten tres modalidades de la tendencia social, de acuerdo con el tema predominante: aquella en que se canta al mundo del obrero y del campesino, la que exalta figuras históricas de un pasado más o menos lejano y la que denuncia la injusticia. La primera vertiente, que da inicio a esta línea en 1927, es la más próxima al estilo vanguardista por el tema de la máquina y por la utilización de un verso amplio, cercano en cierto sentido a la prosa y de filiación whitmaniana, sin las preocupaciones estructurales que se aprecian en el modernismo. Puede decirse que, en general, esta modalidad surge porque los poetas vuelven la mirada a la realidad inmediata, actitud que en estos finales de la década de los 20 se propone establecer un importante contraste con la posición del creador modernista, obsesionado por lo que podría llamarse la pasión por la lejanía y por la otra realidad, una forma absolutamente evasiva, de rechazo al grosero y burdo contexto en el que el poeta vivía inmerso sin alternativas concretas. Desde sus inicios, pues, la poesía social significó una

toma de conciencia por parte del artista frente a los apremios del acontecer cotidiano, las urgencias del diario vivir, y de inmediato apareció en sus textos el dramático universo del trabajador. Esa problemática se expresaría con el modo enfático que la caracterizó porque el poeta encontraba en ese tono la más evidente expresión de su voluntad renovadora. En el estilo abierto se quería conjugar la forma con el tema, grandioso por su fuerza intrínseca y por su trascendencia social y espiritual.

La variante que se vuelve hacia el pasado en busca de figuras relevantes, conocida también como modo histórico, es la menos cultivada y la más distante de la vanguardia, pues implica un alejamiento sustancial de las circunstancias inmediatas y es mucho más susceptible que las otras —precisamente por esa distancia del presente—, de idealizaciones semejantes a las que sustentaban a la poética modernista o al más consecuente u ortodoxo romanticismo. Los ejemplos de esta manera en la poesía cubana de la etapa están asimismo lastrados por un tono enfático y cierto gusto muy dentro de la estética del modernismo, en cuyos cánones comenzaron su vida literaria Regino Pedroso y Navarro Luna, los dos representantes mayores del modo histórico, el primero con *Bolívar. Sinfonía de libertad* (1945), y el segundo con *Poemas mambises* (1944). Sin embargo, en esas páginas está presente, explícita, la voluntad de estilo, el verso amplio y libre, sin molduras que conformen un esquema, rasgo formal que está en absoluta consonancia con la imagen que el creador pretende transmitir de los personajes de la historia. Si se hace un análisis de la adjetivación se verá que integra un todo orgánico con la estructura abierta de los versos. En el texto de Pedroso, Bolívar está concebido desde el personaje histórico, pero sustraído de su historicidad, un rasgo que acerca ese momento de la trayectoria del poeta a sus obras de preocupaciones filosóficas (*Los días tumultuosos*. 1934-1936, publicado en *Obra poética*, 1975, y *Más allá canta el mar*, 1939). Navarro Luna continúa una tradición cubana (Martínez Villena, Byrne) en poemas enfáticos y exaltados, auténticos en el canto al pasado heroico.

La modalidad en la que predomina la reivindicación de la justicia es la que ha dado los frutos de más calidad, como atestigua la extraordinaria obra de Nicolás Guillén. En esta vertiente se pasa de lo concreto particular a lo concreto universal en los mejores ejemplos, en los que se observa la asimilación altamente creadora de los aciertos formales de la gran poesía contemporánea —cualquiera que sea su filiación ideológica— y de los precedentes nacionales dentro de la línea social. Esta variante es también expresión de la madurez alcanzada por la lírica cubana después de 1936, ya aquietada la efervescencia del espíritu

insurgente y de la experimentación de los años 1923-1935. Partiendo de la realidad cotidiana, sustentado en un profundo sentido ético y asumiendo las lecciones de un arte verdaderamente nuevo, el creador aprehende y hace trascender una concepción inmanentista del mundo en la que subyace una eticidad actuante de enorme significación. El más acabado ejemplo de esa modalidad es *Elegía a Jesús Menéndez* (1951), paradigma de las posibilidades creadoras y de la labor fecundante de la tradición en que se inscribe. En *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza* (1937), y en *West Indies Ltd.* (1934), había elevado Guillén a rango de universalidad esta variante de la tendencia social, otras dos muestras de la estatura artística de esta línea de la poesía cubana en la obra de su más conspicuo representante. Antítesis radical del idealismo neoplatónico del purismo, la poesía social se adentra en el acontecer en busca del puesto del hombre en la dinámica de los sucesos históricos, de hondas implicaciones para la cultura. En sus mejores momentos —los libros citados— rompió Guillén los estrechos límites del diálogo individual con el entorno para abrirse hacia una dimensión totalizadora, un diálogo hombre-circunstancia de mayores alcances. La desaparición del mundo natural, importante elemento en la línea purista y en el neorromanticismo, y en otro sentido para la poética origenista, puede ser interpretada como una consecuencia del radical humanismo del que se nutre esta tendencia, humanismo despojado de toda búsqueda trascendente más allá de lo puramente histórico. La fusión hombre-naturaleza, propia de la estética romántica, aparece sustituida ahora por la fusión hombre-historia, con la que se expresa una más amplia conciencia de sí en el individuo contemporáneo, tocado por un sentido más profundo de su ser social. Por los logros artísticos y los postulados conceptuales, esta vertiente de nuestra lírica aportó una definición del hombre que constituye un antecedente de la poesía cubana posterior a 1959, años en los que continúa su obra Guillén con nuevos títulos de alta calidad y similares contenidos.

Durante estos años hallamos, pues, un entrecruzamiento de tendencias o una evolución a lo largo de los años en la que puede detectarse el predominio de una u otra poética. Así, por ejemplo, encontramos intimismo y preocupación social en Mirta Aguirre (*Presencia interior*, 1938) y en Ángel Augier (1, 1932; *Canciones para tu historia*, 1941); intimismo y rasgos puristas en Dulce María Loynaz. Voces esencialmente independientes son Félix Pita Rodríguez (*Corcel de fuego*, 1948); Samuel Feijóo (autor de numerosos textos, los más importantes *Beth-el*, 1949; *Fúz*, 1956; *Himno a la alusión del tiempo*, con poemas de 1954 a 1958); Ángel Gaztelu (*Gradual de laudes*, 1955); Alcides Iznaga

(*El barrio y el hogar*, 1954; *Hojas evasivas*, 1956); Jesús Orta Ruiz (*Guardarraya sonora*, 1946; *Bandurria y violín*, 1948; *Estampas y elegía*, 1955; *Boda profunda*, 1957). El caso de Feijóo nos deja ver, en sus más altas y poderosas páginas, una sobrecogedora plenitud: lirismo intenso y de riqueza extraordinaria en su diálogo único con la naturaleza cubana, poesía de gran aliento y vitalidad en su riqueza conceptual, a la que no es ajena la magnificencia de los románticos y de los poetas filósofos. Algunos de los creadores que, en las décadas posteriores a 1958, conformarían un nuevo discurso, comienzan a publicar antes de esa fecha, como Fayad Jamís (*Brújula*, 1949; *Los párpados y el polvo*, 1954), Roberto Fernández Retamar (*Elegía como un himno. A Rubén Martínez Villena*, 1950; *Patrias*, 1952; *Alabanzas, conversaciones*, 1955), Pablo Armando Fernández (*Salterio y lamentaciones*, 1953; *Nuevos poemas*, 1955), y Heberto Padilla (*Las rosas audaces*, 1948), libros en los que se aprecia, con la excepción del primero de Jamís, una calidad que permite pensar que sus autores alcanzarían una relevante significación en la poesía cubana durante los años subsiguientes. A esos nombres de los más jóvenes se añade el de Clea Solís, autora de un libro de singulares calidades: *Vigilias* (1956), cercano a la sensibilidad de los poetas origenistas.

A lo largo de los seis decenios que van desde la intervención norteamericana en nuestro país hasta el triunfo revolucionario en 1959, se va integrando una tradición, una historia espiritual con importantes aportes al género en el ámbito de nuestro idioma. Resulta incuestionable, dentro del conjunto de tendencias y obras que conforman ese rico panorama, que la extraordinaria obra de los poetas reunidos en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956) constituyó el más trascendente movimiento renovador de toda esa época de nuestra historia. Su lección fue múltiple: desde la riqueza intrínseca de sus textos hasta las ideas y preocupaciones de las que se nutrieron y que introdujeron en la cultura cubana, entre ellas la búsqueda de una integración de poesía e historia y la de plantearse un diálogo a fondo con la tradición, desde la que erigen, con una creatividad del más alto linaje, una obra de rango universal. En sus postulados teóricos y en las respectivas obras de cada uno de los integrantes de este grupo, hallamos un pensamiento en busca del sentido último de la poesía, centro generador del acervo que dejaron estos libros durante esos años. Las voces más auténticas y perdurables de las restantes tendencias dejaron asimismo obras capitales, si bien no crearon un movimiento de ideas y de inquietudes de la talla y la importancia que hallamos en los origenistas. Las prosas reflexivas de Lezama y de Vitier no tienen paralelo a todo lo largo de la República. Son textos que rebasan los límites de la especulación literaria y se adentran en la

vida del espíritu. Íntimamente relacionadas con los poemas que ambos iban escribiendo durante aquellos mismos años, esos ensayos constituyen una poética explícita que nos permite adentrarnos en las respectivas cosmovisiones de ambos poetas. Ahí encontramos un diálogo intenso y hondo con la tradición y una mirada a la cultura que no dejaron otros autores de esa época, ausencia lamentable. Si bien Guillén, clásico indiscutible de nuestra poesía, logró expresar como nadie lo más visible de nuestra identidad, y Dulce María Loynaz, Ballagas, Brull y Florit encarnan lo más perdurable del intimismo en sus vertientes neorromántica y purista, Lezama y los restantes miembros del grupo Orígenes trajeron un diálogo de otra naturaleza: el de la poesía y el conocimiento, la poesía y la realidad en su dimensión más vasta, en su sentido absoluto.

Notas

1. Tomamos como inicio el año 1899 porque desde entonces se viene preparando, con la intromisión norteamericana en nuestros asuntos precisamente en esa fecha, el ambiente en la isla para la instauración de la República en 1902. Este trabajo no pretende más que dar un rápido panorama de la poesía cubana de los años republicanos. No es posible, pues, en estas breves consideraciones, que nos adentremos en las diversas y complejas problemáticas de tantos poetas y libros. No nos hemos propuesto demostrar nada, sino solo ir caracterizando los diferentes movimientos de nuestra poesía de esa época mediante los rasgos que creemos que los definen mejor. No hemos intentado más que un sucinto bosquejo de las líneas y de los autores que integran la historia de la poesía en Cuba durante esos seis decenios.
2. Véase Regino Botí, «Notas acerca de José Manuel Poveda, su tiempo, su vida y su obra» [1928], *Crítica literaria*, selección, prólogo y notas de Emilio de Armas, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 1985, pp. 127-44. La cita en la página 132.
3. Esteban Borrero Echevarría, «Prólogo», en Francisco Díaz Silveira, *Fugitivas*, La Habana, 1901, pp. 9-10.
4. Enrique Saínz, *Trajectoria poética y crítica de Regino Botí*, Editorial Academia, La Habana, 1987.
5. Su obra fue compilada con el título de *Barcos que pasan*. Recopilación, notas y prólogo de Jorge Iglesias, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.
6. Pedro Henríquez Ureña, «El modernismo en la poesía cubana», [1905], *Ensayos*, selección y prólogo de José Rodríguez Feo, Casa de las Américas, La Habana, 1973, pp. 3-12.
7. Se hace cada día más necesario un serio estudio del modernismo en la poesía cubana, del que saldría, entre otras muchas conclusiones, la del aporte real de los años 1899-1912 a ese movimiento y sus verdaderas relaciones con los postulados literarios de otros movimientos.
8. Cintio Vitier, «Introducción», *Cincuenta años de poesía cubana (1902-1952)*, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1952, pp. 1-7.

9. Enrique Saíenz, ob. cit., pp. 85-6.
10. Raúl Roa, «Una semilla en un surco de fuego» [1936], en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, t. I, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978, pp. 13-91, y Juan Marinello. «25 años de poesía cubana. Derrotero provisional», *Literatura hispanoamericana. Hombres, meditaciones*, Ediciones de la Universidad Nacional de México, México, D.F., 1937, pp. 113-42.
11. La actitud de Boti y de Poveda es la asumida prácticamente por todos los modernistas, según la tesis de Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*, Gredos, Madrid, 1963.
12. Cintio Vitier, «Agustín Acosta», *Cincuenta años de poesía cubana. (1902-1952)*, ob. cit., p. 81.
13. Juan Marinello, ob. cit., p. 124.
14. Roberto Fernández Retamar, *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)*, Orígenes, La Habana, 1954, p. 35. De este libro tomamos las modalidades de la poesía social a las que nos referimos en este trabajo.
15. Cintio Vitier, «La poesía de Emilio Ballagas» [1954], *Crítica cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988, p. 402. Recientemente apareció en *La Gaceta de Cuba* (La Habana, n. 6, noviembre-diciembre de 1997) un atendible ensayo de Luis Álvarez, en el que disiente de algunas de las interpretaciones que ha hecho la crítica de la obra de este poeta, entre ellas la mía, en el ensayo «La poesía pura en Cuba: algunas reflexiones», recogido en mi libro *Ensayos críticos* (Ediciones Unión, La Habana, 1989, p. 110-31). La tesis de Álvarez descansa en las afirmaciones que hace el propio autor en torno a su poesía. Acerca de la línea purista en nuestro país consúltese Marta Linares Pérez, *La poesía pura en Cuba y su evolución*, prólogo de José Olivio Jiménez, Colección Nova Scholar, Playor, S.A., Madrid, 1979, donde se estudia esta tendencia en Ballagas, Brull, Florit y otros poetas, con una riquísima bibliografía al final.
16. De los autores incluidos por Vitier en su antología del Grupo Orígenes, *Diez poetas cubanos. 1937-1947*, Orígenes, La Habana, 1948. Justo Rodríguez Santos no se integra en realidad a la estética del grupo, pues su obra se caracteriza por una esbeltez de trasfondo neorromántico, formas ceñidas, así como otras preocupaciones muy diferentes a las que nutren a los creadores reunidos en torno a la revista de la que toman el nombre. Aunque se trata de un tema polémico, asumimos que estos poetas, junto al músico Julián Orbón

y los artistas plásticos que colaboraron en la revista, constituyen un grupo por la comunidad de ideas y de búsquedas que los caracteriza. Además de Rodríguez Santos podríamos entrar a considerar si Ángel Gaztelu merece, a la luz de su poesía, ser considerado parte de estas inquietudes y propuestas; su condición de amigo de Lezama y de los restantes poetas no lo convierte en origenista. A propósito de Baquero podríamos asimismo cuestionarnos, con menos razones, su participación en este movimiento. Lezama insistía en que Baquero no era del grupo porque solo había publicado en el primer número de *Orígenes*. Hacia 1944, el autor de *Saúl sobre su espada* abandona su diálogo con el grupo, deja de escribir poesía y se dedica al periodismo hasta su salida definitiva del país en 1959. Entre los trabajos que se han escrito en Cuba sobre estos poetas, menciono los siguientes libros, en los que el lector hallará acercamientos de conjunto: *En torno a la obra poética de Fina García Marruz* (Ediciones Unión, La Habana, 1987) y *Orígenes: la pobreza irradiante* (Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994), de Jorge Luis Arcos, y *La obra poética de Cintio Vitier* (Ediciones Unión, La Habana, 1998), de Enrique Saíenz.

17. Frase de una carta que Lezama le escribe a Vitier en 1939 para contestar a una invitación que el joven autor de *Luz ya sueño* (1938) le había hecho para leer poemas en la Universidad, recogida en «De las cartas que me escribió Lezama», en su libro *Para llegar a Orígenes* (Ediciones Unión, La Habana, 1994).

18. Frase reproducida por Cintio Vitier en su *Crítica cubana*, ob. cit., p. 425.

19. Cintio Vitier, «Introducción a la obra de José Lezama Lima», *Crítica cubana*, ob. cit., pp. 415-70.

20. La afirmación apareció en *Orígenes* (La Habana, n. 21, 1943). Fue reproducida en José Lezama Lima, «Señales. La otra desintegración», *Imagen y posibilidad*, selección, prólogo y notas de Ciro Bianchi Ross, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 196.

Cuba: música, anhelo y sociedad

Alan West-Durán

Profesor. Northeastern University, Boston.

Cuba, país obsesionado por la historia, tiene monumentos a sus grandes próceres, como Martí, Maceo y Gómez. ¿Dónde están los monumentos a sus grandes creadores musicales? ¿No dijo el Maestro que donde mejor se revela el alma de un pueblo es en su música? Ella es nuestra religión nacional. Tal vez los instrumentos de la memoria colectiva requieren de otros acercamientos. Roland Barthes dijo que habíamos pasado de la época de los monumentos a la de la fotografía. Al tiempo casi mítico del monumento, le sigue la foto —testigo irrefutable de «yo-estuve-allí»— con su aplanamiento de texturas a dos dimensiones. Dice el teórico francés que eso merma nuestra capacidad para concebir la duración en términos simbólicos o afectivos y que, por lo tanto, «la época de la fotografía es la de las revoluciones, controversias, asesinatos políticos, explosiones, en breve, de las impaciencias, de todo lo que se niega a madurar».¹ Lo que soslaya aquí es que la foto no es por necesidad sustituta de la memoria, sino su catalizante.

Toda memoria implica una ausencia, sea temporal o física. Esta lejanía es afectiva, histórica y simbólica.

En su dimensión afectiva siempre conjura la palabra nostalgia, cuyo origen viene de *nostos* (regreso) y *algia* (dolor o luto). Curiosamente, la palabra para enfermedad en griego es *nosos*, así que la rica asociación entre memoria y padecimiento (*nos[is]*), ya nos advierte sobre dos grandes trampas del memoriar: negar la maduración —como diría Barthes—, y evitar ese anhelo de la plenitud, de lo completo que siempre subyace en el impulso nostálgico. La primera congela el tiempo (la historia); la segunda, la diferencia (clase, raza, género) y la significación (su ambigüedad y pluralidad).

La distancia física también se sitúa. Se dice que la memoria cobra contorno en un lugar, y la historia en los sucesos. Anclaje y dispersión. Esa distancia se puede vencer con la memoria y no hay nada que la desate más que el olor y la música.

En la trova y la canción cubanas se sintetizan olor y música en la boca, los labios. La memoria tiene sabor, gusto, saber. Cultura oral: nos gusta conversar, deglutir, besar, saborear. La vista siempre desempeña un papel importante al enamorarnos, pero es la voz, la palabra, el diálogo lo que provoca algo más duradero que la

pasión. Bien lo dijo Nietzsche: «Cuando entra al matrimonio, uno debe preguntarse: ¿crees que podrás sostener buenas conversaciones con esta persona hasta la vejez? Todo lo otro en un matrimonio es transitorio, porque la mayor parte del tiempo por compartir va a ser en conversación».

Ejemplos de esta bucomanía abundan: «Aquella boca», de Eusebio Delfín; «Después de un beso», de Jorge Anckermann; «Sublime ilusión», de Salvador Adams; «Alma de roca», de Lily Batet, para hablar de los más obvios. En una reciente colección de cien canciones, realizada por Cristóbal Díaz Ayala, por lo menos veinte mencionan besos, labios, boca, el perfume del aliento, etc. El premio, sin duda, le corresponde a «Besar», de Juan Bruno Tarraza. Empieza con una contundente dulzura: «¿Quién no sabe/ que nada sabe como el besar?/ ¿Quién me lo niega/ si es de la vida/ punto inicial?» Tarraza ha elevado el beso a una especie de categoría metafísica. Pero la canción cobra un giro más misterioso, conjugando la enfermedad del amor —viejo tópico quevediano— con otra alusión matemático-filosófica de disyuntiva: «Te besaré con ansias,/ con fiebre loca;/ que da tu boca,/ no contaré los besos/ porque no hay cifras/ en el besar». A la infinitud de la pasión (deseo) se presenta lo emblemático del amor: el beso como cifra del amor. Usualmente el primer orificio que se ofrece en la exploración erótica, con un cuádrivio tonificante de carne y calor, aliento y líquido, el beso es síntesis diminuta e infinita de los cuatro elementos. Equilibrio profundo de lo delicado y la devo(r)ación. El primero, como empalme de pétalos, va creando una escritura de filigrana del placer —que siempre es localizable, el deseo no—, el segundo es emblema móvil y vibrátil que oscila entre lo místico y antropofágico. Curiosa paradoja: la boca, vía de lo verbal, calla en el beso, deviene antítesis de la palabra; la saliva se hace río de silencio. Admirable logro filosófico: (di)solución del sujeto y objeto, sabor es saber. Un feliz, jugoso y dilatado empirismo. La canción termina evocando la infinitud del beso: «Y así seguir viviendo,/ seguir amando, seguir besando,/ hasta que el sueño venga,/ y luego en sueños/ besarnos más».

En el beso, la boca opaca al mundo. Esta utopía hecha de carne, saliva y sueño, hace pensar en Ernest Bloch, cuyos escritos sobre música siempre indagan en sus dimensiones utópicas. Hay que aclarar que el utopismo de Bloch en cuanto a la música no se trata de algo programático, sino de un anhelo, un impulso anticipatorio, un libre ejercicio de la imaginación que potencia las alternativas latentes del pasado y del presente. El utopismo blochiano no es programa detallado de acción donde todos piensan igual, sino uno dialogado y compartido, parecido a lo que dice Richard Kearney cuando discute las dimensiones éticas

de la imaginación —utópica, testimonial y empática. Parafraseo a Kearney en lo que sigue: Lo utópico revela lo posible dentro de lo actual, lo otro que subyace en lo mismo, lo nuevo encerrado en lo viejo. La imaginación hace posible discernir lo que es desemejante en lo semejante y lo semejante en lo desemejante. Aristóteles asocia este poder con el tropo de la metáfora, de ahí que música y literatura encierran los tropos de la historia.

Kearney matiza su definición de lo utópico rechazando los modelos tradicionales que esbozan una visión de aborrecible unanimidad:

Los horizontes utópicos de la imaginación social proponen objetivos abiertos que motivan una variación libre de mundos posibles. No están prestablecidos o determinados de antemano. Son tentativos, provisionales, y frágiles. La universalidad del u-topos deriva del hecho de que no es la posesión exclusiva de nadie y a la vez es la posibilidad de todos.²

Es decir, las diferencias convergen sin perderse del todo. Sería imposible concebir la solidaridad humana sin tomar esto en cuenta. La imaginación artística, dentro de tales parámetros abiertos, cumple la función —entre muchas otras— de enseñarle a la política a desconfiar de sí misma, de hacer ver que sus palabras pueden ser entelequias —o mentiras—, que el discurso científico puede encubrir más que descubrir. De cierta manera, el artista celebra su propia «inutilidad» en cuanto al pragmatismo de lo político. Quizás el máximo ejemplo sería el afán de Sócrates en tocar una nueva melodía en la flauta, cuando ya sabía que iba a morir. Le preguntaban de qué le servía y su respuesta fue seguir tocando. La virtud estaba en sonar. No hablamos de una imaginación sin raíces en la realidad, sino de lo que dice Paul Ricoeur al afirmar, «sin imaginación no hay acción» ya que actuar no es puro suceso, sino acto simbólico-social.³ En el Caribe, lo utópico subyace profundamente en nuestro quehacer literario, y basta con nombrar algunos ejemplos célebres: Aimé Césaire, en su *Cuaderno de retorno al país natal*, Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo*, Alejo Carpentier, en *El siglo de las luces*, y Wilson Harris, en *The Guyana Quartet*. También hay ejemplos de visiones antiutópicas; el más perspicaz y sardónico tal vez sea *La isla en peso*, de Virglio Piñera. En la música cubana podríamos hablar de *Cecilia Valdés*, de Gonzalo Roig; Amadeo Roldán trabajando los versos de Guillén, o el extraño «Exotic Suite of the Americas» de Dámaso Pérez Prado.

Ortega y Gasset, en un ensayo sobre traducción, habla sobre un utopismo bueno: «Lo único que el Hombre no logra es precisamente lo que se propone hacer, y esto va en su favor. Esta confluencia de la realidad con el demonio de lo imposible provee el universo con el único desarrollo del cual es capaz [...]

Glorioso período de la música cubana, cuando además de los trovadores y de extraordinarios danzones (de José Urfé, los Grenet, Julio Brito, Gonzalo Roig, Antonio María Romeu), se dio el nacimiento de la criolla, Anckermann asume la dirección del Teatro Alhambra, Sánchez de Fuentes estrena óperas, y tanto María Teresa Vera como Ernesto Lecuona inician sus carreras.

El buen utopista [...] es un realista inexorable».⁴ El «toma y daca» de la transculturación implica ver e imaginar lo imposible dentro de lo cotidiano, y es realista porque entra en negociación, se burla de, o resiste los límites de las condiciones históricas sin eludir su facticidad. Es decir, como acto de traducción, como anhelo utópico, la transculturación es una práctica hermenéutica histórica.

¿Cómo se vinculan traducción y transculturación? La transculturación es un proceso metafórico que encuentra lo semejante dentro de lo disímil, y viceversa, justo la dimensión utópica que se subrayó anteriormente. Es movimiento, y la palabra metáfora, etimológicamente significa *movimiento*, ritmo de lo literal a lo figurativo, lo cual implica un acto de transformación. La metáfora, al desplazar o mover el significado de un lado para otro, al tomar prestado de un dominio de «pertenencia original» y llevarlo a un nuevo sentido, podría verse como una manera personal-poética o histórico-poética de resolver problemas. «Un regreso al hogar vía un tránsito por la otredad», como decía Heidegger tan sugestivamente. ¿De qué otra manera, para tomar un ejemplo, se puede explicar que la Virgen de la Caridad del Cobre sea esa confluencia tan extraordinaria de Atabey, Oshún, y La Virgen de Illescas? Este traslado no solo refleja el movimiento del pensamiento —la metáfora es conceptual y no solo retórica—, sino otros tipos de desplazamientos en la historia cubana y caribeña: migraciones, esclavitud, el péndulo de los acontecimientos políticos y sociales con sus vaivenes de lealtad y traición, la cocina, los ritmos de la naturaleza y más aún los de la música, el contrapunto de evento y contexto.

Dada esta definición de la transculturación, podríamos decir que es una metáfora extendida. Es más, podríamos afirmar que la transculturación es un proceso continuo de traducción no solo en lo lingüístico, sino a nivel racial, *musical*, económico, social, culinario y cultural.

¿Qué implica la transculturación como traducción en un contexto cubano-caribeño en cuanto identidad? La transculturación —tal como la traducción— requiere escuchar atentamente, como todo buen músico; estar

abierto al otro, lo otro. Es realmente una filosofía del escuchar, lo que significa que la transculturación es una forma ingeniosa de filosofar a nivel racial, histórico, musical, culinario y cultural. No olvidemos que Derrida, Davidson, Ricouer, Benjamin, Gadamer y otros han destacado la importancia de la traducción para la filosofía. Escuchar no es una actividad pasiva, es una conciencia partícipe, espina dorsal de una ética dialógica del entendimiento.

Como proceso histórico, es transindividual: toma dos o más elementos y al traducirse el uno al otro transforma a ambos, por lo tanto es dialógico o polilógico. Eventualmente, nombra algo nuevo, crea otro lenguaje. Como traducción, la «traición» del original es una forma de creatividad o resistencia (por ejemplo, la Santería). La transindividualidad implica que es un esfuerzo colectivo, sobre todo.

En cuanto a identidad, el sujeto caribeño (cubano) es anticartesiano, está estructurado por el paisaje, una comunidad, el inconsciente colectivo. Nos dice Glissant: «somos hablados colectivamente por las palabras en vez de lo contrario». ⁵ La transculturación siempre conlleva un sujeto inacabado, algo que evoluciona constantemente, la añanidura de nuevos elementos, la presencia de nuevos nacimientos desde las entrañas de lo viejo. En la cultura supone la elaboración de nuevas definiciones, cada una de ellas una interpretación, una traducción, un mito de creación.

Es una forma de interpretación histórica —y no olvidemos que para Gadamer traducción es interpretación y creación— que incluye documentos, material de archivo y también mitos, folklor, tradiciones orales, sueños, rumores, chismes, poesía y canto. La realidad cubana en cuanto movimiento y transformación, necesita la metáfora para comprenderla. Como dice Paul Ricouer, «una buena metáfora siempre nos enseña algo nuevo sobre la realidad». ⁶ Un historiador tradicional siempre traza una línea firme entre el presente y el pasado. De cierta manera, el pasado debe estar muerto. Así que el historiador debe ejercer las prácticas arcanas de la resurrección, la animación y la ventriloquia. En Cuba, el pasado no está muerto, y no por la razón tan obvia

de que tiene peso en el presente, sino porque todavía conversamos con nuestros muertos. Practicamos el arte de la memoria viva, un animismo astuto y la conversación infinita.

El danzón y la primera época republicana

Hasta en los ejemplos aparentemente más benignos de la transculturación —que son los de la música—, vemos los sucesos sangrientos de la historia. Tomemos el danzón, que comenzó como la *country dance* de los ingleses y al cruzar al continente europeo se hizo la *contredanse* francesa, tocada en piano, violín y flauta, y también contradanza en España. Los franceses lo llevaron al Nuevo Mundo. De Haití llegó a Santiago de Cuba, después de la revolución de Toussaint L'Ouverture (1791-1804), traído por «los negros franceses». Los cubanos le añadieron la percusión, los güiros y las maracas. Algunos danzones también usan melodías y ritmos chinos. No obstante su sonoridad dulce y pausada —Ortiz llamaría a la música afrocubana «un ron sonoro para los oídos»—, el danzón no sería lo que es si no fuera por una insurrección de esclavos que dio el primer país independiente en América, el primero que también abolió la esclavitud. Sus raíces, entonces, van unidas al sufrimiento social y las tensiones étnicas del Caribe.

El danzón sigue siendo símbolo idóneo de cubanía, dulce confluencia de elegancia y erotismo, coquetería y sobriedad. Sin tener que describir su largo y complejo itinerario, es el danzón lo primero que se distingue de lo español de manera notable, y tal vez no sea casualidad que su surgimiento se produzca justo durante la Guerra de los Diez Años. Aunque se da como su punto de partida el primero de enero de 1879, en el Liceo de Matanzas con «Las alturas de Simpson», de Miguel Faílde, su evolución tomó décadas y varias etapas de transculturación. Su difusión inicial causó indignados comentarios de la prensa conservadora y proespañola, donde fue tildado de escandaloso, de la clase baja (léase de negros) y de moralidad dudosa (libidinosa), comentarios que se reciclarán más adelante, acerca del son, la rumba y otras manifestaciones de lo afrocubano. Sin duda, la actitud proindependentista o patriótica de los compositores del danzón ayudó a que se conformara en emblema nacional-musical: artistas como Ignacio Cervantes, Raimundo Valenzuela, Guillermo Tomás, y Faílde fueron incansables luchadores a favor de la soberanía cubana.

Dice Tony Évora: «el danzón es invención de criollos pensando como cubanos, toda una elucubración mulata sin mayores complicaciones». ⁷ Con su compás

inconfundible marcado por el güiro y el timbal, el danzón ha evolucionado, siempre cambiando para sobrevivir. Después de su auge máximo que va hasta 1920, decae, resucita con el danzonete (1929), se ensancha más en los 30 con Arcaño, Cachao y Orestes López, haciéndose danzón-mambo, hasta que el apogeo del cha-cha-chá lo vuelve a colocar en un lugar central. Y aunque no tiene la hegemonía de antes, aún hoy el danzón se sigue componiendo bajo nuevas vertientes, como Ediciones Vigía deja ver al publicar danzones contemporáneos de autores como Vicente Hernández Morejón, Orlando Martínez Rodríguez, Rubén Aguiar Muñoz, Jorge Luis Montaña Ruiz y Julio Font Pavón. ⁸

Évora piensa que el danzón es «una suerte de compromiso entre las fuentes originales para un país que se estrenaba como República el 20 de mayo de 1902». ⁹ Bien podría ser cierto, y creo que tiene que ver con lo que Natalio Galán define como lo característico del danzón: sus extensiones y contrastes son como un *collage* sonoro. He aquí lo que permite que el danzón incorpore muchos elementos distintos: su libertad melódica posibilita que maneje arias operáticas, pregones, sones, guarachas, canciones, boleros, *bits* de Broadway, canciones de películas, jazz, piezas clásicas. Y Emilio Grenet dice que es esto lo que acabó con el danzón, pues solo dejó los primeros ocho compases (la introducción, en muchos casos repetida) como zona de innovación y creación. No estoy completamente de acuerdo, ya que el danzón siempre tuvo una parte acelerada (la parte D de una estructura ABACAD o ABAD o ABD) que le permitía introducir ritmos y guajeos distintos. Otros factores contribuyeron también a su decadencia (ausencia de parte cantada, presiones económicas, auge del son y el cine).

El danzón y los trovadores dominaron los primeros veinte años de la República. Entre los últimos se destacaron Sindo Garay, Alberto Villalón, Manuel Corona y Rosendo Ruiz. Y, claro, Patricio Ballagas, quien desarrolló canciones trovadorescas que usaban doble texto, con otra melodía superpuesta. En «Nena» por ejemplo, cantada por María Teresa Vera y Lorenzo Hierrezuelo, se oye este contrapunto interpretado por dos de los grandes cantantes del siglo.

Glorioso período de la música cubana, cuando además de los trovadores y de extraordinarios danzones (de José Urfé, los Grenet, Julio Brito, Gonzalo Roig, Antonio María Romeu), se dio el nacimiento de la criolla, Anckermann asume la dirección del Teatro Alhambra, Sánchez de Fuentes estrena óperas, y tanto María Teresa Vera como Ernesto Lecuona inician sus carreras.

A su vez el país atraviesa varias crisis, entre ellas la intervención norteamericana de 1906-1909, la «guerrita» de 1912 (con un saldo de 4 000 muertos), la prohibición

de las comparsas en 1913, la rebelión liberal de 1917, que condujo a otra intervención militar norteamericana en la provincia de Oriente que duró hasta 1922.

Jorge Ibarra ha señalado que, además del mundo novelístico y del ensayo, la décima y el teatro popular (musical) nuclearon expresiones de desorientación y descontento de los sectores populares durante el primer cuarto del siglo. Las décimas muchas veces retrataban una situación de explotación y miseria, y los peligros de una soberanía intervenida. He aquí una de 1921, titulada «¡Pobre Liborio!»:

*Presente deben tener
entre penas y sollozos
que la caña está a tres trozos
y el azúcar sin vender.*

*Mas si no se quieren ver
bajo una extraña tutela,
no soplen más la candela
porque el tiempo viene malo,
y en tal ciclón cada palo,
tendrá que aguantar su vela.*

[...]

*Y si pierden el trabajo,
milagro si no guapean
con Liborio, aunque lo vean
flaco como un bacalao;
el pobre está tan salao
que hasta los perros lo mean.¹⁰*

También los sainetes y obras musicales del Teatro Alhambra presentaron duras críticas en un país azotado por la incertidumbre económica, el faccionalismo político, la sospecha, la discriminación racial y las divisiones de clases. Aunque el teatro bufo del XIX nos muestra una cierta convivencia racial, antes de que existiera en realidad, *Las cosas de Cuba* (1915), de Anckerman, muestra una triste realidad donde la convivencia es todavía un sueño lejano. En la obra se destaca Pancho Cabulla, un negro que ha peleado tres años en la manigua (1895-98) con alto rango: «¡Coronel yo, caballeros! ¡Fíjense bien, coronel! [Ahora estoy] De vendedor ambulante y gracias. ¡Cómo se chotea todo en Cuba, caballeros!». Más tarde en la obra responde a una pregunta así: «Luché para ver a mi patria libre, mas no para que me dieran un destino». O sea, en la segunda Guerra de Independencia luchó como cubano pero al llegar la República, volvió a ser «un negro». No es de extrañar que el personaje de Pancho Cabulla diga al final de la obra que «la república [era] una continuación de la colonia».¹¹

Lo anterior no anula lo que se ha dicho sobre la transculturación. Ver a la sociedad y/o la música cubanas como transculturadas no quiere decir que en ellas haya desaparecido el racismo o que son nociones donde opera una democracia racial. Todo lo contrario. Implica ver que aunque es un país fundamentalmente afrocaribeño, su africanía tiene distintos grados de ser

celebrada, aceptada (con o sin resignación) o rechazada. Los mejores ejemplos de transculturación se manifiestan en la comida, la música y la religión (sin olvidar las mezclas raciales) más que en la política, la economía, o lo jurídico. ¿Por qué será así? Además del obvio legado de la esclavitud, cuyos efectos no se borran tan fácilmente, habría que añadir que en estos últimos las relaciones de poder son menos flexibles, que los cambios sociales o sistémicos son extraordinariamente complejos y, por lo tanto, van a un ritmo más lento que los artísticos o culturales. Sin duda, es más fácil —aunque no exento de luchas— que la música o la comida cruce fronteras de clase o raza que la propiedad, un negocio o un estilo de gobierno.

En la transculturación hay acumulación, transformación, enfrentamientos de poder, puede estar en distintas etapas de desarrollo: incipiente, exitosa, fallida, para no decir casi siempre incompleta. Diríamos que abarca distintos tipos de mezcla: el sincretismo (religión), la hibridez (biología y cultura), lo genético-humano (mestizaje), la creolización (lenguaje), el criollismo (música-sociedad), el «ajiaquismo» (cocina). Cada uno tiene su propio ritmo e historia, su relación con el poder, su capacidad de resistencia, transformación y habilidad para establecer una contrahegemonía.

El rechazo de lo afrocubano en las primeras dos décadas del siglo variará en los años 20, generando una mayor aceptación en la población, pero a la vez una reacción que iba desde la apropiación (y blanqueamiento) de algunos de los elementos del son, hasta instancias de prohibición. En 1920 es cuando el son despegó en La Habana: se crea el Sexteto Habanero, se publica *La Nueva Lira Criolla*, debutan Rita Montaner y Mariano Meléndez, Fernando Ortiz publica *La fiesta afrocubana de los reyes* y Moisés Simons lanza el pregón «El manisero» (otros dicen que en 1922). Si eso fuera poco, también es el año de La Danza de los Millones, que vio el precio del azúcar cubano subir, en cuatro meses, a 22,5 centavos la libra para luego desplomarse a 3,7. También fue el primero de tres años bajo la tutela del General Enoch Crowder. Al año siguiente muere Miguel Faílde, y se estrenan las óperas *El caminante* de Sánchez de Fuentes, y *La esclava* de Mauri.

La mayor incidencia de lo afrocubano, sin embargo, genera una fuerte reacción: una resolución del Secretario de Gobernación (21 noviembre de 1922), trata de limitar o prohibir bailes, ceremonias, procesiones y otras manifestaciones de lo que se consideraba «brujería». Cito:

Resuelvo prohibir en todo el territorio de la República, como perjudiciales a la seguridad pública y contrarios a la moral y a las buenas costumbres, los bailes de la naturaleza a que se deja hecha referencia y especialmente el conocido con el nombre de «bembé», y cualesquiera [sic] otras

ceremonias que, pugnando con la cultura y la civilización de un pueblo, están señaladas como símbolos de barbarie y perturbadoras del orden social.¹²

El texto de la resolución deja claro que estaba dirigida contra las sociedades ñáñigas, pero su naturaleza general lo volvió un ataque generalizado contra las manifestaciones religiosas y musicales afrocubanas. No olvidemos que los tambores batá no aparecieron en público hasta 1936 y que la prohibición en contra de las comparsas no fue retirada, en definitiva, hasta 1937. Lo interesante del documento, como señala Díaz-Ayala, es que se hace referencia a los blancos que también participan de estas ceremonias: «cultos a los que no es ajena la concurrencia de personas, que a juzgar por su porte y compostura, parecen de posición holgada».

El son —como el danzón— fue altamente criticado por las clases medias y altas de la época. Pero la cintura pudo más que la censura. Ya para mayo de 1925, el presidente Machado invitó a que La Sonora Matancera (en ese entonces un septeto) tocara en su fiesta de cumpleaños. Pocos meses después, declaró que los sones se podían tocar en clubes, cabarets y restaurantes siempre y cuando no fueran «escandalosos».¹³

Con solo mencionar tres nombres, Ignacio Piñero (1888-1969), Miguel Matamoros (1894-1971) y Arsenio Rodríguez (1911-1970/1) se puede hacer un recorrido del son, que daría constancia de su gran arraigo y difusión. Tal arraigo quizás motivó estos versos de César Portillo de la Luz: «El son, como el romerillo, te conserva la salud». Extraordinaria confluencia, encauzada para sanar.

La riqueza del son estriba en sus cuatro planos rítmicos: las figuras de ostinato y melodía de la guitarra y el tres, las improvisaciones variables del bongó, el patrón fijo de las maracas y claves y la figura sincopada del bajo que da el fundamento armónico a la parte cantada. Esta complejidad y riqueza ha dado todo tipo de géneros soneros: el bolero-son, la guaracha-son, el danzón-son (Urfé lo incorporó a «El bombín de Barreto», en 1910), la criolla-son, el mambo-son, etc. Arsenio añade más metales, percusión, y los vincula más a la clave, ejemplificando esa frase de Fernando Ortiz sobre la médula de la música afrocubana: nueva combinación de «metales, madera y cuero». Arsenio, además de componer canciones de gran sabor, interpretó melodías de contenido: «Bruca maniguá» (sobre la esclavitud), «La vida es sueño» (bolero de honda raíz filosófica y calderoniana) «No hace na' la mujer» (una sarcástica composición feminista sobre la doble jornada de la mujer), «Los tres Juanes» (sobre la pobreza y el hambre aunque rogándole a la Virgen de la Caridad del Cobre). Las últimas composiciones son de Bienvenido Julián Gutiérrez (1900-1966), una de las figuras cumbres del son.

La vida de Arsenio nos recuerda que el son, aunque una forma musical transculturada, no fue completamente exitoso en todos los planos. Muchas veces rechazado o marginado por su color, se trasladó a Nueva York y luego a Los Angeles para hallar un ambiente más propicio para su trabajo. Murió en la pobreza.

Los años 20 no solo fueron del son: Cuba, en medio de un régimen dictatorial, se sacudió y en los medios artísticos se alcanzaron logros extraordinarios. Surgen García Caturla (1906-1940) y Amadeo Roldán (1900-1939) como importantes figuras,¹⁴ se fundan tanto la Orquesta Sinfónica (1922), como La Filarmónica (1924); se forma el Grupo Minorista (1923), y en 1927 *Revista de Avance* (*Carteles* existía desde 1919). La revista *Musicalia*, dedicada a la música experimental, salió en 1928. En 1927 se estrena *Niña Rita*, zarzuela de Ernesto Lecuona y Eliseo Grenet, con su canción «Mama Inés» que hará famosa a Rita Montaner. En los próximos años, se estrenaron el *El Cafetal* (1928), *María la O* (1930) —ambas de Lecuona— y *Cecilia Valdés* (1932) de Gonzalo Roig. En 1922 se había introducido la radio en Cuba, medio que ayudará a difundir y a comercializar la música popular cubana. Ya a finales de la década, en París y luego en los Estados Unidos, la música cubana cobrará relieve mundial.

Al mencionar aquellas zarzuelas, cabría señalar que en este período se retoman muchos símbolos o iconos de la cubanía, entre ellos la figura de la mulata. Ya varios estudiosos han discutido su historia en la literatura y también en la música.¹⁵ Siempre se (re)presenta como símbolo sexual, alguien que transgrede las normas de la sociedad (léase matrimonio), algo frívola, voluble, inconstante, deseosa de mejorar su posición. Cuando se describe, hay demasiado énfasis en lo físico (hombros, caderas, nalgas). Los estereotipos, sexismo y racismo que subyacen en estas representaciones son innegables, pero no es todo lo que hay. La mulata es parte de lo que Marita Sturken llama la memoria cultural, que se diferencia de la memoria personal y la historia. Es un campo de significados y significantes bajo disputa, que tiene que ver con lo nacional —especialmente con eventos traumáticos— y donde se vislumbran las estructuras (continuidad) y fracturas (rupturas) de una cultura. Se dice que nuestra cultura y nuestra música (el danzón, el son) son amuladas. Esta verdad nada sencilla es también una fantasía, si aceptamos la siguiente definición: es la puesta en escena de un deseo inconsciente. Muchas veces esa fantasía se presenta como formación transaccional, es decir, la fantasía distorsiona la idea o el trauma a tal punto que es irreconocible. Esa distorsión, claro, es una defensa, y como dice Lacan, la fantasía es como una imagen

El danzón sigue siendo símbolo idóneo de cubanía, dulce confluencia de elegancia y erotismo, coquetería y sobriedad. Sin tener que describir su largo y complejo itinerario, es el danzón lo primero que se distingue de lo español de manera notable, y tal vez no sea casualidad que su surgimiento se produzca justo durante la Guerra de los Diez Años.

congelada de una película, haciéndola algo inmóvil, de fijeza.

La fantasía cubana de la mulata es utópica al querer presentarla como símbolo nacional. También lo es porque pretende presentar una conciliación, que ignora los síntomas de una sociedad explotadora. Pero allí empieza el dilema: confunde el placer —localizado en el cuerpo de la mulata— con el deseo —proliferante y no localizable. A nivel racial pasa algo parecido: al temer la aceptación completa de la negritud, se proyecta una versión «blanqueada». Y en cuanto a lo nacional, revive los atolladeros del pasado cuando el racismo hizo fracasar las luchas independendistas. Las tramas de estas zarzuelas ilustran bien la estructura de ese deseo: la mulata se encuentra solicitada por un blanco —muchas veces un «gallego»— y un negro. Es casi una versión paródica del nacimiento del deseo/reconocimiento humano tal como lo desglosó Hegel, solo que en las zarzuelas y las obras cubanas se confunden la construcción del sujeto histórico y el sexual. Esta formación transaccional o recuerdo encubridor soslaya el trauma de la esclavitud y a la vez retoma esa herida y la convierte en emblema del placer. Placer de ser nación: la mulata es el cuerpo de la nación y ese cuerpo media entre lo natural y físico —encarnando nuestro mestizaje—, lo sublime (la nación), lo religioso (Ochún) y lo cultural (nuestra sociedad transculturada). Podemos criticar y desconstruir la representación de la mulata (por sexista, racista, clasista), pero no podemos olvidar su lugar en la memoria cultural y mucho menos su función mediatrix (¿motriz?) en la construcción de la identidad nacional. Bien dice Kundera que olvidar es una forma de muerte dentro de la vida, más todavía en la cultura política donde estratégicamente se olvida lo que es traumático. La construcción de lo mulato (tra[u]ma) es una forma de olvidar, pero no tan peligrosa como la de tratar de borrarlo.

Lo importante es que la música cubana, hacia los años 30 ha cobrado una madurez extraordinaria en casi todos los géneros populares y «cultos». Se refleja en las tres décadas siguientes (1930-1960), cuando sus expresiones van a dialogar con el jazz, el blues, *show tunes*, y músicas de vanguardia de Europa; y, a su vez, explorar y ahondar sus dimensiones afrocubanas

siempre simultáneamente. Supremo ejemplo de esa madurez, adaptabilidad y creatividad es la «Variations on a Well-Known Theme», de Arturo «Chico» O'Farrill (compuesta en 1964), una versión de doce minutos de «La cucaracha» que contiene dejes de Ellington, lo afrocubano, rock, programas de televisión, percusión afrocubana y unos momentos dodecafónicos.

Pequeño scherzo-coda metodológico

La música cubana en la época republicana (1898/1902-1959) es tema delirante y tentacular. ¿Por dónde agarrar ese pulpo tan patiplural? Podríamos tomar a Rita Montaner (1900-1958), cuya vida cronológica casi encuadra ese período (mulata de clase alta con entrenamiento clásico que abraza lo popular) y hacer de su vida y carrera emblema de esos sesenta años turbulentos de búsqueda, frustración, reveses, triunfos y grandes logros también. Emblema suena muy barroco: la Rita era mito a puro grito, pero que merecía serlo, como diría Julio Le Riverend. Y ¿qué decir de Gonzalo Roig (1890-1970), compositor que manejó todos los géneros desde la criolla, el danzón, el son, hasta la ópera y la zarzuela, para no hablar de su labor de fundador y director de orquestas y sinfónicas? Algunos abogarán por Ernesto Lecuona —no sin razón—, autor de unas 700 obras, entre ellas danzas, sones, zarzuelas, óperas, piezas para piano y orquesta, obras sinfónicas, ballets y bandas sonoras para películas. ¿Y Miguel Matamoros, Ignacio Piñero, Benny Moré, Cachao y Orestes López, Antonio María Romeu, Arsenio Rodríguez? Por destacada la obra y genial la figura, ninguna persona puede abarcar la complejidad de nuestra música. No hay emblemas sino figuras-ímanes que atraen y rechazan fuerzas, imágenes y ritmos.

Solo bosquejar los géneros musicales por década deja entrever cuán azaroso es sintetizar o simplificar. En la primera década, predomina todavía el danzón y la canción; en la segunda, la criolla, la guajira y el danzón. En los años 20 despega el son, y al final de la década, el danzonete. Les seguirá, en los 30, el son, el auge del afronegrismo y el danzón-mambo. Los años 40 van a desembocar en el encuentro afro (cubano y

norteamericano), creando el cubop, afro-cuban bebop (latín jazz hoy en día), el filín y los comienzos del mambo. En el decenio antes de la revolución estalla el mambo, el cha-cha-chá y las descargas. Esto, sin mencionar los sucesos en la música «seria», que nos deparan figuras como Roig, Roldán, García Caturra, Lecuona, Sánchez de Fuentes, Mauri, José Ardévol, Harold Gramatges, Julián Orbón, Csonka.

En conclusión, vuelvo a la distancia y la memoria del comienzo. La música, tan potente instrumento del tiempo, hace resaltar esa diferencia entre símbolo y alegoría.¹⁶ El primero hace coincidir imagen y sustancia de manera «natural» y el tiempo no debería mermar su potencia y significación. Al contrario, la alegoría está hecha de tiempo. Sus signos siempre se refieren a uno anterior, pero nunca coinciden. La distancia temporal no permite identificaciones completas, por necesidad rechaza la plenitud de la nostalgia. Su roce —o choque— siempre crea nuevas interpretaciones, recreaciones, traducciones. En estas páginas se ha puesto en escena una aleg(o)ría de la transculturación y sus fantasías: dan(s)ón como ilusión de origen, el placer de ser nación, la boca como orondo utopismo, y la mulata —entre *stigmata* y bachata— que nos rescata.

En su música, donde se sumerge en la realidad y a la vez crea una nueva, Cuba nos evoca su memoria cultural, su historia viva, sus ritmos. El ritmo —no lo olvidemos— es «condición esencial de la vida, tan misteriosa como la vida misma y la energía cósmica».

Notas

1. Roland Barthes, *Camera Lucida*, Hill and Wang, Nueva York, 1981, pp. 93-4.
2. Richard Kearney, *Poetics of Imagining: From Husserl to Lyotard*, Harper Collins, Londres, 1991, p. 219.
3. *Ibidem*, pp. 218-24.

4. José Ortega y Gasset, «The Misery and Splendor of Translation», en Schulte y Biguenet, eds., *Theories of Translation*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.
5. Edouard Glissant, *Caribbean Discourse*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1989.
6. Paul Ricouer, *The Rule of Metaphor*, University of Toronto Press, Toronto, 1979.
7. Tony Évora, *Orígenes de la música cubana*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 245.
8. Leticia Hernández Benítez, ed., *Danzones: antología*, Ediciones Vigía, Matanzas, 2000.
9. Tony Évora, *ob. cit.*, p. 245.
10. Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 210.
11. Jorge Ibarra, *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, pp. 217-8.
12. Cristóbal Díaz-Ayala, *Música cubana: del areyto a la nueva trova*, Ediciones Universal, Miami, 1993, p. 85.
13. Robin Moore, *Nationalizing Blackness*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, PA., 1997, p. 104.
14. Alejo Carpentier, *La música en Cuba*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1972; *Temas de la lira y el bongó*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994.
15. Oscar Luis López, *La radio en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981; Robin Moore, *ob. cit.*; Rine Leal, *Breve historia del teatro cubano*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980; Vera Kutzinski, *Sugar's Secret: Race and the Erotics Cuban Nationalism*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1993.
16. Paul DeMan, *Blindness and Insight*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1983, pp. 187-208.

© TEMAS, 2000.

La crisis de los partidos políticos en Cuba (1955-1958) y la Sociedad de Amigos de la República

Jorge R. Ibarra Guitart

Investigador. Instituto de Historia de Cuba.

El 28 de abril de 1948 se fundó la Sociedad de Amigos de la República (SAR). A fines de los años 40, la república neocolonial atravesaba por un momento crítico: los gobiernos conducidos por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) eran responsables de la inestabilidad que predominaba dentro del sistema parlamentario burgués, la mayoría de los partidos tradicionales habían perdido consenso público y comenzaban a manifestarse los primeros brotes de rebeldía popular en las campañas públicas que condujo Eduardo Chibás, líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo).

La corrupción administrativa y la manifiesta ingobernabilidad de las autoridades auténticas habían puesto de relieve que las instituciones burguesas de poder estaban afectadas por una crisis profunda. Por esos años la SAR aconsejaba aplicar un conjunto de reformas para reforzar la hegemonía política e ideológica de la burguesía; pretendía imponerle orden a la República neocolonial.

Síntesis del libro *La SAR. Historia de una mediación (1952-1958)*, en proceso en la Editorial de Ciencias Sociales.

Con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, los factores políticos más reaccionarios del país, en alianza con el imperialismo norteamericano y diversos sectores de la oligarquía nacional, se propusieron superar la crisis política cubana mediante una dictadura militar que respondiese a sus intereses. Pero, lejos de contener la crisis en marcha, no hicieron más que profundizarla. Desde los primeros instantes, los ideólogos de la burguesía miembros de la SAR, entre los que descollaban Cosme de la Torriente y José Miró Cardona, previeron el desenvolvimiento de una situación revolucionaria en el país y dirigieron esfuerzos ingentes a conjurarla. Para lograr este propósito, apelaron a fórmulas de conciliación pacífica desde los primeros días del cuartelazo de Fulgencio Batista. Estaban conscientes de que la república neocolonial enfrentaba desafíos cruciales ante la crisis política que afectaba al conjunto de las instituciones públicas. Pretendían aliviar la tensión social, rehabilitar el régimen parlamentario y evitar el desencadenamiento de una revolución.

Hacia la conformación de un frente único en torno a la Sociedad de Amigos de la República (SAR)

Las condiciones prevalecientes durante 1955 determinarían que la SAR desempeñase un papel relevante en la vida nacional, como protagonista central de la actividad política de la oposición. Batista, después de efectuar elecciones en 1954, restituyó la Constitución de 1940 y ordenó la amnistía de todos los presos políticos. El dictador pretendía darle una apariencia democrática a su régimen, a pesar de que el descontento era general: no había podido insertar en la política oficial a los partidos tradicionales de oposición que estaban nucleados en torno a una salida pacífica, y debía enfrentar a una juventud rebelde que en cualquier momento estallaría en revolución. La oposición entendió que, en estas circunstancias, de supuesta apertura, Batista podía ser forzado a convocar unas elecciones generales que detuviesen los planes insurreccionales del movimiento revolucionario.

A raíz de la promulgación de la Ley de Amnistía, en mayo de 1955, un grupo de líderes opositores, vislumbrando quizás las posibilidades de lograr un entendimiento que condujera a una solución nacional, se dieron a la tarea de conformar un Frente de Oposición Unido. Hubo cambios de impresiones entre los auténticos priístas (seguidores de Carlos Prío Socarrás), los dirigentes del Movimiento de la Nación y los ortodoxos, al tiempo que se fue perfilando un plan y se buscó a Cosme de la Torre, presidente de la SAR, para que encabezara las gestiones.¹

Luego de estos primeros contactos, la SAR lanzó un primer manifiesto, con fecha 3 de junio de 1955, en el que rechazaba los resultados de las elecciones de noviembre de 1954 y convocaba a «un civilizado entendimiento» como alternativa efectiva a la violencia social. Los dirigentes de la SAR demandaban del gobierno la convocatoria a nuevas elecciones conforme a las pragmáticas de la Constitución de 1940, que había sido restaurada por el propio Batista.²

Según el criterio de la SAR, la crisis estructural cubana, agravada por la restricción azucarera y el creciente desempleo, solo podía ser enfrentada por un aparato estatal que tuviera plenitud de poderes y unos partidos políticos burgueses hegemónicos que contasen con el consenso popular; de otro modo, los dilemas que enfrentaba el país tomarían proporciones gigantescas en una sociedad que se debatía «en un caos de ideologías mínimas y de intransigencias máximas».³

Los principales líderes de los partidos políticos de oposición le manifestaron a Cosme de la Torre su respaldo a los argumentos y bases que defendía el manifiesto de la SAR. De inmediato, Torre los

convocó a que designasen comisiones para una reunión conjunta que tendría lugar a finales de junio. Asistieron comisiones de todos los partidos con excepción de la ortodoxia, que se abstuvo inicialmente de participar porque temía que en la reunión se llegase a una alianza política de tipo electoral. En el encuentro se acordó designar una comisión para estudiar los incisos apartados de la Ley de Tránsito Constitucional que precisasen ser modificados, así como el tipo de garantías que debían exigirse.⁴

La SAR emitió un segundo manifiesto el 20 de julio de 1955 en el que los partidos políticos de oposición se comprometían a colaborar en «una solución de tipo electoral en que el pueblo en un solo día pueda cubrir, a través del voto, todas las magistraturas del Estado». Exigían la derogación o modificación de la Ley de Tránsito Constitucional, el control sobre los cuerpos de represión, y alertaban acerca del peligro que constituiría la política económica del gasto compensatorio, que a largo plazo debía aumentar la deuda pública y acentuar la contracción económica.⁵

En la SAR había un grupo de «intelectuales-políticos», según la definición de Gramsci,⁶ con clara conciencia de las necesidades de más largo alcance de la burguesía, capaces de prever los acontecimientos que en el futuro podían afectar sus intereses cardinales, independientemente del provecho inmediato que podía significar determinada política económica. Los ideólogos de la burguesía en la SAR, entre los que se destacaban Cosme de la Torre y José Miró Cardona, trataban de ponerle freno a la crisis política y económica que se avecinaba fortaleciendo el aparato político burgués para que pudiera enfrentar los problemas que generaban las crisis sistemáticas del capitalismo dependiente cubano, elaborando una política económica previsoras. Desde los primeros momentos fueron capaces de avizorar el peligro que una revolución representaba para sus intereses de clase.

Crisis política en las instituciones y en los partidos tradicionales, crisis económica en un futuro no muy lejano y fuertes tendencias revolucionarias en las masas eran factores que, una vez conjugados, podían provocar fuertes convulsiones políticas.

La respuesta del gobierno a este segundo manifiesto no se hizo esperar, y el encargado de responder fue el ministro de Gobernación, Santiago Rey Pernas, quien rechazó todas las propuestas sugeridas por la SAR.⁷ En cambio, el 22 de agosto de 1955, Justo Luis del Pozo, alcalde municipal de La Habana y presidente del Partido Acción Progresista (PAP), daba a conocer las dos fórmulas políticas que el régimen entendería como salidas idóneas a la situación de Cuba: la convocatoria a unas elecciones parciales, con hipertrofia de la Cámara de Representantes,⁸ o la convocatoria a una elección

constituyente que permitiese estructurar una nueva Constitución o modificar la existente.⁹ En septiembre se elaboró el Plan Vento, que consistió en unas elecciones parciales que contemplaban el aumento de los representantes en la Cámara. La convocatoria a Asamblea Constituyente sería una carta guardada por la dictadura para un momento más oportuno.

Reiterada negativa del régimen a parlamentar con la oposición

El 6 de septiembre de 1955 se efectuó un acto público convocado por la SAR en el Club de Leones. En este acto hicieron uso de la palabra Cosme de la Torriente y José Miró Cardona para expresar su desacuerdo con el Gobierno y divulgar con mayor amplitud las fórmulas que propugnaban. Torriente, apoyándose en los postulados de la Constitución, catalogó a Batista de dictador y tirano; también criticó al Tribunal Supremo de Justicia y a la directiva del Consejo Nacional de Veteranos de la Guerra de Independencia que habían hecho causa común con la dictadura.¹⁰ Miró Cardona, en su intervención, trajo a debate el tema de la neutralidad que el régimen exigía a la SAR en la mediación.¹¹ Al gobierno le convenía una institución aparentemente neutral que facilitase un arreglo, teniendo como base el hecho de que eran sus miembros los dueños del poder. La camarilla batistiana podía desde posiciones de fuerza presionar para lograr una componenda favorable a sus intereses. No le convenía una institución con escrúpulos legalistas que buscara una salida pareja y afectase los cimientos del poder de la dictadura. El gobierno aspiraba a una neutralidad pasiva y desarmada de principios.

Por otro lado, la SAR era neutral en el sentido de que no favorecía a partido político alguno, pues lo que se proponía era la armonía de los tradicionales, en general. Pretendía lograr una coherencia, un orden de cosas que le permitiera a la burguesía captar el consenso popular y evitar que el descontento del pueblo condujera a una revolución.

La respuesta de los máximos personeros del régimen a los pronunciamientos de la SAR fue inmediata. Al día siguiente se presentaron en el Club de Leones, Jorge García Montes, Primer Ministro; Gastón Godoy, Presidente de la Cámara de Representantes y Anselmo Alliegro, Presidente del Senado.

En su discurso, García Montes cuestionó nuevamente la neutralidad de la SAR y señaló que el país debía seguir el ritmo ordenado que la Constitución prescribía, sin precipitaciones de ninguna clase, lo que significaba que el régimen no iba a adelantar las elecciones generales que la SAR demandaba.¹²

Mientras, Gastón Godoy consideraba un llamado a la violencia y a la subversión la demanda de las elecciones generales, cuando precisamente la SAR pretendía evitar que se desencadenara la violencia, razón por la que esa asociación entró en la palestra pública.¹³

Frente a Batista había dos alternativas consecuentes que le otorgaban al pueblo la facultad de determinar si la dictadura debería permanecer en el poder. Si esto no se evidenciaba en las urnas, el pueblo podría acudir a las armas, convencido de que esa era la única salida para combatir al régimen. La SAR y los partidos tradicionales de la oposición peligrosaban en esta maniobra, debido al posible fracaso de sus fórmulas políticas, lo que produciría su descrédito ante las mayorías.

Mientras esas gestiones se agotaban, los preparativos insurreccionales aumentaban en todo el país y Fidel Castro, al frente de los jóvenes emigrados revolucionarios, aguardaba el momento propicio para desencadenar la revolución nuevamente. Se iban a deslindar bien los campos, y la tesis política que demostrara su viabilidad obtendría el consenso popular.

A partir de ese momento, Cosme de la Torriente se dio a la tarea de contactar con Batista para poner a su disposición el modelo de solución de la SAR. Don Cosme era una persona perseverante: quería ir a la fuente de donde emanaban las decisiones, pensaba que poseía elementos de persuasión suficientes para hacer recapacitar a Batista. Por esas razones, le envió una carta en la que le solicitaba una entrevista.¹⁴ Batista, con el deliberado propósito de dilatar un posible contacto con la oposición, le contestó a Torriente que todavía los partidos tradicionales de oposición no le habían dado las suficientes atribuciones para entrevistarse con él.¹⁵

A raíz de estos sucesos, la SAR se reunió y decidió llamar a todos los sectores opositores para que reiterasen públicamente el poder que le habían otorgado en la búsqueda de una solución de los problemas políticos cubanos. También se consideró la posibilidad de que la SAR convocase un acto de características nacionales, con la asistencia de todos los partidos políticos.¹⁶ El acto público previsto fue convocado para el 19 de noviembre de 1955 en el Muelle de Luz.

En vísperas del acto, Miró Cardona compareció en el programa televisivo «Ante la prensa» donde se refirió a la situación que enfrentaba la juventud cubana. A los jóvenes —según su entender— había que ofrecerles una solución de la crisis lo suficientemente amplia, si se quería neutralizar su acción revolucionaria. En la SAR se había nucleado un grupo de ideólogos activos de la burguesía que alertaron a los demás políticos del peligro que una revolución significaba para sus intereses de clase, y de la atención que debía prestársele a la juventud como sector potencialmente revolucionario. De ahí que

llamasen a los partidos políticos de la oposición a que no se plegaran a la fórmula de las elecciones parciales del régimen batistiano con la que se podían desprestigiar aún más ante la nueva generación. De modo que la solución política debía garantizar un mínimo de requisitos que permitiera detener el proceso que se avecinaba.¹⁷

Miró Cardona temía que el pueblo canalizara sus rebeldías fuera de los partidos políticos tradicionales. Por eso llamaba a los de oposición a que no aceptaran arreglos que implicasen una supeditación política a la dictadura. La vitalidad de estos partidos devenía la garantía para mantener la secuencia de poder de las instituciones burguesas. Si los partidos tradicionales eran absorbidos o anulados por la dictadura, no habría futuro para la vida de estas agrupaciones y quedarían en el panorama político solo dos fuerzas: la dictadura batistiana, generadora de descontento popular, y las juventudes rebeldes decididas a revolucionar el país hasta las últimas consecuencias.

Al histórico acto del Muelle de Luz, el 19 de noviembre de 1955, asistieron para hacer uso de la palabra los máximos dirigentes de los partidos tradicionales: José Pardo Llada, Manuel Antonio Varona, Carlos Prío, Amalio Fiallo, Raúl Chibás, Ramón Grau y José R. Andreu. Además, Ayda Pelayo por el Frente Cívico de Mujeres Martianas, Ramón Zaydin, y los líderes máximos de la SAR: Cosme de la Torriente y José Miró Cardona, quienes abrieron y cerraron el acto respectivamente. Para ratificar la posición revolucionaria del estudiantado y contraponerla a la del resto de los partidos tradicionales, hizo uso de la palabra el presidente de la FEU, José Antonio Echeverría. El Partido Socialista Popular, excluido de la convocatoria de la SAR, citó a sus militantes al acto para denunciar la maniobra de los partidos de oposición. La juventud revolucionaria veintiseísta, al igual que en todos los actos que se dieron por estos años, estuvo presente en el Muelle de Luz, y lanzó su grito de «¡Revolución!».

Resumiremos brevemente algunas de las intervenciones más destacadas del acto. Cosme de la Torriente expuso su tesis de que solamente el estado de Derecho que sustentaba la Constitución sería capaz de impedir el colapso de las instituciones republicanas. A su juicio, entre los dos polos opuestos que constituían la dictadura y la revolución se debía interponer la legalidad burguesa como elemento neutralizador. Además, utilizaba de modo oportunista la amenaza de la revolución para atemorizar al gobierno y trataba de intimidar a los revolucionarios con el poderío armado de la dictadura.¹⁸ El ex presidente, Carlos Prío, se propuso interesar a la juventud para que participara en la componenda política de la SAR.¹⁹ Todos los líderes de los partidos tradicionales que hicieron uso de la

palabra se manifestaron contra el Plan Vento de elecciones parciales; se daban cuenta de que en estas perderían prestigio y no ganarían el poder.²⁰ Otro tópico abordado fue el de la crisis que se avecinaba como consecuencia de la errónea política económica de Batista, lo cual evidenció que había sectores de la burguesía que no se sentían seguros del futuro de sus negocios debido a la inestabilidad política y económica de la nación.²¹

José Miró Cardona expuso en su discurso los postulados básicos de la SAR. Le sugirió al gobierno que no confiara en la fuerza para imponerse, y se percatara de que no podía ejercer sus funciones normales si actuaba contra la mayoría. Le advertía que si no cedía a los reclamos de la SAR, llevaría a la República y a sus instituciones a un desajuste total. Les llamó la atención a los partidos de la oposición para que no cayesen en disputas que los debilitasen ante el gobierno y conservaran su prestigio para poder orientar al pueblo y sustituir en el mando político a la dictadura del 10 de marzo. Por último, se dirigió a los jóvenes para que no optaran por la violencia revolucionaria, destructora de la estabilidad de la República neocolonial.²²

Sin embargo, el acto del Muelle de Luz no solo sirvió a las dirigencias de los partidos tradicionales para exponer su concepción de la unidad. Sectores revolucionarios lo utilizaron para llamar al pueblo a la revolución, para dejar demostrado que no bastaba una solución política formal: había que ir a las causas básicas del problema nacional cubano e iniciar transformaciones socioeconómicas que beneficiasen a las mayorías. Cabe destacar el brillante discurso pronunciado por el presidente de la FEU, José Antonio Echeverría.²³

La reacción del régimen del 10 de marzo se manifestó en el Senado, que condenó el mitin por subversivo, con 21 votos a favor y 7 en contra, estos últimos de la minoría grausista.

El movimiento de protesta del estudiantado y la clase obrera determina los contactos del gobierno con la oposición oficial.

El mes de diciembre de 1955 traería consigo un conjunto de acciones revolucionarias que prepararon las condiciones para los primeros contactos entre Batista y la oposición oficial.

Entre las manifestaciones más relevantes de repudio al régimen batistiano podemos señalar las producidas por el estudiantado el 27 de noviembre en Santiago de Cuba; la del 2 de diciembre en que la FEU decidió enviarle una carta a Cosme de la Torriente reafirmando su fe en la revolución y demandando que la SAR pusiera fin oficialmente a sus ofertas de negociación con el

gobierno; la protesta estudiantil en el estadio del Cerro, el 4 de diciembre; la demostración del estudiantado y el pueblo en general el 7, el paro nacional de cinco minutos el 14, y la más importante: a mediados del propio mes: la huelga de los trabajadores azucareros por el pago del diferencial, que conmocionó los cimientos de la dictadura cuando se transformó en huelga política con visos de insurrección popular. Atemorizada ante el empuje de las masas, la dictadura decidió entrar en contacto con la SAR para de ese modo aplacar la ira popular. De ahora en adelante, la SAR iba a servirle de señuelo a la tiranía para confundir al pueblo y ganar tiempo.

Sin embargo, de la Torriente y Miró Cardona se llamaron a engaño cuando pensaron que su táctica de asustar al régimen con el fantasma de la revolución estaba surtiendo efecto. La SAR se aprovechaba del poderoso movimiento de protesta para que la dictadura accediese a un entendimiento.

Una gestión que precedió a los contactos entre el gobierno y la oposición fue la reunión de Batista con Raúl de Cárdenas, el 16 de diciembre: para esta fecha, el movimiento revolucionario tomaba auge, razón por la cual Batista —dejando a un lado su exigencia de que la SAR fuese neutral— se declaró partidario de un acercamiento con la oposición. Cosme de la Torriente convocó a la Junta Directiva de la SAR y a los comisionados de los partidos políticos de oposición para analizar la nueva situación que se había creado. El acuerdo más importante de esa reunión fue darle un voto de confianza a Cosme de la Torriente para que acudiera a entrevistarse con Batista cuando este accediese a recibirlo.²⁴

La primera entrevista de Batista con Torriente se efectuó el 27 de diciembre. El dictador sugirió que fueran las comisiones²⁵ que se designasen por parte del gobierno y la oposición las que con posterioridad continuasen las conversaciones que condujeran a la conciliación de criterios y a plasmarlos en proyectos de ley. Con esta medida, trataba de dilatar el proceso y evadía dar respuesta inmediata a las demandas de la SAR. Oposición y gobierno habían acordado evitar pronunciamientos o conductas que pusieran en peligro la paz ciudadana. Sin embargo, Batista no ponía límites a la represión y burlaba la tregua que había acordado, arremetiendo contra los obreros azucareros en huelga.

La segunda entrevista tuvo lugar el 10 de enero de 1956, y en ella se acordó que las comisiones del gobierno y la oposición, que se designasen de común acuerdo, habrían de fijar la fecha y el tipo de los comicios electorales dentro de la Constitución vigente y que también se estudiaría una legislación electoral nueva para las elecciones, las que no se sabía cuándo ni cómo se efectuarían. Nada se obtuvo en concreto. De la

Torriente había decepcionado a la oposición que le había pedido llegar a acuerdos específicos en torno a las garantías y elecciones generales. Batista consiguió poner en funcionamiento su táctica dilatoria.²⁶

De inmediato, las direcciones de los distintos partidos se reunieron. La mayoría de ellos acordaron no designar ninguna comisión hasta tanto no se tomaran las determinaciones claves. Tal fue el caso del Partido Ortodoxo, del PRC(A) abstencionista, y del Movimiento de la Nación. El PRC(A) grausista asumió una posición distinta pues para ellos cualquier vía era aceptable.²⁷

Ante el caos surgido en las filas de la oposición burguesa, la SAR decidió emitir declaraciones para tratar de salvar el prestigio de su líder y el suyo propio, proponiéndole a Batista que fijara acuerdos específicos.²⁸ El dictador les respondió con una carta donde les argumentó cuanto a las elecciones generales: «[...] fecha de la toma de posesión presidencial en relación con las elecciones generales, que no podía decidir yo —como no puedo— por cuestión de responsabilidad y delicadeza».²⁹

A continuación hacía énfasis en que fueran las comisiones las que discutieran una fórmula que llegase hasta la celebración de elecciones generales, y su fecha. Estas palabras de Batista fueron interpretadas de modo tergiversado por algunos opositores. Estos pensaban que el jefe de Estado entendía la necesidad de elecciones generales antes de 1958, pero que no podía ser él quien se tomase la atribución de poner en inmediata ejecución esta medida por cuestiones de «responsabilidad y delicadeza».

Se celebró una reunión conjunta de la SAR con el resto de los partidos de oposición, en la que se debatió en torno a la designación de comisiones. Don Cosme utilizó muy inteligentemente sus habilidades políticas para convencer a la oposición de que era necesario designarlas. Se valió del carácter genérico de las declaraciones de Batista en su carta, en el sentido de que no había rechazado de forma absoluta las elecciones generales y había dejado abiertas las posibilidades de llevarlas a efecto; pensaba que detrás de esas razones de «responsabilidad y delicadeza» había una posición flexible. Torriente agregó que si la oposición se retiraba de las discusiones, Batista la denunciaría públicamente como responsable de que no se lograra un acuerdo que él no había rechazado.³⁰

Ante tales argumentos, los líderes opositores decidieron designar las comisiones; los más intransigentes cedieron para no quedar como responsables ante la opinión pública. Solo hubo una voz discrepante: la de Amalio Fiallo por el MLR. Los partidos Ortodoxo, PRC(A) abstencionista, PRC(A) electoralista, Movimiento de la Nación, y Demócrata designaron cada uno tres representantes. El gobierno designó sus

Crisis política en las instituciones y en los partidos tradicionales, crisis económica en un futuro no muy lejano y fuertes tendencias revolucionarias en las masas eran factores que, una vez conjugados, podían provocar fuertes convulsiones políticas.

comisiones integradas por el Partido Progresista, el Demócrata, el Liberal y el Unión Radical, cada uno con dos representantes.

Sin embargo, a fines de enero se volvieron a reunir los partidos opositores y la SAR. La ortodoxia llevó a debate cuestiones candentes. Manifestó que no asistiría a la reunión con el gobierno hasta tanto no cesara el estado de violencia, y fueran puestos en libertad todos los detenidos el 28 de enero. El Partido Ortodoxo tenía que dar cuenta a una masa revolucionaria que demandaba posiciones más consecuentes. Pero el gobierno se negó rotundamente a acceder a sus demandas.³¹

Las gestiones de paz habían caído en un serio *impasse* del que era difícil salir. La habilidad política de don Cosme estaba puesta a prueba, y el veterano no escatimó recursos de ninguna índole para lograr que el proceso no se interrumpiese. Le insistió a los opositores que debían reiniciar las gestiones pero, por otro lado, hizo todas las diligencias posibles con los comisionados del gobierno para lograr que se concediese el cumplimiento de los requisitos. Finalmente, en carta del 17 de febrero, reconociendo la deteriorada situación política del momento, apeló al conservadurismo de las dirigencias de los partidos de oposición. Alertaba dramáticamente a los políticos de la oposición sobre el peligro que amenazaba las bases orgánicas de la República neocolonial burguesa. «Sombríos presagios» para los intereses básicos de la burguesía traía aparejado la irrupción de la juventud rebelde de origen popular con sus consignas de revolución, mientras se avecinaba una crisis económica con sus secuelas de miseria y desempleo.

Se temía que ambos factores, al conjugarse, darían por resultado el colapso de las instituciones burguesas. Estaban en juego intereses vitales que no podían ser relegados a un segundo plano para reclamar del régimen el cumplimiento estricto de las demandas ortodoxas.³² El 19 de febrero, todos los partidos de oposición decidieron acudir al diálogo cívico. El impacto de la carta de Torriente fue notable.

El diálogo cívico

Hacia fines de febrero de 1956, los comisionados del gobierno y la oposición se reunieron y arribaron a los siguientes acuerdos organizativos con vistas al

Diálogo Cívico: las conversaciones comenzarían el 5 de marzo, la sede del encuentro sería la Casa Continental de la Cultura, y Cosme de la Torriente presidiría las sesiones.

En la primera sesión, se presentó un documento titulado «Exposición y bases de los partidos de oposición en el Diálogo Cívico». En este documento se establecían los puntos alrededor de los cuales se debía llegar a acuerdo, y se hacía un estudio general de la situación del país. La SAR y los partidos de oposición, unidos, eran capaces de analizar un conjunto de problemas de origen político, social y económico que atentaban contra el futuro del régimen capitalista en Cuba. Se criticaban los mecanismos artificiales que en política y economía había creado Batista para imprimirle coherencia a su régimen. Se velaba por los intereses de más largo alcance de la burguesía, que consistían en mantener su hegemonía política, evitando una crisis socioeconómica y una revolución.

En relación con las bases sobre las que se debía llegar a acuerdo, proponían:

- I. Reordenamiento constitucional de las magistraturas del Estado.
 - a) Elecciones generales.
 - b) Fecha de celebración y toma de posesión.
- II. Vigencia plena de la Constitución de 1940.
 - a) Derechos individuales y garantías constitucionales.
 - b) Régimen laboral y sindical.
- III. Cuestiones económicas, financieras y sindicales.³³

Después de leído este documento, Santiago Rey mostró su intolerancia a las críticas que la oposición hacía al gobierno. Entendía que el régimen se había legitimado en las elecciones de 1954, y proclamó que las garantías eran un hecho. Pero no quiso referirse a la demanda de elecciones generales.³⁴

La segunda sesión tuvo lugar el 7 de marzo con la lectura del documento titulado «Respuesta del gobierno a la Exposición y Bases de la Oposición», en el que se ratificaba que el Gobierno era legítimo y daba efectivo cumplimiento a la Constitución de 1940. El régimen empleaba un re juego legalista para justificar la asonada golpista del 10 de marzo y para tachar de ilegal la demanda opositora de elecciones generales. Señalaba

que se respetaban los derechos individuales y se mantenían las garantías constitucionales. En cuanto a las cuestiones económicas, financieras y fiscales, respondió que se trataba de materias que correspondían a la esfera privativa del gobierno.³⁵

Los presupuestos políticos de la burguesía gubernamental, opuestos por completo a los de los ideólogos de la SAR, se basaban en los intereses más inmediatos de clase, sin prevenir el peligro que para el régimen burgués representaba la crisis general en que se desenvolvía la República neocolonial cubana. Confiaban en la represión y en sus maniobras políticas y económicas para contener el desorden social y rehuían emprender reformas políticas de más envergadura que pusieran en peligro el ejercicio del poder por la dictadura.

En el documento gubernamental, se proponía convocar a una Asamblea Constituyente como fórmula que pudiera garantizar una salida pacífica al conflicto político cubano. Los delegados de la oposición rechazaron los contenidos del documento del gobierno «por su forma y fondo» y se empeñaron en argumentar la ilegitimidad del régimen batistiano.³⁶

Las alternativas que ofrecía el régimen se concretaban en promover la opinión popular a través de una Asamblea Constituyente mediante una táctica dilatoria y fraudulenta, o de lo contrario enfrentar la revolución que se le venía encima.

La tercera sesión tuvo lugar el 9 de marzo. La reunión se inició con la presentación del documento «Réplica de los partidos de oposición a respuesta del gobierno», en el que responsabilizaban al régimen con el elevado grado de tensión social existente. Se precisaban soluciones políticas lo suficientemente convincentes que indujesen a la juventud a revocar sus planes de lucha armada. La SAR, y los partidos adheridos a su gestión, propendían a renovar el clima político cubano; si ellos aceptaban la fórmula del gobierno, el futuro de su hegemonía se comprometía de modo considerable, pues se reducía su capacidad de maniobra ante futuras coyunturas históricas que demandaran nuevas ofertas políticas. El documento establecía que el régimen de Batista no mantenía a plenitud las garantías constitucionales y rechazaba la fórmula de una Asamblea Constituyente.³⁷

La oposición estaba consciente de que tras esa fórmula, Batista se proponía continuar ejecutando la táctica dilatoria que hasta ese momento le había dado buenos resultados. Pero además, existía el peligro de que en una Asamblea Constituyente convocada por el régimen golpista se viciaran los postulados de la Constitución del 40 para adaptarlos a la conveniencia política de la dictadura.

Cualquier salida con Batista en el poder no aseguraba el objetivo político máximo que se proponía la oposición oficial de conjurar el desarrollo de una revolución social.

Como en la anterior sesión, el gobierno había insistido en que no accedía a la fórmula de elecciones generales por ser anticonstitucional; entonces la oposición apeló a un conjunto de recursos legalistas para facilitarle al régimen vencer sus «escrúpulos» constitucionales. Este debate evidenció que la posición del gobierno se basaba en una cuestión de «fondo y no de forma». La preocupación por la forma —la apariencia legítima y constitucional del régimen— no era más que una descarada maniobra justificativa.³⁸

Había que partir de que la justificación legal que se daba el régimen estaba en la Ley de tránsito constitucional y que no era precisamente la Constitución la que lo legitimaba. Pero para este re juego legalista, la dictadura tenía sus mecanismos de defensa, es por eso que Santiago Rey reiteró la potestad constituyente con que estaba investido el Consejo de Ministros cuando redactó la Ley de tránsito constitucional. El propio Rey señalaba que rechazaban unas elecciones generales por el «respeto que le debían a la decisión soberana del pueblo que, en noviembre de 1954, había elegido a Batista como presidente».³⁹

No se había llegado al más mínimo acuerdo, pero algunos opositores tenían la esperanza de que en la cuarta sesión se podría converger en determinados aspectos. Batista se encargó de hacer polvo estas esperanzas y adelantó la posición del régimen cuando hizo uso de la palabra en la celebración del cuarto aniversario del golpe de Estado del 10 de marzo: no aceptaría ninguna de las demandas de los opositores.⁴⁰ Después del discurso del dictador, la mayoría de los delegados de la oposición se inclinó a no asistir a la última sesión. Sin embargo, el PRC(A) de Grau y Cosme de la Torriente se opusieron a que las conversaciones fuesen boicoteadas.

La cuarta sesión tuvo lugar el 12 de marzo y se inició con la lectura del documento «Respuesta de la Coalición Progresista Nacional a la Réplica de los partidos de oposición» en que se ratificaban los criterios sustentados por el Gobierno en anteriores sesiones. Precisaba el documento que no era necesario esperar a 1958 para convocar a la Asamblea Constituyente y que esta no tendría por objeto modificar la Constitución de 1940, sino discutir la posibilidad de llamar a elecciones generales.⁴¹ El Diálogo Cívico tenía lugar en marzo de 1956; una vez concluido se convocaría al pueblo a las urnas para elegir delegados a la Asamblea Constituyente, la que determinaría si se debía convocar o no a unas elecciones generales; finalmente, si se accedía a esta consulta general, se entraría en el proceso de reorganización de partidos, propaganda electoral, etc.

Este dilatado proceso llevaría dos años a lo sumo, lo que coincidiría con el término de mandatos, en 1958.

Esto, en el mejor de los casos; pues lo más probable era que en una elección de candidatos a la Asamblea Constituyente, Batista consumara otro fraude electoral para asegurarse una mayoría de delegados que acordarían no proceder a unas elecciones generales.

El Diálogo Cívico, en torno al cual se había montado una propaganda política notable, no había solucionado el problema cubano en la forma concebida por la SAR. No se había concertado la ansiada conciliación de las representaciones políticas de la burguesía en el gobierno y la oposición. Quedaba abierto el sendero para que la juventud rebelde impusiera su solución al dilema. El pueblo esperaba por acciones más radicales.

Últimas maniobras de la SAR

Después de concluido el Diálogo Cívico, los partidos de la oposición mantuvieron la unidad de consignas en torno a la SAR en espera de una nueva coyuntura política que propiciase una convocatoria a elecciones generales inmediatas.

El 3 de abril de 1956 fue descubierta una conspiración de oficiales, encabezada por el coronel Ramón Barquín. Aunque la conjura no estaba vinculada a organizaciones políticas, entre sus principales objetivos estaba convocar a elecciones generales luego de derrocar a Batista. Impactados por esta noticia, los miembros de la SAR emitieron una declaración en la que justificaban indirectamente la actitud de los militares insurgentes y reiteraban su llamado a unas elecciones generales inmediatas.⁴² No era del interés de la SAR promover conspiraciones ni fuera ni dentro del Ejército, más bien presentaba estos sucesos como muestra inequívoca de que era necesario arribar a un arreglo político antes que continuar la inestabilidad sociopolítica del país.

El 29 de abril, un grupo de jóvenes revolucionarios encabezados por Reynold García, intentó tomar por asalto el cuartel «Goicuría», en Matanzas. El ejército tenía noticias de los planes conspirativos y la guarnición del cuartel ya estaba preparada cuando irrumpieron los asaltantes. En un combate desigual los revolucionarios fueron víctimas de una cruel matanza. No fue hasta el 16 de junio que los partidos de oposición y la SAR se pudieron reunir. Los temas a tratar estaban vinculados con el asalto al cuartel «Goicuría». Al respecto señalaban en un documento publicado en conjunto: «En todo momento hemos proclamado que al cerrarse el camino de la solución nacional se justifica el ambiente conspirativo y se estimulan las acciones desesperadas».⁴³

A mediados de agosto de 1956, Cosme de la Torriente comenzó a sugerir que se debía aprovechar algunas de las disposiciones del Plan Vento, pero sin que la oposición se comprometiera a asistir a unas elecciones parciales. Don Cosme pensaba que inscribir a los partidos y hacerlos participar en la reorganización no implicaba acceder a las elecciones parciales; esta maniobra permitía aprovechar cualquier coyuntura política futura para obligar al gobierno a pactar con la oposición.

Se pretendía tenderle un cerco político a Batista, que lo forzaría a acordar unas elecciones generales. Para lograr esto, el primer paso sería inscribir los partidos; después, el gobierno debía confeccionar un nuevo Código electoral, devolver las cédulas a sus destinatarios —quitándolas de las manos de los que las guardaban ilegalmente— y ofrecer las garantías que en ese momento se negaban a la oposición.

Sería ese el momento en que la oposición reclamaría unas elecciones generales. Si el Gobierno no accedía a estas demandas, todos los partidos de oposición se retirarían, boicoteando las elecciones parciales. Pensaban que si todos se retiraban obligarían a la dictadura a hacer concesiones importantes para no caer en una situación difícil.⁴⁴

Sin embargo, esta nueva táctica que promovía Torriente tuvo que vencer numerosos obstáculos dentro del campo de la oposición. Tanto el PPC(Ortodoxo) como el PRC(A) abstencionista se opusieron a sus planes. La profunda división de los partidos políticos de oposición obstruía la concreción de la firme unidad que se requería para ejecutar esta táctica. En el caso de la ortodoxia, para inscribirse debía valerse de la fracción inscrita del partido, beneficiado con un decreto remache. Don Cosme quería aprovechar esta coyuntura para unir la tendencia de Emilio Ochoa con la de los ortodoxos históricos; pero, previo a esto, Federico Fernández Casas debía hacer entrega del partido inscrito a la facción de Ochoa. De esta forma, Cosme de la Torriente aseguraría inscribir al Partido Ortodoxo para ejecutar su nueva táctica política a través de la SAR.⁴⁵

Esta táctica desarrollada por Torriente generó fuertes polémicas que, de hecho, quebrantaron la unidad de los partidos de oposición adheridos a la SAR. Mientras el Partido Demócrata y el PRC(A) electoralista apoyaban a Torriente en sus nuevos planes, otros líderes políticos lo cuestionaban. Pelayo Cuervo por el PPC(O) y Tony Varona por el PRC(A) abstencionista apoyaban las demandas originales de la SAR, pero entendían que había que plantearse la no admisión del Plan Vento en ninguna de sus partes: reorganización, inscripción, habilitación de cédulas, devolución de carnés, etc.⁴⁶ Por otro lado, José Pardo Llada, por el Partido Nacionalista Revolucionario (PNR), desarrolló la táctica de acudir a

las elecciones parciales exigiendo amplias posibilidades, al extremo de incluir en estas elecciones todos los cargos, menos los de presidente y vicepresidente.⁴⁷ A su entender, el Congreso que surgiera de estos comicios fijaría la fecha para unas elecciones presidenciales. Aunque todos convergían en apoyar las bases de la unidad, de hecho cada uno seguía un derrotero distinto y la unidad se tornaba imposible. El caos, la confusión y la división reinaban en las filas de la oposición burguesa. Si algo favorable obtuvo Batista del Plan Vento fue precisamente la división que generó en las filas de la oposición.

El Frente Unido de los partidos tradicionales después del Diálogo Cívico había entrado en crisis: formalmente querían aparecer unidos en torno a las demandas tradicionales de la SAR, pero en la práctica cada partido interpretaba estas demandas a su manera. La ausencia de Cosme de la Torriente acentuaría más esa situación. El 8 de diciembre de 1956 moriría el presidente de la SAR y en su testamento político, entre otras cosas, expresó: «Unirse y reunirse es lo que deben hacer el gobierno y oposición», «Olviden sus cosas particulares y piensen en Cuba».⁴⁸ Cosme de la Torriente, sostuvo hasta el último aliento que la burguesía, como clase representada políticamente por la oposición y el gobierno, debía concertar un arreglo político, que asegurase la estabilidad de la República neocolonial. Ocupó el cargo de Cosme de la Torriente, Rogelio Pina.

El alzamiento del 30 de noviembre en Santiago de Cuba, dirigido por Frank País, y el desembarco del Granma, generarían una conmoción en el ámbito político cubano.

La SAR no fue ajena a ello y emitió otro manifiesto, donde insistía en proclamar que solo bajo las bases que ella había sustentado se podría solucionar la grave crisis cubana. No le faltaba al documento un marcado matiz pacifista.

Con motivo del desembarco del Granma, los líderes de la SAR se reunieron con el Primer Ministro del régimen, Jorge García Montes. Según la versión de Rogelio Pina, los dirigentes de la SAR habían argumentado que era «inaplazable detener la efusión de sangre» y que habían «replantado con toda amplitud la solución definitiva de la crisis institucional de la República».⁴⁹

Todo parece indicar que el régimen de Batista —en el caso de que no pudiera controlar la situación generada por el desembarco de los expedicionarios—, tenía previsto iniciar contactos con la oposición, como pantalla política que desviase la atención de la opinión pública y les permitiese arremeter con mayor fuerza contra los rebeldes. Pero no les hizo falta, porque finalmente los partes militares de la dictadura pusieron

optimistas a los máximos personeros del régimen; aparentemente, el foco insurreccional había sido liquidado.

Después de estos intercambios con el Primer Ministro, la SAR entró en una etapa de decadencia política definitiva. Esta entidad no constituía un vehículo idóneo para canalizar un entendimiento político por las siguientes razones: en primer lugar, no existían posibilidades efectivas para llegar a una avenencia con el gobierno; en segundo, la coyuntura histórica que se vivía conspiraba contra sus propósitos, pues el momento era de lucha armada, no de demandas políticas; en tercero, la oposición oficial se hallaba totalmente dividida y emprender un proceso unificador, como otrora lo hizo Cosme de la Torriente, resultaba hartamente difícil, y por último, la SAR, después de tantos fracasos, estaba invalidada de obtener el apoyo del pueblo que, cada día más, se daba cuenta de que solo una revolución derrocaría a la tiranía. Los líderes de la SAR intuyeron el fracaso de todas sus gestiones, y aunque la Sociedad siguió existiendo, el eje de las demandas de paz pasó a lo que se dio en llamar «Tercera Fuerza».

La Tercera Fuerza fue un movimiento de instituciones cívicas privadas que representando el sentir de sectores importantes de la burguesía y la pequeña burguesía promovió gestiones de paz y conciliación con el régimen. El impulsor, bajo cuerdas, de todas las gestiones fue José Miró Cardona, quien desde la SAR ya había planeado la táctica de movilizar las instituciones cívicas para forzar al régimen a llegar a un acuerdo. Las instituciones cívicas —por su parte— tenían la ventaja de que no necesitaban apelar a los partidos políticos de oposición, salvo si obtenían algún arreglo. Y además, no se verían afectadas por la división y las pugnas intestinas de esos partidos. La SAR, en lo adelante, se limitaría a apoyar los esfuerzos de paz y a emitir manifiestos donde valoraba los distintos momentos políticos por los que atravesaba el país.

Batista entendió que el frente de instituciones cívicas cubanas pretendía robarle el apoyo de las llamadas «clases económicas». En los altos círculos oficiales se tenía entendido que estas habían discutido las bases de un manifiesto de tres puntos, destinados a cumplirse sucesivamente:

- 1) Demandar un cambio radical de procedimientos por parte del Ejecutivo, con cese de la ola de persecuciones y víctimas, como inmediata contribución a la tranquilidad nacional.
- 2) Integración de un nuevo Consejo de Ministros, capaz de hacer operante el respeto a la Constitución y las leyes.

3) En caso de no producirse los cambios indicados, contemplar entonces la petición del cese del actual régimen, para dar paso a un gobierno de unidad nacional, comprometido a llevar al país a unas elecciones democráticas.⁵⁰

Finalmente, las instituciones cubanas se vieron frenadas por las medidas represivas de la dictadura; su actividad hubo de limitarse forzosamente y se vieron reducidas a emitir declaraciones al igual que lo hacía la SAR.

A los mediacionistas solo les quedaba un refugio: la Iglesia. Fue entonces que el Episcopado hizo una exhortación a fin de lograr «[e]l establecimiento de un gobierno de unión nacional, que pudiera preparar el retorno de nuestra patria a una vida política pacífica y normal».⁵¹

El 3 de marzo, Batista dio su respuesta al llamado de la Iglesia. El jefe de Estado no veía otra solución que las urnas, en la forma unilateral ya prevista y convocada por su gobierno.

El Movimiento 26 de Julio señalaba en un comunicado que rechazaba todo contacto con la Comisión de Conciliación, en tanto el Episcopado no definía qué se entendía por «gobierno de unión nacional» y manifestaba que no compartiría un Consejo de Ministros con personeros de la dictadura.⁵²

La gestión de la Iglesia se dio por terminada, fue el último esfuerzo mediacionista. Los ideólogos de la burguesía que preveían que a su clase se les podía escapar el poder de las manos en la situación en que se encontraba Cuba, no tuvieron más remedio que cruzarse de brazos. Consciente de esta realidad, José Miró Cardona en una conferencia de abogados del estado de la Florida planteó:

Los hechos que vienen sucediéndose en Cuba en violación reiterada de los derechos humanos desbordan los cauces de lo estrictamente político para afectar las bases de la nacionalidad y poner en peligro la esencia de la democracia occidental en todo el continente americano. Existe en mi país una férrea dictadura que, como toda dictadura, es el caldo de cultivo más apropiado para que germine y fructifique la simiente del comunismo repudiable y materialista que niega a Dios, a la patria y a la familia.⁵³

En realidad, el país requería de transformaciones socioeconómicas y políticas pendientes de ejecutar en las dos últimas décadas. El proceso constitucionalista que siguió a la revolución de los años 30, aunque reivindicó importantes demandas políticas y sociales, no produjo cambios sustantivos en el interior del sistema neocolonial de dominio imperialista apoyado por la oligarquía nacional. La situación de visible estancamiento se tornó más crítica con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, que dio paso al elemento detonante de la crisis nacional: el agudo conflicto político.

En esas circunstancias, las juventudes vieron cerradas sus perspectivas de mejoramiento social y participación política. Por otro lado, las maquinarias políticas que constituían los partidos tradicionales de oposición no pudieron asimilar a las nuevas generaciones a sus proyectos de futuro, enfrentados a la intransigencia del régimen castrense. La dictadura no brindó opciones razonables, ni siguió para llevar a cabo una leve reforma política dentro del sistema de la democracia representativa burguesa.

Con el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de julio de 1953, se abrió paso una nueva concepción de lucha política, centrada en el combate armado frontal contra la dictadura, con un programa de importantes transformaciones sociales, inspirado en las demandas de las agrupaciones políticas más revolucionarias de los años 30 y los 40: *La Historia me absolverá*. A partir de ese momento, y a lo largo de los años 50, los partidos tradicionales de oposición, la dictadura batistiana y el imperialismo norteamericano tuvieron ante sí el desafío de lidiar con una propuesta revolucionaria que finalmente emergió como única solución posible a la crisis política cubana.

Notas

1. *Prensa Libre*, 27 de mayo de 1956, en *Recortes Varios n. 38*, Colección Facticia, Biblioteca Nacional José Martí, p. 5.
2. *Prensa Libre*, 5 de junio de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 7.
3. *Ibidem*.
4. *Prensa Libre*, 23 de junio de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 10.
5. *El Mundo*, 22 de julio de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 2.
6. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1960, p. 14.
7. *El Mundo*, 26 de julio de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 24.
8. La hipertrofia de la Cámara de Representantes formó parte del Plan Vento de elecciones parciales concebido por el régimen de Batista para atraer a la oposición ofreciéndole algunas posiciones políticas de segundo orden, mientras Batista se mantendría como Presidente y los partidos gubernamentales conservarían una representación mayoritaria.
9. *El Crisol*, 1º de agosto de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 26.
10. *El momento político de Cuba*, Ed. Lex, La Habana, 1955, p. 82.
11. Documento, copia mimeográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 30-A.
12. *Diario Nacional*, 8 de septiembre de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 46-a.
13. *El Mundo*, 8 de septiembre de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 34.

Jorge R Ibarra Guitart

14. *Diario Nacional*, 19 de octubre de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 44-a.

15. *Ibidem*.

16. *Diario Nacional*, 20 de octubre de 1955, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 46-a.

17. Programa «Ante la Prensa», CMQ, Radio Centro, (copia mimeográfica, 17 de noviembre de 1955, p. 4), *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 65.

18. CMQ Radio Centro, (copia mimeográfica, 19 de noviembre de 1955, p. 4), *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 69.

19. *Ibidem*.

20. Ciertamente, si la oposición aceptaba el Plan Vento le hubiera concedido legitimidad al gobierno de Batista que era resultado de un golpe de Estado. Además el poder real se hubiera mantenido en manos de la camarilla batistiana.

21. Véase «Discurso de José R. Andreu», CMQ Radio Centro, (copia mimeográfica, 19 de noviembre de 1955), *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 76.

22. *Ibidem*, p. 78.

23. José Antonio Echeverría en su discurso expresó, «Mantenemos que únicamente una transformación profunda en nuestra realidad política, económica y social puede ser cura de males de nuestra patria. El problema inmediato de Cuba es derrocar al usurpador Fulgencio Batista y establecer un gobierno democrático y después emprender una obra revolucionaria que resuelva el problema de los desempleados, de los campesinos sin tierra, de los obreros explotados, de la juventud condenada al destierro económico. Cuba está urgida de una verdadera revolución que arranque lo que Martínez Villena en versos encendidos llamara la “dura costra del coloniaje”». Véase copia mimeográfica en *Recortes Varios n. 38*, ob. cit., p. 70.

24. *Diario Nacional*, 2 de diciembre de 1955, p. 2.

25. Las comisiones debían estar integradas por miembros representativos de los distintos partidos del gobierno y la oposición. Para más información véase *El Mundo*, 28 de diciembre de 1955.

26. *El Mundo*, 2 de enero de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 22.

27. *Ibidem*.

28. *Prensa Libre*, 14 de enero de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 26.

29. *Bohemia*, 29 de enero de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 45.

30. *Prensa Libre*, 27 de enero de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 36.

31. *Prensa Libre*, 1 de febrero de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 50.

32. La carta de Cosme de la Torriente, de fecha 17 de febrero, entre otras cosas decía: «Esta situación [...] ha paralizado el curso de las negociaciones, con grave quebranto para el país, dominado otra vez por los más sombríos presagios. Pero convencido de que se hace necesario evitar nueva y dolorosa efusión de sangre, de que deseemos salvar las fuerzas jóvenes del país e impedir el colapso económico, he atendido la insistente solicitud de los miembros de esta sociedad que entienden necesario superar todas las dificultades opuestas hasta ahora y las que se opongan en lo futuro al propósito

de lograr fórmulas decorosas de solución». Véase *Prensa Libre*, 19 de febrero de 1956, p. 2.

33. Documento, copia mimeográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 11.

34. «Sesión inaugural del Diálogo Cívico», copia mimeográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 8.

35. Documento, copia mimeográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 22.

36. «Segunda sesión de la conversación conjunta de partidos y sectores de la oposición adheridos a la SAR y los partidos de la Coalición Progresista Nacional designados por el Señor Presidente de la República», copia mecanográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 19.

37. Documento, copia mimeográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 28.

38. Documento, copia mecanográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 26.

39. Documento, copia mecanográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 26.

40. Sección «En Cuba», *Bohemia*, 18 de marzo de 1956, p. 74.

41. Documento, copia mimeográfica, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., s/p.

42. *El Mundo*, 19 de abril de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 15.

43. *Diario Nacional*, 16 de junio de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 24.

44. Ulises Carbó, «Desfile», *Prensa Libre*, 15 de agosto de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 43.

45. *Diario Nacional*, 28 de septiembre de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 62.

46. *Excelsior*, 13 de septiembre de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 53.

47. *Prensa Libre*, 7 de julio de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 30.

48. *El Mundo*, 9 de diciembre de 1956, p. a-4, col. 2.

49. *El Mundo*, 9 de diciembre de 1956, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 77.

50. Sección «En Cuba», *Bohemia*, n. 24, 16 de junio de 1957, p. 89.

51. «Exhortación del Episcopado», *Bohemia*, n.10, 9 de marzo de 1958, p. 71.

52. *Bohemia*, 16 de marzo de 1958, p. 6 y 7.

53. Documento, copia mimeografiada, 15 de mayo de 1958, *Recortes varios n. 38*, ob. cit., p. 91.

© TEMAS, 2000.

La secretaria de la República

Pedro Prada

Investigador y periodista. Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX).

El 23 de marzo de 1929 entré a trabajar como mecanógrafa en el bufete de San Ignacio 40. Era un bufete muy conocido; allí estaban, además de Fernando Ortiz, dos abogados muy buenos: uno era Giménez Lanier y el otro Oscar Barceló. En aquel momento, ya Ortiz tenía un gran prestigio: había sido cónsul de la República y fiscal de la Audiencia de La Habana, había obtenido una cátedra por oposición en la Facultad de Derecho de la Universidad; figuró de manera destacadísima en el Grupo Minorista —que se pronunciaba contra los falsos valores y por una renovación radical de las letras y las artes y los problemas políticos y sociales. Además, tomó parte en protestas públicas en defensa de intelectuales latinoamericanos y hasta había sido líder de la izquierda juvenil liberal, representante a la Cámara por el Partido Liberal, entre 1917 y 1927, y su vicepresidente en determinada parte de esa etapa. Para entonces, ya tenía escritos *Los negros*

brujos, Las rebeliones de los afrocubanos, Los negros esclavos, La crisis política de Cuba, Los cabildos afrocubanos, Historia de la arqueología indocubana, Glosario de afronegrismos, la primera versión del Catauro de cubanismos, y un montón de ensayos sociológicos, históricos y etnográficos.

Como entenderás, Ortiz estaba para mí allá arriba, encaramado en un pedestal, con sus métodos científicos y su molleja criolla, como diría Roa, y yo ni me imaginaba que podía subir y tocarlo. Piensa solo en lo que significaba para mí llegar a aquel bufete a preparar correspondencia para todos los personajes que se carteaban con él. Aquello para mí era lo máximo, como dicen ahora los artistas. No sé si realmente lo era, porque yo ni sabía entonces, en 1929, quiénes eran todas esas gentes. Y a Ortiz solo lo conocía de nombre. Bueno, lo conocía a través de Pablo de la Torriente, de quien era amiga desde 1925, y que trabajaba allí. Él me hablaba mucho de Ortiz en las tertulias del Club Atlético, que estaba en la calle Montoro, cerca de Ayestarán y Carlos III, cuando Dalía Íñiguez, una muchacha que se llamaba Tina Pérez Poncet, Teté Casuso, la novia de Pablo, y yo, que éramos todas normalistas, nos reuníamos a ver a los varones jugar fútbol, o a conversar y reírnos con

Resumen del capítulo «La hija del cuatro vientos», del libro inédito *La secretaria de la República*, una Historia de vida sobre Conchita Fernández Correa. El capítulo se refiere a la etapa en que fue secretaria de Fernando Ortiz.

sus ocurrencias, o cuando íbamos a escuchar a Mella. Como nos quedaba cerca de la escuela, íbamos, como iban también los jóvenes del Grupo Minorista y los de la *Revista de Avance*. Por eso, Pablo siempre me aseguraba que el ambiente al que me proponía incorporarme era muy distinto de todo lo que vivía el país, en medio de la tiranía de Machado, y no me defraudó... Él era de los que nunca defraudaban.

El caso es que aquel día llegué al filo del mediodía, que era cuando ellos empezaban. Era un caserón de esos antiguos de La Habana Vieja, subí las escaleras de mármol en un suspiro y, cuando abrí la puerta, frente a mí, vi una imagen que recordaré toda mi vida: era un salón enorme, con dos abogados en sus burós y dos mesitas para los secretarios; una al fondo, que era el puesto de Pablo, apenas se veía, oculta tras una mampara, junto a la puerta que daba a la oficina de don Fernando. La otra, más vieja, en la recepción, pegada a la entrada. Allí, como un santo en un altar, un muchacho muy blanco, con un bucle rubio sobre la frente y unos ojos muy verdes, con ojeras, pero de una mirada muy noble y muy profunda a la vez, me dio las buenas tardes y me invitó a pasar, como si la que entrara fuera una reina. Él se daba cuenta de mi timidez y cada palabra suya era pura bondad. Cuando le expliqué que venía a ver a Pablo por un trabajo, aquel muchacho se levantó y, mostrándose como todo un cubano reyoyo, gritó: «¡Pablo, llegó la Concha que estabas esperando!». Era Rubén Martínez Villena.

Esa fue la primera persona con la que me encontré cuando llegué al bufete de Fernando Ortiz. Rubén había sido su secretario y estaba de paso por allá, aunque yo creí durante mucho tiempo que ese era su último día de trabajo en aquel lugar. Para Rubén, don Fernando era como un padre y una escuela juntas. Él decía que mucho de lo que sabía lo había aprendido escuchando, leyendo y conversando con el doctor, y este, como su buen cómplice, se acomodó a sus horarios, o se los acomodó, por la tarde y por la noche, para que Rubén pudiera hacer toda su actividad patriótica y política.

Nunca tuve la oportunidad de verlos conversar, pero por los cuentos de Pablo y por lo que escribió luego Roa, debió ser uno de los diálogos más inteligentes que se haya escuchado jamás. Ambos defendían el uso honrado y valiente de la palabra y, conociendo como conocí a Ortiz, y escuchando y leyendo como escuché y leí después a Rubén, uno se da cuenta del significado de aquella relación.

Como Rubén se sentaba frente a la puerta, Pablo le había dicho que me estaba esperando y que le avisara en cuanto yo llegara. Eran los amigos más grandes que se haya visto, a pesar de ser tan distintos: Rubén más intelectual, reservado, serio, pensando siempre mucho y con una lengua como navaja de barbero, y Pablo

escandaloso, bromista, abierto, sin mucho tiempo para pensar, sino escribiéndolo, diciéndolo y haciéndolo todo a la vez. Cómo lograron esa armonía es para mí un misterio; tal vez sea el mucho respeto mutuo que se tenían. Hay una descripción casi de cine, que hace Roa en *El fuego de la semilla en el surco*, del primer encuentro entre ambos.

Ese Rubén temperamental es el que reconozco a la semana de estar trabajando en el bufete; el mismo del que me había hablado Pablo, cuando en casa nos enteramos de que, en la madrugada del 30 de marzo de 1927, la Cámara de Representantes había aprobado la famosa prórroga de poderes de Machado. Yo no participo todavía, como es lógico, en aquella manifestación que se armó; pero pude descifrarla dos años después como si hubiera estado en ella. Calcula que yo llegaba al mediodía al bufete y aquello siempre estaba en candela. Por primera vez escuchaba discusiones políticas y condenas tan fuertes sin el menor recato. En aquel lugar me asomé por primera vez de lleno al sentido de la lucha y a las ideas que convocaban, cuando conocí la historia del asalto a la casa de Enrique José Varona, que ya estaba muy viejito, y su protesta junto con los estudiantes, y me entero, por las cosas que contaban Pablo y Rubén y por los escritos que fueron sacando, del significado de aquellos hechos, de la agitación de las masas, y descubro que los obreros y los estudiantes eran aliados en esa pelea.

Déjame decirte algo más de su relación con Pablo. Siendo Rubén un escritor y poeta indiscutido, siempre hablaba con mucha admiración de los cuentos y artículos de Pablo, con un cariño y un respeto muy sinceros. Hacía unas comparaciones con otros grandes escritores que al propio Pablo le daba pena contar. Víctor Casaus logró rescatar algunas de esas valoraciones. Se veía que entre ellos dos no solo existía una extraordinaria amistad, sino un enorme respeto profesional por la obra de cada uno, tan distinta en sus estilos y tan común en sus metas. Jamás los vi discutir ni criticarse porque una frase o una palabra de uno no le gustara al otro. Sus discusiones eran de conceptos, de ideas sobre la revolución, que yo lógicamente oía, pero de las que no entendía ni jota. Con decirte que era famoso el cuento de que ni el propio Ortiz, a quien tanto respetaban y admiraban, se salvó de sus debates en el bufete, porque se decía que los encontraron una madrugada haciendo talco una conferencia suya. Solo con el tiempo y viendo actuar a muchos otros en distintas épocas fue que me di cuenta del significado de esa rara hermandad humana, intelectual y política que hubo entre Pablo y Rubén.

Volviendo al día en que entro al bufete, cuando Pablo salió sentí un alivio muy grande. Me presentó personalmente a Rubén —enfermo en ciernes de su

Siendo Rubén un escritor y poeta indiscutido, siempre hablaba con mucha admiración de los cuentos y artículos de Pablo, con un cariño y un respeto muy sinceros. Hacía unas comparaciones con otros grandes escritores que al propio Pablo le daba pena contar.

tuberculosis, aunque todavía demoraría yo en saberlo. Estaba ya entregado por completo a la tarea de reconstruir y fortalecer el destartado Partido Comunista, que solo dos meses atrás había enterrado en México a Julio Antonio, asesinado. Por la tarde, Pablo me condujo ante el doctor, que llegaba a trabajar siempre al anochecer. La reacción de Ortiz fue preguntar quién era esa niña que tenía parada frente a él; porque, con toda la bondad que inspiraba aquella bola de carne descomunal y con su alma generosa, se gastaba unas malas pulgas que no quieras saber. Todavía yo no había cumplido los 16 años y con aquellas 90 libras y la melenita rubia arreglada con una hebilla y papelillos que me hacía mi mamá por la noche, me dijo: «Yo no puedo tener una niña de 13 años aquí». Y yo, de fresca, le partí para arriba: «No, Doctor, yo tengo 16». Pero él no me hablaba a mí, sino a Pablo: «Es tan flaquita». Y yo, de nuevo, de contestona: «Doctor, me dejo crecer el pelo y engordo, pero déjeme trabajar».

Pablo me miraba y se divertía, hasta que comprendiendo que de verdad podía quedarme sin trabajo, intervino: «Mire, doctor, realmente ella va a cumplir 17 años dentro de unos meses, pero necesita empezar a trabajar. Es paisana mía, probémosla por una semana con uno de los abogados; se la garantizo». Así fue; no se separó de mí ni un instante, y a la semana Ortiz volvió a la carga con Pablo: «¿La muchachita esa que yo vi, se quedó?». «Sí, doctor, parece que la van a dejar de mecanógrafa del otro abogado», le respondió, y él le lanzó una mirada de esas suyas, que todo lo decían. Yo me acababa de graduar de taquímea e iba preparada para someterme a esa semana de prueba. Como sabes, me quedé por 16 años. Por eso, aunque Marinello dijo que Ortiz había tenido la inteligencia de escoger su secretaria, el mérito de verdad le pertenece a ese puertorriqueño muy cubano que fue Pablo de la Torriente Brau.

Todos los días pasaban por mis manos las cuartillas con los estudios del doctor. Miles de cuartillas pasaron de sus manos a mi máquina de escribir, y con ellas una nueva alfabetización e ilustración, porque lo que no entendía lo preguntaba y palabra que no conociera, la buscaba en el diccionario o indagaba su significado. Recuerdo que por los días de mi estreno, me ponen a escribir una cosa de límites y linderos y terrenos

marcados. Yo tecleaba muy campante hasta que me encontré una palabra que no entendí: «mojón». Le pregunté bajito a Pablo, y ahí mismo me salé; se armó el gran relajo. Empezó a llamar a todos, a Pedrito Capdevila, que era tremendo mecanógrafo, mi maestro, y tremendo amigo hasta que murió hace poco; también llamó a Rubén, que estaba en ese momento en el bufete y hasta al propio don Fernando, que fue quien al final me explicó qué cosa era un mojón de camino, porque Pablo solo hacía reír. Imaginarás cómo me puse de colorada, y le respondí: «Sí, no lo diga más, ya lo pongo».

A veces nos íbamos por la calle a conocer gente. Cuando el bufete se muda de San Ignacio 40 para la esquina de O'Reilly, nos encontrábamos mucho con pintores y estudiantes, porque cerquita había varias tiendecitas que vendían cosas para artistas, pinturas, pinceles y todo eso. Allí conocí a Antonio Gattorno, el de los famosos *Guajiros*, pintados, creo, en un bar del Empire State de Nueva York, que Pablo describe en una de sus crónicas; y a Fidelio Ponce, que se tiraba en el suelo a pintar con los dedos y casi nunca usaba pinceles. Pobre hasta morir, pero soñador y místico como el más rico de los ricos; un verdadero Modigliani tropical. También frecuentábamos, en la Plaza de la Catedral, el estudio de Víctor Manuel, que era muy amigo de don Fernando. Siempre andaba con sus tragos arriba y me dedicó una pintura muy linda, que tiene mucho valor sentimental, porque me la dio en medio de una de mis crisis amorosas, para alegrarme, con las palabras «A Conchita», «París», «Amor», «Sueño» y «Cuba» escritas por las cuatro esquinas, y que desde entonces me ha acompañado.

De esa manera, entre bromas, aclaraciones, nuevas amistades y muchas inyecciones de espiritualidad, que no da de comer pero sí de vivir, marchaba mi aprendizaje, sin darme cuenta que lo que para mí había sido en un inicio una necesidad de supervivencia se iba convirtiendo, con el paso del tiempo y de los días, en un verdadero disfrute y en una escuela mucho más importante. Es que el ambiente que encontré allí era muy afín a lo que yo sentía en aquel momento, a mis deseos de superarme, de salir adelante, porque el medio en que vivía no me iba a ayudar; aun cuando aquella casa de vecindad la habitara gente muy buena, decente, como se decía entonces. Yo necesitaba otra cosa, y el

bufete me lo proporcionó, aunque ganara muy poquito de momento, unos 6 pesos a la semana, y trabajando como mula de 2 a 6 de la tarde.

Ortiz también se daba cuenta y siempre tenía alguna jarana conmigo, e incluso me invitaba a que lo acompañara al Club Atlético junto con Pablo y Dalia Íñiguez. A pesar de que no daba esa impresión, él era de una gran sensibilidad humana, muy generoso, pero muy rápido con el trabajo. Por eso, lo mismo me ofrecía oportunidades de conocer y aprender, que me exigía e imponía una disciplina de trabajo férrea, lo cual le agradeceré siempre. No me podía separar de la máquina. Pablo trataba de ayudarme, no haciendo mi trabajo, sino explicándome las cosas o bromeando, con ese carácter suyo espléndido y ciclónico. Si yo le ganaba una discusión, buscaba después la manera de fastidiarme. Si me descuidaba, me cogía la merienda, me dejaba cinco centavos por ella sobre la mesa y cuando yo le peleaba, me soltaba unas risotadas que eran para morir.

Por mi parte, también le retribuía los favores. Me decía: «Me tienes que ayudar, no tengo tu velocidad», y yo, para que Pablo pudiera escribir sus artículos para los periódicos, transcribía las cartas personales que le encargaba Ortiz, firmadas bajo el seudónimo del Iyamba, que era como le decían ya los ñañigos de Regla, Guanabacoa y La Habana Vieja. Iyamba, en Cuba —no sé si lo sabes—, es uno de los cuatro obones, reyes o jefes abakuás y, según decía Lydia Cabrera, era la dignidad más alta entre todos los ecobios, es decir, entre los socios... ¡Iyamba!, en lengua efik, significa también ser el leopardo, que es el animal rey de la sociedad secreta abakuá. Eso da una idea de lo mucho que don Fernando llegó a significar para ellos.

Ortiz tenía mucha correspondencia, sobre todo con el extranjero, con profesores, con universidades, con editoriales y vendedores de libros en los Estados Unidos. Era cliente fijo de algunas casas editoriales muy importantes. Y también intercambiaba correspondencia con muchos de los intelectuales cubanos de la época. Yo me ponía a redactar las cartas aquellas y le fui cogiendo el juego, poco a poco. Mientras, Pablo se iba, encargándome de decir, si preguntaban por él, que había salido un momentico a buscar una medicina o cualquier otra cosa, pero nunca que se había ido al periódico a llevar sus artículos. Ahí era cuando me las veía negras, porque a veces me equivocaba y Pablo siempre las revisaba, sobre todo al comienzo.

Un año después, ya yo era por completo parte de ese bufete y no solo soportaba, sino que disfrutaba esa fraternidad diaria de trabajar entre bromas y noticias. Guardo un simpático escrito original, manuscrito, de Pablo, precisamente de finales del 30, creo que del mismo día de Navidad —por lo que dice, porque no

tiene puesta la fecha—, que él nombró *Carta a Thina*, que quiero entregar a la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, porque es formidable para retratar su personalidad culta y bromista.

Este Pablo va a desaparecer ese mismo año 1930. El deportista, el escritor y el cuentero crece y madura intelectual y políticamente. Se convierte en un periodista excepcional y en un revolucionario de ideas muy claras. De modo que no soy la única que se transforma a la sombra de don Fernando. Realmente, el bufete era un ambiente magnífico, de mucha altura intelectual, muy cubano, donde trabajábamos muy en serio, pero entre risas y muestras de un humor sin pedantería y, al mismo tiempo, muy al tanto —y partícipes— de toda la gran inquietud política que vivía el país, cuando la Isla se sumergía en una crisis económica sin precedentes, que don Fernando nos obligaba indirectamente a conocer y estudiar.

Es en medio de toda esa situación que se produce la famosa huelga del 20 de marzo, que organizan el Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba, entre otras organizaciones, y en la que Rubén, que ya estaba bastante enfermo, desempeña un papel de liderazgo indiscutido, porque la va armando, pieza a pieza, denunciando a sindicalistas vendidos, corrigiendo las instrucciones, organizando la coordinación entre las células comunistas y los comités sindicales. Ya él no estaba en el bufete para esa época, pero los del bufete sí estábamos de alguna manera enredados en el apoyo a Rubén. En silencio, haciendo cada uno como que no sabíamos en lo que andaban los otros —incluido el propio don Fernando, que le había asegurado años antes otro trabajo discreto para sortear sus problemas económicos sin salirse de la lucha—, escribimos, tecleamos cartas, mensajes, discursos, a veces sin saber para qué.

A alguien le escuché decir una vez que el bufete llegó a ser como un centro conspirativo y tenía razón, porque era un entra y sale tremendo, durante todo el día, de estudiantes, escritores, periodistas, políticos. Allí se discutían y elaboraban muchas de las cosas que luego se publicaban en la *Revista de Avance*, o se debatían después en el Congreso de la República. Algunos quedaron olvidados, pero la mayoría trascendió, porque entre ellos estaban Emilito Roig de Leuchsenring, Eduardo Chibás, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, Jorge Mañach, Juan Antiga, entre muchos más de los que antes se habían agrupado en el Grupo Minorista, y otros. Cada vez que alguien dudaba de algo, o que no sabía como enfrentar una situación, don Fernando repetía una frase que había dicho por primera vez en el año en que yo nací, cuando el 121 aniversario de la Sociedad Económica de Amigos del País: «Seamos hoy lo que fueron ayer», algo así como lo que después dijo

Fidel, cuando el centenario del alzamiento de La Demajagua: «ellos hoy hubieran sido como nosotros; nosotros ayer hubiéramos sido como ellos».

De casi todo aquel grupo me acuerdo; de unos más, claro está, según su personalidad; incluso de los extranjeros, como Lorca, que llegó a La Habana desde los Estados Unidos en marzo de 1930; todo amanerado pero, al mismo tiempo, tan recio en su carácter y sus ideas, tan lleno de alegría y de entusiasmo. Lorca era la pasión misma, el arrebató de las emociones encontradas. Como todo buen andaluz, si entraba en trance tiraba para el piso cualquier cosa. Era lo que se dice hoy un loco, pero muy medido y correcto; él decía que las personas tenían que respetarse a sí mismas y aprender a luchar contra sus propios instintos para saber vivir. Lo mismo te improvisaba unos versos que te recitaba una poesía completa, y cantaba una habanera con tanta pasión como la que desataba cuando entablaba una discusión política sobre injusticias sociales o sobre el fascismo europeo. Yo le oí decir cada cosa, que ya hubieran querido decirlo muchos políticos de entonces. ¡Qué iban a decir! No por gusto Roa dijo una vez que Lorca tenía la lengua más afilada que una navaja toledana. Es más, yo te añadiría que ojalá que muchos machitos que hay por ahí tuvieran sus principios.

Su imagen nunca se me ha borrado de la memoria: estrechito de hombros y ancho de caderas, con unas cejas espesas, juntas y negras, que parecían pintadas, y aquellos ojos que eran como los mismos ojos de sus poemas y de sus personajes de teatro, todo lenguaje. Lorca se acerca a Ortiz por medio de su cuñada Lydia Cabrera, a quien conocía de Madrid y que comenzaba a dar los primeros pasos en el estudio de las culturas africanas en Cuba, con el doctor como mentor. Hay quienes dicen que fueron juntos a un toque de tambor, pero a mí no me consta. Lo que sí puedo decirte es que Lorca establece con Ortiz una buena amistad y le pide mucha información, sobre todo acerca de los negros ñáñigos. Ese tema lo apasionaba, y como los ñáñigos aceptaban a Ortiz como su Iyamba, es posible que hubieran ido juntos a alguna ceremonia, porque a él todo aquello lo deslumbraba. Decía que era una magia de muerte, como la de sus dramas, y en cierto sentido tenía razón, porque en todas esas cosas hay también mucho de andaluz. Esa parte de España fue la que tuvo más influencia árabe y africana.

Otro de aquel grupo era, como te dije, Emilito Roig, también discípulo de Ortiz, aunque ya mayorcito; culto, refinado, de cuna, como indican sus apellidos, pero antimperialista y martiano como el que más, ¡y mejor todavía!, porque se atrevió a decir cada cosa de los Estados Unidos, cuando nadie hablaba así de ellos. Hay dos libritos de él que recuerdo haberme leído muy

bien: uno, que dice Carlos Rafael que es el más completo estudio sobre la Enmienda Platt, y otro, publicado años después, cuando yo trabajaba con Eddy [Chibás], y que desde el nombre, ya merece un monumento: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, que tiene dos tesis fundamentales, dichas de la manera más sencilla y popular: los cubanos nos ganamos la independencia a sangre y machetazos, y nadie nos la regaló; y la otra, que los yanquis siempre fueron nuestros enemigos. Y de Martí, ni se diga todo lo que escribió. ¿Tú ves lo que dicen de la biografía que hizo Jorge Mañach de Martí? Pues yo me quedo con una sola página de Emilito. Te la cambio por todas las que escribió Mañach, porque fue Emilito quien de verdad nos enseñó a leer a Martí, antes de que Marinello y la Revolución hicieran lo suyo.

Él fue el de la idea de aquellas reuniones de poetas, intelectuales, artistas y discutidores que estaban en minoría en aquella sociedad —por eso se autoproclaman como Grupo Minorista, después de un almuerzo en un restaurante italiano que había por Neptuno. Casi todos eran jóvenes (menos Ortiz, que era como el decano, el más viejo) y a pesar de disolverse como grupo en el 28, se siguen reuniendo después bajo la tutela del Viejo, que se sentía rejuvenecer entre todos aquellos muchachos, siempre en torno a la misma idea del arte y del pensamiento cubanos, de los destinos de la República.

Por ser mujer, y por la confianza que me tenía, Ortiz me encargaba la organización de sus reuniones y almuerzos con aquel mundo intelectual y político, casi siempre en el restaurante del Hotel Ambos Mundos, en torno a una mesa larga que don Fernando presidía, junto a una copita de zumo de limón que siempre se disparaba religiosamente. Entre platos de comida, botellas de cerveza o copas de vino, se debatían los problemas políticos de entonces, se hablaba de filosofía, del idioma, de literatura, de historia; se discutía sobre el papel de algún político en Cuba o en algún lugar del mundo, lo mismo en España que en los Estados Unidos. No todo lo entendía yo, y por eso preguntaba después, como un muchacho de esos que les dicen «sabelotodo».

En esos almuerzos, oí hablar a Ortiz por primera vez de la revolución mexicana y la bolchevique, de Lenin, del APRA y Haya de la Torre, de la lucha de Sandino en Nicaragua, del fascismo, de Mussolini, de Hitler, y también de la guerra cubana contra España, con la pasión más grande del mundo. Después de Varona, reunirse con don Fernando era como tocar el cielo para aquellos muchachos. Él los dejaba hablar, discutir entre ellos, los escuchaba y con una habilidad tremenda sugería luego sus puntos de vista, les daba más información, datos que él llamaba «expresión metódica de la decadencia cubana», incluido un montón

de leyes de amnistía contra criminales y ladrones, o les recomendaba dónde encontrarlas. Siempre estaba enseñándoles a sumar experiencias, escoger las mejores y más justas, y tratando de unirlos e identificarlos entre ellos, en torno a los ideales cubanos.

Como el propio Pablo escribiría después, me dejé arrastrar por aquel gran río de la Revolución, porque, además, me gustaba. Me enredé con él, con Valdés Daussá, con toda aquella pléyade de jóvenes que venían conspirando desde poco después del asesinato de Mella. Y es, precisamente, en medio de toda esa situación revolucionaria, que ocurren los hechos del 30 de septiembre de 1930, cuando se organiza el Directorio Estudiantil Universitario, que emite ese día su famoso Manifiesto «Al pueblo de Cuba» y los estudiantes salen por primera vez a la calle a enfrentarse a la tiranía. Yo recuerdo que unos días antes, Pablo me había dicho: «Concha, quiero que vayas el día 30 a la Universidad, por San Lázaro, que vamos a dar una tângana y quisiera que estés con nosotros. Primero, porque quiero que estés allí para que veas lo que va a pasar, y segundo, para que si me pasa algo, vengas al bufete y se lo digas al Viejo. Antes no le digas nada. Tú ve, sal de tu casa como si nada y nos encontramos allá».

Así hice: me puse una saya negra y una blusa con unos bordados acá, bajo el hombro, junto al cuello, muy impropia para la ocasión, como si con eso pudiera despistar, y salí, creo que hasta con sombrilla, porque era un día muy feo, nublado desde el amanecer. Cuando llegué no se podía entrar; tenían toda la colina acordonada y ya había empezado el tiroteo, porque la policía se había adelantado, al parecer por algún chivatazo, mientras los estudiantes corrían desde la plazoleta donde hoy está el Memorial Mella hacia Infanta, tirándoles piedras, sobre todo, a los policías de a caballo, porque habían arremetido contra un grupo que, con toques mambises de corneta y una bandera cubana, encabezaba la manifestación. Entonces llego al parque Eloy Alfaro, donde ahora hay una parada de guaguas, en la misma esquina de Infanta, O y 27; pregunto, y me dicen que Pablo estaba en ese grupo y que lo habían herido de un toletazo en la cabeza y se lo habían llevado para el Hospital de Emergencias. En eso, me pasa por el lado otro carro a mucha velocidad y tocando el claxon, en el que se llevaban a Rafael Trejo, que se había enredado en un forcejeo con un policía en la acera de enfrente, y le habían pegado un tiro del que después, como se sabe, muere.

Inexperta y muy joven, estaba como aturdida por todo aquello y partí disparada para el bufete en una máquina en la que me metieron. Al llegar, avisé que seguramente irían a registrar, como en efecto ocurrió; porque llegaron buscando a Pablo y a Rubén, y

amenazándonos a todos. Luego supe también que en Gervasio y Belascoáin, persiguiendo a un grupo en el que corrían Rubén, Roa y otros, mataron a Isidro Figueroa, un dirigente obrero no muy conocido, pero muy valiente.

Más tarde arranqué para Emergencias bajo el aguacero más grande que se recuerde en La Habana. Me paré en la acera de enfrente para ver el despliegue de guardias, no dejaban entrar, pero me dije: «a esta gallega no hay quien la pare». Puse cara de comemierda, crucé la calle y seguí caminando sin que me dijeran una palabra. Así me dejaron entrar al hospital. Ya habían operado a Trejo y estaba muy grave. Pablo no. Me lo encontré en una cama, con la cabeza vendada, la camisa tinta en sangre —igualito a como se ve en la foto—, diciendo palabrotas, denunciando al gobierno y haciendo reír a todos con sus chistes. A mí me preguntaba si había corrido mucho y cómo había hecho para escaparme de los tiros y los palos y llegar luego al bufete. Estaba preocupado por Ortiz. Me decía, muerto de risa «¿Ya te dijeron a cuántos les metí un guantazo?». Porque Pablo tenía unos puños temibles y ese día había tumbado a unos cuantos policías de un trompón. Cada vez que Félix Alpízar tocaba la corneta, ahí iba abajo un policía, y los que estaban al lado corrían cagados del miedo.

Después de todos estos sucesos, con Trejo de bandera, se desata de verdad la batalla popular contra el machadato. El gobierno clausura la Universidad, declara la censura de prensa. El 4 de enero de 1931, Pablo, que ya estaba casi clandestino, cae preso en una redada por El Vedado, sin que se supiera por cuánto tiempo. Se lo llevan para el Castillo del Príncipe, donde se declara en huelga de hambre, y a los dos meses lo trasladan para Isla de Pinos, primero a la cárcel de Gerona y luego al Presidio Modelo. Ortiz, en medio de una explosión creativa sin precedentes y desesperado por la ausencia de Pablo, pone a una muchacha a trabajar con él que solo le dura quince días, pues no lo soporta y se va.

Le hago una propuesta. Por un lado, no quería que Pablo, que tanto me había ayudado, perdiera su empleo; él estaba recién casado con Teté Casuso y en ese momento, preso. Necesitaba más que nadie los 80 pesos que le pagaba don Fernando. Por otro lado, un nuevo empleado significaría cargar de nuevos gastos a la oficina. Entonces le digo a Ortiz: «Doctor, usted necesita quien le mecanografie algunas cosas y yo se las puedo hacer después de las 6 o en medio de mi trabajo en el bufete». Él me dijo: «Bueno, si tú estás dispuesta a esperar a que yo llegue», y le respondí: «Sé que usted llega alrededor de las 7, después que yo termino, eso no me lo tiene que decir; ya conozco más o menos su manera, sus resabios, a través de Pablo, claro». Ortiz se me quedó

mirando, con una de esas miradas tuyas que te taladraban, y me dijo: «Mira; sé que tú hacías muchas de las cartas que yo firmaba. No te vayas a creer que yo no sabía que Pablo se iba y te dejaba haciéndome las cartas. Te voy a pagar 6 pesos semanales; así que, ¡a trabajar!».

Muchas veces me he preguntado si no hubo entre Pablo y Ortiz algo de complicidad mutua para ayudarme a salir adelante y a ser alguien en la vida. Sin darme cuenta, el uno y el otro me habían estado preparando para una empresa mayor que me ponían en las manos en un momento muy especial, cuando don Fernando escribe el *Manifiesto a la Nación*, también conocido como las *Bases para una efectiva solución cubana*, que fue una denuncia durísima contra la prórroga de poderes de Machado, dicha con todo el peso de su autoridad moral e intelectual, y con todo el valor que se le podía sospechar y que, justo en ese instante, descubrí. Aquello era una denuncia abierta, sin precedentes ni circunloquios de ninguna clase. Trabajábamos hasta altas horas de la noche.

Transcribir el *Manifiesto a la Nación* fue una experiencia muy particular, porque Ortiz escribía y reescribía las hojas con aquellos jeroglíficos suyos. Yo tecleaba y tecleaba hasta que tropezaba con algo que no entendía y ahí dejaba un espacio en blanco. Cuando él llegaba, le decía: «Mire, doctor... Aquí, en este pedacito, no se entiende lo que dice...». Él miraba, se limpiaba los espejuelos, volvía, le daba vueltas al papel y con una sonrisa inexplicable me decía: «¿Tú puedes creer que yo tampoco sé?». ¿Qué tú crees que se me ocurría contestarle?: «¡Ay, mi madre! Estese tranquilito un rato, échese agua en los ojos y usted verá que dentro de un rato lo descifra». Entonces se sentaba con aquella calma suya, prendía un tabaco y se ponía a releer todo, el principio y el final, y se acordaba, o inventaba algo nuevo. Lo otro eran las citas. Tenía muchas citas bibliográficas que tomaba y, a veces, ni siquiera las escribía, sino que ponía: «copiar tal párrafo o tal nombre de tal libro, o resume tal idea» y allá iba a yo a leer y a copiar, lo que me hacía pasar un trabajo doble, pero aprendía mucho más porque, de paso, curioseaba.

Ortiz tenía hábitos de trabajo muy interesantes. Empezaba la jornada leyéndose todos los periódicos y todas las noticias. Siempre estaba al tanto de todo, pues tenía una capacidad privilegiada para hacer varias cosas a la vez. Por ejemplo, no solo escribía los artículos para la revista *Ultra*, sino que preparaba sus extractos, y con ellos y otras cosas que buscaba, armaba la revista. Nunca escribió en cuadernos, ni le gustaban las hojas de papel grandes; por eso, yo le picaba las hojas de carta, las de tamaño legal, a la mitad. Cuando ya tenía un montón de cuartillas escritas, les ponía un cartón arriba y otro abajo, y las amarraba con una cinta, un cordón o una

banda de goma ancha. Así, cuando desembarcaba en el bufete después de perderse por tres o cuatro días, me dejaba sobre el buró cuatro o cinco paquetones de aquellos y luego desaparecía. Yo mecanografiaba todo aquello de un miércoles para un viernes, y luego lo llevaba a Minerva, que era una editorial donde imprimían sus cosas, o a la revista *Ultra*, según fuera su instrucción. Ese hábito no lo abandonó ni en sus últimos momentos.

En su casa de L y 27, donde hoy está la Fundación que lleva su nombre, frente a la Universidad, él tenía su cuarto en la planta alta y allí arriba, en una poltrona enorme o en la cama, con todas las almohadas levantadas, se sentaba como un Buda, se ponía una tabla sobre las piernas, pero con una forma redonda para encajar su voluminoso abdomen y se estaba trabajando horas y horas de noche y de madrugada, con todos sus libros y papeles ordenados en estibas sobre el piso, mesas y sillas, y también en un librero giratorio que era famoso y que terminó en casa de Núñez Jiménez, a quien, al parecer, la última esposa de Ortiz se lo dio después de su muerte. Sobre todo en sus últimos años, permanecía refugiado allí todo el tiempo, con sus alumnos cerca, como en los viejos tiempos, siempre rodeándolo. Recuerdo cómo se ponía aquello de gente en la época en que trabajamos juntos. Yo siempre —o casi siempre— estaba afuera, dando máquina. Cuando lo regañaba —porque aquel hábito suyo le hizo mucho daño después con la circulación, al punto de que ya muy viejo, no podía moverse de su cuarto—, él se reía y me decía que de madrugada era cuando el cerebro trabajaba con más claridad. Entonces le volvía a replicar que por su culpa yo tenía que estar luego mecanografiando hasta la medianoche, muchas veces sin almorzar y sin comer, y para colmo descifrando su letra. A veces, mandaba traer unos bocaditos con su chofer y seguíamos trabajando.

Así fue aquel comienzo de trabajo directo con don Fernando y así especialmente fueron los días finales del machadato y la redacción del famoso Manifiesto del que te hablé. Fueron días muy intensos, hasta que estuvo terminado. Luego hubo que organizar toda su impresión y reproducción, en secreto, porque ya la policía andaba detrás del bufete y de Ortiz. El día en que todo estuvo listo, me llamó y me dijo: «Concha, esta noche salgo en el ferry que va para la Florida, a Cayo Hueso. Me exilio. Pero tú no te preocupes, nadie te persigue ni te van a perseguir, porque no te identifican con nosotros. Tú, mañana por la mañana, estate al tanto de la hora; a las 7 yo debo estar en Cayo Hueso y a las 8 salen todos los periódicos aquí en La Habana. Tú calcula bien el tiempo para que repartas el manifiesto y los periódicos puedan lanzarlo a la mañana siguiente cuando ya esté yo en la Florida». Le dije: «¿Pero sola?»,

Lorca era la pasión misma, el arrebatado de las emociones encontradas. Como todo buen andaluz, si entraba en trance tiraba para el piso cualquier cosa. Era lo que se dice hoy un loco, pero muy medido y correcto; él decía que las personas tenían que respetarse a sí mismas y aprender a luchar contra sus propios instintos para saber vivir.

y me respondió: «Sí, tú sola. Aquí no va a haber nadie más contigo». Y así se hizo.

Te podrás imaginar el escándalo, porque era un documento totalmente en contra de la dictadura de Machado, llamando al pueblo a luchar contra Machado, y describiendo todos los horrores del régimen. Su punto central era la sustitución de Machado y de todos sus compinches, en la Cámara, en el Senado, en las alcaldías, en los tribunales. No llegaba a tener la audacia de las proclamas que Rubén escribía para los sindicatos y los comunistas, pero sin dudas, en ellos se veía un Ortiz rejuvenecido, que con toda su autoridad intelectual y moral, pedía que se barrieran con los asesinos y ladrones que se habían apoderado del gobierno y escarnecían a la República. Recuerdo que había un militar, el capitán Crespo, que enterraba a la gente viva en Atarés. Ese hombre fue responsable del asesinato de Margarito Iglesias. Y aquí te adelanto algo sobre el hijo de Margarito, que había quedado huérfano. Años después a ese muchacho lo prohijó Chibás; él era el padrino y yo la madrina. Por esa acción de Eddy, el comité parlamentario de la Cámara le pasaba una pensión.

En la etapa que te cuento, durante el exilio de don Fernando y hasta su regreso en el 34, nosotros, el bufete, nos convertimos en su retaguardia. Le suministrábamos información para sus trabajos, le fichábamos literatura, investigábamos un tema u otro, buscábamos entrevistas. A raíz de un acto que se da en el entonces Teatro Nacional —que ahora le dicen Gran Teatro de La Habana, donde está la sala García Lorca— en el que participaron todos los intelectuales de la época, Ortiz funda lo que se llamó «la Embajada de Cuba Libre en Washington», que no es un lugar específico, sino la acción suya y de otros intelectuales como el ingeniero Eduardo Chibás —el padre de Eddy—, el Dr. Herminio Portell Vilá y el Dr. Ventura Dellundé, quien era el delegado en Nueva York. Todos ellos se unen y se erigen en tribuna para denunciar la realidad de Cuba como una alternativa patriótica frente al papel de lleva y trae de los diplomáticos cubanos en los Estados Unidos.

Para ese trabajo también le enviábamos información. Y como si todo esto fuera poco, atendíamos su correspondencia. Unos temas, de los que no sabía nada, los pasaba a los otros abogados indicándoles que eran

clientes del doctor; otros, como ya tenía un poco del entrenamiento forzado que me había dado Pablo, yo misma los respondía y, en cualquier caso, los remitía a Nueva York, a la dirección de Ortiz. Hacía todo eso, además de ocuparme de la correspondencia de Pablo y de todo lo que él desde la prisión solicitaba y generaba. Fíjate qué clase de gente era Ortiz que, a pesar de tantas preocupaciones y de que seguía investigando y escribiendo sobre los negros (de sus apuntes de entonces nace el libro *Los negros de Harlem*, que se publica al regreso del exilio), no dejaba de preocuparse porque no pasara semana sin que no le escribiéramos a Pablo, sobre todo yo, durante los 105 días que estuvo esa vez en prisión.

Cuando sale, en abril, es cuando a Pablo le surge la idea de escribir sus vivencias. En la mañana o pegado al mediodía pasaba por Muralla, donde yo vivía en esa época, en un cuarto con una división de madera. Me pegaba cuatro gritos con aquel vozarrón que tenía: «¡Concha Espina, Concha Espina!» (que era el nombre de una escritora española, pero que a mí me lo decía por lo reflaca que andaba en esa época), y si mi madre se asomaba al balcón le decía: «¡Paisana, ¿tiene algo para mí? ¿Hizo bastante potaje hoy?, pa'que le eche agua, que voy pa'llá arriba!», y subía y se sentaba a conversar y a bromear. Se disparaba el plato de potaje o si no, un vaso de maltina con leche condensada, y me atormentaba con preguntas sobre el bufete, lanzándome a la cara sus planes e ideas y, también, contándome parte de sus andanzas y sustos revolucionarios, como el día en que él y Roa tuvieron que correr por todo Obispo y Mercaderes, huyéndole a un policía, porque andaban con cartuchos de dinamita en los bolsillos, y él se reía haciendo el cuento, porque decía que el policía no sabía que estaba entrenando para competir en las Olimpiadas.

Realmente, Pablo pudo disfrutar muy poco de su libertad. La persecución sobre él y sobre Roa se torna brutal y vuelve a caer preso en julio, días después de publicar varios artículos incendiarios en los periódicos *El Mundo* y *Línea*, del Ala Izquierda Estudiantil, que nosotros salíamos a vender para recaudar fondos para la lucha y para el Partido Comunista; una experiencia muy bonita, porque ahí fue cuando de verdad la

Universidad y el estudiantado comenzaron a hacer causa con los obreros, y en donde figuras como Eddy Chibás y Antonio Guiteras se destacan.

En aquellos trabajos, Pablo, que no era universitario, se gana un espacio con tremendas acusaciones contra Machado. Denuncia por primera vez los atropellos en El Príncipe y en el Presidio Modelo de la Isla de Pinos, y lanza la consigna de «¡Tiene la palabra el camarada Máuser!», que en realidad era el título de un artículo escrito por Roa, pero también una clara convocatoria a la lucha armada contra aquel régimen. Por eso lo encierran y se lo llevan para La Cabaña, aunque, como al mes, lo tiran de nuevo para El Príncipe y de ahí, finalmente, para Isla de Pinos otra vez, para el Presidio Modelo.

Allí lo mantenían incomunicado, sin causa, sin juicio, sin sentencia, para alejarlo de la lucha, separado incluso de muchos de sus compañeros que, como Raúl Roa, también guardaban prisión. Hay que ver los cuentos que hacía Marinello, que estuvo preso junto con él. Marinello siempre me decía que fue en la cárcel donde él de verdad conoció a Pablo y su inmensa estatura moral. Años después, el propio Pablo me diría que él se sentía enfermo de por vida por el presidio. Lo metieron en la sala de los «presuntos dementes», aunque había proclamado que estaba allí por rebelde y revolucionario. ¿Hasta qué punto aquello tiene que haberlo sufrido y marcado? Recuerda que tenía solo 26 años. Él mismo contó después cómo andaba desnudo en su celda y en el penal, en protesta. Por suerte dejó dos obras monumentales sobre el presidio, que son de los mejores retratos de esa época de barbarie que fue el machadato —que yo haya leído—: *La isla de los 500 asesinatos* y *Presidio Modelo*, que según me confesó y lo cuenta él mismo en el prólogo que escribió, aspiraba a convertir en un guión de cine. Estuvo muchos meses incomunicado y aislado del mundo. Le impusieron la condición de preso común cuando en realidad era político. Solo le permitían leer, hacer ejercicios y jugar. Sin embargo, no podía escuchar música, y eso debió ser para Pablo como una tortura, porque él amaba mucho la música. Era socio de Pro Arte Musical y asistía a los conciertos que se daban en el teatro Auditorium, hoy Amadeo Roldán. Nunca olvidaré cómo lo emocionó que le llevara, en una de las visitas, el programa de un concierto al que yo había ido y en el que interpretaron la Sinfonía del Nuevo Mundo, del compositor checo Dvorák, que era su música preferida. Decía que esa noche iba a dormirse soñando con ella.

Cuando lo traen a La Habana, a la Audiencia, Pablo hace muy buenas migas con sus custodios durante el viaje en barco desde Nueva Gerona y luego en ferrocarril desde Batabanó, y les pide, al llegar a la

estación de trenes en La Habana Vieja, ir caminando hasta el Castillo del Príncipe —donde lo recluirían mientras durara la vista del juicio—, con su barba y su melena, que se había dejado crecer en rebeldía. Aquello fue un suceso que él mismo se encargó de contar después, porque lo disfrutó mucho, un paseo por toda la ciudad, por la mañana; lo veía como un desafío y una burla a la vez, y la gente se quedaba admirada, contemplándolo pasar en aquella facha.

Ya durante la etapa del juicio, yo me iba a verlo cada vez que lo llevaban desde El Príncipe hasta la Audiencia. A Pablo lo traían, con su pelambrea, en un carrito celular. Era la imagen clásica de un dios griego o romano: alto, trigueño, atlético, de espaldas anchas y una cara muy fresca, aun con aquellos pelos largos ondeados, caminando a pasos largos y con una pose erguida y muy elegante. Siempre se estaba riendo y eso era como un imán para las muchachas, como esos jóvenes que hoy veo en la playa y que me dan ganas de tener 16 y 20 años de nuevo. Por esas visitas se me colaron una vez en la casa los matones de Calvo, que estaban muy agresivos después de la explosión de Flores 63, que le derrumbó la casa completa al sicario, aunque este se salvó por un tilín. Ya estaban al tanto de que yo vendía el periódico *Línea* y retratos de Mella, con las fotos hechas por Tina Modotti, para recaudar fondos para el Partido Comunista. También me habían visto salir del bufete con las jabas de libros de Ortiz y de los otros abogados, rumbo a la librería de Rambla y Bouza, y el caso es que trataron de asustarme y prohibirme que volviera a la Audiencia a ver a Pablo.

¡Prohibirme algo a mí! Ahí mismo se me salió el gallego: les dije que no, que iba a seguir yendo a verlo porque él era mi compañero de trabajo y que no iba a dejar de hacerlo por nada del mundo, porque ese era uno de sus pocos momentos de alegría en medio de todo el trauma que significó para él la cárcel. Y así hice hasta mayo de 1933, en que ya, en medio de una situación política y revolucionaria insostenible, Machado lo saca de prisión como parte de una amnistía, pero con la condición de que se vaya de Cuba, y ahí es cuando Pablo se va por primera vez para Nueva York. Allí comienza una nueva vida hasta la caída de Machado, en agosto de ese mismo año, en que regresa a La Habana, pero a reincorporarse a la pelea por esa revolución del 33 que, como dijo Roa, se nos fue a bolina.

Por mi parte, seguí participando en buena parte de toda aquella efervescencia, vi caer a Félix Alpízar, a los hermanos Freyre de Andrade, y me detuvieron en dos ocasiones, aunque enseguida me soltaron porque como aparentaba mucha menos edad, me las arreglaba para joderlos. Fue un verdadero milagro que no me pasara nada el 7 de agosto del 33, cuando la matanza frente al

Capitolio: que la gente se había lanzado a la calle creyendo que Machado había caído, porque eso estaba muy cerquita del bufete; pero ese día, por alguna razón que no logro precisar, yo no estaba en el bufete ni en La Habana Vieja; lo que no me ocurrió el 12, cuando sí cae de verdad Machado, que en cuanto nos enteramos, salimos todos para la calle a festejarlo.

Es precisamente después de ese día, creo que el 14 ó el 15 —porque no quería perderse ni un instante aquel momento de euforia revolucionaria por el que tanto había luchado—, que Pablo regresa de los Estados Unidos. Seguimos viéndonos, incluso en el bufete, pero siempre con un riesgo grande para él, que se enreda en batallas universitarias y contra el Ejército. Recuerda que viene la etapa del pucherazo del 4 de septiembre, de la famosa Pentarquía, del primer golpe de Estado de Batista, y del gobierno de transición de Grau, donde Guiteras era el Secretario de Gobernación. Pablo ya venía con nuevas experiencias de lucha política, como agitador de los clubes revolucionarios de emigrados en Broadway, y dirige y participa en el recibimiento y homenaje a las cenizas de Mella, apoya al gobierno de Grau y de Guiteras —a quien conoce en medio de los sucesos sangrientos del entierro de las cenizas de Mella— y acompaña hasta sus últimos días, con un tremendo fervor y un dolor desgarrante, como el que sentíamos todos, a Rubén, quien después de la insurrección popular de agosto del 33, que tumba a Machado, ingresa en el sanatorio de La Esperanza a donde íbamos a verlo los tres: Pablo, Aldereguía y yo. Rubén no dejó nunca de asombrarnos: allí, moribundo en su cama, tiene fuerzas todavía para organizar el Congreso de unidad sindical de enero de 1934 y ¡mira qué cosas tiene la vida! se nos va al día siguiente de su clausura. Pero de eso no vamos a hablar.

Mira que yo he visto cosas y he sufrido, la misma muerte de Eddy..., pero lo de Rubén fue distinto, porque no es lo mismo morir en la lucha o como consecuencia de ella, porque eso está en el cálculo de probabilidades, que morir así como se nos murió Rubén, sin que pudiéramos hacer nada para salvarlo de aquella enfermedad. Si al menos hubiera existido el desarrollo de la salud que tenemos hoy, por lo menos la penicilina... Yo me propuse olvidar ese momento de mi vida y lo logré. Prefiero recordar a Rubén como te lo he contado: aquella imagen de bondad e inteligencia, con el rizo rubio en la frente y los ojos verdes, profundos como su carácter, recibíendome en el bufete de Ortiz, en 1929. Varias veces me he sentido así en la vida: cuando mataron a Pablo en España, cuando murió Eddy, cuando asesinaron al Che y cuando se nos fue Isabelita, mi sobrina.

No te creas que todo este activismo que te he contado lo hacíamos solo por amistad, por militancia,

y ya, no pasaba nada más. Había algo de organización y coordinación entre nosotros. A Ortiz había que darle cuenta de todo, porque él, como un mago, seguía moviendo los hilos invisibles del bufete y nos dirigía laboral, intelectual y políticamente a todos. Por eso, cuando él regresa del exilio en febrero o marzo de 1934, que nos mudamos para O'Reilly y Mercaderes, en un cuarto piso, todos comenzábamos a hablar ya de la revolución del 30 como algo mítico. No te voy a decir que era una visión marxista. Era imposible, porque él nunca fue comunista, pero Ortiz nos había enseñado a comprender que la revolución del 33 era el fin de una época y el comienzo de otra y, para explicarlo, se refería constantemente a Rubén. Para que tú veas las vueltas que da la vida: ¡el maestro citando al alumno!

A su lado, transcribiendo sus cartas, sus escritos, copiando sus conferencias habíamos empezado a pensar de manera diferente sobre el sentido de la propia revolución, porque hasta entonces yo solo había oído —y lo creía— que la revolución era acción, conspiradera, tánganas y tiros. Es a Ortiz a quien primero le escucho en esa época una cosa que después se la he oído explicar a Fidel: a ver la revolución como una expresión alternativa de la cultura. Ortiz le llamaba a eso «hacer una Cuba cubana». Esa idea se la oí explicar más tarde, al comparar aquella revolución con algo así como un nudo, que después se desata en el año 40 con la Constituyente. Creo que fue a Carlos Rafael al que una vez le escuché decir que aquella había sido una revolución liberal y democrático-burguesa. Si eso es así, entonces me tocó estar en dos revoluciones.

Fue una etapa totalmente nueva, diferente, tanto para Ortiz como para los que trabajábamos con él. Estamos hablando de un hombre de más de 50 años, que había vivido bastantes experiencias de todo tipo. Por un lado, escribía en esa etapa mucho más que antes. Por otro, se veía que ello era el resultado lógico del tiempo que se había dedicado a investigar durante el exilio en los Estados Unidos. Por esa época fueron saliendo diversos libros suyos como el *Glosario de africanismos* y artículos y ensayos fundamentales que aparecían en distintas publicaciones, particularmente en la *Revista Bimestre Cubana*, que era el órgano de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la cual era Presidente, y en la que desarrolló buena parte de sus ideas, siempre lúcidas, siempre unitarias, siempre con esa visión profunda de los destinos de Cuba, como aquel artículo llamado «¡Manos juntas!», en el que, por primera vez, yo veo esbozada la idea de unidad de las fuerzas progresistas y democráticas para cambiar al país.

En realidad, don Fernando no hizo más que seguir con la tradición de esa sociedad, que venía, como se sabe, desde los tiempos de la colonia y que con razón le decían la «hija del Iluminismo cubano», o algo así.

No por gusto él es uno de los que se suma, en los años 20, a la cruzada contra el analfabetismo —que proclama la Sociedad por esa época— y lanza aquella consigna de «Enseñanza y no exhibiciones», que luego repetirá en toda su prédica y en sus conferencias afrocubanas. Llegó a ser hasta Socio de Mérito de la Sociedad, honor que solo había sido concedido antes a José Antonio Saco y a José de la Luz y Caballero.

Además, él está entre los primeros en apoyar, desde el año 31, a los muchachos del Ala Izquierda Estudiantil y al Directorio Estudiantil Universitario en su lucha por la reforma universitaria, por la matrícula gratuita, y sobre todo, por enfrentar el mangoneo que se traían entre sí una parte del claustro y un grupito de estudiantes adinerados y cobardes, o pobretes arribistas —las dos cosas—, quienes comulgaban con la derecha machadista primero y proyanqui todo el tiempo, en medio de aquella efervescencia revolucionaria.

Por otro lado, y a petición de Grau, que comenzaba su primer gobierno, Ortiz se pone a trabajar en un proyecto de Constitución transitoria con la idea de que se pudiera salvar un poco la cara de la derrumbada Constitución de 1928. Lo ayudaban Carlos Rafael y Chibás, que también estaba exiliado, y regresa. Carlos y Eddy iban todos los días al bufete a aportar sus ideas y los intereses de la juventud y de los estudiantes que tanto habían hecho en la lucha contra Machado. A mí me tocaba recoger por escrito los frutos de sus discusiones e intercambios; era tan interesante lo que decían y lo hacían con tanta vehemencia, como si estuvieran en un mitín en la Plaza Cadenas o en el Congreso, que yo, embobecida, o mejor dicho, entusiasmada, dejaba de escribir para disfrutar oyéndolos, ganándome al final un consabido tirón de orejas del doctor Ortiz. Y luego terminaba organizando todos sus papeles, lo cual, por cierto, me permitió irlos conociendo de verdad, sin saber que, años más tarde, tanto Eddy primero como Carlos después, serían mis jefes.

Casi terminando o terminados ya los trabajos sobre la Constitución transitoria, nos mudamos de O'Reilly para la Manzana de Gómez, donde al calor de los sucesos en España y de la lucha por establecer la República, resurge en 1936 la Institución Hispanocubana de Cultura, que el propio Ortiz había fundado desde mucho antes de la Guerra Civil Española, en 1926, y que fue cerrada en 1930 por la presión de la tiranía de Machado, cuando se desató la persecución contra los intelectuales que se destacaban en la lucha por restablecer las libertades públicas. Por supuesto, con la resurrección de la Institución, Ortiz crea su órgano de difusión, la revista *Ultra*, que ocupa el lugar que antes había tenido *Surco*.

Paralelamente, estimulaba, aconsejaba y ayudaba a Pablo en una investigación que este estaba haciendo sobre los crímenes cometidos en el Presidio Modelo para el libro que escribía en esa época, y también, sobre la famosa historia del Realengo 18. No lo hacía directamente, sino usándome a mí y a otros, cuando comentábamos con Ortiz nuestros encuentros con Pablo y viceversa. Era un correo oral, extraño y cómplice, en el que empezábamos hablando del bufete y terminábamos comentando cualquier tema y, en primer lugar, las cosas que estaba escribiendo Pablo para *Abora*. Ya para aquel momento, el doctor Ortiz tenía un gran respeto y admiración por él; decía que ya sabía andar por la vida, y lo hacía en el mismo tono de orgullo —y no con ese paternalismo tutelar que nos revienta a los cubanos—, de la misma manera que lo pudiera decir un padre de un hijo que ha criado y educado. Ahí está todo lo que Pablo escribió por esa época, donde no hay nada de improvisación ni de apasionamiento infantil. Es un Pablo igual y diferente, sacudido hasta las lágrimas por las muertes de Mella, Rubén y otros compañeros, que vio escaparse la revolución del 33 y que se siente en deuda con su causa. Se ve que cada denuncia que hace la piensa bien, y la expone con tremendo coraje, como cuando echa pa'lante al asesino teniente Powell, que mató a muchos muchachos. El viejo Tallet describió ese tiempo con una imagen muy bonita: que a Pablo la cabeza le olía a pólvora, por lo que escribía, y tenía toda la razón del mundo.

Nada más hay que ver la correspondencia entre él y Ortiz, cuando Pablo, perseguido por Batista, se fuga en una avioneta para los Estados Unidos y llega finalmente a Nueva York. Le decía padrino. Le cuenta de sus trabajos, porque como muchos otros cubanos, pasó hambre, frío y sufrió el desempleo en ese país. También le habla de lo que escribe para periódicos norteamericanos, de sus libros que al fin termina, y de los actos en los que participa. A veces muy serio y a veces, con ese humor suyo de toda la vida. Del mismo tono eran las alusiones, encargos y saludos que para él me da en las cartas, y que en ocasiones me apenaba enseñarle a Ortiz por la cantidad de bromas y barbaridades que me decía. Así estuvimos hasta que él salió para España, enrolado en las brigadas internacionales y como recargado con todo el entusiasmo que encontró en los mítines antifascistas de Union Square, en Nueva York.

A partir de ese instante, mis contactos con Pablo se interrumpen. Yo me había empatado con el chileno que ya conoces y esa relación me ocupaba bastante, a pesar de que él era simpatizante de la causa revolucionaria cubana, izquierdista y ateo a morir. En el propio 36, paso un tiempo viajando, hasta llegar a

Chile. Por tanto, solo sé de Pablo por las referencias que me da Roa, que era de las pocas personas con las que mantenía correspondencia. Ya no había tiempo para bromas ni entretenimientos, como cuando estaba en los Estados Unidos. Pablo estaba entregado por completo a la lucha por la República, y yo a don Fernando y a la Hispanocubana.

Por primera vez dejamos de tener contacto. Quizás por eso me dolió tanto la noticia de su muerte, que llegó primero como un rumor, hasta que fue absolutamente confirmada. Creo que lo supimos un día de Nochebuena, una semana después de haber ocurrido. Ortiz estuvo varios días sin hablar y sin ir por la institución. Y cuando se apareció estaba seco, distante e insoportable. Yo, para qué te voy a decir: no quería creerlo, porque no concebía que se pudiera matar a la vida. Pablo era la vida misma. Él decía que nadie le iba a cerrar los ojos sin que antes no contara todas las cosas maravillosas que había visto, y yo no podía entender que no me las contara a mí, que me lo había contado todo, y que lo pudieran matar así como así. Bueno, con tantos palos que me dio la vida —como dice el poema—, todavía no lo entiendo. Válgame esta memoria que tengo y me lo ha preservado vivo, con su «edificio tronante de guerrero», como lo describió Miguel Hernández.

En ese mismo año 1936, don Fernando inicia en el Instituto Popular del Aire, que dirigía el entonces muy joven y mucho más apuesto José Antonio Portuondo, un curso introductorio de Historia de Cuba que hizo época, sobre todo por la conferencia inicial dedicada a la Cuba primitiva y a las razas, en especial a los indios, que constituyó —digamos— la culminación de muchos años de reflexión de varias generaciones de investigadores sobre las culturas indias en Cuba y que él fue capaz de entenderlo y, además, de explicarlo. Si lo sabré yo que tuve que dar tremenda tecla, porque estuvo haciéndole cambios a la conferencia hasta el último minuto e, incluso, después de haberla leído, cuando ya la preparábamos para publicar. Ese trabajo lo completa seis años después cuando publica *Las cuatro culturas indias de Cuba*, que fue de las últimas cosas que le transcribí. A pesar de la conciencia nacional que se había formado en los años de guerra contra España y de estrenar una República, aunque fuera de caricatura, los cubanos no nos habíamos encontrado todavía suficientemente con nosotros mismos y necesitábamos saber desde dónde veníamos para poder pensar a dónde queríamos ir. Eso fue lo que me enseñó y demostró Ortiz en aquel momento decisivo.

Por eso, cuando te hablaba de una nueva etapa y de un punto de ruptura o de partida, es porque se dan un conjunto de procesos de intelectualización del concepto de la Nación y de su Historia, y se dan a la vez

situaciones de cambio. Por ejemplo, junto con la resurrección de la Institución, como diría Miguelito Barnet, agota su etapa histórica el Grupo Minorista y concluye su ciclo vital la *Revista de Avance*.

Don Fernando, ciego de confianza en mí —y te lo digo con susto, porque no cabría otra explicación—, llegó a entregarme la administración de la Institución Hispanocubana de Cultura cuando entró en pique con la administradora, Hortensia Ladealo, una señora muy rancia y aristocrática, que nada tenía que ver con el carácter de Ortiz y que tampoco conocía el significado de aquella institución. Además, la Hispanocubana tuvo dificultades financieras. Recuerdo que me dijo: «Conchi, tengo ahí una compañera que no me cuadra. No puedo seguir con ella, tiene un carácter raro y yo necesito a alguna persona de confianza como tú, con quien me lleve como nos llevamos tú y yo. Por eso quiero que seas la administradora, además de que sigas siendo mi secretaria». «La locura del siglo», me dije, pero pa'lante, como hice con él en la Sociedad Económica de Amigos del País, donde daba conferencias por 50 pesos mensuales y le pagaban 25 pesos por cada artículo publicado especialmente sobre los republicanos españoles. Ahí me aumentó el sueldo a 80 pesos y, sonriendo, me repitió la frase que ya yo conocía muy bien, y que blandía como consejo y como espada y escudo ante todo y todos: «Ciencia, conciencia y paciencia».

Estando todavía en esos dos pequeños departamentos de la Manzana de Gómez, me dice un día que quiere conocer al autor de *Sóngoro Cosongo*. Por esa fecha, Nicolás Guillén había publicado ya *Motivos de Son y West Indies Ltd*. Sus poemas eran bien conocidos no solo entre los círculos intelectuales, sino entre los obreros. El doctor había reproducido *Motivos de Son* en su revista *Archivos del Folklore Cubano* con notas en las que asumía aquellos versos como letras de canciones. Ortiz descubre música —no musicalidad, que siempre está presente, sino música— en aquella poesía. Nicolás, parece que se sintió picado por aquello, como que habían disminuido el valor de su obra y le responde —recuerdo bien aquella carta—, explicándole con mucho respeto que aunque esas poesías se podían convertir en sonos verdaderos, él solo había recogido en versos lo que oía decir a los negros y mulatos cubanos, sus dichos, costumbres, el ruido de la calle y del solar. El caso es que cuando Ortiz me manda a localizarlo, yo que no recordaba bien el nombre del poema famoso, me dije: «Estoy frita. De dónde saco a ese “songocosongo”», y empecé a buscar al autor por toda La Habana, hasta que di con él, y allá fui a citarlo. El día que al fin llega, todo modesto, con su sombrero de pajilla en las manos, le toco a la puerta al doctor, y le digo: «Aquí está el señor Nicolás Guillén, el poeta de

“songocosongo”, que usted me mandó a llamar». Ortiz, lo hace pasar y se queda mirándolo de arriba hacia abajo, como quien dice «¿Me habré equivocado?» Ahí mismo le soltó: «Cuando leí tus poemas pensé que eras un negro grande, de siete pies de estatura, pero eres un perfecto tapón de bañadera». Se hicieron grandes amigos, y, por supuesto, yo también hice una gran amistad con Guillén.

Como Guillén, desfiló por la Institución Hispanocubana la flor y nata de la intelectualidad cubana y lo más progresista de la Hispanoamérica de entonces, sobre todo republicanos españoles. No podría olvidar al atildado Regino Pedroso, poeta obrero o social, como también se le llamó, autor de *Nosotros*, que dejó sorprendido a Rubén el día que este lo visitó en la forja donde trabajaba, golpeando a mandarrazos el hierro con las mismas manos con las que escribía versos. Tampoco podría dejar de recordar al humanista Alfonso Reyes, el penalista Luis Ximénez de Azúa; los poetas Federico García Lorca y Rafael Alberti; el gran filólogo Menéndez Pidal, María Zambrano, el filósofo Joaquín Xirau, el famoso abogado Luis Funes, que tenía que repetir las conferencias que daba porque era pico de oro y la gente lo aplaudía con delirio también; Fernando de los Ríos; el dibujante y pintor gallego Alfonso Rodríguez Castelao, y muchos otros más.

El recuerdo que guardo con más gratitud de Castelao es el homenaje a Pablo, que le hizo en un acto en la Universidad de La Habana. Para esa época él ya había caído en España. Aquel acto y aquellas palabras suyas sobre Pablo lo canonizaron en mi memoria para siempre, como dirían los curas. Pero, además, era un muy justo homenaje a cientos de cubanos que habían ido a brindar su ayuda a la República en uno de los gestos más lindos que se podrán recordar y que tiene sus explicaciones históricas y culturales, y no solo políticas o ideológicas.

Era una época en la que había mucha efervescencia alrededor de la situación española y don Fernando tenía mucho interés en que se salvaran los vínculos excepcionales que en la cultura habían creado Cuba y España por casi cuatro siglos. Siempre he pensado que la Institución Hispanocubana fue uno de los proyectos culturales más importantes de la historia de este país, tan importante como lo pudo ser, después del 59, la Casa de las Américas, porque nos dio la oportunidad a los cubanos de conocer a las principales figuras intelectuales de la España verdadera, la progresista. Todo lo que brillaba en la cultura española era republicano o de avanzada, y él, con ese sentido que tenía de que lo más importante para la formación de la identidad nacional de un pueblo era su cultura, hizo todo cuanto estuvo a su alcance para promover aquellos intercambios.

En aquel local de la Manzana de Gómez que habitábamos, en una salita que había al lado de las oficinas, hizo su primera exhibición personal Wifredo Lam. Todavía Lam no era muy conocido, había hecho algunas de las primeras cosas que lo hicieron famoso después y don Fernando se dio cuenta de su genialidad antes que cualquier otra persona y lo invitó. Después volvió a exhibir, pero ya muestras colectivas, como la de 1943, poco antes de irme yo de la Institución, en la que también participaron Ponce, Abela, Carlos Enríquez, Víctor Manuel y otros. Esa vez, Lam exhibió por primera vez *La silla*, que había pintado hacía un tiempo y que la tenía guardada. Impactó mucho, incluso al mexicano Siqueiros, que ya era muy famoso y visitó la exposición.

Esa también fue la época en la que en el ya desaparecido Teatro de la Comedia, uno de los sitios preferidos de conferencias de don Fernando, organizamos una sobre música afrocubana, a cargo de uno de los más estelares oradores cubanos de todos los tiempos, Salvador García Agüero, un negro lindísimo, tremendo tipo de hombre, inteligente y con una labia que parecía hijo de Martí, a pesar de ser muy jovencito y estar recién graduado de maestro. Esa fue la primera vez que salieron del templo los tambores sagrados batá, los de verdad, no los que hoy se tocan en las orquestas, sino otros, más simples, artesanales y consagrados, que se llaman Mpegó, Nkrikamo y Ekweñón, que son los que se tocan en un bataleo, y Sese, que es un tambor solo de ceremonia, como una madre, que si no me equivoco, no se toca (aunque creo que también les dicen bongó, bonkó y de otras maneras, según el tronco religioso que sea. Más de diez o quince veces, el teatro entero se paró a aplaudir. Aquello conmovió a la sociedad de la época, porque la hermandad entre blancos, negros y mulatos que se había heredado de la guerra contra España había venido cambiando en los primeros años de la República y bajo la influencia norteamericana se convirtió en un evidente racismo, que en los años posteriores se hizo más agudo. Fue un verdadero desafío en lo cultural, en lo político y lo social, y eso hay que agradecerse a Ortiz.

Quizás nosotros —Fernando Ortiz y yo— hayamos sido de los primeros blancos que entramos, en esa etapa, en un templo ñáñigo, que ya comenzaban a decirles abakuá, para participar de una iniciación. Fue cuando don Fernando regresó del exilio; fuimos a un toque en Guanabacoa, un rito muy solemne. Fue esa vez cuando me pidieron iniciarme, pero yo lo evité por falta de dinero y no porque tuviera algo en contra. Ellos, que sabían cómo yo era de echá' pa'lante, se dieron cuenta, me dijeron que tenía el mismo cocoricamo del doctor, que era chévere y monina, que era amiga, ¡hasta de ekobio alguna vez me trataron!, sin

serlo propiamente; y quizás por eso me hicieron un resguardo, con un mechón de pelo que me cortaron y lo fueron envolviendo. Tenía que ponérmelo en el ajustador, pegado al cuerpo, para protegerme de los abanekues, que ellos decían que eran los malos, lo que hacía sin complejo ni aprensión alguna, más bien por gratitud y por no ofenderlos en su sensibilidad.

Gracias a esos conocimientos, que siempre debo a Ortiz, desarrollé relaciones muy especiales con todas las personas que profesan esas religiones africanas. Déjame decirte de paso que el sentido de sus creencias es el de purificarse y limpiarse a sí mismos; son gente trabajadora, de respeto, muy digna, sana, y no, como se ha dicho, matones y delincuentes. Podrá haber delincuentes y descarados colados, como también se nos cuelan falsos comunistas en el Partido y se monta gente por la puerta de atrás en la guagua, pero como norma, son gente de principios, leales como el que más, sin miedos, ni a la muerte. ¡Si yo lo digo! Los abakuás son algo muy serio, y como revolucionarios son de apaga y vamos... Y de los verdaderos santeros ni se diga.

¿Tú sabes qué es lo curioso? Que una persona atea como yo, que no cree ni en María Santísima, entablara una relación tan sana y respetuosa con creyentes. Por eso nunca entendí muy bien aquella cosa de discriminar a muchos revolucionarios solo porque creían en Dios. Sé que había razones, trasfondo político, sobre todo por la actitud de algunos curas católicos, y hubo incluso algunos «hp» que quisieron echarle la culpa a Fidel; pero por suerte eso se rectificó, aunque nadie sabe cuántos buenos militantes del Partido se perdieron durante los primeros años de la Revolución.

Ves, esas cosas son las que me hacen a mí decir que Fernando Ortiz fue un adelantado a su tiempo, una figura... —¿paradigmática le dicen a eso ahora?—; que si hubiera nacido en Europa, sería un ídolo mundial. Yo creo que su obra cultural es parte de la Revolución y de la existencia de este país, de la identidad nacional. Ortiz era el rigor y la disciplina en persona, ya sea como maestro o como investigador. El me aseguraba que había que ser paciente para ser constante y profundo. Además, era un agnóstico: creía en todo y en nada. Al principio de sus estudios muchos negros se preguntaban «¿qué se traerá el blanquito ese con nosotros?». Después se hicieron sus amigos, curas y ñañigos, por igual. Los ñañigos lo trataban de Doto Tí, y me decían: «el que te toque a ti o al Iyamba, nos lo comemos a puñaladas».

Gracias a esa relación, me entero de la existencia de Merceditas Valdés. Recuerdo que llegué un día a la oficina con la noticia y le solté a Ortiz: «Usted que siempre está estudiando las cosas de los negros, debería ver a una, muy jovencita y bonita, que vive por Regla y

canta como los ángeles» —porque cantar la liturgia africana es más difícil que entonar un *Ave María* o un *Kirie Eleison*: se necesita una voz muy especial, «tener ola», como decía Ortiz, para ser capaz de dar unos registros especiales. Él no me quería creer al principio, porque tenía una referencia, que era Rita Montaner. Decía que la garganta de Rita Montaner no la podía tener nadie más en Cuba, y yo a que sí, que la tenía que conocer. Hasta que una tarde la escuchamos en una audición por la radio, en un programa que tenía un español que se llamaba Laureano Suárez. No sé bien si fue porque ya estaba aburrido de mi tozudez, o porque realmente se sintió conmovido al escucharla cantar, pero de inmediato me dijo: «¡Concha, vete a buscar de una vez a esa niña, a ver qué cosa hace!», y ahí fui yo a buscarla al solar donde ella vivía, y se la presenté. Merceditas llegó más chiquitica todavía de lo que era, y toda asustada, porque había gente que la había acusado de sacrílega por cantar en la radio aquellos cantos yorubas. Lo cierto es que rabiaban de envidia, porque el programa le había tumbado el *rating* de audiencia a otros.

Cuando don Fernando la escuchó quedó prendado de su voz, de la correcta pronunciación de las palabras de los cantos yorubás y lucumíes y, sobre todo, del sentimiento que le ponía a cada palabra y a cada canción. La acosó a preguntas, que en eso, solo Eddy y Fidel lo han superado, porque Ortiz era muy curioso. Entonces le pide que le muestre lo que los negros Trinidad y José Pérez, que eran sus mentores, le habían enseñado. Se puso a hacerle pruebas, y de pronto le dice: «Ellos te enseñaron el ritmo y el sentido de los tambores batá, pero te falta algo, que es lo que te voy a enseñar yo, y la llevó a ver al negro Alfonso Zayas —que era un babalawo muy amigo de él—, a las procesiones de Palmira, al tambor de la santera mayor de Cienfuegos, una prieta que le decían Manuela Acabamundo. La metió en toda la preparación de las conferencias que dictaba, para que aprendiera el origen y el sentido de lo que cantaba. Desde ese momento, Merceditas nos acompañaba a cada conferencia y presentación que sobre el tema afrocubano hacía Ortiz, y cantaba, para ilustrar lo que el doctor explicaba. El la presentaba diciendo: «Y ahora quiero que conozcan y escuchen a mi chiquita».

Nunca me olvido cuando se presentaron en Cienfuegos. Se fueron a hospedar en un hotel y la gerencia empezó a protestar, porque eran racistas, de que le habían llenado de «tiñosas» el hotel. Don Fernando recogió sus equipajes y se armó el escándalo del siglo, porque era lo más antidiscriminatorio que te puedas imaginar; en todos los sentidos y de la manera más amplia posible. Con decirte que era capaz de sostener que Martí era blanco por fuera y negro por dentro y

Cuando Ortiz me puso en manos de Eddy Chibás, yo, sin saberlo, estaba lista para enfrentar una empresa mucho mayor de la que en ese instante ni yo misma tenía la menor idea, y mucho menos podía imaginar cómo esa nueva responsabilidad me comprometía con el futuro de Cuba.

argumentarlo con una tonelada de razones que no había Dios que se las rebatiera. Él vivía orgulloso de la raíz negra cubana y de ser, como decían los negros, el caballero blanco que los estudiaba y respetaba. Por eso, Merceditas le decía que él era su Tío Tiz, su Aché y su Padrino, y a mí me cabe el privilegio, si se quiere, de haberlos unido. Por lo mismo, me molesta que cojan ahora todos esos cantos con esa demasiada furia y esa burla, y que hasta los rebajen a simple folklore, cuando son algo tan serio. ¡A ver quién le dice al Papa y a los cardenales que un «Aleluya» es un canto folklórico romano!

Aquella relación con los negros y con la cultura afrocubana fue mucho más extensa de lo que podemos imaginarnos. Te diría que no se conoce en toda su magnitud, porque se le asocia casi siempre a su obra intelectual, a los libros y cosas que escribió, que es lo más visible, y a la labor desde la Institución Hispanocubana; pero en realidad, hay que buscar muchas más referencias en toda su actividad humana que incluso yo, que estaba a su lado en esa época, soy incapaz de resumir y de contar, porque él estaba persuadido de que la raíz africana de la nacionalidad cubana había que rescatarla y hacerla valer en toda la cultura y la identidad de la Nación. Miguelito Barnet se está dedicando a unir todos esos cabos.

Habría que investigar más, por ejemplo, lo que fue la Sociedad del Folklore Cubano que él funda en una fecha tan temprana como 1923 junto con la revista *Archivos del Folklore Cubano*, que sale hasta el 30. Habría que averiguar sobre la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, que Ortiz, Emilito y José Luciano Franco crean en 1936 con la participación de toda una élite intelectual. Está además la Sociedad de Estudios Afrocubanos, que unió también a esos mismos personajes y que publicaba la revista *Estudios Afrocubanos*, ambas continuadoras de la Sociedad y la *Revista de Folklore*. Está la colaboración que tuvo con la revista *Mediodía*, que dirigía Guillén, y muchas otras obras que ojalá pudiera recordar. Fue Nicolás Guillén quien dijo en una ocasión que Ortiz sentó las bases para el tratamiento del problema negro en Cuba, y tenía razón, porque hay que ver lo que hizo cuando la Constituyente del 40, cuando promueve y alienta y le da argumentos al movimiento en contra de la discriminación racial,

para lograr una suficiente presión social que permitiera la inclusión de cláusulas antidiscriminatorias por motivos de raza en la nueva constitución que se redactaba.

Y nada de teorías: palabras y hechos, unos detrás de otros. Hubo una vez, entre 1935 y 1936, que viene a Cuba, invitado por Ortiz, el rector de la Universidad de Atlanta. Como el tipo era negro, nadie lo quería hospedar, y solo en el Royal Palm, a instancias de Pascual, un amigo de Ortiz, lo hospedaron; ¡pero sin comida! Es decir, sin poder comer en el comedor como todos los huéspedes. Solo lo atendían después que todos los blancos se levantaran de las mesas. Ortiz quiso darle un almuerzo de homenaje y ningún restaurante de La Habana, en los que don Fernando era muy respetado, desde el Floridita y el Ambos Mundos hasta el Café de París, ninguno lo aceptaba porque era negro. Decían que se le iban a ir los clientes. El pobre hombre, apenado, le sugirió al doctor hacerlo en su casa, pero este se negó y armó un escándalo tremendo, porque era muy antirracista; y eso mismo pasaba con casi todos los miembros del grupo y de la Institución Hispanocubana. Todos ellos, discípulos al fin y al cabo de Ortiz, eran muy antirracistas y anticlericales. Él le exigía esa conducta a cuantos le rodeaban. Desde luego, con mi excepción, porque a mí la vida fue la que me enseñó a no ser racista, y no Ortiz, que llegó después.

En una conferencia que dio en el Hotel Nacional, *Los factores humanos de la cubanidad*, para mí se resume todo ese pensamiento monumental. Dice así:

Pocos países habrá como el cubano, donde en un espacio tan reducido, en un tiempo tan breve y en concurrencias inmigratorias tan constantes y caudalosas, se hayan cruzado razas tan dispares, y donde sus abrazos amorosos hayan sido más frecuentes, más complejos, más tolerados y más augurales de una paz universal de las sangres; no de una llamada «raza cósmica», que es pura paradoja, sino de una posible, deseable y futura desracialización de la humanidad.

Esto fue dicho en 1941. Fíjate qué altura de ideas tenía ya, qué vuelo de pensamiento, cuánta nobleza y justicia hay en ese concepto de la «desracialización».

En 1939, o en 1940, no recuerdo bien, nos mudamos para Bernaza 5, frente al parque de Albear. Uno de los lugares más lindos y bohemios de La Habana, que ha ido recobrando su vida; pero que no

la tendrá completa hasta que no se pueda resucitar La Moderna Poesía, con todo el ajeteo de las casas editoriales, de los escritores y del público entrando y saliendo, y vuelva esa fiebre que vivías allí por leer, aprender, sumergirte en las ideas, en las tertulias del parque; de las esquinas y de las cantinas de los bares, y en las presentaciones de libros, exposiciones de arte y debates, y no solo como un lugar de atracción turística, por el Floridita.

Nuestros vecinos eran nada menos que los muchachos de la Asociación de Estudiantes de Filosofía y Letras. Ellos, poco a poco, se fueron ligando a la Institución y eran frecuentes las veladas que se organizaban bajo la tutela de don Fernando, en las que participaban intelectuales de la talla de Roberto Agramonte, Manuel Bisbé, Manuel Gran, Portuondo, Hortensia Pichardo, Julio Le Riverend y, sobre todo, el inolvidable Juan Marinello. Fíjate bien en los nombres; te estoy hablando de grandes ligas. Llegaban todos en la tarde y estaban allí conversando y aprendiendo con el doctor, hasta altas horas de la noche. Era un grupo muy jovial, al que Ortiz siempre acogía con interés y atendía de manera selectiva, pero con la misma amabilidad, porque así era su carácter. Yo, sentada al lado, en mi mesa, escuchaba y aprendía, aunque a cada ratico me decía: «¡Dios mío, cómo se puede hablar tanto».

Junto con ellos, Ortiz se suma a una batalla de la que no se conoce mucho, contra la educación colonialista y retrógrada que defendían los gobiernos de entonces y algunos abanderados de esas ideas entre el clero. Esa batalla, que tuvo en Emilito Roig su principal cabeza, se pareció mucho a la que en su momento dio Enrique José Varona, apoyado igualmente por los jóvenes. Fue lo que se denominó una gran cruzada «Por una escuela cubana en Cuba libre». Una verdadera batalla campal entre algunos partidos representados en el Congreso y la intelectualidad progresista de un lado, y los partidos más reaccionarios y la Iglesia católica del otro. La jerarquía religiosa quería tener el control de la educación, pero no en sus mejores aspectos morales, sino sobre la base de conceptos muy reaccionarios y anticubanos, que ofendían a Martí, a Maceo y a muchos de los que habían luchado contra España.

Esa batalla comienza en la Sociedad Económica de Amigos del País, atacando sobre todo la mentalidad cerrada de la educación de aquella época, que concebía a la escuela cubana enclaustrada entre sus propias ideas, sin intercambiar con el mundo —una mentalidad muy de monasterio, si quieres— y para lo que se enarbolaba todo tipo de conceptos aparentemente patrióticos, para que nuestros maestros y estudiantes no conocieran las ideas que comenzaban a circular por el mundo, sobre todo aquellas que partían de lo que estaba ocurriendo

en Europa con la revolución soviética. Ortiz le decía a todo eso «xenofobia intelectual». Pero sus esfuerzos no fueron completados sino hasta el triunfo de la Revolución, cuando de verdad se liberó y se nacionalizó la enseñanza, cuando aquí comenzaron a llegar intelectuales de muchas partes del mundo a impartir clases en universidades y centros de enseñanza y cuando vinieron a estudiar a nuestro país jóvenes de todas partes, mientras los nuestros —no los hijos de los ricos, sino los hijos de obreros y campesinos, los pobres—, pudieron conocer mundo e ir a estudiar a Europa y a muchas otras partes.

No olvidaré nunca el cúmulo de patrañas que se inventaron contra Ortiz y ese movimiento renovador de la escuela cubana, afirmador de su cubanía en ese vínculo que Martí siempre decía, de que éramos el tronco y se injertara en él todo el conocimiento y la experiencia mundial. Al frente de los elementos reaccionarios que lo combatían estaban, como siempre, el *Diario de la Marina* y un grupito de curas jesuitas recalcitrantes y fundamentalistas, como se dice ahora, que esgrimieron el anticomunismo para defenderse de la manera más sucia y vulgar que te imagines. Pero Ortiz era incansable, a pesar de que te parecía que lo hacía todo con una calma soberana. Constantemente generaba ideas y con los comunistas, con los trabajadores, con los muchachos sobrevivientes de la disolución del Ala Izquierda —que a pesar de sus limitaciones desempeñaron tremendo papel en aquellos momentos— y otras fuerzas, nos ponía a organizar actos multitudinarios, asambleas proletarias y estudiantiles, en las que fustigaba aquellos métodos educativos y buscaba apoyo para nuestra postura. Recuerdo que hubo uno muy grande y muy sonado en el entonces Teatro Nacional, en el que se unieron Ortiz, Emilito, Marinello y Blas Roca, cada uno desde su punto de vista y su experiencia. Te aseguro que fue una de las más brillantes reuniones a la que jamás he asistido, por su calidad, por la oratoria de los participantes y por la conmoción que originó.

Otra cosa era la vida en la Institución. Muchas veces yo recibía a sus invitados, preparaba la conferencia, y Ortiz llegaba como a las tres de la tarde y se sentaba a ejercer su gran magisterio, con su elocuencia y sencillez, sin la retórica y ampulosidad de la vieja escuela política cubana. Su palabra sencilla e ilustrada orientaba y enseñaba hasta a la persona más simple de su auditorio. Cuando las conferencias eran de mucho público, se daban en el teatro Fausto, que está en Prado y Colón, y si era domingo, en el teatro de La Comedia. Y luego, cuando todos se iban, a escribir él, y yo a transcribir sus jeroglíficos y a coger sus dictados, porque esa es precisamente la etapa en que comienza *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, que es una obra capital, un

monumento literario y uno de los estudios esenciales para conocernos a nosotros mismos, como cubanos.

De todo esto se comprende el lógico papel que le había correspondido desempeñar a Ortiz bajo el gobierno septembrista de Grau, y más tarde, a partir de 1939, en la denuncia del fascismo y de la barbarie hitleriana, en la defensa de la causa antifascista y en el apoyo a la Unión Soviética cuando se desata la Segunda Guerra Mundial y aún después de su conclusión, cuando comienza el antisovietismo. Fíjate si Ortiz tenía claras ciertas ideas, que organiza en la Institución Hispanocubana una cosa que llama «Alianza cubana por un mundo libre» y a la que califica como una institución democrática independiente y de lucha ideológica contra el nazifascismo. Su objetivo principal, según sus estatutos, era defender la libertad, la democracia y la justicia social para la vida civilizada y pacífica de los pueblos. También se crea allí algo así como una sociedad de amistad cubano-soviética. Batista, que estaba en el poder, había establecido relaciones diplomáticas con la URSS, por el aquello de que los Estados Unidos y la Unión Soviética eran aliados en la causa antifascista. La Institución fue centro de muchos actos de solidaridad en los que Ortiz era su centro promotor e inspirador, y yo la coordinadora, y muchas veces, la organizadora.

Ortiz era un hombre ya mayor, como es natural, pero la juventud se sentía muy ligada a él, se reunía mucho con él y le pedía consejo, por sus ideas revolucionadoras, por su audacia y lucidez intelectual. Hombres experimentados y de talento se dirigían a él. Los nuevos dirigentes, especialmente los estudiantes, volvían a frecuentarlo como antes, incluso muchos de los ex integrantes del Grupo Minorista y otros nuevos, identificados con su programa de rescate de la institucionalidad y la vergüenza nacional, y de establecimiento de una identidad cultural y un orden económico y político muy cubanos. Allí participaban de escandalosas discusiones. Cada día su proyección democrática se ratificaba y su voz se levantaba poniendo todo su esfuerzo y autoridad al servicio de las causas más justas. Alguna vez trataron de aislarlo, por su raíz catalana, o porque, por su acento y por haber escrito su primer libro en el dialecto de Menorca, lo hacían pasar por menorquín, como una forma de desprestigiarlo y de restarle credibilidad a sus tesis y argumentos, pero lo cierto es que era, de cuna y de convicciones, un habanero y un cubano de pura raza.

Yo me acuerdo bien, por ejemplo, de cuando se convocó a la Asamblea Constituyente de 1940, que Ortiz consideró como el esfuerzo final para definir, al menos jurídicamente en aquella etapa, esa Cuba cubana con la que él soñaba. Él deviene factor determinante en la convocatoria a aquella Constituyente pues tenía la

experiencia de haber trabajado en el proyecto de Constitución transitoria, que patrocinarían Grau y sus colaboradores. Trabajó intensamente en ello, asistido de nuevo por Chibás y Carlos Rafael, así como por varios muchachos, y otros ya no tan jóvenes, del Directorio Estudiantil Universitario y del Ala, que llegaban en busca de consejos y terminaban trabajando con él, buscando referencias en libros, consultando toneladas de papel. Creo —no estoy muy segura, habría que preguntarle a un historiador— que es ahí donde se da por primera vez en Cuba un debate sobre un partido único y un parlamento unicameral. Ese debate no lo originan los comunistas. Es algo que propone Ortiz, algo muy cubano, algo muy martiano, como dice ahora Fidel; tal vez no en la forma en que lo conocemos hoy, pero sí como una propuesta de buscar una nueva forma de gobierno para Cuba, que fuera diferente a aquel pluripartidismo desprestigiado y en crisis.

Eso debería conocerse más para entender por qué aquí no puede volverse para atrás, para aquel sistema que nosotros conocimos ¡y sufrimos!, porque la Revolución se hace precisamente contra ese sistema que estaba en bancarrota total, corrompido, bañado de sangre, desmoralizado. Ve a ver lo que pasa en el 34, cuando Guiteras rompe con el gobierno de Grau San Martín y con Batista y dice por lo claro que su meta es una revolución social donde los derechos de los trabajadores estén por sobre los de la burguesía y los extranjeros. Eso no tenía que ver con aquel sistema de partidos políticos que yo conocía. Incluso, la prédica de Eddy Chibás, se fundamenta en nuevos conceptos de ética, de moral, de una organización política que fuera distinta a todas las conocidas. El no podía a llegar a manifestarse como comunista, no estaba preparado para eso, pero que sintió la necesidad de cambiar aquello y construir un partido diferente a todos los conocidos, eso no se le puede quitar.

Entonces, yo te digo a ti, modestamente, no como científica —que no lo soy—, sino como una mujer que ha vivido y ha conocido mucho —y que me disculpe Fidel si estoy equivocada, ¡o que me apoye, si tengo la razón!— que el actual sistema de Cuba no viene de la URSS ni de Lenin, y te lo dice quien tecló muchas páginas sobre ese tema. Es otra cosa, muy cubana, muy de aquí adentro, aunque por allá afuera se diga lo contrario y aunque mucha gente aquí adentro haya leído a Lenin y a Marx. Sí, el marxismo enriqueció las ideas, pero no las determinó. Aquí, lo decisivo, fue la acumulación de un pensamiento muy cubano. Por lo menos yo, que no soy política ni historiadora ni filósofa, sino una simple secretaria que tuvo el privilegio de estar al lado de hombres extraordinarios y de aprender de ellos, lo veo así, e

insisto, para que no se ofendan los que sí lo son, y no digan después que «la vieja estaba chocheando al final y hablando disparates».

Cuando se habla de la Constituyente del 40, hay que ubicarla en el momento en que se hace, en medio de la primera dictadura de Batista, del asesinato de Guiterras y tras uno de los períodos más negros y menos estudiado de la historia de Cuba. Don Fernando trató de limar diferencias, sobre todo entre los comunistas y otras fuerzas políticas, como lo hizo entre Blas Roca y Chibás, que se enfrentaron fuertemente cuando la Constituyente.

Sin dudas, Blas fue uno de los grandes de aquella Constituyente. No es por gusto que Fidel le entrega después la responsabilidad de trabajar al frente de la comisión que, en los años 70, elaboró la Constitución socialista. Blas tenía veintipico o treinta años y Ortiz, que siempre rindió culto al talento sin importar la edad, trató de salvar la relación suya con Eddy y la de los auténticos con los comunistas —a pesar de toda la demagogia de los primeros—, por el bien de Cuba; porque el debate principal no era ese, sino que esas dos fuerzas tenían que dar la batalla contra los demás partidos y contra toda la herencia pronteamericana y colonialista que tiraba la República hacia el lado contrario. En otras palabras: unir. Ese fue quizás el papel de don Fernando en aquellas circunstancias: unir, hacer trascender las ideas más valiosas y evitar aquel choque de trenes que no le hacía ningún bien a Cuba.

En ese plan estuvimos hasta que un día, entrando a la tienda El Encanto, Ortiz y yo nos encontramos con Eddy, que acaba de salir electo senador en las elecciones de julio del 44. Hacía tiempo que no nos veíamos, y él, como era su hábito, me partió para arriba sin rodeos: «Ven acá, Conchita, ¿con quién tu estás?» Yo le señalo así, con el dedo y la mirada, porque Ortiz se me había apartado un poco en ese instante. Me dice: «¿Todavía?». Entonces empieza una perorata de que él necesitaba una secretaria como yo y quería que yo fuera su secretaria. Le respondo también a mi modo gallego: «Estas muy mal mi'jo; primero, porque no me quiero volver loca —ya conocía el paño— y segundo, porque no creo que Ortiz me suelte». Él, con esa lengua que tenía que se la pisaba, me respondió: «Lo primero no importa, pero de lo segundo me encargo yo, voy a hablar con él, y ahora ayúdame a comprar un reloj». Muchas veces me he preguntado dónde se metió Ortiz en todo ese tiempo y si aquello no fue otra de sus sutilezas, porque de pronto se me perdió, yo me fui a comprar el reloj con Eddy y tuve que estar todo ese rato soportándole el asedio y escuchándole las invitaciones que me hacía para que fuera a ver su lugar

de trabajo, a poner fecha, y yo a resistirme, inventándole compromisos.

Desde ese día me salé, porque durante casi dos meses, entre julio y agosto, no nos dejó en paz ni un instante. Llegó un punto en que tuve que desconectar el teléfono. Ortiz, en medio de todo, estaba un poco molesto, pero no protestaba en voz alta, como era habitual, sino que se sonreía y me decía que no me iba a dejar. Hasta que Eddy y Ortiz logran hablar, y le oí decir al doctor una frase que fue determinante: «Bueno; es cuestión de ella». Figúrate mi reacción: «No, Ortiz, dígame que es cuestión suya». Pero ya era tarde. Era la última semana de agosto del 44. Yo me dediqué a preparar un banquete de trabajo que daba el doctor a un grupo de senadores recién electos, que eran intelectuales destacados, y a sus parientes y amigos, en el Hotel Plaza; una lista en la que figuraban Grau, Bisbé, Raymundo Lazo, María Teresa Freyre y, por supuesto, Eddy, entre muchos otros. Cuando Eddy llega, con su grupo, tan atropellado como él mismo, nos va a saludar. Ortiz le da una palmada en el pecho con aquellas manazas suyas, y le dice, con ese vozarrón que tenía y como para que los demás lo oyeran: «Oye, Eddy, ¿tú sabes que eres un ladrón?».

Todo el mundo se quedó en silencio y de pronto se armó un murmullo. Los que iban con Eddy brincaron enseguida: «¡Óigame, usted es un atrevido, cómo se atreve a llamar ladrón a Chibás, que es el hombre más honesto de Cuba!». Pero Ortiz, con su voz y figura dominó la situación. Pasándole la mano por el hombro a Eddy, dijo: «Sí, es un ladrón porque me quiere robar la secretaria y en este mismo momento se la estoy entregando, porque va a acabar con ella y va a acabar conmigo. Así que, a partir de hoy, sábado 2 de septiembre, Conchita es tu secretaria». Yo me quedé de una pieza y me le viré como gallita: «¿Esto es una broma, no doctor? ¿Usted no me va a soltar con esa tranquilidad? ¿Yo no he sido para usted una buena secretaria? ¿Yo no me he portado bien?». Y él lo único que hacía era asentir con la cabeza. En fin, que me estropeó el día. Sin embargo, más tarde, cuando la gente se fue, me llamó y me dijo que lo había estado pensando y que se había dado cuenta de que Eddy iba surgiendo como un honesto hombre de gobierno y que yo debía irme con él, que me necesitaba más, pues comenzaba una etapa muy dura, como senador, con una responsabilidad y una popularidad tremendas, asediado por miles de personas de una manera irresistible, y él iba a necesitar de un equipo de personas que lo ayudaran y que yo era ideal para eso. El domingo 3 lo pasé consultando a varios amigos, como al doctor Primelles y su esposa Adita, también a Bisbé y a Graciela, su mujer, y por la noche, Ortiz me mandó a buscar porque me daba una comida de despedida.

Si tú lo analizas fue un gesto muy bonito, porque Ortiz prescinde de una persona en la que en ese momento tenía depositada toda su confianza, que no era una simple secretaria que atendía sus papeles. Ya yo era una colaboradora, una organizadora de su trabajo, o al menos, me sentía así y me lo creía. Lo digo con sinceridad, sin falsa modestia. El me encomendaba todo tipo de cosas. Nunca olvidaré las palabras que Ortiz me dijo cuando me entregó esa noche a Eddy: no puedo reproducirlas, soy totalmente incapaz de hacerlo, por mucho que lo he intentado; pero sí quiero asegurar que nadie me había dicho hasta ese momento las cosas que él me dijo, y muy pocos —bueno, Fidel—, me las han dicho después, porque para él fue un sacrificio muy grande, en el justo momento en que estaba terminando de escribir *Las cuatro culturas indias de Cuba*.

Mucho después leí todo eso que se dijo y se escribió de él; que si era el polígrafo mayor, el más grande humanista; que materialista-demócrata-liberal-progresista; que fue una figura intermedia entre los libertadores y los marxistas, alumno de los primeros y maestro de los segundos; que si el Tercer Descubridor de Cuba después de Colón y de Humboldt —lo dijo Marinello, que lo caló bien—; que si aquel bufete fue una fragua de revolucionarios, que si sus dos secretarios, Rubén y Pablo, tuvieron un rol importantísimo en las luchas revolucionarias cubanas contra Machado y que él fue como su preceptor, su ángel de la guarda, su

confidente y consejero, y es entonces que uno se da cuenta de quién era Ortiz.

Mi impresión es mucho más sencilla: para mí él fue como mi padre o mi maestro durante los dieciséis años que permanecí a su lado; el que sembró en mí las mayores semillas de identidad, patriotismo, y que me enseñó a amar y respetar mi trabajo. Aunque endurecida por la vida difícil que me había tocado, era casi una niña que salía del cascarón la que se enfrentó, con 16 años, a Ortiz el 23 de marzo de 1929 y era ya una mujer de 32 años, madura y corrida en la lucha política, la que salió el 3 de septiembre del 44 de aquel bufete. Cuando Ortiz me puso en manos de Eddy Chibás, yo, sin saberlo, estaba lista para enfrentar una empresa mucho mayor de la que en ese instante ni yo misma tenía la menor idea, y mucho menos podía imaginar cómo esa nueva responsabilidad me comprometía con el futuro de Cuba.

© TEMAS, 2000.

Controversia

Buena Vista Social Club y la cultura musical cubana

Ambrosio Fornet
Julio García Espinosa
Vicente González Castro
María Teresa Linares
Helio Orovio
Frank Padrón
Germán Piniella
Luis Ríos
Alan West

Ambrosio Fornet (moderador): El fenómeno de *Buena Vista Social Club* nos llegó en dos fases algo distantes entre sí, por lo menos tal como lo recuerdo: primero el CD y luego, cuando este le había dado la vuelta al mundo, el documental de Win Wenders, que había tenido el mismo éxito en Europa y los Estados Unidos. En la primera fase, *Buena Vista* suscitó una admiración sin reserva, pero en la segunda no hubo esa unanimidad. Eso quiere decir que las discrepancias se suscitaron, sobre todo, a partir de la imagen, de los modos de representación, de los códigos culturales de representación de la identidad cubana, referidos específicamente a La Habana de este fin de siglo.

Me atrevería a añadir una tercera fase: esta en la que estamos ahora. Es una fase polémica que, a mí juicio, deliberadamente o no, reinició *La Gaceta de Cuba*, en su número de marzo-abril de este año 2000, con la publicación del trabajo de Michael Chanan «Play it Again o llámenlo nostalgia», aparecido simultáneamente en Londres, en la revista *New Left Review*. Aclaro que mis únicas credenciales para estar aquí son las de haber traducido ese trabajo. Chanan es cineasta, musicólogo e historiador de cine y su excelente libro sobre el cine cubano, *The Cuban Image*, publicado en 1985 por el British Film Institute, se reeditará este año en los Estados Unidos debidamente actualizado. Chanan tiene sobre nosotros la ventaja de haber visto también el documental holandés *Lágrimas negras* dirigido por Sonia Herman Dolz, sobre la trova santiaguera, lo que le permite establecer sugerentes paralelos y reflexionar sobre fenómenos propios del mercado. En efecto, si ambos documentales son igualmente interesantes a juicio de Chanan, ¿por qué el de Win Wenders lo ha visto todo el

mundo y el holandés no lo ha visto nadie? Chanan nos pone al tanto de la valiosa actividad de Ry Cooder como promotor de música del Tercer mundo, lo que invita también a una reflexión sobre las ventajas y desventajas de la globalización en el terreno de las artes, y específicamente de la música, y por lo demás se refiere a la reacción que *Buena Vista* —el CD o el documental— ha producido entre algunos destacados representantes de la música cubana actual, como es el caso de José Luis Cortés (el Tosco), quien se preguntaba en una entrevista reciente si esos elogios a la música cubana tradicional, muy merecidos por demás —dice él y creemos nosotros— no irían dirigidos, de paso, contra la música nueva; es decir, si no se estaba ensalzando a los viejos trovadores para restarles méritos a los jóvenes.

Como si todo esto fuera poco, en el número mencionado de *La Gaceta*, el joven crítico Camilo Venegas —en un artículo sobre el sonado concierto que el Tosco y NG la Banda dieron recientemente en Casa de las Américas—, le reprocha a Wenders que en su documental se haya asomado a La Habana como un simple turista, atraído por el sombrío color de ciertos derrumbes y de algunos perros callejeros.

Temas nos ha pedido que reflexionemos en voz alta sobre estos y otros temas relacionados con *Buena Vista Social Club* y el fenómeno artístico y sociológico que representa. Están aquí con nosotros destacados especialistas de diferentes áreas de la creación, la investigación y la crítica, así como musicólogos y cineastas; de manera que podemos confiar en que se producirá un enfoque complejo y multifacético del fenómeno. Tal vez convendría empezar abordando aquellos aspectos que, al menos dentro de Cuba, parecen haber sido los más polémicos: el de la representación visual, por una parte, no solo del entorno, sino de los propios personajes, y el de la exaltación de lo tradicional en detrimento de lo actual; aunque esto último, desde luego, se deriva de un debate interno que supongo no tiene una relación directa con el filme. Yo me atrevo a proponer que sean María Teresa Linares o Julio García Espinosa los que empiecen a abrir el camino.

Julio García Espinosa: Yo hubiera querido oír primero a los músicos, a los especialistas en música. Tengo que hablar más de lo que vi que de lo que oí, es lo que se me sugiere. Yo pude ver el documental *Buena Vista Social Club* y había visto antes el de los holandeses, *Lágrimas negras*. Estoy por ver otro (*Tunning with the Enemy*), que se ha hecho por dos norteamericanas sobre un donante de pianos a Cuba, con afinadores y todo. Creo que debemos tratar de conseguirlo, porque posiblemente sea más interesante que estos dos. De todas maneras, yo pienso igual que Michael Chanan, en cuanto a que el de los holandeses se acerca más al lado humano que el de Wenders.

En general, me gustó también el documental *Buena Vista Social Club*, porque no lo encontré tan manipulado. Me acercó bastante al carácter popular y humano de los personajes. *Lágrimas negras* se acerca más, como he dicho; pero este, por momentos, me llegó a emocionar, al respirar cierta autenticidad en esos rostros tan creíbles.

Me parece que la virtud de estos trabajos es la difusión de la música cubana. En el caso del documental, no creo que el director haya ido a buscar turismo; francamente no lo creo. Fue a buscar —como en tantos documentales— los barrios más populares, los personajes más populares, las situaciones menos turísticas, los aspectos realmente menos turísticos. No ha ido a retratar el Cohiba, la Plaza de la Catedral... Por lo menos está alejado del concepto tradicional del turismo. Me parece que eso es legítimo. No obstante, creo también que hay elementos chocantes, como por ejemplo el esfuerzo que hace el director por aparentar objetividad. Él trata, de todas maneras, que no vayan a pensar que está a favor de este sistema, de este país, de la política, y hace un esfuerzo bastante grande por mostrar un equilibrio desde ese punto de vista.

Por ejemplo, las escenas de los músicos recorriendo Manhattan, recorriendo Nueva York, las midió bastante, para que no parecieran guajiros en Nueva York.

Aunque por momentos cae en eso, creo que se controló bastante. Me parece que cualquiera que vaya a Nueva York, sean estos músicos que nunca habían salido de Cuba o sea alguien de Francia que nunca ha visitado Nueva York, llega allí y también se asombra, porque, realmente, es una ciudad para asombrarse. Ahí no hay nada que hacer: es una ciudad para asombrarse. Claro, aquí sí el director del documental muestra la parte más turística de Nueva York, la que más sorprende; no así cuando está en la Habana. Y hay lugares en Nueva York que no le envidian nada a las imágenes que sacó de la Habana.

María Teresa Linares: García Espinosa estableció una serie de códigos estéticos que me llamaron la atención, aunque no voy hablar de ellos porque no soy especialista; pero sí tengo suficiente edad y experiencia para hablar de otros aspectos de la música y de lo que significa un éxito comercial. Yo considero que ellos han tenido un éxito comercial, basado en toda una experiencia y en toda una promoción. Lo saben hacer muy bien. Pienso que los valores que tenga este documental han sido muy bien promovidos, y lo que me disgustó, como a todos nosotros, son las escenas de las casas deterioradas, de los carros deteriorados, de toda la miseria, de todo el atraso que ha causado el bloqueo. Lo que no pueden tapar es la belleza de las estructuras deterioradas, la belleza de las rejas, de las columnas, de todas esas joyas arquitectónicas que siempre se han celebrado, la belleza de lo que nos hace a nosotros luchar para tratar de restablecer esa Habana que se ha deteriorado tanto. Pero el contraste de La Habana con esa Nueva York —que no es la Nueva York correspondiente a esa Habana, porque, efectivamente, hay otra Nueva York—, también me parece una agresión.

He oído opiniones sobre el documental, en el mismo Nueva York, de cubanos que llevan años allá, y de norteamericanos que conocen La Habana a través de imágenes. Todo el mundo estaba emocionado, y creo que lo que emociona es, efectivamente, la música, la expresión, las lágrimas de Omara cuando canta, el abrazo que se dan ella e Ibrahim, la cantidad de efectos humanos que se explotan ahí; pero me parece que esto ha sido solo un proceso mercantil importante en donde ellos han ganado muchísimo dinero y le han tirado su territa a Ibrahim, que lo llega a decir en el documental. Hay cosas que dan qué pensar, como esa casa humildísima de Ibrahim, que filmaron bien en detalle, en donde hay un juego de living tapizado, y un equipo de sonido que contrastan con esas paredes y con esa otra realidad que quieren presentar. A mí hay cosas que me mortifican mucho en el documental, pero considero que, en el fondo, no pueden negar la calidad artística de esos músicos, a pesar de que les pongan esa guitarra deslizante y otros elementos que no tienen nada que ver con ellos.

Frank Padrón: He estado oyendo atentamente lo que decían Julio y María Teresa, y tratando de conciliar estas dos pasiones mías que son el cine y la música. Tengo que confesar que no me sitúo entre los detractores a mansalva del documental, ni tampoco entre sus adoradores. De todos modos, siempre esperé que la visión que tendría un cineasta como Wenders no iba a ser la que podía tener un latinoamericano, ni siquiera la de un norteamericano. Estamos acostumbrados a que ante el mundo maravilloso de América Latina la visión del europeo sea de desconcierto o de deslumbramiento. Creo que desde Colón y quizás hasta hoy mismo, siempre hay una mirada paternalista, o de asombro, o de desconcierto. La visión nunca es la que podemos tener nosotros desde acá. Por tal motivo, no me resultó sorpresivo que hubiera estos enfoques de la realidad, de cierta realidad cubana, que hubiera ese reflejo de la llegada de los músicos a Nueva York, porque estaba consciente de que lo que iba a hacer un europeo ante nuestra realidad sería algo así.

Julio hablaba de «apariencia de objetividad», pero yo quisiera saber qué documentalista no da siempre una apariencia de objetividad, aunque no la tenga. Creo que el documental, desde el punto de vista estrictamente artístico, es legítimo.

Lo que no podemos exigirle a ningún artista es que tenga la visión que suponemos correcta, o la que tiene otra persona u otro artista desde dentro de esa misma realidad. Por eso me parece absolutamente legítimo que Wenders haya reflejado —con buena o con mala intención, consciente o inconscientemente— la parcela de la realidad que él entendió. Es lo que me parece que hay que defender en el acto de un cineasta o de un artista en general. Si lo que lo motivó a filmar aquellas escenas de la Habana Vieja y del barrio de Buenavista, o de Cayo Hueso, aquellas casas destruidas, aquella pobreza en que vivían estos músicos —que ya, afortunadamente, parece que no es así o no lo es tanto—, tuvo buena o mala intención, creo que no es cuestionable: ahí está el resultado y le asiste el derecho que da el arte a profundizar y aprehender cualquier tipo de realidad.

En cuanto al ya mencionado deslumbramiento de los músicos ante Nueva York, asunto que ha sido muy polémico —incluso en la propia Nueva York y en otros lugares donde se ha exhibido la cinta—, estoy de acuerdo con Julio en que, siendo campesino o no, habiendo viajado mucho o no, Nueva York es algo deslumbrante para cualquier visitante de esa ciudad. Creo que el contraste era inevitable.

Julio García Espinosa: Una aclaración nada más. Yo no hablé de falsa objetividad, sino de que me parecía demasiado evidente, con excesivo celo, la objetividad que ponía él en el documental. Objetividad tenemos todos, o tratamos de tenerla. Pero tal vez lo que más me chocó fue cuando Juan Marcos dijo algo que me pareció una demagogia: que durante mucho tiempo estos músicos habían estado en el olvido. Él habla como si eso hubiera sido o sea exclusivo de este país y que, además, él fuera el gran descubridor, el que al fin los rescató del olvido. Creo que es una demagogia por eso y porque en cualquier parte del mundo, incluyéndonos a nosotros, cuando ya pasan una o dos generaciones, nadie se acuerda de artistas que alguna vez fueron populares.

María Teresa Linares: Yo soy casi contemporánea con Rubén González, y conozco a todos esos músicos desde su época brillante, que pasó, y ellos se fueron a descansar. No es que se les tuviera olvidados, o que hubiera una actitud discriminatoria hacia ellos; sino que cada cosa tiene su tiempo y ellos estaban retirados, pero no han dejado de ser músicos verdaderamente geniales, verdaderamente virtuosos.

Julio García Espinosa: Ahora bien, hay un aspecto de la cuestión que es real: efectivamente, nosotros tenemos bastante subestimada la música popular. Es algo que puede ser uno de los puntos a tratar —con más autoridad que yo— por los especialistas en música; pero personalmente pienso que todavía no acabamos de asumir culturalmente lo que significa la música popular de este país, y eso es un vacío, un aspecto que sugiere bastante incultura, al no colocar en su debido lugar esta manifestación de nuestra cultura. Señores, la única manifestación donde este pueblo participa con un espíritu creador es la música popular cubanaailable, la más denostada de todas. Normalmente, el músico necesita del bailador, que su público baile y participe. Antiguamente era a las cervecerías La Tropical, la Polar, a donde la gente iba a bailar, y el grupo musical que mejor hiciera bailar era el que se iba desarrollando. O sea, que los bailadores formaban parte de la evolución de la música popular. Eso después se acabó y es un déficit grande —también sería un buen tema para debatir— porque hemos acabado, prácticamente, con todos los salones de baile de este país.

El desarrollo de la música cubana ha sido posible porque este es un pueblo creador de bailes. No son los coreógrafos los que han inventado la forma de bailar de los cubanos; es el pueblo el creador de sus bailes. En este caso, nada más hay tres países en el mundo —me lo ratificarán o no los especialistas—: los Estados Unidos, Brasil y Cuba. Lo demás es folklore campesino que sacan en días de fiestas

en todas partes del mundo; pero música popularailable contemporánea, solo esos tres países.

Eso tiene una tremenda importancia. Por otra parte, no creo que haya manifestación artística que haya hecho una mayor resistencia cultural, durante toda nuestra vida como nación, que la música popular. Y es hora ya de que en nuestras escuelas, así como se enseña literatura, los niños sepan quién es Ignacio Piñeiro, quién es Aristóteles Limonta, el bajista del grupo de Hierrezuelo, que es una figura aristocrática, de 87 años; quiénes son los músicos populares cubanos de todos los tiempos.

En definitiva, creo que estos documentales y el auge actual de la música tradicional cubana han hecho posible que nosotros no solo rescatemos nuestra herencia, sino que tomemos conciencia de la autenticidad que deben tener nuestras presentaciones. Cada vez más, los músicos, en el mundo, se adornan con trajes, maquillajes, luces y lentejuelas. Hacen un espectáculo, que uno no sabe si le está gustando el espectáculo o la música que están ofreciendo. Nuestros músicos son el antiespectáculo y así están presentados en estos documentales: sin maquillaje, sin luces, sin lentejuelas, sin fosforescencia alguna: la música, sin apoyo de ninguna clase. Eso, en un mundo que pierde cada vez más la autenticidad, es un valor importante. Creo que en el mundo entero hay un afán de autenticidad muy grande, ante tanta baratija espectacular que rodea hoy el ámbito de la música.

Frank Padrón: Por eso creo que tampoco podemos exigirle al documental un estudio sociológico acerca de las causales de nuestra realidad; si La Habana está así por el bloqueo, si es por descuido del patrimonio nacional, si se trata de artistas que han venido a colonizar a estos músicos y exportarlos. En él simplemente se plasma esa realidad, la refleja, y después la gente sacará sus propias conclusiones. Me parece que no hay por qué exigirle también una explicación extra a su reflejo artístico, a su reflejo cinematográfico.

Alan West: Soy cubano criado en Puerto Rico, y estoy viviendo todo este fenómeno del *Buena Vista* desde allá. Es una cosa fenomenal, porque en la farmacia, en cualquier cuchitril, se oye el Chan Chan. Es una cosa impresionante. Puede ser en un barrio donde no existe ningún hispano, pero ahí se oye el disco de *Buena Vista*. Es una cosa así, como Michael Jackson; ya el CD ha vendido más de dos millones de ejemplares.

Quiero recalcar un par de cosas que se han mencionado. Creo que sí hay ese criterio de conquistador. Esto se está viendo en términos de descubrir la música cubana, por enésima vez, porque obviamente se descubrió en los años 20, con la llamada rumba; y luego en los 30, y después con el mambo, y más tarde con el cha cha chá. Es impresionante como Ry Cooder, a veces con una inocencia que espanta, da esa impresión: que está descubriendo la música cubana por primera vez. Para mucha gente en los Estados Unidos es, realmente, su primer encuentro con la música cubana, pero cualquier persona mayor ha podido oír esta música con anterioridad.

María Teresa Linares: Si me lo permiten voy a hacer un poco de historia, a propósito de lo dicho por Alan. Yo primero oí el disco, y me molestó la guitarra de Ry Cooder; me parecía meliflua y sensiblera, fuera de contexto; pero en estos días, en que he vuelto a hacer un análisis del disco, me doy cuenta de cuál fue la intención. En los 40 estaban en auge las jazz bands, que utilizaban esa guitarra y en aquel momento, que era la época en que yo bailaba, a mí me encantaba bailar con una jazz band. Esa influencia, ese tono norteamericanizado, se lo ponen ellos ahora para retrotraernos a la música de aquella época.

El caso es que la música cubana se conoce en toda Europa y en los Estados Unidos desde hace muchísimos años, y fueron Rita Montaner y Nilo Menéndez —que tenía una charanga— y Rapindeg y Machito y Antonio Machín quienes

llevaron esta música por el mundo. Entonces, cuando un español, Manuel Domínguez, sacó la vieja trova santiaguera, hace ya mucho tiempo, tuvo éxito porque tenía como antecedentes a Machín y a Rapiñey, que habían estado en España.

La música cubana se había extendido por toda Iberoamérica a través de los discos. La RCA Víctor, en 1906, estableció en La Habana una agencia para grabar discos de música cubana y para distribuirlos a toda la América Latina y España. Así llegaron los discos del Septeto Habanero, del Septeto Nacional, de los trovadores de principio de siglo, de Rita Montaner, María Teresa Vera y Eusebio Delfín. Todos esos discos se conocieron, y salió Machín y ya tuvo el camino abierto por los discos, y salieron los demás. Como ya se conocía esa música afuera, tuvieron éxito.

En los años 40 hubo cambios fundamentales en la música cubana, que llegaron por los grupos y también por la extensión de los discos. Los discos tuvieron un cambio, aquí se vendía, a principios de siglo, música campesina, danzones, boleros, música lírica por la misma Rita Montaner, el dúo del Alhambra con Rumba final, etc.; pero después que se fue diversificando el mercado, a las empresas transnacionales como la RCA Víctor o la Columbia les convenía un producto que se vendiera en un mercado amplio, y no plenas para Puerto Rico, sones para Cuba, jacareras para Argentina, otras canciones para Venezuela, etc.

Cuando nos imponen el bloqueo, no sale música cubana y aquí se desarrolla el filin ampliamente, se desarrollan las orquestas charangas. Tanto Formell como los demás charangueros empiezan a hacer cambios. Hay una serie de elementos en los 60 que se quedan aquí, que no salen de Cuba. Acuérdense que Olga Guillot se fue con el repertorio que tenía antes. Ella no asimiló el repertorio que siguieron haciendo Omara, Elena, la Mora, los grupos nuestros, los boleristas nuestros. A partir del bloqueo, lo que se recuerda en toda Europa, en los Estados Unidos y en otras partes, es la música de los 40. ¿Y qué hacen entonces?

En 1981 yo trabajaba como productora en la EGREM y fui a un Festival de Varadero, y vi el puente que se estableció entre los músicos cubanos y el norteamericano Masucci. Vinieron los grupos de *All Stars* de Masucci a grabarles a la orquesta Aragón y a todos los músicos cubanos que estaban en Varadero. Les grababan fragmentos. Yo vi cómo les estaban grabando a Rubén y a otros músicos los tumbaos del piano, percusiones de la paila. Estaban haciendo una serie de tomas para transcribir esa música y pasarla a sus músicos. El resultado fue un éxito para ellos, pero nuestros músicos se quedaron aquí, bloqueados, y no pudieron salir. Recuerdo también que cuando Juan Formell salió por primera vez —creo que fue a Panamá o a otro país latinoamericano— no tuvo éxito, porque esa música no se reconocía; la que se reconocía era la de los años 40.

La salsa es la música de los 40 con la incorporación de la tecnología actual y con músicos que venían a aprender en Cuba y que reproducían afuera esa música. Al iniciarse la decadencia de la salsa, hay que volver otra vez a buscar un producto que sea reconocido en los oídos europeos y de otros países, un sonido cubano que pueda tener éxito. ¿Cómo va a lograrse eso? Con los mejores artistas de aquel momento. Por eso se busca al mejor de todos los que están en ese disco. Dispénseme los que se sientan afectados, pero yo voy a decir que el artista más importante que hay en ese disco se llama Orlando López, «Cachaíto», que participó de aquel movimiento de los 40. Él está viendo lo que hacen el pianista y el baterista —el pailero—, y tocando con ellos. Ese trío es lo fundamental en el disco del *Buena Vista*.

Alan West: Creo que el corolario de eso es que se está vendiendo cierta idea de nostalgia. Hay una nostalgia norteamericana que se ve en las películas y el video; y claramente hay una nostalgia cubano-americana también. Son dos cosas muy distintas: la norteamericana va hacia ver una cierta Cuba. Es decir, una Cuba prerrevolucionaria: edificios coloniales y elegantes, playas maravillosas, paisajes

verdes y abundantes, mujeres igualmente abundantes y «fáciles»; un lugar donde las inhibiciones cotidianas se abandonaban en la «fun-loving» Cuba. La nostalgia cubanoamericana anhela la plenitud de una situación en el pasado (real o imaginaria) que hoy se siente como perdida. Ambos casos congelan el tiempo, la historia, y anulan las diferencias, las contradicciones, la ambigüedad y la complejidad de Cuba antes y después de 1959. Creo que hay una especie de valorización, de dorar la píldora de la pobreza y mostrarla como algo bueno, que produce una riqueza espiritual, o cultural, en este caso musical. Ese tipo de exotismo de la pobreza me perturba.

Por otra parte, Ry Cooder, en alguna de las entrevistas que dio al National Public Radio, que es la radio pública en los Estados Unidos, indicó «fui y rescaté unos tesoros», un lenguaje de pirata. Detrás de ese comentario hay todo un bagaje intelectual e ideológico, que deja entender que hay ciertas partes del mundo que son todavía auténticas. La vida en los Estados Unidos está tan viciada de la mala modernidad —no de la buena—, que de repente es extraordinario que se pueda rescatar algo auténtico, y lo tenemos aquí en Cuba, o lo tenemos quizás en Zimbabwe, o en algún pueblo de Tailandia. Esa manera de ver la autenticidad también me preocupa un poco, porque puede ir hacia la zona de los puristas.

A mí también me molesta algo la guitarra de Ry Cooder, pero por otro lado me sugiere un contrapunto. Entender la trova cubana como un rebote de la guitarra de Ry Cooder me intriga. No voy a decir que me guste, y me alegraría que en el futuro no se vaya a aparecer tocando el *slide guitar*, pero de alguna forma me gustó esa extrañeza. Puede ser mi perspectiva de cubano que vive afuera, obsesionado de examinar la cubanía desde distintas perspectivas, pero a mí me intrigó eso, me produjo una cosa muy interesante.

María Teresa Linares: Me voy a referir a lo que considero más virtuoso, que es lo que le da el apoyo técnico y la calidad suprema al disco *Buena Vista Social Club*, y a lo que creo que son defectos musicales del documental. La música del disco no es la misma del documental, son dos interpretaciones distintas, porque en el documental está tomada del teatro, en donde el grupo se ha incrementado muchísimo. Ahora bien, ponen un danzón, y está ausente la flauta, representada por una trompeta; ponen un danzón, y no está la paila en muchas ocasiones, entonces se ve en la imagen a Amadito que le da cuatro golpes a la paila, pero eso no está sonando como suena el danzón. Sin embargo, ponen a Ibrahim a tocar las claves y él en lugar de tocarlas como se tocan en un bolero o en un son, está haciendo lo que se hace de cáscara en la paila. Así que ellos, intuitivamente, mejoran, crean, hacen una descarga, y yo no creo que ni Ibrahim, ni Compay Segundo entiendan nada de un arreglo instrumental. Hay una escena donde se están poniendo de acuerdo y uno le dice al otro: «ran ran»; así es como se ensaya en los grupos tradicionales y así es como se obtiene la identificación de todos los instrumentos. Ahí los únicos músicos verdaderos son Orlando López y Rubén; los dos son músicos y los dos están en diálogo perfecto, en una identificación perfecta y eso es lo que salva el disco.

Otro músico que está introducido es Barbarito, un virtuoso del punto cubano. Ahí deja de ser laudista para ser tresero; lo que hace es lo que registra el tres, porque no pusieron ningún tres. Compay es tresero, pero ya no tiene dedos para tocarlo, ni voz para cantar; entonces se le ayuda. En el disco está *La Bayamesa* cantada por él. Por cierto, que allí se dice, tranquilamente, que Sindo Garay compuso *La Bayamesa* en 1869 y había nacido en el 66. ¡Eso sí es genialidad!

Frank Padrón: Como dice María Teresa, en el documental hay un enriquecimiento musical con respecto al disco, porque se ha reforzado el aparato instrumental. Hay momentos en que uno siente una descarga más próxima al jazz que a la propia música tradicional. Esto pudiera alarmar a los puristas; pero creo que redundo en una mejoría, tanto sonora como tímbrica, de lo que estamos oyendo y de lo que estamos viendo. Pienso que los defectos de este documental están en la edición. A

veces el metraje se extiende demasiado en determinadas zonas del documental, hay un desbalance muy ostensible entre las partes habladas, las entrevistas y las propiamente musicales. De cualquier manera y desde cualquier punto de vista que haya motivado el filme, es un triunfo que la música cubana —a veces un poco estilizada, a veces más cercana a las raíces— siga difundiéndose en el mundo entero. Me parece que esto es algo que debemos aplaudir. Que el documental haya estado nominado al Oscar, que el disco, con sus defectos, con esa guitarra pirata, con varios errores que tiene la nota interior, es otro poco de arena a ese *boom* actual de la música tradicional cubana.

Sabemos muy bien que esto tiene un objetivo muy mercantil, muy comercial, quizás mal intencionado; pero está ocurriendo en el mundo entero. Esto responde, efectivamente, a una saturación del sonido salsero y de otros, como el de la discoteca. Hay una vuelta al mundo acústico y por eso ha caído tan bien el hecho de que estos artistas hayan sido redescubiertos, hayan saltado a la palestra internacional.

María Teresa Linares: Voy a hacer una anécdota personal para referirme a ese aspecto comercial. Ry Cooder estuvo en mi casa hace 20 años. Hace poco me llamaron una noche y me dijeron: «La vamos a buscar en un carro porque Ry Cooder quiere saludarla». Yo no me acordaba de Ry Cooder, pero él me dijo: «Yo estuve en su casa cuando mi esposa estaba en estado de mi hijo, y le grabé una entrevista y usted me explicó muchas cosas de la música cubana y me cantó dos números». Yo no me acordaba de eso, y él insistió: «Usted tenía unas grabaciones en cinta, estaba trabajándolas y me cantó unas canciones que yo grabé, las transcribí y las convertí en las dos piezas más importantes de mi repertorio». Es decir, que él vino a la mina, obtuvo oro, lo convirtió en una joya y ganó dinero. Era lo que hacían los conquistadores cuando venían y les daban espejitos y cuentecitas a los indios para llevarse las pepitas de oro. Y veinte años después, este hombre me vuelve a buscar para que yo colaborara con él en esa grabación que le ha dado la vuelta al mundo.

Ambrosio Fornet: ¿Usted participó en el documental?

María Teresa Linares: Ry Cooder me invitó a que viniera al día siguiente para que lo ayudara hacer una entrevista a Compay Segundo. Al lado de ese carro en que sale Compay Segundo, estaba yo haciéndole las preguntas, porque como ellos no saben español y no sabían cuáles eran las motivaciones de Compay, yo le hice, en casi una hora, una entrevista completa. No la emplearon, para suerte mía, porque me hubiera dado en este momento mucha vergüenza estar en ese documental, pero indudablemente fui parte del proceso.

Alan West: Sobre eso del mercantilismo quiero comentar algo: creo que por primera vez en los últimos años, en los Estados Unidos va a haber una música cubana que no está siendo controlada por Gloria Estefan, y eso va a ser un fenómeno bien interesante; ya la difusión de la música cubana no va a estar dentro de la hegemonía usual; se les escapó de la mano, es algo que ya no pueden controlar. Eso va a significar una pluralidad de expresiones y de centros de difusión en los Estados Unidos, lo que quiebra el monopolio de Miami. En ese sentido va a ser algo muy positivo.

Germán Piniella: Me parece que si analizamos el documental como hecho artístico solamente —y no soy yo el más indicado para hacerlo—, repetimos lo que ha sucedido con el diseño gráfico en Cuba. En más de una oportunidad se ha dicho, y yo lo he repetido también, que en la que se considera como la época de oro del diseño gráfico, este se ha analizado solamente como un hecho estético, y no como un hecho de comunicación. Esto ha traído muchas confusiones, porque, lamentablemente, los diseñadores de comunicación utilizan las mismas herramientas que los que hacen arte, y a veces se confunde el arte con la comunicación.

En el caso del documental de Wenders estamos ante un fenómeno parecido. Frank dice que como hecho artístico es válido. Es cierto: en ese caso la visión del artista solo tiene un compromiso consigo mismo, pero como hecho de comunicación su intención no es, en mi opinión, ni válida, ni inocente.

En muchas oportunidades vienen cineastas, periodistas o escritores de otros países, y aun cuando tengan una visión benévola hacia el país, siempre hay que poner un pero, porque eso es lo que se espera de ellos. Estamos bien en la salud pública, pero hay que llevar las sábanas al hospital. ¡Imagínense qué cosa tan terrible!. Recientemente me hicieron una entrevista para NBC, y cuando el periodista me comentó sobre esto, le dije: «¿Por qué no le pregunta a una mujer pobre, en los Estados Unidos, cuál de los dos hospitales prefiere, el hospital al que hay que llevar la sábana porque no hay, pero le hacen el trasplante de riñón que necesita, o el impoluto y bellissimo donde le preguntan primero si tiene seguro, y si no lo tiene, no entra?».

Creo que en el documental hay una visión muy compasiva por estos músicos, una visión benevolente. Inmediatamente después de presentar el deslumbramiento de estos «pobres guajiros» en Nueva York, aparece en La Habana un personaje con aspecto de pordiosero, y la cámara hace un paneo a un cartel que dice «La revolución es eterna», y enseguida se ven todos los carros viejos montados en burros, y el letrero del Teatro Carlos Marx, con la «r» rota. Esto no es una visión artística válida, esto es un hecho de comunicación, esto es una tesis. Por tanto, creo que con independencia de que se pueda analizar como hecho artístico por los especialistas, yo, como comunicador, tengo que analizarlo como un hecho de comunicación y lo considero mal intencionado.

Frank Padrón: El documental, con una mirada indudablemente europea de conquistador, de colonizador, redundante, sin embargo, en un nuevo paso de avance en este *boom* internacional que conoce la música tradicional cubana.

Alan West: Para mí, es una música preciosa. Aparte de todo lo criticable, la verdad es que la disfruto. Yo vi el grupo en Puerto Rico a finales de enero, no en contexto de concierto, sino de músicaailable, y es una dinámica bien distinta. Andy Montañés se subió al escenario, para hacer un soneo con Ibrahim y Omara, y fue una cosa divina, rica de ver esa confluencia de uno de los soneros mayores de Puerto Rico y el *Buena Vista*.

Ambrosio Fornet: A mí me hubiera gustado ver en algún momento a algunos bailadores populares bailando esa música. Es música para bailar. Sin bailadores esa música está como incompleta.

Vicente González Castro: Yo no puedo evaluar el disco, no sé nada de música. Ojalá hubiera tenido oído para distinguir esa guitarra de que habla María Teresa. Voy a referirme, por tanto, a la iconografía o la parte semiótica del documental, que es para lo que me invitaron aquí. Me parece que en los tiempos que corren, ya no importa que las cosas sean buenas o malas, sino qué promoción se haga de ellas. Esa es la realidad del mundo en que vivimos, más allá del disco, con los valores que por supuesto tiene, porque ¿quién en Cuba no conoce esa música, no la ha oído? Más allá de las sutilezas de interpretación que uno puede no conocer, esa música nos estremece a todos los que nacimos y vivimos en Cuba toda la vida. Pero hay un tratamiento que creo que parte de un *handicap*, de un impedimento que el director no puede resolver.

Creo que Julio y los otros realizadores que están aquí estarán de acuerdo conmigo en que hay dos formas de tratar una realidad: la epidérmica, superficial, que es casi siempre la del turista: el tipo que le da vueltas al barril en la calle, por ejemplo. Cualquiera puede pensar que en Cuba hay montones de gente que hacen bailar los barriles en todas las esquinas, y no que es un hecho turístico que a alguien se le

ocurrió hacer, o sea, que es excepcional. Pero puesto en un documental, en ese contexto, se piensa otra cosa. Yo sé de gente que ha dicho: «¡Los cubanos son tan graciosos, cómo hacen bailar los barriles!», y el único tipo que yo conozco que lo hace es ese que sale ahí, pero lo enmarcan en un contexto que parece que es un hábito de los cubanos. Eso es lo epidérmico.

La otra forma es la esencial, y esa no la puede dar un extranjero que viene aquí uno, dos, tres meses, qué sé yo; o que en total ha sumado una estancia en Cuba de 30 días para tratar de reflejar una realidad tan compleja como es la música tradicional cubana, y cómo surge a partir, ciertamente, de la pobreza. Quien vive instalado en una residencia con piscina no genera esa música, sino otra, porque tiene sintetizadores, ecualizadores, y todas esas cosas técnicas.

Pero para llegar a esa esencia, primero hay que dominar el lenguaje y me imagino, como realizador, lo difícil que resultaría para un señor que no habla español, llegar a la esencia popular en una entrevista. Porque tú empiezas con una pregunta; pero en lo que te contestan pescas la palabra que te da pie para la próxima, y para la sutileza de un diálogo. Si no conoces a fondo a tu entrevistado, no lo puedes hacer.

María Teresa decía que ella había tenido que servir de intérprete para esas entrevistas. Para empezar, alguien que no hable español no puede hacer un buen documental sobre Cuba. Quien no conoce la esencia no puede hacer un buen documental de un fenómeno. Es más, si Julio, yo, la gente de la televisión, hiciera ese documental, nos costaría trabajo llegar a la esencia; tendríamos que echar meses de investigación y de búsquedas de documentos, de tesoros grabados por ahí, de hace no sé cuántos años, para comparar interpretaciones. No les podemos pedir más a esos realizadores, pienso yo.

Estoy de acuerdo con lo que Julio apuntaba: la humanidad que hay en el tratamiento de los rostros. Es de una honestidad tremenda llegar a las emociones de toda esa gente, tanto en la interpretación como en la narración de la historia, que para el que no conozca de esto parece muy auténtica. Nosotros sabemos que no es tan auténtica, porque cada cual sabe que está actuando y nos está ofreciendo su yo público, no su yo real; pero eso es parte del convenio del cine y de las artes, que aceptamos como honesto, y que la historia no está edulcorada; pero está edulcorada, y eso lo hacemos todos.

Tal vez la abuela le decía a Compay Segundo que no se fuera del pueblo hasta que ella no muriera, y el maldijo eso durante 20 años, porque lo enterró allí; pero ahora, en el documental, adquiere una pátina anecdótica, una aureola lírica, y él lo repite con orgullo, aunque a lo mejor toda la vida maldijo a la abuela porque no lo dejó irse de allí. Esas son las cosas del arte, en cine, en video, en televisión: la realidad es trabajada en función de la emoción, para que todo el mundo se la crea. Eso es parte de la regla, lo mismo para hacer un documental sobre Los Zafros, que uno sobre estas personas.

Solo quiero señalar dos cosas más para terminar: primero: creo que el mayor error de este documental, yo diría que el único soberbio y gran error de este documental es que nosotros no hayamos hecho uno mejor; porque Cuba no diseña la imagen Cuba: la imagen Cuba es diseñada por los que tienen el dinero para hacerla, a su manera.

Yo he sido contratado en tres ocasiones para hacer video-clips. Desgraciadamente, quien pone el dinero para hacer el video-clips —que es hoy por hoy lo que promociona la imagen de un grupo—, te dice: «Esto no vende, yo lo quiero bien comercial, que venda», y tú tienes dos alternativas: si necesitas los dólares, como casi todos, haces lo que el tipo te pide, porque para eso está comprando tu trabajo, y entonces eres un vulgar mercenario que vas a hacerlo por lo que te van a pagar. Pero si quieres elevarte a lo artístico, hacer lo sutil, lo increíble, lo autóctono puesto en pantalla, no te lo compra y se lo compra a otro más comercial.

Yo creo que tenemos que lograr que la Televisión Cubana, o el Ministerio de Cultura, el Instituto de la Música, no sé quién, financien o de alguna manera subsidien la realización de materiales divulgativos sobre nuestra música; ajenos a las exigencias de estas instituciones que los hacen para vender, y están fabricando un sello, igual que se produce el diseño de la caja de un tubo de pasta dental, o la textura de un zapato; o sea, están fabricando algo que es vendible, comercializable, que se va a revertir inmediatamente en dinero.

Mientras Cuba no diseñe la imagen de todos sus músicos, de su obra, y dependa de que los empresarios comercializadores de los músicos sean quienes paguen, tendremos esto. No sé a cuantos de ustedes les ha pasado, pero yo, por razones de trabajo, he tenido que ir a cabarés, a centros de recreación, y he visto a músicos casi desconocidos. Y he pensado: «¡qué buenos son, qué bien tocan, qué bien actúan, qué muchachos más jóvenes, qué atractivos, cómo funcionan, quién pudiera divulgarlos!» Pero sucede lo que ustedes conocen: hay dos o tres programas de televisión que hacen música: todos son iguales, todos ponen a la misma gente, eso hace que no tengamos conocimiento de todo lo que está surgiendo. Ya no existe *La Corte Suprema del Arte*, ni *Todo el Mundo Canta*, ni *Para Bailar*. Al final, nosotros mismos —que creo que somos el país del mundo que más papel hemos empleado y más espacio hemos consumido en hablar de la globalización— nos autoglobalizamos poniendo siempre a la misma gente en la escena, divulgando siempre la misma música, los mismos cantantes, cuando este es un país, como se diría metafóricamente, que uno da una patada y salen 5 músicos.

Creo que la crítica más grande que hay que hacerle al documental es que no hemos sido capaces de hacer uno mejor; porque este, para lo que pudo hacer, con todo ese tratamiento, es válido.

Frank Padrón: Eso más bien es una autocrítica.

Vicente González Castro: Evidentemente. La crítica es a nosotros, estoy haciendo un contrapunto. En cuanto al documental, que es lo otro que quiero comentar, yo entiendo que se pueda ver en una dimensión política, que tiene esa lectura desde el punto de vista comunicativo, como dice Piniella; pero, ciertamente, como realizador no la condeno, yo hubiera filmado lo mismo, porque es lo que dice cosas.

Voy a poner un ejemplo: si vienes con una cámara a filmar a La Habana, tienes dos alternativas, o filmas La Habana como es, la que se está cayendo a pedazos, o filmas la Habana escenográfica del casco histórico. Yo prefiero la que se está cayendo a pedazos: es más auténtica, ahí hay gatos por los tambuches de basura, y hay gente que se sienta a fumar en la puerta o a tomar ron. En la Habana Vieja hay muchachas disfrazadas de época y todo eso es una película —sin argumento, sin música, sin banda sonora, pero es una película—, y entonces nadie que se respete como creador filmaría en la Habana Vieja. Si llego a Nueva York, no me voy a ir a la Estatua de la Libertad, o a Broadway: voy a filmar los barrios suburbanos, el Bronx. Creo que eso es lo que hizo Wenders.

Frank Padrón: Justamente por eso yo quería que enfocáramos si estos detalles que menciona Germán como ejemplos —lo de la «r» del Carlos Marx o los carros en burros—, o lo que Vicente comentaba sobre el hombre del barril, pesan más en el documental que toda esa esencia humana y artística que, en otro sentido, es capaz de proyectar y de dimensionar, y qué es lo verdaderamente importante. Me gustaría que se debatiera un poco más sobre esto.

Helio Orovio: Yo estoy de acuerdo en que en el documental los músicos están manipulados. Es algo parecido a lo que pasó con un libro, en el que yo participé, que se llama *Son de Cuba*. Un fotógrafo catalán, muy amigo mío, sencillamente utilizó en el libro las imágenes que le parecieron más «atractivas». En el libro aparecen

soneros cubanos que viven en Cuba y otros que viven en el exterior, en Miami, en Nueva York y en España.

De los soneros residentes en Cuba —aunque les tiró un rollo entero a cada uno—, no utilizó las fotos en que aparecían con una imagen agradable, sonrientes, y en una sala más o menos arreglada, más o menos pintada. No; él utilizó la imagen donde el sonero está con un rostro triste; además, a la hora de la edición manejó la foto, a través de luces, efectos, etc., para que pareciera bien triste. A Rafael Ortiz, un hombre que era la esencia de la elegancia, un hombre de traje y corbata toda su vida, lo retrató en el cuarto de desahogo de su casa, y esa fue la foto que seleccionó para el libro. Yo tuve una discusión con él, y le dije: «Chico, ¿si tú hiciste 33 fotos de esta persona en la sala, con su guitarra, delante del cuadro de Ignacio Piñeiro, por qué pones la única foto que a ti se te ocurrió hacerle a última hora, en el cuarto de desahogo de la casa, donde hay tarecos y cosas viejas? ¿Eso es Rafael Ortiz para ti? ¿La imagen que tú quieres dar de ese señor, para que pase a la posteridad, es ese viejito miserable?».

También manipuló a Elio Revé, que no quería participar en la sesión de fotos porque había estado grabando toda la madrugada anterior, y estaba muerto de cansancio. Accedió por amistad conmigo, y hay un momento en que se quedó dormido, y mi amigo, como un niño maldito, salió corriendo y cogió una tusa de maíz que había en la cocina y se la puso a Revé en la mano, y le hizo una foto. Esa fue la que escogió para el libro. De manera que Revé parece un negro viejo, con la boca abierta y una tusa de maíz en el lugar que ocupa habitualmente el falo masculino. Una imagen grosera, horrible.

Esto parece que no tiene que ver con *Buena Vista Social Club*, pero tienen en común cómo se manipula la imagen de nuestros músicos populares, cómo se maneja...

En cuanto al aspecto musical, también se están diciendo mentiras. Yo he leído que al pobre Rubén González, «el pianista más grande del mundo», —cosa que no es cierta—, es la primera vez que se le graba un disco. Eso también es mentira. Rubén González grabó un disco maravilloso como solista, en la EGREM.

Es mentira que descubrieron a Rubén. Rubén González ha tocado siempre con las mejores orquestas de Cuba, con la Riverside, con Arsenio Rodríguez, con la Sonora Matancera, en las orquestas de los más grandes cabarés, con Jorrín... El grupo Estrellas de Areíto viajó por Venezuela, con Rubén en el piano. Rubén estuvo años tocando en Panamá, fue maestro de piano del papá de Enrique Iriarte «Culebra», en Venezuela. Aparecerse alguien diciendo que ha descubierto a Rubén González es para morirse de la risa. O que ha descubierto a Orlando López «Cachaíto», que tocó con la mejor orquesta de Cuba —y la que más dinero ganaba— que era la Riverside, o que han descubierto a Galván y a los demás, es algo increíble.

Ahora bien, muchas veces se manipula basándose en una realidad. Por ejemplo, que a Rubén el piano se le cayó por el comején; que Ibrahim Ferrer estaba limpiando zapatos; que Pío Leiva estaba vendiendo no sé qué. Eso es verdad, pero eso no tiene que ver con la música. Cuando le graban un disco a un cantante de blues del sur de los Estados Unidos, la gente habla de cómo toca, cómo canta y eso, nadie dice si había estado vendiendo periódicos, ni nada de eso. Hay una cosa un poco morbosa en lo que tiene que ver con Cuba. El hecho artístico, cultural, musical, se extrapola, y parece más interesante que Ibrahim Ferrer estuviera limpiando zapatos, que la manera en que canta el son, o sea, los valores de Ibrahim como interprete.

Por otra parte, creo que algunos de esos interpretes están sobredimensionados. No es que esté de acuerdo con José Luis Cortés, porque me parece que eso es caer en el otro extremo; pero aquí se han hecho discos en los años 60, 70 y 80, superiores a *Buena Vista Social Club*. El disco que hizo Fellove, por ejemplo, en el año 79, con Rubén, con Cachaíto, con el niño Rivera en el tres, resulta superior al de *Buena Vista Social Club*; el de Guapachá con Chucho Valdés y su combo, en los 60, es muy

superior al *Buena Vista Social Club*, y no pasó nada con él; los discos Estrellas de Areíto, con el niño Rivera en el tres, con Rubén en el piano, con el guajiro Mirabal en la trompeta, también son superiores.

Que la organización de la música en nuestro país fuera un disparate, eso es otra cosa; que a los músicos les pusieran un sueldo fijo, que fueran programados por una persona sentada en un buró, en una empresa; todo eso es cierto y fueron tremendos disparates. La plantilla fija provocaba, por ejemplo, que los músicos rompieran el bajo, para no tener que ir a tocar a Bejucal, porque de todas maneras cobraban lo mismo a fin de mes; y en Bejucal se quedaba la gente en el baile esperando a la orquesta que nunca llegó porque «se le rompió el bajo».

Todo eso son disparates, como impedir que en las Escuelas de Arte, los estudiantes tocaran música cubana. Eso fue un tremendo disparate que motivó que el gran estilo, la gran manera cubana de tocar de músicos como Rubén, Cachaito, etc. se fuera perdiendo, y que los grandes danzoneros de Cuba, cuando murieron Aurelio Herrera, Urfé, Elio Valdés, cuando murieron todos esos grandes danzoneros, sencillamente se perdiera el estilo de tocar el danzón. Se perdió el estilo de tocar el bolero, se perdió el estilo de tocar la guaracha y el son.

Esos son disparates que tenemos que asumir, y hacer una crítica histórica, pero no tienen nada que ver con el hecho de que ahora se manipule todo esto, al punto de que en el mundo entero, la gente ahora está interesada por Cuba a través de *Buena Vista Social Club*.

Alan West: Pero hay una imagen de Buena Vista que creo que es muy sana y sandunguera. Se habla de la saturación de la música cubana en los mercados disqueros y creo que es verdad, pero hace poco vi al Compay Segundo. Otro concierto «sold out», y es la segunda vez que el Compay va a Boston. ¿Qué explicación hay para entender el arrebato gringo con el Compay y todo lo de Buena Vista? Canta y hace chistes en un idioma que no entienden —sin hacer el mínimo esfuerzo para traducir—, toca música de una época que hace lucir la música *swing* como algo de Boulez, y se viste como un abuelito. En un país donde la edad madura empieza entre los 25 y 30 y la chochera a los 50, Compay Segundo despierta algo en la conciencia norteamericana, los hace ver que su culto desmedido y a veces irrisorio a la juventud es ilusorio, que envejecer no es sólo descalabro sino también revelación, goce, plenitud. ¿A quién le hace falta Prozac (o Viagra) cuando hay son, danzón, vacilón, cuando hay Compay Segundo?

Ambrosio Fornet: Una anécdota: hace poco estuve en Santa Clara y oí a Los Faquires, y de pronto me di cuenta de que podrían ser «descubiertos» en cualquier momento. Y pensé: «¿Estaremos esperando al Ry Cooder de Los Faquires?».

Julio García Espinosa: Entiendo que lo principal que sucede con esta situación es que, de alguna manera, se inserta dentro de la lucha ideológica que tenemos en estos momentos a nivel internacional. Sería bueno colocarnos de la manera oportuna —no oportunista— y lo más lúcidamente posible, frente a lo que es esta especial lucha ideológica.

Cuando yo estuve al frente del ICAIC se hicieron unos cuantos documentales musicales. Recuerdo que me reuní con los directores y les dije: «Tal vez exagere, pero creo que igual que a los cineastas norteamericanos les dicen que tienen que hacer un *western*, nosotros todos tenemos que hacer un documental musical». Claro, después me di cuenta de que no todo el mundo puede hacer un musical: o se siente la música, o no se puede hacer cine con ella. Yo no creo que Wenders esté dotado para hacer documentales musicales; sin embargo, me parece que lo importante de esta situación, sea el disco, sea el video, es que se trata de un acontecimiento que va más allá de si es bueno o si es malo, de si manipula, o si no manipula, de si es un producto de marketing, o si no lo es.

El problema es que si nosotros quisiéramos tener ahora, o en su momento, una discusión, por ejemplo, sobre el Capitolio, estaríamos pensando: «Bueno, la influencia esta viene de Italia, y entonces ¿qué hace aquí este Capitolio?» Sin embargo, hoy en día, el Capitolio forma parte de nuestra identidad cultural.

Voy más allá: el cabaret Tropicana. Podemos decir «me gusta o no me gusta», pero ya forma parte de la identidad cultural de este país. Con esto quiero decir que creo que los acontecimientos hay que verlos en su dimensión de tales. Me parece que nosotros hemos logrado, por primera vez, colocarnos de una manera indiscutible en un nivel mundial en cuanto a música popular se refiere. Tal vez en otras ocasiones se ha dado este fenómeno, aquí se ha dicho eso, pero esta vez ha sido de una manera más universal. Michael Chanan lo dice en su artículo de *La Gaceta* —que me parece muy interesante y debía ser muy leído—, dice que *Lágrimas negras* es mejor, pero, como los musicales cubanos, como muchos discos cubanos buenos, no ha podido romper las barreras que impiden acceder al gran mercado. *Lágrimas negras* no ha podido situarse, porque ni tiene las relaciones que tiene Wenders con las transnacionales, con las casas disqueras, ni nada que se le parezca. Yo estuve hace muy poco en Nueva Orleans, una de las cunas de la música norteamericana, y me encontré las tiendas llenas de toda la herencia musical cubana, inundadas de música cubana de todo tipo.

Así pasa en Nueva York, así ha pasado en Europa. Creo que eso es importante, no desde el punto de vista cuantitativo; sino desde lo que se relaciona con la lucha ideológica, en un mundo globalizado. Y la globalización no es de todos y para todos; en este caso es para uniformar la música, fundamentalmente la sajona, —o sea, la de los Estados Unidos— y no precisamente la buena, sino la que tiene más posibilidades comerciales. Frente a esa avalancha, el hecho de que el mundo hispano, no sólo cubano, se abra camino, aunque sea con triquiñuelas, con manipulaciones, con oportunistas, con lo que sea, nos hace pensar que tenemos que ser oportunos, no creernos que la pureza es la bandera que más podemos esgrimir en una lucha ideológica, sino que hay que poner muy bien los ojos en una realidad muy difícil y muy compleja, para ver hasta qué punto podemos tener, en forma lo más auténtica posible, presencia en ese mercado que es tan difícil poder atravesar, y poder ocupar un espacio.

Me parece que desde Masucci —no se olviden que hice las tres sesiones de Havana Jam en el Karl Marx, con músicos norteamericanos y cubanos, y ahí fue donde por primera vez pusimos aquí a Masucci. Fueron tres sesiones realmente importantes, en la medida en que Bruce Lundrapp, el entonces presidente de la Columbia Records, hizo dos álbumes con unas anotaciones donde reconoció que la influencia mayor que tenía la música norteamericana era la cubana, y eso con nombres, apellidos, y datos concretos. Es decir, que nosotros hemos hecho toda una serie de cosas, pero no hemos podido llegar como hemos llegado ahora.

Yo discutí también mucho sobre la salsa; me parecía una impostura que nos quitaba la autenticidad del son. Pero dije: «Vamos a ver, señores; está el rock en su apogeo, y están Venezuela y Colombia, con su salsa, y divulgando la música cubana de las décadas de los 40 y los 50, manteniendo calientes esos mercados. Hay que pensar también en esos términos. ¿No podemos llegar nosotros? Pues que llegue Masucci con su salsa, que los venezolanos y los colombianos hagan lo suyo. Vamos a mantener caliente el ambiente, para el momento en que podamos volver a ese mercado».

Aquellas fueron discusiones, a veces teñidas de mucho purismo, que no nos dejaba asentarnos lícitamente dentro de una realidad que no es tan compleja; porque nosotros tampoco somos puros: ni Ignacio Piñero es puro, y no solamente por raíces africanas o raíces españolas; tenemos influencia de todas partes, incluyendo a Norteamérica, y sanas influencias, positivas influencias, enriquecedoras influencias.

Frente a la globalización, que es terrible porque está impidiendo que la cultura pueda desarrollarse con diversidad; y esa diversidad es la que nosotros necesitamos. No podemos seguir con una política cultural que se refiera exclusivamente al patrimonio y al pasado; tenemos que pensar en el presente, sobre la base de que debemos abrirnos, no a las transnacionales, sino al mundo.

En estos momentos hay unos tremendos músicos en África, que no conocemos. Necesitamos abrirnos al mundo y favorecer el sincretismo, favorecer la impureza, favorecer la mezcla, no con una sola cultura, o con la cultura de un solo país, que ni siquiera es su verdadera cultura, sino una pseudocultura, porque ha llegado un momento en el cual ya uno no sabe, dónde está, como he dicho tantas veces, el talento y dónde exclusivamente la fama. Todos sabemos que hay muchos famosos que no tienen ningún talento, y hay mucha gente con talento que no tiene fama.

Luis Ríos: Efectivamente, uno tiene que ver lo de *Buena Vista* como una parte del todo. Nuestra cultura es muy rica y muy compleja, y la música lo es bastante. En cuanto a la mezcla, la integración, ya eso se ha hecho en otras partes del mundo. Se han hecho trabajos de fusión de una cultura con la otra. Yo recuerdo un disco de un violinista francés que hizo una grabación con una cantante africana, y fue un trabajo precioso, una mezcla de jazz con la cosa africana. Se han hecho muchos trabajos de este tipo, no hay entonces por qué extrañarse de que un jazzista, o un rockero norteamericano quiera hacer una mezcla de su ritmo con los ritmos cubanos.

Hace muy poco tiempo se acaba de grabar un disco en Nueva Orleans, con la gente del grupo Cubanismo. Los músicos allí están interesados en mezclar los blues tradicionales con la música cubana.

Helio Orovio: Creo que es justo decir que mucho del éxito que ha tenido la música tradicional cubana, en Europa e incluso en los Estados Unidos, hay que agradecerlo a que los salseros de Nueva York abrieron el camino, porque cuando entra la música cubana auténtica, raigal, ya había en Europa y en los Estados Unidos un camino, en las nuevas generaciones, abierto por los salseros, o sea, había un sedimento que hay que agradecerle a los puertorriqueños, a los salseros que abrieron ese camino.

María Teresa Linares: Yo solamente quiero reafirmar que considero, tanto al disco como al documental, dos joyas de la música cubana. Aparte de todas estas cosas que se han comentado, los considero así por el valor que tienen todos y cada uno de sus músicos. Destaqué a los que creo los pilares, y el valor que tiene el factor humano. He hecho algunas críticas, pero quiero confirmar que el retorno a la música tradicional cubana es uno de los valores méritos que tiene este documental y este movimiento. Lo demás es ajeno, porque nos costaría muchísimo trabajo llegar a tener los millones de dólares que hacen falta para una promoción correcta de nuestra música, de nuestro cine, o de nuestra plástica.

Germán Piniella: Apenas hemos analizado —y solo lo voy a mencionar para, por lo menos, dejarlo en el tapete— el fenómeno de mercado, o sea los aspectos del mercado. Dijo Vicente que quizás el mayor error era no haber hecho nosotros el documental. Pero es que se han hecho los documentales, se han hecho los discos, y yo tuve el placer y el honor de trabajar con María Teresa en la EGREM, durante un tiempo y tratamos de convertir a la EGREM en una editora, con líneas editoriales. Se crearon algunas, yo hice la de la Nueva Trova, ella comenzó a hacer la Antología del folklore, y recuerdo que el disco era hermoso; también la Antología del canto hispanoamericano, que hicieron ella y Argeliers León. El problema es que esos discos se hicieron, esos documentales se hicieron, y esas películas se hicieron; lo que no se hizo fue la distribución, y hoy en día no se puede hablar de nada sin la distribución. No nos podemos sustraer del mercado, lamentablemente quizás, pero no nos podemos sustraer.

Ambrosio Fornet: ¿Te refieres a la promoción de esos discos o a que sencillamente no se distribuyeron?

Germán Piniella: Me refiero al circuito de la distribución. Aquí es donde viene el aspecto de la globalización. Así como nuestros excelentes productos farmacéuticos se nos pueden quedar en el almacén si no se entra en el gran circuito de la distribución, en el mundo del disco tampoco se logra nada. Cuando Ry Cooder vino a hacer el disco, ya tenía en la mano a World Circuit, que es quien pone la plata, no la pone Ry Cooder, y esos dos millones de copias son el resultado de la primera campaña, que costó un millón y medio de dólares. Porque todo eso de la comercialización es a largo plazo; son 5 años; y las matrices tienen 50 años de derecho. Nosotros no hacemos el negocio de esa manera, por falta de recursos y por falta de conocimiento; por haber despreciado durante años el mercado, y por creernos ahora que es omnipotente, que tampoco lo es, porque un disco de Jazz, que en los Estados Unidos venda 80 mil copias, es un gran éxito, y hay gente que hacen discos de jazz, y hay sellos que se dedican sólo al jazz, como Blue Note, que es quien le graba a Chucho Valdés. Lo que pasa es que ahora todo el mundo quiere descubrir su *Buena Vista Social Club*, y aquí es donde viene, en mi opinión, y no puedo sustraerme al problema ideológico, el peligro de repetir la historia de los años 30, y ojalá que sea como farsa, y no como tragedia; porque a la larga los distribuidores le están conformando su catálogo a la disquera.

Estamos todavía en los últimos resultados de la salsa, y si nos conforman el catálogo, nos conforman a la larga la cultura, porque después, el músico no querrá hacer lo que no le grabe la disquera, y la disquera no querrá hacer lo que a la distribuidora no le interese. Yo recuerdo a nuestros grandes creadores —y recuerdo a la gente del filin porque los conocí muy de cerca, y a la gente de la Nueva Trova por muchas razones también—, cuando el adjetivo comercial era una mala palabra. El peor insulto que se le podía decir a César Portillo de la Luz era que su canción era comercial. Por eso no me gusta la imagen que da Omara Portuondo, en ese documental, haciendo un repertorio que siempre rechazó.

Alan West: El asunto de distribución y promoción es importante para Cuba, sus músicos y para la difusión internacional de su cultura. Ahora sería el momento idóneo para difundir, diseminar otros aspectos de la música cubana. En lo clásico solo Leo Brouwer se conoce, pero ¿dónde están las grabaciones de la música de Saumell, Cervantes, García Caturla, Roldán, Gramatges, Fariñas, Juan Blanco, Gonzalo Roig, Ardévol, Orbón? ¿Y cómo puede ser que se conoce tan poco la versátil obra de José María Vitier fuera de Cuba? La música rock y rap, de tan buena calidad tampoco se conoce, y se difunde menos. Hay que tener mucho cuidado con el éxito internacional porque, hasta cierto punto, va a crear una imagen reducida de lo que es la verdadera riqueza y pluralidad de la música cubana. Es decir, si no cae dentro de la órbita de lo Buena Vista, se soslaya.

Julio García Espinosa: Toda esa maraña que ha formado el gran mercado, en que tú no sabes cuando alguien de verdad vale por sí mismo, o cuando es producto del marketing, hay que desmenuzarla, abrir un claro en medio de todo eso. Por supuesto, no es nada fácil, dadas las promociones, las avalanchas de control internacional del mercado; pero tenemos que pensar cómo podemos afrontarlas y que no nos vaya a pasar lo que a mi entender nos pasó con *Fresa y Chocolate*, la película que dio a conocer el cine cubano en el mundo. Después de más de 30 años de estar haciendo buenas películas, y el propio Titón haciendo películas mejores que *Fresa y Chocolate*, esta es la que da el palo en el mundo entero. Descubrieron el cine cubano. ¿Podimos o supimos aprovechar ese momento para lanzar el cine cubano en el mundo? Creo que no lo supimos hacer.

Estamos ante una situación que es un acontecimiento, y nosotros debemos saber hasta dónde, haciendo los análisis correspondientes, vamos a insertarnos en la lucha ideológica esta para no perder tampoco esta oportunidad.

Ambrosio Fornet. Observen que el fenómeno de la música y de *Buena Vista* no es exclusivo. Hay otras manifestaciones artísticas que están destacándose también. Fernando Pérez gana en Madrid el Goya a la mejor película extranjera, con *La vida es silbar*; en París, Abilio Estévez gana el premio al mejor libro extranjero del año, con *Tuyo es el reino*; en la plástica los reconocimientos son innumerables. Es un *boom* cultural que está proyectándose mundialmente.

No quisiera dar por terminada la sesión sin decir que, a mi juicio, hemos tenido un lúcido y rico intercambio de ideas y puntos de vista. Como era de esperar, la confluencia de dos temas como el cine y la música ha suscitado una reflexión colectiva que desborda ampliamente los límites de cada uno de ellos, aunque desde luego, es el tema de la música el que ha prevalecido. No faltó, sin embargo, la referencia a cierto tipo de mirada —llamémosla eurocentrista, para abreviar— que tiende a perpetuar, en el extranjero, determinados estereotipos y prejuicios sobre nuestras realidades sociales y culturales. Pero, como se ha subrayado, el saldo final de la experiencia —o mejor, de la aventura representada por el film de Wenders— ha sido realmente positivo. Creo que hemos tenido una ganancia adicional, gracias a las intervenciones de María Teresa Linares, cuya vasta experiencia de musicóloga —realzada por su prodigiosa memoria— nos ha permitido conocer aspectos, hasta ahora ignorados, de la historia de la música en Cuba. Sobra añadir —están a la vista— que los aportes de los demás participantes de esta mesa han sido muy significativos. A todos, en nombre de *Temas* y de sus ávidos lectores, muchas gracias.

Participantes:

Ambrosio Fornet. Ensayista y crítico.

Julio García Espinosa. Cineasta.

Vicente González Castro. Especialista en medios de difusión masiva. ICRT.

María Teresa Linares. Musicóloga. Fundación Fernando Ortiz.

Helio Orovio. Musicólogo.

Frank Padrón. Crítico, ensayista y comunicador audiovisual.

Germán Piniella. Crítico, musicólogo y productor musical. Estudios Abdala.

Luis Ríos. Músico.

Alan West. Ensayista y profesor. Northeastern University, Boston, Estados Unidos.

La vida es un viaje en paracaídas

Félix Hangelini

Estudiante. Universidad de La Habana.

*Ser capaz de penetrar por debajo de la belleza como
de la fealdad: por debajo del cansancio, del horror y de la gloria.*

T. S. Eliot

*y aprovechando este reposo bien ganado, comencé
a llenar con profundos pensamientos las casillas de mi tablero.*

Vicente Huidobro

De entre los movimientos literarios más atacados en la poética de Vicente Huidobro, el romanticismo es, sin duda, el que lleva la peor parte. Pero, paradójicamente, su presencia es tan contundente, que no logra engañar a nadie con su tímido disfraz. Si recordamos la tanteadísima frase de Darío («¿Quién que Es, no es romántico?»), una de las verdades más gigantescas que la historia literaria debe significar, es lícito apuntar la deuda enorme que todo movimiento literario (posterior) sostiene para con él. Tal vez no aborde aquí todo el caudal poético inicial de Huidobro como apoyatura de mi tesis, pero me gustaría entretenerme escarbando un poco en ese poema inmenso —en todo sentido, e inclúyase asimismo los

Premio *Temas* de Ensayo 2000, en la modalidad de Humanidades.

dos polos que conforman lo paradójico— que resulta «Altazor»; al parecer, resultado definitivo y ciertamente maduro de la conformación de una poética, y que costó a su autor nada menos que doce años de ardua (?) labor.

Inicialmente, quisiera detenerme en un punto: no he encontrado —aunque tal vez exista— ninguna reflexión crítica que proponga el prefacio altazoriano, además de como enunciación de la poética que va a tener lugar y como punto de partida del entramado simbólico y de la acumulación imaginativa que representan los siete cantos posteriores, como un soterrado homenaje a una tradición, y en especial, a «escogidos» autores cuya cercanía debe haber representado «algo» (no sé qué, no podría significar ese alcance) para el afán poético huidobriano. Es así como aparecen, de forma sucesiva en el texto, cuatro referentes:

*Aquel que todo lo ha visto, que conoce todos los secretos sin ser Walt Whitman,
pues jamás he tenido una barba blanca como las bellas enfermeras y los arroyos
helados.*

*Aquel que oye durante la noche los martillos de los monederos falsos, que son
solamente astrónomos activos.*

Aquel que bebe el vaso caliente de la sabiduría después del diluvio obedeciendo a las palomas y que conoce la ruta de la fatiga, la estela hirviente que dejan los barcos.

Aquel que conoce los almacenes de recuerdos y de bellas estaciones olvidadas.¹

Estas sucesivas alusiones, relacionadas por el afán totalizador del mito altazoriano, en la medida que se imbrican por la concepción divina del poeta, apuntan hacia la integración, en el discurso, de cuatro aspectos que el sujeto hablante considera esenciales en la conformación discursiva: el cosmogonismo, que trae aparejado una suerte de omnisciencia, al estilo whitmaniano (un yo cósmico, universal, egotista); la proyección de la moralidad del individuo y las relaciones realidad individual/realidad colectiva/realidad ajena, que pueden ser verificadas en la obra del genial autor francés André Gide; la búsqueda de la alteridad, del mundo creado que difiere rotundamente del real, y de las imágenes asombrosas de la inconsciencia, que sin duda refieren a un nuevo tipo de sabiduría, como sucede en Rimbaud; y por último, la validez de la memoria, del recuerdo como integrante ineludible de la personalidad, como en Dickens. Precisemos entonces por qué llegamos a ello. En el caso de los tres últimos escritores, el texto sugiere claves de interpretación que favorecen la lectura del *homenaje*: la alusión a «dos monederos falsos» nos recuerda la novela homónima de Gide, que marcó la época y que erigió a su autor como la figura más polémica de su tiempo; la mención de la escena (con profunda intertextualidad bíblica) de alguien que bebe el «vaso caliente de la sabiduría después del diluvio» nos habla de un conocimiento aprehendido, de una realidad aprehendida a la manera individualizada del sujeto del acto, y esto guarda estrecha relación (creo) con las *Illuminations* de Rimbaud, donde el poema que sirve como punto de partida del citado libro resulta el curiosamente titulado «Después del diluvio», además de hacerse alusión a un destino marino final, que puede verse en directa relación con el «Bateau Ivre», o con el propio destino del poeta francés; por último, el vínculo que se establece entre el *Almacén de antigüedades* de Charles Dickens y esos «almacenes de recuerdos y de bellas estaciones olvidadas» como nexos insoslayables desde el punto de vista de la significación textual, con la memoria humana. He querido dejar para el final, lo que tal vez se convierta en el centro de mis reflexiones: la presencia de Whitman (poética/obra) en el texto de Huidobro. Quien se detenga en una lectura minuciosa de «Altazor», podrá comprobar que el sujeto hablante evita realizar alusiones directas a personas con existencia real comprobada, a autores reales (sí se dará al juego intertextual: con los símbolos del modernismo utilizados por Darío, o con «La canción del pirata» de Espronceda, por citar algunos, además de los anteriores), salvo en un caso: el del poeta norteamericano Walt Whitman.

El porqué de esta excepción, es lo que me interesa. Y las siguientes preguntas: ¿es quizás el homenaje al poeta norteamericano, la manera de homenajear la forma de expresión romántica, la forma romántica de la literatura?, ¿es acaso el reconocimiento de una deuda por la incorporación de las experiencias más impactantes del romanticismo, como precursoras del discurso contemporáneo?, ¿es acaso una reverencia a la potencia poética de un romántico que está tan dentro, y a la vez tan fuera, del discurso de su tiempo?

Por todos es sabida la tremenda importancia que la obra de Walt Whitman sostiene para con la poesía contemporánea, a la vez que la anuncia en esos famosos versos de notable irregularidad silábica y rítmica, que obedecen a una percepción particularizada de la realización poética, y donde confluyen el influjo de la ópera italiana, la simulación del sonido y fuerza del mar, y el afán de concesión de un carácter épico a la obra. Pero no solo desde el punto de vista formal, Whitman resulta trascendente. Desde el punto de vista del logro metafórico, de las imágenes extraídas del subconsciente (como en «The Sleepers», para muchos, uno de los primeros antecedentes del surrealismo en literatura), de la compleja integración simbólica (como en «When Lilacs Last In The Dooryard Bloom'd»²), o de la conformación de la personalidad poética en la realización de una triplicidad identitaria, validada en la proposición de una cartografía psíquica de los elementos que componen al ser, Whitman se adelanta a la contemporaneidad, sin separarse de la conflagración romántica.³

y ahora que se debe comenzar por todo principio sospechado

Hagamos, pues, un pequeño paréntesis, fundamental. En el análisis de la interrelación entre poesía y poética del escritor chileno, en un primer momento es imprescindible percatarse de la no coincidencia (o la incongruencia) que entre ellas se sostiene.

Resulta útil abordar algunos principios y nociones, que nos sirven para entroncar más adelante con la presencia whitmaniana en la expresión poética, que se integran en la tradición romántico-simbólico-modernista, y que Huidobro manifiesta en su producción de antes de 1916 (recordemos que, según propia confesión, la teoría creacionista se va engendrando en su cabeza desde 1913):

- a) Respeto a las formas codificadas y prestigiadas por el uso (métrica, rima, organización estrófica, etc.);
- b) aceptación de un léxico poético estimado como «propio de la lírica»; lo que se ha dado en llamar

- «valor poético en sí», y donde se valida la apreciación de los valores rítmicos y absolutos del poema (el poema como pieza musical);
- c) la concepción del poema como un *todo armónico*, que se hace posible por el equilibrio de sus componentes (poema como condensación verbal de la armonía hombre/naturaleza); y
- d) el poema lírico como realización última de la excelencia poética, comprendido como expresión de una efusión sentimental en un contexto de «familiaridad comunicativa».⁴

Es a partir de *Adán* (1916) que la poesía de Huidobro va a manifestar cambios significativos que la van a hacer alejarse de los modelos anteriores de creación y acercarse más a una confluencia y coherencia con los postulados del creacionismo que él mismo se encarga de propugnar, aunque es bueno advertir que, si bien se produce el distanciamiento, implícito en su obra, de algunos de estos aspectos, desde *Adán* y llegando al enfocado «Altazor», podemos notar la prevalencia de tópicos románticos, que en este último se esbozan fundamentalmente en el «Prefacio» y en los dos primeros cantos. De ahí que podamos apreciar la evasión de lo real, el anhelo de infinitud, la afirmación de un *super-ego* obsesionado por las ideas de muerte y vida (por encima de la dialéctica relación entre bien y mal), las profesiones de fe y el ansia de indagación panteístas, así como las efusiones sentimentalmente románticas, estas últimas tan rechazadas por la poética, pero asimiladas en el discurso altazoriano, sobre todo del canto II. Por una parte, la poética huidobriana se adscribe inicialmente a las concepciones de rechazo a lo anecdótico y lo descriptivo, a la postura simbolista de la guerra al sentimiento, «al personalismo sentimental o al sentimentalismo personal»,⁵ siguiendo del mismo modo el criterio de T. S. Eliot de quien se dice «que huye de la personalidad y de los sentimientos personales para acceder a una “cierta verdad general”».⁶ Pero creo que lo que la poética refiere no encuentra una correspondencia exacta con lo que la propia obra evidencia.

Por otra parte, y echando una ojeada a los movimientos que más relación tuvieron con su formación poética, Huidobro, toda vez que estuvo en Francia y participó del ambiente literario francés, entronca con la tradición simbolista, en la medida en que asume la preocupación de Mallarmé por la *palabra esencial*,⁷ y ya hemos visto el modo en que la propia obra literaria declara su referente rimbaudiano, que se enfatiza en la preocupación por la *alquimia del verbo*. Esto se encuentra en íntima relación con la postulación de ruptura entre el lenguaje poético y el instrumental

y oral, no consumada por la obra de Huidobro, que es otro de los motivos por los cuales el chileno entronca con la tradición simbolista. Pensemos asimismo, que la obra de Mallarmé ha servido como punto de partida para toda la vanguardia, en especial su «fulminante» poema «Un coup de dés jamais n'abolira le hasard» —como ha dicho Braulio Arenas, una «verdadera caligrafía del alma»⁸— que inaugura la tradición de los caligramas en el ámbito de la poesía occidental. La reunión de muchas de las tendencias de vanguardia en la obra huidobriana se pone de manifiesto en sus creaciones iniciales, por lo que podría hablarse de un cierto eclecticismo estilístico, contrastante con la supuesta uniformidad en la conformación de su poética.⁹ Si bien no es esto lo que más nos preocupa en estas líneas, resulta interesante abordar un fragmento de un texto de 1914, donde Huidobro dice:

*En literatura me gusta todo lo que es innovación
 Todo lo que es original.
 Odio la rutina, el cliché y lo retórico.
 Odio las momias y los subterráneos de museo.
 Odio los fósiles literarios.
 Odio todos los ruidos de cadenas que atan.
 Odio a los que todavía sueñan con lo antiguo y piensan que nada puede ser superior a lo pasado.
 Amo las sutilezas espirituales.
 Admiro a los que perciben las relaciones más lejanas de las cosas. A los que saben escribir versos que se resbalan como la sombra de un pájaro en el agua y que solo advierten los de muy buena vista.
 Y creo firmemente que el alma del poeta debe estar en contacto con el alma de las cosas.
 Pero diré que no se crea que desprecio al pasado. No. Repruebo el que solo se piense en él y se desprecie el presente, pero yo amo el pasado.
 Para mí no hay escuelas, sino poetas. Los grandes poetas quedan fuera de toda escuela y de toda época. Las escuelas pasan y mueren. Los grandes poetas no mueren nunca.¹⁰*

Pone entonces sobre el tapete su posición, en lo que Arenas da en llamar «primer estado del creacionismo», etapa donde sobresalen la sistematización del caligrama dentro del panorama de la poesía latinoamericana, y la incursión en las estéticas de vanguardia, que más tarde en atacaría (creo que inconsecuentemente). Es importante extraer de este fragmento que citamos, dos aspectos trascendentales: primero, la no renuncia a la tradición, lo que implica la no-ruptura absoluta con esta, sino con el anquilosamiento de las corrientes literarias decadentes y con la inmovilidad de la canonicidad literaria en cuanto discurso que no puede ser superado; y segundo, la proposición de una relación especial entre el poeta y las cosas, entre las palabras y las cosas (aspecto que de alguna manera hubiese alimentado la atolondrada inteligencia de Foucault), relación que, en lo adelante, nos encargaremos de precisar, toda vez que se convierte en piedra angular de la concepción poética de todo el creacionismo.

flash-back o lo que debía haber sido el punto cero

Permitámonos un retroceso en el tiempo, y analicemos los modelos que pudieron servir de base a Huidobro.

Cuando, en pleno apogeo del temperamento romántico, el poeta alemán Frederick von Hardenberg, más conocido como Novalis, propuso en sus escritos que «para los hombres nada es imposible: puedo lo que quiero»,¹¹ estaba proponiendo el fundamento mismo de su *idealismo mágico*: la transformación del hombre en una voluntad infinita, omnipotente y creadora de la naturaleza. Para él, *mago* es «quien sabe dominar la naturaleza hasta el punto de hacerla servir a los fines por él establecidos. Este es el punto al cual el hombre puede llegar mediante la poesía».¹² Siguiendo esta idea, el poeta alemán propone —como también lo hace su coetáneo Ludwig Tieck— la concepción del hombre como la del «mago evocador de mundos», aniquilador y creador de la realidad. También, en toda la concepción del romanticismo alemán, desde el punto de vista filosófico, se sustenta —como ha visto Jean Freville— «la identificación de la idea y de lo real, la exaltación de la espiritualidad, la inmersión en el inconsciente, la comunión del alma individual con el alma universal»,¹³ lo que transpone al plano literario las postulaciones del *idealismo trascendental*. A estos efectos, en sus estudios del *Sistema del idealismo trascendental*, Schelling decía que «lo que denominamos naturaleza es un *poema*, encerrado en caracteres misteriosos y admirables»,¹⁴ con lo que enunciaba los criterios románticos de la poesía como verdad absoluta, aspecto que, de cierta manera, va a ser retomado por Heidegger (*Hölderlin y la esencia de la poesía*, 1937) en el existencialismo.

Estas concepciones, tan lejanas en el tiempo, pero tan recreadas una y otra vez por los diferentes sistemas poéticos que sucedieron —y no me refiero solo a los marcos estrictos del romanticismo como escuela—, tuvieron en la figura de Vicente Huidobro un continuador, cuya importancia literaria radica, en una primera instancia, en haber sido el primero de los poetas hispanoamericanos del siglo xx en «desentenderse» de la estética modernista dominante, al menos conscientemente, y a pesar de la admiración que sentía hacia Rubén Darío. Partiendo de la asunción de los códigos del pensamiento poético romántico, Huidobro propone la poética del creacionismo, una suerte de tendencia de la cual puede considerarse —al menos en el panorama de la literatura hispanoamericana— (casi) único, primero y más importante representante.

Entonces lo que Huidobro evidencia no es un alejamiento, sino un profundo parentesco con los sistemas de pensamiento románticos. La concepción del arte (y de la poesía) como verdad absoluta es

asumida por la poética huidobriana. La verdad del arte es entendida por Schleiermacher como la manera de manifestarse las leyes profundas que rigen los fenómenos de la naturaleza, los hechos humanos y los procesos históricos y sociales. De esta forma Huidobro, en el ensayo «La creación pura» (1921), nos dice que, para el estudio de los problemas estéticos, es necesario alejarse de la metafísica y buscar el apoyo de la filosofía científica, y señala que la confusión entre la verdad del arte y la verdad de la vida es «la principal causa de error en el juicio estético».¹⁵ Y sigue diciendo:

Nosotros debemos dirigir nuestra atención sobre este punto, pues la época que comienza será eminentemente creadora. El hombre sacude su esclavitud, se rebela contra la naturaleza como otrora Lucifer contra Dios: pero tal rebelión es solo aparente: pues nunca el hombre ha estado más cerca de la naturaleza que ahora, en que no trata ya de imitarla en sus apariencias, sino de proceder como ella, imitándola en el fondo de sus leyes constructivas, en la realidad de un todo, en su mecanismo de producción de formas nuevas.

[...]

El artista toma sus motivos y sus movimientos del mundo objetivo, los transforma y los combina, los devuelve al mundo objetivo bajo la forma de hechos nuevos, y este fenómeno estético es tan independiente como cualquier otro fenómeno del mundo exterior, tal como una planta, un pájaro, un astro o un fruto, y tiene como estos su razón de ser en sí mismo.¹⁶

Por otra parte, reclama también Schleiermacher, con evidente base religiosa, que lo que la realidad le niega al hombre, la *fantasía* se lo concede, y parece ser este el punto de partida de la *posibilidad infinita* del creacionismo. Tendríamos que recordar, según ha expresado Huidobro, que la creación pura consiste en que el poeta cree «fuera del mundo que existe el que debiera existir»,¹⁷ con lo que apuntaría hacia la conformación del *absoluto* contra la vida, tal y como Mallarmé pretendió a través de la palabra poética, los valores contrastantes del silencio y el sonido, la pureza del no-ser y la nada. El poeta busca entonces un más allá con la expresión,¹⁸ pero con significación propia. Como dice en *Manifiestos* (1925), «el poema debe ser una realidad en sí, no la copia de una realidad exterior. Debe oponer su realidad interna a la realidad circundante. El poema, por tanto, debe ser la arquitectura de la poesía, con sus leyes propias, y no regido por las leyes del mundo cotidiano».¹⁹

saliendo del retiro del bosque, renovado por el descanso²⁰

En líneas anteriores proponía con insistencia que la presencia de Whitman como única referencia explícita a un autor en «Altazor», podría funcionar como homenaje también a la tradición romántica de la poesía.

Perdónenme entonces otra arista de la proposición: con Whitman se valida parte del discurso romántico subyacente en «Altazor». No sé por qué motivo resulta tan difícil encontrar un texto que aborde la presencia del aprendizaje whitmaniano en el gran poema del chileno. Al menos yo no lo he encontrado. Tan solo se dan a la tarea de recordar la importancia que el norteamericano alcanzó en el panorama de posguerra, y sobre todo, la realidad de que la mayoría de los lectores hispanoamericanos de Whitman, llegaron a su obra a través de traducciones. Pero podríamos remontarnos a 1916, y al libro *Adán*.

Si bien *Adán* está dedicado «a la memoria de Emerson, que habría amado este humilde Poema»,²¹ lo cierto es que resultan interesantes algunas reflexiones que el prólogo del poemario propone. Primero, no creo que Huidobro se afilie al trascendentalismo, entendido como sistema filosófico, que el propio Emerson propugnaba; segundo, Huidobro se ve atraído por las cavilaciones emersonianas sobre la condición del poeta;²² tercero, este es el primer momento en toda la labor poética del chileno en que este ofrece su consideración en relación con la utilidad del versolibrismo en su estética; verso libre que responde a la necesidad de que «la idea es la que debe crear el ritmo y no el ritmo a la idea, como en casi todos los poetas antiguos».²³ El *Adán* recreado en el libro no se corresponde exactamente con el bíblico: he aquí la conformación del mito personalizado, pues, como dice el autor, «en este poema he tratado de verter todo el panteísmo de mi alma, ciñéndome a las verdades científicas, sin por esto hacer claudicar jamás los derechos de la Poesía».²⁴

No sería en modo alguno inútil recordar la influencia tan marcada que ejerció el trascendentalismo, y en especial Emerson, en el pensamiento poético whitmaniano. Sin embargo, no es exactamente la misma influencia (en mi criterio, esta segunda es fragmentaria) que ejerció sobre Huidobro. Tal vez podría verse el acercamiento al verso libre como un nexo que vincularía ambas poéticas (de Huidobro y de Whitman), aunque bien es cierto que nunca el chileno reconoció abiertamente a qué o quién se debió el descubrimiento y luego la preferencia por este verso; a pesar de que distingue el verso libre del verso blanco inglés, de una manera clara.

Si tomamos a *Adán* como punto de partida, y considerando que tiempo después Whitman estaría de moda en las lecturas epocales, podemos enunciar algunos vínculos analógicos que se pueden establecer en el *corpus* de «Altazor», cuya simiente comenzaría a brotar en 1919. Estos aspectos podrían verse: 1) en cuanto a la perspectiva poética; 2) en cuanto a la relevancia textual y simbólica del *viaje*; 3) la

intertextualidad directa entre los textos de Whitman y el de Huidobro; 4) la desacralización como motivo humanista; y 5) la elaboración del mito poético como estructuración del discurso.

Perspectiva poética

En relación con la perspectiva poética, ya hemos analizado en Whitman el afán de confluencia de varios puntos de vista en la conformación de la videncia panteísta.²⁵ Analizada esta perspectiva —siguiendo a Slawinski— como variación de sujetos líricos (hablantes en el texto), en las actitudes hacia la segunda persona o *partenaire*, referida o potencialmente evocada de la situación lírica, en Whitman este procedimiento se revela como un desdoblamiento donde hay que tener en cuenta lo que Beatriz Maggi ha apuntado: «sería incierto decir que Whitman siempre habla *con* los demás; a veces habla *de* ellos *delante* de ellos, y siempre delante de sí mismo»,²⁶ procedimiento extraído de la llamada «vía indirecta», en que el poeta asume, en sí mismo, el discurso concentrado de todos los individuos a los que se dirige. En este aspecto, es evidente que existe una perspectiva múltiple en la aprehensión de la realidad poética, que se basa en el carácter múltiple de la identidad poética whitmaniana, y que elabora un discurso que alcanza su mayor realización en el campo de las contradicciones.

Huidobro no parece muy ajeno a esto. La confluencia de los puntos de vista, de la variación perspectivista perceptible en «Altazor», está encaminada hacia la conformación del *absoluto imaginativo*, al decir de Guillermo Rodríguez Rivera, de la verdad absoluta, identificada en algunos casos —y esencialmente en el perspectivismo de Ortega y Gasset— con Dios. Si en Whitman persiste un intento por aunar en el canto las oposiciones campo/ciudad, mar/montaña, hombre/mujer, enfermo/sano, bien/mal, vicio/pureza, carne/espiritualidad, tiempo/eternidad, triunfo/derrota, pasado/presente/futuro, a las que yo añadiría —para completar el discurso de Beatriz Maggi²⁷— las correlaciones ontológicas vida/muerte, o estatismo/dinamismo, como temas fundamentales del carácter agónico de la oposición, en «Altazor» resulta importante la contradicción ideológica que el poema plantea, así como las propias enunciaciones de la contradictoriedad. Enrique Lihn ha analizado que todo Huidobro es una gran contradicción, pero creo que esto es un fenómeno que la vanguardia ha bebido principalmente de Whitman, el primer poeta que asumió su contradicción como procedimiento discursivo (véase el *Canto de mí mismo*) en la configuración de su universo subjetivista, individualizado, pero cósmico. Es este el carácter que persigue «Altazor»: más allá de ser la historia de la palabra

humana vuelta verbo poético, la proposición del mito —ordenado en retroceso el sentido de la creación— orienta una cosmogonía, perfectamente elaborada a partir de que Altazor es un hombre en estrecho contacto con el mundo creado, desasido de lo real. Si bien hasta aquí Huidobro ha rehuido lo anecdótico y lo descriptivo, ahora «no se opondrá a la invasión del mundo cotidiano»,²⁸ pero incorporado a la realidad poética en el afán totalizador del texto. En «Altazor» son uno mismo, y a la vez distintos, el interlocutor ficticio, el yo del poeta y el hablante lírico; la figura imaginaria (Altazor), como ha visto Luis Navarrete Orta, «es uno y otro simultáneamente, es el poeta sin dejar de ser el hombre, es el hombre sin dejar de ser el mago, es el ente alado sin dejar de ser ni hombre, ni antipoeta, ni mago, es decir, en que es uno y múltiple (el “hombre total”)».²⁹ Esto podría entrar en contradicción incluso con el rechazo que la poética del creacionismo sostiene, en el plano conceptual, con la llamada ley de la *dualidad*. Si nos atenemos a las enunciaciones de los manifiestos, Huidobro aboga, en un primer momento, por el rechazo a la dualidad expresada en los sistemas de Bergson (personalidad innata/personalidad adquirida) y Condillac (yo pensante/yo autómatas). Sin embargo, en la base de toda la creación huidobriana persiste un definitorio sentido de la dualidad. En su manifiesto «El creacionismo», aboga por la personalidad total, pero no hace sino reconocer que «hay en el hombre una dualidad que se manifiesta en todos sus actos, dos corrientes paralelas en las que se engendran todos los fenómenos de la vida». Y sigue diciendo: «Todo ser humano es un hermafrodita frustrado. Tenemos un principio o una fuerza de expansión, que es femenina, y una fuerza de concentración, que es masculina».³⁰

Sobre esta base, podemos establecer otro de los vínculos entre los poetas abordados: el desdoblamiento que en Whitman configura una personalidad triple —analizada por Jorge Luis Borges—, en «Altazor» hace también coincidir, e incluso confundir, las identificaciones del hablante en el discurso, en una variación perspectivista que parte de la estructura interna del sujeto lírico en la elaboración y asimilación del mundo poético presentado.

El viaje

Mucho se ha abordado por la crítica la significación que en uno y otro poeta alcanza la temática del viaje. En «Altazor», está asociada con la noción del descenso. El descenso en paracaídas. La caída definitiva y sin remedio. La que sufriera Ícaro, al acercarse demasiado al sol; la caída de Luzbel en la tradición cristiana; el descenso a los infiernos que la tradición literaria se ha dado en canonizar: primero el de Eneas, en la obra de

Virgilio, y luego el de Dante, como los más famosos; el descenso al mundo del inconsciente, que raya en un contexto de surrealismo, a raíz de las pesquisas del psicoanálisis... Todo ello ha tenido un alcance en la crítica, pero tal vez no se haya visto sino en su dimensión de verticalidad. En «Altazor», Huidobro hace funcionar, en grado extremo, los mecanismos de la subversión. ¿Por qué no podríamos ver un desplazamiento de ejes en el plano propuesto por el discurso altazoriano? ¿Por qué no pensar que si «la vida es un viaje en paracaídas» no debemos convertir la vertical en horizontal, y ver entonces la vida tal y como debe ser vista, como un recorrido hacia alguna parte, recorrido que también puede tener el nombre de «caída»? ¿Por qué no enunciar otra variación perspectivista en cuanto a la situación del sujeto lírico dentro del texto, como mismo se decodificó «Le Cimetière Marin», de Valéry? (Pero, del mismo modo, esta caída puede estar asociada con las ideas de la fe y la religión. Estamos en un momento en el que el sujeto se siente invadido por la angustia, donde clama su esperanza, porque se asiste al «fin del cristianismo», y se ha perdido el asidero que la religión le confiaba.)

En Whitman, ha resultado tradicional, como analiza Harold Bloom, la enunciación de las metáforas de «tránsito» e «inventario», asociadas con la concepción del viaje. A su vez, con ellas se asocia la llamada enumeración caótica, que Leo Spitzer ha relacionado con el auge de la producción capitalista, y en especial, con el surgimiento de las tiendas por departamentos.³¹ Asimismo, dentro de la poética de Whitman, la videncia está relacionada con la capacidad de aprehensión del mundo, con la capacidad de revelarse ante él y de que este se revele a su vez en las disímiles formas metafóricas. Resulta interesante que el mundo que nos ofrece Whitman es caóticamente cósmico, donde la acumulación alcanza un matiz necesario e importante en la conformación de la idea, y muchas veces a partir de ella se alcanza la amplificación de un estado interno que va a lograr su completitud en las formas externas. Como se ha visto, ser transeúnte para Whitman es una condición de existencia en el mundo, pues ese tránsito es la primera fuente de aprehensión del universo, y como el universo rebasa al hombre, el hombre vive en un perpetuo tránsito. Y el inventario es la imagen sustantiva de ese tránsito: el mundo entero es inventariado, en la medida que ese inventario guarda una especial correlación con el del alma. Pero aquí ya no vemos subversión. En un poema como «When Lilacs Last In The Dooryard Bloom'd», el descenso a la muerte, a una zona de la realidad poética coincidente con la muerte, se realiza a través de la horizontal: el viaje se articula en el tránsito y el inventario, entendidos como formas de

Es a partir de *Adán* (1916) que la poesía de Huidobro va a manifestar cambios significativos que la van a hacer alejarse de los modelos anteriores de creación y acercarse más a una confluencia y coherencia con los postulados del creacionismo que él mismo se encarga de propugnar.

aprehensión del mundo, sin acudir a la tradicional «caída» vertical del ser poético.

Como ha visto George Yúdice, «no hay mutua exclusión entre la temática romántica de la videncia y la estética de la autonomía del objeto estético». ³² En «Altazor», el reino de lo alado se interioriza, ocurre una traslación, marcada por una pérdida de la referencia («¿En dónde estás, Altazor?»; canto I). Cuando el sujeto nos dice: «Limpia tu cabeza de prejuicio y moral/ Y si queriendo alzarte nada has alcanzado/ Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo de la sombra/ Sin miedo al enigma de ti mismo/ Acaso encuentres una luz sin noche/ Perdida en las grietas de los precipicios» ³³ se han enunciado los planos en el conocimiento individual, se ha aludido a una realidad gnóstica inmanente, y es esa otra de las caídas ontológicas que se suceden en el poema. Caídas que apuntan al sentimiento de la frustración («Y un eterno viajar en los adentros de sí mismo/ Con dolor de límites constantes y vergüenza de ángel estropeado» ³⁴), enfatizando en el asedio de la muerte como motivo en el texto; ³⁵ viaje relacionado con la palabra («La palabra electrizada de sangre y corazón/ es el gran paracaídas y el pararrayos de Dios» ³⁶).

Intertextualidad

En relación con el elemento de la intertextualidad explícita resulta muy curioso, si se hace un rastreo a fondo en «Altazor», el encontrar fragmentos, e incluso poemas completos de Whitman, que parecen recontextualizados, asimilados como imágenes en el compendio que el poema dispone. Así, solo quisiera detenerme en las relaciones que se establecen, en el «Prefacio», entre uno de los fragmentos de este, y el poema de Whitman «The Last Invocation». Dice Huidobro en una de las partes finales del «Prefacio»: «¿Habéis oído? Es el ruido siniestro de los pechos cerrados./ Abre la puerta de tu alma y sal a respirar al lado afuera. Puedes abrir con un suspiro la puerta que haya cerrado el huracán». ³⁷ Mientras, en el texto del norteamericano se lee: «En el último instante, tiernamente/ de las murallas de la poderosa casa fortificada,/ del abrazo de los cerrojos corridos, de la guarda de las puertas herméticas, /quiero exhalarme

sutilmente./ Quiero salir deslizándome sin ruido;/ con la llave de la dulzura descorrer los cerrojos —con un murmullo./ Abrir de par en par las puertas, oh alma/ Tiernamente, sin impaciencia/ (fuertes son tus cadenas, oh carne mortal,/ fuertes son tus cadenas, oh amor)». ³⁸ Las diferencias conceptuales son claras: el primer caso, en un contexto de incertidumbre espacial, en plena caída «del cénit al nadir», adentro y fuera del «ti mismo», tratando de completar la dimensión simbólica del paracaídas, ofrece la imagen de la liberación del alma como consuelo al sufrimiento, al dolor (recordemos que en el poema se declara el advenimiento del fin de la fe, siguiendo a Nietzsche —«Dios ha muerto»— e incorporando a la conformación del ambiente la terrible circunstancia de la Guerra Mundial); el segundo caso, en cambio, responde a la concepción mística que se evidencia en gran parte de la obra de Whitman, un misticismo que parece de carácter oriental, pero que surge como resultado de la asimilación de los discursos contemporáneos al poeta, en especial de los trascendentalistas, que a partir de su idealismo, sienten la convicción mística de la presencia de la divinidad en cada ser humano.

No solo en la asimilación parcial o total de textos es palpable el aprendizaje whitmaniano, también en la repetición de estructuras en el discurso podemos constatarlo. Si en Whitman tienen lugar los giros más característicos de la oratoria, como la repetición de las ideas, la interpelación o el tono muchas veces declamatorio, en Huidobro estos recursos no serán excluidos del discurso. Continuamente se repiten las ideas, muchas veces a la manera de anáforas («Estoy solo»; «Sé triste»; «Silencio, la tierra va a dar a luz un árbol»; etc.) Esto favorece el tono y la ilación del discurso en un poema tan largo, que, de vez en vez, tiende sus lazos de engarce entre canto y canto. Pero también se pueden analizar otros factores que son comunes a ambos discursos: la sintaxis irregular y compleja, en el caso whitmaniano por su carácter agreste, y en el huidobriano por la experiencia de la vanguardia en el irrespeto a los signos de puntuación, venida toda amalgama creativa de la estética de Mallarmé. En el caso de la creación, si Whitman es un poco más moderado (crea adjetivos, sustantivos y

participios), Huidobro se encarga de hacer un uso efusivo de la creación de términos, que se enuncian en la parte final.

Desacralización

Otro de los aspectos surge de la desacralización que en cada obra se evidencia. Si en Whitman está enfatizada, en el afán de conversión de los objetos comunes en centro de la poética, en hacer que cada vez más radique en las cosas que nos rodean un sentir, una esencia que nos emparenta con ellas, —ya que el poeta reconoce en ellas la divinidad misma—, en Huidobro esto se manifiesta en el tratamiento de las imágenes tradicionalmente concebidas como sagradas, inalterables, pero (en mi criterio) sin arribar a una posición herética. Es así como tenemos la imagen de la Virgen altazoriana, que le dice a nuestro héroe «Tengo tanta necesidad de ternura»,³⁹ y que es presentada en una aureola de erotismo y sublimidad, respetuosamente majestuosa. El motivo de esta desacralización es el profundo humanismo que trae consigo la recontextualización del mito.

Mito y discurso

En la elaboración del discurso, el mito altazoriano tenía sus gérmenes en la enunciación poética de «Ecuatorial». Ya desde este importante poema de 1918, se pueden resumir sus componentes como:

- a) la asunción de la primera persona que asigna perspectiva de testigo-protagonista;
- b) el viaje como recurso mostrativo de una globalidad; mundo cambiante, mundo en crisis;
- c) la aproximación semántica tierra-cosmos, universo terrenal-universo sideral, con carácter simbólico;
- d) la figura simbólica de Cristo (depositario del dolor humano);
- e) los datos básicos de un ser (el poeta, el hombre) que viaja (en este poema, sin alas; luego será un ser alado en «Altazor») «y canta desde la lejanía», y en el anuncio de un ente angélico, agorero.⁴⁰

A esto añado la imagen de la destrucción, inherente al mito altazoriano. Pero este personaje-mito, que entra y sale de la diégesis, emparenta con el alcance del personaje Walt Whitman en la obra de Whitman.

Al respecto de la imagen del artista creador, escribe Huidobro: «Esta idea del artista creador, del artista-dios, me fue sugerida por un viejo poeta indígena de la América del Sur (aimará) que dice: “El poeta es un dios; no cantes la lluvia, poeta, haz llover”»,⁴¹ y esta idea la recrea en su folleto *El espejo en el agua*. Si bien esto centrará en gran medida su poética, resulta en

extremo curiosa su constatación en la conformación del mito altazoriano. Pero del mismo modo que Huidobro intenta crear una figura que valide su posición estética, en la medida que le permita la creación pura, Whitman está elaborando el llamado «chamán» americano, el bardo-profeta (que quizás debió advertir Huidobro con el Adán bardo-profeta emersoniano) que debe ser capaz de sintetizar en sí mismo todas las virtudes que el pueblo norteamericano estaba esperando. La conformación del chamán americano (en mi criterio, con fuerte dosis de socialización, a pesar de su configuración poética) se convierte en el motivo central y último de la obra de Whitman; tal vez por eso sea el poeta más canónico de los Estados Unidos, pero eso ya lo ha trabajado Bloom en un excelente ensayo.⁴²

*L'homme est un dieu tombé qui se souvient des cieux*⁴³

En la crítica de Enrique Lihn sobre «Altazor», el crítico apunta una circunstancia, que vista en el desarrollo de su interpretación, deviene en elemento de conflicto dentro de toda la obra de Vicente Huidobro: su *super-yo*, o su *yo absoluto*. Considerado desde la tradición marxista y nietzscheana de la personalidad, «Altazor» convierte en discurso del yo ensalzado, validado sobre sus propias contradicciones, lo que perfectamente pudo ser un discurso expositivo. Como escribiría Huidobro en un estudio sobre Napoleón, «el héroe es un dios irrealizado, más bien es el concepto de dios, nuestro anhelo de dios, nuestro deseo absoluto hecho carne».⁴⁴ Recibiendo el influjo directo de toda una época, del superhombre nietzscheano, como de la influencia de esa figura tan egotista del «Canto de mí mismo» de Whitman, Huidobro elabora una autoconsciencia que escapa a la intención original, simbolista, de la consumación de un *yo impersonal* o *suprapersonal*, y esto responde a la concepción de ese «mago» de las palabras. «Altazor» gira, como ha visto Lihn, alrededor de las opiniones e ideas del mismo poeta, glosando dispares filosofías, con y contra sus prejuicios, tomando sus pasiones, esperanzas y temores.⁴⁵ Sin embargo, por encima de la contradicción intrínseca, de la confluencia y la subversión, el poema es sin duda el logro de una armonía, de una unidad en la elaboración de una idea, aunque no nos convenzamos de su utilidad estética, de su validez funcional, sobre todo en los cantos finales. No parece ser muy diferente de la identificación poética de Whitman en cuanto discurso en primera persona —como habíamos visto en la conformación mitológica de «Altazor»—, también validando la circunstancia de testigo-protagonista en la enunciación, pero con el carácter cósmico que dicha elaboración implica; en la

medida en que Whitman se asume como *omphalos*, como ombligo del mundo, y a la vez continente de todo él, estando dentro y fuera al mismo tiempo. Ello me recuerda el discurso altazoriano cuando apunta: «Entonces oí hablar al Creador, sin nombre, que es un simple hueco en el vacío, hermoso como un ombligo».⁴⁶ De este modo se establece una correspondencia directa entre el creador y el poeta, pues el poeta es el pequeño dios de que se habla, capaz de crear la realidad poética, desasida de todo vínculo lógico con la realidad física. De aquí la relación aludida entre las palabras y las cosas.

Pero, sin duda, «Altazor» es un poema que conjuga «el lenguaje consolidado como aserción y verosimilitud con el discurso que se propone un nuevo lenguaje a partir de la destrucción del lenguaje; que arrasa con los segmentos, para construir una integración totalizadora a partir de la multiplicidad de lenguajes que se niegan, se articulan, se anulan, y se vuelvan a articular, se destruyen y se reconstruyen incesantemente para renacer siempre como virtualidad verbal»,⁴⁷ funciona como la simbiosis de un desarrollo aluvional y una labor de síntesis, que continuamente parece repetir lo que años antes el poeta había presagiado en *Adán*: «Si de todas las cosas de la tierra,/ pudierais hallar la quintaesencia/ me hallaríais a mí en todas ellas»,⁴⁸ sosteniendo la idea de Platón de desterrar en el poeta la *fría razón*, y asumiendo, con Bergson, que «el sueño es la vida mental completa».

mas he ahí el secreto del Tenebroso que olvidó sonreír⁴⁹

Oscar Wilde afirma que «vale más recrearse en la vista de una rosa que colocar su raíz bajo el microscopio» (también pudiera acordarme de que «hoy día, solo tiene lugar lo ilegible»). Me doy cuenta de que la mejor forma de disfrutar tanto la poesía como la poética de Huidobro, es dejándose llevar a través de la acumulación imaginativa, de las ideas «incendiarias» («los verdaderos poemas son incendios. La poesía se propaga por todas partes, iluminando sus consumaciones con estremecimientos de placer o de agonía», diría en el «Prefacio» de «Altazor»). Pero como mismo hemos encontrado la huella romántica, a partir de la interrelación con la obra whitmaniana, que puede asumirse como punto de partida del discurso altazoriano, y si aceptamos que fue voluntaria la denotación directa del referente poético, también podemos hacer un análisis de la presencia de otras tendencias de la historia literaria, anteriores a «Altazor», pues el poema resulta un compendio vasto, un texto polifónico, donde vienen a confluír las más variadas formas del discurso poético.

En tanto que la importancia de la videncia poética permite a Huidobro lo que una vez Rimbaud enunció («Me habitué a la alucinación simple: veía con toda nitidez una mezquita en lugar de una fábrica, una escuela de tambores erigida por ángeles, calesas por las rutas del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios; un título de sainete proyectaba espantos ante mí [...] Terminé por encontrar sagrado el desorden de mi espíritu»,⁵⁰ o como dice en «Adiós»: «He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevos idiomas»⁵¹), suscribo el criterio de Federico de Onís, quien abundaba en que, si bien todos los modos de la poesía de la época están representados en América, la nueva poesía americana «no se ha podido despegar del romanticismo como la poesía europea, no por falta de modernidad sino porque el americano de todos los tiempos [...] no puede renunciar a ningún pasado sino que tiene necesidad de integrarlo en el presente».⁵²

Lo mismo en la configuración del discurso que evade la realidad, en esa sed de infinito, reflejada en la voluntad, en el poder infinito de la creación; en la afirmación del *super-yo* que redundaba en las ideas de la muerte y de la vida, los tópicos románticos aparecen en la obra de Huidobro, y establecen una especial relación con la poética whitmaniana. Queda entonces decidido que, más que un criterio de inserción o definición de la obra huidobriana dentro del romanticismo, lo que aquí se ha querido mostrar no es sino que, en forma de homenaje, la tradición romántica se hace presente en el discurso de «Altazor» como culminación poética del creacionismo; en especial Walt Whitman, como poeta romántico de directa influencia sobre Huidobro, y que recoge en sí y en su obra tanto los momentos más altos del romanticismo literario, como los más osados preludios de la literatura contemporánea. De cualquier forma, advertimos del carácter subversivo de estas líneas, prontas a culminarse, porque «el paracaídas aguarda amarrado a la puerta como el caballo de la fuga interminable».⁵³ Y ya está.

Notas

1. Vicente Huidobro, «Prefacio» en «Altazor», *Poesías*, Casa de las Américas, La Habana, 1969, p.20
2. Al respecto véase Félix Hangelini, «Walt Whitman y la angustia poética: “La última vez que florecieron las lilas en el huerto”», inédito.
3. Al respecto véase Harold Bloom, «Walt Whitman: centro del canon norteamericano», en *El canon occidental*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1995.
4. Véase el desarrollo de esta enunciación en Luis Navarrete Orta, *Poesía y poética en Vicente Huidobro*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1988, p. 71.

Félix Hangelini

5. Enrique Lihn, «El lugar de Huidobro», en *Los vanguardismos en la América Latina*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, p. 128.

6. *Ibidem*.

7. En su ensayo «La poesía» (1921), Huidobro expone que la palabra es «instrumento de poder», «el vocablo virgen de todo prejuicio, el verbo creado y creador, la palabra recién nacida», y sigue diciendo que «su precisión no consiste en denominar las cosas, sino en no alejarse del alba» (primigenia) en la cual se ha desarrollado; con lo que enfatiza la reversibilidad de las relaciones entre las palabras y las cosas, como apunta Lihn, «su afinidad o identidad mágica».

8. Braulio Arenas, «Vicente Huidobro y el creacionismo», en *Los vanguardismos en la América Latina*, ob. cit., p. 94.

9. *Ibidem*.

10. Vicente Huidobro, *Pasando y pasando*, 1914, citado por Braulio Arenas, ob. cit., p. 96.

11. Frederick von Hardenberg, *Schriften*, t. II, Heilborn, p. 385.

12. Véase Nicolás Abbagnano, *Historia de la filosofía*, t. III, Instituto Cubano del Libro, 1966, p. 14.

13. Véase Guillermo Rodríguez Rivera, *La otra imagen*, Ediciones Unión, La Habana, 1999, p. 93.

14. Nicolás Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1963, p. 922.

15. Es necesario acotar, con Huidobro, que se entiende como *verdad de la vida* la que existe anteriormente al artista, mientras que la *verdad del arte* es aquella que es posterior a él y producida por él.

16. Véase Braulio Arenas, ob. cit., pp. 104-5.

17. Vicente Huidobro, «La poesía», conferencia leída en Madrid, 1921.

18. Véase la siguiente cita de Huidobro en «La poesía»: «El poeta ostiende la mano para conducirnos más allá del último horizonte, más arriba de la punta de la pirámide, en ese campo que se extiende más allá de lo verdadero y de lo falso, más allá de la vida y de la muerte, más allá del espacio y del tiempo, más allá de la razón y de la fantasía, más allá del espíritu y de la materia».

19. Vicente Huidobro, *Manifestes*, París, 1925.

20. Walt Whitman, «Como Adán, temprano por la mañana», en «Hijos de Adán», *Hojas de hierba*.

21. Véase Braulio Arenas, ob. cit., p. 97.

22. Respecto del discurso de Emerson, apuntará: «El poeta es el único sabio verdadero; solo él nos habla de cosas nuevas, pues solo él estuvo presente a las manifestaciones íntimas de las cosas que describe. Es un contemplador de ideas; anuncia las cosas que existen de toda necesidad, como las cosas eventuales. Pues aquí no hablo de los hombres que tienen talento poético, o que tienen cierta destreza para ordenar las rimas, sino del verdadero poeta.» O como sigue diciendo: «Pues el poema no lo hacen los ritmos, sino el pensamiento creador del ritmo; un pensamiento tan apasionado, tan vivo, que como el espíritu de una planta o de un animal, *tiene una arquitectura propia*, adorna la Naturaleza con una cosa nueva. En el orden del tiempo, el pensamiento y su forma son iguales. El poeta tiene un pensamiento nuevo; tiene una experiencia nueva para desenvolver; nos dirá los caminos que ha recorrido y enriquecerá a los hombres con sus descubrimientos. Pues cada nuevo período requiere una nueva confesión, otro modo de expresión, y el mundo parece que espera siempre su poeta»; Vicente Huidobro, *Obras selectas*, I, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1967, p. 26.

23. Braulio Arenas, ob. cit., p. 97.

24. *Ibidem*.

25. Véase Félix Hangelini, ob. cit.

26. Beatriz Maggi, «Estudio crítico», en Walt Whitman, *Contra tu pecho desnudo*, Gente Nueva, La Habana, 1998, p. 222.

27. *Ibidem*.

28. Braulio Arenas, ob. cit., p. 114.

29. Luis Navarrete Orta, ob. cit., p. 185.

30. Vicente Huidobro, «El creacionismo», *Los vanguardismos en la América Latina*, ob. cit., pp. 189-90.

31. Al respecto véase Félix Hangelini, ob. cit.; Guillermo Rodríguez Rivera, ob. cit., y Leo Spitzer, «La enumeración caótica en la poesía moderna», *Lingüística e historia literaria*, Editorial Gredos, Madrid, 1955.

32. George Yudice, *Huidobro y la motivación del lenguaje*, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1978, p. 32.

33. Vicente Huidobro, «Altazor», canto I, ob. cit., p. 24.

34. *Ibidem*, p. 31.

35. Piénsese que «Altazor» funciona como un compendio de humanismo, toda vez que aúna la realidad humana en todas sus aristas, hasta donde puede expresarla esa *palabra* que va buscando su sentido primigenio hasta convertirse en sonido, y el sonido funcionando como lenguaje articulado en sí mismo.

36. Vicente Huidobro, «Altazor», ob. cit., p. 50.

37. *Ibidem*, p. 22.

38. Véase Félix Hangelini, ob. cit., p. 16.

39. Vicente Huidobro, «Altazor», ob. cit., p. 19.

40. Véase Luis Navarrete Orta, ob. cit., p. 71.

41. Vicente Huidobro, «La creación pura», citado por Braulio Arenas, ob. cit., p. 99.

42. Harold Bloom, ob. cit.

43. «El hombre es un dios caído que se acuerda del cielo», Alphonse de Lamartine.

44. Véase Enrique Lihn, ob. cit., p. XXV.

45. *Ibidem*, p. XXVIII.

46. Vicente Huidobro, «Altazor», ob. cit., p. 16.

47. Luis Navarrete Orta, ob. cit., p. 185.

48. Vicente Huidobro, «Himno del Sol», *Adán*, ob. cit., p. 31.

49. Arthur Rimbaud, «Alquimia del verbo», en *Poesía francesa*, Editorial Nacional de Cuba, 1966, p. 194.

50. Arthur Rimbaud, «Adiós», en *Poesía francesa*, ob. cit., p. 204.

51. Véase Enrique Lihn, ob. cit., p. XV.

52. *Ibidem*, p. 16.

53. Vicente Huidobro, «Altazor».

© TEMAS, 2000.

A campo traviesa: para llegar a las zonas críticas de la literatura latinoamericana (antes del siglo XXI)

Roberto Zurbano

Crítico. Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Son los cambios en la realidad de América Latina los que alimentan la búsqueda de nuevas formas de expresión poética como de nuevas perspectivas para su estudio.

Antonio Cornejo Polar

Todo lo que hoy atenta contra la buena imagen de la realidad —más que contra la realidad misma— está siendo desplazado por viejas fuerzas oscuras hacia una zona callada y cada vez más acrílica del pensamiento social. Las letras latinoamericanas que se producen a las puertas del siglo XXI no quedan al margen de esta (renovada) operación ideológica; al ser justamente la literatura uno de los espacios imprescindibles donde ha venido construyéndose, durante los últimos cuarenta años, la imagen más plural, crítica y creadora de nuestra América.

Si los años 60 nos ofrecen un campo literario efervescente y renovado en su confirmación continental —sobre todo en las ganancias de una narrativa ampliamente favorecida por el denominado *boom* editorial de aquel momento— urge reconocer, treinta años después, la labor inconclusa de la certera y entusiasta crítica literaria acompañante de aquella producción, que legitima su condición de «clásica», de

corpus ya establecido en la tradición literaria latinoamericana. Buena parte de esa producción crítica, por su incuestionable solidez, también ha ingresado a este *corpus*; sin embargo, contrariamente al modo en que valoramos las grandes obras literarias producidas entonces —algunas ya convertidas en verdaderos monumentos— hoy reclamamos de aquel discurso crítico-literario su capacidad de actualización, de continuidad; lo cual sería, más que pedir otro tipo de recepción, la mejor manera de comprobar el alcance que tuvieron, tienen o tendrán todavía muchas de aquellas propuestas analíticas: el reclamo consiste en una lectura actualizadora, que nos permita reciclar las ideas y aportes (conceptuales, teóricos, metodológicos, etc.) con que ese discurso podrá o no insertarse en la actual evaluación del campo literario latinoamericano. Y nos permita, también, comprobar su renovación en otro momento complejo y efervescente de la creación literaria latinoamericana.

Se trata de asumir la crítica literaria como un proceso de lecturas, preguntas, respuestas, propuestas y reajustes dentro de los objetos, fenómenos, períodos y otras zonas de la creación literaria continental; pues, frente a

la actual crisis de legitimidad que, en términos universales, está viviendo la crítica literaria, varios textos de algunos colegas latinoamericanos pretenden «reafirmar el carácter transitivo de la crítica, con respecto a la creación literaria, y la ininteligibilidad de esta como categoría autónoma, desligada del proceso histórico de la cultura»;¹ hábil equívoco epistemológico del cual nos ha prevenido Antonio Cornejo Polar.

Si mucho antes de la época moderna la relación de la crítica con la creación literaria ha estado predeterminada por las diversas coyunturas epocales, entre las cuales siempre está operando la primera —quien interroga, propone y evalúa a la creación y sus (con)textos, colocándolos ante ciertos parámetros (literarios y extraliterarios) que deben ser obviados, compartidos, alcanzados o superados—; es posible distinguir una singular correlación de la crítica literaria latinoamericana de la década de los 60 con las poéticas epocales que lograron describir, evaluar y compartir, uno de los rasgos más vitales de la tradición literaria continental; tal correlación explica también uno de los fundamentos historiográficos más importantes de esta crítica, a través del cual rebasó el carácter transitivo que —según el mismo Cornejo Polar— muchas veces tales textos poseen; además de marcar un cambio de signo en el campo literario epocal.

Raros momentos de la historia literaria latinoamericana exhiben un diálogo tan provechoso y diverso como este al que asistimos en los años 60, entre una crítica literaria ocupada en redefinir sus campos y funciones, identificar los textos más logrados o reivindicar otros valores, y ese cuerpo de problematizaciones, temas y poéticas grupales que conformaron la producción literaria (la poesía, la dramaturgia, el ensayo, el cuento y —sobre todo— la novela) de este período.

Asistíase entonces, en el pensamiento literario latinoamericano, a la celebración del triunfo de aquello que Thomas S. Kuhn ha llamado «paradigma común»,² y que en este caso se explica como uno estético-ideológico, que comienza a ser reconocido, conscientemente elaborado y compartido por todos los protagonistas —autores, publicaciones, Academia, lectores— de la dinámica literaria, y al cual, de una u otra manera, se iban incorporando a través de un amplio consenso ideológico, una renovada visión del mundo, y aquella nueva perspectiva de la Cultura y la Historia, que llegarían a re-configurar el campo sociocultural del momento.

No podría obviarse la coherencia que alcanzaron la crítica y los estudios literarios latinoamericanos y latinoamericanistas en general³ producidos a partir de la década de los 60: la organicidad conceptual e ideológica con que renovaron el carácter y las funciones

de la crítica al uso, sometiendo cuantos valores colonizados y criterios hegemónicos gravitaban sobre la literatura (y sobre la propia crítica) latinoamericanas a un cuestionamiento no solo literario; a la vez que se iban insertando en la confrontación de las ideas generadas por las nuevas condiciones culturales e históricas; allí donde era posible re-conocer las génesis de los entonces nuevos procesos literarios.

Más allá de los presupuestos científicos e ideológicos elaborados por esta crítica —y por la teoría, la historiografía y la bibliografía que la acompañaron— y del aporte real que hoy significan sus mejores resultados al revelarnos la consistencia de un momento significativo de las letras latinoamericanas, con sus nuevas formas de expresar y de leer la realidad cultural e histórico-social de aquellos años, junto al empeño crítico de identificación, descolonización y renovación que alcanzaron los estudios literarios latinoamericanos; hoy nos corresponde interrogar y renovar esa conciencia y ejercicio críticos, en un momento de nuestra cultura dominado por apocalípticas conceptualizaciones, enajenadas operaciones de mercado y sofisticadas tecnologías que tienden a excluir toda funcionalidad social de la literatura, escamoteándose —además— el conocimiento que sobre ella puede revelarnos la crítica literaria.

Cierto es que el entusiasmo crítico que impregnó el campo literario de los años 60 —incluso los replanteos teóricos e historiográficos de las décadas de los 70 y los 80— aportaron al debate cultural una dinámica que hoy resulta difícilmente alcanzable; situación que de algún modo explica y, a su vez, cuestiona ese argumento de los actuales análisis que define (falsamente) a los hechos y evaluaciones literarias como fragmentos o como procesos cerrados. Resulta sintomático que a las puertas de un nuevo siglo, a pesar de la evidencia de los cambios en los modos de reproducción cultural en el interior y más allá de las fronteras del campo literario latinoamericano, no se escuche una sola voz anunciando —como al Mesías— la llegada de la nueva novela, la nueva poesía, la nueva dramaturgia, la nueva ensayística y la no menos novedosa —esta vez por «invisible»— crítica literaria.

Se ha perdido la voluntad o el riesgo de juzgar, y cuando sucede, el fiel de la balanza se inclina —acríticamente— por una asombrosa variedad de términos apocalípticos: agotamiento, fragmentación, disolución, atomización, insignificancia, negación, vacío y otras variables semánticas que —sin detenerse en la zona más provechosa de la posmodernidad latinoamericana, en la cual se originan o resemantizan— evitan cualquier otra enumeración de interrogantes o precisiones sobre los objetos literarios y realidades socioculturales que pretenden evaluar, pues resultan

enfoques y términos pretenciosamente contemplativos o neutrales; temerosos de contaminarse con los gestos de la más cotidiana dinámica literaria, y con el esfuerzo del pensar y ejercer las tareas críticas.

Lo cierto es que se ha venido imponiendo una producción crítico-literaria donde apenas se advierte interés en precisar fenómenos, caracterizaciones, tendencias o cambios hacia el interior de los modos de producción literarios y/o culturales de esta última década del siglo; mucho menos el intento de explicarlos en su contexto epocal o en una perspectiva procesual. Obsérvese que aunque esta crítica insiste en precisarnos que se trata del fin de siglo (o de milenio), no hay en esa indicación ningún afán periodizador, sino más bien la idea de crisis «como síntoma de una catástrofe histórica», que es una de las dos maneras en que la explica Stefan Morawski;⁴ esas críticas ocultan el casi absoluto desdén a las periodizaciones —metodologías aparte— que esos textos rezuman. En muchos de ellos se asume, casi como un principio, el rechazo a toda percepción histórica a través de la cual pudieran considerarse las producciones literarias que abordan como algo distintivo, diferente o en camino de renovar la anterior producción.

La propia escasez de términos u otras denominaciones con que apuntar importantes rasgos (temáticos, conceptuales, problémicos) de las letras producidas hoy en Latinoamérica, también indican, cuando no un repliegue valorativo, la falta de un criterio ordenador; fenómeno provocado por una lectura demasiado caotizada de los objetos o procesos de su atención. La lectura de tales textos «críticos» suele dejar una sensación de vacío y desconfianza, creciente en la medida en que las constatamos como una respuesta temerosa o pasiva a un cómplice agotamiento que no intenta buscar otra solución como no sea la sutil evasión de la mirada crítica ante los cambios que configuran el campo sociocultural de este fin de siglo.

La actual creación literaria latinoamericana, en términos generales, no está siendo acompañada por una recepción crítica atenta a la dinámica con que sus autores están abordando temas y preocupaciones, definiendo sus discursos y enfocando la cultura u otras perspectivas sociales, más acá o más allá de la literatura propiamente dicha; estas preocupaciones constituyen las demandas esenciales de una tradición crítica que se torna cada vez más intermitente en nuestros espacios culturales. Téngase en cuenta, además, que las condiciones de recepción se han modificado, y aquello que podría denominarse literatura latinoamericana de fin de siglo es un conjunto heterogéneo, nada armónico, confuso, inconexo, desjerarquizado, descentrado y descentrador, sobre el cual resulta difícil —aunque no imposible— ofrecer apreciaciones cualitativas, así como

establecer caracterizaciones o tendencias que describan, conceptualicen y/o evalúen la re-configuración que hoy tiene lugar en el campo literario de nuestra América.

Hay un enquistamiento de la crítica, no en su sentido ancilar, sino en su refracción social; y tiene lugar desde sus definiciones epistemológicas e intradiscursivas hasta su capacidad de disquisición ideológica, así como en sus posibilidades de aportar, movilizar opiniones e insertarse en el actual debate de ideas del mundo contemporáneo.

La actual crítica literaria latinoamericana, en su producción más visible, pretende, más que armonizar, homogeneizar la recepción de los discursos literarios del momento, pensarlos en un sentido total, supuestamente integrador —pero no menos empobrecedor— en el cual resultaría —otra vez— silenciada la real heterogeneidad de nuestras letras y de nuestras sociedades, escamoteados sus imaginarios y desvirtuadas las identidades junto a sus procesos, en una peligrosa aceleración del Apocalipsis fragmentador —oculto hasta ayer bajo una falsa unidad—, que nos impide las lecturas críticas de la actual producción.

¿Qué pasa hoy?

En las respuestas críticas a nuestra literatura más reciente ya no se disfrutan las relaciones empáticas —entusiasmo, rechazo, polémicas— de antes. Y aunque hablemos de campos indistintamente reconocidos, vuelven a establecerse, de manera muy marcada, en un mismo proceso literario, solo dos maneras de comprender y actualizar una cultura literaria; dos opciones críticas que dialogan entre sí dentro de un mismo período, dos tipos de recepciones: una académica y la otra periodística, sin que esto quiera decir que no avancemos más allá de esta dicotómica clasificación. No incluiremos en este análisis —con toda intención— esa crítica «no profesional» desarrollada por algunos poetas-críticos, ya sea bajo la forma de abordaje propiamente estimativo y ensayístico —que no elude el testimonio de parte, ni la complicidad estética con el autor (más que con el texto) criticado— o ya sea mediante el trabajo de interpretación que se afirma como una crítica re-creadora del texto. Obviando esta variante que bien merece —ha merecido— estudio aparte, es notable el vacío de un *corpus* y de un diverso instrumental analítico que logre sistematizar el abordaje crítico-literario más allá del alcance real de los dos modelos de recepción que proponemos estudiar.

Entre ambos modelos hay, también, un vacío recorrido por el fantasma de las mediaciones literarias, las concesiones mercantilistas y las manipulaciones

ideológicas y/o políticas que pretenden entrapar, deformar y reducir —no solo a obras o autores, sino sobre todo a los receptores de estas producciones— a la simpleza de un pasivo consumidor. Falta un puente, un gran puente crítico y movilizador de ideas que pueda relacionar las intencionalidades de estos protagonistas (autor-texto-lector), así como destacar los significados literarios más relevantes, la diversidad de juicios sobre las obras en particular y las valoraciones más contextualizadas, que puedan responder y superar las expectativas de una heterogénea masa de lectores con una creciente visión plural en sus percepciones culturales e ideológicas.

Desde el primer modelo, es decir, desde el espacio académico, resulta difícil proyectar el valioso cuerpo de reflexiones que allí se elabora con la prontitud con que esos textos críticos necesitan llegar a los propios escritores y al gran público consumidor de esa literatura que, simultáneamente, la crítica debe cuestionar, valorar y —posiblemente— legitimar. Lamentablemente, la crítica académica se mueve en otra dimensión, intereses y velocidad, que no le permite una lógica de circulación instantánea en otros espacios públicos.

Según Jean Franco, en la actualidad esta crítica se mueve en «un ambiente intelectual mucho más fracturado y complejo» que el de hace diez o quince años, y agrega tajante: «No digo esto en un tono nostálgico, sino como una constatación, por que ya no tenemos necesariamente repertorios culturales compartidos, a pesar de usar términos como globalización, mundialización o transnacionalización».⁵ Lúcida reflexión para entender cuánto terreno hemos perdido desde que las universidades latinoamericanas comenzaron a prescindir o a desestimular el interés por las carreras de Humanidades o Ciencias Sociales —para poner dos ejemplos muy ilustrativos—, como consecuencia de los presupuestos neoliberales adoptados por las políticas educacionales universitarias, fenómeno que ha provocado el desplazamiento de tanto personal y discurso académicos producidos en Latinoamérica hacia los «clásicos» centros hegemónicos, en busca de mayores recursos y recepción. Cuánto empobrece este proceso —académica e ideológicamente— a los espacios culturales latinoamericanos es una interrogante abierta a la complejidad, la independencia y al futuro de nuestras sociedades. Lamentablemente, no se vislumbra estrategia posible para impedir o atenuar este proceso de «desplazamiento» de muchos profesores, estudiantes, publicaciones y preocupaciones de los espacios universitarios de América Latina hacia instituciones europeas y norteamericanas, generalmente estadounidenses.

Este desplazamiento no afecta automáticamente la autenticidad de los mejores pensadores y conceptos latinoamericanos que trabajan y circulan en los medios académicos europeos y norteamericanos, pero de algún modo estos resultan re-codificados a través de una fuerte retórica metropolitana que los acepta, asimila y difunde: «Así —nos advierte la propia Jean Franco— ciertas teorías que se originan en la América Latina como, por ejemplo, la de las culturas híbridas de García Canclini, y la transculturación propuesta por Antonio Cornejo Polar, se transforman en su viaje hacia el Norte».⁶ Estas y otras alertas de estudiosos latinoamericanos, con largas e importantes estancias en universidades norteamericanas y europeas,⁷ vienen señalando la escisión, todavía reversible, entre los estudios culturales y literarios latinoamericanos y las realidades (literarias, sociales) que están abordando.

Esta escisión —consciente o no en nuestros estudiosos— desarticula y escamotea el más riguroso análisis de la producción literaria latinoamericana, remplazándolo por un discurso ilegítimo que obvia la tradición histórico-cultural y los procesos sociales desde los cuales se producen los textos abordados. Se vislumbra, otra vez, una discusión sobre el canon, en la cual es imprescindible que el estudioso literario sea capaz de agregar, a la «función científico-crítica», la «función ideológica»;⁸ sin que esta operación violenta, confunda o limite su alcance.

Sobre estos equívocos (metodológicos, axiológicos e ideológicos) del actual pensamiento crítico de nuestras culturas, están emergiendo las dos orillas de un abismo tecnológico, económico e ideológico, en cuyo fondo será imposible advertir la re-configuración del actual campo literario y cultural de América Latina. De un modo inevitablemente esquemático, describo dicho paisaje: en una de esas orillas está ubicada la creación literaria, libre de fórmulas y a la espera de múltiples lecturas; en la otra, sobrevive la Academia, a través de la sofisticación de sus retóricas, con una perspectiva que intenta aprehender los procesos literarios como objetos de museo o ratones de laboratorio; en esta orilla, la crítica literaria solo se entiende como mero procesamiento filológico, ejercicio donde apenas asoman algunos análisis histórico-literarios, enfoques teóricos o emplazamientos ideológicos, pues el «síndrome académico del compartimento»⁹ impide integrar estas visiones.

Esa práctica —surgida en el seno de la más irresponsable Academia— ha venido deformando el ejercicio crítico de las letras y la cultura latinoamericanas de las últimas décadas.¹⁰ Un incierto afán de especialización abunda en estos espacios, lo que provoca la fragmentación y enajenación de los presupuestos críticos, al obviar las múltiples recepciones de la obra

La actual creación literaria latinoamericana, en términos generales, no está siendo acompañada por una recepción crítica atenta a la dinámica con que sus autores están abordando temas y preocupaciones, definiendo sus discursos y enfocando la cultura u otras perspectivas sociales, más acá o más allá de la literatura propiamente dicha.

literaria y al destinatario de esta creación. Nacen también, en algunas zonas de esta desventajosa concepción de Academia, los tabúes ante mecanismos de venta y publicidad del autor y el producto literarios —como un concepto necesario a la circulación de ideas, de legitimación pública de un concepto de literatura y de crítica literaria que piensa (todavía) en la emancipación del lector.

Si este primer modelo de recepción crítica es todavía elitista y de cierto cripticismo en sus metodologías y lenguajes, asaeteado además por estas problemáticas axiológicas y de cambios en los paradigmas académicos e ideológicos con que debe operar; el segundo modelo de recepción de las letras latinoamericanas, que cierra el milenio, pretende comunicarse con las grandes masas lectoras, para lo cual, generalmente, exhibe una alta dosis de populismo y se adscribe a cierto periodismo cada vez más común —no solo en Latinoamérica—, donde apenas aparecen el debate y la reflexión. Este se expresa y multiplica en una larga y tupida red de publicaciones, emisoras y televisoras del continente que condicionan un gusto estético, una actitud ante la cultura y una forma de asumir la realidad impuesta por un modo de consumir los mensajes sin visión crítica o reflexiva.

Crece, en cambio, el volumen de lectores de revistas de actualidad y entretenimiento, en las que la información social y política se concentra en entrevistas más que en análisis, en la vida cotidiana o los gustos de los personajes públicos más que en sus opiniones sobre conflictos que afectan al ciudadano común —nos explica Néstor García Canclini— Así, las publicaciones, los programas radiales y televisivos, generan interpretaciones «satisfactorias» para distintos grupos de consumidores, comentarios amables, entretenidos, vivencias melodramáticas obtenidas «en el lugar de los hechos», sin problematizar la estructura social en la que esos hechos se inscriben, ni planteando la posibilidad de cambiarla.¹¹

En este universo supuestamente vacío de contenidos «los artistas abandonan los compromisos políticos de la década previa, rempazan los documentos experimentales en narrativa y teatro por autobiografías, la teoría política y las ciencias sociales por revelaciones místicas o esotéricas»¹² y —para continuar esta descaracterización de Canclini— la crítica literaria se convierte en habilidosas notas de publicidad para un

mercado editorial que logra satisfacer al ciudadano común, inmerso (dulcemente engañado) entre las falsas imágenes finiseculares que le ofrecen de sí mismo los espej(ism)os del mercado.

La creación literaria del continente vive un proceso vertiginoso en lo que respecta a la edición de libros y revistas, a la aparición de nuevos premios y a la inserción en el gran mercado de los autores y de los temas más diversos que ellos puedan llevar a las grandes masas lectoras. Tales proyecciones culturales están siendo afectadas por la dinámica que los medios de comunicación, las tecnologías de la información y sus sofisticadas manipulaciones —comerciales o politiqueras— le imprimen al hecho literario y cultural latinoamericano más auténtico; dinámica que —predeterminada por ciertos intereses transnacionales— resulta muchas veces lesiva para algunos temas, problemáticas y autores, sobre todo por la difícil o escasa posibilidad de ejercer una mirada crítica —o al menos diferente—, a los modelos dominantes, en estos poderosos espacios de socialización de los saberes e imaginarios en Latinoamérica.

Mas no solo han cambiado las condiciones de recepción, sino que el propio creador literario ha venido desplazando algunos intereses intelectuales hacia aquellas zonas del campo cultural cuya dinámica depende muy objetivamente de las relaciones de producción y de las leyes del mercado. Asistimos a una nueva etapa del proceso de profesionalización del escritor latinoamericano —comenzado hace apenas un siglo— que no cabría explicar aquí, pero que permitiría resolver en las prácticas y recepciones literarias, algunas interrogantes críticas de nuestro campo cultural hasta el momento obviadas.

¿No es posible constatar en este final de siglo algún hecho nuevo dentro de los procesos literarios y culturales en Latinoamérica? Sí, pero tales hechos son objeto del desinterés y la enajenación de los espacios en que logra sobrevivir el pensamiento crítico cultural de estos años; espacios en los cuales apenas se nos pueden ofrecer explicaciones sobre tales procesos y donde no se logra identificar aún las problemáticas (complejas, contradictorias) que los configuran. En tales

espacios tradicionales de la crítica este ejercicio ha sufrido un desplazamiento físico, lingüístico e ideológico, que nos obliga a identificar las nuevas zonas de operación crítico-literaria.

La literatura, como cuerpo de ideas, ejercicio de revelación y/o proyecto emancipador, más allá de sus despliegues retóricos, se asume hoy —no solo en Latinoamérica— como un cuerpo devaluado, una producción anacrónica, cargada de prejuicios y acompañada por una atmósfera publicitaria que no siempre considera la pertinencia de sus valores. Ese modo de entender la literatura entraña, a su vez, una clara reacción ideológica contra los modos y el lenguaje del pensamiento cultural latinoamericano que ya era reconocible antes de los años 60 —momento que sintetizó una de las líneas más auténticas de la tradición intelectual latinoamericana—; aquel pensamiento progresista o de izquierda, cuyos presupuestos esenciales de entonces —descolonización, independencia nacional, antimperialismo, emancipación popular, socialismo, etc.— han sufrido fuertes conmociones, las cuales no siempre han sido críticamente reconocidas, ni asumidas como los mejores pretextos para renovarse.¹³ Este lenguaje ha reaccionado de modo lento, atrincherándose en viejos esquemas mentales que le impiden asimilar la diversidad de prácticas y señales, que ahora re-configuran la realidad cultural del continente.

En igual medida se ha comportado la crítica literaria latinoamericana, identificable como de izquierda y/o marxista —sobre todo aquella que logró instalarse en diversas publicaciones periódicas de tiradas amplias desde la década de los 60. Sin embargo, una parte importante —menor, pero muy significativa— de dicha crítica ha venido profundizando, rectificando y renovándose formal y conceptualmente; solo que esta, generalmente, se mueve en un campo muy reducido: la Academia y sus publicaciones, siempre diseñadas para un público lector más bien especializado o ya conectado con un minoritario grupo de revistas culturales inscritas en espacios de circulación menos favorecidos por el mercado. Se esgrimen allí criterios muy rigurosos para la comprensión más actualizada de nuestras letras que, sin embargo, tienen muy escasas posibilidades de insertarse en los circuitos de gran alcance: allí donde espera el lector común y en los cuales, desafortunadamente, aún continúan los viejos esquemas, discursos y lenguajes tradicionales (de izquierda y de derecha) —a veces disfrazados de una actualizada retórica— que les convierten en espacios ya neutralizados por su ajenidad, inmanentismo o mirada superficial junto a los conservadurismo y oportunismo políticos al uso.

Mercado, S. A.

A través de la crítica literaria, asentada hoy en columnas de autores y secciones de libros (patrocinados por intereses de grandes editoriales y transnacionales de la industria cultural), se ejerce en toda Hispanoamérica —casi de modo absoluto— una crítica mediadora, interesada y veleidosa que otorga créditos superfluos y falsas valoraciones ante la insaciable voracidad del mercado. Es difícil encontrar en estos espacios un crítico literario que no vea amenazada su condición entre el ruido de tanta moneda falsa, pues se ha ido imponiendo un concepto de literatura cada vez más alejado de las auténticas preocupaciones intelectuales del continente —incluso, menos experimentales en términos lingüísticos—; se está validando un producto literario que aspira alcanzar grandes masas de lectores, para los cuales se viene construyendo un modo de leer cómodo y entretenido, vaciado de los contenidos problemáticos que —paradójicamente— son parte de la realidad cotidiana de las sociedades latinoamericanas. Este proceso —cada vez más sofisticado— resulta un ejercicio de manipulación que ha logrado, en el discurso literario y crítico-literario latinoamericanos acorralar o simplificar los temas y conflictos más urgentes, y como consecuencia, aumentar las dosis de entretenimiento y falso dramatismo.

No debe ocultarse que el singular interés publicitario dedicado a la literatura latinoamericana editada en la última década —sobre todo la novela, género que define muy enfáticamente toda recepción literaria— no está condicionado solo por ciertos valores y aportes presentes en varios libros y autores no suficientemente abordados, sino, sobre todo, por el modo en que la mayoría de esta producción editorial contribuye a cuestionar, neutralizar, disolver, subvertir o manipular en el espacio público continental problemáticas literarias, debates culturales, disquisiciones filosóficas, preocupaciones sociológicas, conceptos emancipatorios, valores ideológicos y compromisos políticos que expresan y evalúan la fragmentada realidad social latinoamericana.

La falta de una autonomía editorial —condicionada por las transnacionales del libro hispanoamericano—, favorece más a esta literatura desproblematizada, acrítica y amnésica —en términos históricos— que hoy está cumpliendo cabalmente la misión de desarticular el pensamiento y el movimiento literarios latinoamericanos alrededor de sus preocupaciones culturales más auténticas, de sus zonas realmente marginadas y de los nuevos sujetos y necesidades de esa realidad. Esta dependiente condición del entramado editorial latinoamericano, presiona cada vez más sobre la creación, forzándola a escamotear o abandonar las

exigencias éticas, estéticas e ideológicas, que están en el fundamento de la cultura literaria latinoamericana. Aquí nace el creciente desdén con que es tratada la crítica literaria en los medios de comunicación. Se pretende verla como un ejercicio superficial y parásito, condenándola al relativismo más feroz y propiciando que autores, editores y hasta los propios receptores puedan burlarse de tal ejercicio crítico, con lo cual se anula —insisto una vez más— su imprescindible contribución al conocimiento de la cultura literaria, el campo cultural y la sociedad latinoamericanos.

También aquí se ocultan otras razones que explican la pobreza conceptual y terminológica con que últimamente se presentan ciertos textos bajo el rótulo de «crítica literaria», y cómo se expanden algunas denominaciones que van acuñándose irresponsablemente tal y como podría señalarse, entre otros ejemplos, con la llamada literatura *light*, término que se identifica con esos cigarros (norte)americanos cuyo humo no contamina el ambiente —dicen sus productores— y son fabricados con una picadura tan aséptica que terminan asesinando el aliento natural de las personas que creen disfrutarlo. Esta «denominación» se ha instalado en las revistas literarias pavoneándose entre el lenguaje de la Academia y el de la publicidad —depende desde dónde se esté hablando de literatura—, y obsérvese que algunas veces termina resultando novedosa o simpática, y otras, nos revela la vaciedad de una palabra cuyos orígenes no literarios la tornan demasiado sospechosa —a pesar de la asombrosa tranquilidad con que ha venido alcanzando su ciudadanía literaria.

Todo pudiera indicar que la crítica literaria latinoamericana interesada en la producción finisecular no se reconoce en esa línea denominada por Ángel Rama como nuestra tradición culturalista,¹⁴ pues varias señales indican que en el actual ejercicio crítico de nuestras letras se está produciendo un abandono de los presupuestos esenciales de esa tradición; mas este espejismo se irá disolviendo en la medida en que se pueda argumentar cómo se han venido desplazando los espacios, modos y lenguajes tradicionales de esta disciplina. Se trata de reconocer las nuevas maneras (genéricas, discursivas o mediáticas) que vienen alcanzando la condición y el ejercicio crítico y de entender cómo se están renovando e instaurando algunas opciones metodológicas y patrones axiológicos que ahora se expresan en una diversidad de formas, asumidas por los más recientes estudios literarios latinoamericanos, por la cada vez más amplia zona de las ciencias sociales, replanteándose un canon cultural también cada vez más abierto; proceso que viene transgrediendo fronteras genéricas, académicas, conceptuales e ideológicas, en un amplio espectro de

espacios y funciones literarias y culturales: desde la reticencia y el cripticismo académicos hasta una hábil inserción en el gran espectáculo montado por la televisión y la radio junto a las super hojeadas —y quizás leídas— revistas del corazón, del sexo y de las carreras de la bolsa: triángulo encantado donde la literatura, los libros y los autores se cotizan y se manipulan como objetos del *marketing* político.

En medio de este proceso de cambio y subversión de valores éticos, estéticos, literarios, ideológicos, etc., ¿podrá la crítica literaria latinoamericana identificar y consolidar sus posiciones? Si el discurso editorial dominante y sus proyecciones publicitarias apenas expresan la controvertida riqueza —temática, genérica, racial, ideológica— de las letras continentales, ¿cómo identificar el verdadero *corpus* de la literatura latinoamericana del fin de siglo? Estas y otras interrogantes se confunden entre el esfuerzo epistemológico y el horizonte utópico del crítico literario latinoamericano, quien ha visto reducirse las posibilidades de su ejercicio en la misma medida en que se han ido invalidando para la literatura y para la realidad aquellos condicionamientos ideológicos, políticos y económicos en los cuales se fundamentaban los anteriores discursos literarios y editoriales. En igual medida, la actual autorreflexión crítico-literaria latinoamericana ha estado re-conociendo la noción teórica de proceso literario, a través de la cual le será posible aprehender las actualizaciones, tendencias, tematizaciones y otras problemáticas literarias del campo cultural, antes de proponer un grupo de acciones evaluadoras entre las madejas —aún totalitarizadoras o hegemónicas— de la producción editorial y el consumo de la literatura en nuestra América.

Aun así, cualquier respuesta a las preguntas anteriores tendrá que ver con el conocimiento tácito de la diversa y complejísima realidad cultural latinoamericana por parte de nuestros estudiosos literarios y del lugar que conscientemente ellos están ocupando y el que deben ocupar en el entramado editorial, académico y comercial de las letras latinoamericanas que cierran este siglo.¹⁵

En el juego de posiciones ideológicas del actual campo de la cultura latinoamericana, las prácticas literarias están predeterminadas por los considerables cambios que han tenido lugar no solo en el plano de la cultura y a un nivel continental; como nunca antes, hay que tomar en cuenta las transformaciones político-económicas y la acelerada tecnologización e informatización que están instrumentando el saber y redefiniendo los espacios socio-culturales latinoamericanos y cuantos modos de producción y recepción existen en el universo, generosamente persuadidos por una homogeneización con pretensiones más que internacionales, abiertamente

Asistimos a un ejercicio de desnudez o vaciedad ideológica en el campo de las letras latinoamericanas: los viejos temas y «compromisos» son abandonados por los autores como trajes inservibles, en la búsqueda de otras indumentarias para entrar de nuevo a escena.

transnacionales. Es decir, asistimos a una instrumentalización de nuestras culturas, instaurada por el poder de las llamadas transnacionales o multinacionales, que en estos momentos «no solo dominan el mundo, [sino] también las imágenes a través de las cuales ese dominio es entendido, y los conceptos a través de los cuales trata de ser explicado».¹⁶

Bajo estas condiciones socioculturales comienza a redefinirse el pensamiento crítico de nuestras culturas, y en particular el de las letras latinoamericanas que abren el próximo milenio; redefinición que debe portar una inobjetable formulación político-cultural, dada la creciente hegemonía de un concepto cultural que uniforma y fragmenta a su vez cuanta expresión enriquece nuestras identidades. No hay tiempo para lamentar que esa redefinición de nuestra capacidad crítica tenga lugar bajo la presión de las actuales desventajas tecnológicas y financieras; también a ellas habrá que enfrentar, incorporar e intentar superar, desde una conciencia crítica descolonizadora y creativa.

Para el más entusiasta investigador de nuestras letras ya no basta, tal como pedía Carlos Rincón en la década de los 70, «situar la práctica literaria en la encrucijada del Sujeto y la Historia»;¹⁷ pues ya aquel espacio se ha subvertido, vaciado y enrarecido con la impronta de los más variopintos sucesos de los últimos quince años, donde justamente la Historia ha sido hipostasiada, fragmentada o anulada, en nombre de una emancipación del Sujeto que no ha sido verificada aún. «En las nuevas circunstancias —irrupción de la sensibilidad posmoderna, “fin” de las utopías conocidas, agotamiento de los discursos políticos tradicionales, “crisis” de la razón instrumental— es comprensible que se busquen nuevos espacios para la realización de los ideales de Utopía y Armonía a los que no se ha renunciado» —explica una sagaz ensayista cubana desde un atinado emplazamiento femenino, y precisa: «se trata de hallarlos en una nueva relación del sujeto con el mundo que le rodea».¹⁸

Las nuevas relaciones en que hoy se insertan las prácticas literarias en Latinoamérica obligan al pensamiento crítico de nuestras letras a operar en una nueva encrucijada igualmente compleja, pues esas prácticas hoy se localizan en el centro fatal de ese

triángulo que configuran el mismo sujeto, el mercado y la ausencia de futuridad (o el horror a la Historia); ese fatalismo logra, a través de los medios, tornarse en estado natural de la producción cultural, condición explícita bajo la cual deben leerse los textos que se publican y con la cual deben ser medidos por la crítica al uso.

Si esta crítica asume la referida producción literaria como una literatura en crisis, atravesada de tensiones e incertidumbres varias, de explosiones (sordas) y dinámicas constreñidas, sobredeterminadas por el mercado, cierta Academia, la política, la tecnología, el subdesarrollo, etc., es posible que logre reparar en una serie de autolimitaciones epistemológicas, ideológicas, historiográficas, etc., que no solo están expresando la propia realidad social, sino afectando el campo de la cultura, muy particularmente su discurso crítico, impidiéndole ser ese puente imprescindible entre la literatura y la sociedad, el libro y el lector.

Ante esta dificultad, a todo ejercicio crítico que hoy en Latinoamérica se proponga conscientemente escudriñar en el campo literario, le corresponderá describir y/o definir el funcionamiento de la institución literaria en que se inscribe el objeto abordado y, posiblemente, su propio ejercicio. Este podrá parecer que se realiza en el vacío histórico, pero más allá del análisis textual, de la descripción del cuerpo de ideas del texto abordado y del estatuto social que se expresa en él, es posible vislumbrar cómo el texto define sus fronteras (culturales) y se inserta en la dinámica de un tiempo y un espacio muy específicos.

La cultura literaria latinoamericana de fin de siglo es un fenómeno todavía descentrado del fuerte condicionamiento que imponen las transnacionales del libro en cada uno de nuestros países, a pesar de la dependencia de nuestras industrias editoriales ante la producción y la interesada distribución que realizan tales transnacionales. La riqueza de nuestra cultura literaria se fundamenta en una heterogeneidad, inaprensible aun, que generalmente se expresa a través de estos mismos mecanismos editoriales, pero no de un modo absoluto e irremediable, sino en términos de consensos, de intercambios creativos, transgresores y alternativos.

¿*Streap tease* ideológico?

Toda visión crítica que aborde cualquier texto o acto literarios nacidos en este fin de siglo ha de tomar en cuenta, en su más concreta manifestación textual, performática y/o contextual, las controvertidas formas en que se van inscribiendo los discursos literarios en los espacios de recepción. Las reacciones que provocan las propuestas literarias latinoamericanas de última hora están precondicionadas por diversos —y a veces encontrados— conceptos del éxito, el gusto y el valor literarios, que evaden o deforman cualquier diálogo crítico con la realidad social, a la vez que intentan complacer al lector con un nivel de «ilusión crítica» que les intenta convertir en cómplice de tristes consensos y manipulaciones de todo tipo. Pero quedan en este rejuego posibilidades de salvar al lector, colocándole frente a una diversidad cultural que le permita identificar, discutir o negar aquellos valores que le sean reconocibles.

Cualquier análisis ha de partir del re-conocimiento de la realidad y sus referentes culturales más significativos. Se ha instaurado un círculo vicioso que gira alrededor de una imagen de la realidad —ni siquiera de la realidad misma—, y viene provocando equívocas filiaciones y evaluaciones literarias y extraliterarias en medio de una delicada escena político-económica continental. Así se nos revela la doble imagen que configura el actual proceso literario latinoamericano, en el cual el travestismo de muchos protagonistas —autores, medios de comunicación, lectores— se manifiesta en un desplazamiento circular que va de la utopía, pasando por el resentimiento hasta el mercado de los ideales y genera cuanta indiferencia sea posible ante la realidad que —por supuesto— gravita fuera de este círculo.

Asistimos a un ejercicio de desnudez o vaciedad ideológica en el campo de las letras latinoamericanas: los viejos temas y «compromisos» son abandonados por los autores como trajes inservibles, en la búsqueda de otras indumentarias para entrar de nuevo a escena. Muchos de los actores niegan el cambio de traje; ahora se comportan como aquel jugador de fútbol que, en un momento desfavorable para su equipo, sale del juego, comienza a quitarse el traje y —oh, sorpresa— debajo de este no vemos su auténtica naturaleza, sino un traje del equipo contrario. Y sale otra vez al terreno. Este juego parece interminable en las miles de páginas diarias, que tantas y tontas revistas lanzan diariamente el mercado latinoamericano; el cambio de traje es un momento revelador, pues la falsa desnudez expresa, no solo insatisfacciones e incapacidad, sino también la traición de algunos ideales y la muerte de algunos sueños. En este proceso se trata de simular otra desnudez: se imitan los conciertos de Madonna donde, mientras la

diva se cambia antes de aparecer más desnuda, las coristas aprovechan y deslumbran a un público enardecido. En tales revistas se oculta ese momento y se desvía la atención sobre temas banales y extravagantes: astrología, pseudoreligiosidad, artes culinarias, farándula y pornografía. Otro *performance*.

Y quedamos listos para confundir la desnudez ideológica con la pornografía; esta confusión no es más que un juego de espejos, de instrumentación ideológica. La desnudez (física) en este fin de siglo ya no resulta escandalosa, ha pasado a ser solo una preocupación más bien moralista, pues todos sabemos qué es un desnudo y para qué nos sirve un cuerpo así; mas, la (falsa) desnudez ideológica en este fin de siglo, resulta un tema silenciado, que ha pasado a ser más bien una preocupación politiquera, pero no siempre sabemos qué es o qué pretende ser tal desnudez, ni si esto ofrece un (auténtico) cuerpo de ideas. Ese acto de desnudez forma parte de esa pornografía intelectual validada por ciertos autores con el *ethos* como centro y ya no el maltratado eros; puro *streap tease* moral que arrebatara cualquier mística para entregarla al mercado, y niega todo origen que no conduzca mansamente al colonizador de turno.

Por estos laberintos difícilmente llegaremos a encontrar los nuevos paradigmas de la cultura latinoamericana, ni a revelar la futuridad que esconden los actuales proyectos artísticos e intelectuales en cada nueva obra y ante cada receptor. Para la crítica de la cultura y, muy particularmente, la de las letras continentales, es imprescindible definir su finalidad estética y defender su propia eticidad; aquella con la cual atravesará el milenio. Vale aclarar que no se trata de recuperar el hoy deteriorado cuerpo ético que los años 60 estrenaron, y en la década siguiente resiste el neoconservadurismo y el embate de los dogmas, para dislocarse al final de los años 80 —tristemente agotado y desconcertado— en un desencuentro con un sujeto social que le ha tocado vivir la más burda incoherencia (ideológica, psicosocial, económica, política, etc.) de este siglo. En este proceso se han descompuesto muchos valores (utópicos, ideológicos, filosóficos) que aquel valioso cuerpo de ideas produjo, y cualquier intento arqueológico resultaría inconsecuente para el pensamiento crítico de la sociedad y la cultura latinoamericanas; razones por las cuales urge construir una eticidad nueva para que el sujeto social latinoamericano logre desenajenarse de la actual situación neocolonial en que vive, comience a asumir sus procesos identitarios y a valorar los múltiples cambios de la sociedad y la cultura contemporáneas.

Esa reconstrucción ética constituye uno de los principios que impedirían el triunfo de «una cultura sujeta

a un único paradigma», sumado a este, tal como exige Alberto Acosta-Pérez:

Urge aceptar y promover una visión multicéntrica de la cultura, aceptar la diversidad de aportaciones que prueben la posibilidad de un universo cultural plural, multipolar, que está en nuestras manos el vencer la disolución en la vaguedad de lo indiferenciado. Y para estos fines resulta necesario promover también un Nuevo Orden Informativo que permita el flujo equilibrado de las noticias y los problemas culturales e interculturales, así como dejar de actuar, vestir, vivir, crear y amar, pensando en lo que Europa o la crítica norteamericana quieren ver, oír y constatar.¹⁹

Por otros caminos, nuestras letras se han adentrado en una ficcionalización de la Historia, iniciada en los años 60 con la recuperación de sucesos y personajes «históricos» y otros menos reconocidos por la historiografía al uso, pero reveladores de nuestra heterogeneidad cultural y sus aun desconocidos acervo oral y sustratos antropológicos (que no arqueológicos). No nos referimos a esa línea historicista, muy notable en la última década, que conforma una escritura de memorias y, ocasionalmente, memorias de la escritura —memorias de figuras importantes, libros de entrevistas, testimonios políticos, etc.— que ofrecen, en sus mejores ejemplos, una mirada, a veces crítica, vuelta hacia el interior de una trayectoria o una época muy precisas. Nos resulta más significativa esa producción que insiste en una re-escritura de hechos e «historia de vidas»: la todavía polémica apropiación de voces que iniciara Miguel Barnet con *Biografía de un cimarrón*, en 1966, se ha ido trenzando en los discursos narrativos finiseculares con la búsqueda de esa pluralidad dialógica que han sido y serán las culturas latinoamericanas, aderezadas ahora por el imaginario popular que moldean industrias culturales como el cine, el disco, la radio y la televisión; donde se consolida una zona de nuestras literaturas, cuya autenticidad no está reñida con el mercado, pues encarnan sabiamente en la dimensión más popular de nuestras prácticas culturales y han logrado expresar urgentes conflictos de los sujetos y las sociedades latinoamericanas de hoy.

Ahora se inscriben de manera problemática los conflictos étnicos, mucho tiempo marginados o devaluados por el eurocéntrico canon literario en desuso. Se reivindicán aquellas escrituras y modos culturales que muchas veces constituyen el único registro de la memoria histórica y étnica de ciertas comunidades «a las orillas de la oralidad» que las sobrevive. Se abordan en esos textos, generalmente poéticos, situaciones de aculturación e interculturalidad que expresan, con todas las referencias y conflictos contemporáneos, una explicación histórico-cultural sobre la hibridez, heterogeneidad y transculturación de la cultura y las sociedades latinoamericanas. Vale decir

que, aunque fuera en sus orígenes un fenómeno no urbano, este es un proceso que se ha estado desplazando hacia las ciudades y su inevitable modernización: atendible discurso marcado por la interculturalidad y el conflicto identitario que atraviesa y conforma toda la cultura latinoamericana.

El sordo conflicto racial —más evidente en el discurso literario caribeño— también ha sido relegado, en pos de esa falsa unidad que homogeneiza la contradictoria configuración de las culturas y las sociedades latinoamericanas e invisibiliza una problemática histórico-cultural, que aun merece respuestas y nuevas preguntas, no solo en Latinoamérica. Urge resolver las ausencias, enajenaciones y marginaciones, en que continúan las problemáticas raciales en nuestra literatura y cultura, para llegar a un auténtico reconocimiento de nuestra condición poscolonial. Tarea que también quedará para el próximo siglo.

Nunca resultará innecesario hablar del tema y los emplazamientos sexuales en nuestras letras, a pesar de la actual avalancha de textos críticos que ya han logrado ir sistematizando con rigor un discurso alternativo frente al machista y clasista, que ha caracterizado históricamente el pensamiento literario latinoamericano.

Ha habido en el presente un cambio de interés del público lector hacia un tipo de narraciones más intimistas y personales, que exploran el problema de la sensibilidad del sujeto frente a su entorno y vida cotidiana, en lugar de las narraciones que apuntaban a una explicación global de los grandes problemas de nuestras sociedades. En este cambio del gusto la mujer ha asumido un papel más central, ayudada en parte por la política cultural de concientización que han venido llevando a cabo los movimientos femeninos, especialmente en la última década.²⁰

Consolidando el análisis que reconoce los diversos emplazamientos de la sexualidad del sujeto de la escritura, los aportes de esos textos ya están rebasando cierto nivel de contradiscurso y erigiéndose, también, en uno de los pilares del pensamiento histórico-cultural y literario del siglo XXI.

Coda

La impronta posmoderna en Latinoamérica a veces ha conducido al callejón sin salida de lo paraliterario y ha jugado —entre nosotros— con «esa intención de desdibujar la distinción entre literatura y crítica», cuyos mejores ejemplos son Borges y Barthes, pero más allá de los «juegos de espejos» y del gran espectáculo que es la escritura, nos deja el provecho de la desautomatización crítica de los discursos que han venido fundamentando casi de modo absoluto el canon literario y cultural latinoamericano, y ofrece distintas

aperturas al re-conocimiento de nuestro saber y realidad más cercanos. Sus controvertidos argumentos han servido de aliciente ante el desarme moral de aquel discurso de los 60, ya referido, y nos colocó de frente, señalándolas en su desnudez, ante las crisis reales de nuestra cultura y sociedad; no tanto por sus intenciones fragmentarias como por sus impulsos de legitimación de sectores, poéticas y políticas que nos están revelando la necesidad de ciertas (otras) dinámicas que ya configuran los nuevos paradigmas culturales en Latinoamérica.

De cara al XXI, la crítica de las letras latinoamericanas se enriquecería mucho al profundizar en las zonas problemáticas que se expresan no solo en los libros, sino en los mecanismos editoriales, en las instancias académicas e institucionales que abordan, excluyen y legitiman la creación y la propia crítica literarias; en el papel que desempeñan los medios de comunicación en la promoción y consumo de nuestras letras; en el mercado como espacio de lucha, dominación y manipulación de conceptos literarios y políticas editoriales, así como en la importancia de un lector cómplice y avisado que pueda reconocer en el autor y en el crítico, legítimos compañeros de viaje con quienes recorrer, a campo traviesa, el largo continente de nuestras realidades y nuestras letras.

Notas

1. Antonio Cornejo Polar, «Problemas de la crítica hoy», en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1982, p. 14.
2. Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., México, D.F., 1975, p. 14. Sobre este concepto el historiador español Carlos Barros explica: «La palabra paradigma tiene un doble sentido para Kuhn, el específico de ejemplo y otro más genérico —y original— que se refiere a los compromisos compartidos por una comunidad científica dada [...] Lo más claro es singularizar con el adjetivo “común” el paradigma plural —los paradigmas compartidos— que asume, más o menos explícitamente, la mayoría de los miembros de una especialidad profesional, científica». Véase Carlos Barros, «El paradigma común de los historiadores del siglo XX», en «La formación del historiador», *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Morelia, Michoacán, México, invierno de 1994-1995, p. 6.
3. En lo adelante usaré la denominación crítica literaria latinoamericana —y no latinoamericanista— también para la evaluación de nuestras letras que se ejerce desde otras zonas geográficas. Asumo una «clasificación» que englobe lo que Antonio Cornejo Polar ha llamado hispanoamericanismo —que incluye también a la literatura brasileña— y aquello que Françoise Perus llama crítica literaria latinoamericanista; en este esfuerzo sintético creo rebasar uno de los principios teóricos propuestos por Roberto Fernández Retamar para la literatura latinoamericana («Existe una crítica literaria latinoamericana en la medida en que existe un pensamiento latinoamericano»); para colocarme más cerca del concepto metodológico de Françoise Perus cuando explica que «las condiciones actuales nos hablan de una crítica

más “latinoamericanista” que propiamente “latinoamericana”, y por varias razones: no solo porque la literatura latinoamericana —o al menos parte de ella— es hoy de dominio “universal”, sino porque es estudiada en diversas partes del mundo desde perspectivas múltiples inscritas en un marco más o menos común de referencias conceptuales». Aquí asumo también al Retamar que, pocas líneas después de aquel principio teórico, arguye: «la fuerza de una crítica latinoamericana se pone de manifiesto al ser capaz no solo de enjuiciar nuestras cosas, sino también las del resto del mundo»; reflexión con la cual supera las dos anteriores, agregándoles a sus reconocidas preocupación histórica y precisión contextual la suficiente apertura metodológica y rigor conceptual que aquí también aprovecho. Véase «Del testamento intelectual de Antonio Cornejo Polar», *Casa de las Américas*, n. 212, julio-septiembre de 1998, p. 5; Françoise Perus, «La crítica literaria latinoamericanista hoy», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, a. XVII, n. 33, Lima, 1er semestre de 1991, p. 91; Roberto Fernández Retamar, «Carta sobre la crítica», en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (Primera edición completa), Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo XCII, Santa Fe de Bogotá, Colombia, 1995, pp. 138 y 139.

4. Stefan Morawski, «Las variantes interpretativas de la fórmula “el ocaso del arte”», *Criterios*, 3ra época, n. 21-24, enero de 1987-diciembre de 1988, La Habana, p. 123.

5. Jean Franco, «Diálogo de sordos», *La Jornada Semanal*, México, D.F., 23 de agosto de 1998. Tomado de «Al pie de la letra», *Casa de las Américas*, n. 213, octubre-diciembre de 1998, pp. 154-6.

6. *Ibidem*.

7. «Alerto contra el excesivo desnivel de la producción crítica en inglés que parece —bajo viejos modelos industriales— tomar como materia prima la literatura hispanoamericana y devolverla en artefactos críticos sofisticados [...] se está produciendo una falsa universalización de la literatura a partir del instrumento lingüístico con que se le trabaja». Antonio Cornejo Polar, *ob. cit.* También el Dr. Keith Ellis me ha comentado, con preocupación, el creciente rechazo de sus alumnos universitarios canadienses e ingleses a la hora de leer los textos de literatura latinoamericana en español y la manera en que a veces son sustituidas esas lecturas por los estudios que aparecen sobre ellas en los espacios académicos —bibliografía que, generalmente, aparece también en lengua inglesa.

8. Las denominaciones que aparecen entre comillas pertenecen a John Beverly, y corresponden a un valioso artículo suyo en el cual nos advierte: «La especificidad de cualquier texto dentro o fuera del canon tiene al menos dos momentos. Uno es el de la producción, la circulación y la recepción inmediatas, que es aquel en que nos hemos concentrado. El segundo, sin embargo, es el momento constituido por su existencia en el canon, y es muy diferente a su momento de origen. Este momento supone el problema de cómo nosotros, nuestros alumnos y nuestros colegas nos apropiamos hoy en día, en una sociedad del capitalismo tardío, de un texto dado, así como del efecto de la diseminación que esta apropiación ejerce sobre el gigantesco aparato de la producción cultural y la enseñanza del español tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo». John Beverly, «¿Puede el hispanismo ser una práctica radical?», *Casa de las Américas*, a. XXV, n. 150, mayo-junio de 1985, p. 66.

9. «Hay que superar el síndrome académico del compartimento: la ilusión etnocéntrica —cuando no egocéntrica— de que no hay nada más allá de la torre de marfil de la escuela, del área de conocimiento, de la línea o del grupo de investigación, del “yo” particular, como si fuera del propio —y seguro— ámbito de actuación todo fuese discrepancia, confusión, eclecticismo...». Carlos Barros, *ob. cit.*, p. 7.

10. «A este cuadro desalentador han contribuido de modo decisivo dos métodos frecuentemente privilegiados en el asedio al fenómeno literario, que tuvieron gran repercusión en los medios académicos latinoamericanos: un tipo de comparatismo tradicional, basado en nociones cristalizadas como las de fuentes e influencias y el método

de la “aplicación” de modelos considerados universales». Eduardo F. Coutinho, «El discurso crítico-teórico latinoamericano y la cuestión de la descolonización cultural», *Casa de las Américas*, a. XXXII, n. 187, abril-junio de 1992, p. 63.

11. Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Grijalbo, S. A. de C. V. Coedición Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, D.F., Colección «Los Noventa», 1990, p. 247.

12. *Ibidem*, p. 34.

13. El actual pensamiento cultural de izquierda latinoamericano y de más allá, ¿cuándo podrá emanciparse de cierta crítica —y hasta autocrítica— contemplativa, culposa y aburrida? Creo hay aquí también un problema del lenguaje, del discurso y de cerrazón semántica ante un mundo que ya no tiene horizontes utópicos, sino un campo magnético cuyos polos están entre la realidad y una lectura de la realidad.

14. La expresión tradición culturalista pertenece a Ángel Rama, quien —según Agustín Martínez— «la empleó para caracterizar la orientación de la crítica literaria latinoamericana durante la primera mitad de este siglo», pero aquí nos interesa afirmar su continuidad renovada en protagonistas de nuestra cultura literaria como el propio Ángel Rama, Roberto Fernández Retamar, Antonio Cornejo Polar, Julio Ortega, Arcadio Díaz Quiñones, Roberto González Echevarría, y otros; cuyos textos —enriquecidos por nuevos conceptos y emplazamientos teóricos, aperturas metodológicas y aguzadas preocupaciones históricas— siguen fundamentando hoy una de las líneas más significativas del pensamiento literario latinoamericano. Cómo podrá ejercer este pensamiento en las actuales condiciones es una de las interrogantes que aquí pretendo responder. Véase Agustín Martínez, «Tradición culturalista de la crítica literaria latinoamericana. Situación actual de Pedro Henríquez Ureña», en *Pedro Henríquez Ureña. Homenaje con motivo del centenario de su nacimiento*. Fundación La Casa de Bello, Caracas, 1985, p. 32. Véanse, además, del propio Rama los ensayos «Literatura y clase social», *Escritura*, n. 1, enero-junio de 1976 y «Un proceso autonómico: de las literaturas nacionales a la literatura latinoamericana», *Estudios Filológicos y Lingüísticos*, Instituto Pedagógico, Caracas, 1974.

15. Al final de la presente década ha venido tomando cuerpo una crítica de ideas, de conceptualización del trabajo escritural, que aborda desde adentro las propuestas poéticas, su relación con la Historia y las posibilidades críticas y renovadoras de lo que hoy podría denominarse nueva literatura latinoamericana. Se advierten allí interesantes comentarios y propuestas metacríticas que denuncian el estático, relativizado y/o limitado contexto cultural nacional en que tiene lugar hoy las letras de nuestros países del Caribe y Latinoamérica. En Chile, cuando Mondadori presentó *McOndo*, una polémica antología de jóvenes autores latinoamericanos preparada por Alberto Fuguet y Sergio Gómez la crítica acusó a estos autores de querer armar una ideología. (Véase Claudia Quinard, «Alberto Fuguet: más allá de McOndo», *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, a. 1, t. 1, n. 42, 21 de noviembre de 1999, p. 9). En

México, por ejemplo, una generación o un grupo, el del *crack*, —integrado por unos seis autores no residentes en la capital— llega a España con fuerza. Primero fue Jorge Volpi al ganar el Premio Biblioteca Breve 1999 con *En busca de Klingsor* (Seix Barral), después Ignacio Padilla con *Amphitryon* (Espasa-Calpe), galardonada con el Premio Primavera 2000. «A partir de ese momento las cosas estaban claras. El grupo, que nació ahogado por el desinterés del mundo editorial de su país para publicar novelas «radicalmente literarias», dice Volpi, quien decidió escribir un manifiesto para manifestarse en contra de esta situación y que fue criticado por los popes de la literatura mexicana». Véase Alex Salmón, «Del “boom” al “crack”», *El Mundo*, 23 de abril, Madrid, p. 50. No haría más extensa esta nota, mas tampoco puedo obviar el énfasis sospechoso que debe acompañar la incidencia del campo editorial español en el actual proceso literario latinoamericano. «Ciertamente, desde los años del *boom*, no se habían publicado tantas novelas de autores latinoamericanos en España ni había habido tal presencia de nuestros novelistas en la península [...] aunque el impulso mayor parece venir de un sector editorial dominado por la fiebre especulativa de la superproducción. [...] Pero la pobreza crítica que lo rodea —y lo acompaña— impone cierta prudencia a la hora de juzgar su significación literaria, pues, aunque trae muchas promesas y algunas buenas sorpresas, esta reconquista del horizonte español tal vez no sea el evento que haga posible repensar el lugar de la producción novelesca de nuestra cultura a las puertas de una nueva era», nos dice el crítico y ensayista venezolano Gustavo Guerrero en su valioso ensayo «La novela hispanoamericana en los años noventa: apuntes para un paisaje inacabado» (*Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 599, mayo del 2000, Madrid).

16. Emilio Ichikawa Morín, «Apuntes sobre el control multinacional de la cultura», *Temas*, n. 11, julio-septiembre de 1997, La Habana, p. 125.

17. Carlos Rincón, «Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Latinoamérica», *Casa de las Américas*, n. 80, septiembre-octubre de 1973, v. XIV, p. 136.

18. Tania Pérez Cano, *¿Misterio Allende?*, Colección Pinos Nuevos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1997, p. 17.

19. Alberto Acosta-Pérez, «A propósito de una lista», *El Caimán Barbudo*, a. 31, n. 291, La Habana, 1999, p. 3.

20. Alberto Julián Pérez, «Como agua para chocolate: La nueva novela de mujeres en Centroamérica», en *La nueva novela en la escritura de autoras hispánicas*, Instituto Literario y Cultural Hispánico, Ed. Graffiti, Montevideo, 1995, p. 43.

© TEMAS, 2000.

Historia y antropología ante la familia como objeto de estudio

Ana Vera

Investigadora. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

La familia, con justicia acusada de «desdisciplinabilidad» o de «transdisciplinabilidad», ha sido motivo de debate para políticos y científicos desde el siglo XIX. El saber empírico que todos los seres humanos tenemos de ella, por el simple hecho de provenir de una y fomentar otra en la edad adulta, y el hecho de que en gran medida la historia de las sociedades depende de la historia de sus familias, hacen que en torno a su estructura y destino se tejan enconadas polémicas, susceptibles de ser reducidas a dos posturas extremas: la de los que denuncian su crisis y anuncian su próxima desaparición, y la de quienes la consideran como la institución social más poderosa. Sin negar la parte de razón correspondiente a cada uno de los argumentos señalados, la antropóloga francesa Martine Segalen le reconoce una gran capacidad de resistencia y adaptación, sobre todo cuando se le observa en su historicidad. «La familia —apunta Segalen— es flexible y resistente desde el momento en que la consideramos con una cierta perspectiva histórica».¹

Objeto único y perspectiva diversa

La perspectiva histórica hizo su entrada en los estudios sobre la familia a partir de los años 50 cuando la Antropología,² ocupada hasta entonces en describir sistemas familiares de sociedades con un bajo nivel de desarrollo tecnológico, retomó la herencia de Tylor³ e inauguró comparaciones entre los resultados de los estudios hechos en diferentes culturas.

Pero el monopolio de los estudios sobre la familia lo tenía la Sociología, y el principal paradigma lo proporcionó Talcott Parsons (1902-1979), quien identificó los conceptos de familia y grupo de residencia, y defendió el carácter universal del modelo conyugal como válido para todas las sociedades. Hasta entonces —y todavía hoy con alguna presencia— había continuado prevaleciendo un criterio evolucionista que sustentaba la tendencia general de los grupos familiares a transitar, desde una organización extensa de parientes consanguíneos y no consanguíneos, coresidentes, propia de una economía agraria de tipo patriarcal, hacia una estructura cada vez más reducida, urbana, característica

de la época industrial, y limitada a la pareja conyugal con sus hijos solteros.

Los demógrafos europeos hicieron por entonces sus primeras incursiones en los registros parroquiales y censos de épocas anteriores y llegaron a la, para ellos, sorprendente conclusión de que las familias de tipo conyugal eran predominantes entre las normas de residencia del mundo europeo desde la Edad Media, con lo cual pusieron en duda las conclusiones de Parsons sobre la universalidad del modelo.

Pero la Demografía histórica proporcionaba solo una visión global y externa de los datos sobre la familia, porque prescindía aún de fuentes complementarias para investigar a fondo la composición y estructura de los grupos familiares en la historia como, por ejemplo, actas fiscales, notariales y, en general, documentos legales que recogen parte sustancial del acontecer de otras épocas. Fue la Historia la que, con su larga experiencia de trabajo con fuentes muy diversas, avizoró el acceso al mundo de lo privado, desde una perspectiva científica más amplia.

Para la Sociología y la Antropología, aceptar la tridimensionalidad que proponía la visión histórica, al combinar los enfoques sincrónico y diacrónico, e incluso para la Historia el cuestionamiento de sus métodos a la luz de los enfoques sociológico y antropológico, no fue algo que se lograra sin enfrentamientos. Fue necesario que, tanto ellas como la propia Historia aceptaran someter a discusión sus correspondientes perspectivas hasta lograr el entrecruzamiento de miradas que significó un notable impulso al trabajo científico en todos los órdenes y unos resultados más ricamente diseñados en lo que respecta a los estudios sobre la familia.

Las décadas de los años 50 y 60 fueron testigos de una importante dinamización de las Ciencias Sociales en su conjunto, que en parte había sido apuntada por la primera escuela de *Annales*⁴ y en particular —aunque con criterios dispares— por sus fundadores. Desde entonces la ciencia histórica sufrió una lenta evolución y una decantación, y vio nacer, en el esfuerzo mancomunado de todas las ciencias, nuevas proyecciones que originaron un conjunto de disciplinas híbridas cuya especificidad no debe ser tomada demasiado en serio, por la sustancial movilidad de sus fronteras, según recomienda el historiador André Burguière, ironizando sobre la excesiva compartimentación.⁵

Aunque representativas de momentos, espacios y grados diversos del trabajo de los científicos sociales, aún hoy se escucha hablar de Historia Demográfica, Sociología Histórica, Geo-Historia, Historia económica, Antropología Cultural, Etno-Historia, etc. Se trata de campos científicos secantes, de perfiles insuficientemente

definidos. Lo que importa en cualquier caso es que tanto unos como otros compartieron —y en cierta medida comparten— en su circunstancia concreta una voluntad de ruptura con los marcos disciplinares tradicionales, para lograr un acercamiento multidimensional al ser humano y su cultura. Quiero concentrarme brevemente en dos de estas disciplinas que a mi juicio proponen interesantes marcos complementarios para los estudios históricos sobre familia. Me refiero a la Antropología histórica y a la Historia oral.

La primera suele incluirse dentro de la corriente que se ha autodenominado «Nueva Historia», heredera directa del movimiento de los *Annales*, bastante criticada por lo que ciertos teóricos de la historiografía consideran su «vedettismo», sustentado en el énfasis sobre los aspectos marginales de la cultura —vistos como concesiones al mercado— y por su abandono de las grandes síntesis históricas de los primeros *Annales*, defensores de la idea de una historia total, económica, con acceso a lo cotidiano y proyección sobre los procesos sociales en la larga duración.⁶

Es un hecho indiscutible sin embargo, que la Nueva Historia aportó un sinfín de matices y aristas inéditas al conocimiento de la Historia, al acercarse a la sensibilidad del lector-espectador de la época contemporánea, inmerso en la polémica por el reconocimiento del derecho a la diferencia, cuyo origen se remonta a los movimientos sociales de los años 60, que desempolvieron la noción de relativismo en la Historia, anunciado por los trabajos etnográficos de Franz Boas (1858-1942).

Cuando hablamos de Historia es preciso deslindar la historia como proceso social de la Historiografía, el nombre de la disciplina y del conjunto de las obras escritas por los historiadores. La Historiografía anterior al 70 —sobre todo en su vertiente tradicional— era mayormente de visión única, narrada desde el ángulo del orden social establecido. La posterior al 70 da entrada a una multiplicidad de actores sociales, que desde los márgenes tras los cuales habían permanecido, también reclamaban el derecho a narrar su propia historia.

En este sentido, la Antropología histórica es uno de los campos privilegiados de la llamada «Nueva Historia», y aunque ha sido bautizada con diversos nombres, microhistoria, historia de las mentalidades, historia en migajas, etc., es en fin de cuentas una historia de la cultura, heredera directa de la historia cuantitativa, económica y demográfica del movimiento de *Annales*.

Sus direcciones en los años 70 —cuando aparecen los primeros trabajos de Peter Laslett y el grupo de Cambridge— comprenden temas como la historia de los comportamientos demográficos, la composición de los hogares en épocas pasadas, los hábitos

alimentarios en determinada época, los modelos culturales, el lugar del niño en la familia y principalmente la llamada Antropología histórica de la familia, de ámbito regional limitado, y con un alto nivel de profundidad susceptible de convertir ciertos estudios de caso⁷ en marco de referencia teórico y de método aplicable a otros lugares y épocas históricas, en dependencia de la documentación disponible sobre el ámbito local.

La Antropología histórica de la familia abarca lo cuantitativo (las útiles compilaciones y descripciones de datos hechas por los demógrafos históricos), y lo cualitativo, que alcanza en última instancia al mundo de los símbolos donde la Antropología estructural de Claude Lévi-Strauss había sentado las primeras pautas desde fines de los 50.

El final de los 80, con la crisis de los paradigmas, las ideologías y las autoridades, abre aún más la Historiografía al mundo de la persona y su circunstancia concreta, a una historia de la subjetividad considerada a menudo como la verdadera estructura de la sociedad, y concede un espacio creciente a las fuentes orales para narrar la historia del tiempo presente. La Historia basada exclusiva o preferentemente en documentos escritos aspiraba a *descubrir* nuevas fuentes, o a releer las ya conocidas. La Historia que concede crédito a las fuentes orales se propone *construir* documentos donde falta información, para suplir su ausencia, o simplemente entrar en contacto con realidades no accesibles desde las fuentes documentales,⁸ y conserva como recursos la explotación exhaustiva de la prensa periódica —fuente excepcional para explorar el mundo de lo cotidiano—⁹ así como el análisis de fuentes secundarias que proporcionan la imagen de contexto al que se refieren los testimonios.

En este caso, el criterio de verdad histórica se complementa con el de valor dentro de un contexto, y en cuanto a la subjetividad, el testimonio y la fuente oral, dejan de ser vistos como complementos de información y patrimonios exclusivos de sociedades en inferior estadio de desarrollo, para convertirse en recursos insustituibles para contrastar fuentes y corregir perspectivas. Aunque la Historia oral de los primeros tiempos tendió a absolutizar el empleo de fuentes orales y a soslayar el trabajo en archivos históricos, característico del oficio, la teoría más reciente ha superado esta deformación extremista y se limita a demostrar la excepcional utilidad de las fuentes orales, de acuerdo con la naturaleza de ciertos temas y objetos de investigación, conjuntamente con cualquier otro tipo de documento —y aquí el documento adquiere un sentido muy amplio— que aporte información válida.

La Historia oral surgió un tanto al margen del debate entre ciencias y científicos sociales, y buscó para sí un

lugar en la evolución de la Historia como ciencia, aunque posteriormente se introdujo en el debate con propuestas muy atendibles. Su progresiva aceptación como disciplina científica en poco más de un decenio, constituye una ruptura sustancial con la tradición historiográfica positivista sustentada en la primacía y la autoridad irrefutables del documento escrito. Ella representa una rebelión de las mayorías sociales —los carentes de historia— en el interior de la narrativa histórica, ante el imperialismo de la cultura de las élites, de la cual la historia escrita ha sido con frecuencia vocera. Su escala es pequeña y su horizonte temático relativamente limitado, pero es una alternativa válida para el trabajo del historiador de la familia en el pasado inmediato, el tiempo corto braudeliano que se engarza con los grandes procesos de la Historia general.

La familia como sujeto

La familia, sujeto de la cultura y una de las instituciones sociales que constituye «prisión de larga duración», y moldea y regula la vida del ser humano, encuentra en la Historia oral recursos para interpretar, a partir de relatos individualizados, la huella de una historia que los más viejos portan en su memoria y transmiten como verdades irrefutables a las generaciones siguientes.

En tal condición, la familia es —como la iglesia, la escuela, los medios de difusión, la comunidad—, una institución social, quizás una de las pocas de cuño tradicional —informales y reguladas legalmente, pero flexibles— que perviven en la actualidad. Es una organización de individuos basada en un origen común, destinada a conservar y transmitir determinados rasgos, posiciones, aptitudes y pautas de vida físicas, mentales y morales¹⁰ y su función principal en la sociedad contemporánea es integrar al recién nacido en la cultura durante su período de formación. La familia es el mejor instrumento de transmisión de tradiciones dentro de una cultura. La madre —como asegura Eunice Durham¹¹— hace un entrenamiento cultural sistemático del hijo.

Se suele presentar como la unión «natural» de un hombre y una mujer, por ser la institución encargada de la regulación social de actividades con bases biológicas definidas, particularmente el sexo y la reproducción.¹² De ahí que se asuma la pareja conyugal como la forma más elemental de familia. Todos hemos escuchado una definición de manual: «La familia es la célula básica de la sociedad», dando por sentado que el modelo de familia «natural» o «normal», y casi único, es el que componen un hombre, una mujer y sus hijos comunes; una pauta que está cada vez más lejos de las múltiples realidades familiares contemporáneas.

Los debates sobre tipologías familiares parecen hoy bastante agotados, sobre todo los que relacionan muy estrechamente marco geográfico con estructura familiar, y subordinan otras variables como el sistema socio-económico, la clase social, e incluso la edad del cabeza de familia y la raza. En favor del reconocimiento de la diversidad de modelos —o tipos—, se puede asegurar, sin embargo, que hay ciertas conductas familiares que se adaptan mal a determinadas condiciones ambiente-culturales. Por ejemplo: en un grupo social donde predominen numéricamente las mujeres, no será fácil encontrar a una de ellas con varios maridos; en una sociedad donde la mujer está sometida a un patriarcalismo muy estricto, será difícil que los jóvenes solteros vayan a vivir solos, etc.

La unión de un hombre y una mujer es la forma de agrupación social más antigua y permanente que se conoce. Pero las formas familiares no siempre adoptan como base dicha estructura. La definición de familia depende del marco socioeconómico concreto. La Antropología demostró, hace mucho tiempo, que diferentes sociedades conciben y combinan el matrimonio, el parentesco, el hogar, la residencia y la vida doméstica de diversas formas, dando lugar a variantes de familia bien diferentes entre sí. Esas variaciones dependen de la civilización de que forman parte, pero no se puede negar que las particularidades estructurales de cada civilización resultan de la forma concreta en que cada sociedad organiza la familia, en la época y el lugar respectivos.¹³ Las pautas de matrimonio y residencia, y los sistemas de parentesco, además de condiciones ambientales e históricas en general, son factores que determinan la coexistencia de diversas culturas familiares regidas por la clase social, la religión, el origen étnico o regional, el lugar de residencia, entre los más importantes.

La identidad y el proyecto de vida del individuo vienen dados, en gran parte, por su adscripción a determinado universo familiar. Los hábitos adquiridos en ese ámbito son un dato previo para entrar en la liza por las oportunidades que ofrece la sociedad moderna. Es en la familia —incluso más que en la escuela—, donde se nutren los valores sociales más generales que configuran la identidad cultural de un país y conforman su identidad colectiva.¹⁴ Ella es el factor primario de conservación y trasmisión de las pautas de vida físicas, mentales y morales que conforman el patrimonio de una sociedad y garantizan la continuidad de la cultura. Su función formativa es su principal fuerza. Aunque su defensa y el reforzamiento de los valores familiares tiende, en ciertas coyunturas, a verse como el cultivo de una ideología conservadora, hay que tener en cuenta que es posible provocar un cambio relativamente brusco en la continuidad del sistema cultural, inculcando en las

jóvenes generaciones unas tradiciones familiares nuevas; de ahí que los Estados se preocupen cada día más por trazar una política familiar mejor controlada.

En el estado actual de los estudios sobre la familia se considera grupo familiar a todas aquellas agrupaciones domésticas que no necesariamente implican solo una relación conyugal o consanguínea, sino también de afinidad y necesidad. Son frecuentes los grupos constituidos por personas entre las cuales el único vínculo existente es el deseo o la necesidad de vivir juntos y no el interés en la procreación, ni la obligación que establecen los lazos de parentesco. En cuanto a los hijos, la relación que resulta más determinante para la formación cultural es con la madre, pues la familia es el espacio para la estabilidad emocional y la función paterna puede ser realizada por cualquiera con aptitud para ello. Las luchas feministas de los últimos sesenta años han dado como uno de sus resultados principales la ruptura de los lazos de sujeción obligada de la mujer respecto del marido. La independencia económica y, sobre todo, la creciente independencia moral respecto a un vínculo que pueda significar un lastre para su libre desenvolvimiento como individuo y como ser social, en la búsqueda de la felicidad y de la plenitud, es una característica que define a la familia en la época contemporánea.

De los relatos familiares a los archivos

Volviendo al tema de los testimonios orales, se ha podido comprobar la supervivencia actual de formas extensas de residencia, derivadas de la antigua forma «troncal» de la época pre-industrial, apasionadamente descrita y defendida por Frédéric Le Play como único modelo familiar capaz de garantizar la continuidad y la estabilidad de una cultura, y por ende, de una sociedad. La familia troncal, largamente considerada una utopía de Le Play,¹⁵ está siendo estudiada en su aspecto contemporáneo, a partir de pautas de residencia observadas en pequeñas urbanizaciones de países industrializados, y su descubrimiento ha puesto en evidencia el peso del parentesco y el papel de las redes familiares en esas sociedades, consideradas, hasta los años 70, prevalecientes únicamente en sociedades pre-industriales. Con este descubrimiento, la Historiografía de la familia pone de manifiesto, una vez más, la limitación del enfoque evolucionista, que pretendía validar la inevitabilidad del tránsito familia extensa-familia nuclear, vinculado a los procesos de industrialización y modernización, y hace un gran aporte al conocimiento del funcionamiento del sustrato tradicional en las sociedades modernas contemporáneas.¹⁶

La Historia general parece adquirir todo su sentido a escala de la vida humana cuando está enmarcada en el tiempo de las familias;¹⁷ ella —la historia colectiva transmitida de una generación a otra, en un marco familiar— constituye factor de identificación enriquecedor de la memoria colectiva en el intercambio con las memorias familiares, en cuya reconstrucción confluyen la Historia oral, la Antropología histórica, la historia de las mentalidades, y todas las ciencias híbridas, que han enriquecido el universo de los estudios sociales en general. La memoria necesita de cierta retórica, de cierta verbalización para hacer perdurar los recuerdos. «La ritualización —como afirma el italiano Maurizio Catani— es una de las condiciones de la trasmisión».¹⁸

En la memoria, la Historia se encuentra con la tradición oral, que asume así un lugar destacado como recurso para la trasmisión cultural, junto al documento escrito y a otras fuentes, con lo cual pasa a ser aceptada como factor estructurador de la identidad y contribuye a reafirmar la pertenencia a una cultura.

Notas

1. Martine Segalen, *Antropología histórica de la familia*, Taurus, Barcelona, 1992.

2. Todo intento de análisis referativo en cualquiera de los campos de las ciencias sociales contemporáneas pasa por la obligada inmersión en la compleja madeja de relaciones entretejidas por los etno-antropólogos de las escuelas anglo-sajona y francesa a lo largo de los primeros 50 años del siglo XX. En este caso, sin poder evadir el compromiso, me limito a aportar los elementos generales fundamentales para delinear la evolución de los estudios históricos sobre la familia y el aporte de las fuentes orales a dichos estudios.

3. Me refiero a Edward B. Tylor (1832-1917), antropólogo británico a quien se le atribuye la introducción en etnología del método comparativo.

4. Se trata de la revista *Les Annales d'Histoire économique et sociale*, fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929. Para un actualizado panorama de los debates en torno a las principales figuras del movimiento intelectual que tuvo su centro en esta revista y a sus seguidores, véase Colectivo de autores, *La Historia y el oficio de historiador*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

5. André Burguière, «L'Antropologie Historique et l'école des *Annales*», en Carlos Barros, ed., *Historia a debate 3*, Gráficas Sementera, Coruña, 1995, p. 127.

6. Utilizo el original concepto de Fernand Braudel (1902-1985), referido a los procesos socio-económicos y culturales que abarcan largos períodos históricos. Más información en Fernand Braudel,

«Historia y ciencias sociales. La larga duración», *Escritos sobre historia*, Ediciones del Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1991.

7. Estoy pensando en trabajos paradigmáticos como el de Martine Segalen —basado fundamentalmente en narraciones campesinas francesas del siglo XIX, recogidas por los folcloristas—, *Mari et femme dans la société paysanne*, Flammarion, París, 1980.

8. Más información en Ana Vera, «Historia oral e investigación», *Voces Recobradas*, a. 3, n. 7, abril de 2000, Buenos Aires, pp. 22-4.

9. Sobre este asunto véase Henri Lefebvre, *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 7 y ss.

10. Paul Schercker, «La familia como institución transmisora de la tradición», en Erich Fromm, Max Horkheimer y Talcott Parsons, eds., *La familia*, Península, Barcelona, 1994, p. 277.

11. Eunice Durham, «Family and human reproduction», en Elizabeth Jelin y Paul Kegan, eds., *Family, Household and gender relations in Latin America*, Unesco, París, 1991, p. 42.

12. *Ibidem*, p. 40.

13. Paul Schrecker, *ob. cit.*, p. 279.

14. Luis Flaquer, *El destino de la familia*, Ariel, Barcelona, 1998, p. 118.

15. Frédéric Le Play, sociólogo francés que a mediados del siglo XIX realizó una vasta encuesta sociológica en diversas regiones del mundo. Véase una interesante crítica, acompañada de reutilización de los datos de Le Play en Richard Wall, «La contribución de las mujeres casadas a la economía familiar bajo distintos sistemas familiares: algunos ejemplos de mediados del siglo XIX a partir de los presupuestos familiares recogidos por Le Play», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, n. 2-3, 1994, Madrid, p. 183-97.

16. Muy sugerente desde este punto de vista y también como muestra de un acucioso trabajo de combinación de fuentes resulta la monografía del catalán Ferrán Estrada Bonell, *Vivir juntos pero no revueltos*, (Casa y residencia en Pla d'Urgelles. Siglos XIX y XX), Universidad de Barcelona, 1997. (En catalán).

17. Adelina García Muñoz, «El chismorro y los límites de la comunidad», *La memoria, la mirada y la palabra*, Universidad de Barcelona, 1997.

18. Mauricio Catani, «Si lo contásemos no lo creerían. La lección de método de Primo Levi?», *Historia y Fuente Oral*, n. 9, 1993, Barcelona, p. 143.